BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No.
242
B
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

OCTUBRE.

Varios Prelados de España han concedido 1500 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

OCTUBRE.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.

Julio de 1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/anocristiano0000pore

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

OCTUBRE.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

San Remigio, obispo y confesor, en Reims en la Galia; el cual convirtió á la nacion francesa á la fe de Cristo, bautizando á su rey Clodoveo y adoctrinándole en los misterios de la Religion: habiendo vivido muchos años en el obispado, esclarecido en santidad y milagros, murió en paz el dia 13 de enero; pero su fiesta se celebra en este dia, que es el de su traslacion. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Aretas, mártir, y otros quinientos y cuatro, en Roma.

Los santos mártires Prisco, Crescente y Evagrio, en Tomis en el Ponto.

Los santos mártires Verísimo, Máxima y Julia sus hermanas, en Lisboa en Portugal: los cuales padecieron en la persecucion de Diocleciano. *(Véase su historia en las de hoy.*

San Piaton *(llamado tambien* Piat), presbítero y mártir, en Tournay, quien juntamente con San Quintin y sus compañeros, de Roma pasó á la Galia á predicar el Evangelio; y después en la persecucion de Maximiano, coronado con el martirio pasó al Señor. *(Este Santo, natural de Benevento, probablemente predicó en las Galias al mismo tiempo que san Dionisio de Paris. Penetrando despues hasta la Bélgica, convirtió á la fe el pais todo de Tournay, y fue martirizado segun parece bajo el cruel prefecto Riccio Varo, por los años de 286. Su cuerpo fue penetrado con clavos timoneros, que usaban entonces los romanos entre otros instrumentos para la tortura, y está depositado en la iglesia de su nombre en Seclin, pueblo cerca de Tournay, y es honrado como apóstol y patrono de aquel pais).*

San Domnino, mártir, en Tesalónica, en tiempo del mismo Maximiano.

San Bavon, confesor, en el puerto de Gante. *(Este gran modelo de penitencia, llamado Albino, por sobrenombre Bavon, después de una vida relajada y haber quedado viudo se convirtió á Dios en un sermon que oyó predi-*

5415

car á san Amando. Eligió para su morada un hueco de un tronco de un grueso árbol; pero después fabricó una celda en un bosque de Malmedum cerca de Gante, donde vivió como recluso. Murió por los años de 653 ó 657. El ejemplo de su conversion movió á abrazar la vida penitencial á otros sesenta caballeros jóvenes, y por estos fue fundada la iglesia de San Bavon en Gante, de cuya capital es patrono).

San Severo, presbítero y confesor, en Orbieto.

SAN REMIGIO, ARZOBISPO DE REIMS.

San Remigio, ornamento del órden episcopal, uno de los mas santos y mas sabios prelados de su tiempo, y apóstol de Francia, fue de una de las mas ilustres familias de las Gaulas, mas distinguido por la santidad, que parecia como hereditaria en su casa, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, la que contaba ya muchos siglos de brillante antigüedad en todo aquel país. Fue hijo de Emilio, señor de Laon, y de santa Cilinia, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 21 de octubre. Dos solos hijos les habia concedido el cielo, san Príncipe, que fue obispo de Soissóns, y otro segundo, cuyo nombre se ignora, que fue padre de san Lupo, obispo y sucesor de su tio en la misma santa iglesia.

Ya no se consideraban Emilio y Cilinia en estado de esperar mas sucesion, cuando un santo ermitaño, llamado Montano, les anunció de parte de Dios que tendrian otro tercer hijo, á quien debian poner el nombre de Remigio, el cual seria con el tiempo apóstol de la Francia. El suceso tardó poco en verificar la profecía. Dentro de breves dias se sintió en cinta Cilinia, y á su tiempo dió á luz con toda felicidad en Laon aquel niño, que desde luego se calificó por hijo del milagro, y en el Bautismo se le impuso el nombre de Remigio, como lo habia prevenido el santo ermitaño Montano. No quiso la bienaventurada madre que cuidase otra de aquel querido hijo. Crióle ella misma por algun tiempo, hasta que no permitiéndoselo hacer su avanzada edad, le buscó una ama como de su mano, tan virtuosa, que mereció la venerase y rindiese culto como á santa la iglesia de Reims.

Resueltos los padres de nuestro Santo á no omitir diligencia alguna de su parte para contribuir á los altos designios que el cielo tenia sobre aquel niño, le hicieron educar con particular desvelo, tanto en el santo temor de Dios, como en el estudio de las letras. Abreviaron mucho los cuidados de la educacion las bendiciones con que el cielo le habia prevenido. Descubriéronse en el niño Remigio tan

grandes talentos naturales y tan extraordinaria inclinacion á la virtud, que desde sus primeros años fue necesario moderar su aplicacion, y contener su fervor dentro de los debidos límites. Con estas disposiciones hizo tan rápidos y tan asombrosos progresos así en las ciencias humanas como en la ciencia de los Santos, que á los diez y ocho años de su edad era admirado como portento de virtud, de elocuencia y de sabiduría. Solo él ignoraba sus talentos; insensible á los aplausos que le merecian las producciones de su ingenio, le parecia que solo tenia habilidad para encomendarse á Dios, y por eso la oracion tenia tanto atractivo para él, que empleaba en ella una gran parte del dia y de la noche, no siendo de su gusto alguno de los mas inocentes entretenimientos de aquella edad. Era muy inclinado al retiro; por lo que concluidos sus estudios, se encerró en el castillo de Laon, donde observándole mas de cerca su familia, estimó mas la edificacion de sus ejemplos que el esplendor con que la ilustraba su elocuencia y su sabiduría. Vivió retirado en el castillo hasta la edad de veinte y dos años, en cuyo tiempo quiso el cielo sacar á luz aquella brillante antorcha para colocarla sobre una de las primeras sillas de la Iglesia de Francia.

Murió Bennado, arzobispo de Reims, y no bien se pensó en nombrarle sucesor, cuando todos los sufragios del clero y del pueblo se unieron en favor de Remigio, sin haber que vencer mas que la resistencia de su humildad y las dificultades de su modestia. Dejó poco arbitrio á esta eleccion el superior concepto que se tenia de la pureza de sus costumbres, y la de aquella su rara capacidad muy superior á sus años. No dejó él mismo de objetar la falta de estos, alegándola como impedimento canónico que hacia inválida la eleccion; pero los electores solo se pararon á pesar sus méritos sin gastar el tiempo en contar sus años. Como en ninguna de sus acciones le habian notado mozo, y como en toda su conducta habian observado siempre una madurez, un juicio, una graveded, una circunspeccion y una prudencia que le hacian muy superior á las experiencias de los viejos, nada hubo que hacer en que la Silla apostólica dispensase á su favor las ordinarias reglas de la Iglesia.

Conocióse muy presto que la virtud suple la edad con muchas ventajas. Ningun obispo honró mas la dignidad, y ninguno desempeñó mejor todas sus obligaciones. Persuadido á que para ser poderoso en palabras era menester serlo primero en obras, se dedicó á poseer todas aquellas virtudes que el apóstol san Pablo requiere en los pastores. Su pureza se conservó toda la vida, no solo sin man-

cha, pero aun sin sombra de ella; su caridad nunca sufrió alteracion. Habiendo vendido su rico patrimonio y distribuido el producto entre los pobres, se consideró él mismo uno de ellos, á quien la iglesia de Reims mantenia de limosna, confiándole la administracion y la distribucion de sus rentas entre todos los necesitados. La afabilidad, la dulzura, la humildad y la modestia le hicieron dueño de los corazones de todos; y como el celo correspondia á la eminencia de su santidad, todo el obispado experimentó luego los efectos. Era infatigable en los ejercicios de su caridad y en las funciones de su ministerio. No hubo choza que no visitase, ignorante que no instruyese, necesitado que no aliviase, ni afligido que no encontrase en él padre y consuelo. Nota san Gregorio Turonense que era tan eminente la santidad de su vida, y estaba tan generalmente conceptuada de todos, que era san Remigio tan venerado en Reims como san Silvestre en Roma. Fortunato nos le representa como el hombre mas sabio y como el prelado mas santo de su siglo, añadiendo que su doctrina, aunque adornada con lo mas exquisito que puede dar de suyo la erudicion y la elocuencia humana, mas era inspirada del cielo que adquirida en la tierra.

Queriendo Dios ilustrar todavía mas aquella elevada virtud, la autorizaba con milagros. En la visita de Chaumecy curó á un pobre ciego, que de cuando en cuando estaba poseido del demonio. En Cernay, con la señal de la cruz llenó de vino un tonel vacío, en reconocimiento de la caridad y del agasajo con que una buena mujer le habia hospedado en su casa. Ninguna cosa resistia á las oraciones y á la virtud del siervo de Dios. Apoderóse el fuego de un barrio de la ciudad de Reims, y amenazaba un incendio general á toda la ciudad; acudió allá el santo Arzobispo, hizo la señal de la cruz, y al punto todo se apagó enteramente. Á la fama de san Remigio concurria á Reims todos los dias un prodigioso número de enfermos, y todos cobraban la salud por las oraciones del Santo. Cierta mujer energúmena acudió á san Benito en su desierto de Subiaco para que la librase de aquel trabajo, y el Santo la remitió á san Remigio para que la sanase. Cuéntanse muchos muertos resucitados, y un prodigioso número de milagros obrados por aquel Taumaturgo de la Francia. Pero el milagro mayor del grande san Remigio fue la conversion del rey Clodoveo y de cási toda la nacion francesa.

Habia cinco años que reinaba Clodoveo entre los franceses, cuando habiendo desbaratado á Siagrio, gobernador de las Gaulas y general del ejército romano, se apoderó de Soissons y de cási todas las

conquistas de los romanos. Dedicóse principalmente á merecerse el amor y la estimacion de los pueblos, ya cási todos cristianos, reprimiendo la licencia del soldado, castigando sus excesos, y prohibiendo sobre todo con graves penas que no se tocase en lo sagrado de los templos, lo que no contribuyó poco á ganarle el corazon de los nuevos vasallos. Un soldado, sin embargo, tuvo atrevimiento para hurtar de cierta iglesia de Reims un vaso sagrado de gran precio, y san Remigio despachó un clérigo al Rey para recobrarle. Recibióle con grande humanidad Clodoveo, que ya tenia noticias del mérito y de la santidad del Prelado; despidióle con mucho agrado, prometiéndole que se restituiria el vaso al Arzobispo cuando se hiciese el repartimiento del botin, segun la costumbre de la nacion. Pidió el Rey aquel vaso al soldado; pero este le respondió con insolencia que el rey debia contentarse con su parte, y colérico descargó un gran golpe de hacha sobre el mismo vaso. Disimuló Clodoveo la falta de respeto, y se contento por entonces con tomar el vaso y enviársele al Arzobispo; pero al año siguiente, haciendo la revista, reparó que las armas de aquel soldado estaban poco limpias; y abriéndole la cabeza por en medio, le dijo: *Acuérdate del vaso de Soissons.*

Seis años despues se casó Clodoveo con Clotilde, sobrina de Gondebaldo rey de los borgoñones, princesa cristiana y muy virtuosa, que conservó la pureza de la Religion en medio de una corte arriana, y por su virtud, raras prendas y hermosura se hizo dueña del corazon del Rey, aprovechándose de este dominio, de manera que le acercó no poco á la religion cristiana.

Por los años de 494 salieron de sus tierras los alemanes, pueblos belicosos que aun no habian dado su nombre á aquel dilatado espacio de terreno que se ve hoy tan poblado, y se echaron con ímpetu sobre los franceses, cuya monarquía acababa de nacer, y por lo mismo era mas fácil hacerla titubear. Al principio se arrojaron sobre las tierras de Sigisberto, rey de Colonia. Parecióle á Clodoveo que los debia prevenir; y juntando prontamente sus tropas, acudió á la frente de ellas á incorporarse con el ejército de Sigisberto. Encontraron el enemigo en Zulc, entonces Tolbiac, en el ducado de Juliers. Los dos ejércitos vinieron inmediatamente á las manos. El choque fue terrible por el valor de las dos naciones; pero herido Sigisberto, se retiró de la batalla, y sus tropas comenzaron á retroceder, cuyo terror se comunicó muy en breve á las de Clodoveo. Parecia ya negocio desesperado por parte de los franceses, cuando se acordó Clodoveo de la palabra que habia dado á la reina Clotilde,

ofreciéndola que si el Dios que ella adoraba le hacia volver victorioso de aquella expedicion, al punto se haria cristiano. Paróse de repente en medio de la funcion, levantó los ojos y las manos al cielo, y hablando con el Dios á quien adoraba su virtuosa mujer, le dijo: *Señor, cuyo gran poder sobre todas las potencias de la tierra me han ponderado tantas veces, suponiéndomelo tambien muy superior al poder de los dioses que yo adoro: dignaos darme una prueba de él en el extremo á que me veo reducido. Si me concedeis esta gracia, prometo hacerme bautizar cuanto mas antes para no reconocer otro Dios verdadero que á Vos solo.* Luego que pronunció estas palabras reconoció en su corazon un nuevo aliento comunicado por el Dios que acababa de invocar, y observando el mismo ardor en los que estaban cerca de su persona, los volvió á ordenar: marcha con ellos á un grueso de enemigos que venia á envolverlos, cárgalos, rómpelos, deshácelos, y queda tendido en el campo el rey de los alemanes. Consiguió Clodoveo una completa victoria, y tan completa, que ninguna lo fue mas, ni en otra alguna se ostentó mas el Dios de los Cristianos como Dios de los ejércitos. Asegurado el Rey de la asistencia del cielo, pasa el Rhin, vadea el Mein, disipa el resto de enemigos que encontró formados, y los llevó delante de sí, batiéndolos siempre hasta los Alpes.

Clodoveo no teniendo ya enemigos, volvió victorioso á su reino para cumplir la palabra que habia dado al verdadero Dios. Ninguna noticia causó nunca mayor gozo á la virtuosa reina Clotilde. Salióle á recibir desde Soissons hasta Reims, y rogó á san Remigio que perfeccionase con sus instrucciones y con sus exhortaciones la grande obra de la conversion del Rey, que el cielo tan dichosamente habia comenzado. No era desconocido el Arzobispo á Clodoveo, tenia este grandes noticias de su santidad, y estaba bien informado de su mérito. Luego que el Rey llegó á Reims se hizo catecúmeno de Remigio, y la buena disposicion del Monarca ahorró mucho tiempo á las instrucciones del Arzobispo. Hallóse presto capaz de recibir el Bautismo; pero quiso, por seguir el consejo del santo Obispo, que todos sus vasallos le recibiesen con él. Juntó, pues, á sus oficiales y soldados; trájoles á la memoria los milagrosos sucesos de la jornada de Tolbiac, declaróles su resolucion de abrazar la religion cristiana, y los exhortó con elocuencia noble, majestuosa y patética á que imitasen su ejemplo. Al punto resonaron por todas partes alegres aclamaciones y gritos, oyéndose una voz general que decia como de comun concierto: *Todos renunciamos el culto de los dioses mortales, y solo que-*

remos adorar al inmortal. No reconocemos otro Dios que el que nos predica el santo obispo Remigio. Entonces desplegó el Santo todas las banderas de su apostólico celo. Son indecibles los trabajos, las fatigas y los desvelos que le costó recoger tan rica y tan copiosa mies, siendo preciso para eso instruir antes á toda aquella numerosísima nacion.

Señalado el dia en que el Rey habia de recibir el Bautismo, se escogió para esta augusta ceremonia la iglesia de San Martin, extramuros de la ciudad de Reims. Adornóse magníficamente no solo la misma iglesia, sino todas las calles que conducian á ella. Tendiéronse y se colgaron de ricas alfombras y tapicería, todas blancas, para significar el efecto que causaba en el alma el Sacramento. Las hachas y las velas que ardian en gran número estaban confeccionadas con exquisitas esencias, las cuales se exhalaban juntamente con la llama, y mezclándose á los aromas, bálsamos y especias odoríferas de que estaba llena la iglesia, derramaban en todo el ambiente una suavísima fragancia. El dia de esta memorable ceremonia fue el mismo de Navidad del año 496. Dejóse ver el Rey con toda la real familia á la frente de mas de tres mil hombres escogidos de la corte y el ejército, entre los innumerables que habian pedido el Bautismo.

Avanzóse el Rey con ropaje blanco con tres mil catecúmenos vestidos del mismo color á las pilas bautismales, donde encontró á san Remigio, acompañado de los ministros de la iglesia, en hábitos de ceremonia, y de muchos otros obispos de las Gaulas. Recibióle el santo Prelado con un elocuente discurso, en que manifestándole su gozo y el de todos los pueblos que acababa de sujetar á la dominacion de los franceses, le significaba al mismo tiempo la jurisdiccion espiritual que le comunicaba sobre él la autoridad de pastor, cuando le recibia en el número de sus ovejas. En este tono de autoridad, sostenido mas por la santidad de su vida que por la sagrada elevacion de su carácter, le añadió, cuando estaba para bautizarle, estas palabras: *Príncipe, rinde tu cerviz, y humíllate bajo la mano omnipotente del Dueño del universo; respeta ahora aquellos templos suyos, que en otros tiempos reducias á ceniza; arroja al fuego esos ídolos que por tantos años adoraste.* Inmediatamente renunció el Rey todas las supersticiones gentílicas, confesando públicamente á un solo Dios todopoderoso en tres personas distintas, y á Jesucristo nuestro Redentor, con todas las demás verdades de la religion cristiana. Después de bautizado el Rey, san Remigio administró el sacramento del Bautismo á mas de tres mil personas, y entre ellas á Lantilde y Albofleda, her-

manas de Clodoveo. La última poco después se consagró á Dios renunciando el matrimonio para vivir en perpetua virginidad; efecto de las instrucciones y de la direccion del santo Arzobispo.

Asegúrase que el cielo acreditó con muchas maravillas el gozo que le tocaba en la conversion del primer rey cristiano [1], llamado por lo mismo *el hijo primogénito de la Iglesia;* porque no habiendo podido penetrar por el inmenso gentío el clérigo que llevaba el sagrado Crisma, suplicó san Remigio al Señor se dignase remediar aquella falta, y al punto se dejó ver una blanquísima paloma con una ampolla en el pico llena de un bálsamo milagroso, que revoloteando blandamente, la puso en manos del Arzobispo, el que la tomó con humilde accion de gracias, sirvióse de aquel óleo celestial para la ceremonia del Bautismo, y después de ella con el mismo ungió y consagró al Rey. Esta botellita, bajada del cielo, es la que con el nombre *de la santa Ampolla* se guarda con tanta veneracion en la abadía de San Remigio de Reims, y con aquel milagroso óleo se consagran aun el dia de hoy todos los reyes de Francia. Hincmaro, arzobispo de Reims, que vivió en tiempo de Cárlos el Calvo por los años de 850; Flodoardo, que floreció en el siglo X; Aimoino, que vivia á principio del XI; Gerson, Gaguino y otros antiguos historiadores aseguran que aquel celestial bálsamo llenó de fragancia toda la iglesia. Tambien se cuenta que el escudo sembrado de flores de lis y el oriflama fueron entregados por un Ángel en manos de cierto ermitaño que habitaba el desierto de Joyenval, y que á Clodoveo se le comunicó la gracia de curar los lamparones, de la que hizo la primera prueba en su favorecido Lanicet, cuya gracia se ha continuado después en todos los reyes de Francia.

Concluida aquella augusta ceremonia, Remigio, á quien el Rey respetó desde allí adelante como á padre suyo, se dedicó enteramente á la conversion de toda la nacion, sirviéndose del favor del Príncipe única y precisamente para aumentar cada dia nuevas conquistas á Jesucristo, y para hacer que floreciese en el reino la disciplina eclesiástica. Habiendo regalado al Rey el emperador Anastasio con una rica corona de oro, le persuadió nuestro Santo que la remitiese á Roma. Recibió el papa Hormisdas el regalo con el gozo y con el reconocimiento que correspondia á tan ilustre como ruidosa conversion; y sabiendo muy bien que después de Dios la Iglesia se le debia á san Remigio, le hizo legado de la Santa Sede en el reino de

[1] Se entiende en Francia, que en otras partes habia ya habido muchos reyes cristianos.

Francia. Hallóse nuestro Santo en el primer concilio de Orleans; y habiendo concurrido á él un obispo arriano sin otro fin que el de disputar y confundir á los Católicos, no se dignó el orgulloso Prelado ni de mirar siquiera á san Remigio cuando entró donde estaban los demás. Sobre el mismo hecho castigó el cielo su orgullo, porque quedó mudo de repente. Reconoció al mismo tiempo su soberbia y sus errores; postróse á los piés del Santo manifestando con señas su arrepentimiento; y habiendo abjurado aquellos, san Remigio le restituyó el uso de la lengua.

Anticipóle el Señor la noticia de que habia de castigar los pecados del pueblo con una hambre cruel, y el Santo acopió gran cantidad de granos para socorrer las necesidades públicas. Maliciaron los paisanos que era codicia lo que era caridad, y con maligna intencion pusieron fuego á la panera. Noticioso san Remigio, acudió prontamente á apagarle; pero viéndolo ya todo consumido y sin remedio, dijo con gracia, con frescura, y sonriéndose: El fuego en todos tiempos es bueno; calentémonos á él ya que no se puede sacar otro provecho, y se puso á calentar con el mayor sosiego.

Quiso el Señor purificar su virtud con dolorosas enfermedades los últimos años de su vida; pero las enfermedades no alteraron su dulzura ni su invencible paciencia. Tuvo revelacion del dia de su muerte, y se dispuso para ella redoblando sus penitencias y encendiendo mas su fervor. Colmado, en fin, de merecimientos y consumido de trabajos, rindió tranquilamente su espíritu en manos de su Dios el dia 13 de enero del año 533, cási á los noventa y seis de su edad, y á los setenta y cinco de su pontificado, que todo él fue una continuada serie de prodigios. Resolvióse dar sepultura al santo cuerpo en la iglesia de San Timoteo; pero se quedó inmoble á la mitad del camino: quisieron enterrarle en la de San Nicasio, y después en la de San Sixto; pero todo inútilmente. Ocurrióles, en fin, el pensamiento de llevarle á la de San Cristóbal, donde no habia cuerpo santo, y luego el santo cuerpo se dejó mover. Hicieron glorioso su sepulcro los prodigios y frecuentes milagros que obró Dios en él, y de todas partes concurria la devocion á venerarle. San Gregorio Turonense, que murió en el mismo siglo que san Remigio, asegura que por esta misma multitud de milagros se movió el clero á elevar el santo cuerpo, y á colocarle en sitio mas decente á las espaldas del altar; y porque esta traslacion se hizo con majestuosa pompa el dia primero de octubre, se comenzó desde entonces á celebrar su fiesta en este dia. Así permaneció el santo cuerpo hasta el noveno siglo, en que

el arzobispo Hincmaro le elevó por la segunda vez para colocarle en lugar aun mas digno que el primero. Dió mayor extension á la iglesia; edificó una nueva capilla subterránea, que enriqueció con muchos adornos; depositó en una urna de plata el cuerpo del Santo, que se halló todo entero y envuelto en un tafetan carmesí, y puso esta urna sobre el sepulcro de mármol que se le habia fabricado en la primera traslacion de primero de octubre, celebrándose en el mismo dia la segunda. El año de 901 se hizo la tercera por el arzobispo Herveo, llevándose el cuerpo al monasterio de San Remigio, edificado sobre las ruinas de la pequeña iglesia de San Cristóbal. En fin, el año de 1049, hallándose el papa Leon IX en la ciudad de Reims donde celebró un concilio, y ofreciéndose por entonces la dedicacion de la iglesia nueva del monasterio de San Remigio, tomó esta ocasion para trasladar á ella el cuerpo del Santo, que se halló entero á los quinientos diez y seis años después de su muerte. Esta última traslacion se celebró tambien con magnífico aparato el dia primero de octubre, y el Papa fijó á él la fiesta de san Remigio.

SAN VERÍSIMO, SANTA MÁXIMA Y SANTA JULIA, MÁRTIRES.

En el reino de Portugal, provincia de España en siglos anteriores, es y ha sido siempre célebre la memoria de los santos Verísimo, Máxima y Julia, naturales de Lisboa, los cuales dieron pruebas de su valor y de la constancia de su fe á principios del siglo IV, imperando Diocleciano y Maximiano. Habiendo los santos hermanos oido pregones de parte de los Emperadores en que se mandaba que todos los cristianos que se hallasen en Lisboa adorasen los ídolos ó fuesen muertos, sin ser buscados ni presos se fueron á presentar al juez, y confesaron que eran cristianos. Este mandó que les pusiesen en la cárcel, y allí tasadamente les diesen de comer. Sufrieron esto los santos hermanos con mucho contento y alegría, que mostraban en sus rostros, incitando así al juez para que les diese mayores tormentos, como se los dió, haciéndoles descoyuntar sus cuerpos en la garrucha. Hízolos azotar con puntas de hierro, llamadas escorpiones, que es lo mismo que alacranes. Despedazáronlos con garfios de hierro, hasta descubrir las entrañas, dándoles fuego por los lados con láminas de hierro hechas ascua. Después de esto los llevaron arrastrando de los piés por toda la ciudad, y dándoles primero muchas pedradas, al cabo los mandaron degollar, y así juntamente con la victoria del tirano alcanzaron la corona del martirio tal dia como hoy. Sus cuerpos quedaron en el campo para pasto de animales; y

porque ninguno los tocó en algunos dias que allí estuvieron, atados á grandes piedras los lanzaron en el mar; mas favorecidos de Dios, que usó con ellos un milagro, el mar los echó en su ribera, tomando los Cristianos ánimo para enterrarlos, y los gentiles confusion para no osarlo estorbar. Fueron sepultados en la playa, donde se fabricó una iglesia. Después el rey de Portugal D. Juan II en el año 1475 los mandó trasladar dentro de la ciudad, en el monasterio de monjas de Santiago.

La Misa es en honor de san Remigio, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Remigii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Remigio nos aumente la virtud y el deseo de nuestra eterna salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius, et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

No se ha encontrado hombre alguno semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo; por eso le hizo Dios crecer en medio de su pueblo. ¡Oh, y qué corto es el número de los fieles siervos de Dios! Hagamos juicio de esto por el número de los que observan su ley con fervor,

con puntualidad y con celo. ¿Es por ventura en estos tiempos la santa ley de Dios aquella regla por donde gobiernan sus costumbres y su conducta todos los que se llaman fieles? ¿Cuántos miran esta divina ley poco menos que como una ley puramente penal, que precisamente se observa por un temor servil, y frecuentemente se atropella sin remordimiento? La observancia de la ley divina camina siempre al mismo paso del lugar que ocupa la Religion en el corazon de los fieles. Si se tiene mucha religion se observa la Ley con fidelidad y con exactitud; pero luego que se comienza á ser poco cristiano, se pasa por encima de ella con facilidad. Si queremos hacer juicio seguro de la religion que tenemos, hagámosle por la fidelidad, por el ardor y por la puntualidad con que guardamos sus preceptos. Nuestros dogmas no son puramente especulativos; la fe de los Cristianos es práctica, arregla las costumbres, y alumbra el entendimiento. Los demonios creen, pero con una fe enteramente teórica. Es necesario creer para ser salvos; pero desdichado de aquel que tiene fe y no tiene obras. Es necesario creer; pero es preciso vivir conforme á lo que se cree. ¿Qué lugar ocupa hoy en el mundo la Religion? El mismo que ocupa la ley de Dios: si esta ley cede al interés, á la ambicion, á las pasiones y á las impías máximas del mundo, ¿qué caudal hemos de hacer de la religion que profesamos? Recorramos con la consideracion todas las condiciones, todos los estados, todas las edades; ¿logra en todos la primacía esta divina ley? Concurre muchas veces con las leyes de las pasiones y del amor propio. Ella prohibe aquello mismo que persuade el amor de los deleites; ella condena lo que el mundo apetece, lo que el mal ejemplo autoriza, lo que los disolutos aclaman, y lo que las almas estragadas siguen, anhelan y solicitan. ¿A favor de cuál de estas dos partes se pronuncia la sentencia en aquellos tribunales donde preside la pasion? De aquí nace aquella general relajacion de la moral; de aquí aquella universal corruptela de costumbres; de aquí aquella preferencia del espíritu del mundo sobre las máximas del Evangelio; de aquí aquella falta de sumision á las decisiones de la Iglesia; y de aquí, en fin, aquel corto número de los escogidos. Pero este desórden de costumbres, esta escandalosa injusticia de juicio y de conducta, ¿reinará por ventura solamente entre las gentes del mundo? ¡Oh, y qué extraña seria la abominacion de la desolacion en el lugar santo, si el estado eclesiástico y el religioso fueran impenetrables al espíritu del mundo, si el sagrado de la fe y de la inocencia no se viese profanado por la corrupcion!

El Evangelio es del capitulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

De la dicha que tenemos en ser cristianos.

Punto primero. — Considera que la mayor dicha que podemos tener en este mundo es ser cristianos. Nacimiento ilustre, familia distinguida, alianzas honrosas, puestos elevados, fortuna brillante, títulos antiguos, empleos lustrosos, nombres magníficos; ¿no me diréis de qué podréis servir á un pobre infiel por toda la eternidad? Los Alejandros y los Césares están hoy confundidos con los mas viles esclavos de su misma religion. Revolved sus cenizas, buscad entre ellas alguna distincion; pues las mismas encontraréis en sus personas.

¡Buen Dios, y qué pequeñitos son en su muerte los mayores hombres si tienen la desgracia de no morir cristianos! Lleno está el infierno de esos dichosos del siglo, de esos dioses de la fábula; ¡y cierto que allí será muy respetable el título de haber sido un semidios en la tierra! Solo el nombre de cristiano es título de mucho honor en una y en otra vida; es un carácter indeleble, que por sí solo funda en los párvulos legítimo derecho á la eterna bienaventuranza. Mas que se hayan poseido todos los títulos de nobleza, de preeminencia y de grandeza que son imaginables, si falta el de cristiano, todos los demás se desvanecen en humo. Mas que uno hubiese sido el príncipe mas poderoso del mundo, será sumamente infeliz por toda la eternidad si no es cristiano. La verdadera y única bienaventuranza, dice Jesucristo, es conocerte á tí, ó Padre eterno, y conocer á tu único Hijo Jesucristo, que enviaste á la tierra. Esta fe y este conocimiento es la Religion de los Cristianos. De todo esto podemos comprender, si fuere posible, el precio, la dignidad, el valor y el mérito del santo Bautismo, y la excelencia que comunica el augusto nombre de cristiano. Siendo concebidos en pecado, nacimos todos esclavos del demonio, hijos de maldicion y de ira. El Bautismo es una regeneracion, un segundo nacimiento por el cual gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derecho á la herencia eterna, somos pueblo de Dios, hermanos, por decirlo así, de Jesucristo, sus coherederos, miembros de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Comprende ahora, si puedes, qué dicha es haber recibido el Bautismo.

Punto segundo.—Considera las infinitas ventajas que trae consigo el augusto nombre de cristiano. Represéntate los infinitos méritos de la vida, pasion y muerte de Jesucristo; el infinito precio y valor de los santos Sacramentos; los incomprensibles gozos de la celestial Jerusalen; el valor sin medida de la gracia del Salvador; las inestimables utilidades de la comunion de los Santos; la indecible dignidad de nuestra Religion; y en fin, la dicha de la eterna bienaventuranza. Por el santo Bautismo, por el título de Cristianos adquirimos derecho á todos estos tesoros, nos enriquecemos con todos estos bienes, y podemos aspirar á ser ciudadanos de la patria celestial. ¡Oh gran Dios, y qué elevado concepto harémos de esta dicha por toda la eternidad! ¡qué idea no tendrémos del santo Bautismo! Y ¡cual será nuestro reconocimiento por tan inexplicable beneficio! ¿Trocarémos entonces, ó confundirémos el nombre de cristiano con el de hombre de distincion, hombre poderoso, hombre de ingenio,

hombre de mundo? Y si por toda la eternidad solamente hemos de hacer aprecio del título de cristianos; si este solo nombre ha de ser el objeto de nuestro eterno reconocimiento, ¿qué razon habrá para que no pensemos y no discurramos ahora de la misma manera? ¡Cosa extraña! Vive y muere un cristiano sin haber quizá dado jamás gracias á Dios por tan insigne favor, y acaso sin haber nunca estimado como tal la gracia de ser cristiano. Hácese tanta estimacion de haber nacido grande, de haber nacido príncipe, de haber nacido soberano. Apréciase tanto el ser de familia ilustre, de casa opulenta y poderosa; pero ¿quién hace una santa vanidad de haber nacido de padres cristianos, y de haber sido reengendrado en las saludables aguas del Bautismo? ¿Cuántas veces se han dado gracias á Dios por tan grande beneficio? Gloriámonos de un vano título de nobleza; pero ¿dónde hay nobleza comparable con la de ser hijos de Dios, tener derecho al paraíso, y ser miembros de la verdadera Iglesia? Somos ingratos, porque estimamos poco este favor; y le estimamos poco porque tenemos poca fe, porque nuestras costumbres y nuestra conducta desacreditan nuestra Religion y la santidad del Cristianismo.

Conozco, Señor, la irregularidad y la impiedad de mi conducta; pero confiado en vuestra divina gracia, espero reparar mi pasada ingratitud con mi enmienda futura.

Jaculatorias.—Soy, Señor, vuestro hijo y vuestro siervo por el Bautismo; no permitais que se pierda vuestro siervo y vuestro hijo. (*Psalm.* cxviii).

La única vida eterna es conocerte á tí solo Dios verdadero y al que enviaste Jesucristo. (*Joan.* xvii).

PROPÓSITOS.

1 No hay dignidad comparable con la de cristiano: todo título de nobleza, todo dictado honorífico, toda dignidad de la tierra, todo nombre cede al augusto epíteto de cristiano, y al respetable carácter que recibimos en el santo Bautismo. Muchos príncipes y princesas nunca se gloriaban de otra cualidad: *Soy cristiano, soy cristiana,* se les oia repetir muchas veces: estos son los títulos de mi nobleza. San Luis, rey de Francia, se firmaba *Luis de Poissy,* porque en Poissy habia sido bautizado. *Yo soy cristiana,* respondian á los tiranos aquellas ilustres Mártires, que en nada apreciaban ser princesas. Es cierto que esta augusta dignidad no se ha envilecido; pues de donde nacerá que no nos honremos tanto con ella? De que somos

poco cristianos. Es uno grande en el mundo, es noble, es caballero, es rico, y luego hace vanidad de serlo; pero el dia de hoy ¿se hace tanta de ser uno cristiano? Sin duda que esto debe de ser, porque se conoce muy bien que la conducta desmentiria las palabras y la profesion. Toma una fuerte resolucion para que de hoy en adelante sea muy diferente de la que has tenido hasta ahora: todos los dias por la mañana y por la noche has de dar gracias á Dios por la insigne dicha de ser cristiano y católico; gloriándote de serlo, de parecerlo y de confesarlo. Cuando alaben á tu presencia tu casa, tu familia, tu distincion, tu empleo, tu ministerio, dí con resolucion que no aprecias otro carácter ni otra dignidad que la de cristiano.

2 Ten presente el dia en que fuiste bautizado, y celebra todos los años este dichoso dia con alguna fiesta particular. Confiésate, y comulga en él, dando gracias al Señor por tan grande beneficio. Manda celebrar alguna misa al mismo fin, y convida con algunas limosnas á los pobres para que junten sus gracias con las tuyas. Renueva en él lo que prometiste á Dios en el Bautismo, y profesa particular devocion al Santo ó Santa de tu nombre.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

La fiesta de los santos Ángeles de la guarda. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Eleutĕrio, soldado y mártir, con otros innumerables, en Nicomedia; los cuales falsamente acusados de haber puesto fuego al palacio de Diocleciano, que habia sido quemado por órden del mismo cruel Emperador, fueron martirizados, unos degollándolos, otros quemándolos, y otros sumergiéndoles en el mar. Eleuterio que fue el primero, después de haber sido atormentado atrozmente, como cada vez se mostrase mas constante, consiguió la corona del martirio acrisolado en el fuego como el oro refinado.

El martirio de san Leodegario ó Leger, obispo de Autun, en el Artois; el cual habiendo padecido muchas injurias y tormentos por defender la verdad, fue muerto por Ebroino, mayordomo del rey Teodorico. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Gerino (ó Gairino), mártir, item; hermano del mismo san Leodegario, el cual allí mismo fue apedreado. *(Véase la vida de san Leodegario en las de hoy).*

Los santos mártires Primo, Cirilo y Secundario, en Antioquía.

San Teófilo, monje, en Constantinopla; quien por defender el culto de las santas imágenes, fue cruelmente azotado por órden de Leon Isáurico; después habiendo sido desterrado, murió en el Señor.

Santo Tomás, obispo y confesor, en Herford ó Hereford, en Inglaterra.

(Santo Tomás Cantelupe era hijo mayor de una de las primeras familias de Inglaterra. Aprendió las ciencias bajo la direccion de un tio suyo obispo de Hereford, graduóse de doctor en Oxford, fue electo canciller de esta universidad, y luego obtuvo el mismo cargo en el reino. Cincuenta y cuatro años tenia cuando se graduó de doctor en teologia, en cuya ocasion el sabio dominicano Kilwarby, entonces arzobispo de Cantorbery, puso á riesgo la humildad del Santo diciendo en una oracion pública, que el candidato habia vivido sin mácula, y que jamás habia perdido la gracia del Bautismo. En 1275 fue canónicamente elegido obispo de Hereford, y consagrado en la catedral de Cantorbery, y desde entonces redobló su fervor en todo aquello que debia adquirirle la perfeccion necesaria para desempeñar dignamente su alto ministerio. En el séptimo año de su pontificado hizo un viaje á Roma para asuntos importantes de la Iglesia de Inglaterra, y al regresar tuvo que detenerse en Montefiascone en Toscana, donde acometido de su última enfermedad, dió su espíritu al Señor á los sesenta y tres años de su edad en el de 1282. Su cuerpo fue trasladado á Hereford, y á vista de los infinitos milagros que habia obrado, Juan XXII lo colocó en el catálogo de los Santos tal dia como hoy, en que se celebra su festividad).

El Calendario de Castilla la Nueva hace hoy conmemoracion de SAN OLEGARIO, obispo, cuya vida se lee en las def dia 6 de marzo, conformándonos con el Martirologio romano y con el Calendario del principado de Cataluña.

LA FIESTA DE LOS SANTOS ÁNGELES DE GUARDA.

No parece hay fiesta alguna que mas interese á cada uno de los fieles en particular, que la fiesta del santo Ángel de la guarda. La santidad de la persona, su excelencia, su valimiento con Dios, y su ministerio; los importantes servicios que nos hace, los que nos ha hecho, los que nos puede hacer; en una palabra, la justicia, la obligacion, el interés, la Religion, el agradecimiento, todo (dice san Bernardo) exige de todos los fieles un tributo anual de homenaje, de alabanzas y de solemnidad. Este es el objeto que tuvo presente la Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, y siempre atenta al bien espiritual de sus hijos, en la institucion de esta festividad. Celebrábala ya muchos siglos há con gran devocion la santa iglesia de Toledo; y es verisímil que de ella la recibió la iglesia de Rhodes en Roverga, por el celo y por la devocion del santo obispo Francisco Destain, que vivia en tiempo de Luis XII y de Francisco I; tambien se derivó de España á los Países Bajos, cuyas iglesias todas consta que la celebraban el dia primero de marzo. Sin embargo, la devocion á los santos Ángeles de guarda era ya muy antigua en Francia, puesto que san Luis mandó edificar en su honor una capilla dentro de la ca-

tedral de Nuestra Señora de Chartres; y mucho antes del décimosexto siglo se encuentran altares dedicados á los santos Ángeles en Clermont de Auvernia, y en otras partes. Celebrábase esta fiesta en Córdoba de España el dia 10 de marzo, y el dia 10 de mayo en Siria, hasta que el papa Paulo V la fijó al primer dia libre después de la fiesta de san Miguel, que es el segundo de octubre. El archiduque Ferdinando de Austria, que fue después emperador, movido de su particular devocion al santo Ángel de la guarda, suplicó instantemente al Papa que hiciese general esta fiesta en toda la Iglesia; y así lo hizo Su Santidad, por satisfacer á tan piadosos deseos, expidiendo una bula á este fin, que encendió y avivó mas la devocion de los fieles.

Pero la institucion de la fiesta no fue institucion del culto, ni de la devocion á los santos Ángeles; esta y aquel eran tan antiguos como la Iglesia misma. Cuando Jesucristo enseñó á los fieles que cada uno en particular tenia un Ángel destinado á la custodia de su persona; al mismo tiempo les enseñó tambien el culto, el respeto, la confianza y el amor que pedia de ellos el reconocimiento á tan religioso ministerio.

Aun dentro de la Sinagoga era ya conocido el culto de los Ángeles en general; pero el del Ángel custodio en particular parece que no nació hasta que nació la Iglesia; y por lo que dicen los santos Padres se conoce lo familiar que era á todos los fieles la devocion con el santo Ángel de la guarda, ya desde aquellos primeros tiempos. Si en los cuatro ó cinco primeros siglos no se edificaron templos en reverencia de los Ángeles de guarda, fue precisamente por no dar ocasion á los gentiles para creer que los Cristianos tributaban adoracion á los genios, como los adoraban ellos. Pero luego que la Iglesia no tuvo ya que temer las calumnias de los paganos, y cuando logró entera libertad para instruir á los fieles, la devocion á los Ángeles de guarda no se quedó encerrada dentro del corazon. En todas partes se les edificaron templos, se les erigieron altares, se les solemnizaron fiestas, y se experimentaron cada dia los provechos de esta utilísima devocion.

Debemos confesar, dice san Gerónimo, que ninguna cosa contribuye tanto á formar un elevado concepto de la dignidad de nuestra alma, como lo que Dios hizo por ella, y singularmente el haber destinado á cada una un Ángel custodio desde el mismo dia de su nacimiento: *Magna dignitas animarum, ut unaquaeque ab ortu nativitatis habeat in custodiam sui angelum delegatum.* Hácese juicio de lo que

se estiman las cosas por el cuidado que se tiene de ellas. Es verdad que basta la sangre de Jesucristo para darnos una justa idea de lo que vale nuestra alma. Este infinito precio de una redencion sobreabundante llena de admiracion, deja extáticas y suspensas á las celestiales inteligencias, de modo que no puedan menos de amar, dice san Bernardo, y aun de respetar á aquellos por cuyo rescate entregó Dios á su unigénito Hijo: *Ipsi nos, quia nos Christus amavit.* (*Serm. de S. Mich*). Entre todas las obras de la Omnipotencia bien se puede decir que ninguna costó tanto á Dios como el hombre; por lo que no es de admirar cuidase tan particularmente de esta su obra, que destinase un Ángel para su custodia.

El Señor, dice el Profeta, además de la providencia general, que se extiende á todas las criaturas, te entregó al cuidado de sus Ángeles, para que te guardasen y te hiciesen siempre compañía en todos tus caminos: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* (*Psalm.* xc.) Hay muchos caminos escabrosos, sendas arduas y peligrosas, dice san Bernardo: *Multae sunt viae, et genera multa viarum.* Tropiézase en ellos con muchos malos pasos; nacen los peligros, por decirlo así, con nosotros mismos: todo es precipicios, todo despeñaderos en esta carrera. Desde la cuna nos arma lazos el demonio. ¿Á cuántos peligros está expuesto un niño antes que se desenvuelva el uso de la razon? No basta toda la ternura de sus padres; es muy corta, es muy limitada toda la vigilancia del ama mas cuidadosa para prevenirlos todos. Pues, ¿qué hace el Señor? Encarga á uno de sus espíritus celestiales que cuide de aquel niño desde el primer instante de su nacimiento. Este Ángel tutelar, á quien la Iglesia llama Ángel custodio, vela perpetuamente en desviar de aquella tierna criatura todo lo que le puede perjudicar, y en desvanecer los perniciosos intentos de los espíritus malignos, siempre inclinados á hacernos mal. ¿De cuántos funestos accidentes somos preservados por la asistencia de nuestros Ángeles en aquellos primeros años de la niñez? Ellos son, dice san Hilario, los que conjuran los maleficios; ellos, dice san Bernardo, los que preservan á los niños de mil peligros, y los que los detienen en sus caidas.

Siendo tan grandes los beneficios que recibimos de los Ángeles de guarda en los diferentes acasos de la vida, ¿cuántas obligaciones les debemos por los auxilios que nos prestan en todo lo que toca al negocio de la salvacion? Conociendo el Señor, dice san Gregorio Niseno, la perversa intencion de los espíritus malignos, que quisieran estorbar que ningun hombre ocupase las sillas que ellos perdieron

en el cielo, y sabiendo muy bien nuestra ignorancia y nuestra flaqueza después del primer pecado, quiso darnos á cada uno de nosotros un Ángel tutelar, que hiciese inútiles todos los artificios de este enemigo de la salvacion: *E coelo nobis Christus Angelos institutores praefecit; ejusmodi scilicet, qui injuriae daemonum suum robur apponant.* (*In Matth.* XVIII). Concediéronsenos, dice san Hilario, estos Ángeles tutelares para que nos guiasen en el camino de la salvacion: *Hi spiritus ad salutem humani generis missi sunt;* porque seria muy dificultoso en nuestra humana flaqueza evitar todos los artificios de este temible enemigo: *Neque enim infirmitas nostra, nisi datis ad custodiam Angelis, tot tantisque spiritualium nequitiis obsisteret.* (*In Psalmo* CXXXIV). Pero los buenos Ángeles no solo hacen inútiles los esfuerzos de los ángeles malignos, no solo nos libran de mil peligros, sino que insensiblemente nos desvian de muchas ocasiones en que, segun nuestra actual constitucion, preven que infalible y funestamente caeríamos.

Á los santos Ángeles debemos, después de Dios (dicen los Padres) la mayor parte de los buenos pensamientos, y tantas saludables reflexiones, que contribuyeron á nuestra conversion. Aquellos auxilios imprevistos del cielo en accidentes tan peligrosos, aquellos milagros de la divina Providencia tan dichosos como no esperados, efecto son, por lo comun, de la proteccion de los Ángeles de guarda. ¡Qué amor, qué veneracion, qué agradecimiento les debemos!

Mira, Moisés, le dice Dios, yo voy á enviar un Ángel mio que vaya delante de tí, que te sirva de guia en el camino, y te conduzca á la tierra que te tengo prometida: *Ecce ego mittam Angelum meum, qui praecedat te.* (*Exod.* XXIII). Respétale, oye su voz, guárdate bien de despreciarle, esto es (segun la version de los Setenta) sé dócil á sus consejos, y haz todo lo que él te previniese: *Observa et audi vocem ejus;* porque has de tener entendido, que todo lo que dijere y obrare lo hace en mi nombre: *est nomen meum in illo.* Si dieres crédito á sus palabras haciendo lo que te mando, *quod si audieris vocem ejus,* seré enemigo de tus enemigos, y afligiré yo á los que te afligieren á tí: *Inimicus ero inimicis tuis, et affligam affligentes te.* Mi Ángel caminará continuamente delante de tí, y te hará entrar en la tierra prometida. En este ministerio del Ángel tutelar de los israelitas se cifra la instruccion, la comision y la diputacion de nuestros Ángeles de guarda.

Tambien son figura bien expresa de los oficios que hacen cada dia con nosotros los que hizo con Tobías el ángel san Rafael. No hubo

discípulo mas dócil, ni mas agradecido á su ayo que el jóven Tobías: Padre mio, ¿con qué cosa digna podrémos agradecer á este fiel conductor y á este buen amigo tanto como le debemos? ¿Qué expresion le podemos hacer, que sea correspondiente á tantos beneficios como hemos recibido de su mano? *Quam mercedem dabimus ei? aut quid dignum poterit esse beneficiis suis?* (*Tob.* XII). Él me sacó y me volvió sano y robusto á tu casa: *me duxit et reduxit sanum;* librándome de mil peligros en el viaje. El camino era largo y penoso: podia perderme á cada paso, y muchas veces corrió peligro mi vida. Si me veo restituido á la casa de mi padre con tanta felicidad, después de Dios, se lo debo á este amable conductor; pero no pararon aquí sus beneficios: él mismo en persona fué á recibir el dinero de Gabelo: él me consiguió la mujer con quien me casé: él lanzó de ella el demonio, que tanto tiempo habia la estaba atormentando, cuyo lastimoso accidente tenia toda la casa en un continuo llanto y en un perpetuo luto, llenando con esto de alegría á su pobre padre y á su afligida madre: él me libró á mí de aquel formidable pez que me iba ya á tragar: él te hizo ver á tí la luz del cielo; y en una palabra, por él estamos llenos de bienes: *Me ipsum à devoratione piscis eripuit; te quoque videre fecit lumen coeli, et bonis omnibus per eum repleti sumus.* ¿Quién no descubre en esta misteriosa menudencia, y en toda la serie de esta dulcísima historia los ministerios, los importantes servicios que recibimos de nuestros Ángeles de guarda por todo el curso de nuestra peregrinacion en esta vida? Peligros desviados; funestos acasos impedidos; malicia del demonio descubierta y confundida; negocios de importancia terminados con felicidad; dichosos sucesos en las empresas mas arduas y en los proyectos mas espinosos; esta es, en resúmen, una parte de lo mucho que debemos á los Ángeles custodios. *Quid illi ad haec poterimus dignum dare?* Pues ¿qué le podrémos dar que sea correspondiente á tanto como le debemos, á los beneficios de que nos ha colmado, á los servicios que nos ha hecho, y á los muchos que debemos esperar nos haga todavía?

Ya nos lo enseña san Bernardo, cuando habiendo admirado la inefable bondad de nuestro Dios en la designacion de los Ángeles tutelares, exclama: *Mira dignatio et vere magna dilectio charitatis!* (In Ps. *Qui habitat*). ¡Oh caridad! ¡oh exceso de amor! ¡oh bondad verdaderamente incomprensible! Pues logramos la dicha de estar continuamente bajo la tutela de aquellos espíritus bienaventurados, de tener inseparablemente uno de ellos á nuestro lado, de merecerle por guia durante el curso de nuestra vida. *Quantam tibi debet hoc verbum*

inferre reverentiam, afferre devotionem, conferre fiduciam! ¡Qué veneracion, qué respeto, qué devocion, qué confianza debe inspirarte esta amable, esta dulce verdad! *Reverentiam pro praesentia.* Su presencia te debe infundir respeto. ¿Cómo me atreveré á hacer delante de él lo que no me atreveria á presencia del hombre mas vil del mundo? *Tu ne audeas, illo praesente, quod vidente me non auderes?* Si la presencia de los grandes del mundo contiene á los mas rústicos y á los mas descompuestos, ¿qué compostura no debe infundir en mi corazon y en mi alma la continua presencia de aquel á quien el Salvador del mundo declaró por mayor y mas respetable que todos los grandes de la tierra?

Devotionem pro benevolentia. Su benevolencia te debe inspirar devocion, prosigue el mismo Padre. ¿Cuánto cuida de nosotros nuestro buen Ángel? ¿qué oficios no nos hace? ¿qué servicios no ejecuta con nosotros en este destierro? Presérvanos de mil peligros; líbranos de mil males; solicítanos todo género de bienes; presenta nuestras oraciones al Señor; consíguenos mil beneficios y mil gracias; defiéndenos de toda suerte de enemigos; llévanos, por decirlo así, en palmitas: estorba nuestras caidas espirituales y corporales; y cuando á pesar de sus desvelos caemos en pecado, nos ayuda á levantar; siempre está viendo á Dios, y nunca nos pierde á nosotros de vista: lleno de Dios, ocupado en Dios, no está menos ocupado en nosotros, ni menos atento á todo lo que nos toca; observa y guia todos nuestros pasos; enderézanos cuando nos descaminamos; alúmbranos en nuestras dudas; determínanos en nuestras perplejidades; y después de habernos conducido tan constantemente durante el curso de la vida, ¿cuánto nos ayuda, cuánto nos asiste en la hora de la muerte? *Quid ad haec poterimus dignum dare?* ¿Qué reconocimiento le debemos por tan prodigioso número de beneficios?

Su custodia te debe inspirar confianza: *fiduciam pro custodia.* Todos estos beneficios son ciertamente la prueba mas segura de su buena voluntad; y si la buena voluntad, junta con el poder, es lo que mas alienta la confianza, ¡cuánta debemos tener en nuestro santo Ángel de guarda! ¿Hubo nunca buena voluntad mas descubierta, ni valimiento mas eficaz ni mas seguro? ¿hubo bondad ni inclinacion á favorecernos mejor manifestada? Lo que hasta aquí ha hecho por nosotros es el mejor fiador de lo que está pronto á hacer. Atento á todas nuestras necesidades, expedito para socorrernos, y encargado por oficio de gobernarnos en todo; ¿cómo puede dejar de estimar nuestra confianza, ni cómo puede negarnos su proteccion siempre que le ha-

yamos menester? Debemos, pues, á nuestros Ángeles estas tres cosas: honor y respeto, porque estamos en su presencia; amor y devocion, porque nos aman con ternura; recurso y confianza, porque son mas celosos de nuestro bien y de nuestra salvacion, que nosotros mismos.

Affectuose diligamus Angelos, exclama san Bernardo. Amemos, pues, tiernamente á nuestros Ángeles de guarda por moradores de la patria celestial, de la cual tambien esperamos ser nosotros algun dia coherederos y conciudadanos, *tamquam futuros aliquando cohaeredes nostros;* y por ser ayos y tutores nuestros destinados por el Padre de las misericordias para asistirnos y para gobernarnos: *Interim vero actores tutores à Patre positos, et praepositos nobis.* ¿Qué podemos temer con tales protectores y con tales guias? *Quid sub tantis custodibus timeamus?* No hay que temer, ni que nuestros enemigos los venzan, ni que sus artificios los engañen, ni que los descaminen por no saber guiarnos: *Nec superari, nec seduci, minus autem seducere possunt qui custodiunt nos in omnibus viis nostris.* Son nuestros amigos fieles, nuestros guias seguros y experimentados, nuestros poderosos protectores; ¿qué tenemos, pues, que temblar? *Fideles sunt, prudentes sunt, potentes sunt, cur trepidamus?* Nada hay que hacer de nuestra parte sino ser dóciles á sus inspiraciones, puntuales en obedecerles, fieles en servirles, y prontos á sus piadosos toques, impulsos y llamamientos: *Tantum sequamur eos, adhaereamus eis.* Seguros podemos vivir de que estamos debajo de la proteccion de Dios, mientras estamos bajo la tutela de nuestro Ángel de guarda: *et in protectione Dei coeli commorenur.*

En fin, añade san Bernardo, siempre que nos combata alguna violenta tentacion, siempre que nos hallemos en ocasiones peligrosas, siempre que nos sucedan molestos accidentes, siempre que se nos ofrezcan dudas y perplejidades, siempre que esté turbado el corazon y esté el alma afligida, cuando se ofrezca algun negocio, algun viaje donde haya que temer dificultades, riesgos y peligros, invoquemos con fervor y con toda confianza á nuestro Ángel de guarda. Si queremos granjearnos la benevolencia de aquellas personas de quienes tenemos necesidad, imploremos el favor de sus Ángeles de guarda, porque ninguno como ellos podrá inclinar su ánimo á nosotros. No hay Santo en el cielo que no tuviese singular devocion á los Ángeles de guarda. Cada reino, cada region, cada ciudad, dice santo Tomás, tiene su Ángel tutelar. En las iglesias donde hay Sacramento asiste innumerable multitud de estos espíritus celestiales, que con-

tinuamente están haciendo corte á su soberano Dueño realmente presente en la Eucaristía. ¡Oh, y cuántos asisten (dice el mismo Padre) al santo sacrificio de la misa mientras esta se celebra! Todos ellos son dignos de nuestro culto, y cada uno nos alcanzará una devocion mas respetuosa y mas tierna como se la pidamos. Acordémonos, en fin, que en todas partes encontramos santos Ángeles, prontos á asistirnos en todas nuestras necesidades: Ellos nos aman como á hermanos, dice san Agustin: *Ipsi sunt fratres nostri, qui valde nos diligunt:* en todo nos enseñan, y en todo nos asisten: *nos ubique instruunt, in cunctis nos protegunt:* y están como con una santa impaciencia por vernos ocupar en el cielo aquellas sillas de que se hicieron indignos los ángeles rebeldes: *Sedes paradisi per nos repleri expectantes.* Acudamos, pues, á nuestro Ángel de guarda, concluye san Bernardo, en todas las tentaciones, en todos los peligros, en todas las adversidades, en todos los negocios espinosos, en todas nuestras dudas, en todas nuestras empresas; imploremos su proteccion, pidámosle que nos alumbre, que nos aliente, que nos asista, y digámosle en todas ocasiones en que corremos algun peligro: Señor, sálvanos, que perecemos. *Quotiescumque ergo gravissima cernitur urgere tentatio, et tribulatio vehemens imminere, invoca custodem tuum, doctorem tuum, adjutorem tuum in opportunitatibus, in tribulatione: inclama eum, et dic: Domine, salva nos, perimus.*

La festividad de los Ángeles Custodios, que toda la Iglesia celebra hoy, se celebra en algunas diócesis de España á primero de marzo, segun se advierte en dicho dia.

SAN SATURIO, PATRON DE SORIA.

San Saturio, uno de los mas célebres eremitas que han florecido en España, á quien tributa los honores de patrono de Soria, nació en aquella antigua ciudad de la ilustre prosapia de los godos, segun nos dicen varios escritores de la nacion. Criáronle sus padres segun el espíritu de la religion católica, de la que eran celosos profesores, y habiendo impreso en el tierno corazon del ilustre niño las piadosas máximas del santo Evangelio, aunque tenia grandes disposiciones para las ciencias, á las que le aplicaron en su infancia, con todo, manifestó desde luego su inclinacion á la soledad, para atender únicamente al importante negocio de su salvacion eterna. Murieron los padres de Saturio, y disueltos los vínculos de la carne y de la sangre, que hasta entonces impidieron la ejecucion de sus nobilísimas ideas, dis-

ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

tribuyó su cuantioso patrimonio entre los pobres de Jesucristo, y se retiró á una elevada montaña contigua al rio Duero, donde eligió para su habitacion una gruta, cerca de la cual labró un oratorio en honor del arcángel san Miguel, donde se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de unas penitencias sin límites, sin tener otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, pasando en oracion los dias y las noches, no tomando otro alimento que el de raíces amargas, ó algunas frutas silvestres, que contribuian no poco á aumentar su mortificacion.

El ilustre eremita pasó mas de treinta años en aquel tenor de vida mas angélica que humana, siendo el objeto de la veneracion de toda aquella region, á pesar de las industrias de que se valia para ocultarse de la vista de los mortales. Tenia Saturio la costumbre de ponerse de rodillas á orar al romper el dia en la puerta de su cueva; y en una de las ocasiones que practicó esta diligencia, advirtió en lo profundo del valle por donde corre el Duero, que un jóven andaba de una á otra parte solicitando pasar aquel caudaloso rio. Conoció el peligro á que se exponia el incauto mancebo, y llevado de un impulso de compasion, se puso sobre una piedra, y comenzó á vocearle para que desistiese de su empeño. Era el jóven Prudencio, aquel célebre Santo que fue después obispo de Tarazona, que iba en busca de Saturio, quien luego que oyó su voz, se arrojó intrépido sobre las aguas, y habiéndolas pasado á pié enjuto, fué á la cumbre donde estaba el eremita, y postrándose á sus piés le pidió su bendicion. Hizo Saturio la misma diligencia, admirado del prodigio que acababa de presenciar; pero venciendo en la religiosa altercacion el humilde jóven, le asió de la mano, y entrando ambos en el oratorio de San Miguel, dieron juntos repetidas gracias al Señor.

Concluido aquel acto, preguntó Saturio á Prudencio por su nombre, por su patria, y por el motivo que le conducia á aquella soledad; y manifestándole no ser otra la causa que la de seguir en su compañía el fervor de la vida eremita, á que se hallaba llamado desde su niñez, le rogó que le admitiese por su discípulo. Hízolo Saturio con la mayor complacencia, y habiendo continuado por espacio de siete años bajo la enseñanza de tan célebre maestro, le veneraba este por las ventajas excesivas que notaba en él sobre los mas ancianos en la profesion.

Comenzó á enfermar Saturio, y á debilitarse su naturaleza á fuerza del rigor de su penitente vida, y conociendo por luz superior que se acercaba la hora de la muerte, rogó á Prudencio que le tendiese so-

bre el duro suelo, y le cantase los oficios funerales; en cuyo acto entregó el espíritu en manos del Criador por los años 568, con notable sentimiento de su amado discípulo, que en cumplimiento de la voluntad del difunto, dió sepultura á su venerable cadáver en el oratorio de San Miguel, grabando sobre la lápida la inscripcion siguiente: *Aquí descansa el siervo de Dios Saturio, que después de treinta y seis años de vida eremítica, esclarecido en milagros, falleció en el Señor á los setenta y cinco años de su edad en el 6 de las nonas de octubre de la era 606* (que es el año de Cristo 568).

San Prudencio, discípulo de Saturio, ascendió después á la dignidad de obispo de Tarazona, y queriendo manifestar á todos el alto concepto de santidad que siempre tuvo de su insigne maestro, elevó sus reliquias del primer depósito á lugar mas decente, donde contribuyó con su autoridad y con su ejemplo á que se le tributase al Santo el culto y la veneracion debida, la cual se aumentó en todos los pueblos de la comarca, á virtud de los repetidos milagros que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su siervo, cuyo cuerpo se trasladó después á la iglesia de Soria, que le reconoce por su patrono. (*Véase la vida de san Prudencio, obispo de Tarazona, en las del dia 28 de abril*).

EL BEATO BERENGUER, CONFESOR.

Aunque los escritores modernos dominicanos se quejan altamente de la negligencia de los antiguos, sobre haber privado á la posteridad de las importantes noticias de la vida del beato Berenguer de Peralta, decoroso ornamento de su Órden, con todo, por lo que han podido adquirir los que se interesaron en el descubrimiento de sus actas, sabemos que nació en Monzon, pueblo del reino de Aragon, confinante con el principado de Cataluña, y que cuando contaba quince años, fue provisto en uno de los canonicatos de la iglesia de Lérida; de que se infiere los relevantes merecimientos del Beato en una edad que por lo regular piensan los jóvenes en diversiones y pasatiempos. Distinguióse desde luego Berenguer en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres y por su singular piedad; pero como sus deseos no eran otros que retirarse del mundo para atender únicamente al importante negocio de su salvacion eterna, abrazó el Órden querúbico en el convento que poco antes habian fundado en Lérida los hijos del patriarca santo Domingo, floreciente por lo mismo en el primitivo fervor de la observancia regular. No nos consta los progresos que hizo Berenguer en el claustro; pero la grande repu-

tacion que tuvo es un testimonio auténtico de la santidad de su vida. Vacó la cátedra episcopal de Lérida por muerte de D. Guillelmo Barberan, y como el Señor queria acreditar el mérito de su siervo para aquella dignidad, aunque se hallaba solo en el órden de subdiácono, lo demostró así por uno de los extraordinarios portentos de su adorable providencia.

Juntáronse los canónigos de Lérida, á quienes correspondia por entonces la eleccion de prelado, para nombrar sucesor del difunto; y no conviniéndose los votos en los muchos congresos que tuvieron, decidió el cielo la contienda, haciendo que apareciese un Ángel que impuso la mitra á Berenguer; cuyo hecho prodigioso lo acredita la pintura que hoy se ve sobre el sepulcro del siervo de Dios, creido por una tradicion constante.

No pudieron resistirse los canónigos á la significacion del cielo, y mas constándoles las eminentes virtudes de Berenguer; pero como este se hallaba tan distante de apetecer honoríficos empleos, conociendo por una parte que en la promocion se le privaba de los consuelos superiores que disfrutaba en su amado retiro, y por otra la responsabilidad del ministerio episcopal, quiso antes perder la vida que imponer sobre sus hombros una carga tan pesada, temible por los hombres mas eminentes que han florecido en la Iglesia. Rogó á Dios con fervorosas oraciones, que se dignase exonerar de aquel insoportable peso á sus débiles hombros; y oyendo el Señor con agrado las súplicas de su humildísimo siervo, antes que se consagrase, le llevó á gozar de su vision beatífica en el dia 2 de octubre del año 1256, reinando en Cataluña, Aragon, Valencia y Mallorca el rey D. Jaime, primero de este nombre.

Veneraron los fieles al Beato desde su fallecimiento, tributándole el culto debido á su eminente santidad, la que quiso el Señor manifestar con repetidos milagros, memorable entre ellos el siguiente: Determinó un obispo de Lérida abrir el sepulcro del siervo de Dios, ó bien para ver sus reliquias, como opinan unos, ó bien para trasladarlas á lugar mas decente, segun sienten otros; pero impidió la operacion una abundante copia de sangre, que se dejó ver en el frontispicio del mismo sepulcro, en el que hasta ahora se advierten varias gotas de la misma sangre; cuyo prodigio sirvió para aumentar desde entonces la devocion de Lérida, donde tiene un altar dedicado á su nombre, y es constante su culto inmemorial.

SAN LEODEGARIO, OBISPO Y MÁRTIR, Y SAN GERINO, MÁRTIR, HERMANOS.

San Leodegario fue de la sangre real de Francia; por lo cual faltando sus nobilísimos padres, le dejaron en poder del rey Clodoveo, el cual le recibió como si fuera hijo suyo, y le entregó al obispo Pictaviense, tio suyo, para que le enseñase todas las artes y buenas letras, en que salió tan diestro y docto como virtuoso, que era lo que mas estimaba el santo obispo Didon su tio; por lo cual le ordenó de sacerdote y dió la dignidad de arcediano de su iglesia, deseando le sucediese en el obispado, por ver cuánto lo merecian sus virtudes y letras, y sobre todo la pureza de la castidad, en que competia y emulaba á los mismos Ángeles: al fin, siendo tan grande su nobleza, era mucho mas grande su virtud, con que obligaba á poner en él los ojos para altas dignidades. Habiendo perdido á su abad el monasterio de San Majencio, en la diócesis de Poitiers, obligó el tio á Leodegario á tomar á su cargo el gobierno de aquella grande abadía, que tuvo en efecto seis años con gran reputacion de prudencia y santidad. Murió Clodoveo, y sucedióle en el reino su hijo Clotario III en el año de 656, el cual reconociendo ser muy niño, por consejo y ruegos de su madre santa Batilde y de muchos príncipes y obispos, trajo á su palacio á Leodegario para que con su discrecion, virtud y prudencia grande gobernase todo el reino. Aquí sobresalian tanto sus virtudes, que el Rey, no contento con haberle dado tanto honor, le nombró obispo de Autun en el año de 659. Á los diez años de su obispado murió el rey Clotario III, y el santo obispo Leodegario, por voluntad de Dios y parecer de todos los príncipes que le asistian, dió el reino a Childerico, hermano de Clotario. Pero como en semejantes casos no todos consiguen su gusto, Ebroino quedó disgustado; y procuró que reinase Teodorico, hermano tambien del rey Childerico; porque habia conservado este solo amigo en el tiempo que habia sido mayordomo mayor de la casa del rey Clotario, habiéndose hecho á todos odioso por su soberbia vana.

Bien claro se ve que Ebroino no miraba la conveniencia del reino, sino la suya propia; pero por el mismo caso su parecer fue menospreciado de todos; y así él, considerando cuán abatido habia de verse habiéndose hecho odioso á todos, y al mismo Rey que no habia querido admitir, se fué al monasterio de Luxeu, y allí se ocultó en hábito monacal. El Rey por evitar disturbios, puso á su hermano Teo-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

dorico en custodia decente y segura; y san Leodegario era único señor del Rey y del reino, con que gozaba de tanta paz toda Francia, que bien se conocia obraba la mano poderosa de Dios por medio de su siervo Leodegario. No dormia la sierpe del abismo, envidiosa siempre; y así pasado un año de tanta paz y quietud, comenzó á sembrar zizaña. El Rey, que era jóven y de temperamento acre, se abandonó al fin á los deleites, y se casó con una prima hermana suya. San Leodegario le amonestó primero en secreto, y luego viendo inútiles sus esfuerzos, se atrevió á reprenderle en público. Así que en breve tiempo todo el amor que el Rey tenia al santísimo obispo Leodegario, incitado de algunos cortesanos, se convirtió en odio mortal, de suerte que todo era maquinar trazas para darle la muerte. Bien supo Leodegario quiénes le hacian el mal; pero habiendo aprendido de su maestro Jesús á hacer bien á sus enemigos y volver bien por mal, los convidó á todos, y al mismo Rey con ellos, para que el dia santo de la Pascua le celebrasen con él en su ciudad Eduense, que era donde tenia su silla pontifical. Admitió el Rey el convite, y vino con todos los traidores enemigos del santo Obispo, á quien dieron aviso como el Rey tenia dispuesto darle una muerte cruel aquella noche.

No se turbó por esto el ánimo de Leodegario, antes con mucha paz y sosiego admitió al Rey, celebró su misa, y le dió la Comunion, como Cristo hizo á Judas. Pero acabados los oficios, sabiendo que la ira del poderoso mal informado se vence mejor con la ausencia que con súplicas ni ruegos, se fué al monasterio mismo donde estaba Ebroino, y allí le servia á él y á todos los monjes con rara humildad y alegria de ánimo. A pocos dias murió el rey Childerico en pago de su depravada intencion, y los eduenses viendo que reinaba Teodorico su hermano, fueron todos al monasterio por su santo Obispo, pidiéndole con muchas lágrimas no les desamparase si queria que no se perdiesen; a cuyos ruegos se llegó el mandarle el abad volviese á gobernar y dar pasto á sus ovejas, con que hubo de obedecer, y fue recibido en su ciudad con toda honra y universal muestra de alegría y regocijo. Ebroino, que supo que reinaba Teodorico, apostató al instante dejando el santo hábito que indignamente vestia, y se fué á la corte. Recibióle el Rey con todo cariño, y dióle los mayores cargos de su corona, y sobre todo su privanza. Soberbio con ella Ebroino, todo su anhelo era no cuidar de la paz y quietud del reino, sino solo de quitar la vida al santo Obispo. Lo primero que hizo fue enviar soldados que lo prendiesen. Estaba predicando á su pueblo, y conociendo querian defenderle, les pidió no hiciesen tal; y así en su hábito pontifical, acom-

pañado de infinitas lágrimas de los suyos, salió á recibir los soldados, los cuales le prendieron con furor y rabia, y si no le quitaron la vida fue porque no tenian órden para ello; pero le sacaron los ojos, pareciéndoles que en esto lisonjeaban al traidor y apóstata Ebroino, y así ciego lo dejaron preso en una abadía.

Pasados dos años, Ebroino hizo que le trajesen á palacio al santo obispo Leodegario y á su hermano Gerino, á quien con otros muchos tenia desterrado y preso; y como quisiese burlarse de ellos en presencia del Rey, los dos gloriosos santos hermanos respondieron á sus bárbaras é indecentes preguntas con gran modestia y humildad, de lo cual enfurecido el traidor apóstata, mandó que á Gerino lo apedreasen, lo cual se ejecutó, y murió mártir glorioso como otro san Esteban, pidiendo perdon por sus enemigos; y que su hermano Leodegario le trajesen todo el dia descalzo, haciéndolo pasar sin parar por un rio que corria sobre unas agudísimas piedras, para que fuese cruelmente herido y atormentado. Los verdugos ejecutaron la rigurosa sentencia, y el invicto Mártir de Jesucristo se paseaba y alababa á Dios en tan gran tormento, de lo cual avisaron á Ebroino, y furioso le hizo sacar la lengua y cortar los labios, y luego lo mandó poner en custodia para discurrir nuevos géneros de rigores con que atormentarle. Pero el bendito Santo no por eso perdió el hablar, antes hablaba y predicaba al pueblo sin lengua tan bien y mejor que cuando la tenia, y profetizó lo que habia de suceder en el reino, y cómo y cuándo moriria el traidor Ebroino y otros muchos, lo cual todo se cumplió de la manera que el santo Mártir lo dijo; porque habiendo el Rey con su amigo Ebroino hecho un concilio, en él sucedió que uno de aquellos que se habian atrevido á poner sus sacrílegas manos en el santo obispo Leodegario, fue desterrado de allí, y á pocos dias degollado: otro á quien Ebroino, agradecido por lo mismo, habia dado el obispado del glorioso Santo, convencido de un grave delito y azotado públicamente, se ahorcó.

Luego fue mandado traer Leodegario, y para que no compareciese entre los obispos del concilio, fue mandado detener fuera; pero estando fuera de él le preguntaron algunas cosas, á que respondió fielmente; y asimismo dijo cuándo y cómo habian de morir los dos, esto es, Ebroino y él mismo. Ebroino entonces, viendo que Leodegario habia profetizado públicamente su martirio glorioso y la desastrada muerte de él con su condenacion eterna, furioso se salió del concilio, y mandó á un soldado tuviese en custodia al Mártir glorioso. El soldado se lo llevó á su casa, y el santo Obispo padeciendo gran sed,

pidió un poco de agua á uno de la calle, el cual se la dió; y al instante bajó del cielo una inmensa luz que á modo de corona rodeó la cabeza del Santo, á cuya vista se convirtió el que le daba á beber, su familia toda y otros muchos de la calle que vieron la luz y oyeron predicar al Santo. Llevaron esta nueva á Ebroino infinitos que vieron bajar la luz del cielo y coronar su cabeza; pero el infiel apóstata, rabioso de envidia, envió cuatro verdugos que lo degollasen al instante, los cuales tres se convirtieron á la fe de Jesucristo oyendo predicar al Santo, y le pidieron perdon, y el cuarto diciéndole mil oprobios, le degolló; y viendo al santo cuerpo inmóvil después de haberle cortado la cabeza, le dió un puntapié y lo echó en tierra; pero al instante pagó el desacato, porque se apoderó de él el demonio, y furioso lo arrojó al fuego, donde acabó su vida miserable rabiando y abrasado.

Dos años habian pasado del martirio del gloriosísimo Leodegario y por su intercesion Nuestro Señor hacia infinitos milagros, cuya noticia llegó á oidos del apóstata Ebroino; el cual atormentado de envidia de oir publicar tantas glorias de su enemigo, envió un soldado á donde el cuerpo glorioso habia sido sepultado para que se informase de la verdad: llegó arrogante y soberbio el soldado, y dando con el pié á la tumba dijo: *Muera quien dijere y creyere que un muerto puede hacer milagros.* ¡Oh maravilla de Dios siempre grande! al instante aquel mal hombre fue arrebatado del demonio, y murió allí mismo de repente y desdichadamente; con que con lo mismo que quiso (por lisonjear á su señor) vituperar al santo Obispo y glorioso Mártir, con eso mismo, á vista de tanto prodigio, le ensalzó y glorificó mas. La nueva de tan estupendo caso llegó al instante á oidos del apóstata Ebroino, y rabiando de envidia cuando solicitaba oscurecer la gloria de tan gran Santo, murió al golpe de una espada en el mismo dia y de la misma suerte que lo habia profetizado el bendito mártir Leodegario. Así se cumplieron las profecías del gloriosísimo Obispo, y así vengó Dios su gloriosa muerte, la cual fue á los dos dias del mes de octubre por los años del Señor de 685. Después su cuerpo glorioso fue trasladado al lugar y monasterio de San Majencio, donde habia sido abad, haciendo tantos y tan innumerables milagros por el camino, y después en su glorioso sepulcro, que ninguno llegó con molestia ó enfermedad alguna, que no volviese sano y bueno á su casa.

La Misa es en honor del santo Angel de la guarda, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui ineffabili providentia sanctos Angelos tuos ad nostram custodiam mittere dignaris: largire supplicibus tuis, et eorum semper protectione defendi, et aeterna societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que con inefable providencia te dignaste enviar tus santos Ángeles para que nos guarden; concede á nuestros humildes ruegos, que después de defendidos por su continua proteccion en la tierra, seamos por toda la eternidad compañeros suyos en la gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIII *del Éxodo.*

Haec dicit Dominus Deus: Ecce ego mittam Angelum meum qui praecedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi. Observa eum, et audi vocem ejus: nec contemnendum putes, quia non dimittet cum peccaveris, et est nomen meum in illo. Quod si audieris vocem ejus, et feceris omnia quae loquor, inimicus ero inimicis tuis, et afflígam afflígentes te, praecedetque te Angelus meus.

Esto dice el Señor: Hé aquí que yo enviaré mi Ángel que vaya delante de tí, y te guarde en el camino, y te introduzca en el país que yo he preparado. Venérale, y escucha su voz, y mira no le desprecies; porque no te perdonará si pecares, y mi nombre está en él. Pero si escucharas su voz, é hicieres todo lo que yo digo, seré enemigo de tus enemigos, y perseguiré á los que te persiguen: y mi Ángel caminará delante de tí.

REFLEXIONES.

Yo te enviaré mi Angel, que vaya delante de tí, que te guarde en el camino, y te introduzca en la tierra que te tengo prevenida. El cuidado que tiene Dios de nosotros es una prueba muy clara de su bondad y de su infinita misericordia. Pero ¿se podrá imaginar ingratitud mas torpe ni mas escandalosa; podrá darse prueba mas evidente de un perverso corazon, que no hacer reflexion á estos paternales desvelos, á esta eficaz atencion, á esta solicitud de cariñosa Madre, que continuamente tiene Dios de nosotros? No contento con velar continuamente en nuestros intereses, nos señala un gobernador, un preceptor, una guia; y no como quiera, sino de su misma corte, de en medio de sus mas insignes favorecidos va á escoger y á entresacar á este sabio conductor y ayo de sus hijos. Siempre encarga este cuidado á uno de sus mas nobles y mas estimados cortesanos, á uno de aquellos príncipes de la corte celestial, que asisten de oficio delante de su trono. ¡Oh, y qué amable es esta divina Providencia! Pero, y ¿cómo la agradecemos

nosotros, siendo así que nos preciamos de tan agradecidos á los menores servicios que nos hagan nuestros amigos? Si estuviera en nuestra eleccion escoger una guia que nos condujese por el escabroso, por el espinoso camino de esta vida, ¿nos hubiera pasado por la imaginacion escoger un Ángel para un ministerio tan importante, pero al mismo tiempo tan inferior á la elevada dignidad de aquellos ministros del Altísimo? Pero lo que nosotros no nos atreveríamos á pedir, lo que no osaríamos siquiera imaginar sin temeridad y sin cierta especie de extravagancia, eso es lo que Dios nos concedió. Apenas nacimos á este mundo, tiene cada uno de nosotros un Ángel encargado de gobernarnos, que cuida de desviar de nosotros todo lo que nos puede perjudicar en aquella edad en que somos incapaces de ayudarnos, en que arrollada todavía la razon, no se puede desenvolver para prevenir por sí misma tantos peligros, tantos tropiezos y tantos lazos. No hay menos que temer en lo restante de la vida; pero nuestro fiel guia que todo lo prevé, y es tan poderoso como despejado, no nos abandona un momento. Y ¿cuál es nuestra correspondencia á tan señalado beneficio, ya sea respecto de Dios, ya respecto de los santos Ángeles? ¿Cuántos pasan la vida sin haber hecho la menor expresion de agradecimiento á su fidelísimo guia? Siéndole deudores de infinitos beneficios, ¿cuántos mueren sin haber honrado, amado y dado gracias al Ángel de su guarda? ¡Oh escandalosa ingratitud! ¡oh torpe olvido! que debe revolver y alborotar un corazon verdaderamente cristiano.

El Evangelio es del capítulo XVIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno coelorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum coelorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno coelorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Vae mundo à scandalis. Ne-

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesús los discípulos diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os transformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre á un niño como este, me acoge á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y ser sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo

cesse est enim ut veniant scandala, verumtamen vae homini illi, per quem scandalum venit. Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te : bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem aeternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te : bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis: dico enim vobis, quia angeli eorum in coelis semper vident faciem Patris mei, qui in coelis est.

por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo. Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatele, y échale de tí: mejor te es entrar á la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no desprecieis alguno de estos pequeñuelos: porque os hago saber, que sus Ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en ellos.

MEDITACION.

De la devocion del santo Ángel de la guarda.

Punto primero.—Considera que después de la devocion á Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Dios, y á la santísima Vírgen nuestra buena Madre, nuestra devocion, nuestra veneracion y nuestra confianza se debe dirigir al santo Ángel de nuestra guarda. Él es uno de aquellos espíritus bienaventurados que componen la corte del Altísimo; él es uno de los príncipes de la celestial Jerusalen, dispensador de la gracia del Todopoderoso, con quien tiene grande valimiento, particularmente cuando se interesa en la salvacion de aquella persona que se fió á su cuidado, y de quien es Ángel tutelar. Desde el mismo instante de nuestro nacimiento nos confió Dios á esta celestial inteligencia, á este su favorecido, y á este espíritu bienaventurado. ¡Con qué respeto debemos estar en su presencia! ¡qué ternura, qué agradecimiento le debemos profesar, siendo una guia, un fiel compañero, que ni por un solo momento se aparta de nuestro lado! ¡con qué docilidad debemos obedecer sus inspiraciones, y escuchar sus secretos, sus saludables consejos! ¡cuánta confianza debemos tener en él! La majestad de los Reyes imprime tanto respeto, que sola su presencia contiene á todos en su deber. *El menor del reino de los cielos*, dice el Salvador, *es mayor que el mas grande de la tierra.* El inferior de todos los Ángeles del cielo es superior á todos los monarcas de la tierra. ¿Con qué circunspeccion debemos estar á vista de él? ¡Ah, cuántos y cuántos quizá no pensaron nunca que estaban á la vista de

su santo Ángel! Perpetuamente está junto á mí aquel espíritu tan noble y tan puro; testigo es de todas mis acciones: no doy un solo paso sin que él me siga; ¡y se pasarán semanas, meses, y acaso tambien años sin pensar siquiera que tengo á mi lado á mi santo Ángel! No hay descuido mas impío; no hay olvido mas torpe. Un amigo de este carácter, un protector de esta santidad, de esta excelencia; y yo sin hacer mas caso de tan respetable compañía, que si jamás estuviera junto á mí. Mi Dios, ¡cuánto dolor nos causará algun dia esta falta de respeto!

Punto segundo.—Considera cuánto nos empeñan en un vivo y continuo reconocimiento los importantes servicios que sin cesar nos está haciendo el santo Ángel de nuestra guarda. ¡Qué cuidado tiene de nosotros! ¡qué buenos oficios no nos presta desde el mismo punto que nacemos! ¡De cuántos peligros nos defiende en la niñez! ¡de cuántos nos saca en la juventud! ¡Cuántos importantísimos obsequios le debemos en todo el curso de la vida! ¡y cuánto nos podrá ayudar en la hora de la muerte! Algun dia sabrémos lo que debemos á nuestro Ángel de guarda; pero ¡qué sentimiento, qué dolor no haber advertido lo obligados que le estábamos, sino cuando ya no podemos darle ni la menor señal de nuestro agradecimiento! ¡Cuánta será nuestra amargura cuando presentándonos ante el tribunal de Dios, al salir de esta miserable vida, veamos á nuestro lado aquel bienaventurado espíritu, aquel Ángel tutelar, que no nos abandonó ni un solo momento, cuyos saludables avisos despreciamos, á quien tantas veces contristamos con nuestros voluntarios descaminos, y cuya presencia nunca nos mereció el menor respeto! ¡Cuánto será el furor, cuánta la rabia, cuánta la desesperacion de los infelices condenados cuando se vean precisados á separarse de sus santos Ángeles de guarda por toda la eternidad! Prevengamos á lo menos estos crueles, pero ya inútiles remordimientos, y reparemos la pasada ingratitud con un reconocimiento continuo. Pues, dia y noche está con nosotros el Ángel de la guarda, no le perdamos de vista. Debemos profesar una puntual obediencia á todas sus órdenes, una perfecta docilidad á todos sus consejos, y una entera confianza en su proteccion. Si tuviéramos un amigo poderoso, despejado, fiel y celoso de nuestros intereses, ¿dejaríamos de recurrir á él en todos nuestros trabajos, ni de consultarle en nuestras dudas? Sus consejos serian leyes para nosotros, nos impondríamos una como obligacion de venerarlos y de seguirlos, teniendo en eso particular complacencia. ¿Trataríamosle por ventura con menos

confianza? Nuestro Ángel de guarda es ese fiel amigo, que posee ventajosamente todas esas prendas; pues de la misma manera nos debemos portar con él. Siempre que sentimos algun movimiento, que nos inclina al bien, ó nos desvia del mal, es una inspiracion que nos procura, es un buen consejo que nos da; ¡y nosotros le despreciamos, y le posponemos á las sugestiones del demonio, cuyo único fin es hacernos compañeros de sus tormentos, haciendo que lo seamos de su sediciosa rebelion! Estando encargado de nuestra conducta, solo respira deseos de nuestra salvacion; solo está atento á que venzamos al enemigo de ella, y empeñado en que superemos los estorbos que nos salen al encuentro para conseguirla. ¡Con qué ardor, con qué confianza, con qué presteza debemos recurrir al Ángel de la guarda en todas las tentaciones, en todos los peligros, en todos los negocios importantes y dificultosos!

¡Mi Dios, qué dolor, qué confusion es la mia cuando considero el poco caso que he hecho hasta aquí de un protector tan poderoso, de un amigo tan fiel, y de un guia á quien debo infinitas obligaciones! ¡Cuántas veces le falté al respeto en su presencia! ¡qué ingrato fuí á todos sus beneficios! ¡qué poco amor le he tenido! ¡y qué poca confianza me ha merecido su asistencia! Haced, Señor, que esta humilde confesion, junta á mi doloroso arrepentimiento, me consiga el perdon de mis faltas, que voy á reparar en lo restante de mi vida.

Jaculatorias.—Nunca me olvidaré, Señor, de cantar tus alabanzas en presencia del Ángel de mi guarda. (*Psalm.* cxxxvii).

Bendito sea el Señor, que se dignó darme un Ángel para que cuidase de mí. (*Dan.* iii).

PROPÓSITOS.

1 No basta conocer la dicha que tenemos en lograr un Ángel custodio destinado por Dios para velar sobre nosotros y para dirigirnos. No basta estar bien persuadidos de las muchas obligaciones que le debemos. Es menester manifestar en nuestro porte regular nuestro respeto, nuestro amor y nuestro agradecimiento. Debe crecer cada dia nuestra devocion al paso que son mayores cada dia los beneficios de nuestro conductor. Ninguno se te pase sin honrarle con algun obsequio particular, acabando todos los dias las devociones de la mañana y de la noche con esta oracion al Ángel de la guarda: *Angele Dei, qui custos es mei, gratias ago tibi pro omnibus beneficiis mihi à te collatis. Me tibi commissum pietate superna, hodie et quotidie illumi-*

na, custodi, rege et guberna: et in hora mortis meae ab hoste maligno me defende. «Ángel de Dios, destinado á mi custodia, gracias te doy «por todos los beneficios que he recibido de tu mano. Y pues la sobe-«rana piedad del Señor se ha dignado ponerme á cargo tuyo, alúm-«brame, guárdame, dirígeme, y gobiérname en este dia y en todos «los de mi vida, defendiéndome del maligno enemigo en la hora de «la muerte.» Nunca dejes de confesarte y comulgar en la fiesta del Ángel de la guarda. Invócale continuamente en todas tus necesidades. No emprendas cosa considerable sin implorar su asistencia; y cuando hagas viaje dí al comenzar tu jornada la oracion que se reza hoy en la misa.

2 Aunque todos los dias debemos honrar á nuestro santo Ángel, y aun invocarle muchas veces cada dia, hay uno en la semana consagrado particularmente á su culto, y este es el martes. Reverénciale singularmente en este dia, y no dejes de rezarle en él la oracion siguiente:

O fidelissime comes à Deo tutelae meae assignate; protector et defensor meus, numquam recedens à latere meo; quas tibi gratias referam pro fide, amore, innumerisque in me collatis beneficiis? Tu dormienti advigilas, moestum solaris, dejectum erigis, imminentia pericula avertis, futura doces cavere, à peccatis abstrahis, ad bonum impellis, lapsum ad poenitentiam hortaris, Deoque concilias. Jam dudum fortassis in infernum detrusus fuissem, nisi tuis precibus divinam à me iram avertisses. Ne, precor, me unquam deseras. In adversis solare, in prosperis contine, in periculis tuere, in tentationibus adjuva, ut iis numquam succumbam. Preces, et gemitus meos, omniaque pia opera divino conspectui offer, atque effice, ut in gratia ex hac vita perveniam ad vitam aeternam. Amen.

«Ó fidelísimo compañero y custodio mio, destinado por la divina «Providencia para mi guarda y tutela, protector y defensor mio, que «nunca te apartas de mi lado, ¿qué gracias te daré yo por la fideli-«dad que te debo, por el amor que me profesas, y por los innume-«rables beneficios que cada instante estoy recibiendo de tí? Tú velas «sobre mí cuando yo duermo, tú me consuelas cuando estoy triste, «tú me alientas cuando estoy desmayado, tú apartas de mí los peli-«gros presentes, me enseñas á precaver los futuros, me desvias de «lo malo, me inclinas á lo bueno, me exhortas á penitencia cuando «he caido, y me reconcilias con Dios. Mucho tiempo há que estaria «ardiendo en los infiernos si con tus ruegos no hubieras detenido la «ira del Señor; suplícote que nunca me desampares. Consuélame en

«las cosas adversas, modérame en las prósperas, líbrame en los pe-«ligros, ayúdame en las tentaciones para no dejarme vencer de ellas «jamás. Presenta ante los ojos de Dios mis oraciones, mis gemidos y «todas las buenas obras que yo hiciere, consiguiéndome que desde «esta vida sea trasladado en gracia á la vida eterna. Amen.»

DIA III.

MARTIROLOGIO.

San Cándido, mártir, en Roma, junto á la puerta mayor. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos mártires Dionisio, Fausto, Cayo, Pedro, Pablo y otros cuatro; los cuales habiendo padecido muchos trabajos en el imperio de Decio, y habiendo sido después largamente atormentados por órden de Emiliano, presidente, merecieron la palma del martirio en tiempo de Valeriano.

Los dos santos Ewaldos, mártires, en la antigua Sajonia; los cuales siendo presbíteros, y predicando allí la fe católica, fueron presos por los paganos, quienes los mataron: una gran luz que apareció por muchas noches consecutivas dió á conocer el lugar donde estaban los cuerpos de estos Santos, y de cuánto mérito fuese para con Dios su martirio. *(El rey Pipino los mandó trasladar á Colonia, donde se conservan).*

San Maximiano, obispo de Bagaya en África, el cual fue dos veces atormentado por los Donatistas; finalmente habiéndole precipitado de una torre muy alta, le dejaron por muerto; sin embargo sobrevivió algun tiempo, y esclarecido por su gloriosa confesion, murió en el Señor.

San Esiquio, confesor, en Palestina, discípulo de San Hilarion y su compañero en las peregrinaciones.

San Gerardo, abad, en Flandes en la diócesis de Namur. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN GERARDO, ABAD DE BROÑA.

San Gerardo, hijo de Stancio, pariente muy cercano de Haganon, duque de la Austrasia inferior, y de Plectrudis, hermana de Esteban, obispo de Lieja, nació al mundo hácia el fin del siglo IX. Conocióse bien desde la cuna que el cielo le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones; porque su bello natural, su inclinacion á la virtud, su modestia y su docilidad fueron presagio de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. Diósele una educacion correspondiente á los niños de su esfera; pero su virtud fue siempre muy superior á la edad. Nunca se desmintió ni en los estudios ni en los demás ejercicios de su vida. Evitó siempre con el mayor cuidado todo lo que podia manchar aquella su virginal pureza, que se conservó tan

limpia entre los peligros de la corte, como entre las defensas del claustro. Su modestia contenia aun á los mas disolutos; y cualquiera palabra libre llenaba su modesto semblante de empacho y de rubor.

Sus padres hiciéronle seguir desde muy jóven la carrera de las armas, que parecia la vocacion ordinaria de los mozos de su esfera. Reputábase entonces la corte de Berenguer, conde de Flandes, por la mas brillante de toda la Europa; y fue enviado á ella Gerardo para aleccionarse en esta escuela. Tardó poco en distinguirse en ella por todas las bellas prendas que le adornaban; por aquel espíritu vivo, afable, brillante y naturalmente cortesano; pero singularmente por su prudencia y extraordinaria cordura. No se habia visto en mucho tiempo caballero mozo mas cabal ni mas cristiano. La corte, ordinario escollo de la inocencia, solo sirvió para dar nuevo realce á la suya. No omitió alguno de sus santos ejercicios, y de tal manera supo unir las preeminencias de su nacimiento con las obligaciones de su religion, que sus virtuosos urbanísimos modales honraban su devocion, y su devocion aumentaba mucho esplendor á su ilustre nacimiento.

Portóse Gerardo con tanta prudencia en la corte de Namur, que el Conde le introdujo en todos sus consejos, y le entregó toda su confianza. Al volver un dia de caza encontró á tres leguas de Namur, en un sitio llamado Broña, una capillita que Pipino habia mandado edificar. Entró en ella á hacer oracion, y fatigado de lo mucho que habia corrido, se quedó dormido, y tuvo un sueño en que le pareció veia al apóstol san Pedro, que le mandaba erigiese en aquel mismo sitio una iglesia, y la enriqueciese con las reliquias de su discípulo san Eugenio, mártir. Despertó, y el misterioso sueño le dió mucho en que discurrir, porque ni jamás habia oido nombrar á san Eugenio, ni mucho menos sabia dónde paraban sus reliquias. Sin embargo, como aquel terreno era suyo, edificó en él una magnífica iglesia, y fundó algunas capellanías para que fuese mejor servida.

Por este tiempo se le ofreció al conde de Namur cierto negocio de grande importancia, que se habia de tratar con el príncipe Roberto, y para manejarle envió á Gerardo á la corte de Francia. Luego que llegó á Paris, dejando allí á sus criados, se fué solo al monasterio de San Dionisio para lograr en él algunos dias de retiro. Asistiendo un dia á los divinos oficios que cantaban los monjes, observó que entre los patronos del monasterio hacian conmemoracion de san Eugenio, mártir, y esta casualidad le trajo á la memoria el sueño que habia tenido en su iglesia de Broña. Informóse de los mismos monjes quién

era aquel san Eugenio; y diciéndole que habia sido un discípulo de san Pedro que tuvo la dicha de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, y que su cuerpo se veneraba en aquel monasterio, refirió á algunos religiosos lo que le habia sucedido y lo que habia soñado, manifestando vivos deseos de lograr aquella reliquia para enriquecer con ella su iglesia de Broña; pero los monjes le dieron á entender que no estaban en humor de hacerle semejante regalo, y que el monasterio nunca se privaria de tan inestimable tesoro. Como nada pudo conseguir, se restituyó á Paris, y terminada su negociacion con el príncipe Roberto, se retiró á dar cuenta de ella á Berenguer sin perder las esperanzas de lograr algun dia la deseada reliquia.

Mientras estuvo retirado en el monasterio de San Dionisio, le hizo tanta impresion el sosiego y la felicidad de la vida religiosa, y quedó tan edificado de lo que habia visto practicar á los monjes, que salió con deseos de dejar el mundo y de volverse al mismo monasterio para pasar en él el resto de sus dias. Aunque el estado en que se hallaba era tan tentador; aunque las esperanzas que le prometian su nacimiento, sus raras prendas y su valimiento en la corte eran tan lisonjeras; el vacío de los bienes aparentes, la brevedad de la vida y el pensamiento de la eternidad avivaban cada dia mas sus deseos del retiro, aumentando el tedio que le causaban todas las cosas del mundo. Siendo tan estrecha la amistad que el Conde y él profesaban, le pareció no debia ocultarle sus intentos, y así se abrió con él, declarándole que no habiendo en el mundo negocio que le interesase tanto como el de su salvacion, estaba resuelto á volver las espaldas á aquel, para dedicar toda su atencion á este. Movido, y aun pasmado el conde de Namur al oir tan santa y tan generosa resolucion, solo le respondió con sus lágrimas; y como era un príncipe muy piadoso, no se quiso oponer á la voluntad del Señor y á una vocacion tan señalada. Obtenida, pues, su licencia, fué Gerardo á despedirse de su tio el obispo de Lieja, y después partió á San Dionisio. Ya se deja discurrir el gozo de aquella célebre comunidad cuando recibió en su gremio á un sugeto tan ilustre. Tomó Gerardo la cogulla de san Benito, y toda su aplicacion fue perfeccionarse en la profesion de la vida monástica. Muy desde luego se distinguió tanto en el monasterio como se habia distinguido en la corte. Apenas contaba dos meses de novicio, y ya le proponian á los demás religiosos como un perfecto modelo. A vista de su humildad, de su modestia, de su puntual observancia, de su mortificacion y de su virtud, parecia haber revivido en él los Mauros y los Plácidos. Después de su profesion aprendió á

leer, y andaba con la cartilla en la mano como si fuera un niño de cinco años; pero adelantó tanto en poco tiempo, que los superiores le obligaron á recibir los órdenes menores, aunque costó largo combate para vencer su humildad. Tambien le pudieron rendir á recibir el diaconato; pero fue preciso condescender con él, dándole cinco años de término para disponerse á ordenarse de sacerdote.

Su virtud recibió nuevo esplendor con el ministerio del altar. Ocupado su corazon con una magnífica idea del sacerdocio de Jesucristo, desempeñó esta sublime dignidad con una inocencia y con una pureza de vida que se acercaba mucho á la de los Ángeles. Impúsose á sí mismo la ley de celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa, y cada vez lo hacia con nuevo fervor, manifestando la devocion y el tierno amor que profesaba á Jesucristo en las lágrimas que derramaba, sin secarse nunca el copioso manantial.

Pero mientras tanto no se le apartaba de la memoria la vision que habia tenido en la capilla de Broña, ni se habia extinguido en su corazon el deseo de enriquecerla con el cuerpo de san Eugenio. Hizo la proposicion al capítulo, y refirió á presencia de todos los monjes cuanto le habia sucedido, sin omitir lo que el Apóstol le habia mandado en aquel sueño. Habló con tanta elocuencia, con tanta eficacia y con tanta mocion, que todos los monjes, como por otra parte le estimaban y le veneraban tanto, condescendieron con sus ansiosos deseos.

Habiendo, en fin, conseguido el Santo lo que habia ansiosamente deseado por tan largo tiempo, se restituyó á su país cargado de aquellos santos preciosísimos despojos, y colocó el cuerpo del santo Mártir en su iglesia de Broña, con otras muchas reliquias que tambien le habian regalado en San Dionisio, cuya traslacion se hizo con grande solemnidad el dia 18 de agosto de 930; y la multitud de milagros que obró después el Señor atrajo la devocion y el concurso de los fieles. Con este concurso se excitó la emulacion ó los celos de los curas del contorno, y se incomodó la ociosa haraganería de los capellanes que el Santo habia dejado para el servicio de la iglesia. Fueron tantas las quejas que llegaron al obispo de Lieja contra aquella nueva devocion, que determinó abolirla; pero inmediatamente cayó en una grave y peligrosa enfermedad, y reconociendo su falta, cobró la salud por intercesion de san Eugenio. Mal edificado san Gerardo de la indevocion de sus capellanes, los despidió, y en su lugar llamó á los monjes de San Benito, siendo este el principio del célebre monasterio de Broña.

Á pesar de la repugnancia que el Santo tenia á todo género de superioridad, se vió precisado á encargarse del gobierno del nuevo monasterio. Entabló en él la regla y la disciplina de san Benito en toda su pureza; pero como le interrumpiese demasiado su recogimiento el mucho concurso de la gente, y no pudiese conseguir del obispo de Lieja que le admitiese la dimision de su empleo, hizo fabricar una celda separada, donde vivia como recluso, para conversar mas á su salvo con Dios en perfecta soledad. Eran para él como precursoras de las delicias del cielo las dulzuras que gozaba en la quietud de su contemplacion; pero llamábale á vida mas activa la divina Providencia.

Habia en Hainaut cierta comunidad de canónigos reglares con el título de san Guislein, que se habia relajado un poco con el discurso del tiempo. El obispo de Cambray á solicitud de Gisleberto, duque de Lorena, determinó reformarla, y le pareció no podia encontrar sugeto mas á propósito para el intento que nuestro san Gerardo. Pero no era fácil reducirle á que dejase el sosiego y el retiro de su celda. El Santo alegó razones, y se valió de ruegos y de lágrimas para que se le excusase aquella nueva carga; mas le fue preciso obedecer, y ni aun se le permitió que mientras tanto se le aliviase del gobierno de su monasterio de Broña, encargándosele á otro interinamente: tan persuadidos estaban todos á que bastaba su nombre solo para mantener la reforma en todo su vigor. Llegando á Ursidung (así se llamaba el sitio donde estaba el convento de San Guislein) dió principio despidiendo á los canónigos, y llamando á él á algunos de sus monjes. Luego comenzó á florecer en él la disciplina monástica; y el espíritu de san Benito, que tenia tan embebido en sí el santo reformador, resplandeció inmediatamente con tanto fervor en Ursidung como en Broña. Introdujo en él, mas con sus ejemplos que con sus exhortaciones, una observancia ejemplar, una mortificacion sin límites, y el espíritu de la mas estrecha pobreza; de manera, que el monasterio de San Guislein comenzó á ser la admiracion de toda Flandes, y echó Dios tan descubiertamente la bendicion á sus trabajos, que la mayor parte de los obispos y de los príncipes vecinos le desearon para reformar los monasterios de su jurisdiccion, que habian decaido de la observancia regular. Vióse en precision de sacrificar á las funciones de la caridad su inclinacion al retiro, no permitiéndole su celo negarse á las necesidades espirituales de muchas comunidades, que verdaderamente estaban necesitadas de reforma. Entonces se palpó con admiracion lo mucho que puede la virtud

cuando está animada de un celo legítimo y verdadero. Tomó san Gerardo sobre sí el gobierno de todos los monasterios de Flandes á instancias del conde Arnol, llamado el Grande, á quien habia curado milagrosamente del mal de piedra, moviéndole tambien á hacer vida penitente el resto de sus dias.

Así por el número de los monasterios que habian decaido de su primitivo espíritu, como por la calidad de los monjes, que era preciso reformar, se representaba empresa punto menos que imposible. Sin embargo, nuestro Santo la llevó á cabo con la mayor felicidad. En menos de veinte años entabló la reforma en diez y ocho monasterios, viéndose reflorecer el fervor y la mas exacta disciplina en los monasterios de San Pedro el Grande, de Bavon, de San Martin de Tornay, de Marchienas, de Hasnon, de Rhonay, de san Wast en Arras, de Turhoult, de Wormhoult, de San Riquier, de San Bertin, de San Silvin, de San Samer, de San Amand, de San Amado de Duay y de Santa Berta.

Y si es verdad que es negocio mas arduo reformar un monasterio que fundarle, ¡qué sudores, qué disgustos, qué desabrimientos, qué fatigas y qué trabajos no le costaria una reforma tan general! Verdaderamente causa admiracion que un hombre solo fuese bastante para recoger tan abundante mies. No fueron solos estos diez y ocho monasterios (los cuales todos veneran á san Gerardo como á su abad) los que se aprovecharon de sus gloriosas fatigas; clamaron por el santo reformador la Lorena, la Champaña y la Picardía, á donde acudió prontamente san Gerardo, é introdujo tan breve y tan felizmente la reforma, que los monasterios de Mauson, Thin, Muatiers y San Remigio de Reims le reconocen como restaurador de la religion de san Benito, y le veneran como á su segundo patriarca.

Aunque tantos y tan penosos trabajos, añadidos á sus rigorosas penitencias, habian quebrantado mucho su salud y debilitado extraordinariamente sus fuerzas, emprendió el viaje á Roma no obstante su avanzada edad, para solicitar que el Papa confirmase todas sus reformas; y á la vuelta visitó todos los monasterios que estaban á su direccion. Hizo después dimision de esta, y se fué á encerrar en su celdilla de Broña, entregándose entera y únicamente al pensamiento de la eternidad. Era su oracion una continua contemplacion, y en las íntimas y dulces comunicaciones que tenia con su Dios aquella grande alma se disponia por el ejercicio de un purísimo amor para ir á recibir en el cielo la debida recompensa. Toda la vida habia profesado una tierna devocion á la santísima Vírgen, delante de cuya

imágen, y á presencia de Jesucristo en el Sacramento del altar, pasaba en oracion noches enteras. Colmado, en fin, de merecimientos y lleno de dias, terminó tan santa y tan dilatada carrera con la muerte de los justos el mismo dia 3 de octubre del año 959, en que la Iglesia celebra su memoria. Creció su culto con los muchos y portentosos milagros que se obraron en su sepulcro después de los que habia hecho en vida; y su santo cuerpo fue elevado de la tierra el año de 1131, tomando después el nombre de san Gerardo la iglesia de Broña, y venerándole por su tutelar.

Nota del traductor.

« Abstiénese el P. Croisset con aquel gran tiento y con aquella juiciosa crítica que acostumbra, no solo de decir, pero ni aun de dar á entender remotamente que el cuerpo de san Eugenio mártir, trasladado en el décimo siglo del monasterio de san Dionisio al de Broña, fuese el de san Eugenio, arzobispo ú obispo de Toledo, que padeció martirio en Diolo, de la comarca de Paris; pero da por hecho constante que el monasterio de san Dionisio regaló á san Gerardo con todo el cuerpo de san Eugenio mártir. Surio no dice que se diese al santo Abad todo el cuerpo, sino una insigne reliquia de él; pero supone como cosa indubitable, que esta reliquia era de san Eugenio mártir, y obispo de Toledo, cuya opinion adopta el P. Rivadeneyra en la vida del mismo Santo el dia 13 de noviembre. Sabemos todos que en el siglo XII, estando en España Luis VII, rey de Francia, su suegro Alfonso, asimismo VII, rey de Castilla y de Leon, que se llamó emperador, le pidió el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, que se veneraba en el monasterio de San Dionisio de Paris, donde algunos años antes Raimundo, arzobispo de Toledo, habia leido esta inscripcion: *Aquí yace san Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo.* Ofrecióselo el Rey; pero por las dificultades y por las oposiciones que encontró en los monjes de San Dionisio, como dice el P. Orleans (lib. 2 de las Revoluciones de España, año de 1152), no pudo enviarle mas que el brazo derecho. Esto prueba que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, estaba todavía en el real monasterio de San Dionisio en el siglo XII, y por consiguiente, que el trasladado á Broña en el siglo X por san Gerardo fue de otro san Eugenio muy distinto. Pero la prueba mas concluyente y en su género demostrativa es, que las dificultades que no pudo vencer Luis VII las venció Carlos IX en el siglo XVI, haciendo que los monjes de San Dionisio sacasen el

«cuerpo de san Eugenio del mismo sitio donde el arzobispo D. Rai-«mundo habia leido la inscripcion, y se le entregasen á D. Fran-«cisco Manrique de Lara, entonces canónigo de Toledo, y después «religioso de la Compañía de Jesús, todo á instancia de la santa igle-«sia de Toledo, y por la real mediacion de Felipe II, rey de España, «cuya traslacion á la referida santa iglesia se hizo con la mas au-«gusta majestuosa pompa que se vió jamás en esta monarquía, pues «llevaban la sagrada urna sobre sus reales hombros el Rey, el prín-«cipe D. Carlos su hijo, y los archiduques de Austria, sus sobrinos.

«De estos hechos, que son innegables en la historia eclesiástica de «España y Francia, se infiere con evidencia que la reliquia de san «Eugenio mártir, que se venera en la iglesia del monasterio de Bro-«ña, hoy de San Gerardo junto á Namur, no es ni puede ser de san «Eugenio, primer obispo de Toledo, como lo quiso Surio y lo copió «el P. Rivadeneyra. Cási doscientos años después que salió del mo-«nasterio de San Dionisio aquella reliquia, en la expresion de Surio; «ó aquel cuerpo, en la del P. Croisset, estaba todo el de san Euge-«nio, primer arzobispo de Toledo, en la iglesia del mismo monas-«terio, como consta de la inscripcion que leyó en ella el arzobispo «D. Raimundo con ocasion de asistir al concilio de Reims, que se «celebró el año de 1119, treinta y tres años después que se tuvo en «España la primera noticia de este precioso tesoro que poseia el mo-«nasterio de San Dionisio: es decir, en el año de 1152 se le ofreció «generosamente el rey Luis á nuestro emperador D. Alfonso, supo-«niéndole en el mismo monasterio, aunque no ignoraba el Rey la «voz que andaba entre el vulgo de Francia (y no podia andar en «otra parte) de que el cuerpo de san Eugenio, arzobispo de Toledo, «estaba en el monasterio de San Gerardo de Namur. Finalmente, «mas de cuatrocientos años después fue auténtica y solemnemente «entregado el santo cuerpo por el abad del monasterio de san Dio-«nisio á un canónigo de Toledo para ser colocado en aquella santa «iglesia, primada de las Españas. Así, pues, no se puede racional-«mente sostener que el cuerpo de san Eugenio, que se venera en el «monasterio de Broña, ó de San Gerardo de Namur, sea el de nues-«tro primer obispo de Toledo, sino de algun otro de los catorce san-«tos Eugenios mártires de que hace mencion el Martirologio romano.

«A esto se añade, que segun el sueño ó la revelacion del apóstol «san Pedro á san Gerardo, el Eugenio con cuyas reliquias habia de «enriquecer su nueva iglesia habia sido discípulo del Apóstol; y «san Eugenio, primer obispo de Toledo, no fue discípulo de san

«Pedro, sino de san Dionisio Areopagita, como lo dice la Iglesia. «Si san Gerardo hubiera enriquecido su iglesia con las reliquias de «este, no se hubiera conformado con la revelacion.

«Finalmente, estando el cuerpo del grande san Dionisio Areopa- «gita en el célebre y real monasterio que se honra con su nombre, «á pesar de las dudas que han querido suscitar algunos sabios crí- «ticos de estos últimos tiempos, aun dentro de la misma Francia, «atropellando por la antiquísima tradicion de mas de doce siglos, y «por el unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, y ha- «biendo sido san Eugenio el principal discípulo de aquel insigne San- «to, era consiguiente que después del sagrado cuerpo de su santo «patrono, ningun otro venerase ni apreciase mas aquel real monaste- «rio que el de su amado discípulo. Siendo esto así, ni un hombre tan «cuerdo y tan prudente como san Gerardo tendria valor para pedirse- «le, ni es verisímil que aquella gravísima comunidad tuviese la con- «descendencia de concedérsele, especialmente que siendo fundacion «real el monasterio y sepulcro de los reyes cristianísimos de Francia, «era indispensable el consentimiento del Rey para enajenarle.

«Añade mucha fuerza á esta reflexion lo que efectivamente suce- «dió con el mismo rey Luis VII; pues teniendo empeñada su real «palabra con el rey de Castilla D. Alonso de que le enviaria el cuer- «po de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, halló tanta resis- «tencia y tanto dolor en los monjes, que hubo de ceder y desistir «en parte de su intento, contentándose con enviar al rey de Castilla «el brazo derecho del santo Arzobispo. ¿Quién ha de creer que dos- «cientos años antes consiguiese de aquella comunidad, con sola su «elocuencia y representacion, un individuo de ella, lo que no pudo «lograr después con toda su autoridad y con todo su poder el em- «peño del Monarca? Logrólo, en fin, el de Carlos IX y el de su «madre la reina Catalina de Médicis, regenta del Reino, por las «críticas circunstancias en que este se hallaba, y precisaban á con- «temporizar, aun en pretensiones mas arduas, con el rey de España «Felipe II.

«Parecióle al traductor que debia prevenir á los lectores con esta «nota, mas prolija de lo que lleva de suyo el carácter de la obra; «porque diciendo el P. Croisset por una parte que el cuerpo de san «Eugenio mártir está en el monasterio de Broña, hoy San Gerardo «de Namur; y asegurando por otra Rivadeneyra con Surio que la «reliquia que se venera en el monasterio de *Bronio* (así le llama «este autor) es de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, no le

«tentase á algun crítico de los muchos que hoy se usan, á disputar «á nuestra gran primada la posesion del verdadero cuerpo de su pri- «mer prelado y pastor; pues aunque ninguno tendrá osadía para ne- «gar la majestuosa y verdaderamente augusta traslacion que se ce- «lebró en tiempo de Felipe II; puede en alguno llegar el arrojo á «querer componerlo todo con decir, que la Francia nos embocó el «cuerpo de un otro cualquiera san Eugenio por el del primer arzo- «bispo de Toledo. A la verdad la arrogancia seria temeraria; pero «¿será por eso sin ejemplo?»

SAN CÁNDIDO, MÁRTIR.

En este dia el Martirologio romano hace conmemoracion de san Cándido, de quien los escritores de sus actas no nos dicen otra cosa, que el que padeció martirio en Roma, sin señalarnos la época; pero si se atiende á la deposicion de su cuerpo en el cementerio de Urso Piloso, sito en el camino Portuense, cuya construccion nos dan anterior al siglo III los escritores de aquellos piadosos monumentos, debemos inferir el tiempo de su pasion no antes del siglo III, ni despues del IV. El motivo de la memoria de este Mártir de Jesucristo en España es el de la traslacion de sus reliquias al reino, concedidas, con otras de varios Santos, por el papa Urbano VIII á Fr. Juan de la Anunciacion, trinitario descalzo, para que enriqueciese con ellas los monasterios de su Órden; á cuyo fin las dió este á Fr. Diego de Jesús, ministro general del mismo Órden, para que las distribuyese, quien en el reparto dió las de san Cándido al convento de la Solana en la Mancha, donde se le tributan el culto y veneracion correspondiente.

La Misa es en honor de san Gerardo, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Gerardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Gerardo nos haga gratos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimico-

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los Santos, y le engrandeció para que le

rum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

El Señor le hizo Santo por su fe y por su mansedumbre. La fe arregla el espíritu y el corazon de los Santos; la mansedumbre gobierna su conducta. La severidad seca y amarga nunca fue efecto del cristiano y verdadero celo: por lo comun lo es de un orgullo disfrazado, que se pone aquella máscara de religion para satisfacerse á sí mismo á costa de la simplicidad y aun de la buena fe de los sencillos. Con esto daba en cara Jesucristo á los hipócritas y soberbios fariseos, que ostentaban grande severidad con los otros, echándoles á cuestas cargas insoportables, mientras ellos en secreto se dispensaban en las mas ligeras observancias de la ley. Este es tambien el artificio natural de todos los herejes; ninguno hay que no esté continuamente predicando reforma, y que no grite contra la relajacion. A la verdad, á todos engaña cierto airecillo de severidad; el pecador conoce que tiene necesidad de penitencia, y el que está verdaderamente arrepentido no gusta de ser adulado. Es una casta de enfermos, que conociendo su peligro, estiman al médico aunque les receta remedios dolorosos y violentos. Tambien son menester alguna vez para las enfermedades del alma; pero es contra el espíritu del Salvador el pretender curarlas todas con fuego, con vino y con vinagre. El caritativo Samaritano mezcló y confeccionó el vino con óleo. Es grosero error confundir siempre la dulzura con la relajacion: esta tira á debilitar y á eludir la ley de Jesucristo; aquella á solicitar su observancia con amor, haciéndola menos dura. En todas partes condena el Salvador la relajacion de la doctrina; pero en todas recomienda la suavidad y la mansedumbre: *Discite à me, quia mitis sum.* No hubo Santo que no fuese rigoroso y severo consigo mismo: este es el precepto expreso, aborrecerse á sí propio: *Adhuc et animam suam.* Nada se ha de perdonar uno á sí mismo. En nosotros tenemos todos materia y sugeto muy á propósito para ejercitar la severidad evangélica. De esto

nos dió continuas y admirables lecciones Jesucristo, así con sus palabras como con sus ejemplos. Ayunemos; pero sin aliviar, y aun cási extenuar nuestros ayunos con cien invenciones que la delicadeza, el amor propio y la sensualidad, fecunda en expedientes, nos sugieren como necesarias, siendo en realidad meros refinamientos de la gula y del regalo. Mortifiquemos nuestra carne, y mortifiquémosla sin misericordia, y sin el vano temor de que nos inutilizarémos; impongámonos penitencias proporcionadas y saludables; cuando trabajamos en nuestro propio terreno, no hay que temer tanto algun exceso. Pero atemperémonos con prudencia á la flaqueza de los otros. El óleo con el vino es excelente remedio para las llagas; el vino solo las irrita, pero no las cura. Los amos duros, severos sin compasion; los tonos altaneros y dominantes; los modales imperiosos y desabridos; el gesto ceñudo y enfadoso, con ciertos ímpetus de ira ó de impaciencia, los hacen muy aborrecibles, pero poco respetables. La excesiva severidad cansa el sufrimiento, enajena el ánimo, y encona el corazon. Siempre es eficaz la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre el mal humor.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el mal humor es, por decirlo así, el enemigo doméstico de la tranquilidad del hombre, y aun se le pudiera llamar su casero tirano. Causa turbacion en el espíritu,

excita tempestades en el corazon, y hace que domine en el alma el enfado, el desabrimiento, la cólera y el furor. Aunque no siempre sea violento, no por eso es menos maligno, y su ordinario oficio es ser verdugo del corazon humano. ¡Qué amargura no derrama aun en el genio mas apacible! Oscurece los dias mas claros, turba los mas serenos, destierra la urbanidad, la buena crianza, la virtud y hasta la misma razon. Es una enfermedad que crece con los años, y á poco que se avance la edad se hace incurable. Si el mal humor solo derramara su hiel y su acedía en el terreno donde nace, solo perjudicaria á su propio dueño; pero extiende su malignidad á todos los que están cerca de él. Si se halla en un superior ó en un padre de familias, mortifica á toda la comunidad y turba toda la casa. No respeta amistad, sociabilidad, urbanidad; y de este enemigo doméstico se vale ordinariamente el demonio para armar lazos á la inocencia y á la mas sincera virtud. Está uno de mal humor; pues hácese enfadoso á los otros, y no se puede sufrir á sí mismo; y en tiempo de esta turbacion es cuando, por lo comun, hacen las pasiones sus progresos y sus estragos. Pero no se piense que solamente están sujetas a este mal las personas libres y disolutas; las mas cuerdas, las mas moderadas, aun aquellas mismas que hacen profesion de virtuosas no se eximen de él. Aquellos que se llaman devotos son no pocas veces los que gastan peor humor que los otros; y este su mal humor suele ser mucho mas agrio, mas inquieto, mas enfadoso, mas delicado, mas quisquilloso y mas ofensivo que el de los demás; siendo por otra parte incurable, atento á que se mantiene con el falso pretexto de la gloria de Dios, de devocion y de celo.

¿Es posible, Señor, que un defecto tan grosero, una pasion tan descubierta, una enfermedad del alma tan visible no excite nuestra indignacion, nuestro celo y nuestra aplicacion? ¿es posible que por tanto tiempo y aun por toda la vida se perdone á un enemigo doméstico, que cada dia se fortifica mas, y se hace mas peligroso cuanto mas se fortifica? Experiméntanse los funestos efectos que produce; lloranse sus malas consecuencias; pero ¿qué esfuerzos se hacen, que remedios se aplican para curar un mal que causa tanto daño?

Punto segundo. — Considera que además de los tristes, de los lastimosos efectos que produce el mal humor en las personas abandonadas á sus pasiones, y poco cristianas, no hay cosa que mas desacredite la virtud, que haga mayor perjuicio á la devocion que esta enfermedad del alma. Siendo el mal humor prueba evidente de in-

mortificacion y de flaqueza, es tan opuesto al concepto que se forma de la verdadera virtud, es tan contrario á su verdadero carácter, que enteramente se pierde la buena opinion que se tenia de las personas que se dejan dominar de él; porque el mal humor es la señal mas segura de una alma imperfecta y de un corazon inmortificado. Siempre que se está de mal humor se conoce que la pasion domina á aquel corazon flaco, infiel á la gracia, y poco devoto. ¿Dónde hay contradiccion mas extravagante, falta de virtud mas manifiesta que ver algunas personas al mismo acabar de comulgar, al acabar de hacer alguna buena obra, al mismo salir del altar, y no pocas veces en el mismo sacrificio de la misa, desabridas, inquietas, alteradas y aun coléricas? ¿Qué honor producirá á la devocion una conducta tan irregular? La igualdad de humor siempre inalterable es un privilegio singular é inajenable de la verdadera virtud. En dependiendo del humor la devocion, la prudencia, el agrado y el buen modo, ya no es virtud ni buena prenda, sino manía y capricho. Nunca debe el espíritu estar dependiente del humor, ni mucho menos ser esclavo suyo un corazon cristiano; todos sus ímpetus y todos sus movimientos han de ser siempre dirigidos por la devocion y por el espíritu de Dios. No se puede negar que el humor es natural, y que no siempre es dueña de él una persona: es cierto que el mal humor nace de la constitucion y de la sangre; mas no por eso está menos sujeto á la razon, y sobre todo á la gracia. Nacen con nosotros las pasiones y el amor propio; pero por lo mismo deben ser el objeto de nuestra mortificacion, y la materia de nuestros triunfos. Determinémonos á combatirlas; y la gracia del Salvador, que nunca nos falta, responderá de su ruina y de su rota. El estar de mal humor siempre es falta de mortificacion. Apliquémonos á vencer ese natural, esas pasiones dominantes, que el trabajo siempre nos será provechoso y nunca ingrato. ¡Cosa rara! Los genios mas enfadosos, los mas desabridos se vencen, nunca están de mal humor en presencia de aquellas personas cuya benevolencia pretenden captar, cuya gracia intentan conseguir para sus intereses y pretensiones. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que los motivos de religion nos hagan tanta fuerza como los respetos humanos y los motivos naturales?

Dignaos, Señor, concederme vuestra gracia para vencer, para destruir este enemigo doméstico, tan contrario á mi salvacion y á mi tranquilidad. Resuelto estoy desde este mismo punto á dedicarme enteramente á combatirle y á vencerle, esperando conseguirlo con vuestra divina asistencia.

Jaculatorias.—Mi Dios y mi Salvador, líbrame de mis pasiones que me ponen de tan mal humor. (*Psalm.* L).

No permitas, Señor, que me deje llevar del mal humor ni de la tristeza. (*Eccl.* XXXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Siempre el mal humor es efecto de la inmortificacion del corazon y del desórden del alma. La prueba mayor de que hay poca virtud es esa alternativa de alegría y de tristeza, de buen humor y de mal temple. Porque estés inquieto y enfadado contigo mismo, no es razon que se extienda la tempestad á los que tratan contigo. ¿Qué culpa tienen los demás de que tú no seas dueño de tus pasiones, para que se comunique á los inocentes tu hiel y tu amargura? Si tú no te puedes sufrir á tí mismo, es injusticia y es cosa muy dura que los que no tienen parte en tu enfermedad carguen con tus incomodidades. Si estás sujeto á esos accesos de tristeza, de melancolía y de mal humor, toma los remedios mas convenientes para curar una dolencia tan contraria á la virtud, y aun opuesta á las leyes de la sociedad y del comercio humano. El mal humor es natural en su causa, pero siempre es libre en sus efectos. Si es falta, la debes corregir; si es pasion, la debes mortificar y vencer. Hácese incurable, porque se contemporiza con ella, y porque se la deja salir con lo que quiere sin contradecirla. Luego que conozcas que va á apuntar el mal humor, haz cuanto puedas para domarle, para sufocarle, ó á lo menos para que no salga hácia afuera. Nunca te has de mostrar mas agradable, mas apacible, mas cortesano ni mas cariñoso que cuando estés de mal humor.

2 Es mal remedio huir de la conversacion y del comercio cuando se está con mala disposicion, y no es curarla, sino fomentarla y hacerla mas violenta. Todo lo contrario se ha de practicar; se la ha de fatigar con el ejercicio. Nada la debilita mas que las frecuentes victorias. Tambien la oracion es excelente remedio contra esta enfadosa enfermedad. Ella siempre seca la devocion, y quita el gusto á los ejercicios espirituales: por lo mismo entonces mas que nunca has de ser puntualísimo en todos ellos, y aun convendrá que añadas algunos mas. Esto doma y debilita maravillosamente el mal humor.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de san Francisco, confesor, fundador del Órden de los Menores, en Asís en la Umbría: cuya vida llena de santas obras y de milagros escribió san Buenaventura. *(Véase su vida en las de hoy).*

El glorioso triunfo de los santos Crispo y Cayo, en Corinto; de los cuales hace mencion san Pablo escribiendo á los Corintios. *(Dice en la I, cap.* I: *«Gracias á Dios porque no he bautizado á ninguno de vosotros sino á Crispo «y Cayo; para que ninguno diga que en mi nombre habeis sido bautizados.» Y en la Carta á los Romanos, cap.* XVI, *dice tambien: «Salúdaos Cayo, mi «huésped, y toda la Iglesia.» De estas palabras han inferido algunos que san Pablo vivia en Corinto en la casa de Cayo, quien tenia sus puertas abiertas á todos los pobres, principalmente á los cristianos).*

Los santos mártires Marcos y Marciano, hermanos, y una multitud casi innumerable de personas de ambos sexos y de todas edades; de los cuales unos después de haberlos azotado, otros después de haberlos cruelmente atormentado de varias maneras, unos fueron echados á las llamas, otros sumergidos en el mar, algunos degollados, muchos muertos de hambre, otros crucificados, otros colgados por los piés boca abajo; alcanzando todos la muy preciosa corona del martirio.

San Pedro, obispo y mártir, en Damasco; quien habiendo sido acusado al príncipe de los árabes de que catequizaba á los infieles, después de haberle cortado la lengua, las manos y los piés, le crucificaron, y alcanzó la palma de martirio.

Los santos presbíteros y diáconos Cayo, Fausto, Eusebio, Queremon, Lucio y sus compañeros, en Alejandría: de los cuales unos fueron martirizados en la persecucion de Valeriano, otros sirviendo á los Mártires consiguieron la recompensa del martirio.

San Hieroteo, en Atenas, discípulo del apóstol san Pablo. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Petronio, obispo y confesor, en Belonia, esclarecido en santidad, doctrina y milagros.

Santa Aurea, vírgen, en Paris.

SAN FRANCISCO DE ASÍS, CONFESOR.

El grande patriarca san Francisco, tan célebre en todo el universo por el brillante resplandor de sus virtudes, admiracion del mundo cristiano por el total desasimiento de los bienes de la tierra, y uno de los mayores Santos que venera la Iglesia en sus altares, fue natural de la ciudad de Asís, en la provincia de Umbría. Vió la primera luz del mundo el año de 1182, y nació en un humilde establo donde cogieron á su madre de repente los dolores del parto, y allí mismo le parió; queriendo el Señor que el que habia de hacer una

vida tan parecida á la de Jesucristo, le imitase hasta en el lugar de su pobre nacimiento. Su padre Pedro Bernardono y su madre Pica eran mercaderes, y vivian del comercio. Llamósele Juan en el Bautismo; pero después se le dió el nombre de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria entonces á los comerciantes de Italia para negociar.

No pusieron sus padres el mayor cuidado en su buena educacion. Luego que tomó una leve tintura de las primeras letras, le aplicaron al comercio. Era Francisco mozo de entendimiento, de buena disposicion, de corazon noble y generoso, muy compasivo de las necesidades ajenas; sus modales atentos, gratos, afables y naturalmente airosos y cortesanos le distinguian mucho entre los demás mancebos de su profesion, y le ganaban los corazones de todos. Gustaba mas de la diversion que del interés; pero tenia horror á la disolucion, y su admirable pasion desde la misma infancia fue la caridad. Era para él un gran tormento no poder dar limosna al pobre que se la pedia. Pidiósela en cierta ocasion un mendigo á tiempo que estaba vendiendo no sé qué género; y habiéndosela negado, ó por inadvertencia, ó por no interrumpir la venta, fue tanto su dolor que rompió inmediatamente tras del mismo mendigo, dióle todo el dinero que llevaba consigo, y prometió á Dios no negar limosna en adelante á pobre alguno que se la pidiese.

No eran para él ni el ruido de la negociacion ni el aire de un mostrador. Eran muy diferentes los intentos del Señor; pero la disipacion de Francisco no le permitia comprender estos misterios, hasta que un suceso de poco gusto le hizo entrar algo mas dentro de sí mismo. En cierta diferencia que los vecinos de Asís tuvieron con los de Perusia, fue Francisco uno de los mas acalorados en la defensa de sus derechos. Tomaron unos y otros las armas, vinieron á las manos, y aunque Francisco se señaló mucho por su valor, fue hecho prisionero, y como tal estuvo un año en Perusia. Este retiro comenzó á disgustarle del mundo, pero no le convirtió. Luego que logró su libertad se vió acometido de una larga y molesta enfermedad, que ni por eso le hizo mas devoto. Cuando convaleció de ella se mandó hacer un vestido rico y muy de moda. El mismo dia que le estrenó se encontró con un hombre muy conocido, pero muy pobre, cubierto de unos indecentes andrajos, dióle su vestido nuevo, y él se acomodó con sus trapos. La noche siguiente le pareció ver en sueños un magnífico palacio, lleno todo él de armas resplandecientes y bruñidas, pero todas marcadas con la señal de la cruz. Despertó, y se persua-

dió sin la menor duda, á que la Providencia le destinaba para ser un gran capitan. Con esta idea se le exaltó mas aquella gran pasion que tenia por la gloria. Partió inmediatamente á la Pulla, y ofreció sus puños y su valor á Gautier, conde de Briene, que auxiliado de Felipe Augusto, rey de Francia, mandaba en aquella provincia un numeroso ejército contra los enemigos de su casa; pero presto le volvió á llamar á Asís otro misterioso sueño, en que el Señor le dió á entender no queria sirviese á otro amo que á él. Comprendió entonces que la milicia á que le llamaba el superior destino era enteramente espiritual; que él mismo y sus pasiones eran los enemigos que debia combatir. Restituido, pues, á Asís, dejó el comercio, y solo trató de conocer la voluntad de Dios para dedicarse á lo que su Majestad queria de él.

Saliendo un dia á pasearse á caballo por el contorno de Asís, encontró á un pobre leproso, que al principio le llenó de asco y horror; pero reflexionando en el mismo punto que para seguir á Jesucristo era menester dar principio venciéndose á sí mismo, sin mas deliberar se apea intrépidamente del caballo, acércase al leproso, abrázale, bésale, dale todo el dinero que llevaba, vuelve á montar, y quedó gustosamente admirado y sorprendido cuando ni allí ni en toda la campiña vió al leproso, ni descubrió á otra persona alguna. Enterneciόle mucho este suceso, y desde entonces resolvió no pensar en otra cosa que en caminar á la perfeccion, no hallando ya gusto en nada sino en la oracion, en el retiro y en la soledad. Deshaciase un dia en lágrimas acordándose de sus culpas pasadas, y se le apareció Jesucristo crucificado como á punto de espirar. Enterneciόle mucho mas este espectáculo, y fue tanta la impresion que hizo en su alma, que en el resto de su vida no acertaba á hablar de la pasion de Jesucristo sino con sollozos, con gemidos, y con un copioso llanto.

Pero no fue este solo el efecto que produjo en su corazon aquel divino objeto. Apoderóse tan violentamente de él un ardentísimo deseo de imitar la pobreza y los trabajos de Cristo, que ya no encontraba gusto sino en estar con los leprosos y con los pobres. Hizo un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los santos Apóstoles; al salir de la iglesia encontró á la puerta una tropa de pobres que estaban pidiendo limosna á los devotos; repartió entre ellos todo el dinero que llevaba; dió su vestido á uno que estaba medio desnudo; cubrióse él con sus asquerosos harapos; y mezclándose entre los demás mendigos, pasó con ellos todo aquel dia. Era Francisco natu-

ralmente presumido y aseado, gustando mucho no solo de la limpieza, sino de la magnificencia en el vestido; pero aquella noble victoria extinguió enteramente en él una y otra pasion: de manera, que parecia haber nacido en él la humildad y el abatimiento, siendo desde aquel punto de pobreza su virtud favorecida.

Poco después que se restituyó á Asís, haciendo oracion en la iglesia de San Damian, distante como cuatrocientos pasos de la ciudad, que estaba amenazando ruina, oyó una voz como que salia de un Crucifijo, que le mandaba reparase aquella iglesia. Pareciole que era la voz del mismo Jesucristo; resolvió obedecerla ciegamente; vuélvese á su casa, toma muchas piezas de paño, parte á Foliño, véndelas todas, y tambien el caballo que las llevaba; vuélvese á Asís, pero se va en derechura á la casa del capellan que cuidaba de la iglesia de San Damian; ruégale que le hospede en ella, y entrégale todo el dinero de los géneros que habia vendido para que se reparase aquella iglesia. El capellan convino gustoso en hospedarle en su casa; pero no hubo forma de admitir el dinero que le ofrecia, por no tener cuestiones ni pleitos con su padre; y Francisco puso el dinero sobre una ventana. Estuvo algunos dias en compañía del buen capellan, empleándolos en ayunos, en vigilias, en disciplinas y en oracion, hasta que al cabo de ellos vió venir á su padre ciego de cólera, y gritando que su hijo le habia robado. Escapóse el Santo por evitar aquellos primeros ímpetus, y por algunos dias estuvo escondido en una cueva; pero acusando después su cobardía, salió de aquel retiro determinado á sufrir todo lo que se le ofreciese: déjase ver en las calles de Asís totalmente desfigurado y asqueroso; creen todos que ha perdido el juicio, y en un instante se ve perseguido de la gritería y de los silbidos de los muchachos. Acudió su padre al ruido y á la algazara; llévale á casa arrastrando; añade palos á las reprensiones; enciérrale en un cuarto como á loco; y ofreciéndosele por entonces un viaje, dejó muy encargado á su mujer que le tuviese en buena custodia. Desconfiada enteramente la madre de vencer la constancia de su hijo, le puso en libertad; y Francisco se volvió á San Damian en compañía de aquel buen clérigo. Noticioso Bernardono de lo que pasaba al volver de su viaje, parte derecho á San Damian, con mas sentimiento de perder sus paños que de perder su hijo; pero este lleno de nuevo valor, y animado del espíritu de Dios, le sale al encuentro, y le dice: *Padre, yo soy mas hijo de Dios que tuyo; no quiero servir sino á aquel: tú ya no tienes nada conmigo, porque estoy en servicio de mejor amo que tú.* —*Siendo esto así,* respondió el padre,

restitúyeme mi dinero, y ven á renunciar tu herencia delante del obispo. — *Que me place*, replicó Francisco, y luego que se vió en presencia del obispo, sin dar lugar á que su padre hablase palabra, se despojó de todos sus vestidos, quedándose solo con un cilicio ancho que le mortificaba y le cubria; entregóselos á su padre, y le dijo: *Hasta ahora te llamaba padre; de aquí adelante diré con mas confianza: Padre nuestro, que estás en los cielos.* Asombrado y enternecido el obispo á vista de tan generoso despojo, le abrazó, y le cubrió con su ropa hasta que se halló con el capisayo de un pastor, con el cual le abrigó; y dándole su bendicion, le despidió y le envió á su ermita.

Francisco era á la sazon de veinte y cinco años, cuando rotas todas las cadenas de la carne y sangre, y desprendido de todos los bienes temporales que le habian detenido en el siglo, partió á buscar una soledad muy distante de allí, cantando por los caminos las alabanzas del Señor en lengua francesa. Encontróse en un bosque con unos ladrones; regaláronle con muchos palos, y le arrojaron en un hoyo lleno de nieve. El grandísimo consuelo que tuvo en padecer alguna cosa por amor de Jesucristo le desquitó con ventajas de los malos tratamientos; y el Santo contaba después este suceso como una de las buenas fortunas que habia tenido en su vida.

Llegando á Gubio le conoció un amigo suyo, hospedóle en su casa, y le vistió con una pobre túnica. Creciendo cada dia mas y mas su amor á Jesucristo, se puso á servir á los leprosos en el hospital, y conociendo que volvia á retoñar el asco y la repugnancia, se arrojó sobre el pobre que le causaba mas horror, abrazóle, besóle, y en el mismo punto el leproso quedó enteramente sano. Pero acordándose que Jesucristo le habia mandado reparar la iglesia de San Damian, se volvió á Asís, pidió limosna para repararla, y se salió con ello. Él mismo trabajaba con los peones y albañiles, de manera que en breve tiempo se vió la iglesia reedificada; cuyo suceso le animó á emprender tambien la reedificacion de la iglesia de San Pedro, é igualmente se salió con este intento.

Estaba abandonada y cási enteramente arruinada la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, por otro nombre la *Porciúncula*, llamada así porque era una porcioncilla de cierta posesion que tenian allí los monjes Benedictinos. Inspiróle el deseo de repararla el tierno amor y la extraordinaria devocion que profesaba Francisco á la santísima Virgen. Consiguiólo á expensas de las limosnas y de su trabajo. Esta iglesia, distante seiscientos pasos de Asís, fue donde el Santo recibió después tan grandes favores del cielo, y fue tambien como la cuna

de su seráfica Religion. Oyendo un dia misa en ella, y cantándose aquellas palabras del Evangelio en que dice Jesucristo á sus discípulos: *No querais tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes lleveis alforja, dos túnicas, ni zapatos ni báculo* (*Matth.* x); de repente se sintió Francisco alumbrado con una luz sobrenatural, é inflamado su corazon con un nuevo encendidísimo deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion; y conociendo que esto era puntualmente lo que Dios queria de él, tomó por regla el consejo evangélico que acababa de oir. Al punto se descalzó los zapatos, arrimó el báculo, renunció para siempre el dinero, quedóse con una sola túnica, y echando de sí el cinto de cuero con que la tenia sujeta, se ciñó con una tosca cuerda. Después que practicó á la letra en esta conformidad lo mas perfecto que habia oido, sintió en lo interior vivos impulsos de salir en público á predicar penitencia. Como el ejemplo acompañaba á las palabras, no es posible contar el número sin número de conversiones que hizo luego que comenzó á predicar. Quedaban todos atónitos, y ninguno le podia oir sin convertirse. Sus sermones eran sencillos, pero sólidos y eficaces. Algunos, no contentos con oirle, le quisieron imitar, y dejando todo cuanto tenian se pusieron bajo su direccion y gobierno. El primero fue un ciudadano de Asís llamado Bernardo de Quintabal; el segundo un canónigo de la misma catedral, por nombre Pedro de Catania; y el tercero fue el beato Fr. Gil á quien el Santo escogió por compañero.

Luego que Francisco se vió con estos tres discípulos, determinó formar de ellos una como congregacion para ir por todas partes predicando penitencia. Creció presto hasta siete el número de sus compañeros, y en breve tiempo llegó al número de doce. Entonces, tomada la bendicion, y recibida la mision del obispo, aquellos nuevos apóstoles se esparcieron por todas partes predicando penitencia. Llamábanlos *los Penitentes de Asís*, y no eran conocidos por otro nombre; pero á vista de las portentosas conversiones que hicieron, los veneraron como á hombres extraordinarios enviados por Dios para reformar las costumbres de todo el mundo cristiano, y para mudar el semblante de todo el universo, tanto con la eficacia de sus palabras, como con la virtud de sus asombrosos ejemplos.

Este fue el nacimiento de aquella religiosísima familia, tan célebre en toda la redondez de la tierra por la evangélica perfeccion de su instituto, por un infinito número de Doctores, de Mártires y de Santos; una de las mas nobles y mas preciosas porciones del rebaño de Jesucristo, que por el largo espacio de mas de quinientos años es

la admiracion de todo el universo, objeto tierno de la veneracion del público, y uno de los mas brillantes ornamentos de la Iglesia. Esta seráfica Órden, cuya santidad respetan todas las naciones, ha dado á la Silla apostólica cuatro grandes Pontífices, Nicolao IV, Alejandro V, Sixto IV y Sixto V; un prodigioso número de Obispos, Arzobispos, Patriarcas y Cardenales, con tanta multitud de ejemplares religiosos, que aun viviendo el santo Fundador se contaban mas de seis mil.

Viendo san Francisco que cada dia iba creciendo mas y mas el número de sus discípulos, compuso una Regla, que en términos muy sencillos contenia los mismos preceptos que les habia dado, y quiso que sus hijos la guardasen como segunda Ley después del Evangelio. El obispo de Asís, con quien el Santo consultaba todas sus cosas, era de parecer que se reservase algunas rentas para proveer á la subsistencia de los frailes; pero san Francisco se mantuvo firme en su dictámen, y no quiso absolutamente que tuviesen otras rentas que las de la divina Providencia y caridad de los fieles.

Era ya preciso que se confirmase el nuevo Instituto, y á este fin nuestro Santo partió á Roma; pero el papa Inocencio III no quiso ni aun siquiera que le hablasen en el punto, tratando de iluso y de visionario al santo Patriarca. No se desalentó Francisco por este mal recibimiento; antes se retiró con humildad, y recurrió á la oracion. Aquella noche tuvo el Papa un sueño en que le pareció que nacia á sus mismos piés una pequeña palma, la que en breve tiempo crecia hasta ser un árbol robusto y corpulento, notando tambien que aquel pobre á quien habia despedido con tanto desagrado sostenia con sus espaldas la iglesia de San Juan de Letran, que desnivelada ya, venia con lastimoso estrago á dar en tierra. Luego que despertó mandó buscar á Francisco, y apenas le oyó hablar, cuando reconoció entre aquel aire de humilde sencillez uno de los mayores Santos de la Iglesia. Abrazóle, animóle á llevar adelante su empresa; aprobó de viva voz la Regla, y ordenándole primero de diácono, le declaró después por ministro general.

Colmado san Francisco de favores y de bendiciones del Sumo Pontífice, salió de Roma con sus doce compañeros determinados todos á morir á sí mismos, y vivir únicamente con la vida de Jesucristo. Habiendo llegado al valle de Espoleto, consultaron entre sí si seria mas seguro para ellos quedarse en aquella soledad para no tener mas comercio que con Dios. Pero en una fervorosa oracion que tuvo nuestro Santo el Señor le dió á entender que los habia escogido para tra-

bajar en la salvacion de las almas, predicando penitencia en todas partes, así con sus ejemplos como con sus sermones. Enterados ya de la voluntad de Dios, se restituyeron á la iglesia de la Porciúncula que les habia cedido la religiosa generosidad de los Padres Benedictinos. Al principio construyó Francisco algunas pocas celditas; pero en breve tiempo concurrió de todas partes tanto número de pretendientes á serlo en el de sus hijos, que fue menester fabricar muchos conventos. Clamaron por ellos Cortona, Arezzo, Vergoreta, Pisa, Bolonia, Florencia y otras muchas ciudades; de manera, que en menos de tres años se contaban mas de sesenta monasterios. No fue el menor de los milagros de san Francisco esta propagacion tan prodigiosa y tan pronta de su religiosa familia; pero uno de los mayores milagros que se han visto en la Iglesia de Dios fue la misma vida de este portentoso Santo.

Ninguno de cuantos veneran los altares le hizo ventajas en la mortificacion. Su ayuno era continuo, sin que jamás se dispensase en él por sus excesivos trabajos. Cási nunca comia cosa cocida, y siempre negó á sus sentidos todo aquello que los podia halagar. Si en lo que le daban de limosna encontraba algun gusto particular, por mínimo que fuese, que lisonjease el apetito, luego lo sazonaba con ceniza. Trataba á su cuerpo con tanto rigor y con tanto desprecio, que le llamaba el jumento; y por su gusto solo se habia de sustentar con cardos silvestres. Su cama ordinaria era la desnuda tierra, y una dura piedra por almohada. Su hábito en todos tiempos era una sola túnica, sin arrimarse nunca á la lumbre en lo mas rigoroso del invierno, supliendo la falta del fuego material el del divino amor que le abrasaba; pareciéndole que no le podia reconocer Jesucristo por discípulo suyo si no crucificaba su carne y la maceraba con extraordinario rigor. Siendo muy blando y muy compasivo con sus hijos, solo era severo consigo; ni en su celo se advirtió jamás el menor asomo de amargura. Después de haber empleado el dia en predicar, en servir á los enfermos, y en todo género de obras de misericordia y ejercicios de caridad, pasaba la mayor parte de la noche á los piés de un Crucifijo, ó delante del santísimo Sacramento, deshaciéndose en lágrimas. No solo se mostraba un serafin todo abrasado de fuego en los frecuentes raptos que padecia, visitándole en ellos Jesucristo y la santísima Vírgen, sino que todas sus oraciones eran unos éxtasis continuos. Su semblante estaba siempre inflamado con aquel fuego divino que le abrasaba dia y noche; por eso le llamaban el *Serafin humano*, y por eso se dió el nombre de *Seráfica* á su sagrada Religion. Pero lo

que daba mayor relieve á su elevadísima virtud, era su profundísima humildad. No hubo en el mundo hombre puro mas humilde que este gran Santo. En medio de tan extraordinarios favores del cielo no creia hubiese en toda la tierra mayor pecador que él. Hallándose tan iluminado con aquellas divinas ilustraciones, con aquellas luces sobrenaturales que recibia en su íntima comunicacion con Dios, en fuerza de las cuales habia logrado aquel comprensivo conocimiento de la Religion, que solo Dios puede comunicar á una alma querida y privilegiada, Francisco nunca salia de su primera simplicidad, y penetrado íntimamente de su nada, se tenia por mas despreciable que el mas vil gusano de la tierra. Nunca se pudo resolver á ordenarse de sacerdote, y por este mismo espíritu de humildad dió á su Órden el nombre de la Religion de los frailes Menores. En fin, resplandecian tanto en todo el mundo las virtudes de san Francisco, era tan admirada su eminente santidad, que lo menos que asombraba á todos, tanto á los grandes como al pueblo, eran sus estupendos milagros. Por eso nunca se dejaba ver en el púlpito, que todo el auditorio no se deshiciese en lágrimas; sin que hubiese sermon ni aun conversacion particular á que no se siguiesen ruidosas y admirables conversiones. Hallándose en Roma, donde consiguió que el cardenal Hugolino fuese nombrado protector de la Órden, el Papa quiso oirle predicar. Fue muy brillante y muy autorizado el auditorio; pero mucho mas maravilloso fue el fruto de su predicacion: compungiéronse los Cardenales, y el Papa no pudo contener las lágrimas todo el tiempo que duró el sermon.

Mientras los hijos de san Francisco se iban extendiendo por todo el universo con tan inmenso fruto, inspiró Dios á santa Clara que se pusiese debajo de su direccion. Hizo con ella tan ventajosos progresos en el camino de la perfeccion, que renunciando los grandes bienes que poseia, á ejemplo de su santo Director, fue fundadora de una de las mas santas y mas ilustres religiones de monjas que hay en la Iglesia de Dios. Dispúsolas san Francisco una Regla conforme á su primer Instituto, llamándose al principio *las Señoras pobres*, y después las *Clarisas*, ó las religiosas de santa Clara.

Movidas de los sermones y de los ejemplos de san Francisco y de santa Clara, innumerables personas casadas de uno y otro sexo deseaban todos retirarse á los claustros para pasar en penitencia los dias de la vida; pero haciéndolas reconocer nuestro Santo que en todos los estados se podian santificar, y que no era incompatible el conyugal con una vida cristiana y penitente, las dió cierta forma de vida

proporcionada á su estado, y esta fue la tercera Regla de su Órden. Dió el nombre de hermanos y de hermanas á las que querian entrar en esta especie de congregacion, que se llamó *la Tercera órden*, la cual florece hoy en el mundo con mucho bien y honor de la santa Iglesia.

Viendo el santo Patriarca las bendiciones que derramaba Dios sobre su recien nacida Religion, extendida ya por todas las provincias de Italia, todavía se consideraba como siervo inútil, y se tenia por tal. Pero al paso que crecia por instantes su tierno amor á Jesucristo, se inflamaba cada dia mas su ardiente caridad á los prójimos; y ya la Europa entera le parecia estrecho campo á su celo. Con resolucion de pasar á Siria para anunciar el Evangelio á los sarracenos, tomó el camino de Roma para pedir al Papa la licencia y su bendicion.

Obtuvo de Su Santidad todo cuanto deseó; y habiendo fundado en Roma un convento, se embarcó para Siria. Arrojóle una tempestad á las costas de la Esclavonia, y se vió precisado á restituirse á Italia. Teníale inquieto el ansioso deseo del martirio; y movido de él pasó á España, con ánimo de embarcarse para la África, esperando siempre encontrar en los moros la corona por que suspiraba. En todas las ciudades por donde transitó dejó insignes pruebas del poder que Dios le habia concedido sobre las enfermedades, sobre los elementos y sobre la misma muerte, haciendo en todas milagros estupendos; pero por una larga enfermedad que le sobrevino se vió en precision de retirarse á Italia por la segunda vez. Fuése á su primer convento de Nuestra Señora de los Ángeles, donde perfeccionó su Instituto con la adicion de algunas nuevas constituciones. Desde allí se pasó al monte Alvernia donde el conde Orlando de Catania, que le veneraba como á su padre, le habia fundado un convento. Aquí pasó algun tiempo empleándole en las dulzuras de la contemplacion, y convirtió á un ladron famoso. De Alvernia se fué al Valle de Faviano, otra soledad que tambien era muy de su gusto; y desde ella envió á sus frailes á las misiones de Francia, de Inglaterra y de Alemania, donde en breve tiempo vió apresurarse todas las ciudades por tener religiosos de san Francisco, y por fundarles monasterios.

Habiendo muerto Inocencio III, después del concilio general de Letran, nuestro Santo pasó á Roma para obtener de su sucesor Honorio III la confirmacion de su Órden. Recibióle el nuevo Pontífice con toda la ternura y con toda la veneracion que merecia tan ilustre santidad: confirmó la Órden con una bula, y la concedió grandes y singulares privilegios. Con ocasion de este viaje á Roma se conocie-

ron por la primera vez santo Domingo y san Francisco, y estrecharon aquella santa hermandad que los santos Patriarcas comunicaron á sus hijos en tanto bien y provecho de la Iglesia.

Cuando volvió á su convento de Nuestra Señora de los Ángeles, que fue el año de 1218, celebró en él aquel famoso capítulo general, que se llamó *el capítulo de las Esteras*, porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo las celdas necesarias para mas de cinco mil frailes que concurrieron á él, formándose otras de juncos y de ramos. No vió el mundo espectáculo mas asombroso ni de mayor edificacion. Comunicado el espíritu del padre á todos los hijos, se veneraron en aquel capítulo tantos santos como religiosos; y léjos de ser necesarias exhortaciones ni pláticas para encender el fervor, lo que dió mas que hacer al cardenal Hugolino, protector de la Órden y presidente del capítulo, fue moderar las penitencias de los que se excedian en las que prescribia la Regla.

Después que se disolvió aquella numerosa junta, tuvo noticia san Francisco de que cinco hijos suyos, Fr. Pedro de san Geminiano y Oton, sacerdotes; Fr. Berardo de Corbia, Ayuto y Acurso, á quienes el mismo Santo habia enviado á Marruecos á predicar la fe, habian recibido la corona del martirio. Con esta ocasion, movido de una santa envidia, se le volvió á encender su antiguo celo y deseo. Partió, pues, para Siria, llevándose consigo algunos religiosos; y habiendo llegado á Damiata, se presentó al Sultan, y con una intrepidez digna de los primeros héroes cristianos, le declaró que solo habia venido para manifestarle la falsedad de la ley de Mahoma, y para enseñarle que no habia otro camino de salvacion sino la Ley de los Cristianos. Parecia consiguiente la corona del martirio á una declaracion tan esforzada; pero reservábale Dios para otro martirio de amor. Asombrado el Sultan de la santidad de Francisco, enamorado de su conversacion, y mucho mas de la generosidad con que se negó á recibir los ricos presentes que le ofrecia, le colmó de honras, y le despidió rogándole que le encomendase á Dios, pidiéndole que le alumbrase; y desconfiado el Santo de derramar su sangre por la fe, se volvió á embarcar para restituirse á Italia.

Retiróse al monte Alvernia, y no se sosegó hasta que renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado Fr. Pedro de Catania. Descargado ya de aquel peso, empleaba los dias y las noches en continua comunicacion con Dios, y en ejercicios de la mas rigorosa penitencia. Hácia el fin de la cuaresma de san Miguel, que hacia todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor, cuya memo-

ria consagró la Iglesia con fiesta particular. Esta fue la impresion de las sagradas llagas en su santo cuerpo, al mismo tiempo que el fuego del divino amor abrasaba su corazon, y le transformaba en un serafin de la tierra. Por mas cuidado que puso en ocultar á los ojos de los hombres aquellas señales del amor divino, la sangre que derramaban hacia traicion á su humildad, y desde allí en adelante todos le llamaban el Patriarca seráfico.

Después de este martirio del amor apenas vivia san Francisco sino de milagro, y las continuas lágrimas que derramaba le debilitaron tanto la vista, que cási no percibia los objetos. Los dos años que sobrevivió á la impresion de las llagas no fueron mas que enfermedades molestas, dolores agudísimos, éxtasis continuos, los que le acabaron de consumir, y Dios le reveló, en fin, el dichoso momento en que le queria premiar.

Luego que se divulgó la voz de que el Santo habia tenido revelacion del dia de su muerte, se excitó entre las ciudades vecinas una piadosa contienda sobre cuál de ellas habia de poseer el precioso tesoro de su cuerpo; pero el mismo Santo sin tener noticia de lo que pasaba, se declaró á favor de la de Asís. Hallábase postrado en el convento de Fuen-Colomba, y mandó que le llevasen al de Nuestra Señora de los Ángeles, para cuya iglesia habia alcanzado de Nuestro Señor el famoso jubileo llamado de la Porciúncula, el que después confirmaron tantos Sumos Pontífices, asignando para él el dia de la dedicacion de la misma iglesia, cuna de la Religion seráfica, y es el dia segundo de agosto. Luego que llegó al convento, mandó que le quitasen la túnica, y que le tendiesen en el suelo para morir con la mas extrema pobreza á imitacion de su divino modelo Jesucristo, que espiró desnudo en el árbol de la cruz. Diéronle aquel gusto; pero al mismo tiempo tomó el guardian una túnica vieja y una cuerda, y se la alargó diciendo: *Doyte de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia.* Obedeció el Santo; y viéndose cercado de todos los frailes, que se ahogaban en sollozos y se deshacian en lágrimas, levantando las manos al cielo, los exhortó á que conservasen el amor de Dios, el cual era el alma de su Instituto; á que guardasen con suma puntualidad todas las reglas; á que nunca desmintiesen aquella rigorosa y perfecta pobreza, que era su distintivo y su carácter; á que conservasen con fidelidad y con infinita sumision la fe de la Iglesia romana; á que profesasen tierno y ardentísimo amor á la santísima Vírgen, su querida madre, y á que mantuviesen entre sí una inalterable caridad.

Extendiendo después el santo Patriarca los brazos, y poniéndolos en forma de cruz, suplicó humildemente al Señor que echase su bendicion sobre todos sus hijos, y que los cuidase en lugar de padre. Mandó que le leyesen la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, segun el Evangelio de san Juan; y después de ella comenzó él mismo á rezar con voz lánguida y moribunda el salmo CXLI: *Voce mea ad Dominum clamavi:* Clamé al Señor con mi voz, implorando su asistencia. *Effundo in conspectu ejus orationem meam:* Derramo mi corazon delante de él, y le hago presente mi afliccion. *In deficiendo in me spiritum meum:* Viendo que me va faltando el espíritu, acudo á Vos, Dios mio, que teneis tan conocidos todos mis pasos. *Clamavi ad te, Domine, dixi: tu es spes mea, portio mea in terra viventium:* Á Vos, Señor, dirijo mis clamores, diciendo á voz en grito: tú eres mi esperanza, y tú mi herencia en la tierra de los que viven. Habiendo llegado al último versículo: *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo:* Libra, Señor, mi alma de la prision de este cuerpo, para que confiese incesantemente tu santo nombre: todos los justos esperan que me hagas misericordia, dándome lugar entre los escogidos: al pronunciar estas últimas palabras espiró tranquilamente en manos de sus hijos, sábado 4 de octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, el veinte y nueve de su conversion, y diez y nueve de la fundacion de su Órden.

Apenas espiró san Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su benditísima alma, exhalando aquel un suavísimo olor que llenó de fragancia toda la celda. No se oia por las calles de Asís otra cosa que estas palabras: *Murió el Santo.* Todos vieron á su satisfaccion las sagradas llagas ó señales de las suyas que habia impreso Nuestro Señor en manos, piés y costado de nuestro Santo. Fue llevado el santo cuerpo primero al convento de San Damian, que era el de santa Clara, para satisfacer su devocion y la de sus hijas; y de allí fue conducido como en triunfo á la iglesia de San Jorge, donde habia sido bautizado, y donde se le dió sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el papa Gregorio IX, antes cardenal Hugolino, grande amigo del Santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años después, el de 1228, el dia 17 de julio, con extraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las funciones de canonizacion, se abrieron los cimientos de una magnífica iglesia, y el mismo Papa quiso poner la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y el de 1230, cuando se celebraba el capítulo

general, fue trasladado el santo cuerpo á la nueva basílica el dia 25 de mayo, y colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Encontróse el cuerpo entero, y sin haberse descarnado ni consumido, y se dice que se conserva de la misma manera sin corrupcion, manteniéndose en pié sin ningun arrimo, con los ojos abiertos, y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida. Doscientos y veinte y tres años después de su muerte, el de 1449, le vió en esta misma postura el papa Nicolao V acompañado de un cardenal, de un obispo, de su secretario, del guardian del convento, y de tres religiosos, como todo consta de auténtico instrumento.

Aunque este gran Santo no se aplicó mucho al estudio de las ciencias humanas, lo suplió Dios con la luz sobrenatural y con la ciencia infusa que le comunicó, no menos que con los divinos arcanos que se le manifestaban en la íntima y continua comunicacion que tenia con el Señor. Además de eso tenia una excelente capacidad, y poseia una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras y en todos sus modales, en sus *Sermones*, en sus *Conferencias espirituales*, en sus *Instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el Testamento de san Francisco*, en sus *Cánticos espirituales*, en sus *Advertencias*, y en algunas otras obras devotas de nuestro Santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los Santos que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

SAN HIEROTEO, EL DIVINO.

Los autores griegos, que escribieron comentarios sobre los libros de san Dionisio Areopagita, confiesan que el divino Hieroteo, á quien el mismo san Dionisio llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, fue español de nacion, y que san Pablo le convirtió. Simon Metafraste dice que gobernó en España algun tiempo, aunque este autor mudó algo el nombre, llamándole Filoteo; y esto sucedió, porque el nombre propio de este Santo no era Hieroteo, antes los griegos se lo pusieron, y quiere decir el consagrado á Dios, ó cosa semejante, que por esto tambien le pusieron título de divino, por ser su doctrina divina, y muy santa su vida. Suidas y los comentarios griegos dicen que san Dionisio escribió la vida del divino Hieroteo. El Calendario griego le nombra obispo de Atenas, y pone su dia en 4 de octubre, lo mismo que el Martirologio romano. Que fue español,

y que le convirtió san Pablo, es cierto; mas san Dionisio dice de él que predicaba á Cristo en Jerusalen, antes que san Pablo viniese á España; y así seria de los que dice san Lucas que estaban en Jerusalen de todas las naciones del mundo. Escribió varios libros de ciencias eclesiásticas, los cuales se han perdido. (*Villegas*).

La Misa es en honor de san Francisco, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam béati Francisci meritis foetu novae prolis amplificas: tribue nobis ex ejus imitatione ne terrena despicere, et coelestium donorum semper participatione gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por los merecimientos de san Francisco fecundaste á tu Iglesia con una nueva familia de hijos; danos gracia para despreciar á su imitacion las cosas de la tierra, y para colocar siempre nuestra alegría en la participacion de los dones celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VI *de la que escribió san Pablo á los de Galacia.*

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet, neque praeputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israël Dei. De cetero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos: Léjos de mí el gloriarme en otra cosa què en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesús en mi cuerpo. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

No quiera Dios me glorie en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pocos cristianos del mundo tienen hoy este lenguaje! Sin embargo, este debiera ser el mas comun á todos los Cristianos, ó por lo menos es cierto que ningun otro les conviene mejor. Desde que Jesucristo se dignó consumar el misterio y la obra de nuestra redencion en el ara de la cruz, la cruz debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles. A la verdad, no nos debe distinguir ni la nobleza de la sangre, ni el esplendor del nacimiento. Delante de Dios no constituye nuestro mérito ni la elevacion del puesto que se ocu-

pa, ni la dignidad del empleo que se ejerce, ni la abundancia de los bienes que se poseen y disfrutan. Gloriarse en esta casta de bienes advenedizos, por decirlo así, es hacer vanidad de una gloria forastera. El valor de esta casta de bienes es arbitrario: segun el espíritu del cristianismo se consideran bienes fallidos á la hora de la muerte. El que entonces no tiene otros fondos, siempre muere pobre, ó insolvente, como se dice. La cruz de Jesucristo ennoblece al hombre por toda la eternidad; es un título de distincion admitido por el mismo Dios, es un insondable fondo de méritos, es un verdadero tesoro, pero tesoro profundamente enterrado para innumerables cristianos. La cruz, dice el Apóstol, es materia de escándalo á los judíos, y asunto de burla á los gentiles; pero pregunto, ¿es hoy mas estimada, ni mas venerada por la mayor parte de los Cristianos? *No quiera Dios*, dice el Apóstol, *que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo*. Esos grandes del mundo, criados entre el esplendor, las diversiones y los regalos; esas mujeres profanas, eternamente ocupadas en galas, en modas, en vanos pasatiempos, y en inutilísimas recreaciones; esos hombres, verdaderos hijos de este siglo, funestas víctimas de la ambicion y del interés; esos esclavos de la diversion, que solo toman gusto á lo que lisonjea los sentidos, y fomenta las pasiones; esos ricazos, idólatras del dinero y de los miserables bienes de esta vida; y aun esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con un exquisito esmero en solicitar sus conveniencias, y con un raro primor en procurar todas las comodidades; todas esas gentes que se llaman cristianas, ¿sienten lo mismo que sentia el Apóstol? ¿pueden todas decir con semejante sinceridad: *No quiera Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo*? ¡Y despues de esto no se podrá comprender cómo es posible que sea tan corto el número de los escogidos!

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae: quia abscondisti haec à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onera-

En aquel tiempo respondió Jesús, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que

ti estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

De la pobreza evangélica.

Punto primero.—Considera que la pobreza evangélica no es puramente de consejo sino de riguroso precepto, puesto que Cristo indistintamente la intima á todos los fieles por estas palabras: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* No se puede entender esta renuncia de un general despojo efectivo de todos los bienes como la hizo san Francisco, y como la hacen todos los religiosos: no pide el Salvador á todos los Cristianos este sacrificio; pero indispensablemente pide á todos los que quieren ser sus discípulos que desprendan el corazon de todos los bienes de la tierra; quiere que entre la misma abundancia sean pobres de afecto y de corazon. Déjanos libre el uso y aun el dominio de los bienes criados; pero nos prohibe el apego á ellos, y mucho mas el que sean nuestro ídolo. Sé enhorabuena rico, si la divina Providencia quiso que nacieses tal, ó si echando Dios su bendicion á tu industria, dispuso que lo fueses; pero aunque poseas las riquezas, no apegues á ellas el corazon. Este fue criado para bienes mas preciosos y mas duraderos; y una de dos, ó has de renunciar el título de discípulo de Cristo, ó has de amar los bienes criados con subordinacion á los eternos y celestiales. A ninguno exceptúa el oráculo del Hijo de Dios: tanto el príncipe como el vasallo; tanto el padre de familias como el que no tiene sucesion; tanto el hombre de negocios como cualquiera otro particular, todos están comprendidos en la generalidad de este precepto. No ya es un mero consejo de perfeccion; el apego del corazon á los bienes que se poseen está absolutamente condenado por el Evangelio. Se deben conservar, es así, los bienes adquiridos, y los que Dios nos ha dado: se deben tambien adelantar, todo segun los fines del mismo Dios; pero en poniendo en ellos el corazon, ya pasaron á ser su ídolo. De aquí nace aquella codicia, aquella ambicion, aquella avaricia que el Apóstol llama *idolatría*. Hablando en rigor, las riquezas, legítimamente adquiridas, no son las que nos hacen poco cristianos: el afecto y el apego á ellas es el que causa este desórden, y el que hace réprobos á tan-

tos ricos. ¿Cuántos reyes y cuántos príncipes poderosos fueron Santos? ¿cuántos Santos fueron ricos? No se despojaron de las riquezas sino del apego á ellas. Así como se puede tener apego á los bienes de la tierra, profesando la mas rígida pobreza, y por el mismo hecho de-jar de ser discípulo de Cristo, así tambien se puede ser pobre en medio de la abundancia, desprendiendo el corazon de todo afecto á las riquezas por amor de Jesucristo.

Punto segundo. — Considera si será hoy muy crecido en el mundo el número de los discípulos de Cristo. ¿Son muchos los hombres acomodados, los hombres ricos que viven desprendidos de este amor, de este apego á los bienes de la tierra? ¿No es el amor á ellos la pasion dominante en toda clase de personas, y en toda suerte de estados? Hoy es el interés el gran resorte, la gran máquina que á todos pone en movimiento. Y esta codicia ¿será prueba de un grande desapego? ¿Se solicitan los bienes temporales con mucha tranquilidad y con mucha indiferencia? ¿se poseen sin amor? ¿se pierden con resignacion? ¿Y no se podrá decir que las riquezas son el ídolo universal, que por decirlo así, sustituye entre los Cristianos el lugar que ocupan los otros ídolos en el gentilismo? ¿A dónde se fué aquel desprendimiento tan recomendado en el Evangelio, aquel desapego del corazon, tan propio de los discípulos de Cristo? ¿Reina por lo menos entre aquellas personas, que consagradas á Dios especial y solemnemente, están obligadas por su mismo estado á no aspirar á otra herencia que á la herencia del Señor? ¡Qué indigna cosa seria, si después de haber dejado por amor de Dios todos sus bienes, conservasen apego y amor á ellos! ¡qué desórden tan lastimoso, si subiesen al altar con un corazon profanado por el amor á los bienes temporales! Pero ¡qué impiedad será la de aquellos, que habiendo hecho voto y profesion de pobres, quieren tener las mismas conveniencias que los ricos, gozar de sus comodidades, sin cargar con sus pensiones; y en una palabra, despojarse de todo en público, pero solicitando que nada les falte en secreto! ¿Con qué cara se gloriará de ser discípulo de Cristo el que conserva una pasion y un apego tan contrario al espíritu del Evangelio? Ciertamente si el desapego del corazon á los bienes temporales es necesario con necesidad de precepto aun á las personas del mundo, ¿con qué tranquilidad de conciencia podrán los eclesiásticos y los religiosos conservar apego á ellos?

No permitais, Señor, que mi corazon se deje jamás prendar de esos bienes terrenos. Quiero ser discípulo vuestro, y mediante la asisten-

cia de vuestra divina gracia quiero tambien poseer todas las virtudes, y todos los requisitos de tal.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. (*Matth.* v).

Si abundares en riquezas, no pongas tu corazon en ellas. (*Psalmus* LXI).

PROPÓSITOS.

1 Siendo Dios el autor de todas las condiciones y de todos los estados de los hombres, ninguno por sí mismo está excluido de la patria celestial. Tanto derecho tienen á ella los ricos como los pobres, y en su misma condicion encuentran los medios que han menester para ser Santos. La comparacion del camello; las fuertes expresiones del Evangelio, que á la verdad son poco ventajosas á los ricos; los anatemas que fulmina la Escritura contra los hombres poderosos y opulentos; todo esto solo prueba la dificultad de salvarse en un estado donde todo tienta y todo lisonjea las pasiones. Pero no son precisamente las riquezas las que forman esta dificultad, sino el apego del corazon á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazon en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examínate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice san Gregorio, si en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseido de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á tí. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales, antes quiere que los cuides, que los adelantes; pero no quiere que hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazon sobre este punto; y para esto haz todos los dias por la mañana y por la noche un sincero desapropio de todos tus bienes á los piés de Jesucristo. Dile con sinceridad, que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinacion á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2 Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y dile con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fue su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igual-

dad de humor, y de una conducta siempre inalterable, es la mejor prueba de tu desasimiento.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Plácido, monje, discípulo de san Benito abad, y sus hermanos Eutiquio y Victorino, y Flavia, vírgen, tambien hermana de ellos; Donato, Firmato, diácono, Fausto y otros treinta monjes, en Mesina en Sicilia, á los cuales por la fe de Jesucristo martirizó el pirata Manuca. *(Véase la historia de san Plácido en las de hoy).*

El martirio de san Traseas, obispo de Eumenia en Frigia, que fue martirizado en Esmirna, en el mismo dia *(por los años de 177. Este Santo fue una de las mas esclarecidas lumbreras de la Iglesia de Asia).*

Los santos mártires Palmacio y sus compañeros, en Tréveris; los cuales padecieron en la persecucion de Diocleciano, por sentencia de Riccio Varo, presidente. *(San Palmacio era cónsul y patricio de la ciudad de Tréveris, así como los once compañeros que padecieron con él).*

El martirio de santa Caritina, vírgen, en el mismo dia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del cónsul Domicio, fue atormentada con el fuego, y arrojada al mar; y como saliese sin lesion, la cortaron las manos y los piés, y la arrancaron los dientes, y puesta en oracion entregó su espíritu al Criador.

La dichosa muerte de los santos hermanos Firmato, diácono, y Flaviana, vírgen, en Auxerre. *(Padecieron en tiempo de Eurico, rey de los visigodos, por los años de 466).*

San Marcelino, obispo y confesor, en Ravena.

San Apolinario, obispo, en Valencia del Delfinado, cuya vida fue esclarecida por sus virtudes, y su muerte ennoblecida con grandes milagros y prodigios.

San Atilano, en el mismo dia, obispo de Zamora, canonizado por el papa Urbano II. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Froylan, obispo de Leon en España, en la misma ciudad, esclarecido por su anhelo en propagar la vida monástica, por su caridad con los pobres, y por otras virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Gala, en Roma, hija del cónsul Simmaco; la cual, muerto su marido, vivió muchos años en *(una pequeña celda que mandó construir junto á)* la iglesia de San Pedro, dedicada á la oracion, al ejercicio de la caridad con los pobres, á los ayunos, y á otras santas obras. San Gregorio papa dejó escrita su felicísima muerte.

SAN FROYLAN, OBISPO Y PATRON DE LEON.

Gobernando la Iglesia Gregorio IV, honor inmortal de la religion de san Benito, y mandando la monarquía de España Alfonso II, llamado el Casto, por los años del Señor de 832 nació el glorioso san Froylan,

uno de los mas grandes obispos que ha tenido la Iglesia de España. Fue su patria la noble ciudad de Lugo en la provincia de Galicia. Tuvo la ventura de darle cuna un arrabal de la dicha ciudad que, segun la tradicion de sus vecinos, estaba situado en donde ahora se dice *Reguero dos hortos*, sitio desplobado al presente, en el cual tiene la catedral una huerta. La misma tradicion nos ha conservado el nombre de su madre, que callan uniformemente todos los monumentos antiguos. Por ella se tiene por cierto en aquella ciudad que se llamó Froyla, mujer de tanta virtud, que su cuerpo mereció un lugar distinguido en un sepulcro de mármol, que se halla en la catedral de Lugo como vara y media levantado del suelo. El docto P. Mavillon afirma que sus virtudes la trajeron en aquel obispado al alto honor de ser venerada por Santa. Esta especie es comun en nuestros escritores modernos, quienes no solamente dan por sentada la heroicidad de las virtudes de esta santa matrona, sino que la confirman con la veneracion y culto que la tributan los fieles de Lugo, implorando su intercesion contra los dolores de cabeza y reumas. Afirman igualmente que una imágen que está sobre el sepulcro con hábito de monje representa á san Froylan, y que otro sepulcro que está en la capilla mayor al lado del Evangelio es de un hermano del Santo. Todo esto prueba que aunque no se sepa puntualmente la ascendencia de san Froylan, se puede colegir que fue gente rica, como lo acreditan los preciosos monumentos.

Como los padres de Froylan eran no menos piadosos que abastecidos de bienes de fortuna, dieron al santo niño una educacion propia de su piedad y de su clase. Apartáronle con cuidado de aquellos tratos y compañías que suelen ser el escollo de la inocencia, y en donde las costumbres comienzan á contaminarse para siempre. El cielo habia dotado á nuestro Santo de un natural feliz y de unas disposiciones cual las podia apetecer la misma virtud. Dócil de genio, humilde de corazon, apacible en sus modales, é inclinado naturalmente á lo mejor, se prestaba como una blanda masa á las santas instrucciones que le sugerian. Siendo de edad proporcionada, le aplicaron al estudio y conocimiento de las ciencias sagradas, y en ellas aprendió á despreciar el mundo y á buscar las eternas dichas. Ya en aquella edad sabia el verdadero precio de la virtud, y los medios de alcanzarla, que son la abstraccion del mundo y el trato con Dios en la oracion. Ejercitábase en ella con tal continuacion y fervor, que los efectos no podian ser ocultados por su modestia. Venerábanle como á un santo mancebo; y Froylan, puesto siempre en vela contra los tiros de

la vanagloria, se veia precisado á hacer frecuentes reflexiones sobre la miseria de la naturaleza, sobre la rebeldía de las pasiones, y sobre las faltas que la delicadeza de sus ojos divisaba en su conducta para humillarse delante de Dios, y prevenirse de este modo contra los asaltos de la vanidad. Entre tanto se afianzaba en el santo temor de Dios, consideraba sus grandezas lleno de fe, y seguia el camino comenzado, aprovechando de virtud en virtud. Siendo de edad de diez y ocho años, pensó consigo mismo que debia darse un destino, en el cual sirviese á Dios con tranquilidad, y al mismo tiempo aprovechase á sus prójimos. Para este efecto deseaba ejercitarse en el ministerio de la predicacion, considerando que de este ejercicio podria resultar la conversion de muchos pecadores, y la confortacion de las almas tibias y débiles. El conocimiento que tenia de las ciencias sagradas, y los opimos frutos que le dejaban entrever sus caritativos deseos, le tenian cási decidido. Pero por otra parte consideraba la tranquilidad y perfeccion de la vida eremítica, las dulces delicias que en ella encuentra el espíritu y la seguridad contra las asechanzas del mundo. Estas consideraciones le instaban por su parte á retirarse á un desierto, y hacer en él la vida que celebra la Iglesia en tantos otros solitarios.

Las conveniencias y proporciones que en uno y otro encontraba para servir á Dios, le tenian indeciso sobre el rumbo que habia de seguir. En esta afliccion meditó hacer una prueba tan extraña como maravillosa por donde investigar la voluntad de Dios, lo cual era el móvil y el norte de todas sus acciones. Determinó tomar unas brasas encendidas, y aplicárselas á los labios y á la lengua, y si estos sentian la voracidad del fuego, inferir que Dios no le destinaba para el ministerio apostólico; pero si por el contrario las brasas no quemaban sus labios, concluir que de esto mismo quedaba probado, que sus eloquios habian de ser castos, y tan puros como la plata probada en el crisol; de consiguiente, que Dios le llamaba al ministerio de la predicacion. Verificóse esto último, porque habiendo hecho la prueba, el fuego perdió su actividad por virtud divina, y las brasas no hicieron mas lesion en los labios del jóven que si hubieran sido rosas. Disponíase ya á emprender el oficio apostólico, bien asegurado de que Dios le destinaba como vaso de eleccion á la predicacion de los pueblos, y á enseñar á los que estaban sentados en las tinieblas de la culpa los caminos pacíficos de la salud eterna. Habia dejado poco antes la casa de sus padres, y se hallaba en medio de un desierto. Preparábase con mas oracion, ayunos y penitencias al ministerio para

que Dios le habia elegido. Pasado algun tiempo, cuando le pareció que ya su pecho estaba tan encendido con el fuego del amor de Dios, que las palabras que de él saliesen podrian ser causa de iguales incendios en las almas de sus prójimos, determinó ir á poblado en busca de las gentes á quienes habia de predicar. En el camino el Señor le dió á entender con otro nuevo milagro la complacencia que tenia en verle dispuesto á predicar las glorias de su santo nombre, y al mismo tiempo como con su mano poderosa le infundia los soberanos dones necesarios para tan grande empresa. Llegó el Santo al ponerse el sol a un sitio yermo, y cerrando la noche con oscuridad, cesó en su viaje, y se puso á descansar en su ordinario ejercicio de la oracion. Gran parte de la noche habia pasado, cuando súbitamente hirió en sus ojos un resplandor celestial que iluminaba toda la comarca. En medio de la claridad advirtió dos hermosas palomas, que venian volando desde el cielo, una de color rosado, y la otra blanca mas que la nieve, las cuales dirigian el vuelo hácia su persona. Quedó el Santo admirado, y estando sorprendido con su vista, advirtió que ambas á dos se le entraron con presteza por la boca. Pero no quedó en esto solo el milagro. Si mucho se habia sorprendido Froylan con un hecho tan milagroso, mucho mas fue su admiracion cuando advirtió que la una de las dos palomas le causaba dentro del pecho un ardor extraordinario, al tiempo que la otra le llenaba de dulzura las potencias y sentidos.

Sin embargo de la profunda humildad en que estaba cimentada la sólida virtud de Froylan, no pudo menos de advertir las grandes misericordias que Dios usaba con su persona. Conoció que en aquellas palomas estaba significado el Espíritu Santo, y en la diversidad de sus colores los diferentes carismas con que adorna las almas de aquellos venturosos en quienes habita. Esto mismo manifestaba el ardor que sintió en su pecho, y la dulzura de que advirtió inundada su alma, pronosticándole además los efectos felices que de su predicacion resultarian. Verificóse en la realidad; porque sus sermones de allí adelante contenian en sí todo aquel espíritu de grandeza y magnificencia que derriba los mas altivos cedros del Líbano, y deshace como almadena los mas endurecidos peñascos, y asimismo aquel espíritu de dulzura que atrae y encanta blandamente los mas esquivos corazones. Salióse del desierto, en donde tenia sus delicias, para emplear en beneficio de sus prójimos las gracias que Dios le habia dispensado. Aunque no se sabe de cierto los lugares determinados en que ejerció su ministerio apostólico, se sabe que fueron varios pueblos y ciuda-

des; y que en ellos correspondia el fruto de su predicacion al fervor y soberanos dones del que predicaba. Ninguno oyó las vivas reprensiones que salian de su boca, sin que trocando su corazon y ablandando su pecho, no dejase los caminos extraviados por donde corria á su precipicio, y se convirtiese de veras al Señor. Los discursos de Froylan, adornados no de los vanos artificios de la elocuencia, sino de la caridad que ardia en su alma, siempre eran vencedores. Tanto los ciudadanos, cuyos vicios son finos y delicados, á proporcion de su vida, como los plebeyos y montaraces de la fe mas sencilla, y mas sensibles á las amenazas de la Religion, se dejaban herir de la divina palabra segun salia de la boca de Froylan, que se pudiera llamar mas bien un horno de caridad ó un órgano del Espíritu Santo. Estos efectos maravillosos le conciliaron un aplauso y estimacion de los hombres, que se componia dificultosamente con la humildad de Froylan, y con el temor que tenia siempre de manchar su conciencia con la mas leve sombra de vanidad. Al paso que predicaba, crecia su mérito, crecia su fama, y se aumentaba su peligro. Este hizo suma impresion en el que tanto habia amado la vida solitaria, que para dejarla y emplearse en la predicacion, habia exigido de sí mismo la terrible prueba de las brasas encendidas que aplicó á sus labios. Teniendo, pues, firmemente grabada en el alma aquella sentencia de que *nada le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si padece detrimento en su alma*, determinó volverse á su amada soledad á buscar en ella la tranquilidad de espíritu que habia perdido en el poblado. Andaba de monte en monte y de breña en breña huyendo el favor y aplausos de los hombres con tanto anhelo como pudiera emplear en solicitarlos el mas ambicioso. Donde quiera que encontraba un lugar oportuno á sus deseos, allí se paraba algun tanto, hacia vida solitaria y contemplativa por algun tiempo, y no queriendo tener de asiento ni aun esta pequeña comodidad, pasaba á otra breña á emplearse en el mismo género de vida.

No obstante el gran cuidado que este siervo de Dios ponia para esconderse á los ojos del mundo, la fama de su santidad se habia extendido tanto que era imposible ocultarse. Tuvo noticia de ella san Atilano, varon santísimo, que con el tiempo fue uno de los mas grandes obispos que tuvo la iglesia de Zamora, y aun la de toda España. Estaba ordenado de sacerdote, y con la sublimidad del ministerio habian crecido en él los deseos de mayor perfeccion. Solicitaba hallar un director de su alma en quien descansar con confianza, asegurando en su piedad y luces la consecucion de la eterna ventura.

Tuvo noticia de que en san Froylan se encontraban con muchas ventajas las cualidades que buscaba en su director. Dejó su patria y todas las conveniencias de la vida, y guiado de un instinto divino, se echó á buscar á Froylan por aquellos lugares desiertos en que le habia sido dicho que hacia vida eremítica, que eran las montañas de Leon. Aunque la empresa era difícil de conseguir, por ser poco menos que imposible poder encontrar en un desierto lleno de escabrosidades y quebraduras á un hombre empeñado en ocultarse de los demás hombres, Dios, que favorece las buenas intenciones, quiso que encontrase al santo ermitaño, que le manifestase sus deseos, y que Froylan le recibiese por discípulo. Gozáronse mutuamente de su santa compañía, y comenzaron una vida toda contemplativa, que seguian con el mayor fervor; pero por cuanto los pueblos de la comarca tenian alguna noticia de su residencia en aquel yermo, juzgaron los Santos que allí estaban mal seguros, y que debian buscar otro asilo á su tranquilidad. Con este intento comenzaron á andar de monte en monte, hasta que finalmente llegaron á uno llamado entonces *Curcurrino*, y en el dia *Curueño*. Fuese por la aspereza del lugar, ó por lo desconocido que era á las gentes este sitio, los Santos le eligieron de comun acuerdo para mansion suya, fabricando en él unas pobres celdillas muy acomodadas á la pobreza y austeridad de su espíritu. Allí estuvieron los dos santos solitarios ejercitándose algun tiempo en la vida contemplativa. Los provechos que de esto resultarian en su espíritu, las divinas consolaciones con que serian recreados, y los celestiales favores que recibirian quedaron ocultos entre aquellas breñas; pero sin embargo por lo que se vió después se conoce que en este género de vida sus almas consiguieron considerables medras en la virtud.

El mérito verdadero tiene las mismas propiedades que la actividad del fuego y los resplandores de una gran luz; por mas que quiera ocultarse, siempre salen vanos cuantos esfuerzos se emplean en conseguirlo. Divulgóse muy en breve el lugar en donde san Froylan hacia vida eremítica en compañía de san Atilano; y como los pueblos estaban llenos de los admirables frutos que anteriormente habia causado su predicacion, no pudieron menos de solicitarla ahora con tanta mas ansia, cuanto la privacion les habia excitado mas el deseo. Concurrian á aquel sitio escabroso grandes turbas de gentes, sin que la incomodidad de los senderos, lo largo del camino ni las inclemencias del tiempo fuesen bastante á retraerles de su concurrencia. Los magnates, los sacerdotes, el clero, hombres y mujeres, todos venian en grandes tropas á aquel lugar solitario á que Froylan les anun-

ciase la palabra de Dios, lo cual hacia el Santo con gran fruto, porque los que la oian eran temerosos de Dios, y tenian bien dispuestos sus corazones. Era grande la complacencia y consuelo que sentian en su espíritu aquellas gentes afortunadas con la predicacion de Froylan; pero eran tambien muy grandes las incomodidades y molestias que por esta causa padecian. Dejar sus casas; abandonar por largo tiempo los quehaceres de sus familias; repetir con frecuencia unos senderos peligrosos entre malezas y precipicios; exponer su salud á los ardores del sol y á las incomodidades de la lluvia, eran unos males dignos de consideracion y de remedio. Representáronselos al Santo, suplicándole al mismo tiempo que se dignase dejar aquel lugar solitario, y bajar á una ciudad, que se llamaba Viseo, en donde él no tendria ciertamente las comodidades tranquilas de la soledad; pero en recompensa tendria el regocijo de ver que á menos costa se multiplica en sus prójimos el provecho. Para que sus razones tuviesen mas fuerza, é hiciesen mayor sensacion en las entrañas del Santo, usaron de un medio que moviese su interés. Sabian que era aficionado á la vida eremítica, y de aquí infirieron que no le podia desagradar la vida monástica. Propusiéronle, pues, que en la referida ciudad podria edificar un monasterio en donde fuesen muchos los que sirviesen á Dios, y se criasen varones hábiles y virtuosos para dispensar á los pueblos la divina palabra. Facilitáronle esta empresa, prometiendo ayudarle con sus limosnas cuanto bastase á conseguirla, asegurándole además que no les faltaria el alimento necesario. Esta representacion hizo tanta fuerza en el alma de san Froylan, que condescendió con ella gustoso; y dejando su amada soledad, se vino con san Atilano á la ciudad de Viseo. Las promesas que nacen de la sencillez y rectitud de corazon siempre tienen su cumplimiento: Dios mismo las bendice y las lleva á debido efecto, derramando sobre ellas sus benéficas gracias, venciendo con virtud omnipotente cuantos obstáculos se presentan. Llegado que fue nuestro Santo á la ciudad, emprendió la fábrica del monasterio, y en breve tiempo le vió poblado de trescientos monjes, que no cesaban dia y noche de cantar las divinas alabanzas, y de derramar en los pueblos circunvecinos copiosos y espirituales frutos.

Gobernaba á la sazon el reino de los godos Alfonso, príncipe que por sus grandes cualidades en paz y en guerra, en lo eclesiástico y civil, fue llamado el Magno. Aunque tarde llegó á noticia de este gran Rey la fama de Froylan, sus acendradas virtudes, su apostólica predicacion, y el grande fruto que habia hecho en tantos pueblos; concibió

deseos de ver y tratar personalmente á varon tan santo, y para conseguirlo envió nuncios que en su real nombre le suplicasen quisiese venir á Oviedo, en donde el Rey tenia su corte, y hacia su residencia. Luego que Froylan oyó la embajada, concibiendo que de condescender con el Rey podrian seguirse grandes provechos á Dios y á su Iglesia, obedeció inmediatamente, emprendiendo el viaje para aquella ciudad. Como hubo llegado, se presentó al piadoso Rey, quien en su aspecto y en su trato conoció un varon lleno del Espíritu Santo; admiró una y muchas veces los soberanos dones con que la divina gracia le habia enriquecido, y con un piadoso asombro de ver en un hombre tanta santidad, prorumpió en dar gracias á Dios, que habia elegido tal siervo para gobernar las almas que creian en él. Las admiraciones y espanto no se quedaron solamente en unas señales estériles de la fuerte sensacion que la virtud de Froylan habia hecho en el ánimo real. Resuelto anticipadamente aquel generoso Príncipe á reformar las costumbres, que no habian podido menos de estragarse entre los horrores y desórden de la guerra, eligió á Froylan para que pusiese en ejecucion este grande designio. Honróle mucho, dióle gran copia de dinero, y una potestad ilimitada para que recorriendo todo su reino, fundase monasterios en los sitios que para ello encontrase mas oportunos. Regularmente se elegia para este efecto un sitio ameno en donde con lo apacible del lugar se juntase la posibilidad de concurrir los pueblos á recibir la enseñanza de los monjes, y á la celebracion de los divinos oficios: algunos dicen que fueron muchos los monasterios que el Santo edificó, y que de ello dan testimonio varias ermitas á la ribera del Ezla, en donde se divisan todavía ruinas, que parecen de grandes edificios; pero de testimonios auténticos solo consta que edificase dos, que por la santidad de sus individuos, y por el número de monjes, equivalian á muchos. El uno fue el monasterio Tabarense, llamado así por estar edificado cerca de un lugar llamado Tábara, una legua distante del rio Ezla. En él se juntaron seiscientos individuos de ambos sexos, á quienes san Froylan dió saludables instituciones para que se mantuviesen en el fervor de la vida monástica. Otro monasterio fundó el Santo en un sitio elevado y ameno cerca del rio Ezla, en el cual llegaron á juntarse como doscientos monjes, á quienes igualmente comunicó la regla con que habian de vivir. Reservóse el Santo para sí la direccion de estos monasterios, que esto quiere decir el nombre de abad con que le señalaron los pueblos cuando pidieron al Rey que le elevase á la dignidad episcopal.

Con gran tranquilidad de su espíritu y alegría de su alma gobernaba nuestro Santo sus monjes; porque aunque no dejaba de serle pesada la carga de la superioridad, se la hacia llevadera la satisfaccion de ver el provecho que resultaba á los pueblos. Pero en este tiempo, que era por los años del Señor de 900, vacó la silla episcopal de la iglesia de Leon; y el pueblo, que estaba bien instruido de las excelentes cualidades que adornaban al santo Abad para dignidad tan sublime, levantó la voz pidiéndole con ahinco por obispo, dirigiendo al Rey las súplicas mas eficaces para este efecto. Alegróse Alfonso extraordinariamente con este hecho, porque ya habia tiempo que habia intentado persuadir á Froylan se ordenase de sacerdote, y no lo habia podido conseguir. La responsabilidad de las delicadas obligaciones que acompañaban al presbiterado era un muro tan fuerte, que no le habian podido vencer ni las insinuaciones de la amistad, ni la autoridad del Trono. Viéndose Froylan elegido para obispo de Leon, es indecible el sentimiento que se apoderó de su alma, y las exquisitas diligencias que practicó para eximirse de la dignidad. Representó al Rey que tenia hijos en sus monasterios, los cuales exigian de justicia que emplease en ellos su vigilancia y cuidado; que seria un mal monje si se determinaba á dejar la pobreza y retiro de su celda por el esplendor de la dignidad pontificia; y últimamente, llegó á tanto su resistencia, que se atrevió á hablar al Rey palabras tan amargas, que á no saber el Monarca el gran fondo de virtud de que procedian, las pudiera haber tomado por insultos. Nada bastó á hacer desistir al Rey ni al pueblo de la determinacion que habian tomado; y así, aunque contra su voluntad, fue el Santo consagrado obispo de Leon en el dia de Pentecostes, juntamente con san Atilano, que fue consagrado el mismo dia por obispo de Zamora. Constituido en la cátedra episcopal, como antorcha en el candelero, comenzó á difundir las luces de su sabiduría y las benignas influencias de su virtud. Su iglesia y toda España las participaban en abundancia, porque á todas partes llegaban los ecos de aquella voz de trueno con que predicaba la palabra de Dios, cumpliendo las funciones de su augusto ministerio. Sin embargo de que habia encanecido en el ejercicio de las virtudes, unas veces habitando los desiertos, otras evangelizando á las ciudades, y otras, finalmente, dirigiendo á Dios copiosas turbas de monjes, le parecia que nada habia hecho, y que su virtud era muy débil respecto de lo que exigia el cargo episcopal. Redobló todos sus ejercicios, aumentó las austeridades, y multiplicó los trabajos, enseñando, corrigiendo y

guiando por los senderos de la salud el rebaño que el Señor habia puesto á su cuidado. Cuantas virtudes requiere san Pablo en un obispo cuando escribe á Tito y á Timoteo, otras tantas se procuró Froylan por medio de la divina gracia; y así, tanto los monjes como los clérigos y legos experimentaron en él un sabio maestro, un pastor vigilante, un prelado dulce y un padre amoroso.

Cinco años obtuvo la silla episcopal con el provecho que era consiguiente á sus excelentes prendas. Por el mes de enero de 905 se hallaba en la ciudad de Oviedo presenciando una donacion que el rey D. Alonso hizo á la santa iglesia del Salvador, en que manifestó asimismo la devocion y amor que tenia á Froylan y á su iglesia. El Señor queria ya premiar á su siervo fiel, que tan buena cuenta daba de los talentos que le habia confiado; pero quiso antes que aun en este mundo quedase una prueba de lo que le habia agradado, señalándole con el don de profecía. Profetizó Froylan grandes cosas antes que sucediesen, y entre ellas, que aquella tierra seria devastada por la guerra, la hambre y la peste. Al rey D. Alfonso, al clero y al pueblo les hizo igualmente semejantes profecías, anunciando á cada uno en particular lo que le habia de suceder; y como ya la experiencia les tenia acreditado que residia en él un verdadero espíritu profético, todos se prepararon con lágrimas de compuncion para esperar los sucesos. Una de las cosas que predijo fue el dia y hora en que su alma habia de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos sus monjes y al clero, y teniéndolos presentes, les hizo primeramente un vivo discurso, exhortándoles á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les habia dado. Concluyó su razonamiento, diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el dia y hora en que habia de morir y presentarse delante de su Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternacion á todos los circunstantes; bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, seria pretender un imposible. Las tropas de gente de ambos sexos, de todas las edades y jerarquías, andaban confusamente por la ciudad anegados en lágrimas, y manifestando su dolor con sentidos lamentos; unos lloraban sin consolacion la miserable orfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: ¿Por qué, ó Padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te habia sido encomendado? Entre tanto el santo Obispo se fortale-

cia con los Sacramentos de la Iglesia; y habiendo llegado la hora que tenia profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santísima fue presentada entre coros de Ángeles á su Criador para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucedió su tránsito dichoso dia 5 de octubre del año 905, habiendo vivido setenta y tres años. Su cuerpo fue sepultado en un sepulcro precioso, que tenia fabricado para sí el rey Alfonso en la iglesia de Leon. Allí permaneció hasta los años de 999, en que viniendo Almanzor á las comarcas de Leon, procuraron los ciudadanos poner en salvo las sagradas reliquias de su santo Prelado, llevándolas á un lugar montuoso de los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á san Juan, permaneció hasta que por solicitud de una princesa fue llevado al monasterio de Moreruela, del Órden del Cister. Hallábase desconsolada la iglesia de Leon por la falta de las reliquias de su pastor san Froylan. Hizo varios oficios con los monjes de Moreruela, para que la volviesen un tesoro que la pertenecia; pero todos fueron inútiles: por tanto se quejó formalmente al Sumo Pontífice, quien habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, este sentenció que los sagrados despojos se repartiesen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hízose la traslacion con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisicion de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devocion con continuados favores.

SAN PLÁCIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

San Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fue encomendado á la disciplina del gran patriarca san Benito, objeto á la sazon de la veneracion y de la admiracion de toda Italia. Á los siete años de su edad le llevó su padre al santo Patriarca para que le educase por sí mismo en el monastério de Subiaco. No podia menos de producir excelentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de Santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Subiaco fue la admiracion de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él: tan léjos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, su-

perior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fue menester tirar de la rienda á su fervor. Queria Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiracion ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar dia y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere san Gregorio, que enviándole un dia á sacar agua de cierta laguna inmediata al monasterio, cayó en ella con el peso de la herrada, y las olas le llevaron dentro de la laguna, hasta un tiro de piedra distante de la orilla. Estaba san Benito en su celda, y revelándole Dios aquel triste accidente, llamó á su discípulo Mauro, y le mandó que prontamente acudiese á socorrer al niño Plácido. Llegó Mauro á la laguna, y sin pensar siquiera en el peligro á que se exponia, se metió intrépidamente por ella, caminando por las aguas milagrosamente endurecidas: y cogiendo á Plácido por los cabellos, le sacó á la orilla con duplicado milagro.

Luego que Plácido volvió en sí le preguntaron en qué pensaba cuando se vió en medio del agua, y ya á punto de ahogarse. Respondió, que cuando sintió que le tiraban por los cabellos, vió sobre su cabeza la piel que servia de hábito á san Benito, y que el santo Abad le habia tenido de la mano todo el tiempo que estuvo en el agua, para que no se hundiese en ella.

Después de este lance hizo Plácido aun muchos mayores progresos en el camino de la perfeccion. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantándose en sabiduría, en prudencia y en virtud. Amábale el santo Patriarca como á uno de sus mas queridos discípulos, previendo con luz profética que habia de honrar la Religion, siendo el primero que la ilustrase con la corona del martirio. Era Plácido el compañero ordinario del santo Abad; y así como el Salvador escogia á los discípulos mas amados para testigos de sus maravillas, de la misma manera siempre que san Benito habia de hacer algun milagro, llevaba por socio á Plácido. Cuando hizo brotar de las entrañas de un duro peñasco una copiosa fuente para servicio del monasterio, quiso que Plácido fuese testigo de aquel prodigioso suceso; y cuando fué san Benito á echar por tierra los ídolos que se adoraban en el Monte-Casino, y á fundar en él, por decirlo así, la casa patriarcal de su Órden, llevó á Plácido por su compañero.

Es verdad que ningun discípulo dió nunca mas honra á su maes-

tro que nuestro jóven Plácido daba al suyo. Cada dia crecia mas su fervor, y cada dia crecia tambien mas su humildad, su devocion y su puntualidad en la observancia de las mas menudas reglas.

Habiendo hecho donacion á san Benito el señor Tértulo, padre de nuestro Santo, de muchas y grandes posesiones que tenia en Sicilia, resolvió el santo Patriarca enviar allí á su amado discípulo Plácido para que fundase un monasterio, y le dió por compañero á Donato y Gordiano, dos santos monjes de la casa de Monte-Casino. Dióles su bendicion, comunicándoles su espíritu, y les mandó partir para aquella apostólica expedicion. En Capua fue recibido san Plácido con grandes demostraciones de ternura y de veneracion por san German; en Benevento por san Martin; en Canoso por san Sabino; en Regio de Calabria por san Sisinio, obispos todos respectivamente de dichas ciudades; porque en aquellos felices tiempos eran pocos los obispos que no fuesen Santos. En todas partes iba el nuestro obrando grandes milagros; pero su humildad los atribuia todos á su santo Patriarca. Cuando aportó á Mesina fue recibido como un ángel del cielo por el señor Maselino, amigo antiguo de su padre Tértulo. Por mas instancias que aquel caballero le hizo para que descansase algunos dias en su casa, no lo pudo conseguir: siendo una de las máximas de nuestro Santo que los monjes nunca debian detenerse en casas de seglares.

Su primer cuidado fue fabricar un monasterio no distante del puerto de Mesina, cuya iglesia dedicó á san Juan Bautista. Hacia todos los dias admirables conversiones en la isla, y estas le ganaron crecido número de caballeros jóvenes, destinados por el cielo para formar aquella nueva colonia. Treinta de ellos renunciaron todos sus bienes, y abrazaron desde luego la vida monástica. En poco tiempo fue el monasterio de Sicilia una viva copia del de Monte-Casino; porque todas las virtudes de san Benito resplandecian en su verdadero discípulo san Plácido. Aunque era de poca salud y de muy delicada complexion, siempre sus penitencias excedian á las que llevaba de suyo el rigor de su Instituto. Era continuo su ayuno, y su ordinario sustento se reducia á leche, agua y algunas raíces, añadiendo los martes, los jueves y los domingos algunos mendrugos de pan. En las cuaresmas pasaba muchos dias sin comer ni beber. Nunca usó otra cama que la de una silla muy dura y sin respaldo, donde arrimado contra la pared tomaba dos ó tres horas de sueño por la noche, y pasaba en oracion lo restante de ella. Siendo tan áspero consigo, ningun superior fue nunca mas blando con los demás, ga-

nándole los corazones de todos una dulzura y una caridad inalterable. Unido siempre íntimamente con Dios, ni los negocios le distraian, ni le disipaban los molestos cuidados de una comunidad que se iba entonces formando. Su tierna devocion á la santísima Vírgen fue como el manantial de aquellas gracias extraordinarias, de aquellos singulares favores con que el cielo le regalaba continuamente; y se asegura que por el don de milagros era venerado como el taumaturgo de su siglo. Con sola la señal de la cruz y con una breve oracion curó en cierto dia un prodigioso número de enfermos que concurrieron á la puerta del monasterio á pedir su bendicion; de manera, que en menos de un año se hizo célebre el nombre de Plácido en toda la isla.

Gobernó su monasterio con una prudencia tanto mas admirable, cuanto menos regular en un mozo que se hallaba todavía en lo mas florido de su juventud. Suplia la virtud lo que faltaba á la edad; verificándose en su conducta lo que escribia san Pablo á su querido Timoteo (cap. IV): *Que la santidad tiene el lugar de todo.* Habia cuatro ó cinco años que nuestro Santo llenaba de maravillas á toda Sicilia, siendo el gozo y la gloria de su padre san Benito, cuando dos hermanos suyos menores, Eutiquio y Victorino, que nunca le habian visto, y otra de sus hermanas, por nombre Flavia, hicieron un viaje desde Roma á Sicilia por el consuelo de conocerle, aunque impeliéndoles mas la fama de su eminente santidad que la ternura de su sangre. Fue recíproco el gozo; y así la conversacion como los ejemplos de Plácido hicieron tanta impresion en los dos hermanos y en la hermana, que todos estaban resueltos á renunciar los bienes de la tierra para trabajar únicamente en los eternos del cielo, cuando la divina Providencia les abrevió mucho el camino para conseguir la eterna felicidad.

El famoso pirata Manuca, uno de los hombres mas encaprichados en las supersticiones del gentilismo, hizo un desembarco en Sicilia, y se echó luego sobre el monasterio de San Juan Bautista, que estaba inmediato al puerto. Entraron en él los bárbaros, hicieron prisioneros á Plácido con todos sus monjes, entrando tambien en el mismo número Eutiquio y Victorino, con su hermana Flavia; y á todos los cargaron de cadenas.

El bárbaro preguntó á Donato, compañero de san Plácido, si era cristiano; y respondiéndole este con santa intrepidez, que no solo tenia la dicha de serlo, sino tambien la de ser monje; le dividió la cabeza en dos partes con un golpe de cimitarra. Hizo venir des-

pués á su presencia toda aquella tropa de gloriosos Confesores de Jesucristo; y no perdonó á promesas ni amenazas para pervertirlos: pero él mismo quedó asombrado de la constancia y de la magnanimidad de los santos Mártires. Protestaron todos á voz en grito que eran cristianos, que quisieran tener muchas vidas para sacrificarlas todas en obsequio de su Religion; y que léjos de temer la muerte, envidiaban todos la dicha de aquel compañero suyo que habia logrado el primero la palma del martirio. Irritó al tirano tan generosa respuesta, y mandó que á todos los despedazasen á azotes, haciéndolos después atormentar con inaudita crueldad; y cargándolos de prisiones, ordenó que los encerrasen en un lóbrego calabozo, donde estuvieron siete dias sin probar bocado, en cuyo tiempo san Plácido animaba á sus santos compañeros con fervoroso celo y con cristiana elocuencia. Sus dos hermanos, y sobre todo su hermana, léjos de llorar su desgraciada suerte, consideraban aquella que parecia funesta casualidad, por la mayor dicha que les pudiera suceder, atribuyendo á las oraciones de su santo hermano la inestimable gracia que les tenia preparada la divina Providencia.

Mientras tanto, viendo los bárbaros su invencible constancia á pesar de los palos y de los malos tratamientos que les hacian sufrir todos los dias, determinaron quitarles la vida antes de volverse á embarcar. Hicieron otra tentativa para que renunciasen la fe; pero san Plácido, hablando en nombre de todos, desengañó al tirano, diciéndole que serian vanos todos sus esfuerzos, y que antes bien debia él mismo mirar por su salvacion, y renunciar sus paganas supersticiones; que los ídolos á quienes él rendia cultos eran inanimadas estatuas, sin fuerza y sin movimiento, imágenes despreciables de divinidades quiméricas; que no habia otro Dios que aquel que adoraban los Cristianos, criador del universo, árbitro de nuestra eterna suerte, y supremo Juez que en breve habia de ser de todos. Interrumpióle el bárbaro, que ya no podia sufrir la generosa intrepidez del santo Mártir, y mandó que con un duro guijarro le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas: no contento con esto, para que no pudiese hablar, le mandó arrancar la lengua hasta la misma raíz; pero el que perdió la lengua por amor de Jesucristo no por eso perdió el uso de ella; antes bien con asombroso prodigio, prosiguió hablando con voz mas clara, mas sonora y mas corpulenta que nunca: maravilla que convirtió á muchos gentiles; pero no convirtió al tirano: antes mas y mas enfurecido, temiendo algun alboroto popular, mandó que á todos les cortasen la cabeza. Fueron conducidos á la orilla

del mar, sitio señalado para la ejecucion del suplicio. Luego que llegaron á él se hincaron todos de rodillas, y ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas. San Plácido, cuya milagrosa voz esforzaba mas y mas el valor de los generosos Mártires, hizo en nombre de todos esta devota oracion á Jesucristo: *Salvador mio Jesucristo, que te dignaste padecer muerte de cruz por nuestra salvacion, sé propicio á estos tus humildes siervos: danos constancia hasta el fin, y haznos la merced de que seamos asociados al coro de tus santos Mártires; consérvanos intrépidos hasta el último momento de nuestra vida, y dignate aceptar el sacrificio que te hacemos de ella.* Toda la bienaventurada tropa respondió inmediatamente: *Amen;* y en el mismo punto fueron sacrificadas todas aquellas inocentes víctimas el dia 5 de octubre del año 541, en número de treinta y tres, siendo las mas célebres Plácido, de edad de veinte y cuatro años; Fausto y Firmato, diáconos; Eutiquio y Victorino, hermanos de nuestro Santo, y su santa hermana Flavia.

Acabada esta carnicería, los bárbaros pusieron fuego al monasterio, demolióronle, y profanaron la iglesia. Hecho esto, se volvieron á embarcar; pero recibieron luego el castigo de su barbaridad, porque apenas se hicieron á alta mar, estando todavía enfrente del Faro de Mesina, cuando se levantó una furiosa tormenta, en la cual perecieron todos, sin salvarse ni uno solo. Hallábase á la sazon ausente del monasterio Gordiano, uno de sus monjes, y cuando volvió á él encontró todavía enteros los cuerpos de los Mártires junto á la orilla del mar. Dióles sepultura en la iglesia, donde permanecieron hasta el siglo XVI, en que fueron hallados y elevados de la tierra con grande solemnidad cási mil y cien años después de su glorioso martirio, y honró Dios con muchos milagros aquella magnífica traslacion.

SAN ATILANO, OBISPO Y CONFESOR.

En la ciudad de Tarazona, sita en el reino de Aragon, nació san Atilano, uno de los célebres alumnos del Órden de san Benito, y uno de los mas santos y celosos obispos que han brillado en la Iglesia de España. Sus padres, distinguidísimos ciudadanos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, le recibieron como fruto de las fervorosas oraciones que por muchos años habian ofrecido al cielo, para que les favoreciese con sucesion. En esta atencion se dedicaron con el mayor esmero á imprimir en el niño desde su tierna edad todas aquellas ideas que pudieran contribuir al cumplimiento de la promesa que hizo su madre, luego que se sintió embarazada,

de consagrar á Dios el hijo que se dignase concederla. Pero como Atilano era de una índole amable, de una docilidad singular y de una inclinacion como nacida para la virtud, costóles poco trabajo su educacion; dejándose ver en su juventud adornado con todas aquellas prendas de naturaleza y gracia que le hicieron uno de los jóvenes mas cabales de su tiempo.

Aplicado á la carrera de las letras, como se hallaba dotado de un excelente ingenio, hizo maravillosos progresos en las ciencias, y nada inferiores en la virtud; de suerte que en breve tiempo fue mas sabio que lo que correspondia á sus años, y con exceso mas santo y virtuoso. Como á los conocimientos de la verdadera sabiduría es consiguiente el desengaño de los caducos bienes de la tierra, despreciando Atilano todas las esperanzas que el mundo prometia á su noble nacimiento y recomendables prendas, cerrando los oidos enteramente á los engañosos halagos de la carne y sangre, solo pensó en buscar seguro asilo á su inocencia, retirado de los peligros del siglo; para lo cual vistió el hábito del Órden Benedictino en un monasterio cerca de Tarazona, del que restan algunos vestigios donde existe la iglesia que conserva el nombre de San Benito.

Permaneció algun tiempo en aquel monasterio, acreditando con su fervor, con su observancia regular, con su eminente virtud y con su admirable ejemplo la verdad de su vocacion, hasta que habiendo oido la fama pública de santidad de san Froylan, determinó buscar á tan excelente maestro. Obtenida la licencia de su abad, corriente en aquellas edades en los monjes que apetecian seguir la vida anacoreta, pasó al monte Corros, donde supo que el Santo se habia retirado huyendo de la multitud de gentes que le estorbaban su apetecido reposo, y le suplicó humildemente que le admitiese por su discípulo. Conseguida esta gracia, vivió en la compañía de aquel héroe solitario, imitándole en los santos ejercicios de oracion, contemplacion y asombrosas penitencias. Fundó Froylan el célebre monasterio de Murerola, donde congregó doscientos monjes bajo la regla de san Benito, alentándoles con su ejemplo á dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que eran llamados; y como conocia el fervor y la virtud de Atilano, le nombró por prior de aquella numerosa comunidad, en cuyo empleo acreditó con pruebas prácticas su consumada prudencia, su piedad y su extremada caridad para con todos los religiosos.

Vacó por entonces la cátedra episcopal de la iglesia de Zamora, y como la fama de santidad con que brillaba Atilano era tan pública

y notoria, por igual aclamacion que fue promovido á la silla de Leon su maestro, se hizo la eleccion en el discípulo, muy distante de apetecer honoríficos empleos. En vano rogó y lloró para que le exonerasen de aquella insoportable carga, pues convencidos todos de que solo su actividad y su celo podria reparar las pérdidas que habia padecido aquella iglesia en la irrupcion de los árabes, insistieron en la eleccion, en términos, que le fue preciso sujetarse á la voluntad de Dios, bien conocida en tan visibles pruebas.

Pasó Atilano á Zamora á ejercer las funciones de su ministerio, y las primeras atenciones de su vigilancia pastoral se dirigieron á la reedificacion de los templos destruidos por los sarracenos, al restablecimiento de la disciplina eclesiástica y á la reforma de las costumbres de su pueblo, debiéndose á su celo siempre activo y siempre infatigable, el que su diócesi, poco antes poseida de una sensible relajacion, mudase de semblante. Por el discurso de diez años padeció innumerables trabajos en la reparacion de los estragos que ocasionaron los bárbaros en su iglesia; pero la conducta admirable que observó el santo Pastor en todas sus empresas, facilitó la obediencia á sus prudentes y sabias exhortaciones. La dignidad no causó en él otra novedad que la de aumentar su fervor, sin que se dispensase por mas tareas de los ejercicios religiosos que practicaba en el monasterio, portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de los corazones de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y le veneraban como á santo, correspondiendo el rendimiento á sus órdenes y al celoso espíritu con que las dispensaba.

Luego que conoció que su rebaño estaba instruido suficientemente, acordándose de algunos defectos de su juventud, determinó satisfacerlos por medio de la peregrinacion, género de penitencia adoptada en aquellos siglos. Hízolo presente al pueblo para que no tuviesen por sospechosa su ausencia. Clamaron todos con el mayor dolor sobre que no les dejase, pues no tenian otro padre, otro maestro, ni otro prelado que consolase sus aflicciones, ni ocurriese á sus miserias; pero constante el Santo en su resolucion, templó la pena de su pueblo con que volveria dentro de breve tiempo, mandando en el interin que se distribuyesen en socorro de los pobres todas las rentas episcopales. Emprendió su marcha inmediatamente, y al salir de la ciudad, llegando al puente contiguo al templo de San Lorenzo, arrojó al rio el anillo episcopal, diciendo: *Cuando te volviere á ver, estaré cierto del perdon de todos mis pecados.* Siguió su peregrinacion

en hábito de pobre, pidiendo limosna de puerta en puerta: visitó los Santos Lugares que se veneran en la cristiandad, y habiendo pasado dos años en este penosísimo ejercicio, padeciendo innumerables trabajos, oyó una voz celestial que le previno volviese á su obispado, pues Dios habia oido sus ruegos. Obedeció Atilano inmediatamente, y llegando á Zamora al tiempo de oscurecer, fatigado del cansancio, se detuvo aquella noche en la ermita de San Vicente. Pasaron los ermitaños á la mañana siguiente por las espórtulas, ó porciones elemosinarias acostumbradas, y representando al limosnero que tenian en la ermita á un pobre huésped, le dió un pez grande para los tres. Diéronle á Atilano para que le destripase, mientras disponian lo necesario para condimentarlo; y cuando el Santo se ocupaba en aquella operacion, halló en el vientre del pez el anillo episcopal que habia arrojado al rio al tiempo que salió de Zamora. Entonces puesto de rodillas, levantando las manos al cielo, dió al Señor gracias, diciendo: *Bendito sea el Señor Dios de Israel, que visitó é hizo la redencion de su siervo; engrandezcan todos los que te conocen, Señor, tus misericordias, porque las derramas con tiempo oportuno, y ensalzas á tus siervos: ¡cuándo yo, Señor, merecí verlas, y cuándo conseguir tus divinos auxilios en medio de mi tribulacion! Bendito seas eternamente, porque tú solo obras semejantes maravillas, y glorificas á los que te temen. ¡Quién soy yo, siendo un humilde hombrezuelo, para merecer las misericordias que hoy me dispensa tu diestra!*

Se dice que en seguida de este memorable suceso se tocaron por sí las campanas de Zamora, de lo que admirados los ciudadanos, llenos de confusion, ignorando el motivo, se acordó el limosnero del huésped para quien dió el pez á los ermitaños. Concurrieron todos á la ermita de San Vicente, y les salió al encuentro el Santo ya vestido de pontifical milagrosamente. No es posible explicar el gozo que concibieron los de Zamora á la vista de su amado Pastor; llevaronle á la ciudad con toda magnificencia, y vivió después siete ú ocho años, dispensando todos los deberes de su ministerio con el celo, con la caridad y con el fervor propio de un verdadero sucesor de los Apóstoles. Quiso el Señor premiar sus merecimientos, y le llevó para sí en el dia 5 de octubre, á principios del siglo X, á los setenta años de su edad, y diez y nueve de obispo. Dieron sepultura á su venerable cuerpo con un epitafio expresivo de sus admirables hechos, y habiendo Dios esclarecido su sepulcro por los muchos milagros que obró en favor de los que concurrian á visitarle, elevaron sus reliquias sobre el altar mayor de la iglesia de San Pedro, que entonces servia de

catedral, donde con las de san Ildefonso, arzobispo de Toledo, se le tributan el honor y culto correspondiente.

La Misa es en honor de san Froylan, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Froylanum monastici instituti propagandi studio decorasti, et ex eremo ad episcopale munus coelesti indicio vocatum miraculis clarum effecisti: concede propitius, ut cujus patrocinio gloriamur, ejus instruamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que condecoraste al bienaventurado Froylan con el estudio de propagar el instituto monástico; y llamándole del desierto para el cargo episcopal por medio de señas celestiales, lo hiciste esclarecido en milagros: concede propicio á los que se glorian de su patrocinio, que seamos instruidos por sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico, pág. 45.*

REFLEXIONES.

Ves aquí un gran sacerdote. Ni los grandes títulos, ni las gruesas rentas forman los grandes prelados; pues los ministros de Jesucristo tienen orígen mas noble, cual es que agradó á Dios mientras vivió, y ninguno observó con mayor exactitud la ley del Altísimo. Esta es la basa y el cimiento de la verdadera grandeza, agradar á Dios, y observar con la mas exacta fidelidad los preceptos del Señor. Esta es la única nobleza que pasa en la otra vida. Ostentoso aparato de títulos y de grandes nombres, puestos elevados, dignidades eminentes, brillais, no hay duda; pero ¿cómo? como relámpagos fugitivos que apenas nacen cuando desaparecen. Todo se entierra con nosotros menos la santidad. Las mas bellas prendas del cuerpo y del alma sin virtud son nombres vacíos: las que solo se fundan en fortuna ruidosa y en rentas crecidas, son poco respetables, y aun muchas veces sirven para hacer mas visible la pobreza de la persona. Sola la virtud vale mas que todos los títulos, y ¿qué son todos los títulos sin virtud? ¡Cosa extraña! hacemos grandes gastos por meter un poco de ruido: ¿hubo jamás gloria mas vana, ni estruendo mas superficial, ni grandeza mas pequeña? Cuando llega el caso de disponer alguna oracion fúnebre, entonces se calla ó disimula, ó se disfraza con arte todo aquello que mas lisonjeó, ó que mas ocupó el corazon de los grandes. Pero no sucede así cuando se trata en iguales casos de elogiar las virtudes de los Santos; pues apenas se encuentran expresiones bastantes para manifestar su heroismo, y para excitar á los mortales á su imitacion, bajo el seguro de no hallarse mérito mas digno que alabar. ¡Ah Señor,

y qué copioso material de elogios no brota la santidad de los que supieron agradaros con la observancia de vuestra divina Ley!

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 17.*

MEDITACION.

De la ciencia de los Santos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la verdadera ciencia consiste en hacerse santo; cualesquiera otra sabiduría ó habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron fueron sabios de perspectiva. Celebre en buen hora el mundo sus ideas, sus pensamientos, y muchas veces sus aéreas locuciones; pero desengáñate, que la ciencia verdadera no es otra que la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio, cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras, y toda la vida se pasa en edificar sobre arena movediza, que al menor movimiento se reduce á nada lo fabricado.

¿Será sabiduría el trabajar para otros? Y un cuarto de hora después de la muerte ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será prudencia tener las lámparas encendidas sin advertir que se va acabando el aceite? Y ¿será tiempo de hacer la prevencion, cuando se está de partida para la eternidad?

¿Será verdadera ciencia abandonar el único negocio para el cual estamos en este mundo, y solo afanarse cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios. ¡Qué gran locura! pensar en todo, tomar justas medidas para todo, excepto para la salvacion. El infierno está lleno de estos sabios de perspectiva. ¡Ah Señor! ¿y no aumentaria yo el número de ellos, si Vos no me hubiérais conservado la vida hasta hoy? Pero ¿qué no mereceré si desde luego me hago sabio verdaderamente?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es mucha necedad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal; la que sabemos que nada tiene de permanente, nada

de sólido, y apenas se deja ver cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una suerte eterna. ¡Cosa extraña! aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Hay algunas almas insensibles y perezosas que nunca miran mas que á una parte de la Ley, aunque no ignoran del todo la religion de Jesucristo. Siempre se sienten con algunos deseos de romper aquel lazo, de domar aquella pasion, de ser mas regulares y devotas; pero siempre pasan el tiempo ocupadas en vanos proyectos de conversion. Cuando venga el esposo y llame á la puerta, todos despiertan, así el fervoroso como el perezoso; pero dichoso aquel que tiene hecha con tiempo su prevencion. Mas ¿será tiempo de hacerla cuando ya es preciso presentarse delante del Juez? Y ¿no es locura esperar ser prudente y ser sabio de repente, el que toda su vida dió pruebas de una insigne necedad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proporcionar los medios para conseguir sus fines, aun cuando los que se proponen los conduzcan á su perdicion. Y ¿será posible que solo en materia de la salvacion eterna sean necios y estúpidos?

¡Ah qué prudente fue san Froylan! cuando retirándose de los peligros del mundo, solo atendió el importantísimo negocio de su salvacion, y persuadido de las eternas verdades de nuestra Religion, juzgó que no debia tomar otro partido; en lo que sin duda fue sabio y prudente segun Dios.

Señor, aunque estoy persuadido y convencido de lo que debo hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia: yo os la pido, dulce Jesus mio, resuelto á dar principio desde luego al estudio de la verdadera sabiduría, que consiste en trabajar eficazmente en el negocio de mi eterna salvacion.

Jaculatorias. — Dadme, Señor, aquella verdadera sabiduría que desciende de Vos; aquella que os hace perpetua compañía en vuestro trono. (*Sap.* IX).

Toda la sabiduría consiste en temer y servir á Dios. (*Eccli.* I).

PROPÓSITOS.

1 Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría, la que te convencerá plenamente, que solo son verdaderos sabios los que saben salvarse. Por este principio te has de gobernar siempre; y así cuando hayas de emprender algun negocio, y hayas de parecer hombre pru-

dente en el mundo, pregúntate á tí mismo: bien, ¿qué parte tiene esto en mi salvacion?

2 El hombre prudente siempre toma medidas para llegar al fin. Pero guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta importancia. Huye con horror de todos los libros sospechosos, haciendo un firme propósito de no leer jamás un libro condenado. Advierte que es insolencia, es impiedad no rendirse á la órden del legítimo superior que lo reprueba. Aunque tengas licencia para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana, ni mas santa; librarásle del pecado y del contagio, pero no del peligro; cosa extraña; á la menor sospecha de peste ó de contagio quedan desiertas las ciudades, y aunque se sabe el contagio de los libros prohibidos, pocos huyen de ellos. Retírate, pues, no solo de semejantes libros, sino es de toda persona sospechosa en la doctrina; pues sobre perjudicarnos, no son medios para adquirir la verdadera sabiduría, que se interesa nada menos que en nuestra salvacion.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

San Bruno, confesor, fundador de la Órden de los Cartujos, en la Calabria. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Sagar, obispo y mártir, en Laodicea; otro de los antiguos discípulos del apóstol san Pablo.

El martirio de los santos mártires Marcelo, Casto, Emilio y Saturnino, en Capua *(donde se conservan sus reliquias).*

El martirio de santa Fe, vírgen y mártir, en Agea *(ó Agen)*, en la Galia; con cuyo ejemplo animado al martirio san Caprasio, tuvo glorioso fin en medio de los tormentos. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Santa Erotis, mártir, item; la cual encendida en el amor de Jesucristo, venció las llamas de la hoguera en que la arrojaron.

La conmemoracion de una multitud casi innumerable de Mártires, en Tréveris; los cuales en la persecucion de Diocleciano, por sentencia del prefecto Riccio Varo fueron martirizados por la fe de Cristo con diversos géneros de muertes. *(Entre estos cuéntase una compañía de la legion Tebea que se hallaba en Tréveris al mando de* san Tirso, *otro de los capitanes subalternos de san Mauricio, la cual por órden del mismo Riccio Varo fue cercada en el sitio donde estaba alojada, y pasada toda á cuchillo, sin que uno escapase. De las diez cabezas y trece huesos de estos benditos caballeros de Cristo, que en tiempo de Gregorio XIII fueron llevadas á Milan, vinieron tres cabezas y tres canillas á la capilla de Nuestra Señora del Palau de la ciudad de Barcelona).*

San Roman, obispo y mártir, en Auxerre.

San Magno, obispo, en Oderzo, cuyo cuerpo se conserva en Venecia.

SAN BRUNO, CONFESOR.

San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, gloria de su siglo, admiracion del mundo cristiano, y fundador de una de las mas ilustres y mas santas religiones de la Iglesia de Dios, nació en Colonia por los años de 1051. Era su familia de las mas antiguas y de las mas nobles del país; y sus padres mas distinguidos por su ejemplar virtud que por sus grandes riquezas y por el esplendor de su sangre. Merecióles Bruno su particular cariño por su bello natural, por su entendimiento claro, vivo y despejado, por una memoria feliz y por su gran docilidad, acompañado todo de una inclinacion á todo lo bueno, poco ordinaria en los niños de su edad, prendas todas que le hacian mas amable, y que empeñaron á sus padres en aplicarse con mayor especialidad al cuidado de su educacion. Esto costó poco, y sus bellos talentos naturales, ayudados de las particulares gracias con que el cielo le previno, ahorraron mucho trabajo á los maestros. Asegura el autor mas antiguo de la historia de su vida, que nunca se notó cosa que oliese á puerilidad en sus costumbres. Observábasele siempre muy ajeno y muy superior á las niñeces de su edad; y su virtud, junta con la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, la que dejó después como en herencia á sus hijos, preservó su inocencia en todos los peligros.

Añadiéndose á su extraordinario juicio y madurez una excelente capacidad, hizo maravillosos progresos en las ciencias. Sobresalió mucho en las letras humanas; pero mucho mas en la sagrada teología y en el estudio de los santos Padres: de manera, que constantemente era reputado por uno de los mas hábiles doctores de su tiempo. Enviáronle á Paris para que se perfeccionase en aquella universidad: graduóse en ella; y aunque todavía muy jóven, enseñó con aplauso la filosofía. Extendida con admiracion la fama de la santidad y de la sabiduría de Bruno, san Annon, arzobispo de Colonia, no quiso que su iglesia estuviese privada por mas tiempo de un sugeto que tanto la podia ilustrar. Llamóle, y proveyó en él un canonicato de la iglesia de San Cuniberto de Colonia. Confirióle los primeros Órdenes sagrados; pero creciendo cada dia su reputacion, luego que murió san Annon, la iglesia de Reims le eligió por su magistral, y poco después fue nombrado canciller y rector de las escuelas públicas.

Era an Bruno el ejemplo y la admiracion de todo el clero: edificaba á toda la ciudad con la pureza de sus costumbres, cuando por vias simoníacas se introdujo Manasés en la silla arzobispal de Reims,

procurando mantenerse en ella por todo género de violencias y de disoluciones. Parecióle á nuestro Santo que no debia disimular el dolor que le causaba aquel escándalo. Por otra parte, su vida ejemplar era una silenciosa pero penetrantísima censura de la licenciosa y desordenada que traia aquel pastor mercenario, lo que le puso de tan mal humor contra san Bruno, que le trató muy mal, é hizo todo cuanto pudo para perderle. Pero habiendo sido ignominiosamente arrojado de la silla arzobispal el indigno prelado, después de excomulgado por el legado del Papa, convinieron todos en que fuese sucesor el santo Magistral, que noticioso de esto se sobresaltó mucho. Escapóse secretamente, y supo esconderse tan bien, que fue preciso proceder á la eleccion de otro, la que recayó en Raynaldo de Bellay, tesorero de la santa iglesia de Tours. Algunos historiadores modernos quieren decir, que estas inquietudes de la iglesia de Reims, añadidas al tedio que causaban á nuestro Santo todas las vanidades del mundo, fueron el motivo principal de la resolucion que tomó de retirarse á un espantoso desierto para entregarse únicamente al importante negocio de su salvacion. Pero se hace poco verisímil que una causa tan ligera produjese un efecto tan ruidoso, ni que una vida tan inocente y tan arreglada se condenase por tan leve motivo á tan espantosa penitencia. Parece que una resolucion tan generosa y tan repentina habia de tener principio de mas estruendo.

Es tradicion en la sagrada religion de los Cartujos, tan antigua como ella misma, autorizada por el testimonio del célebre Juan Gerson, cancelario de la universidad de Paris, por el de san Antonino, y por el de todos los hombres grandes que ha habido en la Cartuja, que la verdadera causa de la repentina resolucion que tomó nuestro Santo de ir á esconderse, ó á enterrarse vivo en un horroroso desierto, y de hacer en él la mas austera y la mas penitente vida, fue uno de los sucesos mas extraños y mas temerosos que acaecieron jamás en el mundo.

El autor mas antiguo de la vida de nuestro Santo, que la escribió el año de 1150, es decir, cuarenta y nueve años no mas después de su muerte, y que hace una exacta menuda relacion de todo lo sucedido desde los primeros pasos de la Órden; cierto santo monje de la Cartuja de Merya, que vivia por los años 1270; Guillermo de Erbura, que escribió en el de 1313; el autor de la Crónica de los priores de la Cartuja, que floreció en el de 1383; Enrique de Kalkar, que en el año de 1398 compuso un tratado del orígen de esta ilustre Religion; en fin, el célebre Dionisio Cartusiano, que murió el año

de 1471; y Surio, de la misma sagrada Órden; todos estos hombres, que no eran ni simples, ni crédulos, ni visionarios, hacen opinion mucho mas probable que aquellos críticos del siglo XVII, que fueron los primeros en levantar el grito y dar por apócrifa esta venerable tradicion. El modo con que refieren todos estos antiguos historiadores el terrible suceso de que se valió Dios para mover á san Bruno á que se fuese á sepultar vivo en una horrorosa soledad es el siguiente:

Hallábase nuestro Santo en Paris, cuando murió, recibidos todos los Sacramentos, un famoso doctor de aquella universidad, hombre, al parecer de todos, de una suma bondad, generalmente reputado por muy virtuoso; y llevado á la iglesia para darle sepultura, cuando se le estaba cantando el oficio de difuntos de cuerpo presente, al llegar á la cuarta leccion, que comienza: *Responde mihi*, el cadáver levantó la cabeza en el féretro, y con voz lastimosa exclamó: *Por justo juicio de Dios soy acusado;* dicho esto, volvió á reclinar la cabeza como antes. Apoderóse de todos los asistentes un general terror, y se determinó dilatar para el dia siguiente los funerales. Este dia fue mucho mayor el concurso: volvióse á entonar el oficio, y al llegar á las mismas palabras, vuelve el cadáver á levantar la cabeza, y á exclamar con voz mas esforzada y mas lastimera: *Por justo juicio de Dios soy juzgado.* Duplicóse en todos los concurrentes el espanto; y se resolvió diferir la sepultura para el tercer dia. En él fue inmenso el concurso: dióse principio al oficio, como los dias precedentes, y cuando se cantaron las mismas palabras, levanta el difunto la cabeza, y con voz verdaderamente horrible y espantosa exclamó: *No tengo necesidad de oraciones; por justo juicio de Dios soy condenado al fuego sempiterno.* Ya se deja discurrir la impresion que haria en los ánimos de todos un suceso tan funesto. Hallóse presente Bruno á este triste espectáculo, y se le grabó tan profundamente, que retirándose todo estremecido y todo horrorizado, determinó dejar cuanto tenia, y enterrarse en algun horroroso desierto para pasar en él toda la vida, entregado únicamente á ejercicios de rigor, de mortificacion y de penitencia. Parecia necesario un suceso tan trágico para una resolucion tan generosa. Estando en estos pensamientos, le entraron á ver seis amigos suyos; y apenas tomaron asiento cuando con las lágrimas en los ojos les dijo: *Amigos, ¿en qué pensamos? Condenóse un hombre, que á juicio de todos hizo siempre una vida tan cristiana; pues ¿quien podrá fiarse ya con seguridad del testimonio que le dé su equivocada conciencia? ¡Oh qué terribles son los altos juicios de Dios! El difunto ya*

no habló para sí; á nosotros se dirigió el grito de aquel espantoso milagro. Por lo que á mí toca, ya he tomado mi partido; resuelto estoy á abandonarlo todo para siempre: beneficios, empleos, rentas, todo se acabó ya para mí; voy á enterrarme vivo en el desierto mas horroroso que encuentre, y allí voy á pasar la vida en amargura, en soledad y en penitencia. Movidos todos aquellos amigos, ya de lo que habian visto, ya de lo que le acababan de oir, protestaron que todos estaban en el mismo pensamiento y en la misma resolucion, prontos todos á seguirle. Llamábanse estos Landuino, que después de san Bruno fue el primer prior de la gran Cartuja; Esteban de Bourg y Esteban de Dié, ambos canónigos de San Rufo en Valencia del Delfinado; un sacerdote, por nombre Hugo, y dos láicos, que se llamaban Andrés y Guerino. Comenzaron á discurrir sobre el desierto á donde se retirarian, y los dos canónigos de San Rufo dijeron, que en su país habia un santo obispo, cuyo obispado tenia muchos bosques, muchos peñascos inaccesibles, y muchos sitios inhabitables, y que no dudaban de su celo y de su gran bondad que favoreceria sus intentos si recurrian á él. Era este santo prelado san Hugo, obispo de Grenoble, célebre por su santidad, y uno de los mayores prelados de su siglo. Aplaudieron todos este parecer.

Hecha por san Bruno la dimision de su prebenda y la renuncia de todo, tomó el camino del Delfinado con sus seis compañeros, y se echó á los piés del santo obispo de Grenoble, pidiéndole se sirviese conceder á todos siete un sitio solitario donde poder retirarse. Acordóse entonces san Hugo de un sueño que habia tenido la noche antecedente, en que le pareció veia al mismo Dios que se estaba fabricando á sí propio un templo en un desierto de su obispado, que se llamaba la Cartuja, y que siete estrellas, elevadas de la tierra en forma de círculo, iban delante del mismo Obispo como para mostrarle el camino. Mandóles sentar á todos, y habiéndoles preguntado el asunto de su viaje, tomó la palabra san Bruno, dice Surio, y después de referirle el prodigioso suceso de Paris, le suplicó fuese servido señalarles algun desierto donde pasasen la vida haciendo penitencia, y retirados de todo humano comercio. Luego que Hugo entendió su relacion, les refirió, les explicó y les aplicó la vision que habia tenido, no dudando que aquellos siete forasteros estaban significados en las siete estrellas misteriosas. Abrazólos con ternura, alabó sus generosos intentos, ofrecióles el desierto de la Cartuja, y se lo pintó de esta manera: *Si buscais un sitio inaccesible á los hombres, no hallareis otro que menos haya pisado humana planta; pero advertid que es una silen-*

ciosa soledad, cuya vista sola estremece y horroriza; es un conjunto de peñas escarpadas cuyas puntas suben hasta esconderse en las nubes: cúbrenle todo el invierno las nieves, y oscurécenle las nieblas, siendo el frio por una parte insufrible, y por otra interminable; en una palabra, es un lugar que hasta ahora solo le han poblado las fieras. Viendo que esta pintura léjos de acobardarlos encendia mas su fervor, añadió: *Conozco claramente que Dios os destina para esta horrorosa soledad; el mismo Señor sabrá manteneros en ella.* Detúvolos algunos dias en su palacio para que se recobrasen de las fatigas del camino; y después el mismo Prelado los acompañó hasta ponerlos en posesion del sitio que les señalaba. No contento con cederles todo el derecho que á él pertenecia, se ofreció á indemnizar al señor de las pretensiones que podia tener, aunque no fuese mas que para el ejercicio de la caza, todo con el fin de que ninguna cosa pudiese turbar ni inquietar su soledad. Lo primero que hicieron Bruno y sus compañeros fue fabricar un oratorio ó capilla en honor de la santísima Vírgen, con unas celdillas á moderada distancia unas de otras, en un terreno que se extiende un poco entre tres grandes peñascos, á cuyo pié brota una pequeña fuente, que hasta el dia de hoy se llama fuente de San Bruno, todo cerca de la capilla, que desde entonces se intituló Santa María de las Chozas: *Sancta Maria de Cassallibus.* Comenzaron estos ángeles en carne humana á habitar aquel desierto, y á hacer en él la vida mas austera y mas penitente que se habia visto en la Iglesia por aquellos dias inmediatos á la festividad de san Juan Bautista del año 1084.

Tal fue la célebre época, ó el nacimiento de la admirable religion de los Cartujos; porcion tan distinguida y tan estimada en el rebaño del Señor, seminario de Santos, gloria de la Religion, y uno de los baluartes mas firmes del Cristianismo. De aquella venerable Religion, que puede contar tantos predestinados como individuos; y que después de cási setecientos años conserva el vigor y el espíritu de su primitivo Instituto, sin haber aflojado ni sufrido nunca la mas mínima relajacion, ni en la exactísima observancia de sus antiguas costumbres, ni en la constante severidad de su rigorosa penitencia: de aquella Religion verdaderamente ilustre por la multitud de Santos, Obispos, Arzobispos, Patriarcas y Cardenales como ha dado al mundo cristiano, y por el número mucho mayor de los que constantemente se resistieron á los honores de la púrpura, y aun á la dignidad suprema de la Iglesia: de aquella Religion, en fin, que aventajándose en la soledad, en la abstinencia, en la multiplicidad de las oracio-

nes, en la continuacion de los ayunos, en el silencio y en las penitencias á los mas antiguos solitarios del Oriente, une y junta dentro de su seno toda la perfeccion evangélica, y por el ejercicio de todas las virtudes, ella sola es el elogio mas magnífico de la religion de Jesucristo.

Por la santidad y por la exacta observancia de los Cartujos de nuestros tiempos se puede fácilmente inferir cuánta seria la santidad y cuál seria la vida de aquellos primeros padres. Su rigoroso ayuno era continuo, y su perpetuo silencio solo se interrumpia para cantar en el coro las alabanzas del Señor. Fuera de la indispensable abstinencia de carne, aun en las mas graves y peligrosas enfermedades; además de la perpetua clausura y del cilicio que jamás se desnudaban, siendo este uno de los puntos esenciales de la Regla, estaban expuestos á todas las inclemencias del tiempo en aquellas reducidas chozas. Todos eligieron por superior suyo á san Bruno, y san Hugo le nombró por tal á pesar de su resistencia, siéndolo en la realidad por su raro mérito y por su eminente virtud. Era el mas humilde, el mas pobre, el mas mortificado, el mas observante, y no parecia posible modelo mas cabal de la vida monástica. Pero aquel mismo santo obispo de Grenoble, que al principio adoptó por hijo suyo á san Bruno, admirado después de su sabiduría y de su santidad, le tomó por su director y maestro de la vida espiritual; tanto que sin acobardarle la aspereza del camino, hacia tan frecuentes viajes á la Cartuja para pasar en ella algunos dias siguiendo la vida de los monjes bajo la direccion de san Bruno, que algunos creyeron habia tomado el hábito, haciéndose en todo su discípulo.

Pero cuando mas contentos estaban aquellos santos solitarios, disfrutando el consuelo y la dulzura del gobierno de san Bruno, tomando su vida por modelo de la suya, se vieron muy á pique de perderle para siempre. Habíale conocido y tratado mucho en Reims el papa Urbano II; y resuelto á valerse de su capacidad y de sus consejos para el gobierno de la Iglesia, le expidió un Breve, mandándole pasase luego á Roma, cuando apenas habia seis años que con su pequeña tropa estaba retirado en la Cartuja. Fue indecible la afliccion de todos sus hijos cuando se consideraron en la triste necesidad de separarse de su amado padre; y no hallaron consuelo sino en la resolucion que tomaron todos de seguirle y de acompañarle. Mantuviéronse firmes en ella, por mas que hizo nuestro Santo para persuadirles á que no abandonasen aquella soledad, empeñándoles su palabra de que muy presto daria la vuelta. No los pudo reducir, respondién-

dole todos, que como estuviesen en su compañía, siempre serian solitarios, y con efecto le siguieron.

Encargó san Bruno el cuidado de su ermita á Seguin, abad de Casa-Dios; y recibida la bendicion de san Hugo, partió á Roma con seis compañeros. Fue recibido del Papa con todos los testimonios y demostraciones de estimacion y de afecto que se pueden imaginar. Detúvole cerca de su persona, y le hizo de su consejo eclesiástico para consultarle en los negocios de conciencia y de Religion. Á sus compañeros se les dió una casa en la ciudad, donde procuraban vivir retirados, y practicar sus ejercicios monásticos como en la soledad de la Cartuja; pero presto experimentaron que no hallaban aquella facilidad para la meditacion, para el coro, para la oracion y para el recogimiento que se habian prometido, y que el ruido y bulla de la calle turbaba mucho aquel amable silencio que solo podian encontrar entre las rocas, y aquel dulce sosiego que habian perdido por culpa suya. Poca dificultad tuvo san Bruno en persuadirles que se volviesen á su amada soledad. Nombró por prior en su lugar á Landuino; y recibida la bendicion del Papa, con un Breve dirigido á san Hugo para que los volviese á poner en posesion de su desierto, se restituyeron á la Cartuja.

Pero luego que volvieron á los ejercicios de su primitivo fervor, faltó poco para que del todo los perdiese una violenta tentacion. Sobresaltado el demonio á vista de aquellos primeros principios, les metió en la cabeza que era tentar á Dios empeñarse en una vida tan rigurosa y tan superior á las fuerzas de la naturaleza. Conferenciando un dia sobre este punto, se les apareció un venerable anciano, y les dijo que no tenian razon para desconfiar de la asistencia del cielo, y que la santísima Vírgen los tomaria á todos debajo de su especial proteccion, con tal que todos fuesen muy exactos en rezar cada dia las siete horas canónicas de su Oficio parvo. Dicho esto, desapareció el santo viejo, que todos conocieron era el apóstol san Pedro; y consagrándose todos á la santísima Madre de Dios, pusieron toda la Órden debajo de su proteccion, renovaron el propósito de no abandonar el desierto, de no admitir la mas mínima moderacion en la severidad de su instituto, y al instante se disipó aquella tentacion. De aquí tuvo principio la ley de los Cartujos de rezar todos los dias cada uno en particular el Oficio parvo de la Vírgen.

Mientras tanto, no pudiendo san Bruno obtener licencia del Papa para volverse á la dulce compañía de sus queridos hijos, los instruia y los esforzaba continuamente por medio de sus cartas. Pero haciéndo-

dosele cada dia mas dura y mas tediosa la estancia en la corte de Roma, y suspirando incesantemente por su amada soledad, hubiera, en fin, conseguido á fuerza de reiteradas instancias el permiso que solicitaba, si á este tiempo no hubiesen llegado á Roma los diputados de Regio en Calabria con la pretension de que se les diese á Bruno por arzobispo. Gozosísimo el Papa de ilustrar la Iglesia de Dios con tal Prelado, se le concedió al instante; pero Bruno le importunó tanto con sus ruegos y con sus lágrimas, que al cabo Su Santidad cedió, y le dió licencia para que se volviese á su desierto. No obstante este permiso, y el habérsele admitido la renuncia del arzobispado, entró en nuevas dudas sobre si le convendria ó no le convendria retirarse á su antigua soledad. Estaba el Papa para partir á Francia, y recelaba que hallándose en el reino la corte pontificia, le empeñasen en nuevas ocupaciones y negocios; por lo que, teniendo noticia de que habia en el centro de la Calabria un desierto aun mucho mas horroroso que el de la Cartuja, resolvió no pensar ya mas en esta, y desterrarse para siempre de su país. Retiróse, pues, con algunos discípulos que habia juntado al desierto de la Torre, en el obispado de Squilache, donde añadiendo todavía nuevos grados á su primer fervor, se entregó totalmente á la contemplacion y á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Con todo eso no pudo olvidar en Calabria ni á sus amados discípulos de la Cartuja, ni á sus antiguos amigos de la iglesia de Reims. Así, pues, escribió una carta muy eficaz y muy viva á Ralpho el Verde, preboste de aquella santa iglesia, trayéndole á la memoria la promesa que en otro tiempo ambos habian hecho á Dios de renunciar el siglo para siempre, y le exhorta poderosamente á cumplir con la obligacion de este voto. Es cierto que el Santo no hace mencion del espantoso prodigio que dió ocasion á su retiro; pero se cree que esto nació de cierta delicadeza de conciencia, por no herir el honor ni renovar la llaga en los parientes de aquel infeliz doctor.

Cuanto mas cuidado ponia san Bruno en ocultarse, mas se complacia la divina Providencia en darle á conocer al mundo. Saliendo un dia á cazar en el bosque de Squilache, Rogerio, conde de Sicilia y de Calabria, quedó extraña pero gustosamente sorprendido viendo capilla, celdas y solitarios en aquel desierto. Trabó conversacion con san Bruno; y habiéndose informado de su manera de vida, quedó tan prendado, y formó tan alto concepto de la virtud y del extraordinario mérito de nuestro Santo, que en señal de lo mucho que le veneraba, hizo dar mayor extension á su ermita; asignóle una posesion

que estaba cercana á ella, juntamente con el monasterio de San Juan, todo para su manutencion, y mandó edificar una iglesia, que san Bruno dedicó al instante á la santísima Vírgen, su tierna y favorecida devocion. El piadoso Conde visitaba continuamente al Santo, y cada dia le manifestaba su amor y su veneracion con nuevos beneficios, de lo que tardó poco en recibir la recompensa; porque habiendo puesto sitio á la ciudad de Capua, y estando en vísperas de ser asesinado por una alevosía, se le apareció en sueños san Bruno, advirtiéndole la conjuracion que se tramaba contra su vida; pudo el Conde prevenirla, y mientras vivió conservó al Santo perpetuo y muy vivo reconocimiento.

Tenia san Bruno muy presentes á sus primeros discípulos de la Cartuja, y así les envió ciertas constituciones para que en todas partes fuese uniforme la vida de los Cartujos. Con este mismo fin Landuino, á quien el Santo habia nombrado por prior en su lugar, hizo un viaje á Calabria para conferenciar con él todas las cosas. Pero no bien se habia puesto en camino para restituirse á Francia, cuando san Bruno cayó enfermo, con cierto y claro conocimiento de que aquella enfermedad le habia de llevar á la sepultura. Entonces todo creció visiblemente en él; su fervor, su devocion, su celo, y hasta su misma penitencia. Conociendo que se acercaba su última hora, convocó á todos sus monjes, hizo en su presencia la protestacion de la fe, particularmente sobre los artículos de la santísima Trinidad, de la Encarnacion, de la muerte de Jesucristo generalmente por todos los hombres, y en fin sobre todos los Sacramentos; pero inculcándose con especialidad sobre el sacramento de la Eucaristía, explicándose sobre él mas difusamente á causa de los errores de Berengario, que tanto escándalo y tanta turbacion habian causado en los fieles. El domingo siguiente 6 de octubre, recibidos todos los Sacramentos, armado con su cilicio y un devoto Crucifijo arrimado á los labios, entregó apaciblemente su espíritu en manos de su Dios el año de 1101, aun no cumplidos los cincuenta de su edad, al décimocuarto de la fundacion de la Cartuja en el Delfinado, y al quinto después de su retiro á la Calabria.

Su cuerpo fue honoríficamente enterrado en la iglesia de Nuestra Señora, que tambien se llamaba de San Esteban, y se le dió sepultura detrás del altar mayor, haciéndola gloriosa el Señor con mucho número de milagros. Fue el primero de todos una milagrosa fuente que el mismo dia de su entierro brotó junto á su sepultura, cuyas aguas fueron saludables para todo género de enfermedades. Comu-

nicado á sus hijos el espíritu de retiro, de soledad, de silencio y de humildad que resplandeció en el santo Patriarca, se contentaron por largo tiempo con invocarle en particular, sin hacer fiesta pública á su ilustre Fundador, hasta que en el año de 1514 el papa Leon X mandó que se solemnizase públicamente su fiesta el dia 6 de octubre. Entonces los Cartujos de Calabria elevaron el santo cuerpo para exponerle á la pública veneracion. Colocáronle después debajo del altar mayor; aunque para satisfacer la devocion de los pueblos separaron su santa cabeza, y la engastaron en un preciosísimo relicario, enviando á la gran Cartuja la mandíbula inferior con dos dientes. Tambien se repartieron varias reliquias á las Cartujas de Colonia, de Nápoles, de Paris, de Friburg, de Brisgau, de Bolonia, y á algunas otras. El papa Gregorio XV mandó insertar su oficio en el Breviario romano, y Clemente X ordenó que se celebrase con rito doble.

SANTA FE, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Fe nació en Agen, ciudad de la segunda Aquitania, aunque otros la estiman natural de la provincia de Portugal. Previnola el cielo desde la cuna con sus dulces bendiciones; y añadiendo por ellas á la calificada nobleza de sus mayores el superior realce de haber sido una de aquellas ilustres vírgenes que vestida con la blanca estola de la pureza la lavó en la sangre del Cordero, servia su valerosa constancia para alentar á los fieles á que diesen testimonios públicos de su fe ante los tribunales de los gentiles. Educaron á Fe sus padres en la religion de Jesucristo, y quedando altamente impresas en su tierno corazon las piadosas máximas del Evangelio, acreditó desde luego el nombre que la impusieron en la pila bautismal. Era en el cuerpo de una rara hermosura, pero sin comparacion mayor en el alma, condecorada en el candor de la pureza y en el adorno de todas la virtudes cristianas, y así aunque se hallaba jóven cuando padeció martirio, se dejó ver como una anciana venerable en la justificacion de su conducta.

Movieron en principios del siglo IV los emperadores Diocleciano y Maximiano una de las persecuciones mas sangrientas que padeció la Iglesia bajo el dominio de los príncipes gentiles: nombraron por gobernador ó presidente de la provincia de Tarragona á Daciano, uno de los monstruos mas fieros que vomitó el infierno para azote de los inocentes fieles; cuyas enormes crueldades dejaron á la posteridad la idea mas horrible que pudo concebirse de los hombres mas bárbaros é inhumanos. Pasó esta fiera de camino por Francia para establecerse

en la capital de su departamento; y estando ya impaciente de no ejecutar cuanto antes los impíos designios de sus principales, quiso dar pruebas de su tiranía en Agen. Supo que en aquella ciudad se distinguia santa Fe entre los discípulos de Jesucristo; y como su encargo principal era extinguir si pudiese todos los profesores de la religion cristiana, resolvió proceder contra la ilustre Vírgen. Mandó á sus ministros que la trajesen á su tribunal, y presentándose la Santa llena de una extraordinaria alegría, armándose con la señal de la cruz, pidió al Señor que la diese sabios razonamientos con que convencer a aquel tirano.

Comenzó Daciano el interrogatorio acostumbrado; preguntando á la insigne Vírgen por su nombre y religion, respondió sin turbarse: *Yo me llamo Fe, y la religion que profeso es la de Jesucristo, al que sirvo desde mi infancia, y á quien confieso ahora por Dios verdadero con toda la veneracion que me es posible.* El tirano disimuló por entonces el enojo que le causó semejante respuesta; pero pareciéndole que para persuadir á una doncella de aquel ánimo tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad, la dijo: *Toma mi consejo, noble vírgen, para que puedas conservar tan extraordinaria hermosura en la mas florida juventud; deja la nueva religion de un hombre que fue crucificado por sus delitos, y sacrifica á la diosa Diana, que es la protectora de vuestro sexo; en cuyo caso yo te enriqueceré con grandes bienes.* Despreció Fe con generosidad las ofertas del tirano, y revestida de aquel valor que es propio de los héroes del cristianismo, le contestó: *Yo sé muy bien, que todos los dioses de los gentiles son demonios; y sin embargo ¿quieres que les ofrezca sacrificio?* No pudo sufrir Daciano una expresion tan injuriosa sin remontarse en un furor extraordinario, y queriendo castigar su osadía, la reconvino de esta suerte: *¿Cómo te atreves á decir que son demonios nuestros dioses? una de dos, ú ofréceles sacrificios, ó dispónte á padecer exquisitos tormentos.* No se acobardó la ilustre Vírgen con tan terrible amenaza; antes bien animada de un nuevo espíritu, segura del premio, y alentada con el ejemplo de los Mártires (cuyos gloriosos triunfos leia de continuo), le hizo entender á Daciano, que su mayor dicha consistia en dar la vida por amor de Jesucristo. Una respuesta tan generosa apuró todo el sufrimiento de Daciano, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó á los verdugos que la atormentasen; y por su mandado fue puesta sobre unas parrillas de hierro, y debajo mucha lumbre, en que echaban manteca y lardo para que levantándola con gran vehemencia, el tormento fuese mayor. Llenáronse de horror hasta los mis-

mos gentiles al ver aquel lastimoso espectáculo, y como les constaba la inocencia de la Santa, comenzaron á clamar contra la injusticia de hacer padecer en aquel modo á una ilustre vírgen de la primera nobleza, sin tener delito alguno. Y entonces tambien algunos de los presentes, cuyos nombres se ignoran, vista la constancia y paciencia de la Vírgen, y oidas sus buenas razones, dejando la idolatría creyeron y alcanzaron la palma del martirio.

Padeciendo, pues, la Santa este tormento, el bienaventurado san Caprasio, que habia huido de la persecucion del Presidente, vió desde su escondite á la Mártir, el cual levantando los ojos al cielo, rogó á Dios que diese victoria á su sierva en semejante conflicto, y postrado otra vez en el suelo pidió al Señor le mostrase la virtud del cielo. No fue frustrado el Santo de su deseo, antes bien vió bajar del cielo una paloma blanca como la nieve, que con el aire suave de sus alas apagaba la eficacia del fuego, y que vestida la insigne Vírgen con una ropa blanca tambien como la nieve, se recreaba en la cama de hierro encendido como en un baño delicioso. Con esta vision entendió san Caprasio que la gloriosa santa Fe habia de gozar luego de la celestial morada; y haciendo oracion á Nuestro Señor para que le diese perseverancia, y saliese con victoria del tirano, salió de su encerramiento con santa emulacion, de que aquella delicada doncella fuese para mas que era él siendo varon. Ofrecióse, pues, de su voluntad al tirano diciendo ser cristiano. Oido esto por el Presidente, mandóle juntamente atormentar con la doncella, y después de atormentado fue degollado con santa Fe y los bienaventurados san Primo y Feliciano. Fue su martirio tal dia como hoy por los años 303. Los gentiles dejaron los venerables cadáveres en el lugar del suplicio: los recogieron los Cristianos, y les dieron sepultura con el mayor secreto, temiendo que la impiedad de los paganos ejecutase con ellos sus acostumbradas tiranías, á fin de que en lo sucesivo no tuviesen la veneracion correspondiente. Mas luego que cesó el furor de la persecucion, Dulcidio, obispo de Agen, los trasladó á la magnífica iglesia que erigió fuera de los muros de la ciudad á honra de Nuestra Señora, llamada tambien Santa Fe, donde Dios por medio de la dicha Vírgen y de sus santos compañeros hizo milagros sin cuento. Pero pasados después centenares de años los cuerpos de los gloriosísimos mártires san Primo y san Feliciano fueron llevados al monasterio de San Pedro de Besalú, conforme se dirá, y en otros tiempos el de santa Fe fue traido al célebre monasterio de San Cucufate del Vallés, del Órden de san Benito, donde antes de las revoluciones de 1835 era te-

nido con grande veneracion, y celebraban allí su fiesta con gran solemnidad, diciendo el abad misa pontifical, y además hacian octava solemne de dicha Santa.

SAN PRIMO Y SAN FELICIANO DE AGEN, MÁRTIRES.

Los bienaventurados san Primo y san Feliciano, cuya conmemoracion celebramos hoy, fueron franceses de nacion, y naturales de Agen ciudad importante en Gascuña. Durante la cruelísima persecucion que á principios del siglo IV movieron contra los Cristianos los emperadores Diocleciano y Maximiano, vivian á la sazon los gloriosos mancebos Primo y Feliciano en la dicha ciudad de Agen, los cuales convertidos por la predicacion de san Caprasio, estaban tan encendidos en el amor de Dios, que deseaban padecer la muerte por su respeto. Con esta idea se fueron entrambos con grande audacia y ánimo delante del Presidente reprendiéndole su crueldad, y diciéndole: «Impío y cruel tirano, ¿no te afrentas de dar tantos tormentos, y tratar «tan mal á los Cristianos?» Respondióles Daciano: «Vosotros estais «engañados siendo cristianos y apartándoos del servicio de nuestros «dioses. — Nosotros no estamos engañados, le respondieron ellos, si- «no que Dios nos ha sacado del pozo del infierno, que es la idola- «tría, donde el demonio detiene las almas de los malos, y sabemos «que no hay otro Dios sino el de los Cristianos, y que vuestros dio- «ses son muertos, porque ni oyen, ni sienten.» Entonces el Presidente encendido en cólera los mandó azotar con mimbres diciéndoles: «Si no sacrificais á los dioses, que tanto habeis ofendido, yo os «haré morir con diversos tormentos. — Nosotros adoramos al Señor «que ha hecho el cielo y la tierra, le respondieron, y á tu ídolo es «por demás, que no lo adorarémos, aunque nos quites mil vidas.»

Entonces el tirano para alcanzar victoria de ellos los quiso llevar por otro camino tratándoles algunas veces con caricias y afabilidad, y otras con amenazas, pensando de esta suerte salir con su intento. Pero los invictos caballeros de Jesucristo de ninguna manera aflojaron de su santo propósito. Viendo el Presidente la constancia de los Mártires, mandó con una voz furiosa llevarles al templo de los dioses, y que si no querian sacrificar, les quitasen por ello la vida. Lleváronles al sacrificio de los ídolos, pero ellos no solo no sacrificaron, sino que repitieron en alta voz que querian mas perder la vida por el martirio que no ofender al Señor. En resolucion viendo los gentiles que los Santos no querian hacer sacrificio á sus dioses como ellos deseaban, les llevaron á la plaza, donde fueron degollados junta-

mente con su maestro san Caprasio y la bienaventurada vírgen santa Fe; y sus santas almas fueron llevadas á la bienaventuranza eterna coronadas con corona de martirio.

En la vida que precede de la gloriosa mártir santa Fe hemos dicho ya como los sagrados cuerpos de estos santos Mártires fueron recogidos por los Cristianos y sepultados escondidamente; los cuales luego que cesó el furor de la persecucion trasladó Dulcidio, obispo de Agen, á la magnífica iglesia que él habia edificado á honra de Nuestra Señora, llamada tambien Santa Fe. Pasados muchos años de esta traslacion, quiso el Señor que por los de 970, reinando en Cataluña el conde de Barcelona Borrell, fuesen trasladados los sagrados cuerpos de san Primo y Feliciano de la iglesia de la ciudad de Agen á la villa de Besalú é iglesia del monasterio de San Pedro de la Órden de san Benito, donde Dios por ellos ha hecho y hace grandes milagros, los cuales por negligencia no se han escrito. Tiénese por tradicion en la referida villa de Besalú, que cuando traian los cuerpos de estos Mártires, y llegaron á la parroquia de Moyá, teniendo los que les traian mucha sed, se durmieron con ella, y después despertando se hallaron milagrosamente á su lado con una fuente, la cual desde entonces se llama la fuente de San Primo, en memoria de cuyo milagro se edificó después una iglesia encima de esta fuente á invocacion de san Primo y Feliciano, donde cada año la tercera fiesta de Pascua se acostumbra acudir en procesion, llevando los cuerpos de dichos Santos. Son estos bienaventurados Mártires abogados contra muchas enfermedades, especialmente de la jaqueca; así es que en el dia de su fiesta se acostumbra hacer ciertas coronas de flores, las cuales la gente procura muchísimo alcanzar, por hallar en ellas notable y pronto remedio contra el dolor de cabeza. Tambien lo son contra la tempestad de piedra; y los que padecen de muelas hallan alivio tocando una que al efecto se guarda en un relicario. (*Domenech*). (Véase la nota puesta al fin de la historia de los santos Primo y Feliciano de Roma, 9 de junio).

La Misa es en honor de san Bruno, y la Oracion la siguiente:

Sancti Brunonis confessoris tui, quaesumus, Domine, intercessionibus adjuvemur; ut qui majestatem tuam graviter delinquendo offendimus, ejus meritis et precibus nostrorum delictorum veniam consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados con la intercesion de tu confesor san Bruno, para que consigamos por sus méritos y oraciones el perdon de nuestros pecados, puesto que con nuestras graves culpas hemos ofendido á vuestra Majestad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

El que así fuere probado y perfeccionado, conseguirá una gloria eterna. La tentacion sirve de prueba, y contribuye mucho para perfeccionar á una alma infiel. No se consume el oro con el fuego, se purifica y se aquilata; ni los vientos mas impetuosos hacen titubear al sol, antes disipan los parelios, y llevan el navío al puerto con mayor velocidad, como el piloto sea vigilante en observarlos, y pronto á la maniobra. *Fiel es Dios, y no permitirá que seas tentado mas de lo que tus fuerzas puedan resistir; antes bien en la misma tentacion te suministrará medios con abundancia para que la puedas vencer.* No por cierto, Señor, ni vuestra sabiduría ni vuestra bondad permiten jamás que el enemigo nos tiente sobre aquello á que puede alcanzar nuestra resistencia. Siempre proporcionais vuestros auxilios á los esfuerzos de nuestros enemigos; y nunca somos vencidos sino por nuestra cobardía. Fiel es Dios en la misma tentacion, combatiendo en ella juntamente con nosotros; fiel es Dios después de la tentacion, coronando nuestros triunfos; seámosle nosotros fieles por nuestra parte, peleando con constancia, y atribuyéndole después toda la gloria. Fiel es Dios en la tentacion; mas para experimentar seguramente su fidelidad es menester no ser temerarios. Cuando voluntariamente nos exponemos á la tentacion, nosotros mismos somos los que nos tentamos; y ¿qué maravilla es que experimentemos entonces nuestra miseria? Ya está vencido el corazon antes de entrar en el combate; ¡y después nos admirarémos de nuestras caidas! Sobre todo, la prudencia cristiana dicta que estemos mas alerta en aquellos pecados á que nos arrastra la costumbre, y á que nos lleva la inclinacion. Son unos enemigos que

aunque hayamos sacudido su yugo, todavía pueden tener alguna inteligencia secreta en el corazon. *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso*, dice el Sabio. *Orad y velad*, dice el Salvador del mundo, *para no caer en la tentacion*. Si las almas mas inocentes, si los discípulos mas fervorosos viven siempre con temor, si deben orar y velar continuamente, ¿quién asegura á los Cristianos imperfectos y tibios? Esas personas mundanas, que solo respiran alegría y diversion; esos religiosos menos observantes y poco mortificados; esas gentes divertidas y delicadas que pasan la vida en brazos de la ociosidad y del regalo, ¿estarán á cubierto de todos los peligros para que se consideren dispensadas de velar, de orar y de temer? *Quid tu sopore deprimeris?* ¿Cómo te dejas tú apoderar de esa modorra en medio de tanto peligro, y agitado de tan deshecha tempestad? No hay persona de virtud tan eminente que no deba estar temerosa de su salvacion. No hay religion tan santa, no hay lugar tan retirado, no hay desierto tan horroroso donde racionalmente pueda alguno dispensarse de estar en centinela para que no le coja de sorpresa el enemigo. ¿Hubo por ventura algun Santo que no hubiese temido el peligro aun en el ejercicio de la mas rigurosa penitencia? pues ¿en qué se funda nuestra seguridad?

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Para salvarse es necesario por lo menos el espíritu de retiro.

Punto primero. — Considera que no á todos llama Dios á la soledad: se necesita particular vocacion para vivir en un desierto. En medio de las ciudades mas populosas se vieron en todos tiempos grandes Santos; pero el espíritu de recogimiento y de retiro en todos los estados es muy necesario para la salvacion. *Vivid siempre ceñidos, con las lámparas encendidas en las manos, é imitad á aquellos criados que están esperando á su amo cuando vuelva del festin para abrirle con prontitud luego que llame á la puerta.* Apágase la lámpara con el viento de la disipacion; el que se ve en medio del tumulto quiere estar á sus anchuras. Si hay mucho ruido no se oye cuando llaman á la puerta: es necesario velar, y velar con quietud y con silencio. El corazon agitado y el espíritu disipado con el estruendo de las pasiones y con la bulla del mundo no puede estar muy atento. No siempre es menester irse al desierto para arribar á una grande perfeccion, ni siempre se va á él precisamente por este fin. Muchas veces solo se busca la soledad como medio mas seguro para lograr la salvacion; solo se huye del mundo porque un verdadero cristiano conoce sin dificultad que no es fácil salvarse sin el recogimiento: *Velad y orad continuamente*, dice el Salvador. Y en verdad que este oráculo no habla solo con los Cartujos; á todos los fieles se dirige. Ciertamente basta, por decirlo así, no mas que una tintura de nuestra Religion; basta conocer los peligros á que está expuesta nuestra salvacion en esta vida para juzgar si será fácil, y aun en cierta manera si será posible salvarse uno sin entrar dentro de sí mismo, sin vigilancia y sin recogimiento. Todo es peligros en el mundo; en cada paso se tropieza con un riesgo; su aire es contagioso, los objetos tientan, los mas engañan, y en fin, vivimos en país enemigo. Nuestro propio corazon es el primero que nos vende; nuestras pasiones son otros tantos enemigos que han jurado nuestra pérdida; pues ¿ahora creerémos de buena fe que un corazon entregado á todo género de objetos, que una alma disipada, derramada enteramente hácia afuera nada tendrá que temer en medio de tantos enemigos, y que podrá vivir largo tiempo sin recibir alguna herida? Todo es lazos en el mundo; su espíritu nunca fue espíritu cristiano; sin vigilancia, sin atencion y sin recogimiento interior, ¿cómo será posible descubrir estos lazos? Y ¿se evitarán por ventura después de haberlos descubierto, cuando ni los desiertos mas hor-

rorosos, ni los vermos mas impenetrables dan siempre seguro asilo á la inocencia? Caidas, y caidas muy funestas, se han visto hasta en el mismo lugar santo, y bambolean alguna vez hasta las mas robustas columnas; ¿cuántas veces un huracan ha dado en tierra con ellas? Y en medio de eso unas gentes expuestas á todas las tempestades, sin preservativos contra el contagio, sin atencion á los peligros, sin apoyo contra los bamboleos; en una palabra, unas gentes del mundo, y tal vez unos religiosos inficionados con el espíritu del mundo, ¿se conservarán inocentes, resistirán los ímpetus de las pasiones, pretenderán salvarse sin vigilancia, sin oracion, sin recogimiento, sin espíritu de retiro? ¡Buen Dios, qué paradoja!

Punto segundo.—Considera cuántas leyes hay que guardar, cuántos deberes que cumplir, cuántos miramientos que observar para desempeñar todas las obligaciones de la justicia. *Decet nos implere omnem justitiam.* (*Matth.* III). Toda condicion tiene sus leyes, y todo estado sus reglas. ¡Cuántos preceptos obligatorios! ¡cuántas máximas de que nunca es posible dispensarse sin desagradar á Dios! Aunque estés metido en medio del mundo tienes obligacion de ser verdaderamente cristiano. ¿Abrazaste el estado religioso? pues has de vivir segun el espíritu de tu instituto; sin esto te condenarás miserablemente. Pero ¿se podrán desempeñar todos estos deberes, satisfacerse todas estas obligaciones; se podrá vivir una vida regular y cristiana sin velar continuamente sobre sí mismos, sin una continua atencion á estas mismas obligaciones? Y ¿se podrá tener esta atencion, esta vigilancia sin el espíritu de recogimiento y de retiro? Este espíritu se puede muy bien perder aun en el silencio del claustro y en la soledad del desierto. ¿Conservaráse, pues, con mucha facilidad entre el tumulto del mundo? ¡Cosa extraña! las gentes del mundo conciben el recogimiento interior y el espíritu de retiro como un género de fruto que solamente nace en la soledad ó en el terreno de los claustros religiosos. Es verdad que es ese, por decirlo así, su clima natural, y la tierra que le conserva mejor. Pero ¿se considerarán por eso desobligados los seglares que se desean salvar de este espíritu de retiro y de recogimiento? ¡Ah, Señor, y qué lastimoso espectáculo ver á unos hombres que creen el Evangelio, y verlos en una continua disipacion! Siempre agitados, siempre derramados, y nunca recogidos dentro de sí mismos sino cuando están para salir de este mundo, cuando es preciso morir.

No permitais, Señor, que á mí me suceda esta desdicha. En vuestra gracia confio firmemente, determinado á vivir con este espíritu de recogimiento, tan necesario para conseguir la salvacion.

JACULATORIAS. — Esto es hecho, ya ni mi corazon ni mi espíritu se abandonarán al bullicio del tumulto; propongo, Señor, pasar los dias de mi vida entregado á la quietud y á la dulce soledad del interior recogimiento. (*Psalm.* LIV).

El hombre que es temeroso, ese es bienaventurado. (*Prov.* XXVIII).

PROPÓSITOS.

1 No todos tienen vocacion de solitarios; pero todo cristiano está obligado á velar y orar incesantemente para no caer en la tentacion. Esta vigilancia y este espíritu de oracion no se hallan con facilidad en la disipacion y en el bullicio. Esos corazones siempre derramados hácia afuera; esos genios siempre vagueantes y siempre bulliciosos; esas almas enemigas de su propio sosiego, y continuamente agitadas en perpetuo movimiento, ¿serán muy vigilantes, estarán muy atentas al delicado y espinoso negocio de su eterna salvacion? ¿Hállanse en estado de prevenir todos los accidentes, de descubrir todos los lazos que arman á su inocencia los objetos, las pasiones, el tentador y el mundo entre quien viven? Aun los que pasan sus dias distantes de las ocasiones, no siempre lo están de los peligros, ni la mas horrorosa soledad es siempre asilo seguro. Los mayores Santos vivieron siempre muy alerta contra tantos enemigos, por la mayor parte domésticos y familiares; pues ¿quién asegura á los que andan dentro del tumulto del mundo, y en una peligrosa disipacion? Reconoce, en fin, el riesgo, y persuadido á la indispensable necesidad del recogimiento interior, toma desde hoy una vigorosa resolucion de fomentar este espíritu dentro de tí mismo, convencido de que no es incompatible con tu estado, sea el que fuere.

2 Además del retiro á ocho dias de ejercicios, que indispensablemente debes observar todos los años, y sin contar el de un dia cada mes, que inviolablemente debes practicar, si te merece algun cuidado el celo de tu propia salvacion, nunca te disipes mucho en los negocios exteriores, y evita con el mayor desvelo todas las causas que descubras de esta excesiva disipacion. Concurrencias numerosas demasiadamente frecuentadas, conversaciones inútiles y largas, pasatiempos que distraen, cuidados superfluos y ajenos de tu estado, visitas poco ó nada necesarias; destinar todas las tardes ó todas las noches un cuarto de hora para recogerse dentro de sí mismo, y visitar todos los dias el santísimo Sacramento, son medios eficaces para tener el alma serena, sosegada y recogida.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de san Marcos, papa y confesor, en Roma en la via Ardeana ó Ardeatina. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos mártires Sergio y Baco, nobles romanos, en la provincia llamada Augusta Eufratesia *(Comagenes ó Azar, junto al rio Eufrates)*, en tiempo del emperador Maximiano; Baco fue azotado con nervios de buey hasta que despedazado todo su cuerpo espiró en este tormento confesando á Jesucristo. Á Sergio después de calzarle unas botas guarnecidas de escarpias, como permaneciese constante en la fe, le mandaron por fin degollar. El lugar donde está sepultado se llama de su nombre *Sergiopolis (segun lo mandó el emperador Justiniano, por respeto á sus reliquias)*; y con motivo de los extraordinarios milagros que allí se obran, es honrado con gran concurso de cristianos. *(Son santos titulares de una iglesia en Roma, que es título de diácono cardenal, la cual el papa Gregorio III reparó y acrecentó).*

Los santos mártires Marcelo y Apuleyo, en Roma; los cuales primero fueron discípulos de Simon Mago; después viendo las maravillas que obraba Dios por medio del apóstol san Pedro, abandonando á su maestro abrazaron la doctrina apostólica; y después del martirio de los Apóstoles, en tiempo del cónsul Aureliano, alcanzaron la palma del martirio, y fueron sepultados no léjos de Roma.

Santa Julia, vírgen, igualmente en Augusta Eufratesia, la cual fue martirizada en tiempo del presidente Marciano. *(Algunos creen que murió juntamente con los santos Sergio y Baco).*

Santa Justina, vírgen y mártir, en Padua; la cual habiendo sido bautizada por san Prosdocimo, discípulo de san Pedro, como permaneciese constante en la fe, habiéndola traspasado con una espada por sentencia del presidente Máximo, voló al Señor. *(Fortunato la coloca entre las Santas vírgenes mas ilustres, cuya santidad y cuyos triunfos adornaron y edificaron la Iglesia. El templo que en Padua tiene erigido en honor suyo, y en el cual se guardan sus preciosas reliquias, es uno de los modelos de arquitectura mas acabados del mundo. Esta Santa es después de san Marcos patrona de Venecia, y su imágen se halla estampada en cuño. El Senado de esta república le hacia una solemne procesion tal dia como hoy, en hacimiento de gracias por la victoria de Lepanto contra los turcos, en el mismo en que se guardaba su festividad).*

San Augusto, presbítero y confesor, en Bourges. *(Estaba este Santo tan tullido de manos y piés, que no podia trasladarse de un lugar á otro sino arrastrándose sobre los codos y las rodillas. Al cabo de algunos años, con el producto de las limosnas que de la pública compasion habia recibido para auxiliarse á si mismo, hizo edificar una capilla en honor de san Martin, en el pueblo de Brives, territorio de Berri, y Dios recompensó su piedad dando movimiento á sus miembros paralizados. Reconocido Augusto á tan singular beneficio, resolvió desde luego pasar el resto de su vida en los ejercicios de piedad, juntándosele algunos discípulos. Mas adelante Probiano, obispo de Bourges, le confirió los sagrados órdenes, y le nombró abad de San Sinforiano, situado cerca de aquella ciudad, donde murio por los años de 560).*

San Elano, presbítero, en una aldea junto á Reims.

La conmemoracion de SANTA MARÍA DE LA VICTORIA, en el mismo dia, que el papa san Pio V mandó celebrar todos los años por la esclarecida victoria que en este dia por la intercesion de la Madre de Dios alcanzó la armada de los Cristianos contra los turcos. Gregorio XIII ordenó por la misma causa que se celebrase todos los años la solemnidad del Rosario de la misma Vírgen María en la primera dominica de este mes. *(Véase su historia en las de hoy).*

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA:

por otro nombre

LA FIESTA DEL ROSARIO.

Así como cada dia estamos recibiendo nuevos favores y nuevos beneficios de la santísima Vírgen, así tambien tiene cuidado la santa Iglesia de manifestarla nuestro debido reconocimiento, instituyendo nuevas solemnidades, pretendiendo excitar y aumentar todos los dias la tierna devocion de los fieles con fiestas particulares. El motivo ó la ocasion de la solemnidad de este dia fue uno de los mas señalados favores que recibió la cristiandad por la poderosa intercesion de la Madre de Dios, á tiempo que los turcos, orgullosos con las grandes conquistas que hacian cada dia sobre los Cristianos, nada menos se prometian que apoderarse de toda la Europa, y enarbolar su media luna sobre la cúpula de la iglesia de San Pedro en la capital del cristianismo y del mundo.

Habia mas de un siglo que los turcos tenian llena de terror á toda la cristiandad por una continuada serie de victorias que les permitia Dios, ya para castigar los pecados de los Cristianos, ya para volver á excitar en sus frios corazones la medio apagada fe. El año de 1521 se apoderó Soliman II de la plaza de Belgrado; el de 1522 se hizo dueño de la isla de Rodas; y pensando ya únicamente en dilatar sus conquistas hasta donde se extendia su ambicion, entró en Hungría el año de 1526; ganó la batalla de Mohacs; apoderóse de Buda, de Pest, de Gran y de algunas otras plazas; penetró hasta Viena de Austria; tomó y saqueó á Tauris; y por medio de sus generales rindió con las armas otras provincias de Europa. Su hijo y sucesor Selim II conquistó la isla de Chipre el año de 1571; puso en el mar la mas numerosa y la mas formidable armada que habia visto aquel monstruo sobre sus espaldas, lisonjeándose de hacerse dueño con ella no menos que de toda la Italia. Atónita una gran parte de la cristiandad, con-

sideró que dependia su fortuna de la dudosa suerte de una batalla. Era muy inferior la armada naval de los Cristianos á la de los turcos, y no podia prometerse la victoria sino precisamente con la asistencia del cielo. Consiguiéronla por intercesion de la santísima Vírgen, bajo cuya proteccion habia puesto la armada el santo pontífice san Pio V. Dióse esta memorable batalla, la mas célebre que los Cristianos habian ganado en el mar, el dia 7 de octubre del año de 1571.

Estaban los turcos ancorados en Lepanto, cuando tuvieron aviso de que los Cristianos, saliendo del puerto de Corfú, venian á echarse á velas tendidas sobre ellos. Tenian tan bajo concepto de la armada cristiana, que nunca creyeron tuviese atrevimiento á presentarles el combate. Sabian á punto fijo el número de navíos de que se componia; pero ignoraban que venian á pelear bajo la proteccion de la santísima Vírgen, en quien después de Dios tenian colocada toda su confianza; y por eso quedaron extrañamente sorprendidos cuando fueron informados de que la armada naval de los Cristianos habia ganado ya la altura de la isla de Cefalonia. Acostumbrados los turcos después de tanto tiempo á vencer y á derrotar los Cristianos, celebraron su intrépida cercanía como presagio seguro de una completa victoria. Superiores en tropas y en navíos, levantaron áncoras para cerrarles el paso con ánimo de cortarlos y de envolverlos; de manera, que ni uno solo escapase para llevar la noticia de su rota. Apenas se dejó ver la armada otomana, mandada por Halí-Bajá, cuando la armada cristiana, que con título de generalísimo mandaba el Sr. D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe II, rey de España, juntamente con Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia, levantando un esforzado grito, invocó la intercesion de la santísima Vírgen, su soberana protectora.

Hallábanse las dos armadas á distancia de doce millas cuando se dió la señal de combatir, y se enarboló el estandarte que los dos comandantes habian recibido en Nápoles de parte de Su Santidad. Apenas se descubrió la imágen de Cristo crucificado, que estaba bordada en el estandarte pontificio, cuando le saludó toda la armada con grandes gritos de alegría; y haciendo señal á la oracion, todos los oficiales y todos los soldados adoraron de rodillas la imágen del Crucifijo: espectáculo verdaderamente tierno y religioso ver al oficial y al soldado armados para pelear á los piés de Jesucristo, implorando su asistencia para vencer á los infieles por intercesion de su Madre la santísima Vírgen, cuya imágen se veneraba á bordo de todas las embarcaciones. Mientras tanto se iban acercando las dos armadas, favorecida

del viento la escuadra turca, circunstancia que daba mucho cuerpo al sobresalto y al temor. Volviéronse entonces con mayor fervor los Cristianos á la soberana Reina, bajo cuyos auspicios iban á combatir, y cambiándose el viento de repente, comenzó á soplarles de popa con tanta dicha, que todo el humo de su artillería cargaba sobre la escuadra otomana; mudanza que todos calificaron de milagrosa recibiéndola como visible prueba de la asistencia del cielo. Halláronse á tiro de cañon las dos armadas el dia 7 de octubre, y se hizo tan terrible fuego de una y otra parte, que por largo espacio de tiempo quedó el aire oscurecido con la densidad del humo. Tres horas habia durado ya el obstinado combate con empeñado valor, y con cási igual ventaja de unos y otros combatientes, cuando los Cristianos, mas confiados en la proteccion del cielo que en los esfuerzos de su corazon y de su brazo, observaron que los turcos comenzaban á ceder, y que se iban retirando hácia la costa. Redoblando entonces su confianza y su ardimiento nuestros generales, hicieron nuevo fuego sobre la capitana turca; mataron á Halí-Bajá, abordaron su galera, y arrancaron el estandarte. Mandó á este tiempo D. Juan de Austria que todos gritasen *victoria*, y ya desde entonces, dejando de ser combate, comenzó á ser horrible carnicería en los infelices turcos, que se dejaban degollar sin resistencia. Treinta mil hombres perdieron estos en aquella célebre batalla, una de las mas sangrientas para ellos que jamás habian conocido desde la fundacion del imperio otomano. Hicieron los Cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales fueron dos hijos de Halí, y se hicieron dueños de ciento y treinta galeras turcas; mas de otras noventa perecieron, ó dando á la costa, ó yéndose á fondo, ó consumidas por el fuego; cobraron libertad por esta insigne victoria cási veinte mil cristianos, y en la armada de estos faltó tan poca gente, que todo el orbe reconoció visiblemente la asistencia del cielo, y aclamó el portentoso milagro. Consternóse tanto toda la ciudad de Constantinopla, como si ya estuviera el enemigo á la puerta, y los turcos daban á guardar sus tesoros á los Cristianos, suplicándoles que cuando se hiciesen dueños de la ciudad y del imperio les perdonasen las vidas y los tratasen con piedad.

Tuvo revelacion de la victoria el santo pontífice Pio V en el mismo punto que fueron derrotados los turcos; tan firmemente persuadido á que habia sido efecto de la particular proteccion de la santísima Vírgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*, como lo anuncia el Martirologio romano por estos términos: *El mismo dia*, 7 de octubre, *la Conmemoracion de Nuestra Señora de*

la Victoria, fiesta que instituyó el santo papa Pio V en accion de gracias por la gloriosa victoria que en este dia consiguieron los Cristianos de los turcos en una batalla naval por la particular proteccion de la santísima Vírgen.

Para empeñar mas particularmente la poderosa proteccion de esta Señora á favor de la armas cristianas en ocasion tan peligrosa, se habia valido el santo Pontífice de la devocion del santo Rosario, tan del agrado de la soberana Reina, y ya entonces muy antigua en la Iglesia de Dios, y por eso mandó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del santísimo Rosario. No menos convencido el papa Gregorio XIII de que la batalla de Lepanto, ganada contra los turcos, se debia á esta célebre devocion, ordenó en reconocimiento á la santísima Vírgen, que perpetuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde se erigiese esta devotísima cofradía.

Clemente XI, uno de los pontífices que gobernaron la Iglesia de Dios con mayor celo, con mayor prudencia y con mayor dignidad, noticioso de la victoria que las tropas del Emperador consiguieron de los turcos el dia de Nuestra Señora de las Nieves, 5 de agosto de 1716, cerca de Salakemen, conocida con el nombre de la batalla de Selim, una de las mas completas que hasta ahora se han ganado contra los infieles, pues perdieron en ella mas de treinta mil turcos, que quedaron tendidos en el campo de batalla, sin contar los prisioneros, toda su artillería, sus tiendas, sus bagajes, las provisiones, la cancillería, la caja militar, dos colas de caballo, todas sus banderas y estandartes; reconociendo muy bien que esta señalada victoria se debia á la especial proteccion de la santísima Vírgen, mandó desde luego cantar una misa solemne en Santa María la Mayor en accion de gracias de tan insigne beneficio; al que inmediatamente se siguió otro en nada inferior al primero, cual fue haber levantado el sitio de Corfú en el dia de la octava de la Asuncion, 22 del mismo mes y año. Agradecido el piadosísimo Pontífice á esta doble proteccion, después de haber publicado una indulgencia plenaria en Santa María de la Victoria, y enviados los estandartes que se tomaron á los turcos á Santa María la Mayor y á Loreto, mandó que la fiesta del Rosario, limitada hasta entonces á las iglesias de los Padres Dominicos y á aquellas donde hubiese cofradía de esta advocacion, en adelante fuese fiesta solemne de precepto para toda la Iglesia universal en el primer domingo de octubre; muy persuadido á que la devocion del Rosario era el medio mas eficaz y mas propio para agradecer á la santísima Vírgen los fa-

vores recibidos por su poderosa proteccion, y para empeñarla en que cada dia nos dispensase otros nuevos y mayores.

Es bien sabido que este método de orar se le debe al gran santo Domingo, que estableció esta admirable devocion en consecuencia de una vision con que le favoreció la santísima Vírgen el año de 1208 al mismo tiempo que estaba predicando contra los errores de los Albigenses. Hallábase un dia el Santo en fervorosa oracion dentro de la capilla de Nuestra Señora de la Povilla, y apareciéndosele la Madre de misericordia, le dijo: Que habiendo sido la salutacion angélica como el principio de la redencion del género humano, era razon que lo fuese tambien de la conversion de los herejes y de la victoria contra los infieles; que por tanto predicando la devocion del Rosario, que se compone de ciento cincuenta *Ave Marías*, como el Salterio de ciento cincuenta salmos, experimentaria milagrosos sucesos en sus trabajos, y una continuada serie de victorias contra la herejía. Obedeció santo Domingo el soberano precepto; y en lugar de detenerse, como lo habia hecho hasta entonces, en disputas y en controversias, que por lo regular son de poco fruto, no hizo en adelante otra cosa que predicar las grandezas y las excelencias de la Madre de Dios, explicando á los pueblos el mérito, las utilidades y el método práctico del santísimo Rosario. Luego se palpó la excelencia de esta admirable devocion; siendo la mayor prueba de su maravillosa eficacia la conversion de mas de cien mil herejes, y la mudanza de vida de un prodigioso número de pecadores atraidos á la verdadera penitencia, y arrancados de sus inveteradas costumbres. Esta fue, hablando en propiedad, la verdadera época de la devocion del santísimo Rosario y de su famosa cofradía, tan célebre en todo el mundo cristiano, autorizada por tantos Sumos Pontífices con tantos y tan singulares privilegios, y considerada ya como dichosa señal de predestinacion respecto de todos sus cofrades.

A la verdad, ¿qué devocion puede haber mas grata á los ojos de Dios, ni qué oracion mas eficaz para merecer la proteccion de la santísima Vírgen? *El Padre nuestro* ó la oracion dominical, que en ella se repite tantas veces, nos la enseñó el mismo Jesucristo; la salutacion angélica, que se reza ciento y cincuenta, se compone de las mismas palabras del Ángel, y de las que pronunció santa Isabel cuando la Vírgen la visitó; la oracion que la acompaña es oracion de la Iglesia. Compónese el Rosario entero de quince dieces de *Ave Marías* y de quince *Padre nuestros*. Los cinco primeros son de los cinco misterios gozosos; los cinco segundos de los dolorosos, y los cinco terceros de

los gloriosos, que fueron de tanto consuelo para la santísima Vírgen. Los misterios gozosos son la Anunciacion, la Visitacion, el Nacimiento de Cristo, la Purificacion y el niño Jesús perdido y hallado en el templo en medio de los doctores. Los misterios dolorosos son la oracion del huerto, el paso de los azotes, la coronacion de espinas, la cruz á cuestas, y la crucifixion del Salvador en el monte Calvario. Los misterios gloriosos son la Resurreccion y aparicion á su santísima Madre, su Ascension, la Venida del Espíritu Santo, la triunfante Asuncion de María en cuerpo y alma á los cielos, y su coronacion en la gloria. Por la meditacion de estos misterios es el Rosario una de las mas santas oraciones de la Iglesia, en que yendo el corazon de acuerdo con las palabras, se tributa á Dios un perfecto culto de religion; y rindiéndose á María el tributo que se la debe, se la gana el corazon, y se la obliga á derramar sobre sus fieles siervos aquella abundancia de bendiciones y aquellos tesoros de gracias, cuya distribucion tiene á su cargo.

Pero no se debe creer que sea cosa nueva este método de repetir muchas veces una misma oracion; fue ya muy usado de todos los Santos, así del Nuevo como del Viejo Testamento. No hay cosa mas ordinaria que estas repeticiones en los Salmos de David. El cántico ó el salmo cxxxv apenas es mas que una repeticion del salmo precedente con este como estribillo: *Quoniam in aeternum misericordia ejus;* porque su misericordia es eterna. Acaso el pueblo repetiria este estribillo después que los levitas pronunciaban la primera parte del versículo; á la manera, poco mas ó menos, que nosotros lo hacemos en las letanías. El Evangelio nos advierte que Jesucristo repitió muchas veces la misma oracion al Padre eterno en el huerto de las Olivas: *Eumdem sermonem dicens.* (*Matth.* xvi). De san Bartolomé se refiere que hacia oracion cien veces de dia, y otras tantas de noche. Paladio y Sozomeno nos cuentan que Pablo, abad de Monte-Fermeo, en la Libia (el cual floreció en tiempo de san Antonio) hacia trescientas veces al dia una misma oracion, llevando la cuenta por otras tantas piedrecitas que traia consigo para este efecto. Se asegura, que Pedro el ermitaño, queriendo disponer los pueblos para la guerra santa el año de 1096, los exhortaba á rezar todos los dias cierto número de *Padre nuestros*, con ciento y cincuenta *Ave Marías*, por el feliz suceso de tan importante empresa, certificándoles que habia aprendido esta devocion de los mas santos solitarios de la Palestina, entre los cuales era ya muy antigua. El papa Leon IV quiso que todos los soldados que habian echado de las puertas de Roma á los sarracenos, trajesen

un rosario de cincuenta *Ave Marías*, atribuyendo á esta oracion la insigne victoria que consiguieron de los infieles. El dia 7 de abril leemos en Surio, que san Alberto, religioso de Crespin, hacia al dia ciento y cincuenta genuflexiones rezando á cada una la salutacion angélica; y cuando se elevó de la tierra el cuerpo de santa Gertrudis, que murió el año de 667, se hallaron en la sepultura unas cuentas enhebradas, que parecian parte de rosario, con que la Santa quiso que la enterrasen. Todo esto prueba lo antigua que es en la Iglesia de Dios la devocion del Rosario; pero sin embargo á santo Domingo debemos, no solo su resurreccion, por explicarme de esta manera, sino el celestial método de rezarle y de honrar con él á la Madre de Dios que ahora se practica; y al fervoroso celo de su esclarecida familia, no menos que á la encendida devocion que profesa á la Reina de los Ángeles, se deben los maravillosos progresos que ha hecho esta importantísima devocion.

Bien se puede asegurar que entre todos los cultos que se tributan en la Iglesia á la Madre de Dios, uno de los que mas la honran es la devocion del Rosario. Es cierto que para la santísima Vírgen no hubo cosa mas gloriosa que la embajada del Ángel cuando la vino á anunciar que habia de ser Madre de Dios; por consiguiente, siempre que se la repite esta salutacion, parece que en cierta manera se ejercita el empleo y la comision del Ángel; y lo que no tiene duda es, que, por decirlo así, se la trae á la memoria la incomparable honra que recibió en aquella divina eleccion: por lo que parece que ninguna devocion la puede ser mas agradable. Ayúdanse recíprocamente la oracion y la meditacion, dice san Bernardo, siendo la oracion como una resplandeciente hacha, que comunica luz y ardor á la meditacion: *Oratio et meditatio sibi invicem copulantur, et per orationem illuminatur meditatio.* Todo esto se halla unido en el Rosario; y por eso, sin duda, dijo el bienaventurado Alano de Rupe, que el Rosario era la mas insigne, y como la reina de todas las devociones: *Regina omnium orationum.* (*In Compl. Psalt. Mar.*). Por lo mismo se aplica con razon al Rosario lo que san Juan Crisóstomo dice de la oracion frecuente, y muchas veces repetida: *Aptissima arma oratio est, thesaurus certe perpetuus, divitiae inexhaustae.* Esta oracion es un escudo contra todos los golpes del enemigo, un tesoro infinito, un fondo inagotable de riquezas espirituales.

No se puede dudar que entre todas las oraciones vocales con que honra la Iglesia á la santísima Vírgen, una de las mas santas y de las mas agradables á Dios es el Rosario, por componerse de las dos ora-

ciones mas sagradas que hay; conviene á saber: de la oracion dominical y de la salutacion angélica, acompañándose al mismo tiempo con muchas meditaciones sobre la vida y muerte del Salvador y de su santísima Madre. Todo es misterioso en el Rosario; hasta el mismo número de ciento y cincuenta *Ave Marías*, por el cual se llama tambien el Salterio de la Vírgen. Los herejes de todos los siglos, tan enemigos de la Madre como del Hijo, blasfemaron muchas veces contra esta devocion; pero particularmente los de estos últimos tiempos se desenfrenaron furiosamente contra el Rosario. Como esta devocion fue tan funesta á los Albigenses, precisamente habia de ser objeto del odio y de las imprecaciones de sus infelices descendientes, los que no han omitido medio alguno para desacreditarla; pero todos sus esfuerzos no han servido mas que para aumentar el número de sus cofrades y de sus devotos. Ninguna cofradía de la Vírgen es mas célebre que esta, ninguna mas provechosa á los fieles, ninguna mas autorizada por la Iglesia. Doce ó trece Pontífices la han franqueado con piadosa profusion los tesoros espirituales de que son depositarios: los Reyes y los pueblos se han apresurado con ansiosa devocion á alistarse en ella. Pero ¿qué victorias se han conseguido contra los enemigos de la fe, qué reforma de costumbres, qué ejemplar edificacion no se ha visto en todos los estados desde que se extendió en el mundo esta sólida devocion? Aun en vida de su santo fundador y restaurador la vió propagada con maravilloso fruto en España, en Francia, en Alemania, en Polonia, en Rusia, en Moscovia, y hasta en las islas del Archipiélago. Pero mucho mayores progresos hizo á esfuerzos de los herederos del celo y de las virtudes del gran patriarca santo Domingo. El beato Alano de Rupe predicó el Rosario en todos los países septentrionales con tan feliz suceso, que florecia en todo el universo el culto y la devocion de la santísima Vírgen, fundándose en todas las ciudades de la cristiandad la cofradía del Rosario: lo que obligó al papa Sixto V á enriquecerla aun con mayores gracias y privilegios que sus predecesores, como se ve en la bula expedida el año de 1586, tan honrosa y de una espiritual utilidad para todos los cofrades.

El título de *Nuestra Señora de la Victoria* es mas antiguo que la batalla de Lepanto. Desde la tierna edad de la Iglesia experimentaron los Cristianos la especial proteccion de la santísima Vírgen contra las armas de los enemigos de la fe; y por esta especial proteccion se la comenzó á apellidar *Nuestra Señora de la Victoria*.

En el famoso sitio de Rodas, tan gloriosamente defendido el año de 1480 por los caballeros de San Juan de Jerusalen, hoy caballeros

de Malta, siendo gran maestre el célebre Pedro Aubuson, contra todas las fuerzas del imperio otomano, en tiempo de Mahometo II, terror de todo el mundo cristiano; después que los caballeros obligaron á los turcos á levantar el sitio, muchos desertores que se pasaron al campo de los caballeros, cuando sus victoriosas tropas volvian á entrar en la plaza, refirieron que en el calor del combate los turcos habian visto en la region del aire una cruz de oro, rodeada de una resplandeciente luz, y al mismo tiempo una hermosísima Señora, cuyo traje era mas blanco que la misma nieve, con una lanza en la mano derecha, y en el brazo siniestro una rodela, acompañada de un hombre serio y severo, vestido de pieles de camello, seguidos ambos de una tropa de jóvenes guerreros, todos armados con espadas de fuego; vision (añadieron ellos) que llenó de terror á los infieles, tanto, que cuando se desplegó el estandarte de la religion de Malta, en que estaban pintadas las imágenes de la Vírgen y de san Juan Bautista, muchos turcos cayeron muertos en tierra sin haber recibido herida ni golpe del enemigo. Luego que el Gran maestre se vió enteramente curado de sus heridas, hizo voto de erigir una suntuosa iglesia con la advocacion de Nuestra Señora de la Victoria, en cuya magnífica obra se trabajó inmediatamente que se repararon las fortificaciones de la plaza.

Nota del traductor.

«El tierno y debido amor que este profesa al célebre colegio de la «Compañía de Jesús de Villa-García de Campos, donde mamó la pri«mera leche de la Religion, como todos los hijos de la provincia de «Castilla, no le permite omitir que el Sr. D. Juan de Austria, gene«ralísimo en la batalla de Lepanto, fue criado en aquel humilde pue«blo, habiéndole confiado su padre el emperador Carlos V á la fide«lidad, discrecion y prudencia de su favorecido Luis Quijada, cuya «mujer, no menos virtuosa que prudente, la excelentísima señora do«ña Magdalena de Ulloa, fundadora del referido colegio, cuidó de su «educacion con el mayor desvelo. A esta señora regaló el señor don «Juan el precioso *Lignum Crucis* engastado en oro, que el papa san «Pio V le presentó después de la milagrosa batalla. La fundadora le «cedió á su amado colegio, con la auténtica del mismo santo Pon«tífice; y esta inestimable parte del sagrado leño donde se obró nues«tra redencion, es la misma que en el Viernes Santo se expone á la «pública adoracion.»

Nota del editor.

«En un sumario de indulgencias concedidas por diferentes su-«mos Pontífices á la magnífica y devota capilla de María Santísi-«ma de la Victoria, llamada del Palau de la Condesa, de la ciu-«dad de Barcelona, se lee entre otras gracias y privilegios, que por «los años de 1571 el santísimo pontífice Pio V concedió indulgencia «plenaria perpetuamente á todos los fieles Cristianos que, confesando «y comulgando, desde las primeras vísperas hasta ponerse el sol del «dia 7 de octubre, visitaren dicha capilla, en memoria de la insigne «victoria que consiguieron las armas católicas gobernadas por don «Juan de Austria, con su consultor y director D. Luis de Reque-«sens, prócer catalan, otro de los ilustres fundadores y dueños de la «expresada capilla, vulgarmente llamada del *Palau*, de la cual son ac-«tualmente dueños y propietarios los condes de Sobradiel, como su-«cesores de la antiquísima casa de Villafranca y de los Velez en vir-«tud de la ley de desvinculacion.

«Y en un altar de la santa iglesia catedral de la misma ciudad hay «la imágen de un santo Cristo grande de cuerpo natural, que se ve-«nera bajo el título del Santo Cristo de la galera de D. Juan de «Austria, con tal disposicion, que está en la cruz con diferente po-«sicion de los demás, pues se ve inclinado con violencia de medio «pecho abajo en su lado derecho, de manera que cási están las pier-«nas fuera de la cruz; y sábese por tradicion de unos á otros que esta «imágen es el mismo santo Cristo que, llevándolo D. Juan de Aus-«tria en su galera en la batalla naval de Lepanto, al darse la señal «del combate mandó enarbolarlo con otras imágenes de Nuestra Se-«ñora; y que viniendo una bala enemiga á dar con el santo Cristo, «milagrosamente inclinó el pecho, que hasta hoy dia conserva en tan «rara posicion. Hay concedidas muchas indulgencias y privilegios á «los que visitaren la capilla de dicho santo Cristo.»

SAN MARTIN, ABAD DE VALPARAISO.

San Martin, decoroso ornamento de la reforma del Cister, nació en la ciudad de Zamora ó en su territorio de ilustres progenitores, como se acredita por su apellido Cid, por el que unos le hacen descendiente del famoso capitan Rodrigo Cid, y otros de esta nobilísima familia. Educado Martin desde la cuna en el seno de la religion católica, siguió fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios y aunque los es-

critores nada nos dicen de los hechos de su infancia, la grande reputacion que ya tenia en su juventud es un testimonio nada equívoco de la santidad de vida en que pasó sus primeros años. Hizo el mundo cuanto pudo para ganar de su partido á un jóven de las circunstancias de Martin; pero como le sobraba mucho entendimiento para dejarse deslumbrar de las lisonjeras esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, abrazó el estado eclesiástico con el noble objeto de dedicarse al servicio del Señor; y habiendo ascendido por sus méritos personales á los sagrados órdenes, se portó en todas sus funciones y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, que fue no solo el ornamento, sino el ejemplo de toda la clerecía.

Aunque la conducta que observaba Martin no podia ser mas recta, como le llamaba Dios á un grado eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada. Obedeció el ilustre sacerdote á los impulsos del cielo, y eligió para su retiro una espantosa cueva cerca de Paleas, pueblo del obispado de Zamora, donde se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Supo que la misma gruta habia servido de abrigo á varios ladrones, y queriendo convertir la que fue morada de malhechores en casa de edificacion, erigió en ella un famoso hospital para refugio de los pobres, á quienes asistia con una caridad suma con algunos otros piadosos compañeros, que reunidos con el Santo, se ejercitaban á su ejemplo en obras de misericordia.

Agradó mucho á Martin la religiosa observancia del célebre monasterio de Moreruela, que siendo del Órden de san Benito abrazó la nueva reforma del Cister, que habia fundado poco antes el bienaventurado abad de Molesme, la que san Bernardo elevó al mas alto grado de estimacion en la Iglesia, y encendido en vivísimos deseos de profesar un instituto que merecia tantos elogios de los hombres mas eminentes, rogó al obispo de Zamora que interpusiese su autoridad con san Bernardo, abad de Claraval, á fin de que enviase algunos monjes á su hospital, á establecer en él la reforma del Cister, ofreciéndose Martin á abrazarla con todos sus ilustres compañeros; y para conseguirlo con mas facilidad, prometió que jamás dejarian la asistencia de los pobres, juntando de este modo la observancia religiosa con los oficios de caridad.

Hizo el obispo de Zamora el empeño con san Bernardo, y condescendiendo este con las súplicas de aquel Prelado, envió algunos monjes de Claraval, para que estableciesen la nueva reforma en el hospital de Martin. Era preciso nombrar superior de aquella ilustre co-

munidad, y conociendo todos que en el venerable fundador concurrian todas las cualidades que exigia el empleo, le eligieron abad muy contra su voluntad, puesto que sus deseos no eran otros que los de santificarse en las humillaciones. Persuadido Martin que el superior debe serlo tanto en las virtudes como en la dignidad, se dedicó enteramente á que en sus acciones viesen los súbditos lo mismo que persuadia con sus palabras, con cuya mira las lecciones que les daba su fervor y su ejemplo eran mas eficaces, y siendo tan admirado por la prudencia, por la discrecion y por el acierto de su gobierno, como por su eminente santidad, sirvió á todos de estímulo y de modelo, para que aspirasen á la perfeccion á que eran llamados.

Esparcióse la fama del insigne abad por toda aquella region, y edificado el rey D. Alonso el VII, comunmente llamado el emperador de España, de ver la penitente vida de Martin, le concedió las villas de Cubo y de Cubeto, para que erigiese un nuevo monasterio en honor de la santísima Vírgen, como consta por su real privilegio del año 1137. En efecto el siervo de Dios labró el monasterio conforme á la voluntad del Rey, el que se llamó de Santa María de Vello-fonte, tomando esta denominacion de una fuente cristalina inmediata, y tambien se dijo de Paleas por estar junto á este pueblo. Gobernóle Martin por espacio de quince años, y aunque no nos dicen los escritores de sus actas las acciones específicas del insigne Abad en todo este tiempo, todos convienen en que condujo á un gran número de personas religiosas á la vida mas perfecta con sus celosas exhortaciones y con sus edificantes ejemplos.

Quiso Dios premiar los relevantes merecimientos de Martin, y habiendo dejado á sus hijos herederos de su santa vida, á su comunidad condecorada con sus virtudes, y á toda aquella tierra enriquecida con innumerables beneficios, murió esclarecido en triunfos y glorioso en milagros en el dia 7 de octubre del año 1152. Depositaron los monjes el cuerpo de su santo padre en el mismo monasterio de santa María de Vello-fonte, y dignándose el Señor hacer célebre el sepulcro de su siervo con repetidos prodigios, se aumentó considerablemente su devocion.

Los monjes padecian muchos trabajos por las grandes incomodidades que les causaba la desigualdad del temperamento del sitio, y condolido Fernando III, rey de Castilla y de Leon, no menos célebre por su piedad, que por los gloriosos triunfos que consiguió de los agarenos, trasladó aquella ilustre comunidad al nuevo monasterio que hizo construir á sus expensas en un sitio ameno, queriendo que se llamase

en adelante Val-paraíso; ó bien por lo delicioso del lugar, ó bien por la ventajosa proporcion que ofrecia á la conversacion de muchos Santos, lo que consta por su real privilegio despachado en Ávila á 2 de noviembre de 1232. Con este motivo se trasladó el cuerpo de san Martin con su sepulcro del antiguo depósito donde estuvo ochenta años á la capilla bajo su advocacion del nuevo monasterio, en la que se mantuvo en grande veneracion por espacio de trescientos ochenta y siete años, hasta que se hizo la última traslacion de sus venerables reliquias en el dia 7 de octubre del año 1619 á un magnífico tabernáculo cerca del altar mayor por el Ilmo. D. Juan de Zapata y Osorio, obispo de Zamora, con asistencia de muchos abades, eclesiásticos, nobles y personas de todas clases, que concurrieron á la solemnidad de aquel acto.

SAN MARCOS, PAPA Y CONFESOR.

Por la muerte del sumo pontífice Silvestre, fue elegido en su lugar y puesto en la silla de san Pedro, san Marcos, natural de Roma, hijo de Prisco: el cual fue dotado de grandes virtudes; y aunque vivió con la paz que con el favor del emperador Constantino tuvo la Iglesia, pudo ocuparse en resistir á los herejes arrianos, que se iban multiplicando, y en ordenar todo lo que para el buen gobierno parecia necesario. Edificó san Marcos dos templos; el uno en la via Ardeatina, tres millas de Roma; y el otro dentro de la misma ciudad, y cerca del Capitolio: dotólos de muchas posesiones, y adornólos de vasos de oro y plata. Concedió al obispo de Ostia que usase de palio, por el antiguo privilegio que tiene de consagrar al Sumo Pontífice. Duróle el pontificado, segun san Gerónimo, ocho meses. El cardenal Baronio dice que se sentó en la Silla apostólica á los 14 de febrero, y que murió á 7 de octubre en que la Iglesia celebra su fiesta, que fue el año de 336, imperando Constantino Magno, y fue sepultado en el cementerio de Balbina, en la misma iglesia que en la via Ardeatina él habia edificado. Y aunque no murió mártir, es su culto antiquísimo en la Iglesia. Hállase memoria de un templo de su nombre en uno de los primeros concilios de Roma, celebrado en tiempo del papa Simmaco, á fines del siglo V.

SANTA OSITA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Osita en Quarendon en Inglaterra, y fue hija de Frewaldo, príncipe de Mercia, y sobrina de santa Edita. (*Léese la vida de esta Santa el 16 de setiembre*). Casó muy jóven, no obstante su opo-

sicion, con el rey de los estanglos; pero en el mismo dia de sus bodas obtuvo el consentimiento de su esposo para vivir en perpetua virginidad, y además le donó el señorío de Chick, en donde erigió un monasterio. Muchos años habia gobernado esta casa con gran santidad, cuando Nuestro Señor para darle doble corona de vírgen y mártir, permitió que viniesen á aquella parte de Inglaterra, donde Osita estaba, los bárbaros caudillos dinamarqueses Hinguaro y Hubba, los cuales como no pudiesen lograr que la Santa negase á Jesucristo, la degollaron por su constancia por los años de 870. Por temor á los piratas dinamarqueses fue trasladado su cuerpo á Ailesbury, donde estuvo por espacio de cuarenta y seis años; y pasados estos fue restituido á Chick ó Chich en Essex, cerca de Colchester, cuyo lugar, segun Camdem, fue llamado algun tiempo de Santa Osita. En el mismo fue erigida á nombre suyo una famosa abadía de canónigos regulares, la cual fue famosa por las reliquias de la Santa, y honrada con muchos milagros. (*Butler*).

La Misa es de la fiesta del Rosario, y la Oracion la que sigue:

Deus, cujus Unigenitus per vitam, mortem, et resurrectionem suam nobis salutis aeternae praemia comparavit: concede, quaesumus, ut haec mysteria sanctissimo Rosario beatae Mariae virginis recolentes, et imitemur quod continent, et quod promittunt assequamur. Per eumdem Dominum Jesum Christum...

Ó Dios, cuyo Unigénito por su vida, muerte y resurreccion nos adquirió los premios de la vida eterna, os suplicamos nos concedais, que meditando estos misterios con el santísimo Rosario, no solo imitemos lo que contienen, sino que obtengamos lo que prometen. Por el mismo Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

Ab initio et ante saecula creata sum, et usque ad futurum saeculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei haereditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue el lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fue en la plenitud de los Santos.

REFLEXIONES.

Fuí establecida en Sion, y mi poder se arraigó en Jerusalen. Si la santísima Vírgen tuvo tanto valimiento con su Hijo, aun cuando vi-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

via en el mundo, que le hizo adelantar el tiempo destinado para dar principio á sus milagros con solo una mera representacion de lo que faltaba en las bodas de los que les habian convidado; si con una sola visita que hace á su prima santa Isabel consigue que el Bautista sea santificado aun antes de haber nacido, derramando con su visita tanta abundancia de bendiciones en aquella santa familia, ¿creerémos que sea menor su valimiento en el cielo donde está su poder establecido con un modo tanto mas sobresaliente? Este poder de la Madre de Dios es sin duda el que estremece á todo el infierno: este poderoso valimiento con el Salvador, y aquella ternura con que mira á todos los fieles esta divina Madre de misericordia, es la que tanto atemoriza á los enemigos de nuestra salvacion, y la que en todos tiempos ha puesto de tan mal humor contra ella á todas las herejías. Ningun siglo se ha pasado en que no haya nacido alguna; y ninguna hubo que no inspirase á sus sectarios aquella enemistad y aquel odio de la serpiente contra la Madre de los escogidos. ¡Qué consuelo para todos los fieles saber que tienen en esta Señora una madre que los ama con ternura; una poderosa protectora que se interesa en todas sus necesidades; una medianera que es su mayor consuelo, y después de Jesucristo, toda su esperanza! ¡Cuántas veces ha experimentado la Iglesia su poderoso socorro en sus mayores necesidades, y su asistencia en las mas deshechas borrascas! Mas que los infieles se hayan venido á desgajar como un torrente sobre las mas floridas provincias de la cristiandad; mas que el imperio otomano juntase todas sus fuerzas para tragarse, por decirlo así, el pequeño rebaño de Jesucristo; hasta que la Iglesia recurra á la Madre de Dios, y entonces ¿cuántas veces se vieron disiparse, desvanecerse aquellas nubes cargadas de alfanjes y de saetas? ¿cuántas á vista de esta estrella calmaron las tempestades, y se sosegaron las olas encrespadas? ¡Oh, y cuántos socorros merece una confianza verdaderamente cristiana en la proteccion de la Madre de Dios! ¡qué recurso hallan en ella en sus necesidades todos los que singularmente se dedican á amarla y á obsequiarla! Pocas señales hay mas ciertas de reprobacion que la indevocion y la indiferencia en el amor á la santísima Vírgen.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quaedam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit: Quinimmo bea-

En aquel tiempo: Hablando Jesús á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió:

ti, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

Sobre la fiesta del dia.

Punto primero. — Considera que la devocion del Rosario se instituyó singularmente para reconocer la dignidad de Madre de Dios, y la clase superior á todas las criaturas que ocupa la santísima Vírgen, por aquellas mismas palabras con que se anunció la primera vez la divina maternidad, y con que fue saludada por el Ángel como llena de gracia. Acordámosla en el Rosario este singularísimo favor, esta eminente prerogativa, y la damos los parabienes por ella. Redúcese en él toda nuestra oracion á dar un solemne testimonio de nuestra fe, de la parte que nos toca en su elevacion y en su dicha, y de la confianza que tenemos en su poderosa bondad. Hacemos pública profesion de reconocer con toda la Iglesia á la santísima Vírgen por verdadera Madre de Dios, y en virtud de este augusto título por soberana Señora de todo el universo, Reina de los Ángeles y de los hombres, Mediadora entre los hombres y Jesucristo, nuestro supremo Mediador entre nosotros y su eterno Padre, refugio seguro de todos los pecadores, asilo inviolable de todos los infelices, consuelo de todos los afligidos, madre de los predestinados, madre de misericordia y de gracia. Si en una misma oracion repetimos tantas veces una profesion tan solemne, es, ó Vírgen santa, para manifestaros nuestro gozo por todas vuestras eminentes y singulares prerogativas, y por todas vuestras grandezas. Consideremos ahora cuánto valdrá delante de los ojos de Dios una oracion de tanto interés, y tan grata á la santísima Vírgen. Comprendamos la excelencia del santo Rosario, la importancia y las grandes utilidades de esta incomparable devocion. Ella encierra en sí todo lo que puede ceder en mayor honra de la Madre de Dios, y en mayor provecho de los fieles. No hay cofradía mas santa, mas religiosa, mas importante para la salvacion que la cofradía del Rosario. Por eso no debe causar admiracion que tantos hombres grandes, tantos grandes Santos hayan sido tan celosos en promover esta devocion; que la hayan predicado, publicado y aplaudido como seguro medio para conseguir de Dios, por intercesion de la santísima Vírgen, las mayores gracias y los mas señalados favores. Por medio de esta devocion se desarma el infierno, se ponen en precipitada fuga los enemigos de la salvacion, se burlan

sus esfuerzos, y se descomponen todos sus artificios. En virtud de todo esto reconoce la Iglesia, que debe á esta devocion la célebre victoria contra los turcos, y que con mucha razon se llama Nuestra Señora de la Victoria á Nuestra Señora del Rosario. Con estas armas se triunfa de toda la malignidad de los enemigos de la salvacion, siendo el Rosario como el broquel que recibe todos sus golpes. ¡Infelices aquellos que desprecian un socorro tan poderoso, y una fuente de bienes tan copiosa!

Punto segundo. — Considera que mientras estamos en esta vida continuamente tenemos necesidad de la intercesion de la santísima Vírgen. Hallándonos combatidos de mil tentaciones, cercados por todas partes de enemigos, caminando siempre por precipicios en medio de una noche tenebrosa, rodeados de lazos y en terreno tan resbaladizo, ¿qué modo habrá para sufrir tantos asaltos, para evitar tantas emboscadas, para resistir á tan terribles enemigos que á las fuerzas añaden el artificio, y que en todo son tan superiores á nosotros? ¿Cómo podríamos escapar de tantos peligros sin el auxilio de tan poderosa protectora? Y siendo así, nunca sobrarán nuestras diligencias para reclamarle. Y ¿quién podrá dejar, sin un descuido culpable, de recurrir á este asilo, sobre todo en la hora de la muerte, en aquel tiempo mas crítico en que nuestros enemigos redoblan sus esfuerzos y sus estratagemas, y en aquel momento decisivo de nuestra eternidad? En aquella hora terrible en que todo lo debemos temer de nuestra flaqueza, y pasada la cual nada hay que esperar de la divina misericordia. ¡Ah, que en aquel abandono general de todas las criaturas, Vos sola, ó Vírgen Madre de Dios, seréis mi refugio, mi esperanza y mi único recurso! ¡Qué consuelo será para todos los que están alistados en esta santa cofradía el saber que en aquel momento crítico y decisivo de nuestra suerte, tantos millares de devotos de la santísima Vírgen están implorando por nosotros su asistencia, reclaman tantas veces su proteccion, y solicitan con tanto fervor su misericordia! Ni solo en la hora de la muerte logran los cofrades del Rosario estos oficios de caridad; disfrútanlos tambien en todos los trabajos, aflicciones y adversidades de la vida. No es el menor de los privilegios y utilidades de esta santa cofradía la union, comunion y participacion de las oraciones y buenas obras de los cofrades. Es prodigioso el número de los fieles y devotos siervos de María que cumplen con tanta puntualidad como fervor con esta religiosa devocion, rezando todos los dias el Rosario de la Vírgen. Gran con-

suelo para los que están alistados en esta cofradía el tener parte en todas las oraciones de sus cofrades: saber que todos los dias, todas las horas y todos los momentos está un gran número de fervorosos siervos de María suplicándola afectuosamente que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc et in hora mortis nostrae.* Aun cuando nosotros no merezcamos ser oidos, ¿cómo puede negarse aquella madre de misericordia á oir los clamores de tanta piadosa muchedumbre? Si diez justos eran bastantes para desarmar la ira de Dios tan justamente irritada contra cinco populosas ciudades, ¿por qué no podremos esperar que la santísima Vírgen oiga las oraciones que tantas almas santas le ofrecen cada dia por nosotros miserables pecadores? ¡O buen Dios, y cuánto perdemos en no alistarnos en tan provechosa cofradía!

Reconozco, Vírgen santa, mi sequedad y mi culpable indolencia en no haberme dado priesa hasta ahora para entrar en un comercio tan ventajoso de oraciones y de buenas obras con todos aquellos que tan particularmente están dedicados á vuestro servicio; ó si habiendo tenido la dicha de entrar en este santo comercio, he sido negligente en cumplir con tan justa obligacion, pagándoos cada dia el debido tributo de alabanza y de oraciones. No me negueis, Señora, aquella proteccion que franqueais á los que son fieles en vuestro servicio. Á la verdad no me atrevo yo á honrarme con este título; pero deseoso de merecerle, no dejaré de oponerme á los mayores esfuerzos de mis enemigos, confiando siempre en vuestra benéfica bondad y maternal misericordia.

Jaculatorias. — María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo ahora y en la hora de la muerte. (*Eccles*).

Conseguidnos una vida pura, franqueadnos un camino seguro, para que llegando á ver á Jesús, nos alegremos por toda la eternidad. (*Eccles*).

PROPÓSITOS.

1 Aunque á todos los Cristianos se les debe recomendar la devocion á la santísima Vírgen en general como el socorro mas poderoso para vivir santamente, como el medio mas seguro para tener mas entrada con Dios, y en fin, como una de las señales menos equívocas de predestinacion; bien se puede asegurar que entre todas las devociones que el Espíritu Santo inspiró á los fieles para rendir á esta Señora el culto que se la debe, la de rezarla el Rosario con aquellos

afectos que son conformes á su institucion, es una de las auténticas y de las mas agradables á la soberana Reina. En fuerza de esto, pocos hombres ha habido, ó recomendables por su santidad, ó respetables por su carácter, por su sabiduría, ó por su dignidad, que no hayan sido celosos promotores de esta solidísima devocion. ¿Cuántos Príncipes, cuántos Reyes, cuántos Sumos Pontífices se han honrado con el título de cofrades y de siervos de María? Si tienes tú la misma honra, si logras la fortuna de estar alistado en la cofradía del Rosario, sé sumamente exacto en cumplir todas las obligaciones que impone á sus individuos; y sobre todo, en rezar indefectiblemente todos los dias por lo menos una parte de él. Pero si no has entrado en dicha cofradía, no te prives de tan gran bien: entra en ella sin dilacion, y experimentarás, particularmente á la hora de la muerte, cuanto te ha importado esta devocion.

2 No desprecies ejercicio alguno piadoso de los innumerables que se han inventado para honrar y para obsequiar á la santísima Vírgen; practica todos aquellos que puedas, y á que sientas mayor inclinacion. Por lo mismo que se han multiplicado tanto, serás menos excusable. No se te pase dia alguno sin hacer alguna oracion particular á la soberana Reina. Es muy devota la que hacia san Agustin, y tú la podrás tambien hacer ó al fin del Rosario, ó en cualquiera otra hora del dia.

«Ó bienaventurada Vírgen María, ¿quién podrá dignamente ren«dirte las debidas gracias, ni las correspondientes alabanzas por ha«ber amparado al mundo perdido con aquel tu singular consenti«miento? ¿Qué elogios te puede tributar nuestra humana fragilidad, «acordándose que por solo tu comercio encontró el camino de su re«paracion? Recibe, pues, benigna estas tales cuales gracias que te «tributamos, aunque tan cortas, aunque tan inferiores á tus sobe«ranos méritos; y al mismo tiempo que admitas, por tu bondad, nues«tros votos, excusa con tu intercesion nuestras culpas. Deposita nues«tras súplicas en el sagrario de tu benignidad, y correspóndenos pia«dosa con el antídoto de nuestra reconciliacion. Disculpa lo que no «te supiéremos pedir, y haz que sea asequible lo que no nos atreve«mos á suplicarte. Recibe lo que te ofrecemos, concédonos lo que te «pedimos, y excusa lo que tememos, porque tú eres la única espe«ranza de los pecadores. Por tu medio esperamos el perdon de nues«tras culpas; y en el mismo, ó beatísima Vírgen, se funda la espe«ranza de nuestro premio. Santa María, socorre á los miserables, «alienta á los pusilánimes, fortalece á los flacos, ruega por el pue-

«blo, intercede por el clero, aboga por el devoto sexo femenino; sien-
«tan y experimenten tu poderoso patrocinio todos los que celebran
«tu conmemoracion.»

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

Santa Brígida, viuda; la cual después de haber hecho muchas peregrinaciones á los Santos Lugares, llena del espíritu de Dios, murió en Roma el dia 23 de julio: su cuerpo fue trasladado á Suecia tal dia como ayer. *(Véase su vida en las de hoy).*

La dichosa muerte del santo viejo Simeon, en el mismo dia; del cual se lee en el Evangelio que recibió en sus brazos á Nuestro Señor Jesucristo. *(Véase su noticia en las de hoy).*

El martirio de santa Reparata (ó Reparada), vírgen y mártir, en Cesarea de Palestina; la cual no queriendo ofrecer sacrificio á los ídolos en el imperio de Decio *(por los años de 251)*, después de padecer diversos géneros de tormentos, fue degollada: su alma fue vista salir del cuerpo y volar al cielo en figura de paloma.

San Demetrio, procónsul, en Tesalónica; el cual como convirtiese mucha gente á la fe de Cristo, por mandato del emperador Maximiano fue traspasado con lanzas, y así alcanzó la corona del martirio. *(San Anastasio, bibliotecario de la Iglesia romana, tradujo en latin la vida de Demetrio de órden del emperador Carlo Magno, que era muy devoto del ilustre Mártir).*

San Nestor, mártir, allí mismo. *(Fue convertido á la fe de Cristo por san Demetrio).*

San Pedro, mártir, en Sevilla en España. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Artemon, presbítero, en Laodicea; el cual en tiempo de Diocleciano por el tormento del fuego alcanzó la corona del martirio.

Santa Benedicta, vírgen y mártir, en las cercanías de Leon de Francia. *Dió testimonio de su viva fe padeciendo un cruel y prolongado martirio, hasta que por fin fue decapitada en la misma ciudad de Leon por órden del juez Macrobio).*

Las santas Palaciata y Lorenza, en Ancona; las cuales en la persecucion de Diocleciano por órden del presidente Dion fueron desterradas, y en el destierro murieron consumidas de trabajos y calamidades. *(Palaciata era una señora principal de Ancona, y Lorenza criada suya; y antes de ser desterradas fueron afligidas con varios tormentos, de los cuales se libertaron milagrosamente).*

San Evodio ó Ivet, obispo y confesor, en Roan. *(Su cuerpo se conserva en la diócesis de Soissons).*

Santa Pelaya ó Pelagia, llamada la *Penitente*, en Jerusalen. *(Véase su vida en las del dia 30 de este mes).*

SANTA BRÍGIDA, VIUDA.

Santa Bírgita, llamada vulgarmente santa Brígida, fue hija de Birgerio, príncipe de la sangre real de Suecia, y de Sigrida, prin-

cesa de casa no menos ilustre. Siendo en los dos tan grande la nobleza, aun era mayor en ambos la virtud. No se reconoció en el reino familia mas cristiana, siendo su ejemplar piedad edificacion y admiracion de la corte. Estando Sigrida embarazada de Brígida, ocurrió gran peligro de naufragar en el mar, de que se libertó por un milagro. La noche siguiente se la apareció en sueños un venerable anciano, que la dijo haberla salvado Dios la vida por la niña que traia en sus entrañas, y la añadió: *Críala con cuidado, porque ha de ser una gran Santa.*

Nació Brígida por los años de 1302, y su nacimiento fue acompañado de una extraña maravilla; porque habiendo estado tres años sin poder pronunciar palabra, tanto que se llegó á temer quedase para siempre muda, de repente se la desató la lengua, y comenzó á hablar, no ya tartamudeando como los demás niños, sino con tanta libertad y con tanto vigor en la pronunciacion, como cualquiera persona de avanzada edad. Poco después perdió á su madre, y su padre Birgerio confió su educacion á una tia suya, cuya virtud y capacidad tenia muy conocida. Presto conoció esta virtuosa señora que á los medios exteriores que se aplicaban para su mejor educacion, hacia grandes ventajas otro maestro interior, que alumbraba el entendimiento, y formaba el corazon de la niña, y que Dios era su director. Con efecto, á los siete años de su edad se mostró plenamente instruida en los caminos de la perfeccion, practicando las mas heróicas virtudes con tanto espíritu y con tanto primor, que todos admiraban su infancia como una especie de prodigio. Aquel Dios que la habia escogido para hacer de ella un vaso de eleccion, la previno con los mas señalados favores desde su misma niñez. Estando un dia en su cuarto, se la apareció la santísima Vírgen rodeada de un celestial resplandor, con una corona de inestimable precio en la mano, y la convidó á que fuese á recibirla. Arrebatada de gozo la bendita niña, corrió apresuradamente á ella, y se arrojó á los piés de la Señora, llamándola su querida madre; quedando este insigne favor tan fuerte y tan tiernamente impreso en su corazon y en su memoria, que le tuvo presente toda la vida, durándola por toda ella los efectos de su dulcísima ternura.

Aun no habia cumplido los diez años cuando oyó un sermon de la pasion de Cristo, el que se la imprimió tan vivamente en el alma, que aquella misma noche tuvo otra vision aun mas tierna que la precedente. Apareciósela el divino Salvador del mismo modo que estuvo en la cruz cuando le enclavaron en ella, pero cubierto todo de la san-

gre que derramaban sus llagas. Penetrada de un vivísimo dolor á vista de tan lastimoso objeto, exclamó con un amoroso suspiro: *¡Ah, Señor! ¿y quién os puso tan reciamente en ese doloroso estado? — Aquelios,* respondió el Señor, *que desprecian mis mandamientos, y mostrándose insensibles á lo que padecí por ellos, corresponden á los excesos de mi amor con excesos de ingratitud.* Desde aquel punto quedó tan conmovida con aquella vision, que en adelante no podia pensar en la pasion del Señor sin exhalarse en suspiros, y sin deshacerse en lágrimas. Nunca se la borró de la imaginacion aquella imágen del Salvador; en todas partes la tenia presente, y cuando estaba bordando se veia muchas veces precisada á interrumpir la labor por la abundancia de las lágrimas. Habíala señalado la tia su tarea para cada dia, temiendo que dedicase demasiado tiempo á la contemplacion; y queriendo un dia observar en qué se ocupaba la tierna princesita, la vió con la aguja en la mano, la labor sobre las rodillas, los ojos elevados al cielo, inmoble y derritiéndose en lágrimas; pero notó que otra doncellita de extraordinaria hermosura estaba trabajando en su misma labor mientras ella se mantenia toda enajenada en su Dios. Asombrada la virtuosa señora de una y otra maravilla, cogió disimuladamente la labor de Brígida, y la guardó con el mayor cuidado como preciosa reliquia.

Recayendo estos favores tan extraordinarios en un corazon noble y naturalmente generoso, eran correspondidos con una devocion y con un fervor nada comun. No contenta con pasar en oracion todo el dia, no perdiendo jamás de vista á su Dios, se levantaba muchas veces de noche para orar, inventando fuera de eso mil industrias para castigar su inocente cuerpo con mortificaciones superiores á su edad. En una ocasion reprendiéndola su tia estos excesos, la respondió: *No temais, amada tia mia, porque mi divino Salvador, que se me apareció en la cruz, me enseñó lo que debia hacer.*

Cuando cumplió los trece años, el Príncipe su padre, sin atender á sus deseos de no admitir otro esposo que á Jesucristo, la casó con un jóven señor, llamado Wolfango, príncipe de Nericia. Echó Dios la bendicion á este matrimonio, en el cual la eminente virtud de la mujer muy desde luego se comunicó al marido, siendo uno de los mas ejemplares príncipes de la corte, y toda la familia una de las mas cristianas que jamás se vieron; porque Brígida, igualmente santa cuando casada que cuando soltera, fue la admiracion del pueblo, y santificó á toda su casa. Concedióla Dios cuatro hijos y cuatro hijas. Carlos y Bergerio, dos príncipes cabales, murieron en la Palestina

yendo á la guerra santa contra los infieles; á Benito y Gudmar los encontró maduros el cielo antes que la edad estragase su inocencia. Sus hijas Margarita y Cecilia fueron en la corte dos perfectos modelos de señoras cristianas: Ingeburgis mereció ser venerada por una de las mas santas religiosas de su tiempo; y la menor de todas fue la ilustre santa Catalina de Suecia. La santidad de los hijos fue fruto de la educacion y de los grandes ejemplos de la virtuosa madre. Consideró siempre el cuidado de su familia como la primera de todas sus obligaciones; y aunque dedicada toda á obras de caridad, sus devociones nunca la pudieron distraer de lo que debia á sus hijos y á sus criados.

Por sí misma instruia á los primeros, y sus lecciones siempre eran eficaces, porque iban acompañadas con los ejemplos. Desde su tierna infancia los iba ensayando en la devocion, acostumbrándolos á todas las obras de misericordia, y á varios ejercicios de penitencia. Luego que se vió con suficiente número de hijos para asegurar la sucesion de su casa, persuadió á su marido que en adelante viviesen como hermano y hermana en perfecta continencia; y pudo tanto con sus discretas exhortaciones, que insensiblemente le fué retirando de la corte, donde hacia uno de los primeros papeles. Comunicóle su espíritu de devocion, arregló con él todos los ejercicios espirituales, siendo uno de ellos el rezar todos los dias inviolablemente el Oficio parvo de la santísima Vírgen, y el confesar y comulgar todos los viernes de cada semana. Hízole consentir en que los pobres fuesen contados en el número de sus hijos para sustentarlos; y habiendo fundado, con su aprobacion, un hospital en el lugar donde residian, no contentándose con proveer á todas sus necesidades, ella misma iba regularmente todos los dias á servirles en persona, haciendo oficios de criada.

Deseaba con tan vivas ansias la salvacion de su marido, que no satisfecha con las continuas oraciones que hacia á Dios por él, ni con dirigirle con sus consejos y animarle con sus ejemplos, hacia todo lo posible para que perdiese el gusto del mundo, y hacerle gustar de Dios. Así sus conversaciones, como sus reflexiones, meditaciones y lecturas, todas se encaminaban á hacer cada dia mas cristiano á aquel querido esposo; y con el fin de desprenderle de ciertas inclinaciones que le tenian aun asido al amor de su país, le persuadió á que emprendiese la penosa peregrinacion á Santiago de Galicia, y ella misma quiso tambien hacerle compañía en aquel devoto y trabajoso viaje. Pudiéranle hacer con toda comodidad; pero solo dieron oidos al

espíritu de penitencia con que la habian determinado. Al volver de su peregrinacion cayó Wolfango gravemente enfermo en la ciudad de Arras; pero Dios le restituyó la salud por las oraciones de su santa mujer, á quien se la apareció san Dionisio, de quien era muy devota, y asegurándola del recobro de su marido, la manifestó lo que Dios queria de ella. Luego que se restituyeron á Suecia se sintió Wolfango tan disgustado del mundo, que hizo voto, consintiéndolo su mujer, de dejarle enteramente, haciéndose religioso. Así lo ejecutó tomando el hábito en el monasterio de Albastro, de la Órden del Cister, donde murió santamente el dia 26 de julio, como se lee en el Menologio de la Órden.

Hallándose ya nuestra Santa enteramente libre de todos los lazos, solo se aprovechó de su mayor libertad para hacer una vida mas penitente y mas perfecta. Hechas las particiones de los bienes entre los hijos, con ocasion del luto, se vistió un traje de penitencia. Condenó el mundo esta resolucion, y la corte se burló de ella; pero ni la corte ni el mundo eran su regla. Manifestóla luego el Señor cuán grata le habia sido la determinacion que habia tomado, porque se la apareció Jesucristo rodeado de una resplandeciente luz, y la dijo que la tomaba por esposa suya, y que la manifestaria varios secretos conducentes á la salvacion de muchas almas escogidas, y la añadió: *Presta, pues, oidos á mi voz con humildad, y da fiel cuenta á tu confesor de todo lo que yo te descubriere en adelante.* Desde aquel dia comenzaron las revelaciones tan frecuentes en que Dios la comunicó tan singular conocimiento de muchos misterios de la Religion, y aquella luz sobrenatural necesaria para gobernarse en los caminos del Señor, y para arribar á tan eminente grado de santidad. Y aunque no podia dudar que la gobernaba el espíritu de Dios, toda la vida observó un perfecto rendimiento á su confesor, sujetando á su censura todas sus revelaciones, y no haciendo cosa alguna sin su aprobacion, ó sin su órden.

En los treinta años que sobrevivió á su marido juntó perfectamente las obligaciones de la vida interior con los ejercicios de la mas tierna devocion y de la mas austera penitencia. No usó cosa de lienzo en aquellos treinta años: cubrió su cuerpo con un áspero cilicio, y traia á raíz de sus carnes una cuerda llena de nudos que se metian dentro de ellas. Su cama era una sola manta tendida sobre unos palos, sin que los excesivos frios de Suecia la rindiesen á buscar otro abrigo para defenderse de ellos. Hacia tantas genuflexiones, postrábase tantas veces, y besaba la tierra con tanta frecuencia, que no se

podia comprender cómo era capaz de resistir á tan rigorosas penitencias una princesa tan delicada y de tan débil complexion.

No hubo en el mundo persona de mas ingeniosa inventiva para darse á sí misma en qué padecer. Tenia una llaga voluntaria, que renovaba todos los viernes, echando en ella cera derretida para que se la imprimiese mas la memoria de los dolores de Jesucristo en su sagrada pasion. Ayunaba cuatro dias en la semana, y los viernes á pan y agua. No era menos penitente en sus vigilias. Pasaba la mayor parte de la noche en oracion, interrumpiéndola solo cuando la vencia el sueño por poco tiempo. Al rigor de su penitencia correspondia perfectamente la ternura de su devocion. Una gran parte del dia la empleaba á los piés de Jesucristo delante del santísimo Sacramento, donde gustaba consuelos y delicias inefables. Desde su niñez fue su favorecida devocion la que profesaba á la santísima Vírgen; y en sus mismas revelaciones se conoce el tierno amor con que la Madre de Dios la correspondia. En la frecuencia de Sacramentos se abrasaba su alma cada vez con nuevo incendio. Los treinta últimos años de su vida todos los dias se confesaba, y comulgaba muchas veces cada semana. Era tan dulce y tan suave con los otros, como severa y rigurosa consigo misma; pero su caridad y su amabilidad se explicaban particularmente con los pobres. Cada dia daba de comer á doce, sirviéndoles ella misma á la mesa. Sola una especie de ambicion se la conoció en toda la vida; esta era el deseo de haber nacido pobre, haciendo tanta estimacion y teniendo tanto amor á la pobreza, que muchas veces en sus peregrinaciones se mezclaba entre los mendigos, y pedia limosna con ellos. Para hacerse verdaderamente pobre de Cristo hizo donacion de lo poco que la habia quedado á favor de cierta persona virtuosa, y después recibia de ella por caridad y como de limosna lo que habia menester para sustentarse.

Fundó en Wastein un monasterio para religiosas, y admitió en él hasta sesenta, á quienes dió unas constituciones, que se conocia bien ser dictadas por el espíritu de Dios. Brindó tambien con ellas á veinte y cinco religiosos que vivian bajo la regla de san Agustin; admitiéronlas con gusto, y este fue el orígen de aquella religion monacal, que se llamó después *del Salvador, ó los monjes Brigitanos*, y fue aprobada por la Silla apostólica.

Habia dos años que estaba retirada en su monasterio de Wastein cuando se la apareció Nuestro Señor, y la dijo ser su voluntad que fuese en peregrinacion á Roma para venerar las reliquias de tantos Santos, y singularmente el sepulcro de los santos Apóstoles. Obede-

ció; y sin acobardarla las dificultades de un viaje tan trabajoso y tan largo, se puso en camino acompañada de su querida hija Catalina. En Roma brilló mas que en otra parte el resplandor de su eminente santidad. Todas las curiosidades que se admiran en aquella capital del universo no fueron capaces de despertar ni aun ligeramente la suya. No salia de casa con su hija sino para visitar las estaciones, y para ejercitarse en buenas obras. Después que en Roma satisfizo su devocion, se sintió inspirada del Señor para ir á visitar los Lugares Santos de Jerusalen y de Palestina. Solo tardó en obedecer lo que tardó en asegurarse ser aquella la voluntad del Señor. Inmediatamente que la conoció ninguna consideracion fue bastante para detenerla. Embarcóse con su amada hija santa Catalina, y en el discurso de aquel penoso y dilatado viaje experimentó sensibles pruebas de la divina proteccion. Luego que llegó á la Tierra Santa se encaminó á Jerusalen, y visitó los Santos Lugares con extraordinaria devocion. Durante esta peregrinacion tuvo nuevas revelaciones, unas de las cuales eran acerca de las revoluciones de diferentes monarquías; pero la mayor parte fueron sobre varias particularidades de la pasion del Salvador, de que no se tenia noticia por el Evangelio.

Ya habia mucho tiempo que santa Brígida arrastraba una salud muy débil, y que cada dia lo iba siendo mas al rigor de sus penitencias y de sus frecuentes enfermedades. Partió de Jerusalen para restituirse á Italia con una calentura lenta, acompañada de tanta flaqueza de estómago, que se temia mucho de su vida, ni hubiera podido aguantar tan dilatado viaje á no haberla sostenido su natural espíritu y su íntima union con Dios; pero en llegando á Roma se la agravó la enfermedad. Aparecióse el Señor, aseguróla de su eterna bienaventuranza, prescribióla lo que debia hacer hasta que llegase el tiempo de gozarla, señalóla el dia, la hora y el momento de su preciosa muerte, y la manifestó muchos sucesos que se verificaron después. En fin, el dia 23 de julio del año de 1373, á los setenta y un años de su edad, colmada de merecimientos, y recibidos los Sacramentos de la Iglesia, rindió su alma á Dios entre los brazos de su querida hija santa Catalina.

Tres dias después se dió sepultura al santo cuerpo en la iglesia de las religiosas de santa Clara del convento de San Lorenzo, llamado *in Pane et perna;* pero con el hábito de religiosas de san Salvador de Wastein. Un año después de su muerte fue elevado de la tierra, y trasladado á Suecia á solicitud de su hijo Bergerio y de su hija santa Catalina. Á los muchos milagros que hizo en vida se siguió la

multitud de los que obró Dios después de muerta. San Antonino cuenta diez muertos resucitados, con crecido número de otras maravillas; en cuya virtud el papa Bonifacio IX se resolvió á publicar la bula de su canonizacion el año de 1391, después de las informaciones y formalidades acostumbradas. Por haberse celebrado en Roma esta ceremonia el dia 7 de octubre, se fijó entonces la fiesta á este mismo dia, y después se transfirió al dia siguiente. Quedóse Roma con un brazo de la Santa, é inmediatamente después de su canonizacion se erigió en su honor una magnífica capilla en el mismo lugar de su sepultura. Tenemos un volúmen entero de sus revelaciones repartidas en ocho libros, las cuales fueron aprobadas por los Padres del concilio de Basilea, después de haberlas examinado, de órden del mismo Concilio, el sabio Juan de Torquemada, maestro á la sazon del sacro palacio, y después cardenal, quien declaró no haber hallado en dichas revelaciones cosa contraria á la sagrada Escritura, á la regla de las buenas costumbres, ni á la doctrina de los santos Padres.

SAN PEDRO, MÁRTIR.

En este dia se celebra en la santa iglesia de Sevilla la memoria de san Pedro mártir, de quien la injuria del tiempo robó á la posteridad las importantes noticias de su nacimiento, de su educacion de vida, y de las circunstancias de su martirio, como las de otros muchos héroes que florecieron en España en aquellas lamentables edades, en que los bárbaros, ambiciosos de su fértil terreno, cometieron los estragos que nos refiere la historia. Solo nos consta la gloria de su martirio, cuyo título mereció justamente por haber sacrificado su vida en defensa de la fe, en tiempo que los gentiles perseguian de muerte á todos los profesores de la religion de Jesucristo. Aunque parece que en los siglos pasados fue célebre la memoria de este ilustre Mártir, ó bien olvidada, ó aminorada, la resucitó de nuevo el cabildo de la santa iglesia de Sevilla en sede vacante por la muerte del Ilmo. D. Pedro de Castro y Quiñones, mandando que se celebrase no solo en la capital, sino en todo el arzobispado con oficio doble de segunda clase, y con las lecciones del comun de Mártir, por no constarle las actas propias; bajo cuyo supuesto se halla en los Santos propios de aquella diócesis, reconocidos y aprobados por la sagrada congregacion de Ritos, de órden del papa Sixto V; y confirmados con la autoridad apostólica, se dieron á luz en Sevilla en el año 1751 á expensas de D. Rodrigo de Castro, arzobispo en la misma iglesia.

SAN SIMEON EL JUSTO.

Hé aquí las palabras con que el evangelista san Lucas en el capítulo II, *v.* 25-35 explica el grande acontecimiento en que tuvo parte: «Habia á la sazon en Jerusalen un hombre llamado Simeon, y «este hombre justo y temeroso de Dios esperaba *de dia en dia* la «consolacion de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. Y el *mismo* «Espíritu Santo le habia revelado, que no habia de morir sin ver «antes al Cristo del Señor. Así vino inspirado de él al templo. Y al «entrar con el niño Jesús sus padres, para practicar con él lo pres-«crito por la Ley, tomándole Simeon en sus brazos, bendijo á Dios, «diciendo: Ahora, Señor, despides á tu siervo, segun tu palabra, «en paz; como si dijera: Ahora no me queda ya que ver ni que «esperar en este mundo; porque ya mis ojos han visto al Salvador «que nos has dado. Al cual tienes destinado para que, expuesto á la «vista de todos los pueblos, sea luz *brillante* que ilumine á los gen-«tiles y la gloria de tu pueblo de Israel. Su padre y su madre escu-«chaban con admiracion las cosas que de él se decian.» (Porque aun cuando á san José y á María habia sido revelada la sustancia de los grandes misterios de Jesucristo, no podia menos de despertar en sus corazones vivos sentimientos de admiracion el ver que se iban cumpliendo parte por parte oyendo á Simeon profetizar de esta manera. (*P. Scio, not. á la Bib.*). «Simeon bendijo á entrambos, y dijo á Ma-«ría su Madre: Mira, este niño que ves, está destinado para ruina, «y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de «la contradiccion de los hombres. Y una espada traspasará tu alma «de tí misma, para que sean descubiertos los pensamientos de mu-«chos corazones.» Hasta aquí el Evangelio de san Lucas, y nada mas se sabe de cierto acerca de este venerable anciano. Los antiguos en general, y muchos modernos, han creido que Simeon era sacerdote, fundados en que *tomó á Jesús entre sus brazos,* concluyendo de aquí, que esto fue para presentarle y ofrecerle á Dios; y tambien porque después *bendijo á José y á María.*

SANTA THAIS, LA PENITENTE.

Á mediados del siglo IV vivió en Egipto una famosa cortesana, por nombre Thais, que habia sido educada en la fe cristiana, pero en quien se habian extinguido los sentimientos de la gracia con un amor desordenado al deleite y á las ganancias de la codicia. La belleza, el talento, las lisonjas de las malas compañías la arrastraron á

un abismo de infames y criminales vicios, de que solo el esfuerzo extraordinario de una gracia singular podia sacarla á salvo. Esta infeliz é insensata pecadora estaba ya cási á la boca de su eterno precipicio, cuando se interpuso en favor suyo la misericordia divina. Pafnucio, santo anacoreta de la Tebaida, lloraba dia y noche la pérdida de aquella alma, porque eran públicos en todos aquellos países los escándalos de su arrastrada vida y conducta licenciosa. Al fin habiendo encomendado á Dios este asunto con el mayor ahinco, formó el proyecto de una piadosa estratagema para poder tener entrada con ella, con el fin de rescatarla de la esclavitud de sus desórdenes. Dejó, pues, sus vestiduras penitenciales, y se aderezó de modo que quedó enteramente disfrazada su profesion. Yendo á casa de ella lleno de un deseo ardentísimo de su conversion, llamó á la puerta, y fue introducido hasta su aposento. Díjola que deseaba hablar con ella en secreto, para lo que la suplicaba que escogiese algun retrete separado de su familia. «¿Qué es lo que temeis? respondió Thais; si á «algun hombre, ninguno puede vernos aquí; si á Dios, no hay si«tio por escondido que sea que huya de su penetracion. —¿Qué, «replicó Pafnucio, conoceis vos que Dios está aquí? —Sí, dijo ella, «y tambien que hay un cielo que ha de ser la porcion del bueno, y «eternos tormentos reservados en el infierno para castigo de los ini«cuos. —¿Y es posible, la dijo entonces el fervoroso ermitaño, que «sepais y creais estas eternas verdades, y oseis sin embargo á pecar «delante de aquel que conoce, y que ha de juzgar á todas las cria«turas?» Thais en estas expresiones conoció ya, que la persona con quien hablaba era un siervo de Dios que venia inspirado de un celo santo á sacarla del infeliz estado de la perdicion; y al mismo tiempo el Espíritu Santo, que hablaba por la boca de Pafnucio, iluminó su entendimiento para que viese la vileza de su pecado, y ablandaba su corazon con los tocamientos interiores de su gracia. Llena, pues, de confusion á vista de sus crímenes, y penetrada de una amargura triste, detestando su villanía é ingratitud á Dios, prorumpió en un raudal de lágrimas, y arrojándose á los piés de Pafnucio, le dijo: «Pa«dre, imponedme la penitencia que tuviéseis por conveniente; rogad «por mí á Dios que se digne de tener misericordia de mí. Tres ho«ras deseo no mas para arreglar mis negocios, y estoy dispuesta á «seguir en todo vuestros consejos.» Pafnucio la dijo un sitio á donde podia ir, y se volvió á su retiro.

Thais juntó todas sus alhajas, los magníficos adornos de su casa, y toda su mal ganada riqueza, y haciendo un gran monton en me-

dio de la calle le pegó fuego públicamente, convidando á cuantos la habian hecho aquellos presentes, y sido partícipes de sus desarreglos, á seguirla en su sacrificio y penitencia. Haber guardado uno solo de aquellos presentes no hubiera sido cortar de un todo las ocasiones de tentacion que pudiera haber hecho revivir sus pasiones, y volverla al antiguo estado de prostitucion. Con esta accion pretendió tambien reparar de algun modo el escándalo que habia dado, y manifestar cuán perfectamente renunciaba del pecado y de todos los incentivos de sus pasiones. Hecho esto pasó inmediatamente en busca de Pafnucio, y este la condujo á un monasterio de devotas mujeres. Allí la encerró en una celda el santo anacoreta, poniendo á su puerta un sello de plomo, como en significacion de que habia de ser tumba en que habia de vivir como muerta para el mundo y para sí misma. Ordenó á sus hermanas que mientras viviese cuidasen de llevarla todos los dias un poco de pan y agua; y á ella la intimó que no cesase de pedir misericordia y perdon al cielo. Ella le dijo: «Padre, enseñadme cómo he de orar.» Pafnucio la respondió: «Vos «no sois digna de invocar á Dios, pronunciando su santo nombre, «porque vuestros labios están llenos de iniquidad; ni de levantar «vuestras manos al cielo, porque están inquinadas de impurezas. «Volveos, pues, hácia el Oriente, y repetid estas palabras: Tú que «me has criado, ten piedad y misericordia de mí.» De esta suerte continuó aquella mujer orando cási con continuas lágrimas, no atreviéndose á pronunciar *Padre nuestro,* ni llamar á Dios *Padre,* porque se consideraba como destituida del título de hija por sus traiciones y desnaturalizada ingratitud; ni *Señor,* porque habiendo renunciado de él se habia hecho esclava del demonio; ni *Juez,* porque este nombre la llenaba de terror con la memoria de sus terribles juicios; ni *Dios,* porque este nombre es santísimo y adorable, y comprende en una sola palabra toda su soberana esencia y perfectos atributos. Pero por mucho que con sus acciones hubiese perdido en la presencia del Señor, siempre habia quedado criatura suya, y hechura de sus manos; y por este título le pedia, por el inmenso abismo de su bondad y misericordia, que la mirase con compasion, que la sacase de sus miserias, que la restituyese á su gracia, y que la inspirase un amor suyo perfecto y puro. Al repetir esta corta oracion ejercitaba todos los actos de devocion dentro de su corazon, excitando en sus afectos no solo los sentimientos mas profundos de compuncion, humildad y temor santo, sino los de esperanza, alabanza, adoracion, hacimiento de gracias, amor, y demás virtudes interiores; en las cuales se di-

lataban afectuosamente los impulsos de su compungido espíritu. Habiendo perseverado así con gran fervor por espacio de tres años, fué Pafnucio á san Antonio á preguntarle si esta penitencia habia sido suficiente para prepararla al beneficio de la reconciliacion, y á la comunion eucarística. San Antonio le dijo que lo consultase con san Pablo el Simple, porque Dios se digna descubrir su voluntad siempre al humilde. Ambos anacoretas pasaron juntos la noche en oracion. Á la mañana respondió san Pablo que Dios habia preparado en el cielo un lugar para la penitente: en lo que entendió Pafnucio que debia ir, como lo hizo, á sacar de la prision á la que habia merecido la indulgencia. Considerando la penitente los incomprensibles juicios de Dios, y llena de profundos sentimientos de compuncion y de su absoluta indignidad para ser admitida, ni aun á cantar las alabanzas al Señor en compañía de las castas esposas de Cristo, suplicó humildemente que la dejasen continuar en el curso de su penitencia hasta el último momento de su vida. Pero esto no lo quiso permitir Pafnucio. Ella dijo que desde el momento mismo en que allí la habia encerrado no habia cesado de llorar sus pecados, y que estos los tenia siempre indelebles en su memoria: « Por esa misma razon, dijo Pafnucio, Dios los ha lavado y remitido. » Entonces ella obediente dejó la prision para vivir con las demás hermanas. Dios satisfecho de su sacrificio la sacó de este mundo quince dias después de su reconciliacion en la tierra, por los años de 348; y es honrada en las Menologías griegas en el dia 8 de octubre.

La Misa es en honor de santa Brígida, y la Oracion la que sigue:

Domine Deus noster, qui beatae Birgittae per Filium tuum unigenitum secreta coelestia revelasti, ipsius pia intercessione da nobis, famulis tuis, in revelatione sempiternae gloriae tuae gaudere laetantes: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dios y Señor nuestro, que por medio de tu unigénito Hijo revelaste á la bienaventurada Brígida muchos secretos celestiales; concédenos por su intercesion que nosotros, siervos tuyos, seamos colmados de alegría, descubriéndonos tu gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo v.

Carissime: Viduas honora, quae vere viduae sunt. Si qua autem vidua filios, aut nepotes habet, discat primum domum suam regere, et mutuam vicem reddere pauperibus: hoc enim acceptum est coram Deo. Quae

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa, y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios.

autem vera vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus, et orationibus nocte ac die. Nam quae in deliciis est, vivens mortua est. Et hoc praecipe, ut irreprehensibiles sint. Si quis autem suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior. Vidua eligatur non minus sexaginta annorum, quae fuerit unius viri uxor, in operibus bonis testimonium habens, si filios educavit, si hospitio recepit, si sanctorum pedes lavit, si tribulationem patientibus subministravit, si omne opus bonum subsecuta est.

Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones dia y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés á los Santos, si ha socorrido á los que padecian tribulacion, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES.

El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, negó la fe, y es peor que un gentil. Una de las obligaciones mas esenciales y mas importantes de los padres y de las madres de familia es la educacion de sus hijos y el cuidado de sus domésticos. En aquel magnífico elogio que hace el Espíritu Santo de una mujer cabal y perfecta, insiste principalmente en su grande vigilancia sobre su familia. Así las particularidades á que desciende, individualizando los efectos de esta vigilancia, como las voces con que exalta su eminente virtud, acreditan bien que todo el mérito de una mujer casada se ha de medir por su desvelo en la buena educacion de sus hijos, y en la vida cristiana de sus criados. Animado san Pablo del mismo espíritu, hace aun mas visible la importancia de esta obligacion, comparando a los que se descuidan de ella con los que apostatan de la fe. Buen Dios, á vista de esto ¿qué se deberá pensar de aquellos padres de familia que no cuidan de la educacion de sus hijos, de aquellos que apenas saben si estos viven en el mundo? Entregados los padres á sus negocios ó á sus pasatiempos, abandonan los hijos á sus pasiones y á su destino. Si se ven tantos mozos malcriados; si en estos tiempos se llora generalmente corrompida la juventud, si en la mayor parte de los jóvenes apenas se reconoce cosa que huela á religion; si triunfa la impiedad de la gente moza y disoluta hasta en el sagrado del templo; todos estos escándalos y todos estos desórdenes son obra de los malos ejemplos y de la culpable indolencia de los padres. ¿Qué educacion dará á sus hijos, ni qué cuidado tendrá de su fa-

milia una mujer embebida toda en el espíritu del mundo? Las mañanas las ocupa en vestirse y en peinarse; las tardes y las noches en el paseo, en el juego ó en el baile. ¿Tendrá cara para contar por doctrina ó por lecciones que da á sus hijos aquellos breves ratos que se aparece orgullosamente en una iglesia, ó aquellas largas visitas, aquellas eternas conversaciones del mundo y de ociosidad? Pero ¿las da por ventura otras? ¿Se atreverá á dar buenos consejos, á imbuir en bellas máximas de compostura, de modestia y de recato á aquellos tiernos, aquellos inexpertos corazones, una madre que á todas horas les está dando los mas contagiosos ejemplos de profanidad, de vanidad, de indevocion y del arte infernal de conquistar corazones? Pero, ¿y de qué servirán aquellas buenas lecciones con estos malos ejemplos? Paréceles á muchos padres que remedian el contagio entregando sus hijos á un maestro ó á una aya, y que estos han de ser únicamente responsables de su salvacion, siendo así que esta la puso Dios á cuenta de los mismos padres. ¡Oh santo Dios, y cuántos de estos se condenan por no haber cuidado de sus domésticos, y por haber descuidado de sus hijos!

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit: et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione saeculi. Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexistis haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, si-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cie-

milis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera. los es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del buen ejemplo.

Punto primero. — Considera que el buen ejemplo es una elocuencia muda; una palabra obradora, que insinuándose insensiblemente en el alma, va ganando poco á poco el corazon, y por medio de una dulce pero eficaz persuasion se hace absolutamente dueño de la voluntad. Todos nos inclinamos naturalmente á la imitacion. Por lo comun se hace aquello mismo que se ve hacer á otros. En vano se esforzaban los filósofos antiguos en exhortar á sus discípulos á que caminasen por el camino de la virtud, intentando persuadirles con razones fuertes, con discursos sublimes, con pensamientos finos, ingeniosos y delicados, que no habia cosa mas útil, mas bella ni mas amable; siempre eran mas los que imitaban sus acciones que los que practicaban su doctrina; por mas que hicieron para convencerlos sobre este punto de filosofía moral, nunca lograron persuadir á otros con la verdad y con la solidez de sus sentencias que siguiesen aquel camino de que ellos mismos se desviaban con la corrupcion de sus costumbres. El discurso agrada, el argumento convence, pero el ejemplo persuade; él solo hace la verdad sensible, responde mudamente á las objeciones, muestra posible la práctica, y allana todas las dificultades. Conocen todos que la virtud es amable, y no es menester mucho entendimiento para convenir en que la vida inocente, cristiana y pura está llena de grandes consuelos; que la bondad es respetable; que es loable la regularidad, y que la santidad es digna de la mayor veneracion. Pero sale el amor propio representando mil dificultades á la razon; suscríbelas, abrázalas ciegamente el corazon; y esto es lo que hace poco eficaz el convencimiento. Todos estos obstáculos los desvanece de un solo golpe el buen ejemplo. Mas que mis sentidos, de inteligencia con el amor propio, reclamen contra la ley; mas que autoricen su sedicioso levantamiento, y los errores de mi propia experiencia; el buen ejemplo destruye, desbarata todos estos especiosos, falaces y engañosos raciocinios. Aquel Santo, aquella Santa, aquella persona de mi misma condicion, tan jóven, y acaso mas delicada, mas flaca que yo, se conservó inocente en medio de las mismas ocasiones, tuvo una vida uniforme, arreglada, fervorosa, á pesar del contagio del mundo, á pesar del esfuerzo de las pasiones, á

pesar de la seduccion del mal ejemplo. Ciertamente no hay réplica contra una prueba que hace callar al amor propio, que desarma todas las pasiones, y deja sin fuerza á todos los impedimentos. ¿Pues qué (decia san Agustin, abochornado contra sí mismo por estas irresoluciones), pues qué no podré yo hacer por mi salvacion lo mismo que aquellos y aquellas hicieron por la suya? ¿por qué razon ayudado de la divina gracia, tendré yo menos fuerzas que tuvieron ellos y ellas para romper los lazos, para resistir á las tentaciones, y para superar todos los impedimentos? ¡Oh, y qué persuasivo es el buen ejemplo!

Punto segundo. — Considera que por lo mismo que el buen ejemplo es tan poderoso para persuadir, por lo mismo serémos nosotros mas inexcusables si no lo seguimos, y mas delincuentes si no le damos. Ninguna cosa hace mas culpable nuestra cobardía, ninguna avergüenza mas nuestra pusilanimidad, ninguna destruye mas invenciblemente nuestros falsos pretextos, que el ejemplo de tantos buenos, cuya virtud formará nuestro proceso, y pondrá perpetuo silencio á nuestras frívolas excusas. Los ejemplos de los Santos son, por decirlo así, la desesperacion de los precitos. Apártanse en vida los ojos de aquellos grandes modelos; pero en la muerte, por toda la eternidad, aquellas mudas reconvenciones despedazarán el corazon de tantos cobardes cristianos que no se quisieron rendir á sus argumentos prácticos, á que no tenian que replicar. El fin que tiene la Iglesia en ponernos todos los dias á la vista tantos Santos de nuestra misma esfera, de nuestra misma profesion y de nuestra misma edad, no es otro que vencer nuestra cobardía, ó á lo menos hacer menos excusable nuestra pusilanimidad. ¿Qué tendrémos que reponer á tantos ilustres ejemplos de pureza, de mortificacion, de compostura, de modestia, de penitencia, de recogimiento y de devocion? ¿Dirémos acaso que era impracticable la virtud cristiana en un siglo tan corrompido? Pero, ¿y no nos desmentirán tantas almas santas del mismo siglo? Alegarémos por excusa que era mucho trabajo el mortificarse. Pero aquellos y aquellas que vivieron en nuestra misma compañía, ¿no se levantarán contra nosotros, y acusarán nuestra demasiada delicadeza? Dirémos que á estos les ayudaron los buenos ejemplos; pero ¿no tuvimos nosotros los mismos, y fuera de esos los suyos? Nos quejarémos de que nos faltaron auxilios, medios y gracias; pero ¿qué responderémos cuando se nos haga ver, y aun se nos haga confesar que tuvimos mas gracias, mas medios y mas auxilios que los que confunden nuestra cobardía? ¡Cosa extraña! Admíranse

las virtudes de los Santos; alábase su fidelidad á la gracia; ensálzanse sus méritos, su valor; envídiase su dicha; mas por lo que toca á sus ejemplos, esos se dejan á que los imiten otros Santos.

No permitais, Señor, que pase mas adelante mi indiferencia por mi eterna salvacion. ¡Oh, y cuánto tengo de que acusarme en este punto, y cuánto teneis Vos de que reconvenirme! Pero, mi Dios, estos grandes ejemplos que me proponeis ya no serán inútiles para mí, y espero me daréis gracia para imitarlos.

Jaculatorias.—Emulemos santamente lo bueno para practicar siempre lo que lo es. (*Gal.* IV).

Guárdate de seguir el ejemplo de los malos, y de desear su perniciosa compañía. (*Prov.* XXIV).

PROPÓSITOS.

1 Persuadido ya al poder del buen ejemplo, á la obligacion que tienes de seguirle, no menos que á la que tambien te incumbe de darle, toma desde este mismo punto una fuerte resolucion de cumplir exactamente con uno y otro deber. Aprovéchate de los buenos ejemplos que tienes delante de los ojos, y procura dárselos tú mismo á otros. Débeslos en primer lugar á tu familia, á tus domésticos, a tus súbditos, á tus dependientes y á todos aquellos que tratas con frecuencia. Tambien el público tiene derecho á este socorro de edificacion; aunque seas el hombre mas desconocido, el mas solitario del mundo, siempre debes este buen ejemplo á tus hermanos. Pero, ¿y se lo das á todos aquellos con quien vives? En vano exhortas, aconsejas y predicas; tus obras son mas persuasivas que tus palabras. Examina si tu porte edifica á los que te tratan, y corrige desde luego todo lo que puede desedificarles.

2 ¿Te faltan talentos y medios para procurar la gloria de Dios y la salvacion de las almas? Pues consuélate con que en tu vida ajustada y ejemplar tendrás el talento mas precioso y el medio mas eficaz para convertirlas. Un superior, cuya vida es la regla animada, un noble, un ilustre caballero de costumbres irreprensibles, un padre, una madre de familias verdaderamente cristianos, una señora principal sumamente ajustada y ejemplar; ¡oh, y con qué eficacia persuaden á la virtud! ¡oh, y cuánto bien hacen en las almas cada uno en su estado y por su camino! Sé tú de este número.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires Dionisio Areopagita, obispo, Rústico, presbítero, y Eleuterio, en Paris: Dionisio fue bautizado por el apóstol san Pablo, y ordenado primer obispo de Atenas; luego habiendo ido á Roma, el papa san Clemente le envió á las Galias á predicar el Evangelio: llegó á Paris, y por espacio de algunos años desempeñó fielmente su apostólico ministerio. Finalmente, después de haber sido atormentado con diverso género de tormentos, por órden del gobernador Fescenino fue degollado juntamente con sus compañeros, alcanzando así la palma del martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

La memoria del santo patriarca Abraham, padre de todos los creyentes, en el mismo dia. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Domnino, mártir, en Julia en la via Claudia, en el territorio de Parma, en tiempo del emperador Maximiano; el cual queriendo huir de la furia de la persecucion, habiéndole atravesado con una espada los que le seguian en su alcance, murió gloriosamente.

San Deusdedit, ó Diosdado, abad, en el Monte Casino; fue metido en una prision por órden del tirano Sicardo, donde murió de hambre y de miseria *(el año* 834).

San Gisleno, obispo y confesor, en Hannonia *(Henegow);* habiendo renunciado el obispado, fundó un monasterio donde vivió esclarecido en muchas virtudes.

San Luis Bertran, del Órden de Predicadores, en Valencia en la España Tarraconense; el cual lleno de un espíritu apostólico confirmó con la inocencia de su vida y con muchos milagros el Evangelio que habia predicado á los americanos. *(Véase su vida en las de mañana).*

Los santos Andrónico y Anastasia, su mujer, en Jerusalen.

Santa Publia, abadesa, en Antioquía; la cual cantando con sus monjas estos versos de David: *Los ídolos de los gentiles no son mas que plata y oro;* y: *Sean semejantes á ellos los que los fabrican;* como acertase á pasar por allí al mismo tiempo el emperador Juliano el Apóstata, por mandato suyo fue abofeteada, y ásperamente reprendida.

SAN DIONISIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Fue san Dionisio de una de las mas nobles familias de la ciudad de Atenas; nació ocho ó nueve años después del nacimiento del Salvador, y sus padres le criaron cuidosamente, tanto en las ciencias como en las supersticiones del gentilismo. Estudió en la misma célebre ciudad, á donde concurrian de todas partes los mayores ingenios por ser la mas famosa universidad de toda la Grecia. Florecian en ella todas las ciencias y artes liberales, pero sobre todo la filosofía y la astronomía; en ambas se adelantó mucho Dionisio; y para

perfeccionarse en las matemáticas hizo un viaje á Heliópolis. Estando en esta ciudad, observó aquel milagroso eclipse del sol que sucedió en la muerte del Salvador, puntualmente en el mismo plenilunio. No ignoraba Dionisio que no mediando algun cuerpo sólido entre la tierra y el sol, como no era posible que mediase estando llena la luna, necesariamente habia de ser sobrenatural aquel eclipse; y en virtud de eso, asombrado de aquel raro fenómeno, exclamó: *Ó el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina de este mundo perece.*

Vuelto á Atenas, se señaló mucho en aquella universidad por su sabiduría, por su elocuencia y por su ingenio sobresaliente; tanto, que sin reparar en sus pocos años le honraron con los primeros empleos, y en breve tiempo se vió elevado á la dignidad de uno de los primeros jueces del Areopago. Era este el mas respetable tribunal de toda la Grecia. Celebra la historia en mil partes la integridad de los que le componian; y hasta los mismos romanos, en medio de su vanidad, remitian á él muchas causas ambiguas, honrándose mucho de ser admitidos en el número de los areopagitas. Hallábase aquel augusto y famoso tribunal en su mayor esplendor cuando entró san Pablo en Atenas, siendo á la sazon la ciudad mas célebre del mundo por las ciencias que se enseñaban en ella, y por el concurso de estudiantes y de maestros que acudian á su universidad de todas las provincias á donde se extendia la jurisdiccion del imperio romano. Era, por decirlo así, como la academia universal de todas las artes y de todas los descubrimientos del ingenio; por lo que no podia el Apóstol escoger teatro mas oportuno para anunciar el Evangelio, ni lugar donde estuviese mas viva la curiosidad de aprender cosas nuevas en materia de religion. Luego que el santo Apóstol se hizo cargo del lastimoso estado en que se hallaba la ciudad, se sintió interiormente conmovido, y penetrado su corazon de la mas viva compasion á vista de un pueblo tan idólatra y tan ciego. Comenzó á predicar, segun su costumbre, primero á los judíos en sus particulares sinagogas; y saliendo después á las calles y á las plazas públicas, anunciaba el Evangelio á todo género de gentes. Cuando le oyeron hablar de la unidad de Dios, de su inmensidad y de su omnipotencia, pasando después á los misterios de la encarnacion del Verbo y de su resurreccion, hizo tanto eco en los ánimos de sus oyentes aquella nueva doctrina, que le delataron al tribunal del Areopago. Compareció en él san Pablo, y dió razon de su religion, demostrando tan visiblemente su verdad, su santidad y su excelencia, que todos los jueces quedaron admirados, aunque no todos quedaron convertidos. Rindiéronse pocos

á la fuerza de la verdad, y entre estos pocos fue uno Dionisio Areopagita. Las conferencias privadas que tuvo con el Apóstol le abrieron en fin los ojos; y detestando las supersticiones del gentilismo, abandonó sus bienes, y renunció sus empleos por seguir á Jesucristo, quedando gustosamente sorprendido cuando entendió que aquel milagroso eclipse que tanto le habia asombrado, habia puntualmente sucedido en la muerte del mismo Salvador.

Instruido ya perfectamente en los misterios y en la doctrina de la Religion, fue bautizado por san Pablo, y admitido en el número de aquellos discípulos que se distinguian mas en su cariño. Comunicóle particularmente á él aquellas luces sobrenaturales, aquellos divinos secretos que el Apóstol habia aprendido en la misma fuente cuando fue arrebatado hasta el tercer cielo; y con este descubrimiento sacó en Dionisio uno de los mas iluminados y de los mas hábiles maestros de la vida mística. Créese comunmente que san Dionisio acompañó á san Pablo en todos los viajes que hizo aquellos tres primeros años; y que después creciendo cada dia el número de los fieles, el mismo Apóstol le consagró por obispo de Atenas.

Formado en tal taller, y siendo obra de un artífice tan diestro, ya se deja discurrir cuál seria su conducta, cuánto su celo y cuánta su virtud en el ministerio episcopal. Ningun obispo fue mas semejante á los primeros Apóstoles. Su vida era una viva imágen de la de estos; la misma inocencia, la misma austeridad y el mismo fervor. Iluminado por el mismo Dios aquel entendimiento naturalmente sublime, elevado y perspicaz, fue Dionisio uno de los mayores doctores y de los mas sabios maestros de la vida espiritual. En su admirable libro *de la Jerarquía eclesiástica*, en el *de los Nombres divinos*, y en sus epístolas á san Tito, á san Timoteo y á san Policarpo, se hace visible su íntima comunicacion con Dios, aquel eminente don de contemplacion que poseia, y su sabiduría verdaderamente divina y celestial. Su conducta era en todo correspondiente á sus soberanas luces; y en el gobierno de la iglesia de Atenas se hacia palpable á todos que le dirigia el espíritu de Dios. No cabia caridad mas general y mas ardiente, ni celo mas generoso y mas universal, ni amor de Jesucristo mas puro, mas abrasado y mas tierno. Pero sobre todo, desde el mismo punto de su conversion fue profundísima la veneracion que profesó siempre á la Madre de Dios, asegurando él mismo que el majestuoso aire y la divina modestia de la santísima Vírgen estaban diciendo á todos quién era aquella Señora; haciéndole esto tanta impresion, que acostumbraba á decir, que á no saber por la fe que no

podia haber mas que un solo Dios, nunca podria creer que la Vírgen no fuese mas que humana criatura.

Tambien nos certifica él mismo en el libro *de los Nombres divinos* que logró el consuelo de hallarse presente en Jerusalen á la muerte de la Madre de Dios, y de ser testigo ocular de todas las maravillas que sucedieron en ella; queriendo la santísima Vírgen dispensar este favor á su celoso siervo Dionisio, que toda la vida conservó el mas tierno amor y la devocion mas extraordinaria á la soberana Reina.

Restituido á la ciudad de Atenas, se aplicó con mayor celo que nunca al cultivo de aquella nueva viña del Señor, que á esfuerzos de su trabajo en breve tiempo fue una de las mas floridas porciones de la Iglesia. Igualaba al fervor de los cristianos de Jerusalen el de los nuevos fieles de Atenas; correspondia la docilidad de la grey á los desvelos del Pastor, y muy en breve triunfó la fe de Jesucristo en aquella capital de la Grecia.

Levantósele por este tiempo su destierro á san Juan evangelista, que le estaba padeciendo por la fe en la isla de Patmos, y restituyéndose á su iglesia de Éfeso, inmediatamente nuestro san Dionisio le fué á visitar. Tiénese por cierto que durante su mansion en Éfeso y en las conversaciones particulares que tuvo con el amado Evangelista, el Señor le dió á entender la necesidad que tenian de operarios apostólicos las provincias mas extendidas de la Europa, y que le inspiró el pensamiento de irse á ofrecer al papa san Clemente para esta mision; y como la iglesia de Atenas cada dia se iba haciendo mas numerosa y mas florida, él mismo escogió por sucesor suyo á san Publio, á quien san Pablo habia convertido; y después que el mismo Publio le informó del estado de aquella iglesia, en la cual habia trabajado con abundante fruto por largo tiempo, hecha dimision del obispado, le consagró obispo de Atenas, y Dionisio tomó el camino de Roma, acompañado del presbítero Rústico, y del diácono Eleuterio, ambos fieles compañeros suyos en todos sus viajes y apostólicos trabajos. Nuestro Santo fue recibido del papa san Clemente con aquella caridad que une tan estrechamente el corazon de los hombres apostólicos; y habiéndole declarado sus intentos, le suplicó que le señalase el lugar de su mision. Alumbrado y encendido el santo Papa con el mismo espíritu, y animado del propio celo, le envió á las Galias, donde parecia que dominaba el gentilismo con mayor imperio á favor de la crasa ignorancia en que aquellos pueblos vivian como anochecidos.

Partió inmediatamente san Dionisio con san Rieul, san Marcelo, por sobrenombre Eugenio, y algunos otros operarios que le dió el

Sumo Pontífice para que todos trabajasen en aquella inculta viña.

Noticioso san Rieul, discípulo de san Juan evangelista, que san Dionisio habia partido á Roma para ir á predicar el Evangelio á los gentiles en las Galias, le vino á buscar, y se le ofreció por compañero en aquella expedicion; lo mismo hicieron san Luciano y san Eugenio con otros excelentes operarios; y toda esta tropa de hombres apostólicos salió de Roma para ir á llévar la luz de la fe al otro lado de los Alpes. Es antigua tradicion de todas las iglesias de Provenza, que los santos misioneros se dirigieron primeramente á Arles, donde ya habia muchos cristianos bautizados por san Trofimo; y que habiéndose detenido san Dionisio algun tiempo para cultivar aquella iglesia, como lo hizo con mucho fruto, llamándole á provincias mas distantes el espíritu de Dios, consagró por obispo de Arles á san Rieul, y él con los demás compañeros se encaminó á Paris para anunciar el Evangelio.

Luego que entró en aquella ciudad, fundada entonces en una isla que forma el rio Sena, y hoy se llama la isla de Palacio, se vió cercado de un inmenso gentío; y habiendo recibido el don de lenguas (como se debe creer), que era tan comun á los hombres apostólicos, habló á aquella muchedumbre con tan divina elocuencia sobre la risible vanidad de sus mentidas deidades, haciéndoles palpable la quimérica imposibilidad de muchos dioses; mostró con tanta energía la necesidad de creer que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra, y que este no podia ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios; en fin, explicó con tanta elevacion, y al mismo tiempo con tanta claridad, así las verdades mas esenciales, como la santidad de nuestra Religion, que sobre el mismo hecho muchos de sus oyentes le pidieron el Bautismo. Á vista de un suceso tan pronto como feliz, se encendió mas y mas el celo del nuevo Apóstol, venerándole ya todos como un hombre bajado del cielo; y los milagros que obraba cada dia en beneficio de un pueblo tan dócil á las verdades de la fe, le hacia por puntos mas y mas cristiano, y mas sediento de las sagradas purísimas aguas del Evangelio. Desde luego se erigieron diferentes oratorios, siendo tradicion, tan respetable por su antigüedad, como por la autoridad de los grandes hombres que la adoptaron, que el primero de estos oratorios ó de estas iglesias le dedicó san Dionisio á la santísima Trinidad, y que estaba en el mismo sitio donde se ve al presente la iglesia de San Benito, leyéndose aun el dia de hoy en una vidriera de la capilla de San Dionisio estas palabras: *In hoc sacello sanctus Diony-*

sius coepit invocare nomen sanctissimae Trinitatis: en esta capilla dió principio san Dionisio á invocar el nombre de la santísima Trinidad. El segundo oratorio le dedicó á Dios el mismo Santo en honor de la santisima Vírgen; y es la iglesia que después se llamó *de Nuestra Señora de los Campos,* donde está hoy el convento de los Padres Carmelitas. El tercero se dedicó á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y el cuarto á san Esteban.

Dícese que el primero que recibió el Bautismo de mano de san Dionisio fue uno de los mas ilustres caballeros de Paris, llamado Lisbio, á quien la gran casa de Montmorenci reconoce por tronco de su familia, por cuya razon en las batallas tomó por grito de acometer estas palabras: *Ayude Dios al primer cristiano.*

Á vista de tantas y tan ruidosas conquistas como hacia cada dia nuestro Santo, necesariamente se habia de consternar el ánimo de los paganos, particularmente el de los sacerdotes de los ídolos, que á su pesar y tan á costa suya estaban viendo erigirse la religion cristiana sobre las ruinas del gentilismo. No menos conturbados que interiormente enfurecidos acudieron á echarse á los piés de Fescenino Sisino, gobernador de las Galias por el Emperador, y le representaron que unos extranjeros venidos allá de los retirados rincones de la Grecia, tenian tan trastornado el espíritu del ciego vulgo y del ignorante pueblo por medio de sus acostumbrados hechizos y familiares encantamientos, que en gran desprecio de los dioses inmortales todos se hacian cristianos. Lamentáronse de que los templos estaban desiertos y los sacrificios abolidos, protestándole que si no se aplicaba pronto y eficaz remedio con ejemplar suplicio de las cabezas de aquella sacrílega sedicion, muy en breve veria el mismo Gobernador exterminado de Paris el culto de los dioses del Imperio. Turbóse Fescenino al oir tan graves quejas, y mandó que fuesen arrestados los jefes ó las cabezas de los Cristianos. No habia cosa mas fácil que dar luego con ellos, y así fueron inmediatamente presos san Dionisio, Lisbio, en cuya casa estaba hospedado el Santo, Rústico y Eleuterio. Llevárónlos á presencia del Gobernador; y cuando estaban en su tribunal, entró en él Larcia, mujer de Lisbio, y tan furiosamente idólatra, que rabiosa contra el Apóstol y contra su mismo marido, mas con ademanes de furia que de mujer, comenzó á acusar á Lisbio, que con sus mismas manos habia hecho pedazos todos los ídolos. Procuró Fescenino pervertir á aquel cristiano caballero con ruegos, con promesas y con amenazas; pero viendo su invencible constancia, mandó que allí mismo le cortasen la cabeza á vista de su mujer; y haciendo

después todo cuanto pudo para intimidar á Dionisio y á sus compañeros, dió órden de que todos fuesen encerrados en los calabozos de cierta prision inmediata, que se llamaba la cárcel del Glaucin, y con el tiempo se convirtió en una iglesia intitulada: *San Dionisio de la Cárcel,* donde no estuvieron meramente asegurados, sino atormentados cruelmente al peso de gruesas piedras que cargaban sobre sus cuerpos.

Pasados algunos dias mandó el tirano que los trajesen á su tribunal, y les preguntó con fiereza, si aquel primer ensayo les habia hecho cuerdos, ó si eran tan locos que quisiesen acabar la vida con los mas desapiadados tormentos. San Dionisio respondió á nombre de todos, que ni los tormentos mas horribles, ni la misma muerte serian capaces de contrastar la constancia de su fe, puesto que era su vida el mismo Jesucristo por quien deseaban morir, teniéndose por dichosos si lograban derramar su sangre á gloria de su Salvador y de su Dios. La réplica del Juez á esta generosa respuesta fue una espesa lluvia de azotes con ramales armados de puntas de acero, que despedazaron los cuerpos de los santos Mártires hasta descubrirse las entrañas. Era espectáculo digno de la atencion de los Ángeles ver á un venerable anciano con mas de ciento y seis años (no contaba menos san Dionisio) cantar incesantemente las alabanzas del Señor, con semblante alegre y risueño, en medio de aquella horrorosa carnicería.

Asombrado el tirano de tan magnánima firmeza, los mandó llevar otra vez á la cárcel, de donde presto los volvieron á sacar para atormentarlos con mayores suplicios. Apenas se podia imaginar cómo era posible que un viejo de mas de çien años resistiese á tanta barbaridad. Extendiéronle sobre el potro: renováronle todas las llagas con garfios de acero; y tendiéndole después sobre cierta especie de parrillas, le fueron como asando á fuego lento, sin que en todos estos tormentos le pudiesen arrancar ni una sola queja ni un solo suspiro. Es verdad que cada tormento iba acompañado de un prodigio. Arrojáronle después en un horno encendido, donde renovó Dios el milagro de los niños que respiraban refrigerio en medio de las llamas. Sacáronle del horno para amarrarle á una cruz, que el Santo convirtió en cátedra de la verdad, predicando al pueblo desde ella la santidad de nuestra Religion, el mérito de los trabajos, y la loca impiedad del gentilismo. Tanto tropel de maravillas aturdió á los paganos, y mas aturdido que todos el tirano, hizo que tercera vez le restituyesen á la cárcel, á donde concurrieron los fieles de todas partes, y se asegura que para fortalecerlos en la fe, el santo Pastor celebró el divino sacrificio, y á todos dió la Comunion.

El dia siguiente, 9 de octubre del año 117, el tirano pronunció sentencia de que Dionisio y sus compañeros fuesen degollados, lo que se ejecutó en el mismo dia. Hízose después una horrible carnicería en los Cristianos; y se dice que entre estos, Larcia, mujer del santo mártir Lisbio, convertida por las oraciones y por los milagros de san Dionisio, logró la dicha de merecer la corona del martirio.

Es tradicion tan antigua como la muerte de nuestro Santo, que después de degollado, el cuerpo de san Dionisio se puso en pié por sí mismo, tomó su cabeza en las manos, y la llevó al lugar donde está hoy la célebre poblacion y monasterio de su nombre, á dos leguas de Paris, cuyo portento acabó de convertir á todo el pueblo. Añádese, que acudiendo al ruido de este prodigio una santa mujer, llamada Cátula, á quien el Santo habia convertido, este se fué derecho á ella, púsola en las manos su cabeza, y cayó el cuerpo en tierra, dejándola depositaria de sus preciosas reliquias. Apoderada de tan inestimable tesoro, le guardó y le escondió con el mayor cuidado mientras duró aquella violenta persecucion, y no contenta con eso, tuvo arte para lograr á precio de dinero los cuerpos de sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Noticioso san Rieul del martirio de nuestros Santos, se sintió inspirado de Dios para buscar sus reliquias; y encargando el cuidado de su iglesia de Arles al obispo Felicísimo, que habia ido á visitarle, partió á Paris, acompañado de algunos presbíteros suyos. Con las noticias que allí le dieron, se encaminó á la aldea de Charoüil, donde encontró á la piadosa matrona Cátula, y consagró en honor de san Dionisio y sus compañeros una capilla de madera, que aquella virtuosa señora habia erigido sobre el sepulcro de los Santos. Mas de trescientos años después, santa Genovefa, devotísima de san Dionisio, erigió otra capilla de piedra mucho mas capaz, donde pasados otros doscientos años, el rey Dagoberto fundó aquel célebre monasterio de San Dionisio, y aquella suntuosísima iglesia que los reyes de Francia escogieron para su sepultura.

No se ignora que algunos sabios críticos de estos últimos tiempos quieren disputar al reino de Francia la gloria de haber merecido á san Dionisio Areopagita por uno de sus primeros apóstoles; pero se juzgó mas seguro seguir el parecer del Martirologio, y aun el de la misma Iglesia romana, pareciendo que la crítica del tiempo debiera ceder á la tradicion de mas de mil y doscientos años, y á la autoridad del sabio Hincmaro, arzobispo de Reims, de Fortunato, obispo de Poitiers, de Eugenio II, arzobispo de Toledo, del venerable Beda, de todos los hombres grandes que florecieron en los ocho últimos si-

glos, del mismo concilio de Paris, y en fin, del unánime consentimiento de la Iglesia griega y latina, como lo observa el sabio cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio romano.

EL SANTO PATRIARCA ABRAHAM, PADRE DE TODOS LOS CREYENTES.

Abraham, que significa y quiere decir padre de muchas gentes, fue hijo de Tharé, descendiente de Sem hijo de Noé. Tuvo dos hermanos, Nachor y Aran. El lugar de su nacimiento fue Caldea, y el pueblo donde vivió se llamó Ur. Tharé era de setenta años cuando engendró á Abraham, que fue el primogénito y mayorazgo de sus hijos. De los cuales el tercero, llamado Aran, murió antes que su padre y hermanos, y dejó un hijo que se llamó Lot, y dos hijas llamadas Melcha y Yesca. Yesca tuvo otro nombre, que fue Sarai ó Sara, como advierte san Agustin, y casó con Abraham su tio, porque á la sazon semejante grado de parentesco no era prohibido en los casamientos. Melcha casó tambien con su tio Nachor, hermano de Abraham.

Comenzó á este tiempo, como dice santo Tomás, la idolatría en el mundo, cuyo orígen y principio, como se colige del libro de la Sabiduría (cap. XIV), fue que muriéndosele á un rey, ó á un padre rico y poderoso su hijo, sintiéndolo demasiadamente, para tomar algun consuelo hacian una figura suya ó imágen, á la cual reverenciaban y tenian en mucho. Mandaban á sus criados que les hiciesen ofrendas y sacrificios; de esta manera los que antes habian sido hombres, despues vinieron á ser tenidos por dioses. Lo mismo hicieron luego los hijos con los padres difuntos; y pasando adelante la ceguedad de los hombres viendo cuánto influian en la tierra el fuego, los vientos, el agua, el sol y la luna, creyeron que eran los dioses que gobernaban el mundo, y los adoraron. «¡Ó deplorable ceguedad! exclama «cierto escritor sagrado: los hombres, colmados de los dones y bene«ficios de Dios, han desconocido la mano que los derrama. Fue des«conocido el Criador; y el culto supremo que á él únicamente es de«bido, prostituyóse siendo tributado á las criaturas.»

Los caldeos hijos de Sem, en cuya tierra vivia Abraham, aunque conservaron por largo tiempo el temor del Señor, poco á poco fueron pervirtiéndose en la corrupcion general, y concluyeron por llamar Dios al fuego, y adorarle, porque les calentaba y sazonaba los manjares. Propio de la divina bondad era poner un dique al torrente de la idolatría, que iba á inundar todas las naciones. Sin abandonar á los demás pueblos, que no debian atribuir su ceguedad mas que á

sí mismos, determinó Dios reservarse al menos un corto número de adoradores, conservar entre ellos el depósito de la revelacion primitiva, y poner en medio del mundo conocido un ejemplo visible de la Providencia, que convenciese al género humano en todos los siglos, que siempre habia sido objeto de su paternal solicitud y gobierno.

Abraham, descendiente de Sem, siendo él fiel y siervo de Dios, fue escogido por padre de este nuevo pueblo. Mandóle Dios salir de la Caldea su patria, y le prometió multiplicar su posteridad, y hacerle un dia dueño del país de Canaan, donde queria establecer su culto. Díjole el Señor: «Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la «casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré. Y yo te haré «padre de muchas gentes... Á tu posteridad daré esa comarca,... á la «cual multiplicaré como las estrellas del cielo y como las arenas del «mar.» Á esta promesa añadió el Señor otra de infinito mas lustre: «Todas las naciones del mundo serán benditas en tí,» es decir, en aquel que nacera de tí, como Dios mismo lo explica mas adelante.

Por esta palabra es Abraham constituido padre de todos los creyentes, y escogida su posteridad para que sea la fuente, cuyos raudales de bendicion se extiendan por todo el universo. Creyó Abraham en la promesa de Dios, y dando cuenta de ello á su madre y padre Tharé, salió con ellos y con Sara su mujer y su sobrino Lot, é hizo alto en Aran ó Caran, que los dos nombres se hallan en la Escritura, cuya tierra es una region media entre caldeos y cananeos, llamada por los griegos Mesopotamia. Abraham estuvo aquí algun tiempo, y teniendo ya muchos ganados y esclavos, mandóle Dios que dejase á su padre, y pasase adelante á la tierra de Canaan, llamada así porque la habitaban los descendientes de Canaan, hijo de Cam. Era á esta sazon Abraham de setenta y cinco años: obedeció, y salió con su mujer Sara y llevando consigo á su sobrino Lot. Llegó á un valle de Siquem en la tierra prometida de Canaan, donde se le apareció Dios, y le dijo: «Á tu posteridad daré esta tierra.» Y Abraham edificó allí un altar al Señor, que se le habia aparecido; y pasando de allí al monte que estaba al Oriente de Bethel, edificó igualmente allí otro altar al Señor, é invocó su nombre. Cuenta luego la Escritura que sobrevino hambre en aquella tierra donde Abraham moraba, y para librarse de ella descendió á Egipto. Pero antes de entrar en Egipto habló con Sara su mujer, y díjole, que atendido á que era hermosa, podia acontecer que los egipcios por ocasion suya le matasen á él; así pues que dijese ser su hermana, con cuyo título y por su causa le harian bien.

Costumbre era esta entre los parientes, y por esto siendo Sara sobrina de Abraham no mentia llamándole hermano, y por tanto no pecó Abraham, como dice santo Tomás, en dar este consejo á Sara, antes nos enseña que la verdad sin culpa puede algunas veces encubrirse.

Estando en Egipto Abraham y su familia, los egipcios dieron noticia al rey de la hermosura grande de Sara; mandóla traer á su presencia, y agradado mucho de ella, quiso que fuese su mujer. Aunque primero que las bodas se celebrasen habian de pasar algunos dias conforme á la costumbre de la tierra, en los cuales teniendo el Rey á Abraham por hermano de Sara, le hizo mucho bien, acrecentándole su hacienda, como dice san Gerónimo, en ovejas, bueyes, camellos y esclavos, bien es de creer que todo esto le daba á Abraham poco gusto, temiendo perder su honra, aunque confiaba grandemente en Dios, que habia de volver por ella, y así volvió, hiriendo al Rey y á toda su casa con plagas y enfermedades. Por donde el Rey, ó avisado de sus sacerdotes, ó por el mismo Dios, de la causa de su daño, llamó á Abraham, y díjole: «¿Qué es esto que has hecho conmigo? «¿por qué no declaraste que era tu mujer? Sino diciendo que era her«mana tuya me diste ocasion que yo pretendiese casar con ella.» Fue decir, de lo sucedido tienes tú la culpa; que si yo supiera que era tu mujer, no la pretendiera para mí. Mandó el Rey que le fuese vuelta Sara á Abraham, y con su hacienda y familia salió de Egipto, y volvió á Canaan.

No pasó mucho tiempo sin que Abraham y Lot se separasen. Siendo mucha la riqueza que ambos tenian en ganados, é insuficiente el país para alimentarlos estando juntos, de aquí sucedia que los pastores de un patriarca y del otro pretendian los mejores pastos para sus ganados, y tenian á cada paso diferencias y rencillas. Lo cual visto por Abraham, habló á Lot su sobrino, y díjole: «No es razon haya entre «nosotros ni entre nuestros pastores enojos, pues somos hermanos [1]. «Ahí tienes á la vista toda la tierra, puedes elegir la parte que te «agradare: si fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha: si tú es«cogieres la derecha, yo me iré á la izquierda.» Lot puso sus ojos en la tierra de Sodoma, junto al Jordan; y viendo que era fertilísima, eligió aquella para su habitacion, y fijó su residencia en Sodoma. Abraham eligió la contraria, que era la tierra de Canaan, y el Señor le dijo, después que Lot se hubo separado de él: «Alza tus ojos, «y mira desde el lugar en que ahora estás, hácia el Septentrion y el «Mediodia, hácia el Oriente y el Poniente: toda la tierra que regis-

[1] Es una expresion hebrea que significa, somos parientes muy cercanos. (*Scio*).

«tras daré á tí y á tu posteridad para siempre. Y haré tu linaje como «el polvo de la tierra: si puede alguno de los hombres contar el polvo «de la tierra, podrá tambien contar tu descendencia. Levántate, y «recorre la tierra á lo largo de ella, y á su ancho; porque á tí la ten-«go de dar.» Abraham asentó casa en Hebron, en el valle de Mambré, donde edificó altar, y ofreció sacrificio á Dios.

Aconteció luego que se levantó guerra en las tierras donde Lot habitaba, y fue que siendo señores de ellas cinco reyes, y habiendo pagado tributo doce años á Codorlahomor rey de los elamitas, porque se le rebelaron, y negaron el tributo, vino en compañía de otros tres reyes sus aliados á batalla contra ellos. En la cual los cuatro reyes vencieron á los cinco, y poniéndolos en fuga, entraron á saco en las tierras de Sodoma y Gomorra, hicieron un gran botin, y lleváronse cautivos á muchos ciudadanos, entre ellos á Lot con toda su familia y hacienda.

Cuando supo Abraham la cautividad de su sobrino, juntó al momento trescientos diez y ocho domésticos suyos armados á la ligera, y fué siguiendo el alcance á los enemigos hasta Dan. Estaban estos bien descuidados cuando Abraham al llegar la noche dió con buen órden en ellos, y los derrotó, los puso en fuga, y rescató á Lot su sobrino con los demás prisioneros y todo el botin.

Salió el rey de Sodoma á recibir á su libertador; y Melquisedech, rey de Salem, su aliado, ofreció pan y vino, porque era pontífice del Altísimo, y bendijo luego á Abraham diciéndole: «Bendito Abraham «del Dios excelso, que crió el cielo y la tierra. Y bendito el Dios ex-«celso, con cuya proteccion los enemigos están en tus manos.» Abraham dió á Melquisedech el diezmo de todo lo que les habia cogido á los enemigos en su derrota. Todos los santos Padres han visto en la oblacion de Melquisedech una imágen de la que se hace sobre nuestros altares. No hay en efecto cosa mas digna de nuestra admiracion que ver como, mucho tiempo antes de Moisés, no ofrece en sacrificio mas que pan y vino el único hombre á quien la Escritura llama sacerdote del Dios altísimo. El rey de Sodoma pidió á Abraham las personas que habia libertado, y le dijo que se quedase con la hacienda. Abraham le respondió que ninguna cosa tomaria para sí, porque no queria que en tiempo alguno se gloriase diciendo: «Yo enrique-«cí á Abraham.»

El Maestro de las Historias dice que de esta victoria de Abraham, y remision que hizo de los cautivos, tuvo orígen este nombre JUBILEO, que es lo mismo que remision.

Después de estos sucesos tuvo Abraham una revelacion del Señor en una vision, y porque el Patriarca se mostró triste por no tener hijos, consolóle el Señor, dándole palabra que los tendria, y que de la manera que las estrellas del cielo no pueden contarse, así su generacion no se podria contar. Hizo Abraham sacrificio á Dios por su mandato de ciertos animales: bajaron aves sobre el sacrificio como para comérselo ó dañarlo: Abraham las echaba de allí, porfiando en esto algun tiempo. En lo cual se nos da á entender, que en las buenas obras siempre se levantan estorbos: el justo ha de tener cuidado de desecharlos, y no por esto desista de sus buenos intentos.

El deseo que Abraham tenia de hijos fue ocasion, queriéndolo así Sara su mujer que ya no estaba en edad de concebir, que se aprovechase de la dispensacion concedida de Dios en aquel tiempo de tener mas de una mujer. Sara, pues, dijo á Abraham: «Veis que el «Señor me ha hecho estéril; tomad, os ruego, á mi sierva para que «por ella pueda yo tener hijos.» Abraham accedió á los deseos de Sara: desposóse con Agar. Cuando esta advirtió que habia concebido, tomó alguna soberbia, y despreció á su señora. Sara se quejó á Abraham, y él le dió pleno poder para que la castigase é hiciese humilde. Viendo Agar que su señora la castigaba, huyó de la casa de Abraham, sola por los campos. Aparecióse un Ángel cerca de una fuente, y consolóla diciendo que pariria un hijo, á quien pondrian el nombre Ismael y seria padre de muchas gentes, que volviese á casa de Abraham y fuese obediente á su señora Sara. Lo cual hizo Agar como le fue dicho, y parió á su tiempo un hijo que se llamó Ismael, como dijo el Ángel, siendo Abraham de ochenta y seis años. Cuando llegó á edad de noventa y nueve años, siendo Ismael de trece, apareciéle Dios, y díjole: «Yo soy el Dios todopoderoso: anda en «mi presencia y sé perfecto; y pondré mi alianza entre mí y tí, y te «haré padre de muchos pueblos y reyes, que saldrán de tí.» Postróse Abraham en tierra, y díjole Dios que su nombre en adelante fuese Abraham, que quiere decir *padre de una multitud excelsa*, como antes se habia llamado Abram, que significa *padre excelso*. A Sara tambien puso este nombre, habiéndola llamado antes Sarai, que significa *princesa* ó *señora mia*, y así le dijo Dios que de ella le daria un hijo á quien echaria su bendicion, y seria padre de muchas naciones y reyes. Mandó asimismo á Abraham que se circuncidase él, y todos los varones de su casa y familia, para que fuese señal de que habia escogido por suyo á aquel pueblo. Quiso tambien é hizo ley de ello, que todos los niños de ocho dias fuesen circuncidados, porque circunci-

dándose profesaban la fe de un mediador que habia de venir, eran limpios del pecado original en que habian sido concebidos y nacidos. Circuncidóse Abraham de edad de noventa y nueve años, como se ha dicho, y circuncidó á todos los varones de su casa el mismo dia en que le mandó Dios que lo hiciese.

Estando después asentado á la puerta de su casa en el valle de Mambré, á la hora de mediodia vió tres Ángeles, y como dice san Agustin, en figura de personas humanas. Levantóse y fuése á ellos, y puesto de rodillas en su presencia dijo: «Señor, si soy digno de que «se me haga esta merced, no paseis adelante; aquí se os podrán la- «var los piés, y seréis regalados, y servidos de comida en casa de «este vuestro siervo.» Hase de advertir que vió Abraham tres, y adoró uno, donde se nota, como advierte tambien san Agustin, el misterio de la santísima Trinidad. Los Ángeles aceptaron el convite de Abraham, y él entró presuroso en su casa, y dijo á Sara que diligentemente aderezase comida para aquellos peregrinos. Corrió luego al ganado, y tomó un becerrillo tierno, y dióle á su criado, para que con mayor presteza le llevase á su casa y fuese aderezado.

Nota aquí tambien san Agustin, que Abraham apriesa recibió á los peregrinos, y apriesa mandó aderezar la comida, apriesa fué al ganado, y apriesa envió á que aderezasen la ternera: es Dios enemigo de negligentes tibios, y agrádale mucho la diligencia. Así lo amonesta el Espíritu Santo en el Paralipomenon, «haced todas las cosas «con diligencia.»

Dijo el mas principal de los Ángeles á Abraham: «Por este mismo «tiempo (ó estacion) volveré por aquí, y tu mujer Sara tendrá un «hijo.» Estaba Sara detrás de la puerta de la tienda, porque la comida habia sido fuera debajo de un árbol, y oyendo que habia de tener un hijo, rióse ocultamente, pues los dos eran ancianos. El Ángel, que traia veces de Dios, dijo á Abraham: «¿Por qué se ha reido «Sara dudando de que pueda ser madre siendo vieja? ¿Por ventura «para Dios hay alguna cosa difícil?» Sara viendo público lo que ella hizo en secreto, llena de temor lo negó, diciendo: «No me he reido.» El Ángel replicó: «No es así, sino que te has reido.»

Siempre el mentir fue culpa, y si los Santos, como lo era Sara, alguna vez faltaron en esto, permitiólo Dios para que viesen otros que eran hombres, y ellos se humillasen.

Levantáronse los Ángeles de la mesa, en que al parecer de Abraham habian comido, aunque ninguna necesidad tenian de manjar corporal, sino que se acomodaban á lo que es propio del traje y parecer

que traian de peregrinos. Abraham fué acompañándoles, dirigiéndose ellos á Sodoma. El Ángel, que representaba la persona del Señor, le dijo: «No quiero, ó Abraham, encubrirte lo que voy á hacer, ha«biendo de tener tú hijos y descendientes muchos á quienes manda«rás después de tí, que guarden el camino del Señor y sean justos. «El clamor de los de Sodoma y Gomorra se multiplica, y su pecado «se agrava, voy á ver si es así como parece.»

Dos cosas son de notar en este paso: la una, que revela Dios á Abraham sus secretos, porque ha de enseñar á sus hijos y descendientes la ley del Señor, dándonos así á entender cuánto le agrada que los padres enseñen á sus hijos temer á Dios. La otra cosa de notar es, para aviso nuestro, que no juzguemos lo que no sabemos. Dice que va á ver, si lo que de Sodoma se dice es verdad, manera de hablar acomodada al estilo de los hombres, no porque lo ignorase, que todo lo sabe, y nada se le esconde, sino para mostrar que quiere proceder con una entera justicia, y tambien para confusion nuestra, que decimos al contrario de lo que dijo Dios, cuando nos hablan mal de nuestros prójimos, sin discernir ni verlo, sino con pequeños indicios, por lo cual erramos en condenar al justo, y hacemos propio el pecado ajeno.

Abraham dijo: «¿Por ventura destruirás al justo con el impío? «¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, perecerán á una? ¿y no «perdonarás á aquel lugar por amor de los cincuenta justos, si se «hallaren en él?» Respondió el Señor: «Si hallare cincuenta justos «en medio de la ciudad, perdonaré á todo el lugar por amor de ellos.» Replicó Abraham: «Ya que he comenzado una vez, hablaré á mi Se«ñor, siendo polvo y ceniza. ¿Y qué, si hubiere cinco justos menos «de cincuenta, destruirás toda la ciudad por los cuarenta y cinco? «—No los destruiré, dijo el Señor, si hallare allí cuarenta y cinco.» No se contentó Abraham con que el negocio quedase en cuarenta y cinco justos, bajó hasta que le dió el Señor palabra que si se hallasen diez en todas las ciudades de Sodoma, que eran cinco, que no las asolaria. Y muy confiado Abraham de que este número se hallaria, porque debió de pensar que solo en casa de su sobrino Lot no faltarian, dejó de hablar con el Señor, el cual hablaba, dice santo Tomás (*in cap.* XVIII *Genes.*), en uno de aquellos tres Ángeles que traia sus veces.

Lo que en Sodoma sucedió, porque los diez justos no se hallaron conforme al concierto de Abraham con el Señor (siendo abrasadas con fuego del cielo las ciudades de aquella tierra, quedando libres solamente Lot, y dos hijas suyas, y su mujer convertida en estatua de

sal, por inobediente al mandato de Dios), determinó á Abraham á levantar su casa de Hebron, no queriendo tener tan mala vecindad, y se fué á la parte de Egipto, y paró en tierra de Gerara, donde era rey Abimelech. Avisó Abraham á su mujer Sara que no le llamase marido, sino hermano, como ya otra vez habia hecho, temiéndose del mismo peligro. Y así fue que teniendo noticia de ella Abimelech mandó traerla á su casa, con intento de que fuese su mujer. Era á este tiempo Sara de noventa años. Admírase san Agustin de que un rey poderoso como era Abimelech se prendase de mujer de tanta edad, no faltando otras en su reino de menos dias, y hermosas: responde el mismo Santo, que habia Sara conservado hasta en tal edad su hermosura, ó porque era estéril, ó porque Dios se la habia conservado por particular gracia, como á Moisés le conservó las fuerzas hasta la edad decrépita. Genadio dice que Abimelech era temeroso de Dios y bueno, como se colige de la Escritura: habló Dios en sueños una noche á Abimelech, y amenazóle de muerte, por lo que habia hecho, declarándole que Sara era casada. Señala la Escritura que Abimelech no conoció á Sara, quien viéndose amenazado de Dios dijo: «Se«ñor, ¿castigarás de muerte á una gente ignorante (á un pueblo ó «tambien á un hombre inocente), pero justa? ¿Acaso él no me dijo: «Mi hermana es; y ella tambien dijo: Mi hermano es? Con sencillez «de mi corazon y con pureza de mis manos he hecho esto.» Y díjole Dios: «Yo tambien sé que con sencillo corazon lo has hecho; y por «esto te guardé que no pecaras contra mí, y no permití que llegases «á ella. Ahora bien, vuelve la mujer á su marido, porque es profe«ta: y orará por tí y vivirás: mas si no quisieres volvérsela, ten en«tendido que de cierto morirás tú, y todo lo que es tuyo.» Levantándose al punto Abimelech lleno de temor, dió cuenta á la gente de su casa de lo que le habia sido revelado, y participaron todos del temor que él tenia. Llamó á Abraham, reprendióle de lo que habia hecho, encubriendo la verdad de quien Sara fuese, en daño suyo y de su estado, pues Dios estuvo cerca de castigar por aquel pecado á todo el reino. Abraham se excusó diciendo, que no sabia él que Dios era temido en aquella tierra, y que se receló de ser muerto por ocasion de Sara. «Fuera de que en verdad, añadió, es tambien hermana «mia,» siendo hija de un hermano mio. El Rey dió algunos dones á Abraham, y él hizo oracion por el Rey, y su casa, y por ella tuvo hijos de la Reina su mujer, y de sus esclavas, á quienes Dios habia hecho estériles por el agravio que recibio Abraham en quitarle su legítima mujer Sara.

Llegóse el tiempo prometido de Dios á Abraham: concibió Sara su mujer, y parió un hijo á quien pusieron por nombre Isaac, que quiere decir *risa, alegría* y *placer*. De cien años era Abraham, y Sara tenia noventa cuando les nació Isaac, al cual circuncidó su padre en el dia octavo como Dios se lo habia mandado. Sara le crió á sus pechos y decia: «¿Quién creeria, que habia de oir Abraham, que Sara «daria el pecho á un hijo que le parió siendo ya viejo?» Así disponia Dios á los hombres para que algun dia creyesen el parto de una vírgen, haciendo fecunda á una mujer nonagenaria y estéril.

Creció, pues, el niño Isaac, y teniendo edad proporcionada, que solia hacerse á los cinco años, especialmente cuando el hijo era único, como Isaac en nuestro caso; fue destetado, é hizo Abraham grande fiesta y convite el dia de su destete. Pero el contento que Abraham tenia con su hijo Isaac no estuvo exento de desabrimientos. Uno fue que habiendo visto Sara al hijo de Agar burlarse de su hijo, pidió á Abraham que le echase de casa con su madre; añadiendo: «Por- «que el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac.» — «Recia cosa, dice la Escritura, pareció esta á Abraham á causa «de su hijo; mas Dios le dijo: No te parezca cosa recia á causa del «muchacho y de tu esclava: en todo lo que te dijere Sara, oye su voz: «porque en Isaac te será llamada descendencia, y aun al hijo de la «esclava le haré caudillo de un gran pueblo, porque es hijo tuyo.» Levantóse, pues, Abraham de mañana, y tomando pan y un odre de agua, cargólo sobre el hombro de Agar, y le entregó su hijo, y despidióla de casa. La cual habiendo partido, andaba errante por el desierto que mas adelante se llamó de Bersabee; y como se le hubiese acabado el agua del odre, abandonó al muchacho, el cual desfallecido por la sed y hambre se echó á la sombra de uno de los árboles que allí habia. Pero Dios oyó la voz y clamores del muchacho que se veia solo y abandonado; y un Ángel de Dios desde el cielo llamó á Agar, y la consoló. En esto abrió Dios los ojos á Agar, la cual viendo un pozo de agua, fué, y llenó el odre, y dió de beber á su hijo. Vivieron ambos en el desierto de Pharan, cerca de Egipto, ejercitándose Ismael en matar bestias fieras, hasta que siendo de edad, su madre le casó con una mujer egipcia; y de él descendieron muchas gentes llamándose ismaelitas ó agarenos, tomando el apellido de él ó de la madre.

Por este mismo tiempo Abimelech, rey de Gerara, viendo á Abraham tan rico y poderoso, con tantos criados y esclavos, se receló de él. Vino, pues, y le dijo: «Dios está contigo en todo lo que haces:

«júrame, pues, por Dios que no harás daño á mí, ni á mis descen-«dientes, ni á mi linaje; sino que conforme á la merced que te hice, «así harás conmigo y con la tierra en que has habitado extranjero.» Respondió Abraham: «Así te lo juro.» Y dió entonces quejas á Abimelech acerca de un pozo de agua que sus criados le habian arrebatado á viva fuerza; á lo cual respondiendo Abimelech que nada habia sabido de tal cosa, tomó entonces Abraham una porcion de ovejas y de bueyes, dióselos á Abimelech, é hicieron entrambos alianza. Y aunque el pozo pertenecia á Abraham, porque él lo habia hecho abrir ó cavar, esto no obstante para quitar en adelante todo motivo de contestacion, separó siete corderas que ofreció á Abimelech como precio del pozo; siendo por eso llamado aquel lugar *Bersabee*, que significa *Pozo del juramento*. Volvióse Abimelech á Gerara su capital, y Abraham después plantó un bosque ó arboleda en Bersabee, é invocó allí el nombre del Señor Dios eterno [1], habitando mucho tiempo como extranjero en la tierra de los palestinos, que es lo mismo que filisteos.

Entre tanto crecia y se robustecia Isaac haciendo las delicias de su padre Abraham, cuando Dios quiso sujetar á su siervo á una de las mayores pruebas de su obediencia y de su fe que se han visto en todos los siglos. Hablóle Dios diciéndole: «Abraham, Abraham.» Y él respondió: «Aquí estoy, Señor.» Díjole: «Toma á Isaac tu hijo uni-«génito, á quien tanto amas, y vé á la tierra de Vision, y allí me le «ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mos-«traré.»

San Marcial, discípulo de los Apóstoles, dice que en este hecho quiso Dios que se manifestase la fe y constancia de Abraham; no porque esta fuese ignota á Dios, sino porque como á él era manifiesto lo fuese tambien á otros, para su ejemplo.

A esta intimacion del Señor contra la cual levantaba el grito el corazon de padre, sometióse Abraham con admirable obediencia. Levantándose, pues, antes del alba, hizo levantar á su hijo, y cortada la leña para el holocausto, con dos criados y un jumento encaminóse al lugar que Dios le habia mandado. Al tercer dia de camino, alzando los ojos, divisó el monte á lo léjos, al pié del cual mandó Abraham quedar á sus dos criados con el jumento; y cargando la leña sobre su hijo Isaac, y llevando él en la una mano el fuego, y en la otra un cuchillo, subieron al monte. Caminando así los dos juntos, Isaac hizo una pregunta á su padre, de que no poco él se afligió, ni fueron po-

[1] Como no habia todavía lugar destinado para el ejercicio de la Religion, acostumbraban erigir altares para este fin en lugares elevados, ó en los bosques.

cas las lágrimas que él derramó; aunque se las sorbia, y desaparecian de sus ojos por no declarar hasta su tiempo lo que convenia tener secreto. Dijo, pues, Isaac: «Padre mio, aquí llevamos fuego y leña: «¿dónde está la víctima del holocausto?» A lo que respondió Abraham: «Hijo mio, Dios se proveerá de víctima del holocausto.» Llegan por fin al lugar señalado [1]: Abraham erige un altar juntando unas piedras con otras, acomoda encima la leña, ata en él á Isaac, quien presenta el desnudo cuello á la espada de su padre, que ya levanta el brazo para herirle, cuando hé aquí que de repente el Ángel del Señor gritó del cielo diciendo: «Abraham, Abraham, detente, «basta: satisfecho estoy de tu fe, pues que por amor de mí no has «perdonado á tu hijo unigénito por obedecerme.» Alzó Abraham los ojos, y vió detrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, y tomándolo, ofreciólo en holocausto en vez de su hijo [2]. Los doctores hebreos dicen, como refiere el Maestro de las Historias, que este sacrificio de Abraham fue el primer dia de setiembre.

Se ve á primera vista que además de poner á dura prueba la fe de su siervo, tenia Dios otro designio mas grande y mas sublime; el de enseñarle como algun dia él mismo entregaria su propio Hijo á la muerte por la salud de los hombres. Cuanto acerca de esto manda Dios á Abraham es una viva imágen del futuro sacrificio de Jesucristo: tal es la semejanza que tienen entre sí la verdad y la figura que no es posible ver esta sin acordarse de aquella; Isaac cargado con la leña de su sacrificio, representa á Jesucristo con la cruz á cuestas: altar de ambos ha sido el mismo monte: Isaac, que consiente en ser inmolado, es sin embargo atado como si muriese á pesar suyo; Jesucristo, que da la vida con soberana libertad, es enclavado en el leño de la cruz, á fin de que su sacrificio voluntario tenga las humillantes apariencias de un suplicio forzoso. Sofocando Abraham el dolorido amor de su ternura manda morir á su hijo; el Padre celestial hace la misma intimacion al Hijo, en quien se complace desde la eternidad: Jesucristo é Isaac son obedientes hasta la muerte, y ambos sobreviven

[1] En el monte llamado por eso Moriah, esto es, Vision; donde fue después edificada Jerusalen, y en una de cuyas colinas estuvo después el Calvario. Este monte estaba distante de Bersabee cerca de cincuenta millas.

[2] No consta qué años tenia Isaac cuando esto acaeció. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenia veinte y cinco años. En esta edad pudiera haberse resistido á morir; pudiera haber huido, escapándose del peligro; pero luego que oyó de la boca de su padre, que aquella era la disposicion de Dios, inclinó su cabeza, se conformó con la sentencia, y sin abrir sus labios, se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba, figurando así la altísima obediencia con que Jesús se ofreció á la cruz.

á su sacrificio; pero Isaac no es inmolado ni resucita sino en figura, y Jesucristo muere y resucita con toda realidad. Pero si Isaac debia representar solamente el sacrificio de Jesucristo por su obediencia, y por el aparato exterior que á ello concurria, era necesario para hacer completa la figura, sustituir á Isaac otra víctima, que siendo realmente degollada, figurase en verdad el sacrificio del verdadero Isaac: y la Providencia dispuso que se hallase allí un carnero, con la circunstancia de tener enredadas las astas en un zarzal ó espinar, para que fuese imágen del Cordero de Dios, que fue sacrificado después de haber sido coronado de espinas [1].

Llamó el Ángel del Señor por segunda vez desde el cielo á Abraham, diciendo: «Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que en vista «que has hecho esta accion, y no has perdonado á tu hijo único por «amor de mí, yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descen- «dencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la ori- «lla del mar: tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y «en un descendiente tuyo SERÁN BENDITAS todas las naciones de la «tierra, porque has obedecido á mi voz.»

Abraham descendió del monte con su hijo, y juntamente con los dos criados que habia dejado al pié del monte, volvió á Bersabee, donde tenia su habitacion. Siendo Sara de ciento veinte años, murió en Hebron, tierra de Canaan: su muerte fue muy sentida de Abraham, y asistió con lágrimas á celebrar sus exequias y hacer el duelo. Concluido el funeral, rogó á los hijos de Geth, señor de la tierra, le vendiesen una heredad con una cueva doble, llamada así, ó porque estaban en ella dos sepulcros, y que segun algunos eran de Adan y Eva, ó porque la cueva tenia dos apartados, uno dentro de otro; en este quiso sepultar á Sara. Dábale la heredad y cueva graciosamente Efron, señor de ella, y no quiso Abraham, sino que fuese por precio, para tener mayor derecho á ella: y así fue el concierto cuatrocientos siclos de plata, que corresponden á tres mil ciento y cincuenta y tres reales de vellon.

Después que Abraham dió sepultura á su mujer Sara, quiso dar mujer á su hijo Isaac. Para esto llamó á un criado anciano que era principal ó mayordomo en su casa llamado Eliezer, y mandóle que pusiese la mano debajo de su muslo, y le jurase de que no casaria á su hijo Isaac con mujer de la tierra de Canaan donde vivia, sino que fuese donde tenia sus parientes, que era en Mesopotamia. Eliezer fué donde le era mandado, y habiendo llegado á las inmediaciones de la

[1] *S. August., lib. II contr. Maximin., cap. 26. S. Ambros., lib. I, de Abrah., cap. 6.*

ciudad en que habitaba Nachor, hermano de Abraham, vió una fuente, y con instancia pidió al Señor que le designase á la que habia ido á buscar, y escogió esta señal para conocerla: «Cuando las jó-«venes de la ciudad vengan segun costumbre á sacar agua de la fuen-«te, haced, Señor, que la esposa que habeis escogido para Isaac sea «aquella que después de haberme dado á beber, me haga la misma «oferta para mis camellos.» No bien hubo acabado de hacer esta oracion, cuando se presentó á sus ojos la modesta y bellísima Rebeca, hija de Batuel y nieta de Nachor: Eliezer se acercó á ella y le pidió de beber: «Bebe, señor mio,» respondió la doncella, y prontamente abajó el cántaro sobre su brazo, y dióle á beber. Y cuando él hubo bebido, añadió ella: «Tambien sacaré agua para tus camellos, hasta «que todos beban.» Por aquí conoció Eliezer que esta debia ser la esposa de su jóven amo, y regalóle al instante unos pendientes y brazaletes de oro. Después de haber dado gracias al Señor siguió á Rebeca á casa de su padre, y entrando en ella declaró que era el criado de Abraham, y expuso el motivo de su viaje. No dudó Batuel que tal fuese la voluntad de Dios, y consintió en el matrimonio. Habiendo declarado Rebeca que estaba pronta á partir con Eliezer, tomó este al dia siguiente la vuelta de Canaan. Acercándose los viajeros al lugar donde moraba Abraham, Isaac, que habia salido al campo al caer de la tarde para meditar, vió venir los camellos á lo léjos y salió al encuentro de ellos. Vióle Rebeca y preguntó á Eliezer: «¿Quién es «aquel que viene á nuestro encuentro?» Y él á ella respondió: «Aquel «es mi amo.» Ella al instante se apeó del camello, y se cubrió modestamente con su manto. Isaac la hizo entrar en el pabellon de Sara su madre, tomóla por mujer, y la amó en tanto grado, que se le templó el dolor que le habia causado la muerte de su madre.

Después del casamiento de Isaac dice la Escritura que el patriarca Abraham se casó con otra mujer llamada Cetura, de la cual tuvo seis hijos, llamados Zamram, Jecsan, Madan, Madian, Jesboc y Sue; pero dió toda su herencia á Isaac; bien que hizo grandes donativos á los hijos de sus concubinas [1], y separólos, viviendo aun él, de su hijo Isaac, enviándolos hácia la parte oriental ó sea la Arabia Desierta. Con esto atendió Abraham á que se conservara la paz entre sus hijos, y á apartar á Isaac, en quien recaian las promesas y bendi-

[1] Este nombre en los autores sagrados significa una mujer legítima que no era tomada con las ceremonias ordinarias: una mujer de segundo órden, é inferior á la principal, y á la señora de la casa. Los hijos de las concubinas no tenian parte en la herencia de los bienes del padre: bien que el padre podia, estando aun en vida, hacerles algunos donativos, como se ve en nuestro caso.

ciones del Señor, de todo peligro de idolatría, y de los vicios en que cayeron los descendientes de Ismael y de Cetura.

Llegó Abraham á edad de ciento sesenta y cinco años, vió á sus nietos Esaú y Jacob de quince años, como nota san Agustin, y murió en buena vejez lleno de dias. Sepultáronle sus dos hijos Isaac é Ismael en Hebron, en la cueva donde Sara estaba sepultada. Fue su muerte año de la creacion 2123, el 97 de su salida de Haran, y 1817 antes de Jesucristo. Llamarse Abraham patriarca, y tener este título otros Santos, viene de que fueron principales y cabezas, ó de linaje, ó de familia, ó de congregacion. Los lugares de la Escritura en que se hace mencion de Abraham son muchos, porque cási no hay libro donde no se diga de él alguna cosa en grande loor suyo. San Lucas escribiendo el fin próspero y felicísimo de aquel pobre y mendigo Lázaro, cuya vida habia sido tan miserable, dice que murió y fue llevada su alma por los Ángeles al Seno de Abraham. Llámase en este lugar Seno de Abraham el limbo donde estaban las almas de los santos Padres esperando el advenimiento santo de Jesucristo, para ser libres de aquella oscura cárcel, y esto por razon, que todos los que allí iban tuvieron en el mundo fe de un Mediador. Y porque Abraham se llama Padre primero de la fe, como dice san Gerónimo, por haber sido grandísima la que tuvo, por esto dice que los recibia en su seno, esto es, en el seno del infierno llamado limbo de los Padres, donde Abraham era tenido y reverenciado como Padre. No es de olvidar aquí el buen ejemplo que dejó Sara á las mujeres casadas, como lo advirtió el apóstol san Pedro en una carta, diciendo de ella, que oia y obedecia á Abraham su marido, y le llamaba señor. De Abraham lee la Iglesia católica en las lecciones de los Maitines de la Quinquagésima, y en las dos ferias siguientes, y nómbrale en el cánon de la misa, pidiendo á Dios reciba aquel sacrificio como recibió y acepto el que le ofrecieron Abel, Abraham y Melquisedech. Del cual lugar se infiere, y es de este parecer santo Tomás, que fue Abraham sacerdote, como lo fue Abel y Melquisedech, pues así como ellos ofreció sacrificio.

La Misa es en honor de san Dionisio y de sus compañeros, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui hodierna die beatum Dionysium martyrem tuum atque pontificem, virtute constantiae in passione roborasti, quique illi ad praedicandum gentibus gloriam tuam, Rusti-

Ó Dios, que en este dia fortaleciste con la virtud de la constancia á tu mártir y pontífice san Dionisio para padecer el martirio, y le diste por compañeros á Rústico y á Eleuterio para

cum et Eleutherium sociare dignatus es: tribue nobis, quaesumus, eorum imitatione pro amore tuo prospera mundi despicere, et nulla ejus adversa formidare: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

anunciar el Evangelio á los gentiles, suplicámoste nos concedas que á su imitacion despreciemos por vuestro amor las prosperidades del mundo, y de ningun modo temamos sus adversidades. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XVII *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Stans Paulus in medio Areopagi, ait: Viri athenienses, per omnia quasi superstitiosiores vos video. Praeteriens enim, et videns simulachra vestra, inveni et aram, in qua scriptum erat: Ignoto Deo. Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis: Deus qui fecit mundum, et omnia quae in eo sunt, hic coeli et terrae, cum sit Dominus, non in manufactis templis habitat, nec manibus humanis colitur, indigens aliquo, cum ipse det omnibus vitam et inspirationem, et omnia: fecitque ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terrae, definiens statuta tempora, et terminos habitationis eorum, quaerere Deum si forte attrectent eum, aut inveniant, quamvis non longe sit ab unoquoque nostrum. In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus: sicut et quidam vestrorum poëtarum dixerunt: Ipsius enim et genus sumus. Genus ergo cum simus Dei, nos debemus aestimare, auro, aut argento, aut lapidi, sculpturae artis et cogitationis hominis, divinum esse simile. Et tempora quidem hujus ignorantiae despiciens Deus, nunc annuntiat hominibus, ut omnes ubique poenitentiam agant, eo quod statuit diem, in quo judicaturus est orbem in aequitate, in viro, in quo statuit, fidem praebens omnibus suscitans eum à mortuis. Cum audissent autem resurrectionem mortuorum, quidam quidem irridebant, quidam vero dixerunt: Audiemus te de hoc iterum. Sic Paulus exivit de medio

En aquellos dias: Estando Pablo en medio del Areopago, dijo: Ó varones atenienses, yo os veo en todas las cosas como mas supersticiosos. Porque pasando yo y viendo vuestros simulacros, encontré tambien un ara, en la cual estaba escrito: Al Dios desconocido. Lo que adorais, pues, sin conocerlo, eso es lo que yo os anuncio. Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo el Señor de cielo y tierra, no habita en los templos hechos de mano, ni se le sirve con las manos humanas como si necesitase de alguna cosa; pues él es quien da á todos vida, respiracion y todas las cosas. Y de uno solo hizo todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la extension de la tierra, fijando las determinadas estaciones, y los términos de sus habitaciones, para que busquen á Dios, si por fortuna le pueden coger con las manos, ó encontrarle, no obstante que no esté léjos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos y existimos, como lo dijeron tambien algunos de vuestros poetas; porque tambien nosotros somos progenie suya. Siendo, pues, nosotros progenie de Dios, no debemos pensar que el ser divino sea semejante al oro, ó á la plata, ó á la piedra esculpida con arte y de invencion humana. Y á la verdad, habiendo Dios apartado sus ojos de los tiempos de semejante ignorancia, anuncia ahora á los hombres que hagan penitencia en todo lugar, por cuanto tiene establecido el dia en que ha de juzgar al mundo con justicia, por medio de un hombre establecido por él, como lo ha testificado á todos, resucitándole de entre los muertos. Habiendo oido nombrar la resurreccion de los muertos, algunos se burlaban; pero otros dijeron: Te escucharémos sobre este punto á otra vez. De esta manera Pablo se partió de su pre-

eorum. Quidam vero viri adhaerentes ei, crediderunt, in quibus et Dionysius Areopagita et mulier nomine Damaris, et alii cum eis.

sencia, pero algunos hombres habiéndose insinuado con él, creyeron, entre los cuales estaba Dionisio Areopagita y una mujer por nombre Dámaris, y otros con ellos.

REFLEXIONES.

Algunos le siguieron, y le creyeron. El concurso era numeroso: el santo Apóstol con todos hablaba, y á todos les anunciaba el camino del cielo; á todos enseñaba Dios los medios de la salvacion por boca de aquel héroe del Evangelio; á todos alumbraba la luz de la fe: *sed non omnes obediunt Evangelio;* no todos obedecen al Evangelio, ni abren los ojos á la luz. Dionisio, una mujer de alguna distincion y algunos otros pocos, á esto se redujo el corto número de los que creyeron. Siempre es, y siempre será muy reducida la grey de los predestinados. Se predica, se anuncia, por decirlo así, hasta sobre los mismos tejados las verdades de la Religion: á ninguno se oculta ni se disimula la ley de Jesucristo y la santidad de su doctrina: se concurre atropelladamente á los sermones; ricos, pobres, caballeros, magistrados, oficiales, todos, por lo menos alguna vez, se hallan en estos cristianos concursos: nada edifica mas, nada consuela tanto como estos numerosos concursos á oir la palabra de Dios; pero ¿corresponden las conversiones al tropel prodigioso de los concurrentes? No es fácil contar todos los que asisten á los sermones; pero muy fácilmente se cuentan los que se convierten con ellos. Dionisio pertenecia á la clase de los magistrados. Dámaris era una señora principal, y muy conocida en Atenas: así dispone Dios para confusion de las almas que se hacen sordas á las voces de la Gracia que en todos los estados se encuentren corazones fieles y dóciles á ella. A todo el Areopago anuncia san Pablo la fe de Jesucristo; oyen tranquilamente la palabra de Dios al pié de quinientos magistrados que componian aquel célebre y famoso tribunal, todos admiran al predicador; pero uno solo se rinde á los interiores avisos de la Gracia. De la misma manera, en una populosa ciudad de todos se deja oir la palabra de Dios, de los grandes y del pueblo: en una comunidad religiosa todos tienen unas mismas reglas, á todos se les da una misma doctrina, todos admiran unos mismos buenos ejemplos; pero esta divina semilla ¿produce en todos el ciento por uno? ¡Ó buen Dios, y qué prueba tan visible de que es corto el número de los escogidos! *Pauci electi;* pero si este número no es mayor, imputémoslo únicamente á nuestra

perversa voluntad. Aquel gran número de sabios atenienses, aquellos famosos jueces del Areopago, tan aplaudidos, tan ponderados por su rara capacidad, por su imaginaria sabiduría, por su incorruptible integridad, estarán conociendo por toda la eternidad, sin que les quede el menor género de duda, que Dios queria sinceramente su salvacion; y que con este fin les envió á san Pablo para que les brindase con los medios de conseguirla: para que les enseñase cuál era la verdadera sabiduría y el camino seguro del cielo; y que si no se quisieron aprovechar de aquella ocasion, fue meramente por culpa suya.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fermento pharisaeorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quae in tenebris dixistis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, praedicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post haec non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres vaeneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram Angelis Dei.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir: ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijísteis en lo oscuro se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. Á vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quién debeis temer: temed á aquel que después de quitar la vida tiene potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo, temed á este. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues; vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los Ángeles de Dios.

MEDITACION.

Del mal ejemplo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el mal ejemplo hace en el alma lo mismo que el contagio ó la peste hace en el cuerpo. No hay cosa

que se pegue mas fácil ni mas prontamente que una enfermedad contagiosa. Sentíase uno sano y bueno; la edad, el temperamento, la constitucion, el buen color, todo le prometia larga vida; pero trató con un apestado, entró en su casa, usó incautamente de sus muebles; pues en el mismo punto se siente acometida del mismo mal aquella persona tan robusta, y dentro de veinte y cuatro horas ya está en la sepultura. Esta es la imágen mas viva, y la mas natural de los efectos del mal ejemplo. Conservábase en su inocencia aquel jóven; aquella tierna doncella ignoraba dichosamente el mal, estremecíase con la sombra sola del pecado; educada en el santo temor de Dios, bien instruida en sus obligaciones, vivia con tanta pureza de costumbres, con tanta devocion, con tanto fervor, que todo pronosticaba una cristiana perseverancia, cuando ves aquí que en menos de nada un mal ejemplo sufocó de repente todos aquellos afectos tan piadosos, todas aquellas buenas inclinaciones, todo aquel fervor y toda aquella devocion. Luego que se juntó con aquellas otras amigas poco cristianas, luego que estrechó amistad con aquellas compañeras esparcidas y nada ajustadas, apenas se la pusieron á la vista aquellos malos ejemplos de indevocion, de relajacion, de vanidad mundana y de profanidad, cuando se desvanecieron todas las máximas, todos los principios de educacion y de religion: perdióse el gusto á la virtud, extinguióse el amor á la regularidad, desapareció la delicadeza de conciencia, y ya no se la representa el vicio con su natural deformidad, ya no la causa horror. La misma costumbre de ver obrar mal domestica la pasion que induce á hacerle. Un niño solo oye hablar en su casa de aquellas materias que lo serian en las conversaciones ordinarias de los gentiles; pues poco á poco va desaprendiendo á ser cristiano. Está una madre toda embebida en el espíritu del mundo; pues inspírale en su hija: ocupa los dias y las noches en las visitas mas inútiles, en el paseo, en el juego, en bailes y en saraos; pues la hija no da oido á otras lecciones que á los ejemplos de la madre. Desengañémonos, que nada hace tanta impresion en los corazones de la gente moza como el mal ejemplo. Contra las sugestiones del enemigo de la salvacion ya uno se defiende; á la tentacion y á la inclinacion al mal ya se resiste; pero es muy dificultoso no rendirse á la halagüeña persuasion del mal ejemplo, el cual encuentra siempre el corazon propenso á lo malo, y las pasiones prontas á amotinarse luego que el mal ejemplo las favorezca. Por otra parte el desórden de los sentidos, la inclinacion natural, el amor propio, todo dispone, todo solicita, todo tienta al alma luego que se deja ver

el mal ejemplo. De aquí nace que veinte buenos ejemplos no convertirán á una persona irregular é indevota de una comunidad; y un solo mal ejemplo muchas veces pervierte á mas de sesenta. ¡Con cuánta precaucion es menester vivir contra un mal tan contagioso!

Punto segundo. — Considera de qué funesta consecuencia son los malos ejemplos que dan aquellos á quienes Dios destinó para que fuesen modelos y ejemplares de otros, y qué terrible cuenta pedirá á aquellos padres y á aquellas madres que dan malos ejemplos á sus hijos. Crueles homicidas de los mismos que engendraron, á los cuales parece que solamente les dieron la vida del cuerpo para quitarles la del alma. Habia puesto Dios á su cuidado aquellas almas inocentes, habíales encargado que las enseñasen la ley y los mandamientos, educándolas en su servicio. ¡De qué enorme delito se harán reos, si abusando con sacrílega prevaricacion de la autoridad y del ministerio en que solo Dios los colocó, enseñan con sus malos ejemplos á sus hijos á atropellar esta ley, á despreciar sus mandamientos, á amotinarse contra él, y á gustar de todo lo que sea ofenderle y no servirle! ¿Perdonará Dios tan escandalosa, tan impía prevaricacion? ¡Oh cuántos padres y madres se condenarán por los malos ejemplos que dieron á sus hijos! Y el daño que estos les hicieron ¿se remediará, por ventura, con que los padres lo conozcan, lo sientan y lo lloren cuando viejos? Puédese muy bien decir que los malos ejemplos de las personas distinguidas, ó por su nacimiento, ó por su dignidad, ó por sus empleos, ó por sus grandes talentos, ó por sus respetables años, ó por su extraordinario mérito, son como pecados originales, que se multiplican y se perpetúan por su desgraciada fecundidad. Ya no está en su mano ni detenerlos, ni repararlos; pero esta imposibilidad que se debió prevenir, y se debió evitar, ¿los justificará por ventura delante de los ojos de Dios? ¡Cuánto daño hacen en una comunidad religiosa los perniciosos ejemplos de relajacion, de inobservancia, de indevocion que da un superior poco ajustado, que dan los sugetos mas autorizados por su sabiduría y por sus talentos, que dan los ancianos dignos de respeto por su misma venerable ancianidad! Aunque Jesucristo nos diga: *Observad, y haced todo lo que ellos dijeren; pero no hagais conforme á sus obras*, ya se sabe que estas hacen mas impresion que las palabras, y que siempre nos lleva mas la atencion aquello que se ve, que aquello que se oye. No hay cosa que mas desarme, que mas quite la fuerza á las órdenes del superior, que el ver, el palpar los súbditos que el mis-

mo superior no hace lo que ordena. Pierde toda su fuerza un buen consejo cuando no le practica el mismo que le da.

¡Ó Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! Perdonadme por vuestra infinita misericordia todo el daño que he causado con mis malos ejemplos; resuelto estoy á repararle, mediante vuestra divina gracia, con una conducta enteramente contraria á la que he observado hasta aquí.

Jaculatorias. —Perdonadme, Señor, los pecados de que he sido causa con mis malos ejemplos. (*Psalm.* xviii).

Haced, Señor, que me abstenga hasta de sola la apariencia de mal. (*I Thess.* v).

PROPÓSITOS.

1 *Si alguno escandalizare á uno solo de estos pequeñitos que creen en mí* (dice el Salvador), *seríale mejor ser arrojado en lo mas profundo del mar con una piedra de molino al cuello.* ¿Qué deberán pensar de este modo de explicarse el Hijo de Dios aquellos que dan malos ejemplos á los súbditos, á los hijos y á los domésticos? Y ¡qué remordimientos no despedazarán el corazon de un padre, de una madre, de un amo poco cristianos y de un superior poco ejemplar! Aun los mismos particulares menos virtuosos, menos ajustados, ¿no serán tambien reos de las perniciosas impresiones que hacen con sus malos ejemplos? Examina desde luego todo aquello en que te remordiere la conciencia sobre punto tan importante y tan esencial; no dejes de hacer cuanto te sea posible para reparar los daños que puedas haber hecho con una vida poco ajustada y con tus libres conversaciones.

2 No solo se da mal ejemplo haciendo cosas malas: tambien se da, y no es menos contagioso, omitiendo las buenas que se debieran hacer. Un padre, una madre, un amo, á quienes apenas se les ve en la iglesia, que no frecuentan los Sacramentos, que rara vez oyen una misa, edifican muy mal á sus hijos, criados y dependientes. Aquellas personas de autoridad que sufren se hable con poco respeto de la Religion en su presencia, autorizan la maledicencia y la impiedad. Examínate acerca de estos dos puntos que ofrecen copiosa materia á importantes reflexiones.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

San Francisco de Borja, prepósito general de la Compañía de Jesús, en Roma, memorable por la aspereza de su vida, por el don de oracion, y por haber renunciado las dignidades del mundo, y negádose á admitir las de la Iglesia. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Pinito, obispo de Ginocea, en la isla de Candía, uno de los mas dignos prelados que ha tenido la Iglesia: floreció en tiempo de Marco Antonino Vero y de Lucio Aurelio Commodo, y dejó en sus escritos como en un espejo una viva representacion de sí mismo y de su vida.

San Gereon, mártir, con otros trescientos diez y ocho, en Colonia; los cuales en la persecucion de Maximiano, en defensa de la religion católica ofrecieron con resignacion sus cuellos á la espada. *(Parece que san Gereon y san Victor, que sigue, eran oficiales de la legion Tebea, y todos sus compañeros individuos de la misma, los cuales murieron muchos después del martirio de su jefe san Mauricio).*

Los santos Victor y sus compañeros mártires, en las cercanías de la misma ciudad. *(De la misma legion que los que preceden).*

Los santos mártires Casio y Florencio, con otros muchos, en Bonna en Alemania. *(De la misma legion que los precedentes).*

Los santos mártires Eulampio, y Eulampia, vírgen, su hermana; la cual habiendo oido que atormentaban á su hermano por la fe de Cristo, corriendo atravesó por medio del tropel hasta llegar á abrazarle y hacerse compañera suya en la pelea: ambos fueron metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas como de ella saliesen sin recibir daño alguno, fueron degollados para alcanzar la corona de su martirio juntamente con otros doscientos, que al ver aquel milagro se habian convertido á la fe.

San Paulino, obispo, en Yorck en Inglaterra, discípulo de san Gregorio, papa; el cual habiendo sido enviado con otros por este santo Doctor á predicar el Evangelio á los ingleses, convirtió á la fe de Cristo al rey Edwin y á su pueblo.

San Cerbonio, obispo y confesor, en Porto Baratto en la Toscana, del cual escribe san Gregorio que en vida y en muerte obró grandes milagros.

Otro san Cerbonio, obispo, en Verona.

Otro san Paulino, obispo, en Capua.

SAN FRANCISCO DE BORJA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

San Francisco de Borja, gloria de su ilustrísima casa, admiracion de los príncipes cristianos, modelo de los mas perfectos religiosos, y uno de los mayores Santos de su siglo, nació al mundo el dia 28 de octubre del año de 1510, en la ciudad que comunica su nombre al ducado de Gandía. Fue hijo de D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y de D.ª Juana de Aragon, nieta del rey D. Fernando el

Católico. Pusiéronle el nombre de Francisco en cumplimiento del voto que la Duquesa su madre habia hecho á san Francisco de Asís hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que habia hecho su virtuosa abuela D.ª María Enriquez. Eran el Duque y la Duquesa señores de tanta religion como piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las mas virtuosas máximas de una y otra desde los primeros asomos de la razon, en los inocentes ensayos de la infancia; y para no omitir diligencia alguna conducente á su mejor educacion, le escogieron un ayo y un maestro, en quien lo virtuoso compitiese con lo hábil. Dióle muy poco que hacer el niño Francisco, en quien era natural la vehemente propension á la virtud; y juntándose á un corazon noble, dócil y generoso un ingenio vivo, pronto, brillante y perspicaz, iban á la par los progresos en la virtud y el adelantamiento en las letras; tanto, que todos miraban con admiracion aquella tierna piedad, que iba creciendo al paso de los años, cuando se observa con tanta frecuencia en otros niños, que conforme se va despejando la razon, se van disminuyendo las buenas inclinaciones.

Á los diez años de su edad perdió á la Duquesa su madre, y se notó, no sin admiracion, que su excesivo dolor en pérdida tan sensible no se redujo precisamente á desahogarse por muchos dias en un torrente de lágrimas, sino á descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas, que ofrecia por sufragio, para hacer mas meritorias sus fervorosas oraciones, sin poderse averiguar quién habia madrugado tanto á inspirar en el inocente niño aquel espíritu de mortificacion y penitencia.

Era tio materno de Francisco D. Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, y enamorado de las grandes prendas que se iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras hamanas; y habiéndole deparado por este tiempo la divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religion de san Gerónimo, se aprovechó de tan oportuna como diestra y experimentada escuela para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvacion. Vivian en la ciudad de Baza su bisabuela D.ª María de Luna, sus tias y sus hermanas; y habiendo pasado á visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida; pero este peligro fue de órden inferior al que le expuso la resolucion que se tomó de enviarle á la corte. Queriendo el Duque su

padre que se acostumbrase desde luego al género de vida á que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase á servir con empleo correspondiente en el cuarto de la infanta D.ª Catalina, hermana de Carlos V. El mismo fue Francisco en el bullicio de palacio que en la quietud de su familia. Casóse la Infanta con D. Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó á Zaragoza al palacio de su tio para acabar la filosofía, en la que sobresalió mucho la brillantez de su ingenio. Así el Arzobispo su tio, como el Duque su padre, le observaban mas inclinado al retiro de los claustros que al estrépito del mundo; y para desviarle de aquella inclinacion, determinaron enviarle segunda vez á la corte de Carlos V, con esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente poco á poco le iria inspirando distintas inclinaciones. Aun cuando en la vida de cortesano se hubiese eximido dichosamente del naufragio su inocencia, fue cierto, que, á lo menos, se entibió su fervor. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza habia andado pródiga con él en todas las perfecciones que hacen á un jóven cabal. El talle desembarazado, noble y ventajoso; la tez limpia, delicada y viva; ojos centelleantes, el aire naturalmente despejado, con no sé qué gracia particular en todos los movimientos; todos sus modales gratos, cultos, atentos, que respiraban nobleza y generosidad; ingenio sutil y fino, con cierta discrecion pronta y juiciosa, acompañado todo de una modestia y de una compostura natural, que hacia mucho mas amable este noble conjunto de prendas naturales; pero este mismo conjunto de que los hombres hacen tanta vanidad, exponia al jóven Francisco á mas evidentes riesgos. Conociólos el jóven Borja, y se pertrechó contra los vicios de la corte con la frecuencia de Sacramentos y con una tierna devocion á la santísima Vírgen. Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero; dificultosa, pero muy posible mezcla, que mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del Emperador y de la emperatriz D.ª Isabel. Prendada esta de tan nobles partidas como concurrian en Francisco, quiso que se casase con D.ª Leonor de Castro, dama de la misma Emperatriz, á quien esta princesa amaba como á hija, reputada por la primera hermosura de palacio, y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fue esta boda muy aplaudida del Emperador, quien para dar á Francisco alguna señal de su particular estimacion, le hizo marqués de Lombay y caballerizo mayor de la Emperatriz. No vió el mundo matrimonio mas igual, ni tampoco mas feliz. Bendíjole Dios

con posteridad tan numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España se gloría de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de san Francisco de Borja.

Cuanto mas de cerca trataba el Emperador al nuevo marqués de Lombay, mayores fondos descubria en su virtud y en su mérito: tanto, que en breve tiempo las benignidades de favorecido pasaron á ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al Emperador en la diversion de la caza. Era Francisco extrañamente aficionado á la de cetrería; pero acostumbrado ya á santificar todas sus acciones, mortificaba su curiosidad puntualmente cuando el objeto la llamaba con mayor viveza, privándose del inocente deleite que habia buscado con tanta fatiga en el mismo punto en que el halcon iba á arrojarse sobre la presa.

Siendo ya confidente y árbitro de todos los secretos del Emperador, le acompañó en la expedicion de África, y tambien le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de la Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo, como por el valor en la campaña. Padeció por este tiempo dos graves enfermedades, que comenzaron á disgustarle del mundo segun los intentos de la divina Providencia; pero lo que mas contribuyó á confirmarle este disgusto, fue la muerte de la Emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandóle el Emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese expuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituido á la posada, encerrado en su cuarto, postrado en tierra, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No, Señor, no, Señor, no ya mas servir á dueño alguno que se me pueda morir*. En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias, y la oracion fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Ávila acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso cadáver; y acudiendo oportunamente los auxilios de la Gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivia á la Marquesa.

Nombróle el Emperador virey de Cataluña, y le hizo comendador de la Órden de Santiago; pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos y los efectos de su fervorosa conversion. Luego que tomó posesion de su gobierno, mudó de semblante toda la provincia.

Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos: reprimió la licencia, exterminó el vicio, y en breve se reconoció florecer en todo el principado de Cataluña la Religion, la paz, la justicia, y la abundancia; haciendo el santo Virey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la Religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entonces comenzó á vivir como religioso en su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion; y sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. Su mesa era ostentosa para los convidados, pero muy parca para el Virey. Era su ayuno continuo, y cuando se sentaba á la mesa, no era á comer, sino á mortificarse con alguna nueva invencion. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido sabia muy bien que en el Virey tenia protector y padre. Todos los dias rezaba el Rosario, acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas mas solemnes para la edificacion, comulgaba en su oratorio todos los domingos del año para consuelo, para conservacion y para aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunion; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las universidades de España. Quiso el Virey saber el dictámen de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, de cuyo nuevo Instituto le habia dado noticia el P. Antonio Araoz, célebre predicador, informándole individualmente de sus particularidades, como tambien de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su ilustre fundador. Escribióle Borja consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto á la conversacion y á la admiracion de todos los príncipes de la Europa la prudencia y la santidad del virey de Cataluña, creciendo al paso de su fama la estimacion y el amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y de otro en las Cortes de Monzon, donde en las familiares y frecuentes conversaciones que tuvo con él le descubrió su corazon, manifestando el Emperador á Francisco la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el Duque su padre, y entrando el Vi-

rey á ser duque cuarto de Gandía, léjos de llenarle el corazon la nueva grandeza, renovó con su desengaño mas vivas y mas encendidas ansias del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias y repetidas súplicas. Rindióse en fin el Emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus Estados. Apenas puso los piés en Gandía cuando reedificó el hospital, y dió principio á la fundacion de un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que estaba fundando un convento á los Padres Dominicos en su marquesado de Lombay. Entró á la parte en todas estas buenas obras del Duque la virtuosa Duquesa su mujer; pero cuando Francisco se prometia mas dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á excepcion de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Santa Clara de Gandía

La muerte de la Duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir su antiguo voto. Duróle poco la indecision sobre la eleccion del Instituto. Armábale mucho el de la Compañía por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiásticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el P. Fabro, uno de los primeros profesos de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la Compañía de Jesús. Dió prontamente cuenta de todo á san Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo, y aprobando su resolucion, le envió una instruccion de lo que debia hacer para poner en ejecucion sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teología, y que recibiese el grado de doctor en su universidad de Gandía. Pero como todavía restaban muchos negocios que arreglar en su familia, y crecian cada dia en su corazon las ansias de cumplir el voto que habia hecho, obtuvo licencia del Papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años mas en el siglo. Luego que recibió el breve pontificio hizo la profesion en su colegio de Gandía; y dejando el palacio en que vivia á su hijo primogénito, se retiró á otra casa para vacar mas libremente á sus estudios y á los ejercicios de su nueva profesion. La primera órden que recibió de su superior Ignacio fue que moderase sus rigores y sus excesivas penitencias.

No hubo jamás religioso mas arreglado. Levantábase regularmente á las dos de la mañana; empleaba seis horas en la meditacion y en oraciones vocales; á las ocho se confesaba, oia misa, y comulgaba

al fin de ella todos los dias. Hasta la hora de comer estudiaba teología, y poco antes de sentarse á la mesa daba audiencia por breves instantes á sus vasallos y á los ministros de justicia. Comia, gastaba después una hora en conversacion familiar con sus hijos y con sus criados; volvia á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenian que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del santísimo Sacramento, y la aprovechaba tambien en macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí adelante fue siempre una pobre alfombra, tendida sobre unos sarmientos; y toda su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, después de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerle. Hizo después su testamento en virtud de la facultad que el Papa le concedió en un breve particular; y habiendo sido él mismo testamentario y ejecutor, partió en derechura á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios devotos ejercicios. Recibióle el papa Julio III con desacostumbrados honores, y hospedado en el colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la direccion de san Ignacio, y escribió al Emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se extendió por Roma esta noticia, así el Papa como todo el Sacro colegio pensó en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco, todo sobresaltado, se salió de Roma repentinamente para volverse á España. Escondióse por decirlo así, entre las peñas de la reducida provincia de Guipúzcoa, y visitó por devocion la casa de Loyola donde habia nacido san Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del Emperador, que recibió con inexplicable gozo; y luego que leyó la carta, postrado en tierra rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias; renunció con solemnidad todo cuanto poseia en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello, y se vistió la sotana de la Compañía. El primer dia de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devocion particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierto para satisfacer la del público. Fue tan inmenso el concurso de los que quisieron recibir de su mano la sagrada Comunion, que no

pudo acabar la misa hasta las dos ó las tres de la tarde. Predicó después á toda aquella muchedumbre con tanta mocion y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermon las lágrimas de los oyentes, seguidas (y este fue su mayor consuelo) de grandes y ruidosas conversiones.

Mientras tanto, solicitado el Papa por las instancias del Emperador, no menos que por su propia inclinacion, pensaba hacer cardenal á nuestro Santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido, cuando san Ignacio supo representar con tanta viveza á Su Santidad así sus razones como las del P. Francisco, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los Santos siempre eran eficaces. Dióle órden su general para que saliese del retiro de Guipúzcoa y pasase á la corte, donde el Emperador y todos los grandes de España ansiosamente deseaban verle; obedeció, aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos, su modestia y sus conversaciones particulares en Burgos, en Valladolid, donde á la sazon se hallaba la corte, en toda Castilla la Vieja, en Portugal y en toda la Andalucía. Experimentando san Ignacio las bendiciones que echaba el cielo sobre todo aquello en que el P. Francisco ponia la mano, le hizo comisario general de España, de Portugal y de las Indias Orientales; pero al mismo tiempo que le nombraba superior de todos, le sujetó á la obediencia de otro Padre en lo tocante á la direccion y gobierno de sus penitencias, que cada dia eran mas excesivas. Bendijo Dios sus trabajos y su celo. No solo introdujo y fundó la Compañía en las doce ciudades mas principales de España, sino que renovó el primitivo fervor en no pocos monasterios, reformó las costumbres en las provincias y en la corte, resucitó la devocion á la santísima Vírgen, introdujo en todas partes la frecuencia de Sacramentos, y solo con dejarse ver movia y enternecia á todos hasta derramar muchas lágrimas.

Murió Ignacio, y Francisco sintió su muerte; pero la sintió como Santo. El miedo de que si volvia á Roma se avivase mas en el Papa el pensamiento de hacerle cardenal, que nunca habia depuesto del todo, le hizo encontrar mil razones para excusarse de asistir á la eleccion de nuevo general. El P. Laynez, que sucedió á san Ignacio, queria tener á Borja cerca de sí; pero como aconteció por este tiempo el retiro del Emperador al monasterio de Yuste, se vió precisado á dejarle todavía en España. Deseaba Carlos V ver al P. Francisco; y no ignorando este las malignas impresiones de que habian imbuido en Alemania el ánimo de aquel Príncipe contra su sagrada Religion los

enemigos de la Iglesia y de la Compañía, pasó al punto á visitarle. Recibióle el Emperador con las mayores demostraciones de amor y de estimacion; tuvo con él diferentes conversaciones sobre las reglas, el espíritu y el fondo de su Instituto; quedando tan desengañado, que no solo formó un alto concepto del mérito de Francisco, sino tambien el mas superior aprecio de la excelencia y de la santidad de su nueva Religion. Honróle mas que nunca con su imperial benevolencia, y le encargó varias comisiones para las cortes de España y de Portugal, que desempeñó Francisco felizmente, acompañando siempre á todas sus empresas el celo de la salvacion de las almas.

Habia nacido la Compañía de Jesús en el monte de los Mártires; queria Dios que se criase en medio de las persecuciones á imitacion del divino Salvador, con cuyo nombre se honraba, y permitió que por entonces fuese perseguida furiosamente en España. Conjuró Borja dichosamente todas aquellas tempestades, y en breve tiempo se descubrió el cielo sereno. Murió el Emperador Carlos V; pronunció Francisco su oracion fúnebre en presencia de toda la corte, y todos convinieron en que aquel gran Emperador habia sido dichoso, mereciendo los elogios de un hombre tan santo y de un juez tan íntegro, justo apreciador del mérito verdadero.

Padeció el Santo por este tiempo una grave enfermedad; convaleció de ella, y habiendo hecho la visita de todos los colegios de la Compañía que habia en Portugal, habiendo predicado la Cuaresma en la catedral de Evora, y habiendo visitado al célebre D. Fr. Bartolomé de los Mártires, que acababa de fundar un colegio de Jesuitas en su ciudad arzobispal de Braga; estando en la ciudad de Oporto tuvo noticia (sin que le causase la menor inmutacion) de que la Inquisicion de España habia condenado un libro espiritual que corria con su nombre. Siendo duque de Gandía habia compuesto para su uso particular dos tratadítos espirituales sobre la humildad (que toda la vida fue su querida virtud), intitulados, el uno: *Espejo del hombre cristiano;* y el otro, *Colirio espiritual.* Ambos se habian impreso sin noticia suya en diversas ciudades del reino; pero viendo los libreros que era corta la ganancia por lo reducido del volúmen, resolvieron abultarle, añadiendo á los dos tratadillos del P. Francisco otros once de diferentes autores sobre materias espirituales; y para asegurar el despacho á todos, los intitularon *Obras del Duque de Gandía.* Con este título salieron en el edicto de la Inquisicion ó en el expurgatorio, sin hacerse distincion de las que eran obras del Santo y de las que no lo eran. No habia cosa mas fácil para Francisco que

justificarse; pero no se lo permitió su amor á la humillacion, queriendo mas padecer aquel sonrojo, entregándose al silencio, que perder el mérito de la humildad volviendo por su causa.

Los PP. Laynez y Salmeron tenian que pasar al concilio de Trento como teólogos del Papa, por lo que recibió Borja una órden de su general para que se transfiriese á Roma á ejercer el oficio de vicario suyo durante el tiempo de su ausencia. Desempeñó este empleo con tan universal aplauso, que muerto el P. Laynez el año de 1565 fue electo general, sin que hiciesen fuerza sus razones ni sus ruegos. Aplaudió el mundo esta eleccion, que costó á Francisco muchas lágrimas, y necesitó largo tiempo para enjugarlas. Muy desde luego experimentó la Compañía las bendiciones que echó el cielo sobre su feliz gobierno. Propagóse aquella con asombrosa multitud de casas por uno y otro mundo, creciendo aun mas que las mismas fundaciones el fervor en la virtud y la aplicacion al estudio de las letras. Reconocióse cada dia mas ardiente el celo de los operarios evangélicos bajo la direccion de tal jefe; y á las órdenes de un general santo brillaba en todas partes la santidad de aquella tierna y recien nacida Compañía. Dió nuevo vigor á sus constituciones; enriqueció su Instituto con prudentísimos reglamentos, y puso, por decirlo así, la última mano tanto á la disciplina regular, como al régimen mas acertado de la escuela. El papa san Pio V hizo muchas ventajas á sus predecesores en la grande estimacion que profesó á nuestro Santo, y en los favores con que honró á su Religion. Apreciaba mucho sus consejos, y consultaba á Borja en cási todas las necesidades de la Iglesia. No hubo provincia en la cristiandad á donde su caridad no se extendiese; no hubo país inficionado del error que no experimentase los efectos de su celo.

El único privilegio que juzgó le concedia aquella suprema prefectura, era no reconocer ya superior dentro de la Religion que pudiese poner límites á los rigores de sus penitencias. Mortificaba su cuerpo con todos los modos que podia inventar una ingeniosa crueldad. Confesaba que seria para él intolerable la vida si se pasase un solo dia sin solicitar que experimentase su carne algun extraordinario dolor. No contaba los ayunos en el número de las penitencias; las disciplinas eran de ochocientos golpes; repetíalas muchas veces al dia, de manera que sus espaldas eran una sola llaga. Pero bien se puede decir que su principal virtud fue la humildad. Ningun hombre se despreció mas á sí mismo; ninguno deseó con mayores veras ser despreciado de los demás. Firmábase por lo comun *Francisco Pecador*. De

las mismas dignidades á que le elevaban sabia aprovecharse diestramente para humillarse mas, y confesó con ingenuidad á un confidente suyo, que para él no habia gusto ni alegría mas sensible que cuando le maltrataban. Así, pues, no hay ya de que admirarse si Dios inundaba aquel corazon con torrentes de espirituales delicias, destellos anticipados de los gozos de la gloria. Era su oracion un éxtasis continuado, y sus dulcísimas lágrimas en el santo sacrificio de la misa efecto del ardor de aquel corazon abrasado en el amor de su Dios. Bastaba pronunciar en su presencia los santos nombres de Jesús y de María para observar sus ojos arrasados en tiernas lágrimas, y todo inflamado su semblante. Por su extraordinaria devocion á la santísima Vírgen se puso en camino para Loreto en lo mas fuerte de una violenta enfermedad: luego que partió comenzó esta á ceder, y cuando llegó al término de su peregrinacion se halló enteramente sano. San Pio V para asegurar la liga que queria hacer con Felipe II y la república de Venecia contra el Turco, envió por legado al cardenal Alejandrino, y quiso que nuestro Santo le acompañase, y ayudase á tratar con los reyes de España, Francia y Portugal los negocios de que iba encargado. En Valencia nuestro Santo fue recibido con gran júbilo por su hijo el duque de Gandía. Obligado por D. Juan de Ribera, arzobispo de aquella iglesia, predicó en la catedral con admiracion y gran fruto del auditorio. Nadie pudo acabar con él que pasase á Gandía. En la corte fue muy bien recibido. El Rey trató con él algunos negocios de mucho servicio de Nuestro Señor. Pasaron á Portugal, y luego volvieron por España á Francia.

Restituidos á Italia, habiendo dicho misa en el camino el dia de la Purificacion de Nuestra Señora le asaltó un recio accidente. Con este trabajo llegó á Ferrara á tiempo que estaba junto el conclave de los Cardenales, donde seriamente se pensó en hacerle Papa; pero con la noticia de su enfermedad y con la memoria del teson con que por siete veces se resistió á admitir el capelo, se dejó aquel pensamiento. Prosiguió en su rigor la enfermedad, y tomó el camino de Roma por Loreto, donde satisfizo su ardiente devocion á la santísima Vírgen. Llegó á Roma muy postrado, y no quiso admitir mas visitas que las de sus hermanos. Envió uno de ellos al Papa pidiéndole su bendicion y una indulgencia plenaria de sus pecados. Recibió los Sacramentos con extraordinario fervor; pidió perdon á los Padres de los malos ejemplos que le parecia haberles dado; recogióse en oracion; elevóse su espíritu á Dios por un éxtasis maravilloso; volvió de él, y lleno de aquella confianza que acompaña á los Santos hasta el último sus-

piro, entregó tranquilamente el alma á su Criador el dia primero de octubre del año 1572, al ir á cumplir los sesenta y dos de su edad.

Luego que espiró todos los Padres de la casa profesa, testigos de la santidad de sus obras y de los milagros de su vida, se hincaron de rodillas para implorar su intercesion. Hallábase presente D. Tomás de Borja, hermano del Santo, y deseoso con devota curiosidad de ver por sí mismo la piel vacía, correspondiente al estómago, que le doblaba toda la cintura, efecto portentoso de sus ayunos y de sus penitencias, todas las veces que para este fin aplicó la mano debajo de la sotana, la sintió inflamada, entorpecida y sin movimiento. Así depone esta maravilla el mismo señor en la relacion de las virtudes y milagros de su santo Hermano, que compuso siendo arzobispo de Zaragoza; y compulsada en los procesos verbales de su beatificacion y canonizacion, se halló en todo conforme con las deposiciones de todos los demás testigos.

El prodigioso concurso del pueblo que acudió á su entierro fue como la voz de Dios que publicaba la gloria de su fiel siervo. No hubo cardenal ni prelado que no quisiese besarle los piés. Colocóse por entonces el precioso depósito de su cuerpo en la iglesia antigua de la casa profesa, donde fue venerado por la devocion particular de los fieles hasta el año de 1617. El dia 23 de febrero del mismo año le pasaron á la sacristía de la misma casa; algunos dias después le transfirieron á la iglesia de Jesús, y de esta el cardenal duque de Lerma, primer ministro de Estado de Felipe III, y nieto de nuestro Santo, logró con su autoridad y valimiento trasladarle á la corte de Madrid, donde fue colocado en la suntosa iglesia de la casa profesa de la Compañía que el mismo Cardenal habia edificado á sus expensas, celebrándose esta traslacion con grande solemnidad. Luego que el Santo fue beatificado por el papa Urbano VIII en 24 de noviembre de 1624, la villa de Madrid le escogió por su protector, juntamente con san Isidro labrador, su principal patrono: disposicion admirable de la divina Providencia para que los grandes del mundo tuviesen á la vista dos ejemplos que por caminos diferentes les enseñasen á usar cristianamente de la grandeza de la tierra: el de Isidro despreciándola, teniendo delante de los ojos un pobre labrador elevado á tanta gloria; el de Borja aprovechándose de ella, con un grande de España a la vista, venerado en los altares. Aceleró mucho su canonizacion el crecido número de milagros que obró Dios por intercesion de nuestro Santo; y terminada felizmente por el papa Clemente X el año de 1671, fue solemnizada con grandes fiestas en los pueblos de Es-

paña. Su fiesta se celebró al principio el dia 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al dia 10 el papa Inocencio XII.

SAN LUIS BELTRAN, CONFESOR.

En la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de enero de 1525, nació san Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca santo Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran, notario, y Juana Ángela Exarche, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud no permitian que fuesen infructíferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales á las esperanzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgustos, acallaban sus lloros, y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle á la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesús y de María se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó á rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando anticipada una tierna devocion á la Reina de los Ángeles, la rezaba diariamente su oficio. Á esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos misterios, para lo cual se retiraba con frecuencia á los lugares mas secretos de su casa, en donde alimentaba su alma con celestiales dulzuras. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones, unas veces ayunando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oracion. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el duro suelo, y para que la vanidad no hallase puerta por donde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprension que pudieran darle sus padres. Palabras descompuestas, enredos y juegos de niños, tan frecuentes en aquella edad, jamas se vieron en nuestro Santo. En su lugar asistia á los templos, ayudaba á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, manifestando en todo un juicio y cordura de anciano. Era humildi-

simo y obediente para sus padres; y si tal vez veia á su madre enojada por algun incidente de la casa, tomaba un libro, y leyéndola alguna cosa oportuna, desarmaba su ira, y volvia la tranquilidad á su corazon. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando de cada vez los fervores de su devocion, tanto, que su confesor juzgó que tenia el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocia el santo jóven que este era un privilegio que podia llamar hácia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él prevenia diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que su fervor no fuese conocido. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar mas oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecia, y así pensó poner en ejecucion el consejo evangélico, que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, el vestido, y dejando una carta escrita á su padre, en que le declaraba sus designios, salió de Valencia con ánimo de buscar algun desierto en donde consagrarse á Dios por toda su vida. Siete leguas habria andado cuando le encontraron los emisarios que envió su padre para buscarle. Halláronle estos en traje tan devoto, y supo satisfacer á su padre con razones tan piadosas, que léjos de enojarse contra el santo mancebo, le proporcionó vestidos clericales, y le permitió la continua asistencia á los hospitales públicos, en donde consolaba y servia á los enfermos. Su espíritu fervoroso se hallaba como fuera de su elemento en aquel estado; deseaba con ansia otro de mayor perfeccion; y así se fué al prior de Santo Domingo, que á la sazon era el maestro Fr. Jaime Ferran, quien no dudó condescender con sus deseos. Pero su padre, considerando su débil salud, se fué al Prior en el mismo dia en que habia de tomar el hábito, y representándole que su hijo padecia tales enfermedades que seria gravoso á la religion, desvaneció todo el proyecto, y burló las esperanzas que Luis habia concebido. Quedó el Santo tristísimo, y acudia á Dios, y á su santa Madre con oraciones y sentidas lágrimas, pidiéndoles el cumplimiento de sus votos. Contra el poder de Dios y sabias disposiciones de su providencia jamás pueden prevalecer ni las fuerzas ni la industria humana. El Señor tenia elegido á Luis para uno de los mas grandes obreros evangélicos que habia de producir la esclarecida Religion de santo Domingo; y así, por exquisitas diligencias que hizo su padre para impedir que diese su nombre á esta sagrada milicia, todas se vieron frustradas. Á 26 de agosto de 1544 tomó el hábito de santo Domingo con tanto gusto del santo jóven, como pesar de su padre, cuyas mi-

ras carnales le hacian desaprobar una resolucion tan santa, que tenia todas las señales de haber sido inspirada de Dios. Luego que san Luis se vió contado entre los hijos de Domingo, se propuso por ejemplar de su vida la de su santo Patriarca y la de san Vicente Ferrer.

Este propósito se verificó tan exactamente en todas sus acciones, que aun siendo novicio solia decir su maestro, el santo Fr. Juan Micó, que Luis habia de ser en Valencia otro san Vicente Ferrer; dicho que atendiendo á su virtud, y á la portentosa vida de Beltran, pudo tener todas las cualidades de profecía. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la continua asistencia al coro, las ocupaciones humildes y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba Luis. Su fervor y su virtud, léjos de hallar pena en donde la encuentran los tibios, hallaba descanso y el medio de cobrar nuevos alientos. Privábase voluntariamente de la mayor parte de su comida para darla á los pobres; y con este artificio piadoso lograba á un mismo tiempo ejercitar consigo la abstinencia, y con el prójimo la misericordia. Llegó el tiempo de la profesion, y conociendo los Padres que en aquel santo mancebo adquiria la Religion un rico tesoro, se la dieron con gusto. Asegurado Luis de que ya tenia un establecimiento en que podia dedicarse á Dios sin reserva alguna, comenzó á entregarse á la virtud, y con especialidad á la mortificacion; de manera, que cayó en una grave enfermedad. Pero la convalecencia que fue Dios servido concederle, la empleó de nuevo en mas rigorosos ejercicios. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza eran sus virtudes favoritas; pero teníalas cimentadas sobre la base de la caridad, sin la cual sabia que no hay virtud que sea agradable á Dios. En la oracion era continuo, y era tal la alteza con que consideraba los divinos misterios, que muchas veces salia fuera de sí, y se quedaba arrobado. En estos raptos su alma sentia tal complacencia, que sin embargo de haberle destinado sus superiores á los estudios, pensó muchas veces abandonarlos para dedicarse con mayor libertad á la oracion. Pero como todas las cosas las obraba con el consejo de un director sabio y virtuoso, este le hizo ver que aquello era una verdadera tentacion con que el demonio pretendia impedir los progresos que en beneficio de sus prójimos podria hacer en lo sucesivo. Persuadido de esta verdad, se dedicó con el mayor ahinco al estudio de las ciencias sagradas, y en ellas hizo tales progresos, que con justicia se le podia contar por uno de los verdaderos sabios. Principalmente dedicó su atencion á las obras del grande doctor santo Tomás de Aquino, bien satisfecho de que en ellas encontraria un

compendio luminoso de la mas pura y sana doctrina que enseñaron todos los Padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió Fr. Luis un teólogo dogmático, capaz de enseñar al pueblo los mas difíciles misterios de la Religion; un teólogo expositivo, que penetraba la medula de las Escrituras sagradas, y alimentaba con ella á los fieles, y un teólogo moral, que conocia perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones, para persuadirlas ó reprenderlas.

Entre tanto se llegó el tiempo en que debia ascender á la sublime dignidad del sacerdocio. La delicadeza de su conciencia le hacia mirar este ministerio tan augusto con temor y temblor; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movia su alma, le hicieron despreciar los temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente concibió, que á proporcion de la grandeza de la dignidad que habia recibido, debian ser tambien los nuevos progresos que de allí adelante hiciese en la virtud. Esta consideracion le empeñó en mayores asperezas de vida, en nuevos ejercicios de humildad, y en una contemplacion tan continua, que apenas habia momento que no estuviese pensando en su Dios. Contento vivia Fr. Luis bajo del yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenia preparado para que como antorcha despidiese de si el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en el candelero de la prelacía. Antes de esto fue elegido por maestro de novicios, oficio delicado, que exige gran virtud y gran prudencia para no malograr en su principio las grandes almas que Dios lleva á las religiones. Seis veces fue reelegido Fr. Luis en este empleo, prueba muy evidente de las grandes ventajas que advertian los superiores en la educacion que daba á los novicios. Inspirábales una humildad profunda, el desasimiento de las cosas del mundo, la caridad fraternal, la obediencia á los prelados, la mortificacion de los sentidos, y todo el cúmulo de virtudes que constituyen un verdadero religioso. Pero sus instrucciones iban precedidas de su ejemplo; tanto, que compadecido un novicio de verle verter sangre en gran copia cuando tomaba alguna disciplina le amenazó que se lo diria al prior. Fr. Luis temiendo mas el motivo de vanidad que de aquí podria resultarle, que la reprension del prelado, suplicó al novicio que callase, diciéndole: «Callad, hijo, por amor de Dios, que yo me enmendaré.» Y de allí adelante juntó su mortificacion con una prudente cautela. Rodeábase al cuerpo una sábana que empapase la sangre que vertia en las disciplinas, y de este modo impedia que, salpicando en las paredes, excitase la compasion de los novicios. En este ejercicio tuvo el pensa-

miento de dedicarse á la carrera de lector. Obtuvo patente del general para pasar al convento de San Esteban de Salamanca; pero habiéndole asegurado el maestro Micó y otro Padre muy espiritual que Dios no le llamaba por aquel camino, se volvió á Valencia, haciendo á Dios en esto mismo un agradable sacrificio, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sabiduría y de sus luces.

No quedaron escondidas estas bajo el medio celemin; antes bien el ensayo que de ellas habia hecho en el magisterio de novicios dió una prueba incontestable de que eran proporcionadas para mayores empresas. Por tanto, fue nombrado por superior del convento de Albayda, en cuya prelacía brillaron con nuevo resplandor cuantas virtudes hasta entonces habia adquirido. Como su corazon estaba abrasado en el amor de sus prójimos, apetecia vivamente la salvacion de estos, y la procuraba por todos los medios posibles. Uno de ellos era la predicacion que ejercia él, y hacia ejercitar á sus religiosos con conocido provecho de cuantos les oian. Su estudio para predicar, mas que en los libros, le hacia en Jesucristo crucificado, cuya pasion sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. Á este propósito solia decir, que no puede ser verdadero predicador, ni verdadero religioso, el que no tiene en su celda un Crucifijo. Así salian las palabras de su pecho encendidas de aquel fuego que le devoraba, y producian tan admirables conversiones. Igual fruto sacaba administrando el sacramento de la Penitencia; y era tal la compuncion y lágrimas que inspiraba á los penitentes, que por este medio hizo abandonar á muchos su vida licenciosa, y emprender otra cristiana y arreglada. Favorecia estas operaciones el don de penetrar los secretos interiores con que Dios le habia favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan, se refiere, que viniendo un dia el Santo de predicar, se encontró á un pastor en el camino: trabó conversacion con él, y á pocas razones le descubrió todos los secretos de su vida distraida, y cuantos años habia que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, certificándole que dentro de poco le llamaria Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y confuso y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dió palabra al Santo de confesarse; y habiéndolo hecho con grande compuncion y lágrimas, le llevó Dios para sí de allí á muy pocos dias. Acabado su priorato, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual le habia dotado Dios de luces muy superiores. Pero este empleo no le impedia ejercitarse en la predicacion y en la administracion del sacramento de la Penitencia. Salia frecuentemente á predicar por los

lugares circunvecinos, y alguna vez á complacer la devocion de la condesa D.ª María de Mendoza, que residia en Concentayna. Esta Señora, que tenia una virtud sólida en medio de su grandeza, hallaba mucho gusto espiritual en tener en su casa al santo Fr. Luis, cuyas conversaciones y discursos le afianzaban en la virtud, y transformaban su casa en un convento. Cuidaba la Señora de que se le pusiese un aposento bien provisto de todo; pero el Santo, que amaba mas la mortificacion que todas las delicias del mundo, jamás dormia en el lecho, y segun testificaban los familiares de la Condesa, jamás fueron á despertarle que no le viesen de rodillas, abismado en la contemplacion de Dios.

Tanto fuego de caridad no hallaba en España materia suficiente en que emplearse. Deseaba Fr. Luis tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de aquel que tantos habia padecido por la redencion del mundo. Habia deseado desde niño dar su vida por él, y nunca desistia del pensamiento de exponerla á las mayores fatigas por la salud de sus prójimos. Agitado de estos pensamientos, oyó hablar de la necesidad que en las Indias habia de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por esta falta vivia sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre. La caridad movió su corazon con los afectos de compasion y de ternura hácia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darlas por su parte todo el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su general licencia para pasar allá, y por el alto concepto que su virtud merecia, la obtuvo sin dificultad alguna. Sus amigos y parientes le representaron una multitud de dificultades, capaces de desanimar al espíritu mas alentado. Los religiosos le proponian lo largo y penoso del camino, la aspereza de las tierras en donde habia de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes, y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religion cristiana. Sus parientes, bañados en lágrimas, le oponian todas las razones que dicta la naturaleza, le acordaban los atractivos de la sangre; y últimamente, se valian de sus mismos achaques y enfermedades para persuadirle que con tan débiles fuerzas era imposible concluir una empresa tan arriesgada. El prior de Valencia y sus hermanos llegaron hasta el extremo de negarle todo auxilio para el camino, queriéndole estrechar por este medio á desistir de su proyecto. Pero nuestro Santo, léjos de hallar en todas estas razones motivos para desistir, las encontraba muy poderosas para confirmarse en sus deseos, y persuadirse á que Dios mismo se los habia inspirado. Los trabajos

que le proponian halagaban el apetito de padecer por Dios. La nueva que le habian dado de que los bárbaros idólatras quitaban la vida en odio de la religion cristiana, vivificó en él la dulce esperanza de poder conseguir el martirio; y últimamente, el negarle todo auxilio humano para la comodidad de su viaje, lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que habia profesado. Así resuelto y alegre hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdon á los religiosos del mal ejemplo que les habia dado; y despidiéndose de ellos, se puso en camino á pié y con unas alforjillas al hombro, en donde llevaba algunos libros. Su fortaleza, no menos que su caridad, dejó admirados á todos; y viendo sus hermanos que no habia medio de detenerle, le salieron al encuentro en Játiva, y le proveyeron de dinero con que hiciese mas cómodamente su viaje. Como su salud era bastante enferma, admitió lo necesario para comprar un jumentillo, en que llegó á Sevilla. Embarcóse en esta ciudad, y aunque en el viaje se ofrecieron algunas tormentas, las calmó Dios por sus oraciones, y llegó felizmente á Cartagena de Indias.

Su espíritu fervoroso no podia avenirse bien con el ocio, ni permanecer un instante sin emplearse en el destino que le habia hecho atravesar tantos mares. Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que logró este destino, comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasion se convirtieron á la fe, solicitando con ansia el sacramento del Bautismo. Ninguna dificultad podia acobardar su espíritu, ningun peligro era bastante á detenerle en su carrera, ni pudieron quebrantar su constancia los muchos ardides de que se valió el demonio para impedir los copiosos frutos de su predicacion. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba rios y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones por ganar almas á Jesucristo. En dos diferentes veces los sacerdotes de los ídolos le dieron á beber veneno, intentando de este modo quitar la vida al enemigo de sus supersticiones; pero Dios, que conocia cuán necesaria le era aquella vida preciosa á su Religion sacrosanta, se la conservó milagrosamente. Advirtiólo el Santo una vez; y sentido de no haber perdido la vida por amor de su Señor, hacia tales exclamaciones contra la ineficacia del veneno, que le habia privado de la palma del martirio, como pudiera hacer cualquiera otro contra su mismo homicida. Su predicacion era recomendada por Dios con gran multitud de milagros; los cuales,

aunque bastaron para confundir la protervia de la infidelidad, no fueron suficientes para ablandar la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables. A este propósito el Santo predicaba de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y últimamente, á que pusiesen algun término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasion con un portentoso milagro que merece referirse. Comia el Santo en compañía de varios poderosos que oprimian á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables: al tiempo que estaba con ellos á la mesa, les afeó su conducta en tono amenazador y terrible; y queriendo confirmar su predicacion con un portento que los aterrase, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y exprimiéndolo, brotó sangre; y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres; ved y considerad bien de qué formais vuestro alimento.* Pero los Cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad, ni á su codicia, lo cual fue causa de que el Santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volverse á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento; porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes, que por los grandes dones con que Dios le habia enriquecido. Veian en él el don de lenguas, porque predicando en español, era entendido de todos los indios de cualquiera tribu ó nacion que fuesen. Veíanle descubrir los secretos mas ocultos, penetrar las intenciones secretas, y hablar de lo futuro como si estuviera presente. Veian que á su voz obedecia toda la naturaleza, se ahuyentaban todas las enfermedades, y la muerte misma perdia sus derechos. Pero nada les causaba tanta admiracion, ni cautivaba tan poderosamente sus corazones como el desinterés que en él advertian. Quedábanse atónitos de verle despreciar el oro, y de que no recibia los estipendios acostumbrados por la administracion de los Sacramentos. Este despego de las cosas del mundo, y la admirable castidad con que vivió, le granjeó de los indios el nombre de *fraile de Dios*, que era el modo con que le llamaban y con que explicaban el extraordinario concepto que les habian merecido sus virtudes.

Siete años estuvo el Santo en las Indias, y en ellos son innumerables los gentiles que convirtió, y las almas que sacó de sus caminos errados. En su vuelta á España solo con hacer la señal de la cruz sobre las encrespadas olas, sosegó una tempestad en que todos se creian

perdidos. Luego que llegó al puerto se encaminó para Valencia, y aunque sus frailes le recibieron con toda la veneracion debida á su santidad, el humilde Fr. Luis quiso volver al noviciado, pareciéndole que cuanto habia hecho hasta entonces era nada, y que debia principiar de nuevo su carrera. Los religiosos permitieron este desahogo á su fervor; pero conociendo sus grandes merecimientos, le hicieron prior del convento de San Onofre, después maestro de novicios del de Valencia, y últimamente, prior del mismo convento. En todos estos empleos se portaba con sus súbditos con el amor de un verdadero padre, y con la integridad de un hombre justo. En su interior era el último y mas despreciable de todos; pero en el exterior hacia con la severidad de sus costumbres que todos estuviesen sujetos y respetasen la ley. Promovia con sumo celo el amor á los estudios, el ejercicio de la predicacion y la asistencia al confesonario. Estos augustos empleos sabia que no se podian ejercer dignamente sin mucha oracion, sin mucha caridad y sin mucho retiro. Por esta causa celaba con gran cuidado sobre que sus religiosos practicasen todas estas virtudes; y como el ejemplo del superior es el mas poderoso incentivo él mismo iba delante con el ejemplo. Así como los virtuosos encontraban en él un padre amoroso y benéfico, de la misma manera los tibios y relajados hallaban un juez severo é inexorable; pero en los castigos que prescribia la ley hacia conocer á los culpados que los amaba como á hijos, y que su severidad no tenia otro objeto que sus culpas. Este modo de proceder le trajo grandes sinsabores, persecucuciones y trabajos de parte de algunos que no podian sufrir el resplandor de tanta luz, ni acomodar sus costumbres á la rectitud que el Santo exigia. Todo lo sufrió con invencible ánimo y gran paciencia, y el mismo Dios le dió á entender en algunas visiones cuánto mas le agradaba el ver padecer á sus siervos por su amor, que aquellas virtudes que se crian á la sombra del descanso y las dulzuras. Los delicados cargos de la prelacia le traian continuamente inquieto, temiendo que entre tantas obligaciones no podria conservar la pureza de su conciencia. Era tal su temor, que algunas veces solia decir á sus religiosos que pidiesen á Dios no le cogiese la muerte mientras fuese prior, sino después que se viese libre del cargo de almas.

Este deseo tan justo, y que manifiesta cuánto temia desagradar al Señor, se lo concedió su Majestad, exonerándole de cargos tan terribles antes de llamarle á sí. Luego que el Santo se vió libre de tantos cuidados, y presintiendo que estaba cercana su muerte, comenzó á disponerse para ella con mayor fervor que el que habia observado

toda su vida. Multiplicó los ayunos, las asperezas, las vigilias, y con singularidad el ejercicio de la oracion. No salió mas del convento; asistia á todo el coro, y por mínimas que fuesen las observancias de comunidad, era el primero á ellas, sin que sirviesen de pretexto para eximirse de su cumplimiento, ni su ancianidad, ni sus achaques, ni los diferentes cargos que con tanto honor habia obtenido. Tanto fervor de espíritu no quiso Dios que careciese de recompensa aun en esta vida. Regalóle el Señor con frecuentes visiones, en que se le aparecieron unas veces san Francisco y Santo Domingo, y otras Jesucristo y su santísima Madre. De aquí le nació aquella conformidad en las penosas enfermedades y terribles dolores que le afligieron en el último trance de su vida: de aquí le nació el consuelo de saber que estaba en gracia de Dios, y que su Majestad habia determinado llevarle para sí el dia 9 de octubre, dia de san Dionisio Areopagita, como el Santo se lo aseguró á D. Juan de Ribera, patriarca de Valencia, un año antes de su dichoso tránsito. Y de aquí, finalmente, le provino aquella fortaleza con que repetia aquellas palabras de san Agustin: *Abrasad, Señor, aquí: cortad aquí: no perdoneis aquí, para que me perdoneis para siempre.* Estaba el Santo en una pobre cama, cubierto por todas partes de intensísimos dolores; pero su rostro alegre como el de un Ángel manifestaba la tranquilidad y gozo de su corazon. Advirtiendo el Arzobispo las muchas penas que le afligian, le preguntó si estaba contento en medio de tantos males como Dios habia sido servido enviarle. A esta pregunta satisfizo san Luis diciendo: *Os digo, señor, con toda verdad, que no trocaria estos dolores que padezco por todos los bienes y delicias del mundo; estoy confuso de ver como, siendo tan gran pecador, me hace Dios tan grandes favores.* Sin embargo de esto, su espíritu agigantado no se contentaba con las penalidades de su enfermedad, sino que queria ejercitar otras austeras penitencias. Yendo un religioso á componerle la ropa, advirtió que se habia metido un ladrillo entre la túnica y la carne, para impedir de esta manera que su cuerpo pudiese tener algun reposo. Afeóselo con cariño el religioso, representándole, que estando tan enfermo y débil, podria quitarle la vida; á lo cual respondió el Santo: *¡Oh hermano, acércase ya la jornada, y se necesita mucho para ir al cielo!* Con el mismo espíritu de penitencia pocos dias antes de morir solicitó que le quitasen la camisa, y le pusiesen la túnica de lana, segun el estilo de su Órden. En la víspera de su muerte los religiosos creyeron que iba ya á espirar; comenzaron á decirle la recomendacion del alma; pero el Santo, abriendo los ojos, les dijo: *Váyanse ahora, que tiempo*

tendrán de hacerlo. Verificóse así; porque al dia siguiente llamó al Arzobispo, y le dijo: *Señor, ya me muero, despídase de mí, dígame un Evangelio, y écheme su bendicion.* Condescendió el venerable Arzobispo; dijéronle los religiosos la recomendacion del alma, y al tiempo de concluirla exhaló su purísimo espíritu, yéndose á gozar en la eternidad bienaventurada el premio de tantas virtudes. Sucedió su dichoso tránsito el referido dia 9 de octubre del año de 1581, segun el mismo Santo lo habia profetizado muchas veces.

Su muerte fue llorada de toda la ciudad como muerte de Santo. El mismo dia en que espiró, el beato Nicolás Factor, estando en el mismo convento de Predicadores delante de muchos y muy respetables testigos, se arrobó y dió testimonio de la gloria de que ya gozaba san Luis. Viéronse tambien celestiales resplandores en su celda, sobre el convento y en otros diferentes lugares. Varias personas devotas testificaron haber oido músicas de Ángeles, tanto en la iglesia al rededor de su cuerpo, como en el entierro de los religiosos en donde fue sepultado. Toda la ciudad de Valencia se conmovió, y vinieron á venerar el sagrado cadáver, en el cual advertian un extraño resplandor y suavísima fragancia, cual convenia á la virginal pureza que habia conservado toda su vida, á pesar de las exquisitas diligencias con que intentaron empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros: los cuales habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heróico, fue beatificado por Paulo V el año 1608, y canonizado por Clemente X en el de 1671. Su cuerpo se veneraba incorrupto en la suntuosa capilla que se le edificó en el convento de Predicadores de Valencia.

La Misa es en honor de san Francisco de Borja, y la Oracion la siguiente:

Domine Jesu Christe, verae humilitatis et exemplar et praemium, quaesumus, ut sicut beatum Franciscum in terreni honoris contemptu imitatorem tui gloriosum effecisti; ita nos ejusdem imitationis, et gloriae tribuas esse consortes: Qui vivis et regnas...

Señor mio Jesucristo, ejemplar y premio de la verdadera humildad; suplicámoste que así como hiciste al bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la tierra, así tambien nos concedas que sigamos sus pasos en tu imitacion, y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 51.*

REFLEXIONES.

Fue amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazon humano, tambien los hombres los estiman. Es este un tributo que se paga á la virtud, aunque reviente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razon (la que nunca se apaga totalmente) quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devocion; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó por lo menos que se considerase imposible su práctica para libertarse de aquellos remordimientos, de aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan, ó no pueden menos de admirar en muchos otros con quienes viven. Esfuérzase su mismo amor propio á persuadirles, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observan en los demás; y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia de virtud por lo regular no tiene otro principio que el despique y la disolucion. Quien formare concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla, y hacerla la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion. Es un hombre en todos tiempos severo consigo mismo, sin disimularse, sin perdonarse cosa alguna; y en todos suavísimo, dulcísimo con los demás, disculpando todo en ellos; honrado sin afectacion, amigo de complacer sin bajeza, servicial sin interés, exactísimo en todo sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin opresion, nunca ocioso, pero nunca acongojado; empleado siempre con sosiego, pero nunca distraido ni menos disipado con la multitud de los negocios: conservando siempre su corazon sereno y libre, como ocupado continuamente en el gran negocio de los negocios, que es el de la propia salvacion. Haciendo bajísimo concepto de sí mismo, reserva toda su estimacion para los demás, en quienes solo ve lo mucho bueno que tienen, y en sí solo considera lo mucho malo que le acompaña. Como solo se gobierna por máximas superiores, no cree que le agravian los que le desprecian, por-

que está persuadido á que los que le honran le dan lo que no le deben. En fin, es un hombre á quien siempre se le encuentra igual, como quien tiene todo lo que quiere, porque no quiere mas que lo que tiene. Siempre contento, siempre tranquilo y siempre del mismo humor, sin que los sucesos prósperos le engrian ni los adversos le abatan, sabiendo muy bien que unos y otros vienen de la misma mano; y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre lo que Dios hace. Este fue el Santo cuya fiesta se celebra hoy.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág.* 53.

MEDITACION.

De la verdadera mortificacion.

Punto primero. — Considera que la mortificacion es tan necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo, como que es la primera leccion que da el mismo Cristo á los que quieren ser sus discípulos, y sin ella no hay que pensar en serlo. *Si alguno quisiere venir en pos de mí*, dice el mismo amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame*. Las señales mas seguras de sólida virtud que dan los Santos es la perfecta mortificacion; no solo porque no hay virtud que pueda conservarse largo tiempo sin una generosa y constante mortificacion, sino porque sin mortificacion no hay verdadera virtud. Nacemos todos con tanta propension al mal; fortifícanse, y aun se multiplican nuestras pasiones con los años; engáñannos los sentidos; y siempre de inteligencia con aquellos enemigos domésticos, sin cesar nos están armando lazos que el amor propio solicita ocultar para que no los descubramos. Vémonos precisados á desconfiar de nuestro mismo corazon; todo parece que conspira en nuestra pérdida, todo nos hace traicion. Solamente la mortificacion del alma y cuerpo, de potencias y sentidos puede enflaquecer las fuerzas de tanto enemigo poderoso. Ella es el antídoto, el preservativo contra el veneno preparado que se bebe sin advertirlo. Es verdad que solamente la gracia puede desarmar tan poderosos enemigos; pero no es menos verdad que será poco eficaz la gracia mientras dejemos á las pasiones, al amor propio y á los sentidos entera libertad para apacentarse y para satisfacerse. Es preciso macerar el cuerpo, mortificar los sentidos, sujetar las pasiones; es menester dejarlas sin fuerzas para ponerse en defensa. En estando sujetos los sentidos, nunca están libres las pasiones. Son muy

débiles sus asaltos cuando no las sostiene el amor propio. En estando bien domada la carne, fácilmente se reprime su alboroto; especialmente cuando el entendimiento y el corazon no están de acuerdo con los movimientos sediciosos. Tienen poca fuerza los auxilios de la vigilancia y de la oracion de un hombre inmortificado.

Punto segundo.—Considera que hasta los mismos Santos, aun con todo el ejercicio de la mas austera mortificacion, aun en medio del mayor recogimiento, aun armados con todos los instrumentos de la mas rígida penitencia, todavía tienen mucho que velar, mucho que orar, mucho que combatir para no ser vencidos; pues ¿cómo se ha de conservar por mucho tiempo inocente un hombre inmortificado, un hombre sensual, un hombre esclavo de sus pasiones, y dominado de sus sentidos? ¿cómo ha de salir victorioso? Concíbese la mortificacion como una virtud que solo habla con los perfectos, ó á lo mas como una virtud de puro consejo que á ninguno obliga. Pero ¿será puro consejo dejar á los Cristianos en plena libertad para ser ó para no ser discípulos de Cristo? ¿será puro consejo el intimarnos el Salvador del mundo que el que no se hiciere violencia no entrará en el reino de los cielos? ¿será puro consejo el protestarnos que el que no llevare su cruz todos los dias, ni será digno de él, ni podrá ser discípulo suyo? Pero si todos estos son oráculos para todos los Cristianos, si esta es la doctrina pura de Jesucristo, ¿no serán estos verdaderos y rigurosos preceptos? Desengañémonos: ni la edad, ni la condicion, ni el estado, ni los empleos, ni la dignidad nos pueden dispensar de la ley. Y así como ni el tiempo ni el lugar nos libran de la inclinacion al mal, como no nos ponen á cubierto de los lazos y de los artificios del enemigo comun, como no apagan en nosotros el fuego de la concupiscencia, así tambien ninguno se puede dispensar de la obligacion de mortificarse sin poner á peligro su salvacion. Los seglares y los religiosos, bien que los religiosos con mas razon que los seglares, todos están indispensablemente obligados á llevar su cruz, á aborrecerse á sí mismos, á hacerse violencia, á domar su genio, á mortificar sus sentidos y á vencer sus pasiones. Esta es una ley general de la Religion que obliga á los grandes del mundo y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los legos y á los eclesiásticos, á las mujeres que se quedaron en el siglo y á las que se retiraron á los claustros. Dícese que no todos pueden ayunar; algun dia examinará Dios esta proposicion; ¡y cuánto es de temer que se halle falsa! No todos pueden traer cilicio ni macerar su carne con disciplinas (pocos

habrá que no piensen otra cosa en la hora de la muerte); pero á lo menos todos pueden y todos deben hacerse violencia para entrar en el reino de los cielos; todos pueden privarse de muchos gustos, aunque sean lícitos; todos pueden y todos deben sufrir con paciencia las injurias; todos pueden y todos deben perdonar á sus enemigos. Ninguno hay que no pueda hacer al cabo del dia cien pequeños sacrificios; las comodidades, las conveniencias poco necesarias, la delicadeza, el juego, las diversiones, el regalo, todo esto ofrece abundante materia para ellos. Pues ¿quién dirá ahora que no se puede mortificar?

Puédolo muy bien, Señor, ayudado con vuestra divina gracia. Esta os pido con tanto mayor fervor, cuanto es grande el deseo que tengo de mortificarme los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS.—Yo mismo me acuso, y hago penitencia. (*Job*, XLII).

Sí, mi Dios, desde aquí adelante toda mi gloria la pondré en mortificarme. (*Galat.* VI).

PROPÓSITOS.

1 La mortificacion es inseparable de la vida cristiana; busca un solo Santo que no sobresaliese en esta virtud. No digamos ya que la mortificacion es buena para los Santos; si algunos se hubieran de considerar dispensados de practicarla, debieran ser las almas inocentes y puras. Con todo eso los amigos de Dios son, por lo comun, los mas mortificados, pero ¿quiénes tienen mayor necesidad de mortificarse que los pecadores? Digamos, pues, en adelante que la mortificacion es la legítima, es el patrimonio de todos los Cristianos, y que es la virtud que caracteriza á todos los escogidos de Dios. Procura que en adelante sea tambien la tuya. Practica con espíritu de religion todas las que fueren de precepto. Nunca te dispenses ni en los ayunos ni en las abstinencias de la Iglesia. Ha llegado el dia de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algun rastro de Religion se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distincion, de conveniencias, ó ser sugeto visible para considerarse desobligado de ayunar y comer de vigilia; esta obligacion se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legítimos algunos; pero no te figures tú los que no lo son.

2 Acostúmbrate á la mortificacion interior de tus pasiones, de tus

inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificacion exterior. Son siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo: consulta con un prudente confesor las que son mas proporcionadas para tí, y no te descuides en practicarlas, advirtiendo que son remedios y son preservativos.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires Táraco, Probo y Andrónico, en Tarso de Cilicia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, afligidos largo tiempo entre la inmundicia de la cárcel, y probados hasta tres veces con diversos tormentos, por último siendo degollados, confesando á Cristo alcanzaron la corona del glorioso martirio. *(Véase su historia hoy).*

El suplicio de los santos mártires Nicasio, obispo de Ruan, Quirino, presbítero, Escubículo, diácono, y Piencia, vírgen, en una aldea de Vexin; sentenciados á muerte por el presidente Fescenino. *(San Nicasio fue obispo de Ruan, y entre la multitud de personas que convirtió á la religion cristiana, una de las notables fue santa Piencia, vírgen francesa de gloriosa memoria. Quirino, presbítero, y Escubículo, diácono, ambos auxiliaron eficazmente á san Nicasio en sus tareas apostólicas, y se cree que los tres fueron los fundadores de la Iglesia de Ruan, y que murieron entre el segundo y tercer siglo del cristianismo en una aldea de Vexin. Sus sagrados restos fueron sepultados por los Cristianos en una gruta, en la cual encontrando los gentiles cierto dia á santa Piencia, la degollaron).*

El suplicio de los santos mártires Anastasio, presbítero, Plácido, Ginés y sus compañeros, item.

San Sármatas, discípulo de san Antonio, abad, en la Tebaida; á quien por confesar á Jesucristo mataron los sarracenos *(en el año veinte y dos del imperio de Constantino el Grande, segun dice san Gerónimo).*

San German, obispo y mártir, en Besanzon en las Galias.

San Fermin, obispo y confesor, en Uzez en el Languedoc. *(Á la edad de veinte y dos años sucedió en la silla de Uzez á un tio suyo que le habia educado por el unánime sufragio del pueblo y del clero. La prudencia y sabiduría que mostró acreditaron muy bien que la eleccion habia sido inspirada por Dios. Asistió á los concilios IV y V de Orleans, celebrados en los años 541 y 549, y al de Paris en 551, y su reputacion aumentaba extraordinariamente á medida que se le presentaban ocasiones para defender los intereses de la Iglesia. Murió santamente por los años de 553 á la edad de treinta y siete).*

San Canico, abad, en Escocia.

La dichosa muerte de san Gumaro, confesor, en Lira ó Lier en Brabante. *(Sus padres eran parientes del rey Pipino. Habiendo contraido matrimonio con una dama de calidad, pero de condicion perversa, extravagante y caprichosa, toda su vida fue una continua probacion en tribulaciones. Recibió el premio de su paciencia en 774. El lugar de que era señor se llamaba*

entonces Nivesdone, después Ledon, y ahora Lira; y por la devocion de las gentes á este Santo llegó á formarse en ciudad considerable).

San Emiliano ó Millan, confesor, en Rennes en Francia. *(Cuéntase de este Santo, dedicado á la oracion y al socorro de los pobres, que á semejanza del divino Salvador, alimentó un dia á todo un gentío numerosísimo con muy escasas provisiones).*

Las santas mujeres Zenayda y Philonila, hermanas, parientas y discípulas en la fe del apóstol san Pablo, en Tarso de Cilicia.

Santa Plácida ó Placdia, vírgen, en Verona. *(Nació en esta ciudad, y fue hermana del obispo san Leoncio. Habiendo consagrado su integridad á Jesucristo, se retiró á una soledad donde vivió muchos años esclarecida en virtudes y milagros hasta su dichoso tránsito en que se vió rodeada de coros de Ángeles que acompañaron su alma á la morada de Dios).*

SAN TÁRACO, PROBO Y ANDRÓNICO, MÁRTIRES.

San Táraco fue romano, es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópoli de Isauria, y fue hijo de un militar. Era de setenta y cinco años de edad, y habia servido en los ejércitos de los Emperadores con el nombre de Víctor; pero haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitan que se llamaba Polibion.

Probo, de menos edad que Táraco, aunque era originario de la provincia de Tracia, nació en la de Panfilia, y sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fue de nacimiento mas ilustre; debióle á una de las casas mas calificadas de la ciudad de Éfeso; era jóven, bien dispuesto y de mucho espíritu. No se sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; solo se sabe que por los años 304, poco después que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los Cristianos, dos arqueros ó dos alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia, aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. El Gobernador dió principio á su interrogatorio por el mas viejo, y le preguntó cómo se llamaba. *Llámome cristiano,* respondió Táraco. — *Impío,* replicó Máximo, *no te pregunto tu profesion, sino tu nombre.* — *Mi nombre es cristiano, porque lo soy,* repuso Táraco. Irritado el Gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro, no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad, y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los Emperadores. *Y porque los Emperadores quieren adorar á los demonios,* respondió Táraco, *¿tengo de ado-*

rarlos yo? No hay en el cielo ni en la tierra mas que un solo Dios: á este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco. — *Infeliz y miserable,* replicó Máximo, *¿hay otra ley que la del Príncipe?* — *Y cómo que la hay,* respondió el santo Mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad.* — *Despójenle de los vestidos,* dijo colérico el tirano, *despedácenle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura.* — *La mayor prueba del juicio y de la cordura de los Cristianos,* respondió Taraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte por amor de Dios y de su único Hijo Jesucristo.* — *Luego tú adoras dos dioses,* le arguyó Máximo; *y si adoras dos, ¿qué razon tendrás para no adorar á los nuestros?* — *No lo permita Dios,* respondió el Santo; *á uno solo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consustancial á su Padre. Para conocer este misterio es menester ser cristiano; sin fe ni se puede discurrir, ni se puede hablar de Dios como se debe.* Indignado el Juez con tan animosas como desengañadas respuestas, mandó que le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Mandó después que se presentase Probo, y en tono colérico le dijo: *¿Serás tú tan mentecato como tu compañero, que quieras preferir la muerte al amor del Soberano? ¿Cómo te llamas?* — *El nombre con que me honro mas es el de cristiano,* respondió el generoso Confesor de Jesucristo; *¿para qué quieres saber otro? El de Probo que los hombres me impusieron nada significa. Por lo demás te diré con tu licencia, que no hay mayor juicio ni mayor discrecion que conocer, amar y servir á un solo Dios verdadero, como ni mas lastimosa locura, ni mas insigne mentecatez que adorar por dioses á unos inanimados ídolos, obras sin espíritu que fabricaron las manos de los hombres.* La única respuesta del tirano fue mandar que le tendiesen sobre el potro, y que le despedazasen á azotes con nervios de bueyes; crueldad que se ejecutó con tanta violencia, que todo el pavimento quedó cubierto de sangre. *Tus ministros,* dijo el Santo con semblante apacible y siempre sereno, *tus ministros hacen conmigo oficio de médicos, los cuales sajan para curar; muy agradecido les estoy por la exactitud y por el ardor con que obedecen lo que les mandas.* Rabioso Máximo por la serenidad que mostraba el santo Mártir, le dijo como por mofa: *Lástima es que no esté aquí presente Dios para que te cure tus llagas y te dé algun refrigerio.* — *Presente y muy presente está,* respondió Probo, *de que es buena prueba no solo la paciencia, sino el consuelo con que sufro mis dolores. Este mi Dios es el que me fortalece, el que me consuela, el que me asiste actualmente, y el que tambien me asistirá, si fuere su voluntad, hasta el último aliento de mi vida.* El tirano reventando de cólera

y de despecho, mandó que le quitasen del potro, que le cargasen de cadenas, que le encerrasen en el calabozo, y que le metiesen en el cepo hasta las troneras y los agujeros del cuarto órden; especie de tormento verdaderamente horrible.

Demetrio, capitan de una compañía de soldados que estaba de guarnicion en la ciudad, le presentó á Andrónico, el tercero de los santos Mártires, el mas jóven de todos, pero no menos esforzado ni menos ansioso del martirio que sus dos compañeros. Luego que Máximo le vió, se sintió inclinado á amarle, y movido de compasion, dió principio al interrogatorio en la fórmula ordinaria, preguntándole blanda y cariñosamente su nombre, su calidad y el lugar de su nacimiento. *Mi nombre es Andrónico,* respondió el generoso mancebo, *mi patria Éfeso, y mi calidad muy conocida en aquel numeroso pueblo; pero el verdadero nombre, la verdadera calidad y la verdadera nobleza de que únicamente me precio es de ser cristiano.* — *Ya veo, querido mio,* replicó el Gobernador, *que esos dos insignes embusteros que acabo de castigar trastornaron tu buen juico con sus hechizos y con sus encantos; pero, hijo, no puedo creer que un jóven de tan bello entendimiento como tú se quiera exponer á sangre fria y por su gusto á los mas crueles tormentos y á una muerte ignominiosa.* — *Si tengo este bello entendimiento como supones,* respondió Andrónico, *y si no he perdido el buen juicio que me atribuyes, debo despreciar esos tormentos, y aun esa ignominiosa muerte, que dura pocos instantes, por no incurrir en la muerte y en los tormentos eternos, destinados á los idólatras y á los enemigos del nombre cristiano.* No esperaba Máximo esta respuesta; pero aunque interiormente se irritó con ella, disimulando su enojo, le dijo con blandura: *Perdono á tu inconsiderada juventud una respuesta tan extravagante; pero, hijo, dejémonos de palabras, es menester sacrificar en este mismo punto á los dioses de los Emperadores, que fueron tambien los dioses de nuestros abuelos; porque no se ha de decir en mis dias* (aquí levantó la voz en tono bronco, sañudo y enfurecido), *no se ha de decir en mis dias que una desdichada secta de miserables cristianos se nos vengan delante de nuestros mismos ojos á menospreciar los dioses del Imperio, y á pretender que mudemos de religion.* — *Jóven soy,* respondió el Santo modesta y respetuosamente, *jóven soy, es verdad; pero tengo la dicha de ser cristiano, y la fe suple la falta de los años. Si tú conocieras como yo la impiedad del paganismo, la imposibilidad de muchos dioses, la verdad, la sabiduría y la santidad de la religion cristiana, léjos de exhortarme á rendir adoraciones á unos dioses sin otro ser que el que les fingió la fábula, Máximo, tú mismo te harias luego*

cristiano. Convirtióse en furor la ternura del tirano, y mandó que despojándole al punto de sus vestidos, le colgasen de la garrucha. Compadecido el capitan Demetrio, le quiso exhortar á que se aprovechase de la inclinacion que el Gobernador le profesaba; pero Andrónico se burló de sus exhortaciones. Hallábase presente cierto alcaide de una de las cárceles, llamado Atanasio, y movido tambien de lástima, se empeñó en persuadirle á que sacrificase, valiéndose de las razones mas fuertes y mas tiernas que le pudo inspirar la compasion. *Créeme, querido mio*, le decia, *obedece al Gobernador, y no te obstines en perderte; sigue mi consejo, pues ya ves que por los años pudiera ser tu padre.* — *No porque seas mas viejo eres mas cuerdo*, respondió Andrónico, *pues me aconsejas que ofrezca sacrificios á los troncos y á las piedras en menosprecio del verdadero Dios, mi Criador, mi soberano Juez, y que tambien lo ha de ser tuyo*. No se atrevió Atanasio á replicarle; pero el Gobernador mandó á los verdugos que le atormentasen cruelmente en las piernas, donde siempre es mas vivo el dolor. Con efecto, le sintió vivamente el santo Mártir, y tanto, que no pudiendo disimular, protestó que aunque era grande el dolor que padecia, le toleraba con gusto por la confianza que tenia en la misericordia y en la bondad del Señor. *Créeme, hijo mio*, le dijo el Gobernador por última señal de compasion; *déjate de ese capricho, adora desde luego los dioses que adoran los Emperadores, y yo te prometo que muy en breve experimentarás los efectos de su benevolencia y de su favor.* — *Respeto, como debo, á los Emperadores*, respondió Andrónico; *pero detesto y detestaré siempre su falsa religion, pues les enseña á adorar á los demonios y á ofrecerles sacrificios*. Mostróse Máximo extrañamente irritado con esta última respuesta de nuestro Santo, y mandó á los verdugos que le surcasen los costados con uñas ó con garfios de acero; que le echasen sal en las llagas, y que después se las frotasen con cascotes de hierro viejo, amenazándole que cada dia le haria padecer nuevos tormentos. Mostró entonces Andrónico mas valor y mas constancia que nunca, protestando que léjos de acobardarle los tormentos, le alentaban y le fortalecian mas y mas; y que teniendo colocada toda su confianza en solo Dios, con igual desprecio trataba sus amenazas que sus suplicios. Era ya todo su cuerpo una sola llaga; y en este estado mandó el Juez que le echasen una gruesa cadena al pescuezo y á los piés, y que le encerrasen en un oscuro calabozo, con órden expresa de que ninguno entrase á verle ni á curarle, para que enconadas y encanceradas las llagas se viniese á podrir vivo.

Pasó Máximo de la ciudad de Tarso á la de Mopsuestia, á donde

mandó le siguiesen los tres ilustres prisioneros con resolucion de tentarlos en otro segundo interrogatorio, y no sin esperanza de que el tiempo los habria hecho mas dóciles, y los hallaria menos constantes. Fue presentado el primero san Táraco, á quien le dijo el Gobernador, que habiéndole dado aquel tiempo para que pensase mejor lo que le tenia cuenta, no dudaba encontrarle ahora mas arrimado á la razon que en la primera audiencia. *Acuérdate que soy cristiano,* le respondió Táraco, *y los Cristianos cuanto mas lo piensan mas cristianos son, mas firmes se mantienen, y con mayor intrepidez desprecian los suplicios.* Mandó el tirano que le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas á crueles golpes de una dura piedra, y que tendido en el potro le despedazasen á azotes. *Haz de mi cuerpo lo que quisieres,* dijo el santo Mártir mientras duró este suplicio. *Dios es mi fortaleza, y en él espero burlarme de tus tormentos.* Abrasáronle las manos sin que se observase en él ni el mas leve movimiento de impaciencia. Colgáronle piés arriba y cabeza abajo, cayendo esta perpendicularmente sobre un humo tan espeso como hediondo. *Si me burlé de tu fuego,* dijo entonces Táraco al Gobernador, *¿qué caso he de hacer de tu humo?* Derramaron sal y vinagre sobre sus llagas; y cansando ya á Máximo la heróica constancia del invicto Mártir, mandó que le restituyesen á la cárcel, diciéndole que le quedaba preparando nuevos y mas atroces suplicios.

Presentóse Probo á la segunda audiencia con mayor despejo y aun con mayor resolucion en sus respuestas que habia salido á la primera. Aplicáronle planchas de hierro ardiendo á todo el cuerpo, y sin embargo de que tenia ya tostada toda la piel, dijo que no era cosa lo que calentaba. Despedazaron sus carnes hasta que se descubrieron los huesos: cansó el generoso Mártir á los verdugos, y dijo al Juez, que si no tenia mas tormentos que aquellos, era poquita cosa para derribar la constancia de los Cristianos; y que si queria experimentar hasta dónde llegaba el poder de Dios que estos adoraban, era menester que inventase nuevos suplicios. Reventaba Máximo de cólera al ver la burla que hacian los santos Mártires tanto de sus dioses como de sus tormentos; y no sabiendo ya de qué tormento echar mano, ordenó que le rasasen el pelo á navaja, y le echasen carbones encendidos sobre la cabeza; suplicio que no alteró un punto la paciencia ni la serenidad de Probo, y con esto le restituyeron á la cárcel.

Salió al tribunal Andrónico, y el Juez le quiso persuadir que ya en fin sus compañeros se habian reducido á sacrificar á los dioses, y que ahora solo atendia á curarles las heridas. Sonrióse el Santo, y le

respondió: *Pues las mias ya están curadas; y así no tengo necesidad de ofrecerles sacrificio. Aquí me tienes pronto á sufrir nuevos tormentos por amor de aquel Señor que me curó, y por cuya gloria combatieron generosamente mis amados compañeros.* Quedó Máximo extrañamente sorprendido cuando le vió del todo sano, jurándole el carcelero que ningun hombre mortal habia llegado á él; y pareciéndole preciso al Santo publicar el verdadero autor de aquella maravilla, le dijo: *No te admires, señor, de verme sano y robusto; esta ha sido obra de mi Dios, aquel médico celestial y todopoderoso, que con sola su palabra nos cura de todos los males cuando es su voluntad.* No se detuvo el Gobernador en profundizar mas la materia, y dijo al Santo que á Táraco y Probo les habia salido cara la terquedad en negar el culto á los dioses inmortales, y la debida obediencia á los Emperadores, y que esperaba que Andrónico seria mas cuerdo, escarmentando en cabeza ajena; y concluyó: *Ello de grado ó fuerza es preciso obedecer; y si lo hicieres de tu buena gracia, te ahorrarás muchos tormentos. — En tus manos me tienes,* respondió el Santo, *como víctima dispuesta á ser sacrificada en holocausto del Dios vivo; acaba el sacrificio cuando te pareciere.* Ya no guardó medidas el tirano á vista de la magnanimidad del santo Mártir. Mandó que le amarrasen á cuatro palos ó estacas, y que en esta postura, entre colgado y tendido, despedazasen su cuerpo con crueles azotes de nervios duros de buey y de ramales armados con unas bolas de plomo. Mostróse Andrónico con inalterable tranquilidad; y cansado Máximo de atormentarle, ordenó que le restituyesen á la cárcel, y le encerrasen en el mas profundo calabozo, sin que á nadie se le permitiese hablarle ni verle.

De Mopsuestia se transfirió el Gobernador á Anazarbo, á donde mandó que le siguiesen tambien los santos prisioneros, y cuando llegó el dia de la audiencia pública los hizo comparecer. Preguntó á Táraco si se mantenia tan fiero y tan indiferente en Anazarbo, como lo habia estado en Tarso y en Mopsuestia. *Los Cristianos,* le respondió el Santo, *no conocemos la fiereza; mas por lo que toca á la indiferencia, te equivocas mucho: léjos de mirar yo con ella los tormentos, ninguna cosa deseo con mayor ansia que padecer muchos por el amor de Dios y por la gloria de su nombre. — Ya te entiendo,* replicó el tirano, *sin duda querrias tú que te mandase cortar la cabeza. — Nada menos,* respondió Táraco, *todo lo contrario; antes bien me darás el mayor gusto en prolongar el combate para que sea mas gloriosa la corona. — Serás servido,* repuso Máximo, *porque no creas que te he de condenar á morir de golpe; irás muriendo á pausas y por partes, de modo que regalaré á las*

fieras con lo poco que quedare de tu cuerpo. Sin duda esperarás que después de muerto vendrán unas buenas mujeres y le embalsamarán; pero yo daré providencia.— Vivo y muerto, replicó el Santo, *podrás hacer de él lo que quisieres, ese es negocio que me da muy poca pena.* Mandó el tirano que le cortasen los labios y le sajasen la cara; hecho esto, que con una navaja le levantasen el pellejo de la cabeza, y que debajo le echasen carbones encendidos; que después le aplicasen una barra de hierro ardiendo debajo de los sobacos, y le metiesen otra igualmente penetrada de fuego por el estómago; sin que en toda esta bárbara carnicería, que causaba horror á todos los circunstantes, se le escapase al santo Mártir ni el mas leve indeliberado movimiento de impaciencia.

Entraron tambien los santos Probo y Andrónico al tercer interrogatorio, y poco mas ó menos sufrieron los mismos tormentos, triunfando en ellos la fe con nueva intrepidez, y con nueva generosa constancia. Hizo el tirano colgar á san Probo piés arriba y cabeza abajo; mandó aplicarle á los costados barras de hierro ardiendo, y taladrarle manos y piés con agujas encendidas, rindiendo el santo Mártir mil gracias al Señor porque aquellas sangrientas llagas le traian á la memoria las que Jesucristo habia padecido por él. No fue atormentado Andrónico con inferior crueldad; y porque en todos los tormentos no cesaba de bendecir al Señor, mandó Máximo que le taraceasen los labios, que le arrancasen los dientes, y que le cortasen la lengua. Dió después órden de que así los dientes como la lengua fuesen arrojados en el fuego hasta que se hiciesen ceniza, y que esta ceniza se esparciese por el viento, *para que no vengan después los supersticiosos Cristianos,* añadió, *á recoger estos infames despojos para conservarlos después como preciosas reliquias.* Tan comun era ya entonces la persuasion de que los fieles veneraban á los santos Mártires, honrando con devoto respeto todo cuanto les habia pertenecido.

Al salir de la audiencia mandó el Gobernador publicar que el dia siguiente habia combate de fieras y de gladiadores, cuya voz atrajo el gentío de todo el contorno. Como los santos Mártires no se podian mover por sí mismos, fueron conducidos en hombros ajenos y colocados en medio del circo. Luego que entró Máximo en el anfiteatro, mandó que soltasen de una vez muchas fieras contra ellos, pero ni una sola los tocó. Bramando de rabia y de furor el tirano, dió órden de que les echasen las mas feroces y las mas hambrientas. Abrieron la jaula á una ferocísima osa, que salió al circo respirando saña, y parecia que iba á hacerlos pedazos á todos; pero cuando estuvo á dis-

tancia de dos pasos de los Mártires, se paró de repente, dió dos ó tres vueltas al rededor de ellos bajando como por respeto la cabeza, encaminóse á donde estaba Andrónico, y echándose á sus piés, comenzó á lamerle blandamente las heridas. Resonaron en todo el anfiteatro estruendosos gritos de aplauso y de admiracion; tanto, que no pudiendo Máximo disimular ni su confusion ni su enojo, mandó que matasen á la fiera á los piés del mismo Santo. Salió, en fin, una leona, que con sus espantosos rugidos llenó de miedo y de terror á todos los circunstantes; parecióles á todos que veian ya el instante en que los Mártires iban á ser sangriento y menudo destrozo de sus garras; pero quedaron atónitos y embargada la voz con el asombro cuando vieron que la fiera, olvidada de su ferocidad y de su hambre, después de pararse un rato á mirar á los tres campeones con apacibilidad y con sosiego, se fué á postrar blandamente á los piés de san Táraco, bajando la cabeza como en señal de lo mucho que le respetaba. Ya no pudo el circo reprimir los alaridos en que le hizo prorumpir la admiracion de aquel prodigio; pero el tirano, mas fiero que la fiera misma, la mandó irritar para que entrase en furor. Consiguiólo; pero fue para hacer pedazos á los que la irritaban: lo que visto por el Gobernador, dió órden para que prontamente la encerrasen en la jaula; y recelando algun motin popular, ordenó á los gladiadores que matasen á los Santos; los cuales, levantando los ojos al cielo, y suplicando al Señor se dignase aceptar el sacrificio de su vida, consumaron por la espada su glorioso martirio el dia 11 de octubre.

Retiróse Máximo, dejando un cuerpo de guardia de diez soldados para que los Cristianos no se apoderasen de los santos cuerpos; pero estos, que habian sido testigos de todo desde el lugar donde estaban escondidos, pidieron fervorosamente al Señor les facilitase medio para lograr la posesion de aquellas santas reliquias. Inmediatamente fue oida su oracion; porque en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, acompañada de un furioso terremoto, que puso á los guardas en precipitada fuga. Pero como era de noche, y muy de intento habian dejado mezclados y confundidos los cuerpos de los tres Mártires entre los gladiadores y gentiles que fueron despedazados, se hallaron los fieles con este nuevo embarazo, y para salir de él recurrieron segunda vez á la oracion. Fue tan eficaz como la primera; porque de repente vieron desprenderse del cielo un brillante globo de luz en figura de estrella, que sucesivamente se fué colocando, y como descansando sobre los tres santos cuerpos: de lo que dan testimonio los mismos Cristianos en las actas que inmediatamente dispu-

sieron; y guiados de la misma luz, los condujeron á un monte, donde los enterraron en la concavidad de un peñasco, oportunamente abierto para servirles de sepultura, y cerraron bien la entrada, muy persuadidos de las diligencias y pesquisas que haria el Gobernador para descubrir los santos cuerpos. Con efecto, por tres dias enteros los hizo buscar con exquisitas diligencias, y condenó á muerte á los guardas por haberlos dejado robar. Luego que el tirano se ausentó comenzaron los Cristianos á tributar pública veneracion á su memoria; y fue tanta su destreza, que lograron sacar de la misma secretaría del gobierno los autos originales de sus tres interrogatorios, á los que añadieron todo lo sucedido después del último, y estas actas las comunicaron á los cristianos de Iconia, de Pisidia, de Panfilia, y á toda la Iglesia de Oriente.

La Misa es en honra de los santos Táraco, Probo y Andrónico, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Taraquii, Probi et Andronici natalitia colere, da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos haces el favor de que celebremos el nacimiento al cielo de los santos mártires Táraco, Probo y Andrónico; haznos tambien el de que gocemos en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la de san Pablo á los hebreos.*

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que habiendo sido iluminados, sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria, para que haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque después de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto y muy corto. Vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pocas verdades hay en nuestra Religion de que generalmente estén todos mas convencidos que de esta. El tiempo de esta vida es breve: no bien comienza á correr cuando llega á su término. La vida mas dilatada pasa con la mayor rapidez: á los ochenta años de edad se considera toda la serie de los dias vividos como un precipitado arroyo, que á pocas horas que cese de llover, deja en seco la madre, después de hacer mucho ruido. En la hora de la muerte se representa como un sueño la mas avanzada edad: todo el mundo discurre así, y habla así; pero ¿qué efecto produce este universal convencimiento? ¿se aprovecha por lo menos este brevísimo tiempo? ¿se procura beneficiar este puñado de dias que se nos escapan? ¡Ah! que todo el estudio se dedica á malograr este tiempo. Tiénese un pleito; ¡qué diligencias no se hacen cuando se acerca el tiempo de votarlo! ¡qué cuidado en informar bien á los jueces! ¡qué desvelos para poner los autos en buen estado! ¡qué solicitud en granjear las voluntades de todos los que nos pueden hacer daño! Dentro de tres dias se ha de votar mi pleito; pues privome de todas las diversiones, niégome á todos los convites, arrimo á un lado todo otro negocio. Todos admiten por legítima esta excusa, y todos tendrian por un hombre imprudente, necio, loco, insensato á quien no lo hiciese así. El tiempo de la vida es breve; lo que nos resta de este tiempo lo es mucho mas: el supremo Juez no puede tardar; cada dia estamos en vísperas de que se sentencie nuestro pleito, y el negocio ciertamente es de consecuencia. Trátase no menos que de nuestra eterna bienaventuranza, ó nuestra eterna desdicha. La sentencia es sin apelacion, es irrevocable; y con todo eso no pensamos mas en disponer favorables los autos que si no nos tocara este negocio. Pregunto: ¿pudiéramos vivir mas tranquilos ni mas serenos, si tuviéramos revelacion de que habíamos de vivir ochenta años? Asústanos, sobresáltanos la menor enfermedad; pero ¿quién nos asegura en la mas robusta salud? Es artículo de fe que la muerte nos ha de coger cuando menos lo pensemos: nunca se piensa en morir sino al mismo tiempo que se muere. ¿Qué cosa será extravagancia, y qué cosa será insensatez, si no lo es la falsa seguridad que se tiene en este punto? Mas ya, si esta locura, reconocida por tal de todos los prudentes sirviera siquiera de disculpa; pero ¿cuándo gozó este privilegio? ¡Cosa extraña! vase acercando la vida á los ochenta años; conócese que las fuerzas se dis-

minuyen; la máquina se descompone: los dolores, los ajes, las enfermedades, la pesadez, la debilidad, todo nos anuncia la sepultura; todo nos previene que se va acercando el Juez; y con todo eso esos viejos medio podridos, en lugar de pensar en la muerte, solo piensan en vivir. Toda su aplicacion, todos sus desvelos, todo su estudio es buscar remedios para prolongar la vida, y para persuadirse á sí mismos que todavía están muy distantes de la muerte. Todo cristiano cuerdo, por mozo que sea, debe considerar cada dia como si fuera el último de su vida, aprovechando el dia de hoy como si no hubiese de llegar á mañana. ¡Y será prudencia en un hombre de avanzada edad, en un anciano achacoso no prepararse cada dia para morir, sino pensar únicamente en el modo de alargar la vida! ¡Buen Dios! ¡cuánto se opone esta conducta, no solo á la Religion, sino al buen juicio!

El Evangelio es del capítulo XXIV *de san Mateo.*

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secreto, dicentes: Dic nobis, quando haec erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis saeculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis praelia, et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini: oportet enim haec fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiae, et fames, et terraemotus per loca. Haec autem omnia, initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetae surgent, et seducent multos. Et quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

En aquel tiempo: Estando Jesús sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dínos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesús, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerra. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De las muchas cosas falsas que hay en el mundo.

Punto primero.—Considera que el mundo está lleno de falsas ideas que ocupan, de falsas brillanteces que engañan, de falsas aprehensiones que alucinan, de falsos principios que deslumbran, de falsas máximas que pervierten y todo lo trastornan. Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falsa paz y felicidad quimérica. Esos aparentes dichosos del siglo no son mas que dichosos de teatro. Es el mundo una perpetua comedia, y cada uno representa en ella su papel lo mejor que puede: el que mejor le representa es el mas aplaudido; pero si el rey, si el soberano, si el conquistador no sacan otro provecho que los aplausos de los concurrentes, son harto dignos de compasion. Representen en buen hora el papel de príncipe, de héroe, de conquistador; pero al cabo solo son personajes de teatro. ¡Qué bien que lo representaron! ¡qué bellamente lo hicieron! Á esto se reduce todo; acabóse la comedia, y ya nada son de lo que entonces parecian. ¡Buen Dios! ¿puede haber mas falsa felicidad? Bien se puede decir que lo falso es lo mas comun; y si es lícito hablar así, lo falso es lo mas verdadero que hay en el mundo. En todos sus estados y en todas sus condiciones reina la simulacion. Falsa amistad; porque vamos claros: entre tantas protestaciones, entre tantas demostraciones de amistad, ¿dónde hay cosa mas rara en el mundo que una amistad verdadera? Falsa alegría; ¡qué semblante tan risueño nos presenta! Todo él parece sembrado de flores; no se habla de otra cosa que de gustos y de pasatiempos; pero debajo de aquella preciosa gala, debajo de aquel pomposo y rico vestido, ¡qué mortales cuidados no se encubren! qué amargos llantos en secreto! ¡qué suspiros, qué tristeza! No, no nos vengan los mundanos á ostentar tanto su estado, sus tierras, sus posesiones, sus rentas, sus empleos, ni los regalos de su espléndida mesa; su platos están todos sazonados con mucha hiel, esta es su ordinaria salsa: nacen las cruces en el mismo trono, y por todas partes está derramada la amargura. Procúrase, es verdad (y este es el estudio mas universal y mas ordinario de las gentes del mundo), procúrase adormecer los cuidados, las pesadumbres y los disgustos con el ruido y con la bulla de las diversiones y de las fiestas públicas; pero ¡Dios mio! ¿estará uno menos afligido, porque sepa ser mas disimulado? El espíritu del mundo es un tirano que á nadie perdona: todos los que es-

tán sujetos á él son sus esclavos. No les es lícito ni aun siquiera quejarse de sus malos tratamientos. Todas sus máximas son duras, todas falsas. Es menester reprimirse, vencerse, hacerse mucha violencia para seguir sus extravagancias y sus caprichos. ¿Qué no cuesta andar en todo á la moda? Por irracional, por extravagante que sea el gusto del mundo, es preciso alabarle y conformarse con él. Pero ¿y qué se gana, sujetándose servilmente á sus máximas? Una vida miserable, perpetuas inquietudes, eternos escozores, remordimientos sin término, y por contera ser desdichados sin fin. Búscame una máxima del mundo que no sea falsa: búscame en él un gusto que sea puro, que sea sólido, que sea verdadero: búscame un bien que satisfaga, que llene el corazon enteramente; búscame una diversion, una fiesta, una funcion, segun el espíritu del mundo, que no esté mezclada de alguna amargura, y que no deje clavada en el alma alguna espina. Así, mi Dios, quiso vuestra bondad ponernos disgustos en todas las cosas del mundo; dichosos aquellos que saben encontrar el verdadero bien. En Vos solo, Dios mio, se halla la verdadera felicidad.

Punto segundo. —Considera que solo en el servicio de Dios se encuentra lo verdadero. Verdaderos bienes, verdadera alegría, verdadera paz, gustos puros, sólidos y permanentes, verdadera felicidad, verdaderas máximas y verdaderos principios. Haga en buen hora el mundo pomposa ostentacion de sus leyes y de sus máximas; preconícenlas en buen hora con artificiosa elocuencia sus parciales, ó por mejor decir, sus miserables esclavos. Todas sus máximas son falsas: solo sirven para hacer infelices á los que se conforman con ellas. La sabiduría, la verdad y la felicidad del mundo se halla toda precisa y únicamente en las máximas del Evangelio. No hay otro modo de ser felices que siguiéndolas. Si hay en la tierra paz dulce, consuelo lleno, alegría pura, y gusto exquisito, solo puede encontrarse en el servicio de Dios, y en el corazon de sus verdaderos siervos. Por mas que griten lo contrario los partidarios del mundo; por mas que apelen á aquellas engañosas exterioridades, á aquellas afectadas simulaciones, á aquellos sus risueños encuentros, á aquellas sus artificiosas alegrías; por mas que nos opongan aquel espíritu de retiro, aquel amor de la cruz, aquellas mortificaciones, aquellas penitencias que se presentan desde luego á todos los que sirven á Dios, y que constituyen el carácter de las personas virtuosas; eternamente será verdad que en el mundo no hay cosa sólida, que todo es falso, que los mayores panegiristas de los gustos del mundo conocen á la hora de

la muerte que se engañaron en la eleccion, al mismo tiempo que los Santos exclaman en aquella hora: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados; bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa.

¡Ah Señor! ¡cuándo ha de llegar el tiempo de que no se burlen de mí las ilusiones del mundo, y de que tome el único camino que guia derecho á la suprema felicidad!

Jaculatorias. — Vanidad de vanidades, y todo cuanto hay en el mundo es vanidad. (*Eccles.* I).

Todo cuanto hay en este mundo es mera apariencia, que luego se desvanece. (*I. Cor.* VII).

PROPÓSITOS.

1 Es cosa extraña, que siendo el mundo un embustero, aun en boca de los que mas ciegamente se entregan á él; siendo un amo duro, ingrato y sin piedad, aun por confesion de los mismos que le sirven con mayor empeño; no habiendo siquiera uno que no se queje de la pesadez de su yugo, de la tiranía de sus leyes, de la extravagancia de su servicio; ninguno que no grite contra su injusticia, contra lo mal que lo ha tratado, haciéndole siempre trabajar, sin llegar jamás al premio; porque, á la verdad, ¿con qué puede premiar el mundo á los que mas le sirven, ni qué cosa les puede dar que no se acabe con la vida? Quéjanse todos de que el mundo es injusto; llámanle embustero, falso, tirano; y sin embargo los que mas levantan el grito contra él, no por eso dejan de ser cada dia su juguete. Aprovéchate tú de la imprudencia y aun de la irracionalidad de tantos otros; y conociendo tanta falsedad como hay en el mundo, *aemulamini charismata meliora*, busca lo verdadero; y como solamente lo encontrarás en el servicio de Dios, dedícate para siempre á su servicio. Mantente en buen hora dentro del mundo, si Dios te quiere dentro de él, si estás ligado á él por tu condicion y por tu estado; pero reconociendo la falsa brillantez de todos sus gustos y de todas sus honras; experimentando la insustancialidad de todos sus bienes, entrega tu corazon al sólido, al único verdadero bien que es Dios.

2 Supuesto el justo concepto que tienes hecho de que el mundo está lleno de falsedad, habla siempre de sus cosas arreglado á esta

misma idea. No hagas caso ni de sus bienes ni de sus prosperidades, sino en cuanto te puedan servir para merecer los bienes del cielo. Si se habla de la fortuna, de los empleos, del favor de alguna persona del mundo, considera qué falaz es aquella aparente fortuna y habla de ella en este mismo concepto. Por el contrario: sucede algun revés, alguna pérdida, alguna desgracia á este ó aquel que estaban entronizados: moraliza y filosofa en el mismo tono. Nunca pierdas ocasion de persuadir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia lo poco que hay que fiar en todas las grandezas del mundo; cuán frágil, cuán caduco y cuán falso es todo lo que hay en él.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Evagrio, Prisciano y sus compañeros, en Roma.

El martirio de san Edistio, mártir, en Ravena, en el camino de Loreto *(el año 308. Su santo cuerpo fue sepultado en el mismo lugar del martirio, y después colocado en una iglesia dedicada á su nombre).*

Santa Domnina, mártir, en Licia, en tiempo del emperador Diocleciano. *(Por la confesion de Jesucristo, primero fue cruelmente azotada, y en seguida llevada á la cárcel donde permaneció algunos dias sin tomar alimento ni bebida. Posteriormente la sacaron de la cárcel para azotarla con mas crueldad que antes, descarnarle todo el cuerpo, aplicarle planchas encendidas en los costados, y descoyuntarle diferentes miembros. En tan lastimoso estado la volvieron otra vez á la cárcel, donde dió presto el alma á su Criador, cantando divinas alabanzas, en el año* 301).

Los santos confesores y mártires cuatro mil novecientos sesenta y seis Santos, en el África, durante la persecucion de los vándalos, siendo rey de estos el bárbaro Hunnérico, arriano. De los santos confesores y mártires unos eran obispos, otros presbíteros, otros diáconos, y muchos seglares, y todos ellos sin distincion por defender la fe católica fueron desterrados á un áspero y espantoso desierto. Algunos de ellos murieron en el camino en fuerza de la gran crueldad con que los trataban los soldados moros que les acompañaban; pues á unos punzaban con los cuentos de las lanzas para que corriesen, á otros apedreaban, á otros atados por los piés llevaban arrastrando como si fueran cadáveres por pedregales y cuestas agrias, descoyuntándoles así todos los miembros; por último, ó en el camino ó en el destierro, afligidos con diverso género de tormentos todos ellos alcanzaron la palma del martirio. Capitaneaban este glorioso ejército los sacerdotes del Señor san Félix y san Cipriano *(de los cuales hace la Iglesia particular mencion).*

San Maximiliano, obispo de Lorch, en Celena de Hungría.

San Wilfrido, ó Walfrido, obispo y confesor, en Yorck en Inglaterra. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Monas, obispo, en Milan, á quien *(hallándose el clero y el pueblo reunidos para tratar de la eleccion de un pastor),* vieron rodeado de una luz celestial; por cuya señal fue unánimemente electo obispo de aquella iglesia *(y*

luego consagrado, atestiguando despues por sus virtudes y milagros que habia en efecto recibido del cielo su mision).

San Salvino, obispo, en Verona. *(Poseyó el don de milagros y fue perfectísimo en todas sus obras y acciones, mereciendo que Jesucristo se le apareciese en su última hora para conducirlo á la patria celestial).*

San Eustaquio, presbítero y confesor, en Siria.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Entre todas las gracias que derrama en nuestros corazones nuestro Dios, ninguna merece mas gratitud y aprecio que la gracia inefable de la vocacion á una religion revelada, igualmente verdadera que sublime. Así como la fe es la primera virtud en el órden, así tambien lo es en la necesidad y utilidad que de ella resultan, como cimiento del espiritual edificio, sin el cual es imposible sentar una sola piedra para la construccion de Jerusalen. Por eso el apóstol san Juan decia hablando con Dios: *Toda la felicidad del hombre y su bienaventuranza consiste en que te reconozcan por el Dios verdadero, y á tu enviado Jesucristo.* Los delirios en que han dado los hombres cuando se dejaron guiar de las producciones de sus entendimientos; el bajo concepto que formaron de sí mismos, sin acertar á levantarse de la tierra; las trastornadas y rateras ideas que han sujetado á la grande palabra *Dios,* son una prueba evidente de la poquedad de nuestra naturaleza, aun cuando queramos ensalzar nuestro ser, y de la incontestable necesidad que teníamos de una gracia que nos abriese las puertas de la razon, que nos introdujese en la region de la luz, y que nos diese principios para poder pensar con dignidad, arreglados á las sublimes ideas que grabó en nuestra mente el Ser incomprensible. Orfeo, Homero, Hesiodo, Crisipo, Platon y otros semejantes, á quienes no acaban de alabar los que se precian de puros filósofos, nos dan en esta materia el mayor desengaño. Si además de esto queremos fijar un poco la atencion en los hombres primitivos que habitaron el Egipto, en los persas, en los caldeos, y posteriormente en los griegos, encontrarémos no solamente con las semillas de infinitas deidades, sino con el patriarca de los Espinosas, de los Lucilios y de otros, que con los mas torpes errores hemos visto morir con mejor fortuna.

El conocimiento de un Dios puede ser obra de la verdadera filosofía; pero el de una religion sobrenatural y verdadera no puede producirse sino por la milagrosa infusion de la gracia. Sus conocimientos debian nacer de principios divinos, que no podia contener en sí la esfera de la naturaleza; y todas las ciencias de los hombres manifestaron con la mayor claridad la necesidad de la revelacion, y que

solo Dios podia ser el autor y el orígen. Es inútil detenerse en las tristes memorias que causa la ceguedad prolongada del mundo. Se sabe muy bien que tanto en la ley natural como en la escrita hubo religion verdadera; pero tambien se sabe que sin embargo de esto dominaron por la mayor parte las aciagas consecuencias que produjo la desobediencia de un hombre. Pero nuestro buen Dios se tocó de su misma misericordia, de tal manera, que envió á su Hijo unigénito para que rescatase al mundo de la servidumbre del pecado, *y formase un pueblo limpio, aceptable, seguidor de buenas obras*, segun la expresion de un santo Apóstol, y en donde dominen para siempre la luz, la verdad y la gracia. Habian llovido las nubes al Justo, tantas veces prometido á los antiguos Patriarcas, y de una tierra virginal habia salido el Salvador, el Príncipe de la paz, el Padre del siglo futuro. Del costado del nuevo Adan, dormido en el árbol de la cruz, habia sido formada la virginal esposa, esto es, la Iglesia con todos sus Sacramentos. Muchos esforzados caudillos, discípulos del Señor, que en su escuela habian estudiado sus altos designios sobre la salud de los hombres, estaban ya preparados para la grande obra de la predicacion del Evangelio y conversion de todo el mundo. Testigos de la divinidad de su Maestro en la resurreccion gloriosa después de tantos milagros que la acreditaban; llenos de aquel espíritu consolador que les enseñó todas las lenguas y el arte de dominar en las almas por el ministerio de la palabra; convenidos en el concilio de Jerusalen sobre los artículos que habian de formar el fondo de su predicacion, nada faltaba mas que la dispersion de los Apóstoles. Y hé aquí la época feliz á donde se debe reducir el principio de la ventura de España.

Estaba esta hermosa porcion del mundo sumergida en la idolatría; el haber enriquecido la naturaleza su suelo con tantas preciosidades habia llamado las atenciones y la codicia de las mas remotas gentes; todas habian traido, juntamente con su ambicion y con sus armas, sus respectivas supersticiones. Sin tener necesidad de subir á los tiempos fabulosos, saben todos que con los fenicios y los romanos vinieron á España cuantos ídolos pudo inventar una loca fantasía en todos los países que sujetaron sus armas victoriosas; aquella ridícula multitud de deidades de que se burlaba Juvenal era adorada de nuestros antepasados, á no ser que el furor de la guerra y su natural indócil los hubiese hecho sacudir el yugo de la religion como el del imperio romano; pero de cualquiera manera, ó no tenian religion, ó su Dios era, además de sus pasiones, las mudas obras de las manos de los hombres. En esta situacion, he aquí que el Altísimo la

dirige una benéfica mirada desde lo alto del trono de su gloria. Los Apóstoles, fortalecidos por el Espíritu Santo, animados con el heróico ejemplo del protomártir Esteban, é instruidos plenamente por la Reina de los Mártires, emprenden la predicacion del Evangelio. Santiago, uno de los discípulos mas amados del Señor, se prepara para venir al Occidente, cumpliéndose en esto, como siente santo Tomás de Villanueva, *la pretension hecha por su madre en la solicitud de las dos sillas para sus hijos.* María santísima, qne después de la pasion de su Hijo y de su gloriosa asencion á los cielos no podia tener otros pensamientos que la retardasen unirse para siempre con su Esposo que la propagacion de la fe y predicacion del Evangelio, veia la dispersion de los Apóstoles como el último plazo para el logro de las eternas dichas. Exhalábase su dulcísimo corazon en mil tiernos suspiros, repitiendo aquellas amorosas palabras de la Esposa: *Dime, ó amado de mi corazon, en donde sesteas, adonde vas á descansar al mediodia, que no quiero ya mas estar en este destierro sin ver las hermosísimas luces de tus ojos, y recrearme para siempre con la divina hermosura de tu semblante.* Toda absorta en la contemplacion de su Hijo estaban de acuerdo su alma y sus sentidos para no tener otro objeto que á Dios. Los ardores de su voluntad se echaban de ver en aquel rostro con visos de divino, como decia san Dionisio Areopagita. Privada solamente de la vista sensible de su Hijo, todos sus deseos, sus anhelos, sus votos, sus ansias se dirigian al cielo, con cuya consideracion se mantenia; cuando hé aquí que el apóstol Santiago, destinado por el Espíritu Santo á la predicacion de los españoles, se presenta á la Reina de los Ángeles; dobla las rodillas ante quien mucho antes habian hecho semejantes domostraciones los mas encumbrados serafines; besa sus manos virginales bañándolas de lágrimas, y la pide su bendicion y su licencia para venir á la predicacion de España. *Vé, hijo,* le dice la amorosísima Madre, *cumple el mandamiento de tu Maestro, y por él te ruego que en aquella ciudad en que mayor número conviertas á la fe, edifiques una iglesia en mi memoria, como yo misma te lo daré á entender.*

Estas palabras excitarán vivamente los escrúpulos de la erudicion mundana, clavando la mordaz censura sus inexorables dientes en un hecho, cuya autencidad pretende sujetar á las mas delicadas discusiones. Pero para que la piedad descanse sobre un fundamento de bastante autoridad y solidez, es justo insertar aquí el monumento que califica esta tradicion, reducido á un código membranáceo que conserva en su archivo la santa iglesia de Zaragoza. En él, pues, se

dice así: «Después de la pasion y resurreccion de nuestro Salvador «Jesucristo, y de su ascension á los cielos, quedó la piadosísima Vír- «gen encargada al cuidado del apóstol y vírgen san Juan Evange- «lista. Con la predicacion y milagros de los Apóstoles crecia en Judea «el número de los discípulos, y enfurecianse los pérfidos corazones «de algunos judíos en tanto grado, que movieron una persecucion «grande contra la Iglesia de Jesucristo. Apedrearon á san Esteban, «y quitaron la vida á otros muchos; por lo cual les dijeron los Após- «toles: *Á vosotros debia predicarse primeramente la palabra de Dios;* «*pero por cuanto la habeis rebatido y os habeis hecho indignos de la vida* «*eterna, hé aquí que nos convertimos á las gentes.* De esta manera es- «parcidos por el universo, segun el mandamiento de Jesucristo, pre- «dicaron el Evangelio á todo hombre cada apóstol en la porcion que «le habia tocado. Al tiempo de salir de Judea cada uno obtenia la «licencia y bendicion de la bendita y gloriosa Vírgen.

«Entre tanto, por revelacion del Espíritu Santo, el bienaventu- «rado Santiago el Mayor, hermano de Juan, é hijo del Zebedeo, «recibió un mandamiento de Cristo para ir á predicar el Evangelio «á las provincias de España. Al punto el santo Apóstol yendo á la «Vírgen, y habiéndola besado las manos, le pedia con lágrimas en «los ojos que le diese su licencia y su bendicion. Respondióle la Vír- «gen: *Vé, hijo, cumple el mandamiento de tu Maestro, y por él te ruego* «*que en aquella ciudad de España en que mayor número de hombres* «*conviertas á la fe, me edifiques una iglesia á mi memoria segun yo te* «*lo manifestaré.* El bienaventurado Santiago, saliendo de Jerusalen, «vino á España predicando, y pasando por Asturias, llegó á la ciu- «dad de Oviedo en donde convirtió uno á la fe. De esta manera, en- «trando por Galicia predicó en la ciudad de Padron, de allí volviendo «á Castilla, llamada España la Mayor, vino últimamente á España «la Menor, que se llama Aragon, en aquella region que se dice Cel- «tiberia, en donde está situada la ciudad de Zaragoza, á las ribe- «ras del rio Ebro.

«En esta ciudad habiendo predicado Santiago muchos dias, con- «virtió á Jesucristo ocho varones, con los cuales trataba de dia del «reino de Dios, y por la noche salia á la ribera del rio para tomar «algun descanso en las eras. En este sitio dormian un rato, y des- «pués se entregaban á la oracion, evitando de esta manera ser per- «turbados por los hombres, y molestados por los gentiles. Pasados al- «gunos dias estaba Santiago con los dichos fieles, á eso de media no- «che, fatigados con la contemplacion y la oracion. Dormidos los ocho

«discípulos, el bienaventurado Santiago oyó á la hora de media noche «unas voces de Ángeles que cantaban: *Ave, María, gratia plena*, co- «mo si comenzasen el oficio de maitines de la Vírgen, con un dulce «invitatorio; y poniéndose inmediatamente de rodillas, vió á la Vír- «gen, Madre de Cristo, entre dos coros de miles de Ángeles, sentada «sobre un pilar de mármol. El coro de la celestial milicia angélica «acabó los maitines de la Vírgen con el verso *Benedicamus Domino*.

«Acabado esto, María santísima con rostro halagüeño llamó á sí «al santo Apóstol, y con mucha dulzura le dijo: *Hé aquí, Santiago, «hijo, el lugar señalado y destinado para mi honor, en el cual por tu «industria se ha de construir una iglesia en mi memoria: mira bien este «pilar en que estoy sentada, el cual mi Hijo y maestro tuyo le trajo de «lo alto por manos de Ángeles, al rededor del cual colocarás el altar de «la capilla. En este lugar obrará la virtud del Altísimo portentos y ma- «ravillas por mi intercesion con aquellos que en sus necesidades implo- «ren mi patrocinio, y este pilar permanecerá en este sitio hasta el fin del «mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos*. Enton- «ces el apóstol Santiago, regocijado con una alegría extraordina- «ria, dió infinitas gracias á Jesucristo y á su santísima Madre; é in- «mediatamente aquel ejército de Ángeles, tomando á la Señora de «los cielos, la tornó á la ciudad de Jerusalen, y la colocó en su apo- «sento; porque este es aquel ejército de miles de Ángeles que envió «Dios á la Vírgen en la hora en que concibió á Cristo para su cus- «todia, para que la acompañasen de continuo, y conservasen á su «Hijo ileso.

«Alegre el bienaventurado Santiago con una vision y consolacion «tan maravillosas, comenzó inmediatamente á edificar una iglesia en «aquel sitio, ayudándole para ello los ocho que habia convertido. La «referida basílica es de cási ocho pasos de latitud y diez y seis de lon- «gitud, y á la cabecera de la parte del Ebro tiene el referido pilar «con un altar; y para servicio de esta iglesia el bienaventurado San- «tiago ordenó de presbítero á uno de los sobredichos, el que le pa- «reció mas idóneo. Habiendo consagrado después la referida iglesia, «y dejando en paz á los Cristianos, se volvió á Judea predicando la «palabra de Dios. Á esta iglesia la dió el título de Santa María del «Pilar, y es la primera iglesia del mundo dedicada al honor de la «Vírgen por las manos de los Apóstoles, etc.»

Estas son puntualmente las palabras del referido código que conserva la santa catedral de Zaragoza, y el monumento mas sólido y fidedigno que tiene la nacion española para prueba de esta piadosa

tradicion. Dios nuestro Señor ha acreditado con la experiencia la verdad de sus palabras, pues nunca han faltado allí verdaderos adoradores, por turbados y borrascosos que hayan sido los tiempos. La proteccion de María se ha dejado ver en todos los siglos con repetidos milagros y portentos, tanto que ella ha empeñado á la piedad de los españoles para tributarla cultos con devocion y magnificencia. De aquí nació el innumerable concurso de gentes que de todas partes venian en tiempos antiguos, y vienen presentemente á venerar esta santa Imágen, recompensando la Reina de los Ángeles esta piedad fervorosa con la continua dispensacion de gracias que alcanza de su Hijo. El Vicario de Jesucristo, que vela incesantemente sobre el rebaño que le fue encomendado, no pudo menos de advertir lo augusto de este santuario, lo remoto de su fundacion, y el fervoroso culto con que los fieles lo frecuentaban. Deseoso, pues, de que una obra tan piadosa no padeciese decadencia en las edades futuras, y asimismo de que todas las iglesias de España tuviesen el consuelo de celebrar tanta dicha con himnos y cánticos, determinó su festividad particular; y Clemente XII señaló para este efecto el dia 12 de octubre, dando á todos los pueblos sujetos al Rey católico el consuelo de celebrar la ventura de haber tenido á la Madre de Dios en su region cuando todavía vivia en carne mortal. (*Véase la advertencia acerca de la venida de la santísima Virgen á la ciudad de Zaragoza, que se lee en el mes de enero, dia 2*).

SAN WILFRIDO, OBISPO DE YORCK, CONFESOR.

Fue inglés san Wilfrido, y nació por los años de 634 en el reino de Northumberland. Eran sus padres distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su grande cristiandad, y pusieron el mayor cuidado en dar al niño la mejor educacion. Las nobles partidas con que nació Wilfrido le hicieron tan dócil á las lecciones de sus padres y maestros, que no era fácil encontrar jóven mas cabal. Era bien hecho, airoso y de mucha gracia, entendimiento brillante y vivo, de natural apacible y de genio muy amable; con lo que desde luego fue las delicias de sus padres y la admiracion de cuantos le conocian. La pureza de sus costumbres, el juicio y la anticipada madurez con que estaba acompañada fueron el mejor pronóstico de la eminente santidad á que con el tiempo habia de llegar. A los doce años de su edad perdió á su querida madre; y pasando su padre á segundas nupcias, la madrastra, que no le miraba con buenos ojos, dió ocasion á que se saliese presto de la casa paterna, sin que le costase mucho do-

lor. Envióle su padre á la corte, disponiendo que se presentase á la reina Eanfleda, mujer del rey Osuvi. Prendada la virtuosa Princesa de la bella gracia, de la vivacidad, del espíritu y de la modestia de Wilfrido, quiso que se quedase en su servicio; pero representándola el niño sus deseos de retirarse del mundo para servir á solo Dios, léjos de resentirse le estimó mas, le miró con mayor cariño, alabó mucho su resolucion, y para facilitarle los medios de ejecutarla, le recomendó á uno de los principales criados del Rey, que retirándose tambien de la corte, iba á tomar el hábito de monje en Lindisfarne. Siguióle Wilfrido, y estuvo algunos años en el monasterio, ocupado enteramente en ejercicios de virtud y en el estudio de las letras. Pero advirtiendo que aquellos monjes, todos escoceses, observaban un género de disciplina no muy conforme á la que se practicaba en la Iglesia, y que le enseñaban unas reglas de perfeccion no las mas seguras, determinó hacer un viaje á Roma para instruirse á fondo, así en las ceremonias eclesiásticas, como en las reglas de la mas exacta observancia.

No habia recibido el hábito, ó la tonsura monacal, como entonces se decia, por lo que le fue fácil conseguir la licencia del abad y de los monjes para retirarse. Volvió á la corte, y manifestando sus intentos á la Reina, no solo mereció su aprobacion, sino que le dió cartas de recomendacion para Ercomberto, rey de Kent, que tenia su corte en Conturbel, donde llegó hácia el fin del obispado de Honorio, uno de los últimos discípulos de san Gregorio, papa. Recibióle el Rey con mucha benignidad; y aprobando grandemente su resolucion, quiso que fuese en compañía de san Benito Biscop, que estaba en el mismo pensamiento, y era poco mas ó menos de la misma edad. Llegaron á Leon, donde fueron recibidos con mucho amor y caridad por el obispo Anemond, que prendado de las bellas partidas de Wilfrido, y dejando á Biscop ir adelante, le detuvo en su palacio, haciendo cuanto pudo para retenerle en Francia; pero sin embargo de ser muy ventajosos los partidos que le hacia, no fueron bastantes á tentarle; y persistiendo en su resolucion, continuó su viaje. Luego que llegó á Roma, su primera diligencia fue visitar los sepulcros de los santos Apóstoles y de los santos Mártires, empleando en oracion el dia y una parte de la noche.

Mereciólo su virtud el conocimiento y el trato con el arcediano Bonifacio, venerado en Roma por su mucha santidad y grande sabiduría. Descubriendo este en nuestro Santo un mérito nada comun le explicó los Libros sagrados, y le instruyó á fondo en la disciplina de la

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Iglesia. Detúvose en Roma cerca de un año; y volviendo á Leon al palacio del Arzobispo, que le habia mostrado tanto amor, recibió de sus manos la tonsura clerical. Era el ánimo del Prelado no solo fijarle en su iglesia, sino hacerle su sucesor; pero la violenta muerte que padeció en Chalon por la justicia, obligó á nuestro Santo á restituirse á Inglaterra. Luego que llegó á aquel reino, le llamó el príncipe Alfrido, hijo primogénito del rey Osuvi, y le dió mucha parte de su estimacion y confianza. Para detenerle con mayor seguridad en Nortumbria, le hizo donacion del territorio del Hrip ó de Ripon, en la diócesi de Yorck, que el mismo Príncipe tenia destinado para fundar en él un monasterio, y aun habia ya echado los cimientos. Nuestro Santo acabó la obra, y fue su primer abad. Descubrióse luego en este empleo su raro talento de gobierno, y creciendo cada dia la opinion de su sabiduría y de su prudencia, Algilberto, obispo de Dorchester, le ordenó de sacerdote, y poco después el Príncipe le nombró por obispo de Yorck. Acreditó lo mucho que merecia esta dignidad, la repugnancia y la resistencia que hizo para admitirla; y como la mayor parte de los obispos de Escocia y de Irlanda no se conformaban con la Iglesia romana sobre el tiempo de celebrar la Pascua, nuestro Santo no se quiso consagrar por prelados cismáticos; y pasando á Francia, fue consagrado en Compiegne el año de 664 por Algilberto, que habiendo sido obispo en Inglaterra, lo era á la sazon de Paris.

Luego que el nuevo obispo de Yorck tomó posesion de su iglesia, se vió reflorecer en ella la Religion; desterráronse los abusos, corrigiéronse las costumbres, y en todas partes restituyó á su vigor la disciplina eclesiástica, y se introdujeron las ceremonias de la Iglesia romana. Siendo san Wilfrido tan agradable á los ojos de Dios no podia menos de ser muy probado; y habiéndose declarado tan abiertamente contra los errores de los cismáticos, era forzoso que experimentase los efectos de su malignidad. Hicieron en la corte una pintura de su celo, desfigurándole con tan denegridos colores, desacreditándole con tan groseras calumnias en el concepto del Rey; figuraron con tanto artificio imaginarias sospechas de su fidelidad, que el Rey le echó de su silla, y el Santo se vió precisado á salirse de Inglaterra para no quedar expuesto á los efectos de su indignacion. Cedió á la malicia de sus enemigos, y se embarcó para Roma; pero una violenta tempestad le arrojó á las costas de Frisia, que yacia aun sepultada en las tinieblas de la idolatría. Predicó en ella la fe de Jesucristo con suceso tan feliz, que convirtió y bautizó al rey Algiso, á un gran número de sus vasallos, y en menos de un año fue apóstol de aquella

provincia. Por este tiempo habia sido ya restituido Ebroin á su empleo de mayordomo del palacio en Francia; y noticioso de que se hallaba en Frisia el obispo de Yorck, testigo ocular del asesinato cometido por aquel Príncipe en la persona de san Anemon, é instigado tambien de los enemigos del Santo, despachó sus embajadores al rey Algiso, suplicándole que se le entregase vivo ó muerto. Pero el religioso Monarca luego que leyó la carta de Ebroin, la arrojó al fuego en presencia de sus mismos embajadores, diciendo: *Confunda Dios el reino de los pérfidos, y tenga la misma suerte que esta carta.*

Libre Wilfrido de este peligro, se despidió del rey Algiso, y partió á Roma acompañado del presbítero Eddi Esteban, que escribió su vida. Pasó por el reino de Austria, donde el rey Dagoberto II le recibió, haciéndole grandes honores, y toda la corte quedó muy prendada de su vida ejemplar y de su modestia. Hizo aquel Monarca cuanto pudo para detenerle en sus Estados, y le instó á que aceptase el obispado de Estrasburgo; pero el Santo jamás quiso dejar su iglesia de Inglaterra. Llegado á Italia, habian ofrecido á Bertharido, rey de los lombardos, una gran suma de dinero para que le arrestase; pero este Príncipe oyó con horror semejante proposicion, y se declaró protector del santo Obispo. Entró en Roma el año de 679; y el papa Agaton le recibió con demostraciones de la mayor benevolencia. Fueron examinados en un sínodo todos los capítulos de que le acusaban, y salió plenamente justificada, reconocida y declarada su inocencia. Asistió al concilio de ciento veinte y cinco obispos, que celebró el Papa contra los Monotelitas, y no pudiendo concurrir á él el arzobispo de Conturbel, le envió sus poderes y los de todos los demás obispos de Inglaterra para que representase la nacion: demostracion que se pudo conceptuar por especie de desagravio de la injusticia que le habian hecho. Colmado de honras y de favores, con que el Papa le distinguió, se retiró de Roma para restituirse á Inglaterra, y al pasar por Francia, su vida corrió grandes peligros por el odio que Ebroin le profesaba. Pocos Santos padecieron tantos reveses de fortuna, y pocos los toleraron con mas heróica paciencia, ni con ánimo mas tranquilo. Cuando se restituyó á su obispado de Yorck el rey Alfrido le recibió muy friamente, preocupado ya contra él por los malignos artificios de su mujer y de los cortesanos, á quienes desagradaba la entereza y la eminente virtud de nuestro Santo. Fue arrestado, y sufrió otros malos tratamientos. La Reina, que habia excitado esta nueva tempestad, cayó gravemente enferma pocos dias después; y para acallar los remordimientos de su conciencia, le hizo poner en liber-

tad. Solo usó de ella el Santo para ir al país de Susex á anunciar la fe á los sajones meridionales, que aun eran idólatras por la mayor parte. Convirtió al rey Ediluvach, y bautizó á muchos millares de personas. Hízole donacion el Rey de una grande posesion donde fundó el monasterio de Selsey; de manera, que al mismo tiempo que en su país le echaban de su silla episcopal, los extraños y los gentiles le veneraban como su Apóstol. Muerto el rey Ediluvach, convirtió á la fe de Jesucristo al nuevo rey Nothelmo y á su hermana la princesa Mothgida, que habiendo fundado un monasterio de monjas, se hizo religiosa bajo la direccion del Santo, y fundó después muchas iglesias.

Conquistado ya para Jesucristo todo el país de Susex por el infatigable celo de san Wilfrido, pasó al reino de Westser, ó de los sajones occidentales, donde hizo semejantes conquistas. Á vista de tantas maravillas se arrepintieron los ingleses de haber tratado tan mal á un Prelado tan santo; y pesaroso Teodoro, arzobispo de Conturbel, de haberse dejado prevenir contra Wilfrido, le suplicó que se volviese á Inglaterra, le pidió perdon, y le hizo restablecer en su silla. Fue recibido en Yorck con grandes demostraciones de universal regocijo; y siempre celoso, siempre vigilante, infatigable siempre en el trabajo, reformó los abusos, restituyendo la disciplina eclesiástica á su antiguo ser en el clero, la observancia y el fervor en los monasterios. Pero duró poco la calma, porque el Señor queria purificar su virtud hasta el último aliento con el fuego de la tribulacion. Disputáronle los derechos de su iglesia: comenzaron á perseguir á los monjes de su monasterio de Ripon, y se volvieron á renovar todas las quejas antiguas que ya estaban sepultadas. Viendo que cada dia iba cobrando mas fuerzas el partido de sus enemigos, le pareció que debia ceder á la tempestad. Salió del reino de Northumberland, y se fué á poner bajo la proteccion de Ethelredo, rey de Mercia, quien le recibió con muchas demostraciones de estimacion y de respeto. Fue de grande utilidad para la salvacion de este Príncipe la mansion que nuestro Santo hizo en su corte, pues desde entonces formó el ánimo de renunciar la corona, y de volver las espaldas al mundo.

Cási doce años habia cultivado Wilfrido la viña del Señor en el país de Mercia, cuando habiéndose juntado en Eastrefeld, á instancias de Alfrido, rey de Northumberland, el nuevo arzobispo de Conturbel Brithvaldo con otros prelados, le suplicaron que concurriese á aquel sínodo. Como el santo Obispo deseaba tanto la paz, y de nadie desconfiaba, partió inmediatamente á él; pero quedó extrañamente sorprendido cuando se halló con que le querian precisar á que hiciese

dimision de su obispado en virtud de unos delitos á cual mas supuestos y mas imaginarios. Érale muy fácil justificarse, pero ni lo quiso hacer, ni consintió en la renuncia que le proponian: por lo que fue desterrado á su monasterio de Ripon, que se le dió por cárcel, mientras el sínodo le sustanciaba la causa para degradarle. No tuvo otro arbitrio para suspender el curso de un juicio tan extraño como precipitado que apelar al Papa, y á pesar de su avanzada edad emprendió el viaje á Roma. Examinóse su causa á presencia del pontífice Juan VI en un sínodo que se convocó á este efecto el año de 704, y habiéndole declarado inocente en todos los capítulos que le hacian, fue enviado absuelto á su iglesia. Al llegar á Meaux cayó en una peligrosa enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; pero se recobró milagrosamente de ella por un insigne favor de la santísima Vírgen, en quien después de Jesucristo tenia colocada toda su confianza. Cuando llegó á Inglaterra, encontró ya á todos los obispos muy desimpresionados de las especies que tenian contra él: solo el Rey persistia tercamente en las suyas; pero sobreviniéndole la enfermedad de que murió, se arrepintió de haber perseguido al santo Obispo. No fue de esta opinion Edaulfo, usurpador de la corona; y le envió á decir, que si dentro de seis dias no salia de Inglaterra, le haria quitar la vida; pero arrojado del trono el usurpador, y subiendo á él Ofredo, hijo de Alfrido, le volvió á llamar al reino, donde se convocó un sínodo, en que salió plenamente justificado, sujetándose todos á la sentencia del Papa, que le declaraba inocente, y mandaba fuese restituido á su Silla.

Luego que se vió en ella, se aplicó con su acostumbrado infatigable celo á la reformacion de las costumbres, y á la restauracion de la disciplina. Ni sus tribulaciones ni sus viajes fueron bastantes para que aflojase jamás en sus excesivas penitencias: ni consideró pretexto suficiente para moderarlas el de su ancianidad y sus enfermedades. Toda la vida continuó con el mayor teson sus ayunos, sus abstinencias y los rigores con que mortificaba su cuerpo; tanto, que en los dos últimos años que vivió, fue menester que el Papa metiese la mano para templarlos; pero los suplió ventajosamente una dolorosa enfermedad. En fin, el año de 709, á los setenta y seis de su edad y cuarenta y seis de su obispado, murió con la muerte de los Santos en el monasterio de Undadl, manifestando Dios desde luego la santidad de su siervo con multitud de milagros.

SAN SERAFIN DE MONTE GRANARO, LLAMADO DE ASCOLI, CAPUCHINO.

El glorioso san Serafin, llamado vulgarmente de Ascoli, ciudad de la marca de Ancona, por haber vivido, siendo religioso, muchos años en esta ciudad, y por haberla ilustrado con su santa vida y con sus milagros; mientras vivió en el siglo se llamó Félix, y nació en el año 1540 en una aldea del obispado de Fermo, nombrada Monte Granaro. Sus padres fueron pobres y de humilde condicion; mas tenian un rico fondo de virtudes; por lo que á semejanza del santo Tobías criaron á este hijo en el santo temor de Dios, y desde niño le enseñaron á aborrecer el pecado, á amar y servir á Dios, y á vivir segun las máximas de la Religion. Luego que tuvo edad para servir, su padre lo puso en casa de un labrador, que le destinó á guardar el ganado. Serafin conservó en la casa de su amo la misma inocencia de costumbres y la misma devocion que habia tenido en la casa de sus padres: cuando se hallaba en el campo guardando el ganado, acostumbraba hacer alguna cruz en algun árbol, y delante de ella se postraba y rezaba sus oraciones, y recomendaba con mucho fervor los intereses de su alma á Jesucristo su Salvador, y á la santísima Vírgen María, de la cual era devotísimo.

Habiendo muerto su padre, fue Serafin llamado por su hermano mayor, su nombre Silencio, para que le ayudase y sirviese de peon en el oficio de albañil que ejercitaba á imitacion de su padre. En este oficio tuvo que sufrir extraordinariamente; porque siendo poco apto, su hermano, que era colérico y hasta furioso, no solo le decia mil injurias á cada paso, sino que le apaleaba frecuentemente; y aun en algunas ocasiones transportado de ira le daba crueles golpes con el martillo: Serafin sufria con admirable paciencia todos estos malos tratos; y aunque su fatigosa ocupacion le dispensaba de la ley del ayuno, ayunaba no obstante tres dias en la semana; y cuando los demás oficiales descansaban de su trabajo, tomando su ordinaria refeccion, Serafin empleaba aquel tiempo en rezar sus devociones. Manifestó Dios con un milagro asombroso cuán grata le era la piedad de Serafin; porque yendo á visitar á la Vírgen santísima en su santa casa de Loreto, llegando al rio Potenza, halló que iba tan crecido, que no podia vadearse; y en efecto, sus compañeros permanecieron en la orilla sin atreverse á entrar en él; pero Serafin lo pasó dos ve-

ces á vista de todos á pié enjuto, causando en los espectadores aquel asombro que se deja discurrir.

Entre tanto Silencio pasó á Loro, aldea poco distante de Monte Granaro, para construir allí cierto edificio, y llevóse consigo á su hermano Serafin. En la casa que hospedaron ambos hermanos habia una virtuosa jóven, muy devota, que solia leer en voz alta libros espirituales, especialmente uno que trataba de los Novísimos. Serafin, que tenia mucha sed de la palabra de Dios, escuchaba cuidadosamente aquella santa lectura; y oyendo un dia la severidad del juicio con que Dios juzgará á todos los hombres, y las penas eternas é incomprensibles de las llamas infernales á que condenará á todos los pecadores, quedó de tal modo atónito y atemorizado, que dijo á aquella jóven: «Si las cosas van así, seria mucho mejor retirarse á un bosque para «hacer vida eremítica á fin de no exponer á tan gran peligro la pro«pia alma.—No es esto necesario, le respondió la jóven virtuosa, «porque si tú deseas asegurar tu salvacion, basta que entres en la «religion de los Padres Capuchinos, donde se profesa una vida santa «y penitente.» Serafin, que hasta entonces no habia tenido ninguna noticia de esta religion, se informó de la misma jóven del modo de vivir de sus religiosos, la cual se hallaba plenamente informada con ocasion de hospedarse en aquella misma casa los Capuchinos que pasaban por la aldea de Loro; y habiendo entendido que tenian un convento en Tolentino, luego que pudo pasó allí, é hizo vivas y humildes instancias á aquellos Padres Capuchinos, para que le admitiesen en su religion por fraile lego; y aunque entonces no fueron atendidas sus súplicas, todavía repitiéndolas varias veces y siempre con mayor fervor, consiguió por fin la gracia deseada; y en el año 1564, teniendo veinte y cuatro de edad, vistió el hábito de religioso lego en el convento de Jesi, á donde fue destinado para hacer el acostumbrado año del noviciado.

Bien sabida es la aspereza de las humillaciones, mortificaciones y penitencias que los Padres Capuchinos imponen á sus novicios á fin de probarles su vocacion, y de inspirar en su alma el espíritu propio de aquella religion, que de una manera particular está dedicada y consagrada á la vida penitente y mortificada, con tanta edificacion de la santa Iglesia. El bienaventurado Serafin no solo practicó con prontitud y alegría de su alma todo lo que le mandaban sus superiores, sino que á las mortificaciones comunes á todos los novicios, añadia otras muchas particulares; no dormia mas que tres horas; llevaba constantemente un cilicio tejido de asperísimas cerdas que le cubria

todo el cuerpo á manera de túnica; y tomaba cada dia una sangrienta disciplina con un azote armado de puntas de clavos, con el cual hacia tal carnicería en su cuerpo, que quedaba bañado en sangre. Su obediencia no conocia límites, bastando la menor indicacion de los superiores, ó de cualquiera de sus hermanos religiosos, para ejecutar cuanto se exigia de él. Su humildad era profundísima, reputándose el mas mínimo de todos, y que para nada servia ni era útil; á lo cual contribuia en gran manera la cortedad de su talento, que le hacia poco apto para las cosas exteriores; por cuyo motivo no solo en el tiempo del noviciado, sino tambien en toda su vida, estuvo sujeto á varias reprensiones y mortificaciones, particularmente de algunos superiores indiscretos, sin que el siervo de Dios jamás se quejase ó excusase, ni manifestase turbacion; antes al contrario, de este su involuntario defecto tomaba motivo para humillarse, envilecerse y llamarse el jumento del convento, que comia el pan de balde, y que no merecia sino palos. Desde los primeros dias en que tomó el hábito, se dedicó enteramente al ejercicio de la oracion, en la cual, ó en la iglesia, ó en la celda empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus precisas ocupaciones. Tenia siempre fija en su mente la sagrada pasion de Jesucristo; pasaba las noches enteras en la meditacion de sus pasos, y no podia pensar ni hablar de ella sin derramar muchas lágrimas. La oracion, pues, era el dulce pábulo de su alma, de la cual sacaba luz y fuerza para practicar todas las virtudes, habiendo sido en ella favorecido de Dios nuestro Señor con admirables éxtasis y raptos, y con una luz sobrenatural tan extraordinaria, que si bien era un hombre idiota que no conocia las letras, tenia no obstante sublimes sentimientos de la grandeza de Dios, y discurria con tal uncion de espíritu y con tanta propiedad de palabras sobre los misterios de nuestra Religion, que causaba admiracion y pasmo á los mismos que eran consumados en el estudio de la sagrada teología. Veneraba con ardentísimo afecto al santísimo Sacramento, que recibia cási todos los dias con fervor de espíritu. Era tambien muy singular la ternura con que veneraba á la Vírgen santísima, poniendo en ella después de Dios toda su confianza. En todas sus acciones descubria una santa simplicidad, pero acompañada de la prudencia de la serpiente, segun la expresion del Evangelio; por lo que era amable á todos, fácil en condescender á su voluntad, y pronto en cumplir cuanto le encargaban, mientras pudiese ejecutarlo sin perjuicio de su delicada conciencia.

Para prueba de esta verdad, bastará referir lo que le sucedió con una señora de la ciudad de Ascoli. Rogó esta señora al siervo de Dios

tratase un cierto negocio que le instaba mucho con un sugeto que le nombró; el siervo de Dios se ofreció pronto á complacerla; pero añadiendo ella, que cuando hablase con dicha persona fingiese que trataba el asunto por sí mismo, y no por encargo que se le hubiese hecho, Serafin la dijo: «Señora, ¿juzga V. que un religioso puede fingir? «Quien está dedicado al servicio divino como yo, está obligado á pro- «ceder clara y sinceramente con todos.» Estas razones no convencieron á la dama, antes prosiguió diciendo, era necesario conducir el negocio de este modo, á fin de que saliese felizmente; y que aun cuando se dijese alguna pequeña mentira, seria esta oficiosa y de poca consideracion: se alteró el buen religioso al oir el nombre de mentira, y santamente indignado, la dijo claramente: «Si así es, yo no «soy á propósito para servir á V.;» y volviéndola las espaldas se partió de su presencia, dejándola, seria difícil decir si mas confundida, ó mas edificada de la inocente simplicidad y singular pureza de conciencia del hombre de Dios. Esta inocencia y pureza que conservó en toda su vida, sin manchar jamás su alma con culpa alguna grave, se hace mucho mas admirable, si se considera que en los diversos oficios de que fue encargado, ya de portero, ya de limosnero, ya de compañero de los predicadores, que iban á predicar á diversos lugares, tuvo que tratar con toda suerte de personas; y por el gran concepto que todos hacian de su virtud, le encargaban muchas y varias incumbencias, que el Santo admitió obligado de la caridad que tenia para con sus prójimos.

Efecto fue tambien de su ardiente caridad el celo que tenia de impedir las ofensas de Dios, y quitar á los fieles las ocasiones de pecar. Por mas que fuese un religioso lego, á quien no pertenecia el predicar y el promover de oficio el bien espiritual de sus prójimos, todavía discurriendo por las calles y por las casas, pidiendo limosna como limosnero de su convento, no dejaba de dar saludables documentos; lo cual practicaba con palabras tan cuerdas y graves, que penetraba los corazones de cuantos las escuchaban, produciendo en sus almas maravillosos efectos. Conociendo el Santo que el juego de naipes es un seminario de males, tanto por el tiempo que se desperdicia en él y por el dinero que se pierde en perjuicio de la familia y de los pobres, como por las blasfemias, riñas y fraudes que ordinariamente le acompañan; cuando entraba en alguna casa donde hubiese jugadores, se sentaba junto á ellos, y en viendo oportunidad, les quitaba los naipes de las manos, los rasgaba y hacia de ellos mil pedazos; y con todo eso nadie osaba contradecirle, por el concepto gran-

de que todos hacian de su santidad. Al quitarles los naipes de las manos, solia decirles: «Perdonadme, hermanos, que no hago injuria «á vosotros, sino al demonio que por vuestro medio manejaba estos «naipes.» Y era tan sabida esta costumbre suya de quitar á los jugadores los naipes y rasgarlos, que al verle desde léjos, solian decirse recíprocamente: «Acabemos, acabemos, que viene Fr. Serafin;» y dejaban en efecto el juego.

Igual y aun mayor celo manifestaba el siervo de Dios en quitar de las casas las pinturas inmodestas, que él solia llamar pecados permanentes y escándalos pendientes de la pared con guarniciones de oro. Así que en cualquiera parte en donde le acaeciese ver algunas de estas pinturas, rogaba y conjuraba á los dueños de la casa para que las rasgasen ó quemasen, sin querer admitir la excusa que muchos daban, de que eran pinturas de precio y de excelente pincel. «Ra«zon, pues, de mas, replicaba el Santo, para destruir semejantes pin«turas; porque cuanto mas al vivo y con mayor arte representan la «inmodestia y la desnudez de aquellas partes que aun el mismo ru«bor natural pide que se cubran y escondan, tanto mas peligrosas «son y mayor ocasion de pecado.» Del mismo modo era solícito en quitar de manos de las personas los libros de las vanas poesías, los cuales con la dulzura del verso destilan en el corazon de los lectores el veneno de la lujuria. Viendo un dia á una dama que leia el Ariosto, la reprendió diciendo que de aquella lectura no podia sacar otro fruto que llenar su mente de vanidad y su corazon de profanas indecencias y obscenidades.

El mismo celo que ardia en el pecho del siervo de Dios le hacia correr con prontitud á las casas donde sabia que ocurrian disensiones y escándalos. Supo una vez que en una casa de las principales de la ciudad de Ascoli reinaba una fiera discordia entre la suegra y la nuera, de la cual se seguian lamentables consecuencias. Acudió el Santo á apaciguar á aquellas dos señoras; y cuando vió que eran inútiles todas las tentativas de que habia usado, por estar ambas muy obcecadas de la pasion, se echó por tierra delante de ellas, deshaciéndose en un copiosísimo llanto, y rogándolas encarecidamente reflexionasen, no solo sobre los males espirituales que con su discordia hacian á sus propias almas, sino tambien sobre los males temporales que ocasionaban á toda la familia. Su llanto y humildad ablandaron el corazon de aquellas dos fieras, de tal suerte, que allí mismo en presencia del Santo renunciaron todo rencor, se abrazaron, y con una sincera reconciliacion hicieron revivir en sus almas y en toda

la familia la calma deseada. Innumerables fueron los que por medio de sus exhortaciones, animados del espíritu de Dios, se reconocieron de sus defectos, haciendo de ellos una sincera penitencia, abrazando unos el estado religioso, y enfervorizándose otros en la piedad y en la devocion; ¡tanto puede en un hombre, aunque idiota y sin letras, como lo era el Santo, la vida ejemplar y adornada de virtudes heróicas! Acompañaba el Santo este ardiente celo de la gloria de Dios con una caridad ternísima hácia sus prójimos. Visitaba los presos en las cárceles, los consolaba en su desgracia, los exhortaba á la paciencia, y se empeñaba á su favor con los ministros de la justicia. Asistia á los enfermos, los alentaba con sus dulces palabras, y los servia como el mas diligente y piadoso enfermero en los ministerios mas bajos y fastidiosos, con tanto contento de su alma, que hallaba en esto todas sus delicias. Olvidado de sí mismo y de las necesidades de su propio cuerpo, se entristecia y se angustiaba por las necesidades ajenas, y hacia todo lo posible para remediarlas. Contentándose para su comida con medio pan cada dia, la pitanza y cási todo lo demás que le daba la comunidad lo distribuia entre los pobres, y aun en un año de carestía se privó para los pobres de la mitad del medio pan que reservaba para su sustento. Manifestó Dios con varios milagros que le era muy acepta esta tierna misericordia que Serafin tenia para los pobres; porque no teniendo alguna vez bastante pan para repartirles, suplia esta falta, dándoles una porcion de verdura que cogia de la huerta del convento; y reprendiéndole esto el guardian, diciendo, que faltaria después á la comunidad la hortaliza, le respondió Serafin que no dejaria por eso la comunidad de tener con abundancia la verdura que necesitaba; y en efecto, á la mañana del dia siguiente se vieron crecer nuevos retoños en las plantas, de las cuales habia sacado el siervo de Dios la hortaliza que habia dado á los pobres. Entonces el guardian concedió á Serafin un pedacito de la huerta para que la cultivase á su gusto, y diese á los pobres la verdura que de ella se sacase; y era cosa asombrosa, ver que aquel pedacito, cedido al Santo, producia mas hortaliza que toda la huerta restante reservada para la comunidad, aunque mucho mejor cultivada.

Pero la virtud en que mas se distinguió Serafin fue sin duda la paciencia y la mansedumbre, que suelen ser la prueba menos sospechosa de la sólida piedad. Su vida fue un continuo ejercicio de estas virtudes, habiendo sido innumerables las ocasiones que tuvo de practicarlas, ya con sus guardianes, quienes, ó por indiscrecion ó para mortificarle y tenerle léjos del peligro de desvanecerse, le molesta-

ron de muchas y varias maneras; ya tambien de sus hermanos los religiosos de su mismo convento, de los cuales, permitiéndolo así Dios nuestro Señor, varias veces fue maltratado; ya por fin de los extraños, en las ocasiones en que haciendo su oficio de limosnero, discurria por la ciudad, y por las aldeas y lugares circunvecinos, no faltando jamás malvados que aborrecen la virtud y persiguen á las personas virtuosas. Pero el siervo de Dios siempre estuvo firme y constante, sufriendo todos los males que se le hacian con una paciencia invencible, sin alterarse ni turbarse jamás.

Asimismo fueron sin número los desprecios, apodos y reprensiones, que en varias ocasiones, permitiéndolo Dios para acrisolar su virtud, recibió de los religiosos sus compañeros y de otros muchos, sin observársele jamás el mas mínimo movimiento de ira ó de impaciencia; antes al contrario, correspondia con beneficios á los que le maltrataban é injuriaban. Reprendia un dia el Santo con mucha humildad á un seglar cierto delito que habia cometido; pero este á la manera de un frenético que se vuelve contra el médico que procura curarle, se volvió contra Serafin lleno de furor, y teniendo en la mano un pedazo de plomo, le dió con él tal horrible golpe en la cabeza, que le habria dejado allí mismo muerto, si Dios milagrosamente no le hubiese conservado la vida; y con todo estuvo tan léjos de mostrar el mas mínimo resentimiento, que antes al contrario, con una cara jovial le puso la mano en las espaldas, y acariciándole le dijo: «¡Cuánto «te soy obligado!» La misma respuesta dió á otra persona que poseida de ira, ó del demonio, le dió una terrible bofetada. En una palabra, la mansedumbre y paciencia del siervo de Dios habian llegado á tal grado de perfeccion, que parecia insensible á las injurias y desprecios, aunque de otra parte fuese de natural ardiente y sentido; por lo que tuvo mucho que trabajar para llegar á ser dueño de sí mismo y superior á todos los movimientos de ira ó de impaciencia, como él mismo en cierta ocasion lo confesó á una persona su confidente, que le habia preguntado sobre este particular: «Yo he empleado «treinta años, le dijo, para vencer este monstruo, y después de un «dilatado ejercicio de padecer, el Señor me ha hecho la gracia de ser «insensible como un tronco ó una piedra á todas las afrentas.»

Habia ya cuarenta años que el bienaventurado Serafin, servia á Dios en espíritu y verdad en el estado religioso, edificando á todos con sus singulares virtudes, y siendo favorecido de Dios con muchos dones sobrenaturales, que fueron el de profecía, el de conocer los ocultos secretos del corazon, el de obrar cosas prodigiosas, y singu-

larmente el de sanar las enfermedades con solo bendecir los enfermos con un Crucifijo que tenia. Pues fueron tantas las enfermedades que sanó de este modo milagroso, y tantos los enfermos que aun de partes muy distantes acudian al Santo para que los bendijese, que á veces pasaba todo el dia en esta ocupacion, y el convento se llenaba de tantas gentes que pedian ser bendecidas de Serafin, que el guardian de Monte Granaro para impedir el disturbio de la comunidad, estuvo cási resuelto de mandar al Santo no usase de la gracia de curacion que Dios le habia concedido. Esta gracia de hacer milagros concilió al Santo tanto respeto y veneracion de los ciudadanos de Ascoli, que cuando pasaba por las calles no solo le besaban el hábito, sino que algunos le cortaban pedazos de él para conservarlos por reliquias.

Se acercó por fin el tiempo en que Dios queria cumplir al Santo los deseos que tenia de ser libre de las ataduras del cuerpo para irse al cielo, que eran tan ardientes, que solia decir: «Me es insufrible «este destierro, que me tiene léjos de Dios; yo deseo que presto se «acabe, para ir á gozarle.» Porque en el mes de octubre del año 1604 fue acometido con mayor fuerza de una enfermedad de pecho que de algun tiempo le molestaba, aunque el Santo no hacia de ella caso, ni hablaba de ella con persona alguna, gustando de padecerla con silencio por amor de Jesucristo crucificado: vino el médico á visitarle, y creyó que el mal era de ningun peligro ni importancia; pero el Santo, que habia tenido una revelacion ó presentimiento de su cercana muerte, pidió con mucha instancia los santos Sacramentos, diciendo claramente y sin turbacion, que poco le quedaba de vida. Para condescender, pues, á sus ardientes deseos y fervorosas súplicas le fue administrado el santísimo Viático, que recibió con lágrimas de ternísima devocion: después pidió con mucha ansia la Extremauncion; pero el superior creyendo que no se hallaba en peligro de muerte, como lo aseguraba el médico, rehusó condescender á sus instancias, diciéndole que ya habria tiempo, y que moderase entre tanto aquel sobrado ardor; á que replicó el siervo de Dios con igual aseveracion que humildad: «Tendrán después pesar de darme este Sacramento «con demasiada prisa.» En efecto, poco se tardó en saber con cuánta razon el Santo se hubiese apresurado en pedir este Sacramento, que es el último confortativo del alma cristiana para pasar á la eternidad; porque mientras se entretenia en devotos y fervorosos coloquios con Dios nuestro Señor, fue sorprendido de un repentino deliquio que le redujo á los últimos extremos, por lo que fue forzoso administrarle

el sacramento de la Extremauncion con la prisa posible, segun lo habia predicho, y acabada esta sagrada funcion, acabó él tambien el curso de su vida, y entregó su bienaventurada alma en las manos de su Criador, á 12 de octubre del dicho año 1604, y á los sesenta y cuatro años de su edad. Los muchos milagros que Dios ha obrado después de su muerte por su intercesion, han hecho siempre mas pública y mas auténtica su santidad.

Benedicto XIII le beatificó solemnemente, y Clemente XIII le puso en el catálogo de los Santos.

La Misa es en honor de la Vírgen María, y la Oracion la siguiente:

Concede nos famulos tuos, quaesumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere, et gloriosa beatae Mariae semper virginis intercessione à praesenti liberare tristitia, et aeterna perfrui laetitia: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios y Señor, concédenos, te rogamos, que nosotros tus siervos nos alegremos con la perpetua sanidad de cuerpo y alma, y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada siempre Vírgen María seamos libres de la tristeza presente, y lleguemos á gozar de las alegrías eternas. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico, pág. 132.*

REFLEXIONES.

Todas las expresiones que contiene la Epístola de este dia están dichas propiamente de la Sabiduría divina; pero nuestra madre la Iglesia, conociendo el mérito singular de la Reina de los Ángeles, y cuánto la convienen las grandezas que en ella se insinúan, se la aplica con bastante frecuencia, y en esto mismo da un motivo de consolacion á todos los Cristianos, y muy particular á todos los españoles. De luego á luego da á entender la Iglesia que María santísima tiene en su mano todos los tesoros del cielo para dispensarlos á los miserables pecadores. En este sentido pueden entenderse aquellas palabras: *Mi poder y potestad se extiende sobre Jerusalen;* y las siguientes: *Eché raices en un pueblo lleno de honor,* pueden sin violencia interpretarlas á su favor los españoles; porque habiendo tenido la dicha de que la Madre de Dios se apareciese en carne mortal al apóstol Santiago cuando les predicaba el Evangelio, y de que por sí misma le mandase construir en su honor la primera iglesia que tuvo en el mundo, ¿qué lengua será suficiente para decir la santificacion y gracias que dejaria en aquel lugar dichoso una Reina tan poderosa? Por mucho que se quieran cerrar los ojos, es preciso advertir que el verda-

dero Dios se constituyó Dios nuestro, y que toda nuestra España se convirtió, por medio de María, de region de tinieblas en hermosa habitacion de resplandores. Fundada una iglesia bajo los benignos auspicios de la Madre de Dios; adornada de aquella columna, símbolo misterioso de la estabilidad de nuestra fe; y lo que es mas, fortalecida y apoyada en las promesas de Reina tan poderosa, ¿podrá dejar nuestra España que la seduzcan los lisonjeros preceptos de una ley que halague los sentidos? ¿borrará jamás la alianza que el Espíritu divino grabó con dedo omnipotente en sus entrañas, escribiéndola con caractéres indelebles mas duraderos que el diamante? ¿será posible que queme inciensos á Dagon, ni que adultere con las naciones extrañas? No es creible que una nacion preelegida, una nacion amada y distinguida entre todas las del universo con los amores, las ternuras y real presencia de la Madre de Dios, llegue alguna vez á ser ingrata á su Hijo. Las puertas del infierno se conjurarán contra nuestra constancia, vendrán siglos en que se verifiquen de la Iglesia de España las tristes profecías que dejó escritas san Juan en su Apocalipsis. Pero aquel gran Dios que nos dió á Santiago por doctor de su Ley, que hizo descender sobre nosotros la lluvia soberana de sus luces, y que finalmente nos puso bajo la proteccion de su misericordiosa Madre, ese mismo Dios será siempre nuestro Dios, y nosotros serémos siempre su pueblo. Los españoles tendrémos siempre el escudo de María, y con su amparo serémos eternamente la nacion dichosa, el pueblo de Dios, la heredad del todopoderoso y el objeto de sus beneficencias. Tanta dicha merece sin duda alguna una particular gratitud de parte de los españoles; pero esta no debe reducirse á solas palabras ó vanas admiraciones. Las buenas obras son el único testimonio de la sencillez, de la voluntad y de la rectitud del corazon.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas, pág. 155.*

MEDITACION.

Sobre los particulares favores con que María santísima ha protegido siempre á España.

Punto primero. — Considera que la firmeza y estabilidad en la fe que ha manifestado siempre esta provincia en el mundo, debe por la mayor parte su orígen á la proteccion y piedad de la Reina de los Ángeles, que la ha mirado con especial cariño, y que con sus súplicas la ha alcanzado de su Hijo, cuando otros muchos pueblos padecieron naufragio en los tiempos calamitosos.

Dejando aparte aquella solemne promesa que hizo á Santiago de perpetuar nuestra fe, diciéndole cuando se le apareció: *Esta columna permanecerá en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos adoradores de Jesucristo,* ¿á qué otra cosa podemos atribuir la extraña diversidad con que nuestra España se portó con el primer predicador del Evangelio respecto de las demás naciones del mundo? Porque, ¿qué provincia dió sus oidos mas pacíficamente á la intimacion de la verdad? ¿qué gentes prestaron sus corazones mas blandos y sazonados para plantar en ellos la fe de Jesucristo? ¿quién abrazó con mas amor una ley tan repugnante á la carne y sangre? ¿qué nacion miró con tanto respeto una religion de mortificacion y de cruz, que en lo natural habia de ser tenida por las gentes en el concepto de una necedad? ¿qué parte del mundo, finalmente, trató á los discípulos del Señor con tanta humanidad y cortesía? Los romanos crucificaron á san Pedro, degollaron á san Pablo, y frieron en aceite á san Juan; los jerosolimitanos despeñaron á Santiago Alfeo, su obispo; los armenios desollaron inhumanamente á san Bartolomé; los frigios crucificaron á san Felipe; los indios alancearon santo Tomás; los persas martirizaron á san Judas y san Simon con los mas crueles tormentos; y á este modo todos los Apóstoles recibieron malos tratamientos y la muerte de las mismas gentes á quienes predicaron. Solamente los españoles no martirizaron á Santiago, sino que recibiendo el Evangelio que les predicaba, le honraron, y dejaron levantar una iglesia, que es la del Pilar de Zaragoza, hacerse discípulos, administrar el Bautismo, plantar la fe del Crucificado, y formarle un pueblo que habia de preciarse siempre de serlo suyo. Si hubo de beber el cáliz de su Maestro, que con tanto valor afirmó que podia apurar hasta las heces; si hubo de dar el sagrado cuello al cuchillo injusto que le hizo mártir; le fue preciso salir de España, y esta gloria no nos faltará eternamente á los españoles sobre todas las naciones que pueblan el ámbito del mundo. Todos estos efectos maravillosos deben atribuirse al patrocinio de María, y á la verificacion de sus promesas. Con razon pudiera aquí exclamarse con las palabras de san Agustin: *Ó dulcísima Vírgen María, en vista de tantos beneficios yo no sé con qué alabanzas engrandecerte!*

Punto segundo.—Considera que así como por la proteccion de María ha sido el santuario del Pilar exento de los contrastes de la fortuna, de la misma manera nunca pudo la astucia del infernal enemigo destruir la fe del Crucificado, aun cuando pudo alucinar á un es-

pañol para proporcionarle por medio de una venganza los medios mas oportunos.

Bien sabidas son las torpes astucias de un Prisciliano, y de las infelices mujeres que hacia instrumentos de sus errores. Bien notorio que los Arrianos infestaron de tal modo nuestra Península, que lloraron sus funestas consecuencias no solamente las ciudades asoladas y muchas nobles familias desterradas, entre ellas san Isidoro con sus padres y hermanos, sino muchos fieles precisados á derramar su sangre por Jesucristo. Tal vez se conservarán todavía los pañuelos empapados en la sangre de nuestra reina Clotilde; y el santo jóven Hermenegildo es testigo de que el error y la crueldad se habian apoderado del trono, y empuñaban en estos reinos el cetro. Los nombres de Amalarico, Teudis, Teudiselo, Leovigildo y otros semejantes hacen todavía estremecerse á la Religion y á la humanidad. En tiempos no menos calamitosos se vió nuestra España sojuzgada por una gente descomunal y bárbara, profanados nuestros templos, robadas nuestras haciendas, muertos los ciudadanos, prostituidas sus esposas, y sus hermosas y amadas hijas entregadas como corderas á los lobos carniceros.

En medio de tantos trabajos, de tanta guerra, de tanta herejía, de tantas persecuciones y de tanta asolacion, siempre se vió claramente que el brazo de Dios estaba levantado para castigar nuestros pecados; pero tambien se vió que la proteccion de María se interponia como escudo fuerte para defendernos, y hacer que nuestros enemigos no nos aniquilasen. Jamás faltaron cristianos que cuidasen del culto de María en su iglesia del Pilar, aun cuando Zaragoza estuvo por muchos siglos en poder de príncipes paganos. Jamás faltaron sacerdotes que ofreciesen en su templo al eterno Padre el Cordero inmaculado. Jamás se interrumpió la serie de sus santos obispos, de los Valerios, de los Braulios, de los Tajones, y otros de igual santidad y literatura. Jamás se suspendieron aquellos concilios en que tuvo la primacía sobre todas las iglesias de España, si se exceptúa la de Iliberis. Y mientras Zaragoza poseia con tranquilidad su tesoro, ¿de qué gracias no participó toda la Península ya en tantos obispos santos, sabios y esforzados; ya en tantos Mártires nada inferiores en la gloria á los Fructuosos, á los Eulogios y á los Vicentes; ya en tanto concilio en que interesó á un mismo tiempo la Religion y gloria de España, y la causa comun de toda la Iglesia; ya en tanto escritor que juntó la verdadera sabiduría con la defensa de la piedad, del dogma y de la virginidad perpetua de la Madre de Dios, y ya finalmente, en ver restituido su

trono al valor, á la nobleza, al mérito y la Religion? Todos estos bienes particulares de Zaragoza, y universales á toda España, son una consecuencia de las promesas que hizo María al apóstol Santiago en la portentosa aparicion que celebra nuestra Iglesia. Todos ellos, así como son un testimonio de la predileccion con que nos mira la Reina de los Ángeles, de la misma manera son un motivo que ejecuta de continuo nuestra gratitud.

Jaculatorias. —Derramaste, Señor, tus bendiciones sobre una tierra que elegiste para tu posesion, y alejaste de ella las cadenas con que la supersticion la tenia esclavizada. (*Psalm.* LXXXIV).

Con el claro resplandor de tu gracia y de tu santa ley caminarán, Señor, tus gentes por los senderos de esta vida, y en nada se gloriarán ni se regocijarán sino en tu nombre sacrosanto. (*Psalm.* LXXXVIII).

PROPÓSITOS.

Habiéndose visto en las precedentes consideraciones que en la aparicion milagrosa del pilar fijó el Espíritu Santo la divina ley en nuestros corazones con caractéres que no se borrarán jamás; que Dios quiso ser nuestro Dios, y que nosotros fuésemos su pueblo; y últimamente, que eligió á su santísima Madre para dispensarnos estos soberanos beneficios, está visto que los españoles tenemos una grande obligacion á esta soberana Reina. El serla agradecidos es lo mismo que ser cristianos; las obligaciones de la fe son las mismas que las de su amor. Si nos ama como á hijos, ¿no deberémos servirla como á madre? Si nos favorece como á predilectos, ¿no deberémos señalarnos entre todos los fieles de la tierra en materia de agradecidos y obsequiosos? No se puede dudar; y el modo de agradecer las amorosas demostraciones de esta dulce Madre, es servir sin reserva á su Hijo. Así lo deseo, Madre amorosísima, y así os lo prometo; pero para este efecto alcanzadme del Espíritu Santo aquellos dones divinos con que fortaleció el corazon de los Apóstoles; aquella gracia poderosa que ilumina el entendimiento, mueve dulcemente la voluntad, y vence gloriosamente la concupiscencia. Tomad, Señora, bajo de vuestra proteccion nuevamente todos estos dilatados países, y haced con vuestro santísimo Hijo que no prevalezcan en ellos los funestos males y los perniciosos errores de que está inundada toda la tierra. España os mereció hasta ahora todas vuestras atenciones; Vos la prometísteis que siempre permaneceria en ella incorrupta la fe de vuestro Hijo: hasta la hora presente vuestras promesas se han verificado. Pero ¿se

verificarán igualmente en lo sucesivo? Si miramos á la depravacion de las costumbres que se ha hecho universal; si se atiende á la relajacion de todos los estados y jerarquías de la Iglesia; si se consideran bien los progresos que por todas partes hace el error, no se puede dudar que no encuentra el entendimiento humano sino multiplicadas causas de temer. Tanto pecado, tanta maldad y tanto delito tienen la fuerza suficiente para suspender el curso á vuestras promesas; pero espero que sin embargo no la tendrán para impedir el de vuestras misericordias y piedades.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

San Eduardo, rey, en Inglaterra, el cual murió á 5 de enero; celébrase su fiesta en este dia en que fue trasladado su cuerpo. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Carpo, discípulo de san Pablo, apóstol, en Troade *(ó Troas)*, ciudad del Asia menor. *(El mismo santo Apóstol le consagró después obispo de Troas, y estuvo hospedado en su casa segun se infiere de la carta II á Timoteo,* IV, 13, *en la cual dice lo siguiente: « Trácte contigo á la venida el capote que dejé «en Troas en casa de Carpo, y los libros, y mayormente los pergaminos.» Los griegos le tienen por otro de los discípulos del Señor, y probablemente es el mismo en cuya casa estando san Pablo resucitó al jóven que cayó de la ventana.* (Actor. XX, 10). *Galesinio dice que sus contemporáneos le dieron el título de* Miel ática. *San Dionisio el Areopagita hace de él extraordinario elogio en su carta á Demófilo. Segun cierto escritor antiguo, murió en santa paz á últimos del siglo I).*

El martirio de los santos mártires Fausto, Januario ó Genaro, y Marcial, en Córdoba en España; los cuales primero fueron atormentados en el caballete, después les arrancaron los dientes y les cortaron las cejas, las orejas y las narices; y al fin consumaron el martirio siendo quemados. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Florencio, mártir, en Tesalónica; el cual después de haber padecido muchos tormentos, le quemaron *(por fin en un horno encendido).*

San Colmano ó Colman, mártir, en Austria. *(Era escocés de nacion y de sangre real. Habiendo padecido cruel muerte en la ciudad de Stockeraw, á seis leguas de Viena, de paso para los Lugares Santos, y en vista de los milagros que obró el Señor por su intercesion, la Alemania lo tomó por patron, y dedicó muchas iglesias en honor suyo).*

El martirio de siete santos religiosos de la Órden de Menores, Daniel, Samuel, Ángel, Domno (ó Donulo), Leon, Nicolás y Ugolino, en Ceuta, ciudad de Berbería; los cuales porque predicaban el Evangelio, y confutaban la secta de Mahoma, padecieron de parte de los sarracenos afrentas, cárceles y azotes; y al cabo siendo degollados alcanzaron la palma del martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Teófilo, obispo, en Antioquía; el sexto que gobernó aquella Iglesia

después del apóstol san Pedro. *(Escribió varios tratados en defensa de la Religion: murió imperando Cómodo, por los años* 186*).*

San Venancio, abad y confesor, en Tours.

Santa Chelidonia ó Celidonia, vírgen, en Subiaco en la campaña de Roma. *(Su cuerpo fue colocado en la iglesia de Santa Escolástica).*

En el Calendario del principado de Cataluña se hace hoy conmemoracion de san Gerardo, abad, cuya historia se lee en las del dia 3 de este mes, conforme al Martirologio romano.

SAN EDUARDO, REY DE INGLATERRA, CONFESOR.

San Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, llamado *el Confesor* ó *el Piadoso*, cuya santidad añadió tanto esplendor á la majestad del trono, nació al mundo hácia el principio del siglo XI. Fue sobrino de un santo rey mártir y de su mismo nombre; hijo de Ethelredo y de Ema, hija de Ricardo, duque de Normandía. Por una singular y bien extraordinaria eleccion de la divina Providencia fue jurado rey de Inglaterra estando aun en el vientre de su madre, en perjuicio del príncipe Edmundo, su medio hermano, primogénito del primer matrimonio, y de su hermano entero el príncipe Alfredo, que tambien lo era del segundo. Juntos en Cortes todos los Estados del reino, previendo ya la próxima irrupcion y aun inundacion de los daneses que amenazaban á Inglaterra, convinieron en reconocer por heredero presuntivo de la corona al infante que la reina traia en sus entrañas; juráronle fidelidad, y antes de haber nacido le prestaron la obediencia, obligándose á reconocerle por su legítimo soberano. Luego que salió á la luz del mundo se vió precisado á refugiarse en Normandía con toda la familia real para evitar el furor de los daneses.

Todo el tiempo que duró la educacion que se le dió en aquel destierro se observó que con la inocencia de las costumbres iba creciendo en el tierno Príncipe el horror al vicio y el amor á la virtud, aun antes de tener edad para conocer su mérito y su valor. Á la apacibilidad de su natural, que era verdaderamente admirable, juntaba tan extraordinaria pureza, que parecia sobrenatural, mereciéndole desde luego el renombre del Ángel de la corte. Causábale horror, y sin libertad le hacia huir cualquiera palabra, el menor objeto, que ni aun levísimamente lastimase esta delicada virtud; y en una edad que los demás niños solo hallan gusto en sus pueriles inocentes enredos, al

tierno Príncipe nada le divertia sino la oracion y otros ejercicios de piedad. Siempre le parecia corto el tiempo que gastaba en la iglesia, y no habia para él gusto ni consuelo igual como asistir al santo sacrificio de la misa. Siendo tan enemigo de todos los entretenimientos que suelen divertir á los demás príncipes niños, toda su diversion y todo su recreo, en concluyendo con las horas del estudio y con sus devociones, era ir á pasar algunos ratos en un monasterio, observándose que se arrimaba mas y hacia mayores agasajos á los monjes mas religiosos, mas modestos y mas santos.

Murió su padre en este tiempo, y quitó la vida á sus dos hermanos la barbaridad de los daneses y el artificio de Godubin, uno de los principales señores de Inglaterra, que todo lo llenaban de fuego y sangre; por lo que se halló Eduardo único heredero del reino, usurpado y asolado por los dinamarqueses. Estaban despojadas las iglesias, arruinados los monasterios, y solo se veia en el desgraciado reino una general disolucion. Vivia en tiempo de estas calamidades públicas retirado en cierto monasterio un santo obispo llamado Brithuvaldo, llorando amargamente los pecados de su nacion, cuando tuvo un sueño que le llenó de consuelo. Parecióle que veia al apóstol san Pedro que ungia por rey al jóven príncipe Eduardo, estando este á sus piés, y que le pronosticaba reinar en paz, siendo la felicidad de sus vasallos, á quienes habia castigado Dios con aquella inundacion de bárbaros.

El Príncipe iba mientras tanto creciendo en edad, en sabiduría y en prudencia, siendo la admiracion de la corte su modestia, su agrado, su dulzura y su apacibilidad. Dijéronle un dia sus cortesanos que no podria abrirse camino para el trono sino á punta de espada; á que respondió prontamente, que nunca admitiria corona alguna que costase ni una sola gota de sangre.

Subió, en fin, al trono de su padre, después de la muerte del usurpador Canuto y de sus hijos, restituyendo luego á sus Estados la antigua felicidad que habian desterrado de ellos tantas turbaciones. Ante todas cosas reparó las iglesias que los enemigos habian saqueado ó arruinado, edificó otras nuevas, fundó muchos monasterios, y mandó se restituyesen las posesiones usurpadas á los que ya estaban fundados, siendo dictámen suyo, que el medio mas seguro para que floreciese el estado era hacer que floreciese la Religion; por lo que solia decir, que el bien público de la monarquía estaba inseparablemente ligado al mayor bien de la Iglesia.

Pero como la guerra no solo habia desolado las provincias, sino

tambien corrompido las costumbres, dedicó toda su aplicacion á reformar los abusos, á poner órden en todas las cosas, y á procurar que renaciese en todas partes y en todas materias la justicia y la buena fe. Con estas providencias al mismo tiempo que logró la estimacion de sus vasallos, les ganó tambien los corazones. No hubo rey mas amado, ni príncipe que mereciese mejor el nombre de padre. Nunca manifestaron mas los pueblos el amor que le profesaban que en el dia de su consagracion, que fue el de Pascua del año de 1043. Fue universal la alegría, y nunca tuvieron fin los votos que toda la nacion ofreció al cielo para que le conservase un príncipe tan bueno.

Movidos todos los grandes del reino del deseo de ver perpetuadas en una larga sucesion las ilustres virtudes de un monarca que era las delicias de Inglaterra, le apuraban para que se casase, con el piadoso fin de lograr un sucesor á la corona que fuese descendiente de tan santo rey; porque ignoraban que este habia hecho voto de perpetua castidad. Lleno Eduardo de confianza en el Señor y en la particular proteccion de la santísima Vírgen, á quien honró y amó toda la vida como á su querida madre, quiso dar este consuelo á sus vasallos, sin faltar á la fidelidad que debia á Dios. Habíale destinado el cielo una esposa con todas las prendas dignas de una gran reina, la cual desde su infancia habia resuelto conservar su virginidad, prefiriendo el augusto título de esposa de Jesucristo al de madre de uno de los mayores reyes de la tierra. Era esta ilustre princesa Editha, hija del conde Godubin, el señor mas poderoso y mas rico de Inglaterra. Informado Eduardo de su rara virtud, consintió en casarse con ella, y se celebró la boda con alegría universal de los pueblos y con magnificencia verdaderamente real. No vió el mundo mas dichoso ni mas santo matrimonio. El Rey habia confiado á la Reina anticipadamente el voto que tenia hecho; y la Reina le ganó el corazon haciéndole tambien recíproca confianza del que ella habia ofrecido al Esposo de las vírgenes; de manera que los dos castos esposos conservaron en medio de la corte y entre las licencias del matrimonio, que fácilmente pudieron obtener, aquella preciosa delicada flor que se aja hasta en la soledad, y aun en el sombrío retiro del mas horroroso desierto.

No podia menos de ver á Dios en la tierra un corazon tan puro; insigne favor que le dispensó el Señor mas de una vez. El amor á Cristo sacramentado correspondia á la viva fe que le animaba. Todos los dias gastaba muchas horas delante del santísimo Sacramento, derramando su corazon en presencia de su Dios con tiernas y copiosas

lágrimas; siendo tan grande su respeto, su devocion y su compostura en el templo, que avivaba la fe en todos los cortesanos. Asistiendo un dia al santo sacrificio de la misa, vió con los ojos corporales á Jesucristo en forma humana, al tiempo que se elevaba la hostia; y su extática suspension, su rostro inflamado, sus ojos inmoblemente fijos en el divino objeto, sus dulces lágrimas y el gozo de que se manifestaba inundado, dieron á conocer no una vez sola á los circunstantes el favor con que el cielo le regalaba.

Dotóle tambien con el don de profecía; y estando oyendo misa en cierta ocasion, vió desde allí la muerte del rey de Dinamarca, con la total pérdida de su armada naval en que venia para hacer un desembarco en Inglaterra. Notaron los circunstantes que se quedó repentinamente como pasmado y atónito, derramando muchas lágrimas. Acabada la misa, algunos grandes se tomaron la respetuosa confianza de preguntarle qué significaba aquella novedad, y él les refirió sencillamente el funesto suceso de los daneses y de su armada; noticia que se confirmó poco tiempo después, quedando todos convencidos de que Dios le habia revelado el fracaso en el mismo punto en que estaba sucediendo.

Ganó el corazon de todos con su dulzura y con su afabilidad, al mismo tiempo que su encendida caridad con todos los necesitados le mereció el glorioso título de tutor de huérfanos y padre de pobres. Después de dar audiencia horas enteras á todos los que se presentaban, y de asistir á las del despacho en el gabinete con sus ministros, ocupaba las demás en obras de misericordia, y la mayor parte de la noche en oracion. Encontró un dia en la calle á un pobre paralítico, cargóle en sus reales hombros, y le llevó á la iglesia á donde el enfermo iba arrastrando. Premió Dios en el mismo instante un acto tan heróico de caridad; porque el paralítico quedó sano en aquel punto, y publicó en todas partes un milagro tan visible que la humildad del santo Rey pretendia ocultar. En otra ocasion dió tambien una ilustre prueba de aquel su inagotable fondo de caridad, de mansedumbre y de dulzura. Su tesorero general dejó un dia abierto el tesoro por inadvertencia, y cierto oficial, sin reparar que el Rey le estaba viendo, se aprovechó de la ocasion, y hurtó una cantidad considerable. No le habló palabra el santo Rey; pero volviendo el tesorero y reconociendo el robo, suplicó á S. M. se sirviese mandar hacer una exacta pesquisa del delincuente. *No haré tal,* respondió el suavísimo Monarca, *porque es natural que el que hurtó ese dinero tuviese mas necesidad de él que yo; pero tú ten cuidado en adelante de que no*

sean tan fáciles semejantes robos. Nunca hubo príncipe mas universalmente estimado no solo de sus vasallos, sino tambien de los extranjeros, por lo que todos los soberanos solicitaban su amistad; de manera, que jamás se vió el reino de Inglaterra mas floreciente, ni nunca gozó de mas dulce paz que en el tiempo de su reinado.

Fuera del abrasado amor que profesaba á Jesucristo, y de la ternura con que amaba á la santísima Vírgen, tenia particular devocion á san Juan Evangelista, uno de los principales protectores de la virginidad; y en virtud de esta devocion ofreció no negar nunca limosna á quien se la pidiese en nombre de aquel glorioso Santo. Apareciósele un dia él mismo en figura de un pobre que le pidió una caridad por amor de san Juan Evangelista; el piadoso Rey no se hallaba á la sazon con dinero, y sacando del dedo un anillo, se lo dió al pobre. Pocos dias después se apareció el santo Apóstol á dos peregrinos ingleses, y les mandó que llevasen al Rey aquel anillo, asegurándole de su parte que solo le faltaban seis meses de vida, y que al cabo de ellos él mismo vendria por él para llevarle á las bodas del Cordero. San Eduardo recibió con visible gozo aquel favor insigne de su santo protector, y mandó que se hiciesen oraciones en todo su reino, doblando él las suyas, como tambien sus penitencias y todas las demás obras buenas que acostumbraba ejercitar. Fueron aquellos seis meses una encendida renovacion de fervor y un continuado ejercicio de virtudes y obras de misericordia. En fin, habiendo llegado el dia pronosticado por el santo Apóstol, que fue el 5 de enero del año 1066, después de una corta enfermedad, habiendo recibido los Sacramentos, colmado de méritos entregó su inocente alma en manos de su Criador, entre el llanto general de toda Inglaterra, cási á los treinta y seis años de su edad, y en el veinte y tres de su reinado. Ningun Príncipe fué jamás llorado, ni con mayor sinceridad, ni por mas largo tiempo; llanto tan amargo como justo, que solo le pudo enjugar el general concepto que se tenia de su santidad, y la confianza de los pueblos en su poderosa intercesion con el Señor, quien continuó en glorificar á su siervo con multitud numerosa de milagros. No contribuyó poco al aumento de su culto el que sucedió pocos años después de su muerte en presencia del rey Guillelmo el Conquistador, primo del Santo, de Lanfranco, arzobispo de Conturbel, del clero y nobleza de Inglaterra. Obróle san Eduardo en favor de un obispo que él mismo habia presentado para el obispado, á quien sin razon querian deponer. Acudió el prelado á la proteccion del santo Rey, y fijando su cruz sobre la losa de la sepultura del Santo, que era de mármol, se

entró por ella como pudiera hacerlo por el mas blando y tierno barro. Con esta ocasion hizo el rey Guillelmo que se encerrase el ataud en una caja de oro y de plata; se elevó el santo cuerpo de la tierra treinta y seis años después de su muerte, hallándose tan entero y tan fresco, con todos los miembros tan flexibles como si estuviera vivo, y con los vestidos tan nuevos como si se los acabaran de poner. Desde entonces comenzaron los ingleses á instar incesantemente á la Silla apostólica para que le declarase culto público, lo que lograron en fin, habiéndole canonizado solemnemente con todas las formalidades necesarias el papa Alejandro III el año de 1161, á instancias de Enrique II, rey de Inglaterra; y el papa Inocencio XI fijó su fiesta al dia 13 de octubre, en el cual se habia hallado entero su cuerpo, exhalando una exquisita fragancia.

SAN FAUSTO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

El odio con que la ciega gentilidad miraba á la religion de Jesucristo hizo que los paganos celosos de sus necias supersticiones persiguiesen á los Cristianos con la mayor crueldad. Distinguiéronse en esto muchos de sus príncipes, persuadidos que el mantener su religion era el fundamento de la subsistencia de su imperio. Poseidos de esta idea, no satisfechos con perseguirlos de muerte en la capital de Roma, lo hacian en todas las provincias de sus dominios, para lo cual despachaban á todas ellas presidentes ó gobernadores de condicion brutal, con órden de extinguir el nombre cristiano si pudiesen. Entre estos ministros crueles enviados á España, cupo á la provincia de Andalucía un Eugenio mas verdugo que juez, encaprichado como el que mas en sostener á sangre y fuego la idolatría, quien luego que llegó á Córdoba hizo publicar los edictos acostumbrados, por los que se ordenaba á todos los Cristianos sacrificar á los dioses romanos, so pena de padecer los mas crueles tormentos.

Hallábanse á la sazon en Córdoba Fausto, Januario y Marcial, á quienes varios escritores nacionales hacen hermanos, hijos de san Marcelo centurion, ilustre mártir de Jesucristo, de cuya cuestion controvertida prescindimos por ser poco importante para el mérito de sus gloriosos triunfos. Habiendo sido educados estos tres Santos en las infalibles verdades de la religion cristiana, no menos celosos del culto del verdadero Dios, que Eugenio del de sus ídolos; condolidos de la tiranía con que trataba á los Cristianos, y mucho mas sentidos de las injurias con que ofendia á la Majestad divina; encendidos en vivísi-

mos deseos de padecer martirio, se presentaron al bárbaro Presidente, y con el valor y generosidad propia de los esforzados militares de Jesucristo, le dijeron: *¿Qué es lo que haces, ó piensas, Eugenio? ¿por qué persigues á los siervos de Dios, en lugar de creer lo que ellos creen?* Sorprendido el tirano con esta resolucion, que graduó por la mayor osadía, les preguntó: *¿Quién sois vosotros, desventurados, que así os atreveis á hablar? — Nosotros,* respondió Fausto por todos, *somos cristianos de profesion, que reconocemos solo á un Dios verdadero por quien tuvieron ser todas las criaturas; á él adoramos y reverenciamos, pues vuestros falsos dioses no tienen otro ser que el que les dió el artífice humano, de cuyas manos salieron vanas estatuas de piedra, leño ó metal, sin que en ellos haya otra divinidad que la que vuestra ceguedad les atribuye; y con todo eso no os avergonzais de adorar á las hechuras de vuestras manos, dejando de hacerlo con el Criador de todas las cosas.*

Acalorado el Gobernador al oir este razonamiento, dijo á los Santos: *¿Qué arresto ó desesperacion os trae á despeñaros á vuestra perdicion? — Tú eres el desesperado,* replicó Fausto; *pues teniendo en mal el nombre de cristianos, estás en estado de que estos te pregunten qué negocio traes con los inocentes que en nada te han ofendido, reconociendo á Jesucristo por su Señor. Nos llamas arrojados, pero nuestra confesion no es efecto de desesperacion. Y si es cierto que de alguna cosa desesperamos, es de tí mismo, pues estás abandonado de Dios hasta el punto de querer obligar á sus siervos á que renuncien de él.* Sintió Eugenio la generosa libertad con que le reprendió Fausto; y queriendo vengarse, mandó á los verdugos que lo pusieran en un potro para castigar con exquisitos tormentos la falta de respeto que tuvo á su autoridad. Entonces habló á Fausto Januario á presencia del mismo perseguidor en estos términos: *Tú padeces por todos nosotros, siendo así que no tienes otra culpa que la que todos hemos cometido;* á lo que respondió aquel: *Nosotros hemos estado siempre unidos sobre la tierra, creed que tambien lo estarémos en el cielo.* Oyendo Eugenio estos y otros razonamientos dirigidos á manifestar el ardiente deseo que todos tres tenian de padecer por amor del Señor, les dijo: *Sé muy bien que estais unidos en la impiedad, y que habeis concertado entre vosotros lo que habeis venido á decirme: volved sobre vosotros, y cesad de blasfemar llamando Dios al que no lo es. — Muy mal persuadido estás,* le replicó Januario, *en llamar impiedad nuestra uniformidad, pues nunca hemos tenido mayor acierto que confesando á Jesucristo por verdadero Dios á presencia de su enemigo.* Por lo que fue puesto en un potro co-

mo Fausto, haciendo lo mismo con Marcial, puesto que se mantuvo constante en igual confesion.

Volvió el tirano á tentar á Fausto, para rendirle á fuerza de crueldades á que sacrificase á los dioses imperiales; pero viéndole alegre en medio de los tormentos, en los que tuvo la valentía para con el Juez de decirle que le miraba como á hijo del diablo siendo idólatra y adorador de los demonios, Eugenio ofendido de estas expresiones mandó á los verdugos que le cortasen las orejas, las narices, las cejas, el labio inferior, y le arrancasen los dientes de la encía superior; en cuya disposicion no cesó el Santo de alabar y dar gracias á Dios.

Pareció á Eugenio que intimidaria á Januario viendo aquel espectáculo digno de la mayor compasion, y con esta idea le habló en estos términos: *Ya ves el estrago de Fausto á que ha dado motivo su inobediencia y obstinacion; ten lástima de tí, y no dés lugar á que contigo se ejecute igual crueldad.* — *Estás engañado*, respondió Januario, *creyendo á Fausto obstinado porque sostiene con constancia la verdadera religion; jamás romperé yo los lazos de la caridad que me une con él; ninguno habrá que nos pueda separar de la confesion del verdadero Dios, por cuyo amor estamos resueltos á padecer cuantos tormentos puedas discurrir;* por cuya confesion ordenó el tirano que se le tratase como á Fausto.

Quiso valerse Eugenio del ejemplar de ambos para amedrentar al jóven Marcial, á quien reconvino que no diese lugar á incurrir en la misma pena que sus compañeros; pero el Santo le respondió: *Mi mayor dicha consiste en ser participante de lo que en ellos te asombra, lo que á mí me sirve de gran consuelo; pues padecen por confesar al verdadero Dios, que yo confieso y alabo, que es el que solo debe ser reconocido y adorado de todas las criaturas;* por lo que mandó el tirano sufriese igual castigo que Fausto y Januario; y conociendo que en vano se cansaba en persuadirlos, porque al compás de los tormentos crecian en los ilustres Confesores el valor y las alabanzas á Jesucristo, desesperado de poder rendirlos, mandó los quemasen vivos en un voraz incendio.

Cuando los verdugos conducian al suplicio los ilustres Mártires, animados todos tres de un mismo espíritu, hablaron á los Cristianos á una voz así: *Vosotros, carísimos fieles en Cristo, no querais creer en este inicuo diablo: conoced que habeis sido hechos á la imágen y semejanza de Dios, y por lo mismo adoradlo y bendecidlo como á autor de vosotros y de todas las criaturas; y no presteis culto á los falsos dioses*

de los gentiles, que son unas meras estatuas de piedra, leña ó metal, obras de las manos de los hombres, incapaces de dar divinidad á sus hechuras: bajo cuyo supuesto despreciad las injurias de este tirano, confesando siempre á Jesucristo por verdadero Dios, alabándole sin cesar. Concluido este discurso, arrojados á las llamas consumaron en ellas el sacrificio de sus vidas en el dia 18 de octubre del año 303.

El fuego no consumió los venerables cuerpos de suerte que no quedasen de ellos algunos huesos, los cuales los fieles depositaron por entonces en un lugar oculto, donde después que la Iglesia gozó paz edificaron un templo en honor de los Santos, del que hace mencion san Eulogio, con el título de los tres Mártires, cuyo culto fue célebre en tiempo de los godos; bien que esta iglesia tomó en lo sucesivo el título de San Pedro, porque en el dia del santo Apóstol el santo rey D. Fernando recuperó á Córdoba de los moros; en la cual se mantuvieron incógnitas las reliquias de estos y otros ilustres Mártires, habiéndolas ocultado los fieles en un sepulcro de piedra en la irrupcion de los árabes, por temor de que tan precioso tesoro no cayese en las manos de los bárbaros. Así se mantuvieron por espacio de quinientos años, hasta el de 1567 en que se dignó el Señor providenciar su invencion en el dia 21 de noviembre, siendo obispo de Córdoba D. Fr. Bernardo de Fresneda, quien hecha la correspondiente justificacion acerca de la identidad de aquellas reliquias, decretó su veneracion. Sobre lo que habiendo consultado al papa Gregorio XII con el proceso formado en el particular, cometió Su Santidad el conocimiento de la causa al concilio provincial que se celebró en Toledo en el de 1583, el que aprobó la determinacion del ilustrísimo Fresneda, y mandó que se colocasen en un lugar decente conforme pareciese al obispo de Córdoba. En virtud de lo cual D. Antonio Pazos, que lo era á la sazon, dispuso adornar la capilla donde se habian de depositar, é hizo un tabernáculo de jaspe, en el que se puso el arca de las reliquias sobre el altar mayor, cuya colocacion se hizo en el 20 de noviembre del año de 1584; bien que el aniversario de esta se celebra todos los años en el dia 18 del mismo mes.

SAN DANIEL Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES, LLAMADOS COMUNMENTE LOS SANTOS MÁRTIRES DE CEUTA.

En la ciudad de Ceuta del imperio de Marruecos padecieron por la fe siete frailes Menores italianos el año 1227, un año después de la gloriosísima muerte de san Francisco. Llamábanse Daniel, Ángel,

Samuel, Donulo, Leon, Nicolás y Ugolino. Estos santos religiosos, obtenido permiso del que era entonces vicario general de la Órden, Fr. Elías, vinieron de Toscana á España para de aquí embarcarse é ir á predicar la fe á tierra de moros. Llegaron á Tarragona, en cuyas costas estuvieron buscando nave para pasar á África. Fr. Daniel, que era el prelado, varon de eminente santidad y doctrina, y ministro de la provincia de Calabria, no halló disposicion mas que para llevar consigo tres religiosos, y embarcándose con ellos dijo á los otros que aguardasen para ir en otro navío. Llegado á Ceuta mientras llegaban los que se quedaron acá, predicaban él y sus compañeros á los mercaderes de España y de otros reinos que habia en aquella ciudad. Cuando los de acá se les juntaron en Ceuta, que fue el dia último de setiembre, todos unánimes con gran fervor de espíritu y celo por la salvacion de las almas, echando fuera el temor de la muerte, comenzaron á prepararse para el martirio, y á tratar entre sí cómo podrian llegar á tan alta corona. Moraban con los Cristianos en un barrio fuera de la ciudad, y á ninguno de ellos era lícito entrar sin especial licencia de los moros. Determinaron, pues, entrar secretamente antes que los Cristianos pudiesen entender su intencion, porque no les impidiesen predicar á los infieles la verdad de nuestra santa fe, que era á lo que habian ido. Habiéndose, pues, preparado con larga oracion y con los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, un domingo muy de mañana, de improviso entraron en la ciudad, y por todas las calles y plazas iban diciendo en alta voz, que en solo Jesucristo hay salvacion eterna.

Graduando los moros la generosa accion de los insignes Minoritas por un atentado criminal, llovieron desde luego sobre nuestros Santos, bofetadas y otras gravísimas injurias de aquella gente, y los presentaron á su rey. Allí con nuevo fervor siguieron publicando la fe de Jesucristo, y la falsedad de la ley de Mahoma, la cual habian ellos de dejar si querian salvarse. El rey y los de la corte viendo en su traje tanta pobreza los tuvieron por locos; y por la osadía que habian tenido de hablar contra su profeta, los mandó poner en una cárcel muy áspera, y cargarlos de prisiones: allí estuvieron ocho dias pasando grandes vejaciones y trabajos.

En este tiempo escribieron una carta al P. Ugo, sacerdote y vicario de los genoveses, y á otros religiosos y á los demás seglares que allí se hallaban. En ella despues de dar gracias á Dios nuestro Señor por la fortaleza y consuelo que de él recibian en aquella tribulacion, les referian el motivo de su carcelaje, y como los tuvieron por locos,

y como esperaban que el Señor aceptaria sus vidas en sacrificio de la confesion de su fe.

El domingo siguiente á 10 de octubre á las diez de la mañana sacaron de la cárcel á los benditos religiosos, y los llevaron delante del Rey. Allí fueron diligentemente examinados por los oficiales de justicia, y preguntados si les pesaba de lo que habian dicho contra Mahoma y su ley. Ellos entonces con nueva firmeza dijeron que no, antes volvian á afirmar que la ley de Mahoma no era ley de salvacion, sino de condenacion perpetua, y que ninguno podia salvarse sin recibir la fe de Nuestro Señor Jesucristo, y bautizarse como él lo habia mandado. Y dijeron mas, que por la verdad de esta fe estaban prontos á padecer la muerte corporal, porque tenian muy cierta esperanza de recibir de Jesucristo la vida eterna. Entonces los moros tomando consejo cómo los convertirian á su ley, determinaron llamarlos á cada uno por sí, y con promesas y amenazas combatirlos, y si no pudiesen convencerles, que luego fuesen muertos. Salióles mal esta traza: con la fortaleza del Señor despreciaron estos siervos suyos los regalos y los castigos, y mostraron que les seria deleitosa la muerte padecida por tan buena causa. Entonces los llevaron juntos al tribunal, y un alguacil con gran furia se llegó al santo Daniel, y con la espada le dió un grande golpe en la cabeza, y con ella comenzó á esgrimir delante de su rostro diciendo: «Vuélvete moro, vuélvete moro, sino mo«rirás malamente.» Estando el siervo de Dios muy constante en la fe, el juez y otro moro anciano con apariencia de piedad les decian: «¿Por qué quereis perder los bienes y deleites de esta vida tan mi«serablemente? Abrazad nuestra ley, y seréis honrados y ricos en «este mundo y en el otro.» Fr. Daniel vuelto al moro anciano le dijo: «¡Ó envejecido en dias malos! ¿hasta cuándo has de vivir en los «engaños de Satanás? Porque tu maldito Mahoma es criado de Sa«tanás, y es causa de la muerte para siempre á todos los que le si«guen á él y á su falsa ley: por tanto conviértete á nuestra santa fe «católica, para que puedas salvarte, conociendo á tu Criador, que ya «es tiempo que le conozcas, y te apartes de los errores de tu profeta.»

El juez oyendo esto, los sentenció á muerte. Los religiosos entonces se llegaron al santo Fr. Daniel su padre y pastor, y le besaban las manos, y le daban gracias porque les habia traido á tan buen lugar, y cada uno de ellos decia: «Padre, dame tu bendicion y licen«cia para que entregue mi cuerpo á la muerte por amor de Jesucristo, «y mi alma siga á la tuya para los cielos.» Y el santo Fr. Daniel cayéndosele las lágrimas los bendecia, y alababa á Nuestro Señor que

por sola su bondad los habia llamado á tan alta corona, y decia: «Alegrémonos todos mucho en el Señor, y démosle gracias por este «dia de fiesta que nos da; porque los Ángeles están en nuestra ayu- «da, y la puerta del paraíso nos está abierta, y hoy todos juntos nos «verémos entre las coronas de los Mártires en la gloria.» No tardaron los ministros de justicia en desnudarlos y atarles las manos, para de esta suerte llevarlos á voz de pregon desde la casa del Rey hasta el sitio donde ajusticiaban á los malhechores fuera de la ciudad. Iban los gloriosos Mártires con grande alegría seguros del banquete eterno que les tenia Dios preparado, y con la misma dieron el cuello al verdugo.

Después de degollados, no contentos con esto los moros, les despedazaron las cabezas y los cuerpos, y los arrastraron por la ciudad con grande algazara como en venganza de su profeta. Túvose por cosa de milagro que pudiesen salvarse algunas de sus reliquias, las cuales fueron honrosamente sepultadas en el barrio de los genoveses, pisanos y marselleses, obrando Nuestro Señor grandes maravillas por intercesion de sus siervos. La memoria de estas reliquias se perdió con el tiempo, quedando solo viva la de su martirio, que pasó á la letra como hemos dicho el dia 10 de octubre, aunque el Martirologio romano hace memoria tal dia como hoy. Leon X concedió á la Órden de san Francisco en el año 1516, que celebrasen á estos santos Mártires fiesta solemne de doble mayor. Fr. Juanetin Niño advirtió que en el breviario de la santa iglesia de Braga anda errado el número de los años en que los santos Mártires padecieron, y que donde dice en la era 1221 debe decir 1227 años. De la traslacion que de estas reliquias se supone hecha en España por un infante de Portugal, dice el mismo historiador que no queda memoria cierta en los libros de la Órden.

La Misa es en honor de san Eduardo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beatum regem Eduardum confessorem tuum aeternitatis gloria coronasti; fac nos, quaesumus, ita eum venerari in terris, ut cum eo regnare possimus in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que coronaste en la gloria eterna al bienaventurado Eduardo tu confesor; suplicámoste nos concedas le veneremos de tal manera en la tierra, que merezcamos reinar con él en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 113.*

REFLEXIONES.

Toda la Iglesia de los Santos publicará sus limosnas. Esta es la materia del mas magnífico elogio que se puede hacer de un grande. Dan verdaderamente las limosnas un título de mucho esplendor. No hay prueba mayor de una grande alma, de un gran fondo de religion, de un corazon noble, generoso y compasivo, de un espíritu cabal, de un entendimiento derecho, bien puesto y superior á todas las pasiones, de unas inclinaciones enteramente cristianas, que esta caritativa liberalidad. La dureza con los pobres siempre es efecto de una alma baja, de un corazon duro y apretado, de un ánimo poco cristiano, y de un entendimiento mediano, limitado y verdaderamente vulgar; cási estaba por decir que tambien es señal de reprobacion. No parece que puede ser liberal con Dios el que es tan escaso con los pobres. Suélese atribuir la inconstancia en la prosperidad á mil accidentes que ciertamente no han tenido parte en ella. La causa mas comun de esos reveses, de esas revoluciones de fortuna suele ser la dureza de los ricos con los necesitados. Si se niegan á Dios los intereses, ¿qué maravilla que nos despoje del principal? Los fondos que han sido mal administrados por los padres no se confian después á los hijos: *Aliis locavit agricolis.* Si se cierran los canales por donde ha de correr el agua, presto se divertirá hácia otra parte. ¿Quieres fijar esa brillante, esa floreciente fortuna? ¿quieres que sean por largo tiempo hereditarias esas posesiones, esas rentas? ¿quieres asegurar la abundancia en tu familia? Pues sé rico, sé liberal, sé magnífico en limosnas. No hay título mas seguro de prosperidad que la subsistencia de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades. Interésase el mismo Dios en el bien que se hace á ellos. Todo lo que se les da, se pone á lucro. Ni tu habilidad, ni tus próvidas disposiciones asegurarán los bienes á tus hijos; mas fuerza, mas virtud tienen para eso las limosnas que todas las escrituras y todos los contratos. ¡Oh, y cuántos y cuán crueles remordimientos se ahorrarian, cuántos sobresaltos se excusarian si se cumpliera con ciertas obligaciones que nunca se violan sin injusticia! ¡cuántos méritos se granjearian delante de Dios si aquellos que se ven ricos con los bienes de la Iglesia dejaran entrar á la parte del goce que les toca á los que tienen legítimo derecho para que se repartan con ellos! El beneficio que solo es beneficio para su poseedor, es un título muy oneroso para la otra vida. Los ricos, segun el órden de la divina Providencia, solo son ricos para los pobres. ¿Cuál será la suerte de un beneficiado eclesiastico, que solo fue rico para sus

parientes, para sus diversiones, para su regalo y para sí mismo? ¡Cosa extraña! habrá alguno que se tendria en otro tiempo por dichoso si lograra un beneficio de diez mil reales, el cual, lográndole hoy de diez mil ducados, será y efectivamente es pobre. Pero ¿es acaso porque le han empobrecido las limosnas?

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág. 114.*

MEDITACION.

Que no se debe dilatar ni un solo dia la conversion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por arreglado que uno sea en su conducta siempre tiene que reformar; fáltanle muchas virtudes que adquirir; réstale mucha penitencia que hacer. No hay persona que no tenga necesidad de convertirse; tampoco la hay que durante el tiempo de su vida no tenga alguna vez el pensamiento de convertirse á Dios con toda el alma; y menos que no quiera morir después de perfectamente convertida. De aquí nacen aquellos proyectos de conversion para en adelante, aquel plan de vida cristiana que se suele formar en medio de los mayores desórdenes. Espero, dice un hombre del mundo cuya conciencia está poco tranquila, espero que Dios me hará la merced de que acabe los dias de esta miserable vida en una soledad, en un convento, donde no piense en otra cosa que en mi salvacion. Yo, dice otro curial, deseo ansiosamente que se acabe este pleito, poner en órden mis dependencias, y retirarme de este tropel de negocios y de ocupaciones, que no me dejan lugar para dedicarme ni un solo instante al importante negocio de la salvacion. Solo deseo dar estado á mis hijos, que se acabe el tiempo de este empleo, de este negro cargo para irme á enterrar vivo en un desierto, y pensar únicamente en disponerme para morir. Estos son los trampantojos con que se procuran acallar aquellos crueles remordimientos, aquellos saludables sobresaltos que excita Dios en el alma de los mayores pecadores. No hay cosa que mas sosiegue ni que mas falsamente tranquilice una conciencia justamente sobresaltada, que estos proyectos de conversion á cual mas frívolos y mas vanos. Entre todos los medios de que se vale el demonio para perder á los hombres, ninguno le sale mejor que estos propósitos siempre inútiles y siempre infructuosos. Para convertirse son menester tres cosas: tiempo, voluntad y gracia. Aunque se dilatara la conversion no mas que un solo dia, ¿quién nos ha dicho que tendrémos ese solo dia para convertirnos? Y aunque llegue este solo

dia, ¿quién nos asegura que entonces tendrémos mas voluntad de convertirnos que ahora? Y dado caso que nos hallemos entonces con mejor voluntad que al presente, ¿por qué revelacion sabemos que la gracia de entonces será mas eficaz que aquella á que hemos resistido hasta aquí? En medio de eso este es el cimiento en que se funda este edificio imaginario de una conversion quimérica. ¿Puede haber ni fundamento mas débil, ni condicion mas expuesta, ni proyecto menos prudente, ni suceso mas arriesgado?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hay durante la vida ciertos momentos felices, en los cuales á favor de no sé qué ilustracion interior se descubren de repente tantos defectos en las criaturas, tanto vacío en todos los bienes criados, y se siente tanto disgusto del mundo, que sin libertad se confiesa que es insensatez todo lo que no sea servir á Dios. Sobra entendimiento para rendirse á las razones que convencen ser necesaria la conversion; pero falta generosidad para resistir á las pasiones que tiranizan el alma. Ingenioso siempre el amor propio para perdernos, encuentra un temperamento entre estos dos partidos: satisface á la razon, conviniendo en que es necesaria la conversion, y se acomoda con la cobardía ó con la irresolucion, dilatando la conversion para otro tiempo; y con esta dilacion nos pone en evidente peligro de no convertirnos jamás. ¡Qué cosa hay mas incierta que el tiempo! Innumerables fueron sorprendidos por la muerte en la misma víspera de su conversion. ¡Oh, y qué cosa tan triste es morir con solo el ánimo de convertirse en adelante! Aun no es tiempo (se suele decir) de dejar esta mala amistad, de apartarme de esta ocasion, de reformar mis perversas costumbres, de entablar una vida cristiana y arreglada. Pero ¡cuándo será tiempo! ¡cuándo! Cuando se apague ó se entibie el fuego de la juventud; cuando la edad madura y mi propia experiencia me desengañe de las bagatelas que ahora me embelesan; cuando todas las cosas conspiren en llevarme á Dios. Así discurren cási todos los hombres sobre el proyecto de su conversion, porque ninguno se quiere morir sin convertirse; pero ¿discurren bien? ¿Hay seguridad en llegar á aquella edad en que sosegado el ánimo, cansadas ó adormecidas las pasiones nos dejen la necesaria libertad para conocer la vanidad, la insubsistencia y la nada de todo lo que ahora nos encanta? ¿De cuándo acá podemos nosotros disponer del tiempo y de los momentos de que solo es dueño nuestro Padre celestial? Y ¿quién nos ha dicho que las pasiones se debilitan y enflaquecen con la vejez? ¡Ah! que sucede todo lo contrario. Disminúyense,

es así, las fuerzas del cuerpo, y hasta el ánimo experimenta los efectos de la flaqueza; pero las costumbres viciosas se fortifican, y por decirlo así, se aprovechan de la misma flaqueza del ánimo para tiranizarnos con mayor imperio. Rara vez se ve á un viejo disoluto que perfectamente se convierta. Pero dices: en todo tiempo se puede uno convertir; bien está, pero ¿quién te ha dicho que en todo tiempo estarás en estado de convertirte? No lo quisiste hacer cuando Dios te solicitaba, cuando eran menores los estorbos, cuando no estaban tan apretados los lazos, cuando los malos hábitos no tenian tantas fuerzas; ¿cómo puedes prudentemente esperar que lo querrás y que lo harás cuando se hayan multiplicado todos estos impedimentos; cuando estén mas inveterados los malos hábitos, y cuando Dios esté cansado de tu terquedad y de tu resistencia?

¡Ah Señor! convencido estoy de que no hay otra conversion que la que se hace en el dia. Desde hoy mismo estoy resuelto á convertirme; dadme gracia para hacerlo así; porque si no me convierto hoy, corro mucho peligro de no convertirme jamás.

Jaculatorias.—Sí, mi Dios; en esta misma hora me quiero convertir. (*Psalm.* lxxvi).

No, Señor, nunca dejaréis de recibir benignamente á un corazon verdaderamente contrito y humillado. (*Psalm.* l).

PROPÓSITOS.

1 Lisonjéese en buen hora uno á sí mismo con las mejores esperanzas, parézcale en buen hora que tiene la mas verdadera voluntad de convertirse; dilatar un solo dia la conversion es verdaderamente no quererse convertir. Clámese cuanto se quisiere contra esta proposicion, no la hay mas verdadera. No quieras hacer en tí mismo la experiencia; antes bien sigue el consejo del Profeta: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Pues Dios te convida ahora para que reformes tu corazon y para que te conviertas, hazlo desde luego sin la menor dilacion. Da principio pidiendo perdon á Dios de todos tus pecados, y en especial de tu resistencia hasta ahora á la divina gracia. No dejes este libro sin hacer antes un acto de contricion sincero y verdadero.

2 Antes que se pase este mismo dia haz que se vean en tí algunos efectos de esta resolucion. Prívate de ese juego, apártate de esa compañía, retírate de esa casa, no veas mas á esa persona. Separa hoy mismo una parte de esa cantidad que debes restituir, notando

que es parte de mayor cantidad que estás debiendo á fulano. Si tienes necesidad de hacer confesion general, comienza desde luego á escribirla; da principio reformando la profanidad y esas galas demasiadamente mundanas. Si en tu estado has sido menos regular, ó si has edificado poco á tus hermanos, comienza hoy á darles buen ejemplo por medio de la exacta observancia de tus reglas, particulamente de aquellas que mas acostumbras á quebrantar. Sigue hoy mismo este consejo, advirtiendo que si le desprecias, todo lo arriesgas.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Calixto, papa y mártir, en Roma en la via Aurelia; el cual por mandato del emperador Alejandro [1] fue largo tiempo atormentado en la cárcel con hambre y con palos que le daban todos los dias; finalmente, habiendo sido arrojado por una ventana del edificio en que estaba preso, y sumergido en un pozo, mereció la corona de su victoria. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Fortunata, vírgen y mártir, en Cesarea de Palestina; la cual en la persecucion de Diocleciano, después de haber vencido el caballete, y el fuego, y las fieras, á que fue arrojada, y otros tormentos, entregó su alma á Dios: su cuerpo fue después trasladado á Nápoles de Campaña.

Los santos Carponio, Evaristo y Prisciano, hermanos de la mencionada santa Fortunata, item; los cuales siendo degollados alcanzaron como ella la corona del martirio.

Los santos Saturnino y Lupo ó Lopè, item.

San Gaudencio, obispo y mártir, en Rimini. *(Era obispo de esta ciudad cuando se tuvo en ella un conciliábulo para autorizar la doctrina de Arrio: el Santo se presentó en él, y confundiendo á los herejes desbarató sus planes. Mas el emperador Constancio, que favorecia á los sectarios de Arrio, se vengó del santo Obispo, haciéndole prender y maltratar, y por fin fue asesinado con inaudita crueldad).*

San Fortunato, obispo, en Todi; del cual dice san Gregorio *(el Grande en su libro* Dialogorum, cap. 20), que fue dotado de maravillosa virtud para lanzar los demonios. *(Floreció imperando Justiniano, cuando Totila, rey de los godos, invadió la Italia, de cuyo azote libertó el santo Prelado á Todi su ciudad episcopal por medio de sus oraciones y ruegos).*

San Burckardo, primer obispo de Wurtzburgo, en esta ciudad. *(Toda la Franconia fue convertida á Jesucristo por ministerio suyo. Por veneracion á su santidad el rey Pipino declaró á los obispos de Wurtzburgo duques de Franconia, con toda la jurisdiccion civil).*

[1] Alejandro por si jamás persiguió á los Cristianos; pero los magistrados y prefectos, á quienes tenia empleados este Príncipe, fueron grandes enemigos de la fe, y por esta causa padecieron varios mártires en su reinado, aprovechando las ocasiones de su ausencia. (*Butler*).

San Donaciano, obispo de Reims, en Bruges la de Flandes.

San Rústico, obispo, en Tréveris.

La dichosa muerte de santo Domingo Loricato, ó el Encorazado, en el mismo dia. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Bernardo, confesor, en Arcado en la campaña de Roma.

SAN CALIXTO, PAPA Y MÁRTIR.

San Calixto fue romano de nacimiento, hijo de Domicio, y probablemente de una de aquellas familias romanas, que habiendo tenido la dicha de ser instruidas y convertidas á la fe de Jesucristo por los Apóstoles, se conservaban en la pureza de la Religion después de cási dos siglos. Nada encontramos escrito de san Calixto antes de su pontificado; solo es cierto que fue individuo del clero romano, y que se distinguió en él por su eminente virtud, por su profunda erudicion, por su caridad y por su celo, supuesto que muerto san Zeferino, cuyo martirio sucedió el dia 26 de agosto del año 218, algunos meses después, de comun consentimiento, y á una voz, fue elevado san Calixto á la Silla apostólica.

Durante su pontificado no padeció la Iglesia persecucion alguna, concediéndola Dios la paz después de la muerte del emperador Severo. Habia mas de seis meses que reinaba ya Heliogábalo, el mas indigno príncipe que deshonró jamás el trono imperial, tan enteramente entregado á sus infames disoluciones, que no tenia tiempo ni aun para acordarse de los Cristianos. Nada omitió el santo Pontífice para aprovecharse todo lo posible de esta calma. Excitaba el fervor de los fieles de Roma con sus exhortaciones, y los animaba mas á la encendida caridad con sus ejemplos. Sostenida su pastoral solicitud con el resplandor de su santidad, atendia eficaz y vigilantemente á todas las necesidades de la Iglesia. Recobró su primer vigor la disciplina eclesiástica á esfuerzos de su desvelo; reanimado en todas partes el espíritu de la fe, renovó sus acostumbrados prodigios en todo el universo; y su infatigable celo en todo él aumentó el rebaño de Jesucristo, haciendo nuevas conquistas.

Aun amanecieron mucho mas serenos aquellos tranquilos y bellos dias de la Iglesia el año de 222, cuando Roma y el imperio se vieron libres de Heliogábalo. Su sucesor Alejandro se mostró tan favorable á los Cristianos, que les dejó la mayor libertad que habian tenido para ejercer su Religion desde el nacimiento de la Iglesia. Él mismo estaba muy inclinado á ella, y su madre Mamea la profesaba, por lo que el Emperador favorecia en todas ocasiones á los Cris-

tianos dentro de la misma Roma. Tardó poco en ofrecerse una de que se aprovechó bien el santo Pontífice. Suscitóse un pleito entre los Cristianos y los taberneros de Roma sobre cierto sitio que estos pretendian para poner en él una taberna, y aquellos para juntarse á santos ejercicios de su Religion. El Emperador se lo adjudicó á estos, sin embargo de haberle representado que se lo habian usurpado al comun. *No importa*, respondió el Emperador, *mejor es que en él sea adorado Dios, sea como fuere, que el que le ocupe un tabernero*. Luego que se vió san Calixto en posesion de él, levantó allí mismo una iglesia en honor del parto de la santísima Vírgen, por ser antigua y constante tradicion entre los fieles que en el instante en que parió esta Señora habia brotado en aquel mismo sitio una copiosa fuente de aceite, para anunciar á los hombres el nacimiento de Cristo, que es el ungido del Señor. Llámase hoy esta iglesia *Nuestra Señora trans Tiberim*, ó *Transtiberiana*, y desde aquel tiempo comenzaron los Cristianos á tener iglesias públicas á vista de los gentiles, con permision ó con tolerancia de los magistrados.

Por el mismo tiempo mandó san Calixto fabricar en la via Apia aquel famoso cementerio de su nombre, una de las mas bellas piezas de arquitectura, tan conocido en la historia, el mas capaz y el mas célebre de todos los que hay en el contorno de Roma, pues se asegura están sepultados en él hasta ciento y setenta y cuatro mil Mártires, y entre ellos cuarenta y seis Papas.

Sin embargo de haber gozado la Iglesia tanta paz en tiempo de tan buen Emperador, y no obstante el respeto que este Príncipe profesaba á Jesucristo, cuyo retrato tenia en su mismo cuarto, y aun se dice estaba en ánimo de erigirle un templo, no por eso se dejaron de ver algunos mártires en su reinado, particularmente mientras estuvo ausente de Roma, ya por la malignidad de los sacerdotes de los ídolos y de los magistrados, y ya tambien por sublevaciones y motines de los pueblos idólatras. En este número entró san Calixto; y la ocasion de una persecucion que hizo tantos mártires, y tanto ilustró á la Iglesia, fue la siguiente:

El año 224 del nacimiento de Cristo cayó un rayo en la parte meridional del Capitolio, y abrasó una gran parte de aquel soberbio edificio. Al mismo tiempo prendió fuego en otro templo dedicado á Júpiter, cabeza de los dioses; y desprendiéndose por sí misma la mano siniestra de su estatua, se derritió en medio de las llamas. Atemorizáronse los idólatras con uno y otro suceso; juntáronse los sacerdotes de los ídolos, y convinieron en que los dioses estaban irritados, y que

era menester aplacarlos con nuevos sacrificios. Destinóse para este acto público de religion el jueves siguiente, dia dedicado á aquella quimérica deidad; pero se convirtió en luto la fiesta por un suceso mas trágico que los dos antecedentes. Habíase dado principio desde el amanecer á aquellas abominables supersticiones, y cuando estaban mas enfrascados en ellas, el cielo, que hasta aquel punto se habia mostrado sereno, se encapotó de repente, y rompió en una tempestad tan deshecha y tan furiosa, que cuatro sacerdotes de los ídolos perdieron la vida á violencia de los rayos, y el altar de Júpiter quedó reducido á ceniza. Apoderóse de los idólatras tanto temor y tanto espanto, que muchos de ellos huyeron apresuradamente hasta ponerse en salvo fuera de la ciudad. Otros se retiraron á la otra parte del Tiber, y refugiándose á lugares apartados, encontraron al santo Pontífice con sus clérigos y con una multitud de fieles que se habian juntado para cantar las divinas alabanzas en los sepulcros de los santos Mártires. Entre los gentiles que iban huyendo era uno Palmacio, varon consular; y habiendo visto toda aquella gente junta, notando tambien las sagradas ceremonias de nuestros divinos misterios, no puso la menor duda en que todo el estruendo de rayos y de tempestades era efecto de aquellas secretas ceremonias, hechicerías y encantos de los Cristianos: ridícula y extravagante opinion que pasó luego á ser popular. El mismo Palmacio, celosísimo gentil, fue de los primeros á delatar á los Cristianos ante el Gobernador, exponiéndole lo que habia visto por sus ojos, y todo lo que habia sospechado. Nada se detuvo en deliberar el Gobernador, y dió comision al propio Palmacio para prender á aquellos imaginarios encantadores, y para obligarles con todo género de tormentos á sacrificar á los dioses del imperio.

Animado Palmacio de un género de celo que declinaba en furor, tomó consigo un destacamento de soldados, y los llevó al paraje donde estaban congregados los Cristianos. Pero con asombroso prodigio, luego que llegaron á él, todos los soldados perdieron de repente la vista, y atemorizados con tan extraño accidente, se pusieron todos en precipitada fuga. Palmacio, mas aturdido que todos, voló á casa del Prefecto, y le contó cuanto habia sucedido. Ni por eso se dejó de atribuir aquel nuevo portento al arte mágico de los Cristianos; y para eludir la fuerza de los supuestos encantadores y hechiceros, se acordó que era preciso hacer en el Capitolio un sacrificio en obsequio de Mercurio. Apenas se habia dado principio á la sacrílega ceremonia, cuando una vírgen del templo llamada Juliana, que estaba poseida del demonio, comenzó á exclamar en medio de todo el concurso: *El*

Dios que adora Calixto es el verdadero Dios. No puede sufrir las abominaciones de vuestra república, y castigará á todos aquellos que no adoran la verdad. Hizo tanta fuerza á Palmacio esta confesion de la verdad por la boca misma del demonio, compelido de Dios á dar testimonio de ella, que saliéndose disimuladamente del templo, se fué á arrojar á los piés del santo Pontífice, confesó á voz en grito que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los Cristianos, y le pidió el Bautismo con las mayores instancias. Así san Calixto como todos aquellos fieles rindieron mil gracias al Señor por tan milagrosa mudanza. Fue Palmacio en breve tiempo instruido y bautizado, siguiendo tan glorioso ejemplo su mujer, sus hijos y sus criados, hasta el número de cuarenta y dos personas. Tardó poco en merecer la misma dicha un senador de Roma llamado Simplicio, grande amigo de Palmacio. A la primera conversacion que tuvo con él sobre la santidad de nuestra Religion, sobre la ceguedad del gentilismo, y sobre todos los sucesos que habian pasado, abrió los ojos, y pidió el Bautismo, que recibió de mano de nuestro Santo, con otros sesenta y ocho domésticos de su familia. Hallábase paralítico cuatro años habia un gentil, por nombre Félix, á quien estimaba mucho Palmacio; visitóle este, y lleno de aquella gran confianza que acompaña siempre á una viva fe, le aseguró que sanaria luego de su accidente si le daba palabra de hacerse cristiano. Prometiólo Félix, hizo oracion Palmacio, y en el mismo punto quedó sano, convirtiéndose él y su mujer á la fe de Jesucristo.

No podian menos de meter mucho ruido unos prodigios de tanto estruendo. Aunque el gobernador de Roma, por no tener órden del Emperador, procedia lenta y flojamente en las quejas que cada dia llegaban á su tribunal contra los Cristianos, le pareció que ya no podia disimular mas, temiendo algun alboroto del pueblo. Levantaban el grito los sacerdotes de los ídolos, y los paganos amenazaban una sedicion si no castigaba á los que, á su modo de entender, eran la causa de las calamidades públicas. En tan críticas circunstancias el Prefecto mandó arrestar á todos los recien convertidos, juntamente con el presbítero Calepodio, que era el que los catequizaba, y sin otra formalidad de proceso les mandó cortar á todos la cabeza. Dió después sus órdenes expresas para que por todas partes se buscase á san Calixto, autor de todas aquellas conversiones, persuadido á que su muerte sosegaria el furor del pueblo. Hallósele en casa de Ponciano, donde regularmente se retiraba para celebrar el santo sacrificio y los divinos oficios. Cargáronle primero de palos y después de cadenas, me-

tiéndole en la cárcel, donde le dejaron cinco dias sin darle el menor alimento. Era el ánimo del Prefecto deshacerse del santo Pontífice sin ruido, sabiendo muy bien que el Emperador tenia inclinacion á los Cristianos, que amaba su disciplina y la mayor parte de sus máximas, como se explica el historiador de este Príncipe. Los ministros del Gobernador, enemigos declarados del nombre cristiano, añadian á este suplicio todo género de malos tratamientos, y entre ellos una gran lluvia de palos todos los dias; martirio que toleraba el santo Pontífice con una constancia y con una alegría que llenaba de admiracion á los mismos paganos. Sosteníase con el vigor de su fe la flaqueza de su cuerpo debilitado con sus apostólicas fatigas, con sus rigurosas penitencias, y extenuado con sus continuos ayunos. Quísole Dios recrear en sus tormentos, no solo con las dulzuras interiores que inundaban su corazon, sino con una vision que le llenó de consuelo. Apareciósele el santo mártir Calepodio, y le anunció que se acercaba ya el dia de su triunfo, asegurándole que el dia siguiente recibiria la corona que Dios le tenia preparada en el cielo. En el mismo dia tuvo todavía tiempo para bautizar á un soldado, por nombre Privato, y para verle repentinamente sano de muchas úlceras que tenia abiertas en su cuerpo; beneficio que logró en el mismo punto en que fue reengendrado por las aguas del Bautismo. Noticioso el Prefecto de este último hecho, pronunció sentencia de muerte contra el santo Papa, y contra el dichoso soldado, el cual espiró á violencia de los azotes que le dieron con correas emplomadas. Arrojóse después el furioso populacho sobre nuestro Santo, arrastróle inhumanamente por las calles, y al fin le echó en un profundo pozo, donde puso fin á su glorioso martirio el dia 14 de octubre de 224, habiendo ocupado la Silla apostólica cinco años, un mes y doce dias. Diez y siete dias después de su martirio un presbítero llamado Asterio sacó del pozo el santo cuerpo, y le enterró en el cementerio de San Calepodio en la via Aureliana. El año de 854 el conde san Everardo consiguió del papa Leon IV el cuerpo de can Calixto, y el año siguiente le hizo conducir al monasterio de Cisoin, que el mismo Conde habia fundado, cuya iglesia se dedicó á nuestro Santo; pero habiendo sujetado el monasterio de Cisoin á la iglesia de Reims, el conde Rodolfo, hijo de san Everardo, el arzobispo Foulques ó Fulcon hizo trasladar á Reims el cuerpo de san Calixto para libertarle de los insultos de los normandos; y en aquella santa iglesia es reverenciado con gran concurso del pueblo.

Nota. Los Pontificales le atribuyen un decreto en que establece

las cuatro fiestas llamadas las Cuatro Témporas; lo que se confirma en los antiguos Sacramentarios, y en otros monumentos citados por Moretti. Tambien estableció las órdenes en las Témporas. (*Butler*).

SANTO DOMINGO, POR SOBRENOMBRE EL LORICATO, CONFESOR.

La severidad con que este fervoroso penitente emprendió la penitencia por un pecado ó falta en que habia incurrido engañado, es una increpacion justísima de aquellos que, después de haber ofendido á Dios con pleno conocimiento y por mera malicia, se atreven todavía á esperar un fácil perdon sin atender á las circunstancias que requiere el verdadero arrepentimiento. Aspiró Domingo al estado eclesiástico desde sus primeros años, y habiéndosele juzgado suficientemente calificado para él, fue promovido al presbiterado; en cuya ocasion sus padres habian estipulado simoníacamente con el obispo un regalo magnífico que por ello le hicieron. El santo jóven, que á poco tiempo vino en conocimiento de este crímen, condenado por leyes divinas, y castigado con las penas y censuras mas severas de la Iglesia, se sintió acometido de infinitos remordimientos, y no pudieron persuadirle á que se llegase al altar á ejercer funcion alguna sacerdotal. Con los sentimientos mas profundos de compuncion emprendió inmediatamente un curso austerísimo de penitencia en un desierto llamado Monfeltre entre los montes Apeninos, en que un santo varon llamado Juan pasaba una vida austera de continua penitencia y contemplacion, con quien estaban tambien diez y ocho discípulos fervorosos en otras tantas celdas. Entre estos ninguno bebia vino, ni comia carne, manteca ni semejantes lacticinios. Ayunaban todos los dias á pan y agua, á excepcion de domingos y jueves; descansaban muy poco tiempo de noche, y gastaban lo mas en oracion y labor de manos. El silencio era entre ellos perpetuo, á excepcion de ciertas horas que en los domingos se concedian de recreo entre Vísperas y Completas. Usaban de flagelaciones ó disciplinas en parte de penitencia.

Domingo, pues, habiendo gastado algun tiempo en un ermitaje de Luceolo, fué en busca de aquel superior, y le pidió con grande humildad le admitiese en su compañía; y habiendo sido oida su súplica, en la extraordinaria austeridad de sus penitencias dió una prueba sensible de la profunda herida que la compuncion habia hecho en su corazon. Pasados algunos años mudó de habitacion con licencia de su superior en busca de mayor perfeccion en el año de 1042, retirándose al desierto de Fontavellano á los piés del Apenino en Umbría,

que gobernaba entonces san Pedro Damiano segun la regla de san Benito, que se mudó en la de los Camaldulenses en el siglo XVI. Este santo Abad, sin embargo de estar acostumbrado á ver ejemplos de virtudes y penitencias heróicas, quedó atónito con el fervor de este admirable penitente. Domingo llevaba pegada á sus carnes una túnica de malla de alambre, por cuya razon fue llamado *Loricato*, la que jamás se quitaba sino para recibir la disciplina, ó voluntaria flagelacion.

Por aquel tiempo principiaron á conmutarse fácilmente por indulgencia de la Iglesia con los penitentes de débil constitucion los cánones penitenciales que imponian varias severas y largas mortificaciones públicas y secretas, por causa de ser pocos los que tenian espíritu para cumplirlas de modo que se sacase el fruto que en esta disciplina se intentaba. Por tanto viendo que á veces eran mas perniciosas que saludables á los mismos penitentes, fueron mitigadas con la concesion frecuente de indulgencias, y sustituyendo en lugar de estas peregrinaciones penitenciales, cruzadas emprendidas por motivos de virtud y en defensa de la cristiandad, y otras buenas obras semejantes á estas. Principió tambien á ser especie de conmutacion estas disciplinas ó voluntarias flagelaciones en que el penitente contaba tres mil azotes mientras rezaba diez salmos, en lugar de un año de penitencia canónica. Todo el Salterio acompañado de quince mil azotes fue computado por un siglo ó cien años de aquella penitencia de los cánones. En este acto penitencial fue Domingo infatigable; siendo de advertir que este acto contrae todo su mérito del espíritu de compuncion con que se ejercita. Estando enfermo tuvo á veces que mezclar un poco de vino con el agua; pero jamás pudieron persuadirle á que continuase esta costumbre después de restablecido, aun en su edad avanzada. Después de una ausencia que el Santo habia hecho de algunos meses le preguntó san Pedro, que ¿cómo le habia ido? Á lo que respondió Domingo bañado en lágrimas: «He sido un hom«bre sensual.» Lo que explicado se vino á saber haber sido la causa el haber añadido, por obediencia y estando enfermo, al pan seco un poco de hinojo crudo en dias de domingo y jueves. En su última enfermedad léjos de abatirse el espíritu de su penitencia, pareció haber tomado mayor vigor. En la última noche de su vida rezó Maitines y Laudes con sus hermanos, y espiró estando cantando la Prima en 14 de octubre de 1060.

La Misa es en honor de san Calixto, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos conspicis ex nostra infirmitate deficere: ad amorem tuum nos misericorditer per sanctorum tuorum exempla restaura: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que estás viendo que continuamente desmayamos por nuestra flaqueza, fortalécenos misericordiosamente en tu divino amor con el ejemplo de los Santos; así te lo pedimos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, capítulo V.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

Ninguno tiene derecho para pretender semejante honor sino el que es llamado por Dios. Pero ¿son siempre llamados por Dios todos los que pretenden? ¡Cuántos disgustos se ahorrarian! ¡qué dichoso seria cada uno en su estado, si la eleccion de él se consultara solo con Dios! ¡Cuántos están empleados en el sagrado ministerio de los altares que no fueron llamados á él como Aaron! El esplendor de una dignidad y las gruesas rentas de un beneficio son muchas veces el único motivo de la vocacion, y ¿cuál suele ser el que se tiene presente para abrazar el estado del mundo? Seria imprudencia abrazar con ligereza el estado religioso, aunque el motivo sea siempre loable, aunque la vida sea tan quieta, tan perfecta y tan segura. Es obligacion, es prudencia en los padres no confiar ciegamente en una resolucion tan generosa de los hijos, en quienes no pocas veces no hay otra reflexion ni otro consejo que una pasajera inclinacion: deben suplir con sus saludables consejos, con una dilacion racional, prudente y moderada la falta de experiencia en una edad poco madura, sujeta ordinariamente al disgusto y al arrepentimiento. Pero si son necesarias todas

estas precauciones para abrazar un estado tan santo, que le veneran hasta los mismos hombres del mundo, y le envidian los mas dichosos seglares; ¿serán menester menos miramientos para empeñarse en un estado, en una condicion que pocas veces hizo feliz á ninguno, en que todos convienen que es mucho mas dificultoso hacerse santo? ¿Será bastante motivo ser un hijo el predilecto de sus padres, ser mozo de talentos, de buena disposicion, esperar una rica herencia, ser el primogénito, ser único para destinarle al mundo? y por lo comun ¿suele influir otro motivo mas cristiano en tan peligroso destino, al mismo tiempo que se destinan para la Iglesia y para el claustro los hijos mas desgraciados, aquellos que son como el desecho, como las heces de una familia? Basta que un hijo sea el menor de la casa para no poner en duda que le llama Dios por la Iglesia; pero si las cosas mudan de semblante, tambien se muda la vocacion. ¿No tiene dote competente una doncella? sin mas exámen juzgan sus padres les dicta el espíritu de Dios que ha de ser religiosa. ¿Tiene un dote considerable? ¿es una heredera rica, pero se inclina al claustro y al retiro? su inclinacion es melancolía, es extravagancia, es tentacion. Pregunto: ¿será Dios el que preside en la eleccion de estos dos partidos? ¿será el espíritu de Dios el que hace el repartimiento de estos estados? Nada menos: es una ciega predileccion, es la ambicion, es el interés, es el derecho del nacimiento; estos son los que sin consultar al Señor deciden soberanamente las suertes de los hijos. Y en vista de esto, ¡nos admiramos ya de que el mundo esté lleno de descontentos y de hombres desgraciados! Bien puede esperar reveses, disgustos, contratiempos, arrepentimientos y trabajos todo aquel que quiere ser él solo el artífice de su destino.

El Evangelio es del capítulo x *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, praedicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse vaeneunt, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad

autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in coelis est.

de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

De la vocacion al estado de vida.

Punto primero. — Considera que todos los estados los dispuso la divina Sabiduría; pero la divina Providencia no destina á ellos indiferentemente á todos los hombres. Unos conseguirán fácilmente su salvacion en el estado religioso, y otros en el mundo. Proporciona Dios sus gracias y sus talentos á los diferentes estados de la vida, y los reparte entre aquellos que destina á estos diferentes estados. Para ser dichosos y para salvarnos es menester que cada uno esté en aquel estado á que le destina la divina Providencia. Para quien no sigue la voluntad de Dios en la eleccion de estado todo es peligros; como al contrario, todas son seguridades para el que se halla en aquel estado á que el Señor le destinó. Queria Dios que fueses por un camino; pero tú tomaste otro: teníate prevenido las gracias correspondientes en aquel que te habia señalado, ¿tendrá obligacion de concedértelas en el otro que escogiste por tu antojo? Era su voluntad llevarte á la salvacion por esta senda; pero tú escogiste otra que te pareció mejor. Pues échate la culpa á tí mismo, si encuentras en ella malos pasos, si no te hallas con tantos auxilios, y si te salen al encuentro muchos estorbos. De todo esto debemos inferir lo mucho que importa consultar con Dios la eleccion de estado, y de qué consecuencia es no desviarnos del camino que nos señalare su voluntad. Pues qué, ¿es de ninguna importancia esto de empeñarse uno en el estado eclesiástico sin legítima vocacion, y esto de entremeterse en el sagrado ministerio sin que Dios le llame á él? El interés de la casa, las rentas del beneficio, el esplendor de la dignidad ¿serán motivos muy cristianos, serán suficientes títulos para suplir la falta de talentos y de vocacion? *Amice, quomodo huc intrasti?* ¿Cómo entraste en el sagrado ministerio? ¿quién te llamó á este estado? ¿qué motivo tuviste? ¿por qué medios llegaste á él? ¿qué fines te propusiste? ¿Te preparaste para abrazarle con la edificacion de tus costumbres y con

el arreglo de tu vida? ¿Has desempeñado las obligaciones de este estado ejemplar y dignamente? ¡Buen Dios! cuanta materia ofrece al temor, cuánta al espanto esta breve pregunta: *Quomodo huc intrasti?* ¿Con quién te aconsejaste para abrazar el estado del mundo? ¿Fue Dios el que te destinó á él, ó fue acaso el espíritu de ambicion, el de interés, el de codicia y el de libertad? ¿Movióte á abrazarle el deseo de tu salvacion, ó el desórden de tu pasion? Pero si Dios no te llamaba, ¿quién te servirá de piloto en ese mar tempestuoso, sembrado todo de escollos? ¿Por ventura te habia dado Dios talentos para ese empleo que compraste? ¿tenias acaso la capacidad, las prendas que se necesitaban para desempeñar este cargo? Tuviste dinero para comprarle; pero el dinero no da entendimiento, ni da ciencia, ni da talentos; y si por falta de capacidad cometiste cien desaciertos, ¿quién los reparará? Á vista de esto, ¡nos admirarémos ya de la lastimosa corrupcion que se encuentra en todos los estados! ¡Ó buen Dios, cuántos intrusos se ven, cuántos hombres verdaderamente desconocidos suelen ocupar los empleos mas elevados!

Punto segundo. — Considera que siendo tan necesaria la vocacion para todos los estados, no es menos necesaria la fidelidad para desempeñar las obligaciones de cada uno. ¿Te hallas ya fijo y ligado indisolublemente á un estado que no tienes arbitrio para mudar? Pues ni pienses, ni te apliques mas que á santificarte en él, observando exactamente todas sus cargas y todas sus obligaciones. Ya no es tiempo de deliberar en la eleccion; dudas, temores, reflexiones, todo es ya fuera de razon. No hay otro remedio que hacer lo posible para santificarte en el estado de vida en que te hallas. si es tal que no puedes reclamar contra él. Después de haber profesado en el estado religioso, inútil y vanamente perderias el tiempo en examinar si Dios te habia llamado, ó no te habia llamado al del siglo. Por lo comun estas inquietudes ó estos arrepentimientos son sugestiones del tentador, que únicamente solicita tener turbadas las conciencias. Examina bien las obligaciones de tu estado, y dedícate á desempeñarlas con ejemplar puntualidad. Cuantas mas razones tengas para desconfiar de los motivos que te metieron en él, con mayor fervor y con mayor fidelidad te debes dedicar á desempeñarle una vez metido. La mejor prueba de que fue legítima una vocacion, es la virtud y la observancia del que se halla en posesion de ella. El fiador mas seguro del acierto en la eleccion de vida es el portarse en ella con edificacion y con ejemplo. Por el contrario, será funesta la mas legítima vocacion

al estado mas santo y mas perfecto si se desatiende al cumplimiento de sus obligaciones. Saul fue llamado por Dios para reinar en su pueblo; y sin embargo el mismo Dios le reprobó por sus infidelidades. ¿Qué vocacion mas segura, ni á qué estado mas santo que la que tuvo Judas al apostolado? En medio de eso, dentro del colegio apostólico, y á los mismos ojos de Jesucristo, se perdió Judas, convirtiéndose de apóstol en traidor infame de su divino Maestro. Es menester, pues, que Dios nos llame al estado á que nos tiene destinados; es menester que consultemos la eleccion con el Señor; es menester que los motivos sean puros, y que el gran móvil de todas nuestras resoluciones sea la voluntad de Dios y el deseo de nuestra salvacion; pero una vez hecha la eleccion, es menester fidelidad.

Dádmela, Señor, por vuestra misericordia; pues ella sola me asegurará en la eleccion que pienso hacer, ó en la que tengo hecha ya. Y siendo preciso que vuestra divina voluntad nos muestre el camino que debemos tomar, resuelto estoy, mediante vuestra gracia, á ejecutar cuanto fuere de vuestro agrado en el que ya me habeis puesto ó en el que me quisiéreis poner.

Jaculatorias. —Manifestadme, Señor, el camino por donde quereis que vaya á Vos. (*Psalm.* cxlii).

Pues me habeis dado á conocer bastantemente el camino de la vida, haced, Señor, que nunca me desvie de él. (*Psalm.* xv).

PROPÓSITOS.

1 Aunque hubiesen sido muy prudentes las precauciones que se tomaron para asegurar el acierto en la eleccion de estado; por mas sólidas, por mas racionales que sean las pruebas de que Dios nos llamó verdaderamente á él, como la vocacion no libra de los peligros, ni dispensa en las obligaciones, el temor y el fervor no se han de acabar con la eleccion. Si todavía estás indeterminado sobre el estado que debes abrazar, consúltalo con Dios; pídele que te alumbre; y para elegirle no te propongas otro motivo que su gloria y tu propia salvacion. Escoge un prudente director que te determine, advirtiendo que te importa mucho no errar esta eleccion. Pero si te hallares ya en algun estado, no pierdas tiempo en examinar si Dios te llamó ó no te llamó á él: procura sí hacerte santo dentro de ese mismo estado.

2 Si tienes hijos, no te metas en destinarlos para este estado, ni para el otro; pero dales buenos consejos sobre lo que deben hacer para asegurar el acierto. Por lo demás muéstrate indiferente para cual-

quiera que escogieren, y guárdate bien de decirles jamás: Fulanito será clérigo, ni citanita monja. Si la tienes á educar en algun convento díla claramente que podrá escoger con entera libertad el estado que quisiere, y encomiéndala al Señor para que la alumbre.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

Santa Teresa, vírgen, madre y maestra de los religiosos y monjas de la Órden de Carmelitas descalzos, en Ávila en España. *(Véase su vida hoy).*

San Fortunato, mártir, en Roma en la via Aurelia. *(En tiempo del emperador Claudio se ocupaba, como otros muchos cristianos, en dar sepultura á los cuerpos de los Mártires).*

El martirio de trescientos santos Mártires, en Colonia en Alemania, que en la persecucion de Maximiano alcanzaron la corona del martirio.

San Agileo, mártir, en Cartago, en cuya fiesta san Agustin predicó al pueblo.

San Bruno, obispo de los rusos y mártir, en Prusia; el cual predicando el Evangelio en aquellos pueblos, fue preso por los impíos, los cuales le cortaron las manos y los piés, y le degollaron. *(El Martirologio romano hace mencion tambien de este mismo* san Bruno *en el dia* 19 *de junio, con el nombre de* san Bonifacio, *probablemente por alguna traslacion; pues aunque algunos autores han distinguido á este san Bruno de san Bonifacio, comparada la vida de san Brun ó Bruno en Ditmaro con la de san Bonifacio que escribió san Pedro Damian, se demuestra la identidad. Y la Crónica de Magdeburgo llama expresamente Bruno á su san Bonifacio, y al contrario promiscuamente.* Butler).

San Antíoco, obispo, en Lion; el cual habiendo desempeñado exactamente su ministerio pastoral, mereció el del reino eterno.

San Severo, obispo y confesor, en Tréveris.

Santa Aurelia, vírgen, en Estrasburgo.

Santa Hedwigis, ó Eduvigis, duquesa de Polonia, en Cracovia; la cual habiéndose ejercitado en obras de piedad con los pobres, esclarecida tambien en milagros fue canonizada por el papa Clemente IV. Inocencio IX decretó que se celebrase su fiesta el dia 17 de este mes. *(Véase su vida en dicho dia).*

Santa Tecla, abadesa, en Alemania. *(Fue una monja inglesa del monasterio de Winburn en el condado de Dorset, que habiendo sido llamada por san Bonifacio á Alemania, fue hecha abadesa de Kizingen, tres millas de Wurtzburgo, cuya comunidad edificó con el admirable olor de sus virtudes).*

SANTA TERESA DE JESÚS, VÍRGEN Y FUNDADORA.

Fue santa Teresa la maravilla de su siglo, y es hoy la admiracion del orbe cristiano. Nació en Ávila, ciudad de Castilla la Vieja en España, el dia 12 de marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sanchez de Cepeda y D.ª Beatriz de Ahumada, am-

bos de antigua y calificada nobleza, muy respetados por ella, pero mucho mas por su vida cristiana y por su grande piedad. Dedicaban su principal cuidado á la buena educacion de sus hijos; pero le pusieron muy especial en la de esta última niña por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Sobre todo, la notaban, con singular gozo suyo, una inclinacion natural á todo lo bueno, y una anticipada tierna devocion á la santísima Vírgen. Era muy dedicado Alfonso de Cepeda á leer libros espirituales, y todos los dias hacia que se leyese la vida de algun Santo delante de toda la familia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña Teresa; y no contenta con la lectura que oia, ella misma leia muchas veces con otro hermanito suyo, llamado Rodrigo, de poca mas edad, las historias y vidas de los Santos, sobre todo las de aquellas delicadas y jóvenes doncellitas que habian derramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresion estos ejemplos en los dos tiernecitos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de moros en busca del martirio, teniendo á la sazon Teresa solo siete años, y Rodrigo diez. Ya estaban en camino, cuando los encontró un tio suyo, que los recogió y los restituyó á su casa. Pero mientras tanto, estaba la niña Teresa tan preocupada del pensamiento de la eternidad, que no cesaba de repetir estas palabras: *¡Qué, para siempre; qué, sin fin!* y viendo los dos niños que no habia forma de ser mártires, determinaron hacerse, por lo menos, ermitaños. Con este intento fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas, ó dos pequeñas cuevas que levantaron con ramas de árboles; á donde se retiraba Teresa muchas veces al dia para hacer su oracion, como decia ella, delante de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con el Salvador junto al brocal de un pozo, desprendiendo desde entonces el Espíritu Santo en aquel inocente corazon algunas centellas de aquel sublime don de oracion, de que eran preludios aquellos primeros ejercicios.

El amor que profesaba á la santisima Vírgen la inspiraba cien industrias para honrarla y para reverenciarla. Cada dia rezaba muchos rosarios, ofreciendo al pié de la imágen algunas flores, y acompañando siempre estos pequeños presentes con alguna devota oracion. Estos bellos principios que habia producido la lectura de buenos libros, se cortaron ó se interrumpieron de repente con la leccion de libros malos. Perdió á su madre siendo de edad de doce años, y comenzó á tomar gusto en leer libros de novelas. Esta fue la primera causa de haberse resfriado en sus buenos deseos, y de ser infiel en todo lo demás.

En estos libros aprendió la inclinacion á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar; y en fin, el deseo de ser amada. Teniendo ya catorce años, trabó comunicacion con un pariente suyo, un poco ligero y desahogado, cuyo trato puso su inocencia en grandísimos peligros. Acabóse presto todo aquel espíritu de fervor y devocion, tanto, que hubiera pasado muy adelante aquel desconcierto de vida, si notándolo su padre, no hubiera aplicado pronto remedio metiéndola de seglar en un convento de Agustinas.

Antes de cumplir ocho dias en aquel recogimiento, sintió poseido su corazon de un sumo disgusto y de un vivo dolor de todas sus vanidades, retoñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular proteccion de la Madre de Dios, á cuyos piés se postró luego que murió su madre, suplicándola que desde allí adelante se dignase recibirla por su querida hija. Fluctuaba dudosa en la eleccion de estado, ó de religiosa, ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuya ocasion la sacó su padre del convento para curarla en su casa. Luego que se recobró algun tanto, la envió á una aldea, donde vivia una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tio suyo que hacia vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto ermitaño y con la leccion de libros espirituales, particularmente de las epístolas de san Gerónimo, reconoció el peligro que habia corrido de perderse eternamente; y á pesar del horror que la causaba la consideracion de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexion, resolvió no abrazar otro. Costóla muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre; pero apenas salió de casa para ir al convento, cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores, que le hubieran quitado la vida á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate, entró con heróico valor en el convento de las Carmelitas de Ávila, en el cual tenia una buena amiga, y fue su entrada el dia 2 de noviembre del año de 1535, á los veinte de su edad. Apenas recibió el hábito religioso cuando se inflamó su corazon en las llamas del mas puro y mas abrasado amor, recompensando el Señor la victoria que acababa de conseguir con una inundacion de gracias. Ninguna dificultad encontraba en el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Hambrienta de desprecios, de abatimientos y de mortificaciones, era su mayor gusto ejercitarse en los oficios mas penosos y mas humildes de la casa. Cilicios, capotillos,

disciplinas, ayunos cási continuos, nada era bastante para saciar aquella grande alma. Estas penitencias alteraron extraordinariamente su salud delicada por su naturaleza. Acometiéronla unos males de corazon tan violentos, y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias; pero estos males no la embarazaron la profesion. Hízola con tanta resolucion y con tanto valor, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. En aquel tiempo las religiosas aun no estaban obligadas á la clausura; y así la envió su padre, en compañía de la otra monja amiga suya, á casa de su hermana para que se hiciesen algunos remedios. Por este tiempo ya la habia Dios comenzado á favorecer con muchas gracias que cada dia iban en aumento; elevándola á una altísima contemplacion hasta la oracion de quietud, y algunas veces hasta la de union, concediéndola juntamente el don de lágrimas; pero ni ella conocia entonces el inestimable valor de estas gracias, ni encontraba confesor que la entendiese, ni comprendiese su interior disposicion. Sin embargo, se consolaba y se aquietaba, reconociendo que todo la movia á amar á Dios y á no perderle nunca de vista.

Con los remedios se acabó de arruinar enteramente su salud; mas no por eso se malogró su estancia en aquel lugar, pues fue ocasion de que se convirtiese un mal sacerdote que habia muchos años vivia licenciosamente. Confesábase Teresa con él, y se movió tanto á vista de la inocencia de aquella alma pura, que él mismo la manifestó el miserable estado en que se hallaba, pidiéndola que le encomendase á Dios; y habiéndose convertido, pasó el resto de su vida en ejercicios de la mas rigorosa penitencia.

Sintiéndose Teresa cada dia mas enferma, en pocos dias se halló reducida á la última extremidad. Contrajéronsela los nervios, causándola insoportables dolores. Púsose extremamente flaca; acometióla una tos seca, el color pálido, macilento y aplomado; todos indicantes que obligaron á temer mucho de su vida. Viéndola su padre en aquel estado, se la llevó á su casa, donde apenas entró cuando el dia de la Asuncion la asaltó una sincopal, y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro dias. Al cabo de ellos volvió en sí; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí á tres años, después que la inspiró Dios se encomendase al patriarca san José, á quien reconocia deber su curacion, y cuya proteccion aseguraba después no haber implorado jamás sin experimentarla pronta y favorable, por lo que hizo cuanto pudo para extender su devocion y su culto.

El recobro de su salud fue, por decirlo así, enfermedad, ó por lo menos desmayo de su espíritu. Las frecuentes conversaciones que tenia con las personas que la habian visitado produjeron ciertas amistades, que, aunque inocentes, no dejaron de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero; tanto, que llegó á persuadirse era especie de hipocresía querer ser observante estando tan disipada: y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta disipacion y esta relajacion la pusieron en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver tambien al ejercicio de la oracion, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del Orden de Predicadores, con quien á la sazon se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio cuando conoció toda la iniquidad y toda la amargura de su relajacion. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fue motivo de su llanto. No omitió despues dia alguno la oracion, aplicándose á ella con el mayor teson y con la mayor fidelidad, no obstante el silencio del Espíritu Santo, que por espacio de diez y ocho años la ejercitó con una tediosa aridez y sequedad, privándola de aquellos consuelos celestiales con que en otros tiempos la habia favorecido.

Á la verdad, habia cortado Teresa todo lo peligroso que podia haber en aquella comunicacion con los seglares; pero no habia roto del todo los lazos que tenian pegado su corazon á las criaturas. Solicitábala Dios interiormente á que se lo sacrificase todo; pero su corazon no se acababa de resolver á tan generoso sacrificio: situacion triste y combate congojoso que la tenian en una continua amargura. Neutral entre los dos partidos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, siendo su grande valor y su mismo buen corazon los artífices de su mayor suplicio. Leyó por este tiempo las Confesiones de san Agustin, y esta lectura fue, por decirlo así, como el bosquejo de su perfecta conversion, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura que representaba al Señor atado á la columna en el paso de los azotes. Fortalecida Teresa con una nueva gracia, rompió en fin todas las prisiones; y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero como el Señor la tenia escogida para amada esposa suya, todavía quiso purificar su corazon con una sensibilísima prueba. Permitió que todos los confesores que buscó desaprobasen su es-

píritu, tratando de ilusion los favores que recibia del cielo, condenando su modo de oracion, y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á una alma inconstante, que tantas veces le habia sido infiel. Atormentábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortificaban mas era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Todos hablaban de ellos, unos para divertirse, teniéndolos por ilusiones, y otros para destemplarse, calificando á la monja por una insigne embustera. Decíase que pretendia ser santa antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes, y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. No eran sus hermanas las mas indulgentes á cuenta de nuestra Santa. Esta opinion comun se la hacia á ella misma muy verosímil, acordándose de su inconstancia y de sus pasadas ingratitudes; indecision que la tenia en un continuo tormento, tanto mas insufrible, cuanto era sumamente tímida y delicada en materia de ilusion. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaria enteramente la oracion, cuando el Señor la consoló deparándola un confesor sabio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un Padre de la Compañía de Jesús, el cual la prescribió el modo de gobernarse, y la aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad no eran defectos esenciales; pero sin embargo la atrasaban mucho en los caminos de Dios. Mandóla que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese mas aprecio de la mortificacion de las pasiones, que de todas las devociones sensibles. Hízola gran fuerza y prendóla mucho esta suavidad del nuevo director. Empuñó las armas contra sí misma, entregóse sin excepcion y sin perdonarse en nada á todos los rigores de la penitencia, añadiendo á todo mas silencio, mas retiro y mayor recogimiento.

Llegó por entonces á Ávila san Francisco de Borja: consultó luego con él santa Teresa sus dudas; y aquel grande hombre la respondió sin hesitar ni dudar, que todo lo que sentia era verdaderamente obra del Espíritu Santo: encargóla que no resistiese mas á su divino impulso, aconsejándola que comenzase la oracion meditando en la pasion de Jesucristo; y que si el Señor la elevase á otro grado mas sublime de contemplacion, no se opusiese al celestial movimiento. Comprendió entonces Teresa la suma importancia de juntar siempre la mortificacion del cuerpo y de los sentidos á las dulzuras de la contemplacion; y desde aquel punto no habia en el mundo cosa tan ardua que no estuviese pronta á sacrificársela á Dios por arribar á la

perfeccion á que este Señor la llamaba. Hallándose en oracion, tuvo el primer rapto, en que la pareció la decia Jesucristo, que desde allí adelante toda su conversacion habia de ser con los Ángeles, y desde aquel dichoso dia se halló, por la bondad de Dios, como transformada en una persona muy distinta. Tanto se la daba que hablasen mal como que hablasen bien de ella; pero se la notó mas delicada que nunca á la mas leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido al que tenia, al célebre P. Baltasar Álvarez, de la misma Compañía de Jesús, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la mas elevada perfeccion con un director de tanto magisterio en la ciencia del espíritu.

Mientras tanto no cesaba Dios de colmarla de favores, complaciéndose en aquella alma perfectamente purificada. Ya era su oracion una serie no interrumpida de éxtasis y de raptos, y en aquellas íntimas comunicaciones con su Dios se abrasaba su corazon en las llamas del amor mas puro, y quedaba su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales. Aparecíasela Jesucristo con mucha frecuencia, y se complacia el celestial Esposo en enseñarla por sí mismo los mas elevados misterios. Era su deseo tener ocultos estos favores; pero siendo una de sus máximas obedecer escrupulosamente á sus directores, sujetando á su juicio todas sus visiones y todas sus mas secretas inspiraciones, solo por no faltar á esta obediencia se vió precisada á manifestar dones tan preciosos, siendo esto mismo nuevo ejercicio de mortificacion para ella. Pero como no siempre los hombres mas sabios son los mas prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de Teresa. Juntáronse seis sugetos, que por su estado hacian profesion de hombres espirituales: examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra Santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la sagrada Comunion; pensaron en delatarla al santo Tribunal; discurrieron si la exorcizarian, considerándola poseida, y en fin no perdonaron á su director, que á la sazon se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y ligero. Ni en Ávila, ni en la mayor parte de las universidades de España se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa. No era posible martirio mas doloroso, ni estado de alma mas digno de compasion. Oprimida de tristeza, combatida de temores, y anegada en lágrimas, se arrojó á los piés de un Crucifijo, faltándola poco para espirar á violencia del dolor, cuando en el mismo punto oyó una voz interior que la decia: *No temas, hija, yo soy; no te abandonaré.* Á cuyas palabras se desvane-

cieron todas sus dudas y temores. Explicó su gozo en un torrente de lágrimas, y desde aquel dia jamás se volvió á alterar la paz de su corazon.

Pero con este nuevo fervor comenzó á disgustarla un poco la vida mitigada de su convento; y después de una espantosa vision, en que se la representaron los tormentos que la tenian prevenidos en el infierno si hubiera continuado en la vida relajada, perpetuamente estaba ocupada en el deseo de hacer alguna cosa que acreditase al cielo su humilde agradecimiento. Hablando un dia con una sobrina suya, que estaba de seglar en el mismo convento, y con otra religiosa jóven de sus particulares amigas, se le escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no le gustaba la vida de aquella casa: *Pues bien* (replicó la sobrina) *retirémonos las tres, y hagamos otra vida mas estrecha; para lo cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazon y muy seriamente á llevarle adelante después que Jesucristo declaró á santa Teresa, que con efecto la tenia destinada para fundar esta reforma. Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningun estorbo fue capaz de acobardarla; y animada á la misma generosa empresa por el P. Baltasar Álvarez, su confesor, por san Pedro de Alcántara, y por san Luis Beltran, de la Órden de santo Domingo, dió al público aquel noble y grande intento, y comenzó á poner manos á la obra. Movió Dios en su favor al Papa, al obispo de Ávila y á su mismo General, con cuya aprobacion compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnacion, las contradicciones de los Padres Carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados, la murmuracion de los pueblos y la formal contradiccion de la ciudad metieron tanto ruido, que pareció contemporizar y sobreseer en la empresa. Entonces todo el mundo se desenfrenó contra nuestra Santa. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, de todo se valió el infierno para destruir la obra del Señor. Sufriólo todo Teresa con heróica paciencia, y venció todas las dificultades con mucho mas heróico valor. En fin, después de muchos lances llegó á sus manos el Breve que la habia despachado el papa Pio IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrase con la advocacion de San José, bajo cuyo nombre no habia aun otra iglesia, entrando con la Santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud que ella misma habia escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Hízose

esta fundacion con toda solemnidad el dia 24 de agosto del año 1562, en cuyo dia el mismo obispo de Ávila bendijo la iglesia. Tal fue el nacimiento de aquella célebre reforma; ó por mejor decir de aquella nueva Religion, que es uno de los mas bellos ornamentos de la esposa de Jesucristo la Iglesia. Religion que en mas de doscientos años que ha que florece, no ha perdido un punto de su primer esplendor, ni decaido en el espíritu primitivo de su sagrado Instituto: donde se encuentra aquella numerosa multitud de vírgenes destinadas á seguir al Cordero inmaculado á cualquiera parte que vaya, las cuales en medio de las mas numerosas poblaciones se saben fabricar el retiro de la silenciosa soledad, donde siempre se deja oir la voz del divino Esposo, y á quienes su santa Madre dejó como por herencia el espíritu de penitencia y el don de oracion.

Viendo Teresa que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y forma de vida que habian de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oracion, acompañado de la mortificacion de los sentidos. Entabló la mas estrecha clausura, cerró los locutorios, prohibió el trato y comunicacion con los seglares, y aun limitó las conversaciones de las monjas unas con otras, permitiéndoselas solamente breves y raras. Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otro recurso en sus trabajos que á los consuelos divinos, los que son como hereditarios en ellas: reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga, los zapatos en alpargatas ó sandalias, los colchones en jergones de paja, y el alimento delicado en pobre y grosero sustento, siendo su voluntad que en todo reinase absolutamente la mortificacion.

Luego que santa Teresa hubo arreglado su convento de San José, no solo fue menester ensanchar la casa, sino multiplicar tambien el número de los conventos que abrazaron la reforma. Habiendo llegado á Ávila el General de los Carmelitas, formó tan alto concepto de la eminente virtud de nuestra Santa, y quedó tan prendado de ver resucitada en el convento de San José la primitiva observancia de los antiguos Padres del Carmelo, que deseó ansiosamente la extension de la reforma. Logró en breve tiempo ver cumplidos sus deseos. En menos de doce años fundó santa Teresa los conventos de Medina del Campo, Malagon, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serena, Palencia, Soria, Búrgos y Granada. Mas no se pueden ponderar las maravillas que intervinieron en todas estas fundaciones. ¡Qué prodigios

de confianza, de mortificaciones, de celo, de paciencia para llevar adelante sus proyectos en medio de tantas contradicciones, y con la precision de tantos viajes!

No le costó menos la reforma de los frailes que la de las monjas. Los mismos estorbos tuvo que vencer, las mismas dificultades que superar; pero á todo fue superior su magnanimidad y su gran confianza en el Señor. Echaron los primeros cimientos de este célebre edificio los PP. Fr. Antonio de Heredia y san Juan de la Cruz. Después que la Santa les dió los Estatutos que habian de observar, los acompañó á Valladolid, donde tomaron el hábito de reforma, y los envió á Duruelo. El dia 30 de noviembre del año de 1568 tuvo principio la reforma de los Carmelitas descalzos, que animados de aquel espíritu interior que les dejó su santa Madre, dan á la Iglesia tanto honor con su ejemplar observancia, con el resplandor cada dia mas brillante de tantas religiosas virtudes, y con aquel apostólico celo que pasando al otro lado de los mares, añade continuamente nuevas conquistas á Jesucristo en medio de los infieles.

Aunque obraba Dios tantos prodigios por medio de nuestra Teresa, no se limitaban precisamente á ellos los dones que recibia del cielo. No hubo ni Santa mas ilustrada en los caminos de Dios, ni que poseyese la ciencia de los Santos en mas elevado grado de perfeccion, ni que fuese dotada de mas claras luces, ni de mas celestial sabiduría; todo sobre el sólido cimiento de una profunda humildad. En virtud de esto, solo por pura obediencia á sus confesores, dió al público tantas maravillas. Lo primero que la obligaron á escribir fue la historia de su vida, y no fue este el menor sacrificio que hizo en ella. Compuso después el *Tratado de la perfeccion* por órden de su confesor; el cual la mandó tambien que escribiese la historia de las *Fundaciones de sus conventos*. Á esta se siguió *el Castillo del alma;* el tratado *de los Pensamientos del amor de Dios sobre el Cántico de los Cánticos:* obra admirable, que su profunda humildad condenó al fuego, y solo se pudo salvar de las llamas un trozo de la primera parte, que se encontró en la celda de una religiosa, la cual habia copiado de su mano para su uso. Las demás obras de la Santa son: *El camino de la perfeccion: Instrucciones sobre la oracion mental: Meditaciones para después de la Comunion,* y la coleccion de sus *Cartas*. Todas estas obras son á un mismo tiempo el mejor panegírico de su excelente entendimiento, el mas vivo retrato de las sublimes virtudes de su abrasado corazon, y un inestimable tesoro con que el Espíritu Santo quiso enriquecer á su Iglesia. Decia Fr. Luis de Leon, ha-

blando de los escritos de nuestra Santa: «Siempre que los leo me «admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos no parece ingenio «de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu «Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la ma- «no; y así lo manifiesta en la luz que pone en las cosas oscuras, y «en el fuego que enciende con sus palabras en el corazon que las lee. «Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan «los que leen estos libros, dos son á mi parecer los que con mas efi- «cacia hacen: uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de «la virtud; y otro, encenderlos en amor de ella y de Dios.»

Pero lo mas admirable fue que aquella vida activa y laboriosa jamás alteró en ella el espíritu ni el recogimiento interior; sirviendo la multitud de ocupaciones exteriores para encender mas y mas el divino amoroso fuego que inflamaba su abrasado corazon. Tan recogida en los caminos como en la celda, y semejante á los Ángeles, que nunca pierden de vista á su Dios mientras hacen aquello para que fueron enviados, igualmente estaba unida á su celestial Esposo en el tumulto de tantas ocupaciones, que en el silencioso retiro de su oratorio. No parece fácil amar á Dios ni con mayor ardor, ni con mayor ternura, ni con mayor fidelidad; por lo que tampoco es fácil comprender cuánto era correspondida del mismo Dios. Las visiones celestiales llenas del mayor consuelo eran ya en Teresa como ordinarias. Oyó un dia una voz que la decia: *Hija mia, yo te di á mi Hijo y al Espíritu Santo por esposo; á mi querida hija la Virgen por madre tuya; ¿qué podrás tú retribuirme por tan gran favor?* Otro dia vió junto á sí un Serafin, que con un dardo de fuego le traspasaba el corazon, quedando después pasmada y enajenada por espacio de dos ó tres horas. En cierta ocasion en uno de sus éxtasis se la oyó exclamar: *Divino Esposo mio, ó ensanchad mi corazon, ó limitad vuestros favores.* Á su encendido amor igualaba su insaciable deseo de padecer. El acto de amor que repetia mas, y que fue como su particular divisa era este: *Aut pati, aut mori:* ó padecer, ó morir. En fin, no se puede reducir á la estrechez de un compendio una vida tan portentosa.

Conociendo la Santa que cada dia se iba debilitando mas, escribió á la mayor parte de sus conventos, dándoles aquellos saludables consejos que mas convenian á cada uno; pero á todos les encomienda la exacta observancia de las reglas mas menudas, el frecuente y constante ejercicio de la oracion, y el juntar siempre con el espíritu interior el de la continua mortificacion. Exhorta á todas sus hijas á que procuren inflamarse en el mas puro amor de Jesucristo, dedicándose

á hacerse dignas esposas suyas; quiere que todas amen á la santísima Vírgen como á su querida madre; y señala por protector de toda la Órden al patriarca san José. Encárgalas á todas una santa simplicidad, y quiere se destierre para siempre de toda Carmelita todo estudio ajeno de una mujer. *Antes que se me olvide*, escribe á la priora del convento de Sevilla: *muy buena está la carta del P. Mariano, si no tuviera latin. No permita Dios que mis hijas tengan la vanidad de ser latinas. No lo consienta otra vez, ni la suceda. Mas quiero que tengan la ambicion de parecer sencillas é ignorantes, como muchas Santas, que de querer ser retóricas.*

El año de 1582, dia de san Mateo, entró en Alba, oprimida y consumida de males; pero comulgaba todos los dias con tal fervor, que no se reconocia en él su debilidad. Sobrevínola el dia de san Miguel un flujo de sangre que la rindió á la cama, y pasó toda aquella noche y el dia siguiente en muy fervorosa oracion. El primer dia de octubre hizo que le llamasen al Fr. Antonio de Jesús para confesarse. Preguntóla este Padre si en caso de morir queria que su cuerpo fuese llevado al convento de San José de Ávila, que era su propia casa. *Pues qué*, respondió la Santa, *¿tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?* La víspera de san Francisco pidió el santo Viático; y juntando las manos, dijo á sus religiosas estas tiernas y últimas palabras: *Hijas mias y mis señoras, pídolas por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, y que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir; piensen solamente en perdonarla.* Luego que entró en su celda el Señor sacramentado, dándola fuerzas el amor á Jesucristo, se incorporó por sí sola en la cama: inflamósele y animósele el semblante; y volviendo los ojos á Jesucristo, arrojando centellas de amor por ellos, exclamó: *Venid, Señor, venid, amado Esposo; ya, en fin, llegó la hora, y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo que os vea después que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazon.* En fin, después de haber recibido la Extremauncion, repitiendo muchas veces estas palabras: *Yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en un Crucifijo que tenia en las manos, rindió dulcemente su alma en las de Dios el dia 4 de octubre entre las nueve y las diez de la noche del año 1582. Este es el año en que se enmendaron los tiempos quitando los diez dias que andaban de sobra y adelantados, y así el dia siguiente se contaron 15 de octubre. Tenia santa Teresa cuando murió sesenta y siete años, seis meses y siete dias;

habia vivido religiosa cuarenta y siete, los veinte y siete en la Encarnacion, los veinte últimos en la observancia de su regla reformada.

En el mismo punto que la Santa espiró se llenó su celda de una exquisita fragancia, que se difundió por todo el convento. Remozósela el semblante, cubriéndose de un color fresco y rojo, y desapareciendo todas las arrugas de la vejez. El dia siguiente el santo cuerpo fue enterrado con grande solemnidad, dándosele sepultura entre las dos rejas del coro; de manera, que así las religiosas de adentro como las seglares de afuera se podian consolar con que le tenian dentro de su jurisdiccion. Aun antes de enterrarla manifestó Dios con grandes milagros la eminente santidad de su fidelísima sierva, y después cada dia se continuaban en su sepulcro. El dia 4 de julio del año siguiente se abrió la caja, que estaba hecha pedazos por el peso de las losas que le habian echado encima, por consiguiente llena de tierra y de humedad, la cual habia podrido el hábito de la Santa; pero su cuerpo se encontró tan entero, tan fresco, tan rojo y tan flexible como si estuviera vivo, exhalando un suavísimo olor que embalsamó toda la iglesia y todo el convento. Hallábase presente el Provincial, quien le cortó la mano siniestra, y la envió al convento de Ávila; después hizo poner al santo cuerpo un hábito nuevo, y encerrándolo en otra nueva caja, mandó que lo volviesen á su primera sepultura. Tres años después fue elevado de la tierra el santo cuerpo, y conducido á Ávila, habiéndose encontrado tan entero y tan fresco como en la primera visita. En fin, el año de 1589 el papa Sixto V, á solicitud del duque de Alba, mandó que aquel precioso tesoro se restituyese al convento de Alba, donde se conserva hoy tan entero como el dia de su muerte en un suntuoso sepulcro. Uno de sus piés fué enviado á Roma al convento de las Carmelitas descalzas el año de 1615; y algunos años después, Isabel de Francia, reina de España, y mujer de Felipe IV, logró un dedo de la Santa, que mandó engastar en un relicario de oro, y se le envió á su madre la reina D.ª María de Médicis, la cual se lo regaló á los Carmelitas de Paris. Fue beatificada santa Teresa el año de 1614 por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada el de 1622 por Gregorio XV.

Santa Teresa, como que habia gustado tan á satisfaccion la dulzura del amor divino, exhorta á todos á aspirar á él por medio de la penitencia y oracion. Exclama, pues, en el capítulo 26 de su Vida: «¡Ó admirable benignidad, Dios mio, la tuya, pues que permitiste «te viesen estos ojos que han abusado de su vista tanto como los de «mi alma! ¡Ó ingratitud de los mortales!... ¡Ó vosotras, almas que

«teneis fe, qué bendiciones podeis buscar que puedan ser compara-«das con la mas leve de las que tienen los siervos de Dios, aun en «esta vida mortal, además de la feliz eternidad de la otra! Conside-«rad que es certísimo, que Dios aun aquí se da á sí mismo á los que «lo dejan todo tambien por su amor. No es el Señor aceptador de «personas: á todos les ama, ninguno tiene excusa por inicuo que ha-«ya sido, pues que tan misericordiosamente se ha portado conmigo... «Considerad, que lo que estoy diciendo, no es ni una chispa de lo «que se pudiera decir. No puedo yo explicar lo que una alma halla «en sí misma, cuando se digna el Señor de participarla estos secre-«tos suyos: delicia tan superior á cuanto es posible imaginar aquí, «que con razon los que gozan de esta aborrecen todos los deleites de «la tierra: todo lo cual puesto junto no es comparativamente mas «que aridez y desabrimiento: y además de esto es cosa torpe traer-«las á comparacion con las otras, aun cuando hubieran las del mun-«do de durar para siempre, etc.»

La Misa es en honor de la Santa, y la Oracion la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatae Teresiae virginis tuae festivitate gaudemus, ita coelestis ejus doctrinae pabulo nutriamur, et piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Óyenos, ó Dios, que sois nuestra salud, para que así como nos causa tanta alegría la fiesta de tu santa vírgen Teresa, así tambien nos sustentemos con el alimento de su celestial doctrina, y recibamos con ella el fervor de una santa devocion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae; sed et supportate me. Aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os celo, por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriese en el Señor. Si se observara este discreto y saludable consejo, no reinaria en el mundo tanta necia vanidad:

haciéndose cada cual justicia á sí mismo, reconociera su poco mérito, y solamente solicitaria su verdadera gloria en servir y en agradar á Dios; pues no hay que buscarla en otra parte ni sólida ni verdadera. La excesiva delicadeza en esto que se llama honor, es prueba de un espíritu muy apocado; y la demasiada sensibilidad de los hombres sobre sus imaginarios derechos; aquella secreta pero viva pena que nos causa oir ó ver aplaudidos á los demás; aquel interior disgusto con que se oyen sus elogios, que si no tiene toda la malignidad de la envidia se acerca mucho á ella, es un grande argumento de nuestra poca sustancia. Pero aunque el reino del orgullo esté tan arraigado en el espíritu y en el corazon de los hombres; aunque sus fuerzas sean tan poderosas, no es tan difícil como parece desbaratar á este fiero enemigo. Un poco de menos preocupacion á favor de nuestro mérito, y un poco de mas reflexion sobre la naturaleza del mal, y sobre la causa que le irrita, bastarán acaso para curarle. La misma pasion parece que lleva consigo su contraveneno. ¿Es uno vano, fiero, altivo y soberbio? Pues pregúntese á sí mismo algunas veces ¿en qué lo funda; por qué lo es? La mayor parte de los hombres, pero sobre todo las mujeres, no encontrarán otra razon del favor que se hacen á sí mismas, y del desprecio que hacen de los demás, sino unos motivos totalmente accidentales y exteriores, que antes bien debieran servir para humillarnos. El nacimiento noble, la distincion del empleo, un tren magnífico, las galas de buen gusto y de mucho precio, la abundancia de bienes de fortuna, un ingenio vivo, pronto, divertido, brillante, que sobresale en todas ocasiones, este suele ser de ordinario ó el orígen ó el fomento de una pasion que nunca reina sin tiranía. Pues acabemos ya de convencernos así de la bajeza de su orígen, como de la insustancialidad de todo aquello que la fomenta, y nos avergonzarémos de haber sido esclavos suyos por tan largo tiempo. Si pretendemos la verdadera gloria, la buscarémos en aquello que únicamente la granjea. Desengañémonos, que solo la produce y solo se encuentra en la virtud cristiana.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus, quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fa-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habien-

tuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

do tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle; entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Sobre las principales virtudes de santa Teresa.

Punto primero. — Considera que las principales virtudes de santa Teresa, en las cuales parece se comprende su carácter, se pueden reducir á tres. Un amor sin medida á Jesucristo, en fuerza del cual deseaba con vehemencia todas las amarguras de la cruz; una generosidad sin término, en cuya virtud emprendia todo lo que se la representaba ser de su mayor gloria; y una confianza invariable, á cuya sombra se salió con todo cuanto emprendió. El amor á Jesucristo parece que se anticipó en santa Teresa á la razon. Desde su niñez solo suspiraba por agradar á este divino Esposo; y si por algun tiempo se entibiaron estos celestiales ardores con el frio de la disipacion, se desquitó ventajosamente despues, mediante el sagrado fuego que abrasó continuamente su inflamado corazon. ¡Qué ardores, qué ímpetus, qué llamaradas de este divino amor no experimentó la Santa ya en su oracion, ya en sus raptos, ya en las acciones mas ordinarias de la vida! ¡qué deseos ansiosos de padecer en testimonio de su

amor á Jesucrisco! *Ó padecer ó morir* era su divisa. ¡Qué continuas penitencias en su carne, qué rigores en su delicado cuerpo, qué penas interiores en su espíritu, qué martirio! No tenia otro consuelo en los trabajos de este destierro, que padecer por Jesucristo. El símbolo de su encendido amor á este Señor, y de su sed insaciable de trabajos, fue aquella dulce herida que le abrió en el corazon un Serafin con el inflamado dardo. ¡Oh, y cuánto nos acusa esta gran Santa! ¡qué altamente condena nuestra delicadeza y nuestra pusilanimidad una vida tan crucificada! Midamos nuestro amor á Dios por el deseo de padecer y por la paciencia en el sufrir. Pero ¿hasta dónde llegó la generosidad de aquella grande alma? Correspondió perfectamente á su abrasado amor. Á los siete años de su edad se puso en camino para buscar el martirio entre los bárbaros. Pone el mundo en movimiento todos sus artificios para ganar su corazon por medio de inocentes amistades; pero luego que descubrió la red, rompió generosamente todos los lazos. Todo lo sacrificaba á su Dios: entendimiento brillante, hermosura celebrada, conveniencias ventajosas, prendas eminentes, tentadoras y halagüeñas esperanzas; nada la detiene, nada es capaz de hacerla dudar ni por un solo momento. Escógela Dios para reformar una familia religiosa. Santo Dios, ¡qué dificultades no tiene que superar! ¡qué contradicciones, qué estorbos no se la ponen delante! Emprende una doncella jóven reformar una Religion, célebre por su antigüedad, llena de vírgenes y de señoras distinguidas, y en quienes la menor de todas se consideraba con tanta capacidad, con tanta virtud y con tantos talentos como Teresa. Todo esto lo ve, lo conoce; palpa, toca con sus manos todas estas terribles dificultades; el intento solo se la representa quimérico á ella misma. Pero no importa: ¿Dios lo quiere, Dios lo manda? pues nada la intimida, nada acobarda á aquel gran corazon, mas generoso que el de todos los héroes. Crece el valor al paso de las dificultades. Está expuesta toda su vida á las mas terribles pruebas, tiénenla por ilusa, hácese sospechosa su oracion á sus mismos directores, califícanla de embustera; pues nunca está mas contenta Teresa que en medio de sus humillaciones. Léjos de abatirse su magnánimo espíritu, se fortifica, se vigoriza mas con ellas. Imagina, si puedes, alma mas generosa; pero coteja aquel gran corazon, aquella magnanimidad con tu cobardía. Una palabra, una aprehension, un ligero temor nos abate, nos desalienta, nos detiene, nos hace parar. El valor es efecto del amor; pues midamos el que tenemos á Dios por nuestra vergonzosa timidez.

Punto segundo.—Considera que todas las maravillas que obró Teresa las debió singularmente á la gran confianza que tuvo en Dios. Ninguno sintió nunca mas bajamente de sí que nuestra Santa. Desconfiando enteramente de sí misma, jamás colocó su confianza en otra cosa que en el brazo omnipotente del Todopoderoso. De esa manera se salió con cuanto quiso por su inalterable confianza. ¡Qué vanas fueron las oposiciones á su portentosa empresa! Los grandes, el pueblo, las ciudades enteras, sobre todo su misma comunidad, inútilmente se empeñan en desaprobar, en contradecir, en desbaratar sus intentos. Obedece ciegamente á la voluntad de sus prelados. Prohíbenla pasar adelante; obedece, y se queda muy sosegada en su obediencia, pero allá dentro de su alma con un fondo de confianza, que la saca victoriosa de todas las dificultades. Mudan de opinion estos grandes, y son los primeros que alaban, que apoyan sus empresas. Los pueblos, las ciudades, las comunidades parecen las primeras que se dan mas priesa á fomentar la reforma; ningunos la solicitan, la sostienen, la adelantan mas que los mismos superiores. Reforma Teresa, en la flor de su juventud, la ilustre, la antigua religion de los Carmelitas; quieren los hombres tener tambien parte en aquel insigne beneficio, abrazan su Instituto, y reconócenla por madre. Hace un prodigioso número de fundaciones, y todo con una salud muy quebrantada. ¡Buen Dios, qué eficaz, qué poderoso es el que busca vuestra pura gloria; el que solo cuenta con vuestros auxilios; el que solo quiere lo que Vos quereis, como lo quereis, y cuando Vos lo quereis! Reforma santa Teresa toda su Religion en muy breve tiempo; ¿cuándo trabajarémos nosotros en reformar nuestras costumbres y nuestra desordenada conducta? No podemos dudar que Dios lo quiere así; tengamos una verdadera voluntad de reformarnos; amemos á Dios sin reserva; animémonos confiados en la gracia del Señor, y seguramente saldrémos con nuestro intento.

Dignaos, Señor, concederme este ánimo, esta confianza y este amor, que solo con esto serán eficaces mis resoluciones. Pídooslo por la intercesion de esta gran Santa, á quien nada sabeis negar.

Jaculatorias.—Proseguid, Señor, en ampararme y asistirme, particularmente en esta resolucion. (*Psalm.* xxvi).

Si Dios es mi protector, ¿qué cosa me podrá acobardar? (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Es grande sinrazon atribuir la cobardía á la propia flaqueza.

Amemos á Dios con fervor y con ternura, y podrémos verdaderamente mucho. Crece el ánimo al paso que el amor. No hay, pues, que disculpar con nuestra flaqueza nuestra pusilanimidad; desvanecen, confunden esta disculpa los Santos y las Santas que la Iglesia nos propone cada dia por modelos. No hay edad, no hay sexo, no hay achaques, no hay dificultades que nos puedan servir de excusa legítima y verdadera. Toda nuestra flaqueza (confesémoslo sinceramente) consiste en nuestra mala voluntad; y esta voluntad ineficaz, cobarde y pusilánime es efecto de nuestro poco amor de Dios. Amemos generosamente á Dios, y tendrémos valor, confianza y feliz suceso en todo. No te contentes con invocar puramente á los Santos que la Iglesia nos propone cada dia, no solo por protectores, sino tambien por ejemplares; considéralos como tales, y díte á tí mismo: Esto hicieron ellos para ser Santos; ¿serélo yo haciendo lo que hago?

2 No manda Dios á todos que reformen religiones ni comunidades; pero á todos manda que las edifiquen y que las dén buen ejemplo. Á todos y á cada uno manda que se reforme á sí mismo, sus costumbres, su profesion y su vida. Pocos padres y madres de familia habrá que no tengan mucho que reformar en su casa, en sus criados, en sus hijos, en su tren, en sus personas; esta reforma te pide Dios; pues dedícate á este celo. Ninguno hay que no pueda reformar su comunidad reformándose á sí mismo; el buen ejemplo es una muda reforma. Refórmese cada uno á sí, y muy en breve quedará reformada toda la familia, toda la comunidad y toda la Religion.

DIA XVI.

MARTIROLÓGIO.

Doscientos y setenta Mártires, los cuales fueron martirizados juntos en África.

Los santos Martiniano y Saturiano con otros dos hermanos suyos, allí mismo; los cuales en la persecucion de los vándalos en tiempo de Genserico, rey arriano, siendo esclavos de un cierto vándalo, fueron convertidos á la fe católica por santa Máxima, vírgen; la cual tambien era esclava, y estando firmes en la fe, primeramente fueron apaleados con palos nudosos, y descarnados hasta los huesos; mas como padeciesen muchos dias este tormento, y al dia siguiente los encontrasen milagrosamente sanos, al fin los desterraron. En el desierto habiendo convertido muchos bárbaros á la fe de Cristo, consiguieron del Papa que les enviase un presbítero y otros ministros para que los bautizase. Por último, atados por los piés á la trasera de un carro de cuatro caballos, los hicieron arrastrar por selvas escabrosas hasta que murieron. Máxima después de haber vencido muchos tormentos, y saliendo milagrosamente

salva, se encerró en un monasterio, donde fue prelada de muchas vírgenes, y murió santamente.

Los santos Saturnino, Nereo, con otros trescientos sesenta y cinco Mártires, item. *(Estos Santos padecieron tambien martirio como los anteriores en el mismo pais durante la persecucion de Genserico, rey de los vándalos, por medio de tormentos que inventó á propósito la mas refinada crueldad).*

San Elifio, martirizado en tiempo de Juliano Apóstata, en Colonia.

San Bercario, abad y mártir, item. *(Fundó el monasterio de Hanviliers, donde se retiró, y otros dos en la diócesis de Chalons, los cuales enriqueció con reliquias de Roma y Jerusalen, á donde habia ido en peregrinacion. Murió en 696 víctima de su celo á manos de un monje á quien habia reprendido. El Santo se contentó con exhortar al culpable á la penitencia).*

San Ambrosio, obispo de Cahors, en la diócesis de Bourges.

San Lulo (ó Lulio, ó Lulon), obispo y confesor, en Maguncia. *(Fue inglés y discípulo del venerable Beda. Pasó á Alemania á instancias de san Bonifacio, quien le envió á Roma á consultar con el papa Zacarías sobre ciertas dificultades que no queria encomendar á cartas ni escritos. Á su vuelta el mismo san Bonifacio le preparó para sucesor suyo, y fue consagrado obispo de Maguncia con el consentimiento del rey Pipino y la aprobacion del clero y de todo el pais. En los últimos años de su vida renunció su obispado, y se retiró al monasterio de Harsfield, que él mismo habia fundado, donde acabó santamente sus dias por los años de 787).*

San Florentin, obispo, en Tréveris.

San Galo, abad, discípulo de san Columbano, en Arbon ó Arbona de Alemania. *(Véase su vida hoy).*

SAN GALO, ABAD.

Fue san Galo irlandés, de familia distinguida en el país, aun menos por su calificada nobleza, que por su notoria bondad, ejemplar y celebrada virtud. Nació hácia la mitad del sexto siglo; y como sus piadosos padres consideraban por su primera y principal obligacion la buena educacion de sus hijos, luego que enseñaron al niño Galo los primeros principios de la vida cristiana, desde su misma infancia se le ofrecieron á Dios en el monasterio de Bencor, sito en el país de Ultonia, para que fuese educado en su santo temor y en el estudio de las letras bajo la disciplina de san Columbano, cuya virtud, universalmente aplaudida, añadia mucho esplendor y hacia entonces muy célebre aquel monasterio. Era el niño Galo de tan bellas inclinaciones, de una propension tan natural á todo lo bueno, de un ingenio tan vivo, tan perspicaz, y por otra parte tan dócil, que en breve tiempo hizo maravillosos progresos en la ciencia de los Santos y en la inteligencia de la sagrada Escritura; de manera, que explicaba con admirable claridad los lugares mas oscuros y mas dificultosos. Ni olvidaba el estu-

dio de las letras humanas por dedicarse al de las sagradas; antes bien cultivaba el admirable genio que tenia para la poesía, aunque solo le ejercitaba en asuntos piadosos; y san Columbano estaba igualmente enamorado del candor que de la habilidad de su querido discípulo.

Era abad y fundador de aquel monasterio san Congal. Este admirando las bellas prendas de aquel tierno mancebo, y reconociendo por los dones con que el cielo le habia prevenido que le destinaba Dios para ser Santo, le admitió á la profesion religiosa luego que tuvo edad para hacer los votos. Reinaba el fervor en el monasterio; y hallándose Galo con tan grandes ejemplos, se supo aprovechar de ellos tan admirablemente, que en breves dias dejó atrás aun á los mas fervorosos. Siendo el primero á todos los actos de comunidad, exactísimo en la observancia de las leyes, humilde, mortificado y devoto, era la admiracion y el modelo de todos sus hermanos; tanto, que prendado extraordinariamente el santo Abad, quiso que recibiese los sagrados órdenes, siendo tambien del mismo parecer todo el monasterio. Sobresaltado nuestro Santo considerando la elevacion de tan sagrado carácter, y mucho mas asustado á vista de su indignidad, se valió de toda su elocuencia y de todo su ingenio para persuadir su improporcion. Pero todos los esfuerzos de su humildad solo sirvieron para confirmar al Abad en su primera resolucion; y siéndole forzoso obedecer, lo mas que pudo conseguir fue por entonces que no ascenderia del diaconato, y que se le concederian algunos años mas para disponerse á recibir el sacerdocio.

Estaba destinado san Columbano por la divina Providencia para pasar á Francia, y resucitar en aquel reino el espíritu de soledad, de oracion y de penitencia que se observaba en el Oriente, y se admiraba á la sazon en Irlanda. Con este fin, y con el beneplácito de san Congal, escogió doce monjes en el monasterio de Bencor para que fuesen en su compañía, buscando todos algun espantoso desierto donde dedicarse tranquilamente á las dulzuras de la contemplacion, distante de todo tumulto. No se olvidó san Columbano de su querido discípulo san Galo, y fue el primero en quien puso los ojos. Costó mucho dolor al monasterio de Bencor desprenderse de aquel precioso tesoro, cuyo inestimable valor tenia bien conocido, y toda la comunidad acompañó con amargo llanto la salida del convento de aquel angelical mancebo, que era su admiracion y su ejemplo. Pasaron de Irlanda á Inglaterra, y desde allí á Francia por los años de 589. Hicieron mansion por algun tiempo en los Estados de Childeberto II, rey de Austrasia, que deseaba mucho se domiciliase en sus dominios aquella santa tropa; pero

el amor á la soledad les movió á buscar algun horroroso desierto donde únicamente se pudiesen dedicar á conversar con su Dios desviados del comercio de los hombres. Hallaron lo que deseaban en el monte Vosga, que separa la Lorena de la Borgoña y de la Alsacia en los confines de los dos obispados de Toul y de Besanzon. Era un bosque estéril, sombrío y espantoso, mas oportuno para retiro de fieras que para habitacion de hombres, y por lo mismo ningun sitio mas acomodado á los deseos de san Columbano y de san Galo. Cási dos años se mantuvieron en él con una absoluta falta de todo lo necesario para las comodidades de la vida; pero abundantemente recompensados con los extraordinarios consuelos que recibian del cielo.

Por mas cuidado que pusieron nuestros Santos de vivir escondidos é ignorados de las gentes, su misma virtud les hizo traicion, pues á la fama de ella concurrieron muchas á aquel dichoso desierto para admirar en él un género de vida verdaderamente celestial. Agnoaldo, padre de san Ayl, y otras muchas personas virtuosas les hicieron vivas instancias para que pasasen al territorio de Borgoña, ofreciéndoles una casa de campo vieja llamada Luxeu, en la diócesis de Besanzon, sita á la otra parte del mismo monte Vosga. En ella fundó san Columbano un monasterio, y nuestro san Galo fue de los primeros que abrazaron la regla que el mismo san Columbano prescribió á los que quisiesen vivir debajo de su obediencia. Muy desde luego nuestro Santo fue á todos modelo cabal de fervor, de penitencia y de observancia; tanto, que dilatada su fama, atrajo en breve tiempo un prodigioso número de religiosos que cada dia acudian á alistarse en las banderas de Cristo bajo la disciplina y la conducta de tan santos capitanes.

Encendido Galo cada instante mas y mas en el deseo de servir y de agradar al Señor, pasó muchos años en el retiro y en el silencio de aquella dulce soledad, hasta que quiso el mismo Señor acrisolar su virtud con nuevas pruebas, motivadas de los disgustos y de las persecuciones que Thierry, rey de Borgoña y sucesor de Childeberto, excitó contra Columbano y sus discípulos á instigacion de Brunequilda, irritada de que el Santo habia afeado al Rey los desórdenes que la misma Reina autorizaba. Fue violentamente sacado de su monasterio el santo Abad, y desterrado á Nantes para hacerle volver desde allí á Irlanda; con cuya ocasion san Galo, acompañado de san Eustaquio, monje del mismo monasterio de Luxeu, que después fue su abad, no considerándose seguro en él contra los insultos de aquella Princesa, se refugió en Austrasia bajo la proteccion del rey Teodoberto. Encontró en la corte de este Príncipe á su venerado maestro

san Columbano, que arrojado por una tempestad á las costas de Flandes, habia venido á buscar asilo en ella: concurrencia al parecer casual, que llenó de gozo al maestro y al discípulo. No acomodaba el aire de la corte al genio de los dos Santos, y pidieron licencia al Rey para retirarse á Italia; pero el religioso Príncipe, que no podia resolverse á ver salir de sus Estados á aquellos dos grandes siervos de Dios, les rogó que escogiesen en todo su reino el sitio que mas les agradase para servir en paz al Señor, instruyendo y edificando á sus pueblos. Aceptaron este favor; y subiendo por las orillas del Rhin, entraron en el país que ahora llamamos de los Suizos, adelantándose por las márgenes del Limat hasta el término del lago de Zurich; y entrando en el territorio de Zug, encontraron un sitio que les pareció muy acomodado para fijar en él su soledad. Todos los pueblos comarcanos, que yacian todavía sepultados en las tinieblas de la idolatría, trataron de arrojarlos de allí. Compadecidos nuestros Santos de su lastimosa ceguedad, se dedicaron á instruirlos en la religion cristiana; pero los hallaron poco dispuestos á oir sus instrucciones. No pudo san Galo detener los ardores de su celo, y puso fuego á los templos de los falsos dioses, arrojando en el lago las ofrendas con todo lo demás que estaba destinado á los detestables sacrificios. Irritados los paganos de tan generosa accion, determinaron quitarle la vida; pero informado con tiempo san Columbano, le obligó á retirarse con sus compañeros, esperando ocasion mas favorable para trabajar en la conversion de aquellos miserables idólatras. Llegando á un lugar llamado Arbon, encontraron en él un santo sacerdote, por nombre Willimar, que informado de sus intentos, y sabiendo que buscaban algun sitio retirado donde fundar un monasterio, les dió noticia de un desierto vecino donde habia ciertas ruinas muy antiguas que les podrian servir de celdas. Era el desierto verdaderamente horroroso, mas por lo mismo fue muy de su gusto. Encontraron en él una capilla dedicada á san Aurelio, pero profanada por los gentiles, que habian colgado de sus paredes dos ó tres ídolos. Encendióse el celo de san Galo á vista de aquella abominacion, y resolvió trabajar en la salvacion de aquella pobre gente con la esperanza de encontrar la corona del martirio. Viendo san Columbano que san Galo entendia y hablaba muy regularmente la lengua del país, no quiso poner límites á su celo. Llegó el dia de la fiesta principal de aquel lugar, y concurrió á ella inmenso gentío, moviéndole tambien la curiosidad de ver aquellos extranjeros. Desplegóse entonces el celo de san Galo; predicó con una eficacia y con un valor verdaderamente apostólico

contra las gentílicas supersticiones; demostró su falsedad, su impiedad y su malicia. Acompañando después las obras á las palabras, arranca las estatuas, hácelas pedazos, y arroja en el lago los miserables fragmentos. Echó Dios la bendicion á su celo. Convirtióse un gran número de gentiles, purificó san Columbano la capilla, bendíjola, puso una ara sobre el altar, y celebró el santo sacrificio de la misa. Fué creciendo aquella comunidad, levantáronse celdas al rededor de la capilla, y aquella colonia de santos religiosos hizo triunfar la vida monástica en medio del paganismo.

Respetaba siempre san Galo á san Columbano como á abad que habia sido suyo, y este ejercia en aquel cierta especie de superioridad, en cuya virtud obligó, en fin, á su humildad á que se ordenase de sacerdote. Con la nueva sagrada dignidad se añadió nuevo esplendor á su virtud, y visible aumento de grados á su fervor. Aunque su vida habia sido tan perfecta hasta entonces, le pareció que después de sacerdote debia serlo mucho mas. Llegábase siempre al altar poseido de un santo y respetuoso temblor. Entregóse á los rigores de una penitencia sin límites; era continuo su ayuno, y después de su muerte se encontraron tan crueles instrumentos de mortificacion, que solo verlos causaba horror. Por este tiempo pasó á Italia san Columbano, y san Galo se quedó en Bregentz; pero una grave enfermedad le obligó á disponer que le llevasen á Arbon á casa del virtuoso sacerdote Willimar. Luego que se sintió un poco recobrado suspiró por su amada soledad; y como un diácono del mismo Willimar, llamado Hiltibod, le diese noticia de otro desierto aun mas solitario que el de Bregentz, al punto se retiró á él. Con su presencia se ahuyentaron las serpientes y las fieras que se albergaban en aquella fragosidad. Luego que llegó á ella plantó una cruz, y dió principio con un rigoroso ayuno de tres dias, que pasó sin tomar en ellos cosa alguna; y delineó el plan de una iglesia dedicada á la santísima Virgen, á quien toda la vida profesó tierna devocion, apellidándola siempre su querida Madre.

Aunque estaba nuestro Santo tan desviado del comercio de los hombres, no por eso se mantuvo largo tiempo desconocido. No bien se estableció en el nuevo sitio, cuando su reputacion le trajo algunos discípulos. Formó tan alto concepto de su virtud el duque Cunzon, señor de aquel país, que teniendo una hija poseida del demonio, rebelde á muchos exorcismos, acudió á san Galo, y quedó libre la doncella. Reconocido el Duque á tan grande beneficio, y confirmado en la opinion de su eminente santidad á vista de aquel milagro, habiendo

vacado por entonces el obispado de Constancia, hizo todo cuanto pudo para que san Galo le admitiese. Pero estaba muy distante de consentir ser obispo el que se consideraba indigno de ser sacerdote; y así nunca fue posible vencer su humildad. Rogáronle que á lo menos señalase alguno de sus discípulos para que ocupase aquella silla episcopal, y él propuso al diácono Juan, á quien el mismo Santo habia formado de su mano; y admitida su propuesta, predicó san Galo en el dia de su consagracion.

Detúvose algunos dias con el nuevo Obispo, ayudándole con sus prudentes consejos, y después se volvió á su soledad, y erigió la iglesia, cuyo plan habia delineado, fabricando al rededor de ella doce celdas para sus discípulos. Este fue el orígen del famoso monasterio, ó de la célebre abadía de San Galo, que subsiste el dia de hoy en el país de los Suizos, acompañado de una ciudad del mismo nombre, cuyo soberano es el abad, con dignidad y con asiento entre los príncipes del imperio. Entabló en ella nuestro Santo la disciplina monástica, segun la regla de san Columbano, honrándose siempre de ser hijo y discípulo suyo.

Habiendo muerto san Eustaquio, abad de Luxeu, todos los monjes eligieron por abad á san Galo; pero este renunció aquella abadía con el mismo teson con que habia renunciado el obispado, y nunca quiso salir de su soledad. Vivió en ella algunos años después de muerto san Columbano, cuya muerte supo por divina revelacion. Al mismo paso que iba avanzando en la edad, iba creciendo en el silencio, en la oracion y en la penitencia; sin que ni la vejez, ni los molestos achaques que la acompañan fuesen bastantes para hacerle aflojar en el rigor con que maceraba su carne, y así era cada dia mas fervorosa y mas tierna su devocion. En fin, habiéndole convidado el santo presbítero Willimar para que fuese á ver la fiesta de su parroquia, admitió san Galo el convite: paso allá, y el dia de la fiesta predicó delante de un inmenso gentío que habia concurrido á la solemnidad. Tres dias después cayó malo, y murió en Arbon con la muerte de los Santos el dia 16 de octubre, hácia el año de 646, á los ochenta de su edad, que cási todos los habia pasado en diferentes desiertos.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Gali abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Galo nos haga gratos á vuestra divina Majestad para que consigamos con su

Per Dominum nostrum Jesum Christum... proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 51.*

REFLEXIONES.

Fue amado de Dios. ¿Qué elogio se podrá hacer, ni mas honorífico ni mas ventajoso para un hombre, que decir fue amado de Dios? Honrar Dios á uno con su amistad, ser favorecido del muy alto, tener la dicha de agradarle, ¿no es el colmo de la humana felicidad? ¿puede aspirar á mas la ambicion del corazon humano? Ser amado de un gran príncipe, á esto se dirigen todos los esfuerzos, todo el ardor, todas las ansias de los cortesanos, persuadidos á que con efecto ninguna cosa produce mayores gracias, ni mas estimables honras que la benevolencia cariñosa del príncipe. Pues el amor que Dios nos tiene es el manantial, es la medida de todas las que nos dispensa su bondad. Ninguno hay que no se pueda lisonjear de ser amado de Dios; ninguno que no tenga en particular pruebas muy sensibles de su amorosa ternura. La que mas fuerza suele hacer á los hombres, es la de los beneficios. ¿Y nos falta á nosotros esta prueba? Además de los beneficios generales y comunes á todos los hombres, de la creacion, de la redencion y de las gracias ordinarias y universales, ¿qué efectos no experimentamos todos de una providencia particular con cada uno? Ella ha hecho y ella está haciendo cada dia cien pequeños milagros en nuestro favor. ¡Qué proteccion especial! ¡qué saludables inspiraciones! ¡qué paternales cuidados, á pesar de nuestra mala correspondencia, á pesar de nuestra infidelidad, á pesar de nuestra ingratitud! En ninguna cosa repara, por decirlo así, un Dios cada dia mas empeñado en darnos mas y mas testimonios de su amor. Es verdaderamente incomprensible su bondad; pero ¿será menos incomprensible nuestra ingratitud á un Dios tan bueno? Es el corazon del hombre naturalmente sensible á las demostraciones del amor: déjase ganar naturalmente de aquellos beneficios que verdaderamente le acreditan. ¿Será posible que solo el infinito amor de Dios no le haga fuerza? Honrámonos mucho, hácese vanidad de merecer la confianza, la estrecha amistad de un grande: sabemos que Dios nos favorece con la suya; y ¿quién hace cristiana vanidad de merecer su infinita benevolencia? ¿Qué diligencias no se hacen para lograr la gracia del soberano? pero ¿qué pasos se dan para merecer la de Dios? Indágase con el mayor cuidado todo aquello que puede ser del agrado de un

grande cueste lo que cueste: mas que corra peligro la vida, todo se hace, á todo se expone un ambicioso por merecer su aprobacion. Todos sabemos muy bien lo que es del gusto de Dios; pero ¿trabajamos por eso mucho en hacernos dignos de su amor? ¿sacrificámonos mucho por no desagradarle? Esto es una cosa tan incomprensible como la que mas. Algun dia se comprenderá este misterio de iniquidad; mas no será para remediarle. Si desde luego no prevenimos aquellos punzantes remordimientos por medio de la penitencia, ¿qué fruto sacarémos entonces de un espanto, de un dolor estéril?

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág. 55.*

MEDITACION.

Sobre los varios sucesos de la vida.

Punto primero.— Considera que nuestra vida está llena de diferentes sucesos que forman todo su fondo, y componen, por decirlo así, la serie de su constitucion ó economía. Son pocos los dias perfectamente serenos. Y sin traer ahora á la memoria aquellos accidentes de la infancia, en los cuales nos asistió singularmente la divina Providencia, paremos únicamente la consideracion en tanta multitud y variedad de sucesos como acompañan igualmente el destino de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de la gente mas oscura y de la que mas brilla en esos grandes teatros. ¡De cuántos malos pasos, de cuántos barrancos, de cuántas quiebras están llenos todos los caminos! ¡Buen Dios, qué continua vicisitud en lo alto y en lo bajo! ¡qué monton de revoluciones en la vida de los mas dichosos del siglo! Aquel estaba veinte años hace en la cima, en la cumbre del favor, y hoy gime abatido y olvidado en un oscuro rincon, sin otra prenda de lo pasado que la desconsolada memoria de sus raras aventuras. ¡Cuántos están mendigando el dia de hoy la gracia y la proteccion de aquellos mismos á quienes ellos hicieron hombres! ¡cuántos están dependientes de los mismos que les deben á ellos su fortuna! De tantas casas grandes como hacen papel en la historia, ¿cuántas hay de las cuales no nos ha quedado mas que el nombre? Sus posesiones, sus cargos, sus dignidades pasaron á los extraños, y hasta su nombre se confundió, trasladándose á otra familia. ¿Cuántos ricos comerciantes estamos viendo cada dia que vienen á parar en ser deudores de los que fueron sus mancebos, sus factores ó sus comisionistas? Apenas acaba aquel de alhajar una casa, apenas acaba el otro

de comprar una hacienda, cuando se ve precisado á cederla á un acreedor. Un naufragio, una pérdida, un incendio, una bancarota, un pleito que se perdió, da en tierra con toda una opulenta familia. La amistad que parecia mas invariablemente cimentada, quiebra, falta, se desmiente. El parentesco mas estrecho se desconoce cuando se atraviesan la pasion, la ambicion ó el interés. La estimacion y la amistad siguen á la fortuna. Un accidente, una enfermedad basta para que muden de semblante los mas celosos cortesanos. Fuera de eso, ¡qué tristes, qué enfadosos incidentes en las familias mas dichosas! Son pocos los hijos que tarde ó temprano no llenen de pesadumbres á sus padres. Y ¿cuántos matrimonios hay felices? Pero aun entre los mas iguales, entre los mas unidos, ¡qué de disgustos, qué de desazones, por acaecimientos tan extraños como inevitables! Busca en el mundo una condicion exenta de molestias y de cuidados: imagina algun estado que esté á cubierto de los dolorosos accidentes de la vida. Dentro de nosotros mismos tenemos un terreno fecundo de tribulaciones y de inquietudes, que van creciendo al paso de los años: de esta manera, mi Dios, con admirable sabiduría quereis hacernos conocer y hacernos palpar, que verdaderamente vivimos en un lugar de destierro, y que no tenemos que esperar ni consuelo ni felicidad sino en el cielo, nuestra dulce y nuestra amada patria.

Punto segundo. — Considera que es locura pretender ser dichosos en la tierra: solo Dios nos puede hacer felices. Pero ¡ah, y cuánto perdemos en no aprovecharnos á lo menos de los tristes accidentes de la vida! Ninguno hay de que no podamos sacar mucho provecho; y se puede asegurar que con este fin los dispone Dios, ó los permite. No hay medio mas eficaz para desprender del mundo nuestro corazon, para que nos causen disgusto y tedio todas sus cosas. Esas amarguras que mezcla Dios en todos los gustos de esta vida pueden servir maravillosamente para desvanecer las ilusiones de que están preocupados los mas en órden al servicio de Dios, persuadiéndonos una verdad que nos importa infinito estar bien convencidos de ella. Esta es, que no hay en el mundo otra verdadera felicidad que la de vivir una vida verdaderamente cristiana. No todos son llamados al estado religioso; pero todos tienen obligacion de santificarse dentro de su propio estado. Los mayores contratiempos y los mas funestos reveses de la vida contribuyen mucho para estimar mas la que es verdaderamente ajustada á las leyes de la Religion; porque ella sola enseña el secreto de no sentir los sinsabores que causan de suyo aquellos acci-

dentes. Ni los monarcas mas poderosos lo son para impedir que nazcan las cruces sobre el mismo real trono, habiéndolas sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana sabe aligerar su peso y embotar sus puntas. Ella sola, auxiliada de la divina gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores, y hace gustar al alma cierta alegría pura, que es como precursora de la que gozan los bienaventurados en el cielo. Zúmbense en buen hora los disolutos, búrlense muy á su salvo con insulsas chocarrerías de la modestia, de la circunspeccion, de la vida arreglada, penitente y retirada de los virtuosos y de los timoratos, que quieran que no quieran les han de tener envidia. Ellos son los dichosos en el mundo á pesar de todos los contratiempos que les puedan suceder.

Asistidme, Señor, con vuestra gracia para que tome el gusto á estas verdades prácticas y experimentales; de manera que me sepa aprovechar de todos los infortunios, experimentando en mí mismo los consuelos que aun en este mundo trae consigo la vida cristiana y virtuosa.

Jaculatorias. — ¡Oh Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm.* xxx).

Fuera de Vos, Señor, ¿qué puedo ni qué debo desear en el cielo ni en la tierra? (*Psalm.* lxxii).

PROPÓSITOS.

1 Los que en el mundo se llaman estados, no son en rigor mansiones fijas: son únicamente ciertas sendas, ciertos caminos que toma cada uno para llegar al término de la vida, que es la eternidad. En cada uno de estos caminos hay sus malos pasos. Todo camino es áspero, quebrado, desigual; no hay que buscarle ni mas llano ni mejor. Es, por decirlo así, esta vida una continua navegacion en un mar borrascoso, lleno de escollos, sujeto á muchas tempestades. Son en él frecuentes y furiosos los golpes de viento; cuando uno está engolfado en alta mar, necesita abrigarse en algun puerto; rara vez se camina á vela tendida, y cási siempre es menester navegar á fuerza de remo. Todas las costas son peligrosas, y los escollos que se ignoran son mas temibles que los que ya se conocen. Todo esto quiere decir, que en esta vida es preciso hacer el ánimo á muchos sucesos cási todos desabridos, y pocos de gusto. Resuélvete, pues, no ya á evitarlos todos, que seria un empeño tan ocioso como vano, sino á aprovecharte de todos para caminar al cielo. Sobre todo, guárdate bien de quejarte ó de

murmurar de la divina Providencia: algun dia sabrás que nada te sucedió que no fuese dirigido á facilitarte tu eterna salvacion.

2 Considerando los adversos acasos de la vida como señales que te da Dios de su particular amor, no solo no te has de quejar, sino que debes rendirle muchas gracias por ellos. Este contratiempo que te parece tan desgraciado te era necesario para desprenderte del mundo y de la vida. Créeme, que sola esta consideracion te podrá endulzar los trabajos, convirtiéndolos en grande provecho tuyo.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

Santa Hedwigis (ó Eduwigis, ó Avoiza), viuda, duquesa de Polonia, que durmió en el Señor el dia 15 de este mes. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Eron, discípulo de san Ignacio *(patriarca de Antioquía)*, en esta ciudad; el cual sucediéndole en el obispado *(después que el emperador Trajano se llevó á san Ignacio á Roma, y lo hizo devorar por las fieras)*, y siguiendo como buen discípulo las virtudes de su maestro, en defensa de su rebaño dió la vida por amor de Cristo *(en el año 136)*.

El martirio de los santos Víctor, Alejandro y Mariano, en el mismo dia. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Mamelta, mártir, en Persia; la cual por aviso de un ángel dejando el culto de los ídolos, y convirtiéndose á Jesucristo, fue apedreada por los gentiles, y sumergida en un profundo lago.

San Andrés de Creta *(que hoy es Candía)*, monje, en Constantinopla; quien por el culto de las santas imágenes fue muchas veces azotado en tiempo de Constantino Copronimo; finalmente, habiéndole cortado un pié, entregó su alma á Dios.

San Florentino (ó Florentin), obispo, en Oranges en Francia; el cual adornado de muchas virtudes descansó en paz.

San Víctor, obispo, esclarecido en santidad y doctrina, en Capua. *(El venerable Beda en su libro de* Ratione temporum, *le llama varon santísimo y doctísimo, y dice que floreció durante el siglo VI. El cardenal Baronio en las anotaciones al Martirologio romano dice que vivió imperando Justiniano. Confutó el Ciclo pascual de Victorino de Aquitania, y publicó otro que fue aprobado en el cuarto concilio de Orleans, en el año 463. Su sabiduría le colocó en el número de los oráculos de su tiempo).*

SANTA EDUWIGIS, Ó AVOIZA, DUQUESA DE POLONIA, VIUDA.

Santa Eduwigis, mucho mas ilustre por el resplandor de su virtud, que por la nobleza de su sangre, fue hija del príncipe Bertoldo, duque de Carintia, marqués de Moravia, conde del Tirol; y de Inés, hija de Rotlech, marqués del Sacro Imperio. Tuvo cuatro hermanos

y tres hermanas: Inés, que fue la mayor, casó con Felipe Augusto, rey de Francia; la segunda con Andrés, rey de Hungría, y fue madre de santa Isabel; la tercera se consagró á Dios en religion, y fue abadesa de Lutzing en Franconia. Nació Eduwigis hácia el fin del siglo XII, habiéndola dotado Dios de tan dichoso natural y de tal conjunto de prendas, que no parecia posible princesa mas cabal. A la elevacion de su nacimiento añadió tanta inocencia y tanta pureza de costumbres, que la nobleza de su alma fue muy superior á la de su augusta sangre. Desde la misma niñez manifestó un juicio muy maduro, tan inclinada á la virtud desde la cuna, que parecia haber nacido ya cristiana. Siendo aun niña, dispusieron sus padres que entrase en el monasterio de Benedictinas de Lutzing para su mejor educacion; pero las monjas encontraron en ella mas asunto de admiracion que necesidad de cultivo ni materia de enseñanza. Todas las delicias de la santa Niña eran pasar largos ratos en la iglesia ó estar de rodillas delante de una imágen de la santísima Vírgen; y aunque muy inclinada á la lectura, no hallaba gusto en otra que en la de libros espirituales y devotos.

Nunca la deslumbró el esplendor ni la grandeza de su casa; y á poderse excusar de obedecer á los príncipes sus padres, jamás hubiera abrazado otro estado que el religioso, donde seria la mas humilde de las esposas de Jesucristo. Pero la providencia de Dios, que para confundir los falsos pretextos del mundo se complace en poner á su vista de cuando en cuando ilustres ejemplos de la mas elevada santidad en todos los estados, tenia destinada á Eduwigis para modelo de perfeccion en el del santo matrimonio. Contaba solos doce años cuando la casaron con el príncipe Enrique, duque de Silesia y de Polonia: con el nuevo estado descubrió nuevas virtudes. Luego que se dejó ver en la corte, se declaró por la piedad, y léjos de contemporizar con el espíritu del mundo, que tanto reina en aquellas, jamás reconoció otras obligaciones que las que autoriza la Religion, ni otro mérito que el que se funda en la verdadera virtud; de manera, que hacian mal su corte á la Princesa los que se preciaban de mundanos.

Su primer estudio fue comprender el genio y las inclinaciones del Duque su marido, para dedicarse á servirle y complacerle. Logrólo tan perfectamente, que ganándole el corazon para sí, se le ganó para Dios; y aprovechándose del amor que el Duque la profesaba, consiguió hacerle uno de los mas cristianos y mas virtuosos príncipes de Alemania. Juzgó, y juzgó con acierto la Princesa, que el medio mas eficaz para encontrar la propia salvacion era cuidar con el mayor des-

velo de la cristiana educacion de sus hijos, considerando esta por una de las primeras obligaciones de su estado. Concedióla el cielo tres hijos y tres hijas: los primeros fueron Enrique, Boleslao y Conrado; las segundas Inés, Sofía y Gertrudis. Mientras estaba en cinta, una de sus devociones, consintiéndolo su marido, era vivir en continencia todos los nueve meses, pasando aquel tiempo en cierta especie de retiro. Tenia distribuidas las horas del dia en la oracion, en devociones particulares, en leer libros devotos y en ejercitar obras de misericordia; siendo una de sus máximas que á la mayor elevacion del nacimiento correspondia mayor elevacion de las virtudes, y que las personas que mas descollaban sobre las otras estaban mas obligadas á la eficaz persuasion del buen ejemplo.

Habiéndose encargado ella misma de criar á sus hijos en las máximas mas puras de la Religion y de la virtud, tuvo el consuelo de verlos á todos tan señalados por su ejemplar piedad, como por las demás grandes y nobilísimas prendas que los hicieron muy ilustres en todas las cortes de Europa. Enrique su primogénito, y heredero de los Estados del Duque su padre, lo fue tambien de su virtud; tanto, que se mereció el renombre de *Piadoso*. No dedicó menos cuidado la virtuosa Princesa á arreglar toda su familia y casa ducal; damas, señoras de honor, criadas y criados inferiores, todos vivian con regla, todo olia á virtud, y todo publicaba por cierto aire de religion y de modestia la eminente santidad de la ama á quien servian.

No podia verse sin mucha admiracion que una princesa jóven, adornada de todas las bellas prendas que tanto brillan en el mundo, en medio de una corte tan pomposa como lucida, adorada de un esposo magnífico y poderoso, estimada, respetada y aplaudida de todo el mundo, hallándose en lo mas florido de su edad, viviese mas como religiosa que como soberana, pasando los dias en retiro y en ejercicios de austeridad y de penitencia. Pero lo mas asombroso fue que despues de tener el sexto hijo supo persuadir al Duque su marido á que pasasen el resto de su vida en perfecta continencia; y los dos esposos hicieron secretamente este voto en manos de su obispo. Desde aquel dia así el Duque como la Duquesa hicieron portentosos progresos en el camino de la perfeccion. Sintio Eduwigis inflamado su corazon con un nuevo incendio del divino amor; de manera que ya todos sus deseos, todas sus ansias, todos sus suspiros eran por el cielo, no considerándose ya sino como madre de los huérfanos, de las viudas y de los pobres. Todos los dias sustentaba un gran número de ellos en su palacio, y muchos comian á su mesa sirviéndoles ella misma la comi-

da; de suerte, que ya era dicho comun en la corte, que la Duquesa solo se divertia visitando los pobres enfermos en los hospitales. Persuadió al Duque su marido que fundase á corta distancia de Breslau, capital de la Silesia, donde residian los dos, el grande y célebre monasterio de Trebnitz, que la santa Duquesa entregó á las religiosas del Cister. Dotóle el Duque ricamente; pero Eduwigis aumentó tanto sus rentas, que alcanzaban para mantener á mil personas. Eran recibidas en él todas las viudas y todas las doncellas que se querian consagrar á Dios. Al principio se contaban en la comunidad muchos centenares de monjas, á cuya frente estaba la princesa Gertrudis, hija de nuestra Santa; y muy en breve aquel famoso monasterio fue escuela de perfeccion y asilo de la inocencia. Además de esto, hizo santa Eduwigis que se educasen en él muchas señoritas pobres y huérfanas, con otras muchas doncellas de inferior esfera, dando el hábito á unas, casando á otras, y proporcionando á todas medios muy oportunos para su salvacion.

Nunca habia gustado de galas; pero después que hizo el voto de continencia, se vistió mas llanamente; de manera, que ninguna mujer anduvo jamás vestida con mayor honestidad y modestia. Su ejemplo reformó muy en breve la vana profanidad de las señoras de la corte, como la ejemplar virtud del Duque corrigió las costumbres y la conducta de los cortesanos. Pasaba Eduwigis lo mas del tiempo dentro del monasterio de Trebnitz en compañía de las religiosas, con que sin mucha dificultad pudo conseguir el beneplácito de su marido para tomar tambien el hábito, aunque sin hacer los votos; bien que observaba todas sus reglas con mas exactitud que las mismas religiosas. En nada quiso admitir la mas leve distincion. Abatíase á los mas humildes oficios, diciendo á las monjas: *Vosotras sois esposas de Jesucristo, yo no soy mas que una de vuestras criadas, con que de obligacion me tocan estos menesteres.* En virtud de este dictámen tomaba siempre el ínfimo lugar en el coro, en el refectorio y en todos los demás actos de comunidad; usando únicamente en esto del derecho que la daba el título de fundadora; ni jamás fue posible rendir su humildad á que admitiese otras preeminencias.

El tierno amor y el sumo agradecimiento que profesaba á Cristo crucificado la inspiraban un deseo tan encendido de padecer mucho por su amor, que costó trabajo á sus directores poner algunos límites al rigor de sus penitencias. Siendo jóven, delicada y de flaca complexion, maceraba tanto su carne, que tocaba ya la raya de cierto inocente exceso. Ayunaba todos los dias á excepcion de los domingos

y fiestas mas principales del año, y se prohibió absolutamente toda comida de carne. En una grave enfermedad el legado de la Silla apostólica en Polonia la mandó que usase de todo género de alimentos: obedeció, pero aseguró después que esta delicadeza habia ejercitado mas su paciencia que toda su dolorosa enfermedad. Los domingos, martes y jueves comia pescado y leche: los lunes y sábados solamente legumbres; y los miércoles y viernes ayunaba á pan y agua. Ni de dia ni de noche se desnudaba un áspero cilicio que la rodeaba la cintura, y estaba todo teñido de sangre cuajada. Andaba con los piés descalzos por la nieve y por el hielo, cuyo rigor abriéndoselos en grietas, descubria los sitios por donde pasaba, dejando en ellos ensangrentadas las huellas. La cama de respeto era correspondiente á su alta representacion; pero era de respeto y nada mas, porque ella no usaba de otra que de unos humildes sarmientos. Eran excesivas sus vigilias; apenas descansaba dos ó tres horas, y levantándose á Maitines, pasaba lo restante de la noche en oracion y en otras devociones, las que interrumpia para mortificarse con sangrientas disciplinas, de cuya fervorosa crueldad daban buen testimonio las paredes salpicadas de su sangre. Si sus indisposiciones la precisaban á mitigar algo estos rigores permitiéndose algun alivio, admitia por cama un brazado de paja cubierta con una gruesa manta. Extenuóse tanto su cuerpo al continuado teson de una vida tan penitente, que parecia un esqueleto animado. Todas las mañanas oia cuantas misas se celebraban en la iglesia del monasterio, con tanta devocion, que la pegaba aun á los mas indevotos: comulgaba con mucha frecuencia, y sentia en la Comunion aquellos dulcísimos consuelos con que regala el Señor á las almas fervorosas y mortificadas. Pero no hay virtud sobresaliente sin pesadas cruces, no hay Santo sin grandes pruebas.

Conrado, duque de Kirne ó de Cirna, entró en las tierras del duque de Polonia Enrique, marido de nuestra Santa: dióse la batalla, y en ella quedó este herido y prisionero. Sintió vivísimamente Eduwigis este desgraciado suceso; pero sin que por eso se alterase su tranquilidad, contentándose con decir á los que trajeron tan melancólica noticia, que esperaba en Dios ver muy presto al Duque restituido á su libertad y sano de sus heridas. Pero resistiéndose Conrado á poner en libertad al duque de Polonia, sin embargo de las razonables condiciones que se le propusieron para ajustar la paz, se vió precisado el jóven Enrique, primogénito de la Santa, y heredero presuntivo de los Estados, á levantar un poderoso ejército, para que hiciese la fuerza lo que no habia podido la negociacion. Horrorizada la

piadosísima Duquesa de la sangre que se habia de derramar, se determinó á pasar ella misma á la corte de Conrado á exponer su persona para salvar á los demás. Apenas la vió en su presencia el duque de Kirne, cuando apoderado de un respetuoso terror, y olvidado de aquella fiereza con que se habia mostrado inflexible, concedió á la Princesa todo cuanto le pidió, se ajustó la paz, y puso en libertad al duque de Polonia. Murió este virtuoso Duque poco tiempo después, y todos admiraron la constancia, el teson y la superior virtud de la Duquesa. Vióle espirar con ojos enjutos; y como las religiosas de Trebnitz mostrasen su excesivo dolor, explicándole en copiosas lágrimas, las dijo con una santa entereza: *Todos debemos recibir con humilde rendimiento, en vida y en muerte, las amorosas disposiciones de la divina Providencia.* Tres años después quiso tambien el Señor ejercitar la heróica constancia de Eduwigis con otra prueba no menos dolorosa en la muerte del duque Enrique el Piadoso, su hijo primogénito, que murió en una accion contra los tártaros. Llególa al alma esta pérdida, pero la llevó con tanta resignacion y con tanta serenidad, que tuvo pocos ejemplares, acreditando lo muerta que estaba la Duquesa á todos los desordenados movimientos de la carne y sangre. No obstante el grande estudio que ponia en ocultar á la noticia de sus hijas las extraordinarias gracias con que el Señor la favorecia y los celestiales consuelos con que la inundaba en la oracion, no podian menos de dar bastantemente á entender estos divinos favores sus dulces lágrimas, sus tiernos suspiros y sus amorosos ímpetus. Ni podia reprimir las lágrimas cuando se hablaba de Dios, ni otros podian reprimir las suyas cuando la oian hablar del amor de Jesucristo. Solo con oir pronunciar el dulce nombre de María se bañaba de gozo su semblante. Favorecióla Dios con el don de milagros y de profecía, pronosticando el dia de su muerte mucho tiempo antes de su última enfermedad; y aunque toda su vida fue una continuada preparacion para aquella postrera hora, redobló su fervor cuando vió que se iba acercando. Mientras duró la enfermedad de que murió, la manifestó el Señor muchas cosas que jamás habia aprendido ni oido á persona humana. Quiso recibir los Sacramentos cuando parecia que ya estaba buena; pero presto conocieron todos que estaba bien informada de la hora de su muerte, pues poco después de haberlos recibido pasó tranquilamente al descanso del Señor el dia 15 de octubre del año de 1243, habiendo vivido con cierta especie de milagro continuado cuarenta años enteros entregada á penitentísimos rigores, que confunden sin excusa la delicadeza y la cobardía de las personas del mundo.

Fue enterrado su cuerpo en la iglesia del monasterio de Trebnitz con la pompa y con la solemnidad que era debida á tan santa como respetable princesa; y muy luego comenzó á hacerse glorioso su sepulcro al número y á la magnitud de sus milagros. Trabajóse sin cesar en los procesos de su canonizacion, que se celebró solemnemente el dia 15 de octubre del año 1267, veinte y cuatro después de su muerte, por el papa Clemente IV; y aun se asegura que cuando el Papa estaba celebrando la misa para canonizarla, suplicó humildemente á Dios que se dignase dar vista á cierta doncella ciega en testimonio de la santidad de Eduwigis, y que en el mismo punto cobró su vista la venturosa doncella. El año siguiente á los 17 de agosto el santo cuerpo fue elevado de la tierra, exhalando una suavísima fragancia, que llenó de admiracion y de consuelo á todos los circunstantes. Encontráronse consumidas todas sus carnes, á excepcion de tres dedos de la mano izquierda, en que tenia asida una imágen de la santísima Vírgen, que toda la vida habia llevado consigo. Murió con ella en las manos, y la apretó con los tres dedos tan fuertemente, que no pudiéndosela arrancar, la enterraron tambien con ella. El papa Inocencio XI fijó su fiesta al dia 17 del mismo mes.

LOS SANTOS VÍCTOR, ALEJANDRO Y MARIANO, MÁRTIRES.

En la desgraciada época que cayó España bajo el poder de los mahometanos, especialmente la provincia de Andalucía fue el teatro de las mas sangrientas crueldades de los agarenos. Entre muchísimos de los cristianos que entonces lograron la corona del martirio, es de notar Teodisco, obispo de Baeza, ciudad antigua del reino de Jaen, cuando la primera irrupcion que hicieron los bárbaros en tiempo del rey don Rodrigo, y quedó aquella iglesia sin pastor que pudiese asistir y consolar á los fieles en una ocasion de tanta tribulacion y de tanta angustia. Consiguieron después los cristianos mozárabes, esto es, aquellos que vivian mezclados con los árabes, el uso libre de su religion y la eleccion de ministros eclesiásticos, á expensas de los crecidos tributos que quisieron imponerles los africanos; y valiéndose de este indulto los de Baeza, procedieron á elegir obispo en quien concurriesen las cualidades que exigian las críticas circunstancias de siglos tan turbulentos. Vivia por entonces en la misma ciudad un varon ilustre llamado Víctor, muy conocido por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría; y como sus eminentes virtudes eran tan notorias, fue promovido á aquella cátedra por aclamacion comun de todos los electores. Conoció Víctor

que era la voluntad de Dios que cargase sobre sus hombros con la pesada carga del ministerio episcopal en la estacion de tan furiosas tempestades; y revestido de aquel valor y de aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo, acreditó desde luego con pruebas prácticas el alto concepto que los fieles de Baeza tenian formado de su persona.

Alcanzó el pontificado de este glorioso pastor tiempos muy turbulentos: las armas vencedoras de los infieles y las pretensiones de los vireyes á quienes obedecia por entonces España, parece que se habian conjurado para destruir el nombre y la religion de Jesucristo, renovando con sus continuas persecuciones las crueldades de Neron y de Diocleciano, y aun con exceso, por ser mayor el número de los Cristianos que el de los primeros siglos de la ley de gracia; pero aunque todas las ciudades y los pueblos de Andalucía participaron de tan fatal azote, descargó mas el furor sobre Baeza, á quien cupo un virey ó gobernador árabe, que quebrantando los pactos hechos con los Cristianos, los perseguia de muerte, dejándose ver aquella ciudad como un anfiteatro de las mas enormes atrocidades, puesto que en la ocasion hicieron los fieles ostentacion de la firmeza de su fe, saliendo al campo de la batalla á combatir contra los enemigos de la Religion, sin temor de las cárceles, de los tormentos, ni aun de la misma muerte; cuyos gloriosos triunfos se debieron en la mayor parte á la vigilancia y desvelo de Víctor, que siempre activo y siempre infatigable animaba á los Cristianos con su presencia y con sus sabias exhortaciones á mantenerse constantes en la fe que profesaban. Supo el bárbaro agareno los oficios del celosísimo Prelado, y dando órden para que lo prendiesen con Alejandro y Mariano, fieles cooperadores de Víctor en todas las funciones de su ministerio, mandó decapitarlos en el dia 17 de octubre del año 743, que fue el de su glorioso martirio. Arrojaron los moros, segun parece, los cuerpos de los tres Santos en el foso del alcázar de Baeza, donde se mantuvieron ocultos muchos siglos, hasta el año 1633 en que se dignó el Señor manifestar sus venerables reliquias con las de otros muchos Mártires que padecieron por la fe, por medio de las prodigiosas luces que aparecieron en los muros del mismo alcázar; y habiendo sido la invencion en tiempo del Emo. Sr. D. Baltasar de Moscoso y Sandóval, obispo de Jaen, mandó que se celebrasen con rito doble en aquella diócesis.

La Misa es en honor de santa Eduwigis, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatam Hedwigem à saeculi pompa ad humilem tuae crucis sequelam toto corde transire docuisti: concede, ut ejus meritis et exemplo discamus perituras mundi calcare delitias, et in amplexu tuae crucis omnia nobis adversantia superare: Qui vivis et regnas...

Ó Dios, que enseñaste á la bienaventurada Eduwigis á renunciar de todo su corazon las pompas del mundo por seguir con humildad el camino de tu cruz; concédenos por sus merecimientos que á ejemplo suyo aprendamos á menospreciar las perecederas delicias de este siglo, y á vencer por tu amor todas las adversidades de esta vida. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capitulo XXXI *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitae suae. Quaesivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque praedam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suae à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terrae. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananaeo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiae, et lex clementiae in lingua ejus. Consideravit semitas domus suae, et panem otiosa

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró, y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa,

non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam praedicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada: tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadla del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? es decir, una mujer de juicio tan sentado, y de tan despejada capacidad, que no se deje deslumbrar de las brillanteces que tanto encantan á las de poco entendimiento; de tanta penetracion, que conozca la extravagancia de una moda, la vanidad lastimosa de una gala, la caduca duracion de una fortuna brillante, el veneno y la malignidad de las máximas del mundo; de tanto valor y de tanto espíritu, que desprecie generosamente todo aquello que no da mérito alguno; y en fin, de tanta religion y de tanta cordura, que dedique su estimacion solamente á la virtud? Esta es aquella mujer que con tanta razon dice el Espíritu Santo es muy rara, se ve pocas veces en el mundo; pero no deja de causar admiracion que sea tan rara una mujer de este carácter. Hay muchas mujeres (¿quién lo puede negar?) de grande entendimiento: encuéntranse no pocas de rara penetracion, de un ingenio noble, sólido, comprensivo y elevado, imbuidas en máximas muy cristianas, y de una generosidad que parece muy superior á su sexo; sin embargo, aun entre estas mismas son bien pocas las que no se dejan deslumbrar de un falso, de un aparente resplandor; pocas las que no pretenden hacer mérito de la hermosura; y son todavía menos las que no tengan pasion por las galas, por cien fruslerías y por mil femeniles bagatelas. Ejerce la vanidad un imperioso, un despótico dominio sobre el entendimiento, no menos que sobre su corazon. Domínalas el deseo de sobresalir y de brillar: ¿cuál suele ser la materia de sus mas ingeniosas conversaciones? una moda, un tocado de nueva invencion, un peinado, un abanico, una tela, un vestido, una librea, un mueble: estos suelen ser los asuntos que se tratan en sus largas, en sus brillantes visitas. Por lo comun no hay cosa mas ridícula, de menos sustancia, ni mas digna de risa ó de compasion que sus interminables conversaciones. Bien se puede decir que el carácter de esos celebrados ingenios es emplearse eternamente en

lo mas vano y en lo mas inútil de la vida; pero ¿de qué principio provendrá un trastorno tan extraño y tan universal el dia de hoy? A la verdad, la educacion puede contribuir mucho á envilecer ó á debilitar unos entendimientos que serian sólidos naturalmente; pero tambien la razon y la reflexion serian muy bastantes para corregir los defectos de la educacion. El verdadero orígen, pues, de este trastorno, es la falta de virtud. Una vez que se apoderó del entendimiento y del corazon de una mujer el espíritu del mundo, deja poca libertad á la razon y á la Religion. Luego que una alma comienza á ser mundana, inmediatamente se hace poco cristiana; y desde aquel punto el entendimiento, la capacidad, el juicio, el corazon, la cordura, las máximas mas verdaderas y mas sólidas, todo degenera en ella. ¿Quieres hallar una mujer fuerte; es decir, cuyo mérito sea verdadero, y que ella misma sea verdaderamente respetable? pues busca una que sea verdaderamente virtuosa, verdaderamente cristiana, que coloque todo su mérito en cumplir con las obligaciones de su estado. El retrato de esta mujer hácele la Epístola de hoy, y el modelo de ella fue santa Hedwigis. El temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, debe ser, dice el Sabio, como la basa y el cimiento de todas sus bellas prendas. El cuidado de vivir bien con el esposo que el cielo la destinó, y de conservar la union y la paz en la familia, ha de ser una de sus principales ocupaciones; la vigilancia sobre su casa y la aplicacion á mantener en ella el órden y buen gobierno todo su estudio. Desengañémonos, solo será mujer de mucho mérito la que fuere mujer de mucha virtud.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág. 151.*

MEDITACION.

Cuánto se debe temer el estado de tibieza.

Punto primero.—Considera que no hay estado de que sea mas dificultoso salir que del estado de tibieza. Para salir de un estado peligroso á la salvacion es preciso conocer, lo primero, que efectivamente está el alma en aquel estado, y lo segundo, su peligro. Pues esto es puntualmente lo que el alma tibia no conoce. El pecador que notoriamente está como anegado en los mayores desórdenes, sin dificultad conoce el lastimoso peligro en que vive. Hay ciertos momentos venturosos en que á favor del menor rayo de la gracia descubre en su pobre alma tan monstruosas deformidades, que él mismo

es el primero en llorar su infelicidad; y esta humilde confesion, este saludable conocimiento hace menos dificultosa su conversion. Pero al alma tibia siempre la falta este socorro; porque nunca se persuade que está en el estado de la tibieza. Bien se puede decir que ya no está en él cuando comienza á conocerlo; porque este conocimiento siempre es hijo del fervor; y esto es justamente lo que hace tan dificultoso el que una alma tibia vuelva sobre sí. ¿Por dónde se le ha de persuadir que está en este lamentable estado, si el primer efecto que causa la tibieza es la ceguedad? Como la tal alma solo se fué relajando poco á poco, tambien se fué poco á poco familiarizando con el pecado hasta que hizo costumbre de sus faltas, y en fin, llega á saborearse en ellas. En semejante estado nada la hace fuerza, y de nada desconfia. Nunca descubre en sí cosa nueva que la escandalice. Cáese en la tibieza sin omitir ninguno de los ejercicios espirituales acostumbrados; antes bien la tibieza, por lo comun, tiene su orígen en aquellas imperfecciones que insensiblemente se van como resbalando en estos mismos ejercicios. Ocúltase uno á sí propio muchos defectos reales y verdaderos bajo la apariencia de una virtud superficial; y esto es lo que hace el mal cási incurable. El mismo Dios que hace tanto ruido para despertar la modorra del pecador, parece como que calla, y como que en cierta manera guarda el sueño al alma tibia, como si quisiera dejarla morir en su letargo. *Yo comenzaré á vomitarte poco á poco,* dice el mismo Dios. *Yo comenzaré*, como quien dice, no te vomitaré de golpe, sino poco á poco, sin ruido, sin estruendo, insensiblemente; de miedo (á nuestro modo de entender) de que no lo advierta el alma tibia; de suerte, que esta pobre alma se halla, digámoslo así, condenada y reprobada sin conocerlo, sin ofrecérsela la menor desconfianza sobre el infeliz estado en que se ve. Pues ¿en qué se ha de fundar la esperanza de que querrá salir de él? Buen Dios, ¡hay en el mundo estado mas digno de temerse!

Punto segundo. — Considera que la desgracia de una alma tibia es tanto mayor cuanto en aquel lastimoso estado los consejos de los mayores amigos, las saludables advertencias de un prudente confesor, los avisos de un superior celoso, los buenos ejemplos que se tienen á la vista, todo es mal recibido, llegando á tanto algunas veces esta insensibilidad y esta dureza, que parece estar el alma como encantada ó poseida. Nada la hace fuerza, nada la mueve, ni aun aquello mismo que atemoriza y aterra á los mayores pecadores. Parece que está en ella apagada la fe y desterrada la razon, descubriéndose

señales muy visibles de un funesto abandono de Dios, y como si dijéramos de su cierta infeliz reprobacion. Todos deben temer un estado tan infeliz; pero ningunos mas que los que exhortan á otros á la práctica de las virtudes que ellos no tienen. Estas personas son tan celosas de la perfeccion de los demás, que saben reprenderlos admirablemente de las mas leves imperfecciones; caen, por lo comun, en la tibieza si no practican aquello mismo que enseñan, si no corrigen en sí las mismas ó semejantes imperfecciones, y si se dispensan á sí propias en el ejercicio de aquellas virtudes que aconsejan. Se ha visto muchas veces á los mayores pecadores, dice san Buenaventura, salir del atolladero de sus vicios, y hacer sincera penitencia; pero cási nunca se ve á una alma tibia salir de su desidia y de su lastimosa flojedad. Con efecto, ¿qué cosa puede hacer fuerza á una alma que por largo espacio de tiempo ha sabido componer el conocimiento de las verdades mas terribles de la Religion con una continuada infidelidad? No, cierto, aquellas verdades espantosas, pues está ya acostumbrada á manejarlas sin que la hagan impresion: no los buenos ejemplos, pues se ha familiarizado tanto con ellos, qui ni aun apenas los repara. Pero, mi Dios, ¡qué fuerza harán estas reflexiones á una alma que poco á poco se va consumiendo con la calenturilla lenta de la tibieza! Rara vez se sana de ella sino por un milagro de vuestra misericordia. Nunca conocerá su desdicha, si Vos no se la haceis conocer; nunca se verá á sí misma en esta pintura, si Vos no la decís interiormente que este es su verdadero retrato. Mas, ¿y de qué la servirá este conocimiento si no la dais una poderosa gracia para que salga de tan lastimoso estado? Concedédmela, Señor, por vuestra piedad, que resuelto estoy á no resistirla.

Jaculatorias.—No me abandoneis, Señor, no me desampareis, pues solo en Vos coloco toda la esperanza de mi salvacion. (*Psalmus* xxvi).

Siento, mi Dios, no sé qué nuevo fervor dentro de mi corazon; encendédmele, avivádmele mas y mas. (*Psalm.* xxxviii).

PROPÓSITOS.

1 Al hombre tibio ordinariamente le concede Dios pocas gracias extraordinarias; porque es muy infiel aun á aquellas pocas que recibe. Sus faltas siempre son considerables por ir acompañadas de mayor menosprecio, de malicia mas voluntaria y de mas fea ingratitud que las de otros pecadores. La odiosa mezcla de bueno y malo de que

se componen los colores que forman el retrato de una alma tibia, muestra bien lo injuriosa que es á Dios su mala conducta. En lo bueno aparente que hace acredita que no peca por olvido de Dios; pero la imperfeccion y la desidia con que hace aquello poco bueno convencen el bajo concepto, ó por mejor decir, el desprecio con que trata al mismo Dios, sirviéndole con tanto disgusto, con tanta indiferencia y con tanta frialdad. Por eso se puede decir que es recíproco este disgusto; ella está disgustada de Jesucristo, y Jesucristo está disgustado de ella. Así, pues, no hay que admirarse de que esta especie de almas al acabar de comulgar estén tan prontas á reincidir en sus antiguas y acostumbradas faltas, como si no hubieran comulgado. Considera ahora el horror con que has de mirar este funesto estado, y cuánto le debes temer. Para concebir este saludable horror, y para desviarte mas de estado tan infeliz, siempre que vas á comenzar alguna buena obra, como la oracion, la misa, el rezo, piensa cómo lo debes hacer, para hacerlo con fervor.

2 Aunque la tibieza es tan gran mal, siempre nace de causa muy ligera. No se cae en él de golpe, ni cometiendo culpas graves, sino por estas que se llaman distracciones voluntarias, faltas comunes, pecados veniales de costumbre, descuido y negligencia en las obligaciones, etc. Sé, pues, atentísimo, cuidadosísimo en evitar las menores imperfecciones voluntarias; las faltas mas pequeñas que se cometen con plena deliberacion llevan cási infaliblemente á la tibieza.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de san Lucas, evangelista; el cual padeció muchos trabajos por Jesucristo, y lleno de la gracia del Espíritu Santo murió en Bitinia: sus huesos fueron trasladados primero á Constantinopla, y después á Padua. *(Véase su vida hoy).*

San Asclepiades, obispo, en Antioquía, otro de aquellos ilustres mártires que con tanta gloria padecieron en tiempo de Macrino.

San Justo, mártir, en la diócesis de Beauvais; el cual en la persecucion de Diocleciano siendo aun niño *(contaba nueve años)* fue degollado por sentencia de Riccio Varo, presidente.

San Atenodoro, obispo, en Neocesarea, en el Ponto: fue hermano de san Gregorio el Taumaturgo, prelado de esclarecida doctrina, que padeció en la persecucion de Aureliano *(en el año 233. Asistió al concilio de Antioquía contra Pablo de Samosata, en el cual se distinguió por su eminente sabiduría y ardiente celo por la pureza de la doctrina católica).*

San Julian, ermitaño, en Mesopotamia, junto á la ribera del Eufrates.

(Algunos autores han confundido este SAN JULIAN, *ermitaño, con* SAN JULIAN SABAS, *de quien se lee en el martirologio de 14 de enero, atribuyendo á entrambos la misma historia. Quizá en efecto sean uno mismo, derivando la equivocacion del Martirologio griego que hace memoria en este dia del san Julian Sabas).*

SANTA TRIFONIA, en Roma; la cual fue mujer del emperador Decio: sepultáronla en una cueva junto á san Hipólito.

SAN LUCAS, EVANGELISTA.

San Lucas, llamado el Evangelista, no solo por haberle nombrado los Apóstoles para anunciar el Evangelio á las naciones, que este ministerio fue comun á los santos Felipe, Timoteo, Tito, Sylas, Sosthenes, Tichico y otros, sino particularmente por haberle escogido Dios para escribir el Evangelio; esto es, la historia de la vida, muerte, milagros y doctrina de Jesucristo, lo que solo es propio de los autores sagrados, cuales fueron san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan.

San Lucas, á quien san Pablo llama algunas veces *Lucio*, para latinizar su nombre un poco mas, fue natural de Antioquía, ciudad metrópoli de Siria. Era gentil de orígen, como nacido en el paganismo, y le convirtió san Pablo, su pariente, de quien despues fue discípulo, amigo particular, compañero en sus viajes, y al fin historiador de su vida. Dedicóse cuando niño al estudio de las letras humanas, en las que hizo grandes progresos por ser de excelente ingenio; y en sus escritos se conoce que poseyó con grande penetracion la lengua griega, siendo su estilo mas culto y mas elocuente que el de los otros escritores sagrados, y aun por lo mismo se juzga que aunque nació en Siria era originario de Grecia. Algunos opinaron que fue judío de nacimiento, y uno de los setenta y dos discípulos del Salvador, adelantándose á afirmar que era el compañero de Cleofas, uno de los dos discípulos á quienes se apareció Cristo cuando iban al castillo de Emaus; pero el mismo Evangelista dice con toda claridad, que escribió su Evangelio arreglándose á la relacion que le hicieron los que habian visto y tratado al Salvador, siendo testigos oculares de sus acciones: *Segun lo aprendimos de aquellos mismos que le vieron desde sus principios* (*Luc.* I), esto es, de los sagrados Apóstoles; lo que prueba bastantemente que san Lucas nunca le vió. Fue médico de profesion, como expresamente nos lo asegura el mismo san Pablo en su epístola á los colosenses por estas palabras: *Salúdaos Lucas, médico carísimo* (*Colos.* IV), y añade san Gerónimo que era muy hábil en aquella facultad. No lo fue menos en el arte de la

pintura, aunque solo nos ha quedado de su mano una imágen de la santísima Vírgen, que por antigua tradicion se cree ser obra del sagrado Evangelista.

Hallándose san Pablo en Antioquía, se encontró con su pariente Lucas, hombre muy estimado en toda la ciudad por sus conocidas prendas, pero con la desgracia de vivir sepultado en las tinieblas del gentilismo, como nacido y educado con la doctrina de sus ridículas supersticiones. Luego que el santo Apóstol le habló de la verdadera Religion, disipó la gracia todas aquellas tinieblas; y habiendo recibido el Bautismo, se hizo discípulo de san Pablo, y fue el mas querido de todos. San Gerónimo le llama su hijo espiritual, y san Juan Crisóstomo fiel compañero de sus viajes y de sus trabajos. Luego que san Bernabé se separó del Apóstol, entró san Lucas en su lugar, y le acompañó en el primer viaje que hizo después de esta separacion á Troade de Macedonia, hácia el año de 51, sin que después se hubiese apartado jamás de su lado. Detúvose por algun tiempo con san Pablo en Filipos de Macedonia, y recorrió en su compañía las ciudades de la Grecia, donde era muy copiosa la miés, haciéndose mayor cada dia. Con esta ocasion tuvo el consuelo de conocer y de tratar á muchos Apóstoles y discípulos de Cristo, de quienes se informó menudamente de todas las circunstancias de su vida, de su pasion, de su resurreccion, de sus milagros y de su doctrina. Por este tiempo, es decir, por los años de 53, hallándose san Lucas en Acaya le inspiró el Espíritu Santo que escribiese su Evangelio cuando ya habian escrito los suyos san Mateo y san Marcos; pero como estos dos Evangelistas hubiesen omitido muchos hechos singulares en la vida del Salvador, para cumplir esta omision se entremetieron algunos falsos apóstoles en escribir historias atestadas de ficciones y de fábulas. Por eso escogió Dios á san Lucas para enseñar á los fieles la verdad, inspirándole el pensamiento de escribir su Evangelio. Las particularidades de la vida de la santísima Vírgen y de la infancia de Jesucristo que san Lucas nos conservó, sus cánticos, las respuestas que dió al Ángel, la relacion circunstanciada del viaje que hizo, y de todo lo que pasó en la visita de su prima santa Isabel y de Zacarías; lo que observa el mismo Evangelista, que siempre que sucedia alguna cosa nueva y singular, *María lo notaba, lo rumiaba y lo conferia allá consigo misma dentro de su corazon;* todas estas particularidades dan á entender que san Lucas tuvo la dicha de conocer personalmente á la santísima Vírgen, y de oir de su misma sagrada boca muchas circunstancias de su vida y de la de su santísimo Hijo.

Toda la Iglesia reconoce en este Evangelio el espíritu divino que le dictó; y así san Pablo como todos los demás Apóstoles le aprobaron como una fiel y compendiosa historia de la vida de Jesucristo, y como uno de los libros sagrados de la Iglesia. En todas partes fue desde luego recibido como tal, de que da testimonio san Pablo en la segunda epístola que escribió á los corintios, remitiéndosela por mano de Tito y del mismo san Lucas, cuando dice: *Partió de aquí Tito para esa ciudad, y va en su compañía Lucas, uno de nuestros hermanos, que se ha hecho muy recomendable en las iglesias por el Evangelio que escribió; y además de eso las mismas iglesias nos le dieron por compañero en nuestros viajes.* Tampoco se duda que el Evangelio que el mismo Apóstol llama suyo: *Evangelium meum*, en su segunda epístola á Timoteo, sea el Evangelio de san Lucas, que quiso adoptar san Pablo como si lo fuese. Dirige san Lucas su Evangelio á Teófilo, nombre general, en sentir de san Epifanio, de Orígenes y de san Ambrosio, por el cual solo quiso entender el Evangelista á todos los que aman á Dios; aunque san Agustin, san Juan Crisóstomo y otros muchos son de parecer que este tal Teófilo era un hombre de distincion, ó el gobernador de una provincia, convertido al cristianismo. Por el modo con que este Evangelista cita la sagrada Escritura, siguiendo siempre la version de los Setenta, aun en aquellos lugares en que esta se desvia del original hebreo, se conoce bastantemente que no fue judío de orígen; y la conformidad que se nota en su Evangelio con lo que dice el apóstol san Pablo en su primera epístola á los corintios, es gran prueba de lo que dicen los antiguos, que el Apóstol como que adoptó por suyo este Evangelio. Ambos refieren con unas mismas voces la institucion de la Eucaristía, y solamente los dos, es á saber, san Pablo y san Lucas, hablan de la aparicion de Cristo á san Pedro el dia de la resurreccion.

Todo el tiempo que san Pablo se detuvo en Macedonia corrió cási todas las ciudades de la Grecia, llevando en su compañía á san Lucas; pero el tenerle siempre á su lado por compañero inseparable no era pura y precisamente por lograr este consuelo y esta satisfaccion; era tambien para la edificacion de los demás, queriendo que le acompañase en todos los viajes aquel su querido discípulo, así para que le ayudase á recoger las limosnas de los fieles, como para tener en él un testigo de toda excepcion de su apostólico y perfecto desinterés; porque no basta que un Apóstol sea inocente, sea irreprensible; es menester que desvie de sí toda sospecha de interesado, ó de no proceder de buena fe. En todas ocasiones mostraba san Pablo la mucha

estimacion que hacia del santo Evangelista, y el grande amor que le profesaba. En la segunda epístola á los corintios le llama hermano suyo, asegurando en ella que daba mucho honor á su Evangelio, no solo con la pureza de sus costumbres y con el resplandor de su eminente santidad, sino tambien con el ardor de su abrasado celo. Por lo mismo añade en el mismo lugar que era muy celebrado en todas las iglesias, apellidándole Apóstol de ellas y gloria de Jesucristo: *gloria Christi.* (II *Cor.* VIII).

Habiendo ido san Lucas á Corinto en compañía de Tito á llevar esta segunda epístola, trabajó con feliz suceso en cultivar aquella florida viña del Señor. Juntósele luego san Pablo, y desde aquella ciudad escribió á los romanos elogiando á nuestro Santo bajo el nombre de Lucio su pariente. Poco tiempo después partieron juntos para la Asia, y desde allí pasaron á Macedonia. Desembarcaron en Cesarea de Palestina, y allí hizo san Lucas cuanto pudo para quitar de la cabeza á san Pablo el pensamiento de ir á Jerusalen, atemorizado con la profecía del profeta Agabo de que seria encarcelado y entregado á los gentiles; pero viéndole resuelto á emprender aquel viaje, sin embargo de tener muy previsto cuanto le habia de suceder en él, no le quiso abandonar, y le acompañó en la visita que hizo al apóstol Santiago. San Pablo fue arrestado por el tribuno Lisias, que le remitió á Félix, gobernador de la Judea. Este le tuvo preso dos años en Cesarea, y cuando acabó su gobierno le dejó en la cárcel para dar este gusto á los judíos. Ya que san Lucas no pudo aliviar á san Pablo en el trabajo de las cadenas, quiso partir con él las incomodidades de la prision, haciéndole fiel compañía dentro de la misma cárcel todo el tiempo que estuvo en ella. Embarcóse con el mismo Apóstol para Roma, donde él habia apelado, y donde debia sentenciarse su causa por el Emperador. Sabidos son los peligros que corrieron y los trabajos que toleraron en la navegacion. Pero ninguna cosa fue capaz de alterar un punto la fidelísima ley del discípulo al maestro, ni incomodidades, ni fatigas, ni malos tratamientos. Llegaron los dos á Roma hácia el fin del invierno del año de 61, y no quiso san Lucas apartarse del lado del Apóstol todo el tiempo que duró su prision, que fue por espacio de dos años, para servirle, obedecerle y asistirle, aunque no ignoraba los grandes peligros á que estaba expuesto en una ciudad donde solo el nombre de cristiano irritaba el furor de los gentiles; ciudad que igualmente era cabeza del universo, que capital del gentilismo. Escribiendo san Pablo desde la prision á los colosenses hace honorífica mencion de san Lucas y de otros

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

discípulos suyos, que eran todo su consuelo en medio de las cadenas. *Mi carísimo hermano el médico Lucas y demás os saludan.* Y en la epístola á Filemon, que escribió por el mismo tiempo, dice: *Tambien os saludan Epafras, que está conmigo en la cárcel por amor de Jesucristo; juntamente con María, Aristarco, Demas y Lucas, compañeros de mis trabajos.*

Por este tiempo, es decir, el año de 63, hácia el fin de la primera vez que estuvo preso el apóstol san Pablo, compuso san Lucas el libro de los Hechos apostólicos; esto es, la historia de las principales acciones de los Apóstoles de Cristo, y de los sucesos mas maravillosos y de mayor edificacion acaecidos hasta entonces desde el nacimiento de la Iglesia. Después de habernos dado en su Evangelio la historia de la vida de Cristo, en esta obra posterior nos dejó la historia de la fundacion y del establecimiento de su Iglesia, siendo un fiel resúmen de los progresos que hizo el Cristianismo los primeros veinte y nueve ó treinta años inmediatamente posteriores á la ascension del Salvador. Seguramente que después de la vida y de la doctrina del mismo Salvador, que nos refirió en su Evangelio; después de las particularidades y de las circunstancias de la santísima Vírgen, cuyo confidente le podemos llamar, no nos pudo proponer objeto mayor ni mas noble; no pudo hacer obra mas útil ni de mayor importancia para toda la Iglesia, ya se consideren los grandes ejemplos que pone á la vista para la imitacion, ya las admirables instrucciones para la doctrina. Represéntanos, dice san Juan Crisóstomo, el cumplimiento de muchas cosas que el Hijo de Dios habia profetizado; la venida del Espíritu Santo, la prodigiosa mudanza que obró en el entendimiento y en el corazon de los Apóstoles, haciéndonos visible el verdadero modelo de la perfeccion cristiana en la vida de los primeros fieles con el ejercicio de las mas eminentes virtudes, ofreciendo á nuestra admiracion las milagrosas obras del Espíritu Santo en la conversion de los gentiles, y en fin, la maravilla de las maravillas, que fue la fundacion de la Iglesia de Jesucristo.

Intituló san Lucas su obra *Hechos de los Apóstoles*, para darnos á entender, dice san Juan Crisóstomo, que en ella no tanto habíamos de buscar los milagros, las maravillas que obraron, cuanto las santas acciones, las heróicas virtudes en que resplandecieron. Tiénese por cierto que dieron motivo á nuestro Santo para escribir esta obra los falsos hechos de los Apóstoles que desde entonces comenzaron á esparcirse por el mundo, y que quiso oponer á aquellas embusteras relaciones una historia verdadera de los hechos de san Pedro y de

san Pablo. No se atribuyen mas obras á san Lucas sino la traduccion griega de la epístola de san Pablo á los hebreos.

Puesto san Pablo en libertad después de dos años de prision, hizo muchos viajes, no solo dentro de Italia, sino tambien á países mas distantes; siendo algunos de opinion que pasó á la Asia y á la Grecia; pero siempre acompañado de su querido discípulo san Lucas, hasta que el santo Apóstol se restituyó á Roma, donde le llamaba Dios juntamente con san Pedro para consumar en ella su martirio, sin que san Lucas hubiese abandonado aquellas dos grandes lumbreras de la Iglesia hasta que fue testigo de su muerte.

Después de ella, dice san Epifanio, que san Lucas animado de su mismo espíritu, y como heredero de su celo, anunció á Jesucristo con admirable fruto en la Italia, en las Gaulas, en la Dalmacia y en la Macedonia. Los griegos aseguran que predicó el Evangelio en Egipto, en la Tebaida y en la Libia, haciendo en todas partes nuevas conquistas para Jesucristo, y sembrando en aquellas regiones el misterioso grano que con el tiempo produjo en ellas tanta multitud de mártires, de confesores y de santos anacoretas. Pero sin determinar en particular los lugares que el Evangelista santificó con sus excursiones y trabajos apostólicos; ¿qué país, dicen los Padres, qué país se encontrará en toda la extension de la cristiandad que no hubiese alumbrado san Lucas con la luz de la fe por medio del libro de su Evangelio y de sus Hechos apostólicos, que Ecumenio llama *Historia de la conducta del Espíritu Santo en el nacimiento de la Iglesia?* Afirma san Gerónimo que murió de edad de ochenta y cuatro años, y que fue vírgen toda la vida. San Gregorio Nacianceno, san Paulino y san Gaudencio aseguran que coronó con el martirio una vida tan ilustre después de tantos trabajos; y Nicéforo se adelanta á decir que fue colgado de un olivo por los gentiles. Lo cierto es que pocos Santos padecieron mas por amor de Jesucristo, y que toda su vida se puede llamar un glorioso martirio; que aun por eso la Iglesia en la oracion de su dia da el glorioso testimonio de que llevó continuamente grabada en su cuerpo la mortificacion de la cruz por el nombre de su divino Maestro. No se duda que murió en Acaya; su santo cuerpo se conservó en Patras hasta la mitad del cuarto siglo, siendo muy glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que obraba el Señor en él. El año de 357, siendo emperador Constantino, fue trasladado de Acaya á Constantinopla con el de san Andrés, y desde allí fue con el tiempo conducido á Pavía, donde es hoy reverenciado, menos su santa cabeza, que san Gregorio el Grande llevó á Roma

cuando volvió de su nunciatura de Constantinopla, y se conserva con gran veneracion en la iglesia de San Pedro.

Entre las imágenes de la santísima Vírgen que por antigua y venerable tradicion se cree haber sido pintadas por manos de san Lucas, la mas célebre de todas es la que se venera en Santa María la Mayor de Roma, cuya capilla adornó el papa Paulo V con tanta magnificencia.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Interveniat pro nobis, quaesumus, Domine, sanctus tuus Lucas evangelista, qui crucis mortificationem jugiter in suo corpore pro tui nominis honore portavit: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que interceda por nosotros tu evangelista san Lucas, el cual llevó siempre en su cuerpo la mortificacion de la cruz por la gloria de tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Gratias ago Deo, qui dedit eamdem sollicitudinem pro vobis in corde Titi, quoniam exhortationem quidem suscepit: sed cum sollicitior esset, sua voluntate profectus est ad vos. Misimus etiam cum illo fratrem cujus laus est in Evangelio per omnes ecclesias: non solum autem, sed et ordinatus est ab ecclesiis comes peregrinationis nostrae, in hanc gratiam, quae ministratur à nobis ad Domini gloriam, et destinatam voluntatem nostram: devitantes hoc, ne quis nos vituperet in hac plenitudine, quae ministratur à nobis. Providemus enim bona non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus. Misimus autem cum illis et fratrem nostrum, quem probavimus in multis saepe sollicitum esse: nunc autem multo sollicitiorem, confidentia multa in vos, sive pro Tito, qui est socius meus, et in vos adjutor, sive fratres nostri, apostoli ecclesiarum, gloria Christi. Ostensionem ergo, quae est charitatis vestrae, et nostrae gloriae pro vobis, in illos ostendite in faciem ecclesiarum.

Hermanos: Doy gracias á Dios, el cual ha puesto el mismo cuidado por vosotros en el corazon de Tito, porque recibió la exhortacion; pero siendo mas solícito de su propia voluntad, se ha partido para vosotros. Enviamos tambien con él á aquel hermano cuya alabanza está en todas las iglesias por el Evangelio, y no solamente esto, sino que ha sido elegido por las iglesias compañero de nuestra peregrinacion por esta gracia, de la cual somos ministros para la gloria del Señor, y para manifestar nuestra pronta voluntad: guardándonos de esto que ninguno nos vitupere por esta abundancia que es dispensada por nosotros. Porque proveemos los bienes, no solamente delante de Dios, sino tambien delante de los hombres. Tambien enviamos con ellos á nuestro hermano, al cual hemos experimentado muchas veces en muchas cosas que es solícito; pero ahora será mucho mas solícito por la mucha confianza (que tiene) en vosotros, sea en órden á Tito, el cual es mi compañero y coadjutor para con vosotros, sea en órden á nuestros hermanos, los cuales son apóstoles de las iglesias, y la gloria de Cristo. Haced, pues, conocer en estos en presencia de las iglesias cuál sea vuestra caridad, y la causa que tenemos de gloriarnos de vosotros.

REFLEXIONES.

El desinterés de san Pablo es una gran leccion no solo para los ministros del Señor, sino generalmente para todos los fieles, los cuales deben poner enteramente en Dios toda su confianza. Dichosos aquellos que á ojos cerrados, y bajando la cabeza, se arrojan entre los brazos del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, como dice san Pablo; entonces nada se desea mas que conocer lo que se debe hacer por Dios, y nada se teme mas que no saber aquello que Dios nos pide. Luego que se descubre en su santa Ley alguna nueva luz, salta de alegría el alma como el avariento que descubrió un gran tesoro. El verdadero cristiano, aflíjale como le afligiere la divina Providencia, solo quiere aquello mismo que le sucede, y nada desea de todo lo que le falta. Cuanto mas ama á Dios, mas contento está; y la mas alta perfeccion, en vez de oprimirle, hace su yugo mas ligero. Gran locura es temer darse á Dios demasiadamente. Es como si se temiera ser uno demasiadamente feliz; es como si se temiera amar la voluntad de Dios en todas las cosas; es como si se temiera tener demasiado valor para llevar los trabajos que son inevitables; es como si se temiera recibir demasiados consuelos en el ejercicio del amor de Dios; es como si se temiera desprendernos demasiadamente de aquellas pasiones que nos hacen miserables y desdichados. Menospreciemos, pues, todas las cosas de la tierra para entregarnos á Dios enteramente. No quiero decir que absolutamente las abandonemos todas; pero el que tiene ya una vida honesta y arreglada mude solamente el fondo de su corazon, y solo con esto poco mas ó menos harémos las mismas cosas que antes haríamos. No trastorna Dios las condiciones de los hombres, ni aquellos ministerios ó funciones que están anejas á ellas, porque él mismo las ligó; pero entonces harémos por servir á Dios lo mismo que hacemos por servir y por agradar al mundo, y por contentarnos á nosotros mismos. Solo habrá esta diferencia, que en lugar de ser devorados por nuestro orgullo, por la tiranía de nuestras pasiones y por la maligna censura del mundo, obrarémos, por el contrario, con libertad, con intrepidez, con fervor y con esperanza en Dios, animándonos la misma confianza. Sostendrános en medio de los trabajos la esperanza de los bienes eternos que se acercan, y la inconstancia de los caducos que se escapan. Dárános alas para volar á Dios el amor que le tenemos, haciéndonos conocer lo mucho que Dios nos ama.

El Evangelio es del capítulo x *de san Lucas.*

In illo tempore: Designavit Dominus et alios septuaginta duos. Et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus. Et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui: et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra: sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes, et bibentes quae apud illos sunt: dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quae apponuntur vobis; et curate infirmos qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares á donde él habia de ir, y les decia: La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la miés que envie operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envio como corderos entre lobos. No leveis bolsa, ni zurron, ni sandalias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra; y en cualquiera ciudad que entráreis, y os recibieren, comed lo que os pongan delante, y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

De los falsos atractivos que usa el diablo para engañarnos.

Punto primero. — Considera que el amor de los deleites, el amor de las honras y el amor de las riquezas son las tres grandes máquinas que dan impulso á las operaciones de los hombres, y ponen en movimiento todas las pasiones. Como el enemigo de la salvacion conoce muy bien la violenta inclinacion del corazon humano á estos tres objetos, no cesa de combatirle por estos tres flancos. El ejemplo solo de Salomon debiera bastar para nuestro desengaño. Este poderoso Rey no negó gusto alguno á sus sentidos; colmado de bienes, de honras, de aplausos y de deleites, se vio precisado á confesar, cuando estaba como anegado en un golfo de delicias, que todo cuanto habia hallado en la tierra era vanidad y afliccion de espíritu; y todas las mayores brillanteces del mundo, engaño, trampantojos, apariencia é ilusion. Con efecto, ¿qué otras cosas se pueden encontrar en

este destierro? Es cierto que el mundo promete siempre riquezas y grandes honores; pero ¿de cuándo acá fue el árbitro ni el distribuidor de esos bienes? Empeña en grandes gastos á los que siguen su partido; pero ¿qué fruto sacan de ellos? ¿cuál es su recompensa? ¿Acaso fueron nunca herencia de los mundanos la paz, el gusto ni la dulce tranquilidad de la vida? Promételes el mundo deleites; pero ¿no les emboca en vez de deleites amargas pesadumbres? ¿Bríndales jamás con algun deleite que no se le dé desleido en hiel? ¿disfrútase alguno tras el cual no venga el arrepentimiento y el dolor? Promete el mundo grandes honras; pero ¿acaso es dueño de ellas? Y ¿podrá uno prometerse sincera veneracion donde todo está lleno de envidiosos, de malignos y de concurrentes? Apenas nunca se reconoce, y mucho menos se premia en el mundo el verdadero mérito. ¿Se respeta mucho la virtud donde solo reinan la pasion, el interés, el humor, la extravagancia y el capricho? Pero bien: sea uno muy honrado, y séalo muy sinceramente; ¿qué cosa mas vana, qué cosa mas ridícula, qué cosa mas imaginaria que estas estimaciones, que estas honras? En fin, promete el mundo riquezas (porque ser uno pobre en el mundo se considera la mayor de todas las desgracias); pero ¿á quiénes se las promete? Al que se tendrá por muy dichoso si hace fortuna después de muchos sudores y de grandes trabajos. Cuesta mucho el adquirirlas; y supongamos por ahora que el mundo fue el que te dió eso que tanto te ha costado; pero por un hombre rico, por un hombre que hace fortuna en el mundo, ¿cuántos desgraciados hay en él, siendo la codicia tan universal, y tan comunes los trabajos? Por otra parte, ¿quién podrá contar sobre estos aparentes bienes, que se nos escapan de las manos por su propia fragilidad? Honras, deleites, riquezas, todo huye, todo se apaga, todo desaparece con el último aliento de la vida. ¿Será posible, mi Dios, que después de tanto tiempo como el mundo nos está engañando con unos atractivos tan frívolos y tan vanos, todavía no hayamos aprendido á no dejarnos engañar?

Punto segundo. — Considera hasta dónde llega la ceguera y la imbecilidad del entendimiento de los hombres. Si el amor de los deleites, el de las honras y el de las riquezas tiene tanto poder sobre nuestro corazon, ¿á qué fin ir á buscar esos bienes en otra parte que en su verdadera fuente? ¿Dónde se gustan, ni dónde se pueden gustar deleites mas puros ni mas dulces que en el servicio de Dios? La alegría y la tranquilidad son la legítima de las almas justas: la vir-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

tud por sí sola es la mayor riqueza, es un tesoro por el cual se debieran dar todos los caducos bienes de este miserable mundo. La virtud por sí sola hace al hombre respetable: ¿qué bienes hay mas preciosos ni mas sólidos que aquellos cuyo principio es el mismo Dios? ¿Qué gloria mas digna de nuestra ambicion que la de servir al Dueño soberano de todas las cosas, al Árbitro de nuestra eterna suerte? ¡Ó ceguedad! ¡ó locura de los hombres, dejarse deslumbrar, dejarse engañar por la lisonjera idea de una quimérica, de una imaginaria felicidad, que todos los mundanos se prometen, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar! ¿Dónde está la razon, dónde está el seso del que se persuade que puede ser feliz, entregándose en presa á sus pasiones, condenando las máximas de Jesucristo, fabricándose una especie de religion acomodada al gusto de sus sentidos y por la regla de sus propias ideas, viviendo sin fe, sin devocion, sin piedad, y condenándose miserablemente? Gustos, alegrías, diversiones, abundancia, felicidad, todos son nombres especiosos que usa el vocabulario del mundo para alucinar á sus adoradores; pero en conclusion, nombres llenos de aire, y de nada mas, incapaces de engañar, de deslumbrar á un hombre de juicio y de razon. Conózcolo, Señor, pálpolo, Señor: dadme gracia para que cada dia me convenza de ello mas y mas.

Jaculatorias. — Confieso, Señor, que todo cuanto hay en este mundo es vanidad de vanidades. (*Eccles.* I).

Hijos de los hombres, ¿para qué os dejais deslumbrar de la vanidad y engañar de unas mentiras tan palpables? (*Psalm.* IV).

PROPÓSITOS.

1 ¿Se cree por ventura que Jesucristo es nuestro Dios y nuestro maestro? ¿se cree que no hay otro camino para el cielo, que el que él mismo nos mostró? ¿se cree que ninguno es admitido en la gloria, sino los que son de su partido? Pero si se creen estas verdades, ¿cómo es posible que se ponga en deliberacion el partido que se debe tomar? ¿cómo es posible que nuestro corazon se quiera repartir entre Dios y el mundo? ¿cómo es posible que este tenga tanto partido, y que este partido insulte al reducido número de los fieles verdaderos? ¿Á qué fin tantas condescendencias, tantos rodeos, tantas dudas, tantas consultas sobre el Señor á quien se ha de servir? *Si Baal te crió* (dice el Profeta), *si es el dios á quien adoras, síguele, y no sirvas á otro dueño; pero si el Señor es tu Dios, declárate por el descu-*

biertamente. ¿Qué hay que consultar, ni qué deliberar en seguirle? Reflexiona con madurez estas importantes verdades. Declárate por Dios á cara descubierta; y sea tu respeto, tu modestia, tu compostura, tu devocion en el templo; sean en todas ocasiones tus palabras, tus máximas, tus dictámenes y toda tu conducta, una prueba pública y notoria de que eres de los discípulos de Cristo, y no de los esclavos del mundo.

2 Considera los bienes de este mundo como si fueras un mero depositario, un mero administrador de ellos con obligacion de dejárselos á tus herederos: cuida de ellos, administralos bien; pero no pegues á ellos tu corazon. Á las honras que el mundo hace, consideralas como obsequio que se tributa á la dignidad y no á la persona. Por lo que toca á los deleites, pocos hay que no estén llenos de veneno: huye de ellos con el mayor cuidado, y admite únicamente aquellos de que nunca te debas arrepentir.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

San Pedro de Alcántara, confesor, del Órden de Menores, en Arenas, villa de España; el cual por su maravillosa penitencia y muchos milagros fue canonizado por el papa Clemente IX. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de los santos mártires Tolomeo y Lucio, en Roma, en tiempo de Marco Antonino; el primero de los cuales, segun escribe san Justino mártir, habiendo convertido á una mujer impúdica á la fe de Cristo, y enseñádola á vivir castamente, fue acusado por su malvado marido ante Urbicio, prefecto; tuviéronle largo tiempo padeciendo entre la inmundicia de la cárcel, y por último como perseverase dando público testimonio de la doctrina de Cristo, le martirizaron. Lucio tambien como desaprobase la sentencia de Urbicio y confesase valerosamente que era cristiano, fue igualmente martirizado. Juntamente con estos dos fue martirizado asimismo otro Santo.

Los santos mártires Verónico, y Pelagia ó Pelaya, vírgen, con otros cuarenta y nueve, en Antioquía.

San Varo, soldado, en Egipto; el cual en tiempo del emperador Maximiano visitando siete santos monjes que estaban presos, y llevándoles de comer, hallando muerto á uno de ellos se puso en su lugar; y sufriendo en compañía de los otros muy crueles tormentos, consiguió la palma del martirio.

San Aquilino, obispo y confesor, en Evreux.

La dichosa muerte de san Verano, obispo, en la diócesis de Orleans.

San Eusterio, obispo, en Salerno.

San Ethbino ó Egbino, abad, en Hibernia. *(Vivió por espacio de veinte años en una celda que él mismo se habia fabricado en medio de un bosque en Irlanda. Fue famoso por sus austeridades y milagros, y murió á fines del siglo VI).*

SANTA FREDESWINDA, vírgen, en Oxford en Inglaterra. *(Esta Santa fue honrada en Oxford como patrona de la ciudad y de su universidad. Era hija de Didan, príncipe de Oxford y territorio adyacente. Habiendo dedicado su virginidad á Dios en el estado monástico, Algar, príncipe de Mercia, prendado de su belleza, determinó robarla. La Santa burló sus asechanzas escondiéndose, y se dice que el Príncipe quedó milagrosamente ciego al entrar en la ciudad, y luego recobró la vista con su arrepentimiento y á intercesion de la Santa. Murió antes del siglo VIII esclarecida con muchos milagros, y la iglesia en que fue sepultada se hizo famosa por el tesoro de sus reliquias).*

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, CONFESOR.

San Pedro de Alcántara, tan célebre en toda la Iglesia por el sublime don de oracion á que el Señor le elevó, y por el rigor de sus asombrosas penitencias, de que nos dejó tan admirables ejemplos, nació el año de 1499 en la villa de Alcántara, pueblo poco numeroso de la provincia de Extremadura en España, que comunicó su nombre á nuestro Santo sirviéndole de apellido. Fue su padre D. Alfonso Garavito, hábil jurisconsulto y corregidor de la misma villa; su madre D.ª María Villela de Sanabria; los dos de muy antigua y calificada nobleza, y uno y otro de una virtud tan sólida como ejemplar. Considerando ambos como una de las mas esenciales obligaciones de los padres la cristiana educacion de sus hijos, se dedicaron á criar á Pedro en el temor santo de Dios, con tanto mayor gusto y con tanto mayor consuelo, cuanto desde luego descubrieron en el niño una bellísima índole y unas inclinaciones, por decirlo así, naturalmente cristianas. Anticipóse á la razon la devocion, previniéndole la gracia tan extraordinariamente, que se halló dotado del don de oracion aun antes de tener edad para saber hacerla. Ora estuviese en la iglesia, ora en casa, siempre se le veia orando, siendo la oracion el único entretenimiento de su niñez; presagio cierto de la eminente santidad á que arribó con el tiempo.

Son los estudios ordinario escollo de la juventud; pero la virtud de Pedro de Alcántara se perfeccionó en ellos, resplandeciendo mas el candor de su inocencia. Íbase haciendo mas santo al paso que se iba haciendo mas sabio en las letras humanas y en la filosofía. Enviáronle á Salamanca á estudiar el derecho canónico; y allí entabló una vida tan arreglada, distribuyendo las horas en la iglesia, en las escuelas, en el hospital y en su estudio, que los maestros de la universidad le proponian á los demás profesores por modelo de virtud, de aplicacion y de aprovechamiento. Vuelto á Alcántara, hizo cuanto pudo el enemigo de la salvacion para manchar su inocencia, y para

derribar su virtud. Hallándose en una edad donde todo es tentacion, jóven, bien dispuesto, lleno de vivacidad y de fuego, conoció el peligro, descubrió al enemigo, y tomó las armas contra él, recurriendo á la oracion, á la frecuencia de Sacramentos, á la devocion de la santísima Vírgen, á la fuga de las ocasiones; pero singularmente al ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Cesó la tentacion de la carne; pero entró á relevarla la de la ambicion. Todo concurria á lisonjear sus esperanzas con la gran fortuna que se podia prometer, ya en la profesion de las letras, ya en el ejercicio de los primeros cargos; pero hízole Dios la merced de que descubriese el artificio del enemigo, y de que le venciese; porque conociendo que el mundo estaba lleno de escollos, determinó refugiarse al asilo de la Religion. Escogió la del seráfico Padre san Francisco, y tomó el hábito en el convento de Manjarrez, sito en una áspera montaña. Quiso el Señor autorizar la resolucion del santo jóven con un insigne milagro; porque no encontrando barca para pasar el rio Tera, se halló de repente á la otra orilla por ministerio de un Ángel.

Tenia solo diez y seis años cuando entró en el noviciado, y en menos de seis meses mereció que le propusiesen á los demás como verdadero modelo de la perfeccion religiosa. Sobre todo, su mortificacion asombró á los profesos mas antiguos. Comia poquísimo, y apenas dormia nada; ninguna dificultad encontraba en las mas rigurosas penitencias. Era muy ingenioso el amor que tenia á las humillaciones, inventando cada dia nuevos modos, nuevas industrias para ser menospreciado, y siendo este el mayor objeto de sus ansias. Hallaba sus mayores delicias en la mas estrecha pobreza, no pareciendo posible desasimiento mas absoluto de todo. Unido continuamente á su Dios, ninguna cosa era capaz de distraerle; siendo sucesivamente sacristan, portero, refitolero y despensero, cumplia exactamente con todos estos oficios, y añadia de supererogacion los mas bajos, los mas humildes y los mas repugnantes de la comunidad, superando su fervor á todos ellos.

El pacto que habia hecho con sus ojos no se limitaba precisamente á las personas de otro sexo; se puede decir que se extendia á cualquiera objeto que no fuese absolutamente indispensable. Toda la vida anduvo con los ojos bajos; de manera, que nunca supo si el coro ó el dormitorio eran de bóvedas, ni de qué materia era el techo de su celda. Á los religiosos del convento solamente los conocia por la voz, y á fuerza de mortificar sus sentidos habia perdido el uso de ellos.

Pocos meses después de su profesion la obediencia le envió á un

convento muy solitario, y allí fabricó una celda, que lo era solo en el nombre; pero parecia sepultura en la realidad. En ella dió principio á aquel ejercicio de penitencia, que verdaderamente horroriza, y apenas se haria creible si no le autorizara el testimonio de la bula de su canonizacion. Su ayuno era continuo: comia una sola vez de tercer en tercer dia, y algunas se pasaban ocho dias enteros sin tomar alimento. Dos veces al dia despedazaba cruelmente su cuerpo con unas disciplinas de hierro: traia continuamente á raíz de las carnes un cilicio de alambre en figura de rallo, cuyas agudas puntas por la parte de adentro no solo le penetraban la piel, sino que le renovaban sin cesar las llagas que le habia hecho la disciplina. Aunque su comida se reducia á unas pobres legumbres sin condimento, y lo mas ordinario á un zoquete de pan duro, le bastaba sentir algun gusto en lo que comia para desazonarlo al instante, mezclándolo con ceniza. Pero lo que mas le costó (como él mismo lo confesó después á santa Teresa) fue vencer el sueño. Esta era la pension de la vida que se le hacia mas insoportable; porque decia que solo el sueño nos priva de la presencia de Dios, lo que no hacia ni aun la misma muerte. Dormia no mas que hora y media, y por espacio de cuarenta años lo hacia ó de rodillas, ó medio en pié, arrimando la cabeza á la pared. Lo restante de la noche lo pasaba en oracion, añadiendo siempre á ella alguna nueva penitencia. Era su celda tan baja, tan estrecha y tan corta, que no podia estar en ella en pié, ni tendido á lo largo. Gustábale mucho la mortificacion, ocasionada por las incomodidades que trae consigo la variedad de los tiempos y de las estaciones del año. En aquella sierra donde estaba el convento, es siempre muy rígido el invierno, y en lo mas riguroso de él dejaba abierta la ventana de la celda. Andaba de continuo con los piés descalzos, y siempre con la cabeza descubierta, por respeto (como decia el mismo Santo) á la presencia de Dios que está en todas partes. Bien se puede asegurar que ninguno le excedió en la mortificacion, y así parecia un esqueleto animado. Es verdad que le desquitaban ventajosamente de la continua violencia que se hacia los celestiales consuelos con que sin cesar inundaba el Señor á su purísima alma. Pocos Santos se han visto que hubiesen sido elevados á mas sublime don de oracion. Era esta un éxtasis cási continuo, comunicándosele Dios en ella extraordinariamente, y dándole á gustar con anticipacion las delicias de la gloria.

No era razon que estuviese debajo del celemin tan sobresaliente virtud; por lo que á los veinte años de su edad, y antes de poder re-

cibir los sagrados órdenes, los superiores le hicieron guardian de Badajoz. No fue esta la menor mortificacion para un hombre tan humilde. Como era el mas mozo de todos sus súbditos, le pareció que solo le habian hecho superior para servirlos á todos; lo que fácilmente se conoció por lo que se le vió hacer durante su guardianía, de cuya autoridad solo se valió para reservarse á sí todos los oficios mas bajos, mas humildes y mas trabajosos del convento. Luego que entró en los veinte y cuatro años los prelados le mandaron que se dispusiese á recibir los sagrados órdenes. Hasta allí habia sido Ángel en la pureza de sus costumbres y en todo el tenor de su vida; pero en el altar fue un abrasado Serafin. Mostrábalo en él, saliéndole al semblante aquel fuego divino en que ardia su corazon; y las copiosas lágrimas con que regaba el altar eran buen indicio de las llamas en que le abrasaba su amor. Un año después le hicieron guardian del convento de Nuestra Señora de los Ángeles; en cuyo empleo no halló otro atractivo que la situacion del convento, la mas fria de toda España; ofreciéndole los hielos, las nieves y las ventiscas muchas penitentes industrias para saciar la hambre que tenia de padecer.

Por el celo de la salvacion de las almas, inseparable de la verdadera caridad, aceptó el ministerio de la predicacion. Ningun predicador hizo mas fruto. Sobre el talento natural y un fondo de sabiduría enriquecido con aquellas superiores luces que eran fruto de su íntima comunicacion con Dios, y nunca lo pueden ser del estudio, bastaba sola su vista para ablandar los corazones mas endurecidos. Convertia solo con dejarse ver; por eso se veian muchas veces los mas insignes pecadores interrumpirle sus sermones con lágrimas y dolorosos gemidos. En medio de su empleo de superior, corrio muchos obispados, haciendo en todas partes inmenso fruto, y renovando en todas el espíritu de penitencia.

No obstante, siempre le tiraba la inclinacion al retiro, que era, digámoslo así, la pasion dominante de nuestro Santo; y en virtud de ella suplicó á los superiores le destinasen á algun convento separado de toda comunicacion con los seglares. Por darle gusto le hicieron guardian de San Onofre de la Lapa, situado en un horroroso desierto, y aquí fue donde compuso el tratado *de la Oracion y de la Contemplacion*, tan universalmente estimado, y que mereció tantos elogios á santa Teresa, á Fr. Luis de Granada, á san Francisco de Sales, y sobre todo al papa Gregorio XV, habiéndole compuesto por complacer á un amigo suyo que le rogó le diese por escrito las reglas para tener bien oracion, lo que tantas veces le habia explicado ver-

balmente. Apenas salió de sus manos aquella obra, cuando se extendió por toda España, y se vió andar en las de todos, con tanta reputacion de nuestro Santo, que los pueblos clamaban á porfía por él, ansiosos de oir de su boca las verdades de la salvacion. Particularmente el rey de Portugal D. Juan el III hizo tantas instancias con los superiores para ver en su corte á aquel gran siervo de Dios, que á pesar de todas las razones que alegó, se vió precisado á emprender aquel viaje. Hízole á pié y descalzo como acostumbraba, y no es fácil explicar el mucho bien que hizo en aquella corte. Viéronse en ella algunos de los mas grandes señores renunciar al mundo, y buscar en las mas austeras religiones camino seguro y compendioso para su salvacion. La infanta D.ª María, hermana del Rey, no contenta con desterrar de su persona y de su cuarto todo lo que olia á espíritu de mundo, galas magníficas, muebles suntuosos y profanas diversiones, se consagró totalmente á Dios con los tres votos de religion por consejo de nuestro Santo. El infante D. Luis, hermano de la misma Princesa, fundó el convento de Salvatierra, y se encerró en él, pasando el resto de sus dias en todos los ejercicios religiosos, con tan fervorosa devocion, que fue el ejemplo de todo el reino. Hízose cuanto se pudo para detenerle en Portugal; pero teníale destinado la divina Providencia para la reforma de su Órden. Después de haber sosegado con su presencia y con sus prudentes oficios las turbaciones que se suscitaron en Alcántara, le llegó el aviso de que su provincia le habia nombrado por provincial. En vano pretendió excusarse alegando que no tenia cuarenta años; ninguno le tuvo por demasiadamente mozo para el empleo. Obligáronle á aceptar el empleo, el que desempeñó con tanto acierto como pudiera el hombre mas experimentado. Valióse de esta nueva autoridad para introducir en su provincia ciertas reglas que solo el concepto de su virtud pudo lograr que fuesen aceptadas y recibidas; pero su grande obra era la reforma de la Órden que habia tiempo andaba meditando.

Emprendióla, movido del ardiente deseo que muy de antemano le habia inspirado el Señor de ver resucitado en su primer vigor el primitivo espíritu de la regla de san Francisco. No ignoraba que era asunto mas arduo reformar una Religion que fundarla; pero atropelló por todas las dificultades, persuadido á que era Dios el autor de aquel intento. Habiéndosele agregado algunos religiosos de los mas virtuosos y ejemplares, fué á echar los primeros cimientos de la provincia reformada en la Arravida en Portugal, cerca de la embocadura del Tajo. Es la Arravida una fragosa y continuada sierra; y

esto era justamente lo que buscaba nuestro Pedro. Ayudado con las limosnas y con la autoridad del duque de Aveyro, levantó en ella un convento, cuyas celdas, por la mayor parte, se fabricaron en las cavernas de los peñascos; y este fue el principio de aquella célebre reforma, que resucitando el espíritu de mortificacion y de extrema pobreza que profesó el seráfico Padre san Francisco, da á la Iglesia una nueva familia de Ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devocion, de penitencia y de todo lo mas perfecto que enseña la Religion, es aun el dia de hoy objeto de admiracion y de veneracion á todos los fieles. El año de 1554 tuvo principio esta reforma, para cuyas alabanzas no encontraba expresiones correspondientes la seráfica madre santa Teresa, y cuyas reglas confirmó por Breve expreso y particular el papa Julio III. El obispo de Coria cedió á nuestro Santo una ermita dentro de su obispado, en la cual estuvo algun tiempo con un solo compañero, esparcidos los demás por varias partes á violencia de la tempestad que suscitó el infierno contra aquella grande obra. Desde allí emprendió Pedro el viaje de Roma, haciéndole todo á pié descalzo y con la cabeza descubierta, como acostumbraba. Obtuvo segundo Breve del Papa, y Letras patentes de su general para fundar nuevos conventos segun la estrecha reforma. Volvió á España, y fundó uno en el Pedroso, tan reducido y tan estrecho, que mas parecia fábrica de sepulturas que de celdas. La que escogió para sí, como prelado, era de las mismas dimensiones que las de otras partes, tan baja, tan angosta y tan corta, que no podia estar en ella sino de rodillas, encorvado, ó en otra molesta postura.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, apenas hubo en aquel tiempo persona de virtud sobresaliente que no solicitase su correspondencia, ó por lo menos tener parte en sus oraciones. Santa Teresa le consultaba en lo que se le ofrecia. San Francisco de Borja estrechó una fina amistad con aquel gran siervo de Dios, y en toda España resonaba con admiracion el nombre de Fr. Pedro de Alcántara. Cuando el emperador Carlos V estaba meditando su retiro al monasterio de Yuste, resolvió tomarle por su confesor; pero el Santo se excusó con tan buenas razones, que el Emperador se rindió á ellas. Mas eficaz fue su general. Nombróle comisario general de España para la reforma; cuyo empleo desempeñó con tanta felicidad, que tuvo el consuelo de recibir dos Breves del papa Paulo IV, confirmando su Instituto, y el de ver en menos de seis años fundados nueve conventos.

Habia tiempo que san Pedro de Alcántara vivia, digámoslo así, de milagro. Extenuado al rigor de sus excesivas penitencias, consu-

mido con sus grandes trabajos, y exhausto á fuerza de tan penosos ejercicios, cayó gravemente enfermo; y sabiendo bien que se acercaba su última hora, se hizo llevar al convento de Arenas. Recibió luego los Sacramentos, y poco tiempo después entró en un dulcísimo éxtasis. Apareciósele la santísima Vírgen, acompañada de san Juan Evangelista, y le aseguró de su eterna bienaventuranza, pronunciando entonces él mismo aquellas palabras del salmo CXXI: *Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus:* me he llenado de alegría sabiendo que he de ir á la casa del Señor; le entregó dulcemente su alma el dia 18 de octubre del año de 1562, á los sesenta y tres de su edad, y cuarenta y siete de su vida religiosa.

Desde el mismo punto en que murió, manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Luego que espiró se apareció á santa Teresa rodeado de resplandor, y la dijo estas bellas palabras: *¡Ó dichosa, ó dulce penitencia que me ha merecido tanta gloria!* Su santo cuerpo fue enterrado en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada dia. El papa Gregorio XV le beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 le canonizó Clemente IX fijando su fiesta al dia 19 de octubre.

Siendo tan glorioso para nuestro Santo lo que escribe de él santa Teresa en el capítulo XXVII de su vida, no es razon que se omita en este breve compendio.

«¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora (dice la Santa) en el ben-«dito Fr. Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta «perfeccion: dicen que están las saludes mas flacas, y que no son los «tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grue-«so el espíritu como en los otros tiempos... Paréceme fueron cuarenta «años los que me dijo habia dormido solo hora y media entre noche «y dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia te-«nido en los principios el vencer el sueño, y para esto estaba siem-«pre de rodillas ó en pié. Lo que dormia era sentado, la cabeza ar-«rimada á un maderillo que tenia hincado en la pared... En todos «estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas que «hiciese, ni cosa en los piés, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin «ninguna otra cosa sobre las carnes, y un mantillo de lo mismo en-«cima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba «abierta la puerta y ventanilla de la celda, para que con ponerse «después el manto, y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para «que sosegase con mas abrigo. Comer á tercero dia era muy ordi-

«nario... Un su compañero me dijo, que le acaecia estar ocho dias «sin comer. Debia estar amando en oracion, porque tenia grandes «arrobamientos, é ímpetus de amor de Dios, de que una vez fuí yo «testigo. Su pobreza era tan extrema y tanta mortificacion en la mo- «cedad, que me dijo le habia acaecido estar tres años en una casa «de su Órden, y no conocer fraile, sino era por la habla, porque no «alzaba los ojos jamás. Á mujeres jamás miraba... Era muy viejo «cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no pare- «cia sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy «afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle; en es- «tas era muy sabroso, porque tenia muy lindo entendimiento. Fue «su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes... Des- «pués ha sido el Señor servido que yo tenga mas consuelo en él que «en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas ve- «ces con grandísima gloria. Díjome la primera vez que me apare- «ció: ¡Qué bienaventurada penitencia que tanto premio habia me- «recido!» Esto es lo que escribe santa Teresa de este gran Santo.

Nota del traductor.

«Las palabras del original francés suenan como si fuesen las for- «males de la Santa; pero el que las cotejare con las referidas, que «son las mismas de la seráfica madre, reconocerá que la version fran- «cesa no fue la mas exacta. Por esta razon me aparté de ella, y co- «pié el texto de su lengua original. Tambien hay en el francés la «equivocacion de citar el capítulo XVII por el XXVII en la vida de «la Santa.»

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Petrum confessorem tuum, admirabilis poenitentiae, et altissimae contemplationis munere illustrare dignatus es: da nobis, quaesumus; ut ejus suffragantibus meritis, carne mortificati, facilius capiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste ilustrar al bienaventurado Pedro tu confesor con el don de una altísima contemplacion, y con el de una admirable penitencia; suplicámoste nos concedas por su intercesion y por sus merecimientos, que mortifiquemos nuestros sentidos, para comprender mas fácilmente las cosas celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *de san Pablo á los Filipenses.*

Fratres: Quae mihi fuerunt lucra, haec arbitratus sum propter Chris-

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pér-

tum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quae ex lege est, sed illam, quae ex fide est Christi Jesu, quae ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius, configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quae est ex mortuis: non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

dida por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol para ganar á Cristo, y ser hallado en él; no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea yo perfecto; sino que camino para llegar de algun modo á donde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Por amor de Jesucristo reputé por perjudicial lo que parecia ventajoso para mí. ¡Qué poco usado es el dia de hoy este lenguaje! ¡qué pocos hablan así! Sin embargo, este fue el testimonio que los discípulos del Salvador del mundo le pudieron dar de su fidelidad. ¿Somos nosotros discípulos de Jesucristo? ¿reconocerános por tales este divino Maestro? ¿vestimos su librea? Y ¿no tendrá el mundo algun derecho para reclamarnos por suyos? ¿Cuáles son nuestras máximas sobre el menosprecio de las honras, sobre la inutilidad de los pasatiempos, sobre la inconstancia de los bienes criados, sobre el vencimiento de las pasiones, sobre la verdad, sobre la importancia de la doctrina del Evangelio? Renunciamos en el Bautismo, por boca de nuestro padrino, las pompas y vanidades del mundo: ¿hemos ratificado después esta solemne y sagrada renuncia que se hizo entonces en nuestro nombre? Ó ¿no es verdad que nuestra conducta desmiente á nuestra fe? ¿Acreditan nuestras costumbres aquello mismo que creemos? ¿honran mucho nuestra Religion? ¿Somos cristianos? Jesucristo es nuestro Dios, nuestro legislador, nuestra cabeza, nuestro maestro, nuestra guia; pues ¿en qué consistirá que sean menester tantas reflexiones para determinarnos á creerle, á obedecerle, á imitarle y á seguirle? ¿En qué consistirá que siempre le sigamos con violencia, ó á lo menos con flojedad y con disgusto? ¿Es posible que unas re-

flexiones tan convincentes no nos hagan fuerza, que no nos aterren? Pero y bien; ¿de quién somos discípulos? ¡Mi Dios! ¿qué tendríamos que responder, qué pensaríamos si en este mismo punto fuéramos llamados á daros cuenta de nuestra conducta, á daros razon de los dias que os habíamos seguido? No, no nos costaria tanto dolor si la hubiéramos de dar de los dias que sacrificamos al mundo y á sus falsos pasatiempos. Si el juicio se hubiera de arreglar por nuestro modo de discurrir, ¿á cuál de los dos se diria que habíamos escogido por amo y por maestro? ¡Cosa extraña! no hay cosa mas sabia ni mas santa que la doctrina de Jesucristo: su escuela es la escuela de la salvacion, y todos nos gloriamos de haber sido educados en ella. Pero ¡buen Dios! ¿qué progresos hemos hecho en esta escuela? y ¿qué progresos no hemos hecho en la del mundo, sin embargo de ser tan pernicioso todo cuanto este enseña, y que algun dia ha de ser materia desesperada de un eterno, pero inútil arrepentimiento? Es preciso confesar que nuestra conducta es un caos, es verdaderamente un espantoso misterio.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, á donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la suavidad del yugo de Jesucristo.

Punto primero. — Considera que solo por amar á Jesucristo se hará fácil y suave todo lo que en su servicio se representa duro y muy dificultoso. Á esto se redujo todo el secreto de los Santos. Este amor les hizo tan fáciles, no solamente los preceptos, sino tambien los consejos, experimentando grandes consuelos en el penoso ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Buen ejemplo nos dejó de esto el admirable san Pedro de Alcántara. Hace Dios muy amable su yugo, endulzándole con el jugo interior de la justicia y de la caridad. Derrama sus castas delicias en la práctica de las virtudes: pone tedio y

amargura en los falsos gustos de los sentidos: sostiene al hombre contra el hombre mismo; arráncale, por decirlo así, de su propia corrupcion, y le hace fuerte á pesar de su natural flaqueza. ¡Mi Dios! ¿qué és lo que tememos? Dejemos obrar á Dios; entreguémonos á él. Bien puede ser que padezcamos; pero padecerémos con alegría, padecerémos con paz, padecerémos con consuelo. Combatirémos, es verdad; pero conseguirémos la victoria, pero triunfarémos, y después de haber combatido, el mismo Dios nos pondrá con su propia mano la corona. Llorarás; pero serán dulces tus lágrimas, y el mismo Dios acudirá á enjugártelas. Entrarás en una especie de libertad verdaderamente nueva y desconocida del mundo. ¡Ah, y qué desdicha! Negámonos á Dios, que solo nos pretende para salvarnos; y entregámonos al mundo que solo nos solicita para tiranizarnos y para perdernos. ¡Oh mi Dios, líbrame de esta funesta esclavitud! Solo sirviéndoos á Vos podré ser libre; sola vuestra bondad, solo vuestro puro amor me podrá poner en libertad. Ninguno es verdaderamente libre sino el que se dedica á vuestro servicio; serviros á Vos es reinar.

Punto segundo.—Considera cuánta es la ceguedad de aquellos que temen empeñarse demasiado en el amor de Dios. Engolfémonos en él: cuanto mas se le ama, mas ansiosamente se apetece todo lo que quisiere que hagamos. Este amor es el que nos consuela en nuestras desgracias, el que endulza nuestros trabajos, el que nos hace encontrar en ellos una especie de sabrosa suavidad que no puede comprender el que nunca la gustó. Este amor es el que desprende nuestro corazon de todo amor peligroso, el que nos preserva de mil pasiones, el que nos hace descubrir cierta misericordia benéfica en medio de los males que padecemos, el que en la hora de la muerte nos pone á la vista una gloria, una felicidad eterna. Este amor es, en fin, el que convierte en bienes todos nuestros males. Pues ¿cómo podemos temer empeñarnos en él demasiadamente? ¿Acaso tememos ser demasiadamente felices, librarnos demasiadamente de nosotros mismos? Pues ¿en qué nos detenemos para arrojarnos con plena confianza en los brazos del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo? Él nos amará, y nosotros le amarémos. Creciendo cada dia su amor, él solo nos valdrá por todo lo demás. Él llenará nuestro corazon, y solo nos hará menospreciar á este mundo, digno ya de nuestro desprecio desde que le miramos con ojos verdaderamente cristianos; de nada nos privará sino de aquello que nos hace desgraciados; nada nos obligará á hacer sino aquello mismo que hacemos todos los dias. Aque-

llas mismas acciones mas ordinarias y mas racionales que hacemos mal, porque no las hacemos por él, hará que las hagamos bien, haciéndolas por obedecerle; hasta las menores obras de una vida sencilla y comun todas se convertirán en meritorias; todas se convertirán en paz, en consuelo, en obras dignas de premio: verémos venir la muerte con una segura tranquilidad, porque será para nosotros principio de la vida eterna; y en lugar de despojarnos de todo, de todo nos vestirá, como dice san Pablo. ¡Oh qué amable es la Religion! ¡oh, y qué ignorantes somos nosotros en hacernos voluntariamente miserables, no amando una Religion tan amable!

Esto es hecho, Señor; ya no quiero amar otra cosa que á Vos. Amaros á Vos con ternura, es amarme verdaderamente á mí. ¡Oh qué dulce, oh qué santo, oh qué justo amor! Vuestro amor, Dios mio, convierte la mansion de esta miserable vida en una como copia abreviada de la feliz estancia de los bienaventurados. Dadme este vuestro amor por vuestro divino amor. Así os lo suplico.

Jaculatorias. — ¿Quién me podrá jamás apartar del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom.* VIII).

Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni otra alguna criatura, me podrá nunca apartar del amor de Dios, fundado en Nuestro Señor Jesucristo. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 De ninguna cosa se forman en el mundo ideas mas desacertadas que de la virtud. Represéntase como un país sembrado todo de espinas y de cambrones; se figuran monstruos los mas despreciables tropiezos; todos los retratos que se hacen de ella aterran y retraen; parece que todos se complacen en pintarla llena de fealdad y de horror. A solo el nombre, á solo el pensamiento de vida cristiana y de devocion se alborotan todas las pasiones, y se ponen en arma los sentidos. Destierra desde hoy todas esas falsas preocupaciones, tan injuriosas al Dios á quien servimos, tan contrarias á la religion que profesamos, y tan opuestas al Evangelio que creemos. Cuando se te ofrezcan á la imaginacion esos quiméricos fantasmones; cuando tu amor propio te abultare esas imaginarias dificultades, oye la voz de Jesucristo, que dice: *Mi yugo es suave, y mi carga es ligera,* y pregúntate á tí mismo: mi amor propio me dice que este yugo es pesado y amargo; ¿cuál de los dos se engañará? Todos los Santos, todos los que le han llevado nos aseguran que es muy dulce. ¿Se habrán con-

jurado todos los Santos para engañarnos á los demás? Luego la única que se engaña es mi imaginacion, es mi amor propio.

2 Acuérdate de aquellos dias de devocion, de observancia y de fervor en que á tí mismo te parecia tan llevadero, tan fácil y tan suave el servicio de Dios; de aquellos dias en que cautivado de aquella paz del corazon que gozabas, de aquella dulce confianza que todo te lo allanaba, solo pensabas en añadir á este yugo nuevas penitencias, nuevas mortificaciones. De aquí inferirás que si hoy se te hace cuesta arriba, nace precisamente de tu tibieza y de tu desórden. Vuelve á tu antiguo fervor, y gustarás la misma dulzura, experimentando la misma confianza. No has de hacer juicio de lo que pesan las cruces sino en aquel tiempo en que las llevas con aliento y con fervor.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Máximo, diácono y mártir, en Forcone junto á Aquila en el Abruzzo *(por los años de* 250, *imperando Diocleciano)*. Por el deseo que tenia de padecer, se descubrió á los perseguidores, y después de una constante y gloriosa confesion, fue estirado y atormentado en el potro, luego apaleado, y por último habiéndole precipitado desde una grande altura, durmió gloriosamente en el Señor.

San Caprasio, mártir, en Agen en Francia; el cual habiéndose escondido en una cueva huyendo de la persecucion, como llegase á su noticia la fortaleza con que santa Fe, vírgen, padecia por Cristo, animándose él á la misma pelea, pidió al Señor que si le juzgaba digno de la gloria del martirio, hiciese salir agua clara de la peña de su cueva; y obrando Dios aquel milagro, se fué seguro al campo de batalla, en donde combatiendo generosamente mereció la palma del martirio en tiempo de Maximiano. *(Véase la historia de santa Fe en las del dia* 6 *de este mes)*.

San Artemio, capitan general, en Antioquía; el cual habiendo obtenido los primeros empleos en la milicia en tiempo de Constantino Magno, por órden de Juliano Apóstata, á quien habia reprendido por la crueldad que usaba contra los Cristianos, fue primeramente apaleado, y atormentado con otras penas, y por último degollado.

El martirio de las santas vírgenes Marta y Saula, con otras muchas, en Colonia. *(Natal Alejandro y los autores del nuevo Breviario de Paris tienen á esta santa Saula por santa Úrsula). (Véase la historia de esta Santa en las de mañana)*.

El martirio de san Feliciano, obispo y mártir, en Minde.

Los santos Jorge, diácono, y Aurelio, mártires, en Paris. *(El Martirologio romano hace ya memoria de estos dos santos Mártires españoles en* 27 *de julio, juntamente con sus santos compañeros* Félix, Sabigoto *y* Liliosa, *en Córdoba en España. Es de inferir, pues, que la notacion de Paris, que pone hoy á nuestros Santos el Martirologio romano, se refiere á la circunstancia*

de haber sido sus reliquias trasladadas hoy mismo á San German de París en Francia, durante la dominacion de los árabes en España). (Véase la historia de estos Santos en las de dicho dia 27 de julio).

SANTA IRENE, vírgen y mártir, en Portugal. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN SINDULFO, confesor, en una aldea de la diócesis de Reims.

SANTA IRENE, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Irene, cuya memoria es y ha sido célebre con especialidad en Portugal, segun se acredita por los monumentos eclesiásticos de aquel reino, nació en un pueblo de él llamado Nabancia antiguamente, por el que algunos escritores hoy entienden la villa de Tomar. Sus padres Hermigio y Eugenia, mas distinguidos en el país por su piedad, que por su calificada nobleza, aplicaron el mayor esmero en dar á la niña una educacion cristiana; pero como se hallaba dotada con las mas bellas disposiciones de naturaleza y gracia, costóles poco trabajo conseguir el efecto de sus buenos deseos. Prevenida desde la cuna con las mas dulces bendiciones del cielo, en nada encontraba diversion sino en los consuelos espirituales, y toda su ambicion y todos sus desvelos eran consagrarse enteramente al Señor.

Un tio suyo llamado Selio, abad del monasterio de Santa María, sito cerca de Nabancia, edificado y admirado de la índole admirable, de los raros talentos y de la inclinacion á la virtud que manifestaba su sobrina, resolvió contribuir eficazmente al cultivo de aquella noble planta, que ofrecia desde luego dar con el tiempo frutos abundantísimos en el jardin de la Iglesia. Con esta mira encargó á Remigio, monje del mismo monasterio, que enseñase á la niña las letras que convenia supiese, interesándose igualmente en fomentar las nobilísimas ideas de perfeccion que descubria Irene, que se criaba con Julia y Casta, tias suyas, y otras ejemplares doncellas, las cuales vivian con grande recogimiento, dedicadas al servicio de Dios, con total separacion de los tumultos del siglo.

Brillaba Irene en su retiro, tanto en discrecion como en virtud, adelantándose en esta conforme iba creciendo en años, sin salir para otra parte que para el templo á ofrecer sus votos al Señor ante los altares y á frecuentar los Sacramentos. Llegó aquel punto de edad en que su naturaleza manifestó las apreciables cualidades de hermosura, vivacidad, aire, talentos y despejo con que se hallaba dotada sobre las jóvenes de su tiempo; y aunque por su recato, por su modestia y por su compostura procuraba ocultarlas, á pesar de sus industrias la vió un dia Britaldo, hijo de Castinaldo, señor del pueblo, quien quedó

tan ciegamente enamorado de ella, que no pudiendo lograrla por esposa, aunque se valió de cuantos medios pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva, porque Irene tenia consagrada su virginidad al Esposo eterno; cayó en una profunda melancolía y lastimosa tristeza, que lo pusieron en inminente riesgo de perder la vida, sin que los mas hábiles facultativos acertasen con el remedio, pues ignoraban la raíz de su dolencia.

Tuvo la Santa revelacion de la enfermedad que padecia Britaldo, y de la causa motiva; y movida de caridad determinó visitarlo, confiada en la gracia del Señor que la inspiraba aquel piadoso pensamiento, á fin de curar al jóven poseido de una pasion que exponia su salvacion. En efecto, acompañada de algunas personas honestas, pasó á la casa del enfermo, y manifestándola este con la correspondiente cautela la causa de su mortal accidente, le habló Irene con tanta energía sobre las prerogativas y excelencias de la castidad y de los grandes favores con que Dios premia á esta virtud tan agradable á sus divinos ojos, que serenado Britaldo enteramente, lo dejó consolado, y aun reconocido de su caritativo oficio; bien que, para mayor tranquilidad de su espíritu, quiso antes de despedirse la santa Vírgen, le promietiese que no pondria su afecto en otro alguno, amenazándola de lo contrario con la muerte.

Volvió Irene á su retiro llena de alegría por el feliz éxito de una expedicion tan peligrosa, que reconoció debida á la divina asistencia; y cuando continuaba mas fervorosa en sus laudables ejercicios, envidioso el demonio de los grandes progresos que cada dia hacia en la carrera de la perfeccion sostenida con la gracia, suscitó uno de los mas extraños artificios de su malicia para manchar la pureza de la santa Vírgen. Valiéndose de la familiaridad que tenia Remigio con Irene con motivo de su magisterio, comenzó á hacer al monje tan cruel guerra, levantando en su corazon una tempestad deshecha de tentaciones deshonestas, que rendido al fin á los violentos ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasion á la castísima doncella; pero como esta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las mas santas ideas, llena de rubor reprendió la audacia del lascivo religioso; el que corrido, pero no enmendado de su arrojo, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente Vírgen, dándola á beber artificiosamente una bebida que la elevó el vientre en términos que parecia estar embarazada.

Divulgóse la infame nota por todo el pueblo, fácil de creer seme-

jantes novedades; súpolo Britaldo, y encendido en descompasados celos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darla muerte, bajo el supuesto de que habia puesto su amor en otro violando su promesa. Valióse de un soldado para la ejecucion de tan impío atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasion proporcionada para satisfacer su intento. Salió una noche la Santa á desahogar sus penas á la ribera del rio Naban, cercano al pueblo, al que dió el nombre de Nabancia; y cuando estaba de rodillas en la mas fervorosa oracion bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecia, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, la atravesó la garganta con una espada, y para encubrir tan abominable hecho arrojó al rio el cuerpo de la ilustre Mártir.

Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria á sus tias Julia y Casta la pérdida de Irene. Estaban inconsolables temiendo algun rumbo desastrado en la sobrina, estimulada de la dolorosa pena que la afligia continuamente; pero aquel Señor que permitió el atentado por sus juicios impenetrables, providenció los mas asombrosos medios para declarar la inocencia de su fidelísima sierva.

Hallábase en oracion su tio el abad penetrado del mismo sentimiento, y habiéndole revelado Dios todo el suceso circunstanciado, valiéndose del alto concepto que debia al pueblo, le convocó y condujo en solemne procesion al lugar del homicidio. Las corrientes del rio Naban habian llevado el venerable cadáver al caudaloso rio Tajo, y llegando á él la procesion, vieron con admiracion todos los concurrentes, que retiradas las aguas de su antigua corriente, habian dejado en seco el cuerpo de la Santa sobre un suntuoso sepulcro, labrado por ministerio de los Ángeles, con repeticion del mismo asombroso prodigio que sucedió en la muerte de san Clemente pontífice.

Quiso el abad con toda la comitiva extraer el cadáver de aquel lugar; pero no pudiendo conseguirlo á pesar de las mas eficaces diligencias, quedaron todos convencidos de que era la voluntad de Dios que allí permaneciese, confirmándose mas en este concepto con el nuevo prodigio que ocurrió luego que se retiraron, que fue volver las aguas del Tajo á su antigua corriente, cubriendo con su cristalina pureza la infame nota que fulminó la iniquidad contra la casta esposa de Jesucristo, que quiso recomendar la santidad de su fidelísima sierva con la referida maravilla y con otros muchos milagros que obró al contacto de algunas reliquias que el abad trajo á su monasterio: tomando el pueblo de Scalabiz, en cuya jurisdiccion estaba el sepulcro, el nom-

bre de santa Irene, bien que corrompido y abreviado el vocablo, ha quedado en el de Santaren.

Del monje Remigio y del soldado que asesinó á la santa Vírgen, dicen los Breviarios que en Roma hicieron digna penitencia de sus pecados. Fijan este suceso en el año 653, en que reinaba Recesvinto en España.

SAN JUAN CANCIO, SACERDOTE SECULAR.

San Juan Cancio nació á 24 de junio de 1406, en un lugar llamado Kencio, del obispado de Cracovia, en el reino de Polonia. Sus padres fueron Estanislao y Ana, ambos ilustres no menos por la nobleza de su sangre, que por su cristiana piedad, en la cual criaron con gran diligencia á su hijo Juan, inspirándole desde sus tiernos años con sus palabras y ejemplos el aborrecimiento al vicio y el amor á la virtud. Por este motivo tuvo Juan la feliz suerte, ó para decirlo mejor, recibió de Dios Nuestro Señor la gracia de conservar la inocencia, y de evitar los pecados y desórdenes, á los cuales suele estar demasiado sujeta la edad juvenil: después de haber pasado Juan los primeros años bajo el cuidado de sus piadosos padres, y de haber aprendido en su misma casa las letras humanas, le enviaron estos á la ciudad de Cracovia para que en aquella universidad, recientemente fundada por Uladislao rey de Polonia, estudiase la filosofía y teología. En efecto, el siervo de Dios estudió estas facultades en dicha universidad con mucha diligencia y aplicacion; y como era de un ingenio muy perspicaz y penetrante, aprovechó tanto en el estudio, que obtuvo en ambas el grado de doctor ó maestro, el cual en aquellos tiempos se concedia, no por ceremonia y pura formalidad, como frecuentemente sucede al presente, sino por recompensa de la virtud y como un auténtico testimonio de la habilidad de aquellos que lo obtenian.

Pero lo que mas importa es, que san Juan conservó siempre la misma pureza de costumbres en medio de las ocupaciones de sus estudios, y entre los peligros á que se hallaba expuesto fuera de la vista y sujecion de sus padres. A este fin llevaba una vida retirada y mortificada, alimentaba su alma con el dulce pábulo de la oracion, de la leccion espiritual y de los santos Sacramentos; sobre todo, resplandecia en él una singular humildad, que es la basa y el fundamento de la piedad cristiana. Por cuyo motivo, aunque los principales doctores y maestros de la universidad estimasen y admirasen mucho su mérito y sus virtudes, él se reputaba sinceramente el menor de todos, y se creia indigno de cualquier honor ó magisterio. Por esto fue

preciso hacer fuerza á su humildad, para que consintiese á recibir primero el sobredicho grado de doctor, y después el cargo de enseñar á otros la filosofía, el cual desempeñó tan excelentemente y con tan universal aplauso, que los rectores de aquella universidad le eligieron dos veces decano del colegio de doctores de filosofía de la misma universidad. Después que por algun tiempo el siervo de Dios hubo enseñado la filosofía, dejando los estudios filosóficos se aplicó enteramente al estudio de la sagrada teología, de la cual fue maestro excelente, cuando fue destinado á enseñarla á los jóvenes seglares, que de todo el reino de Polonia acudian en grande número á aquella universidad. Las lecciones que hacia sobre las materias teológicas, todas las sacaba de las fuentes puras de la sagrada Escritura y de la tradicion de la Iglesia; procurando no solo alumbrar el espíritu de sus discípulos con la luz de la ciencia, sino tambien inflamarle en el ardor de la caridad y piedad cristiana; al logro de cuyo objeto contribuia mucho el ejemplo de su santa vida, llena de virtudes, y en la cual como en un clarísimo espejo podian mirarse los jóvenes que frecuentaban su escuela y aprender lo que debian practicar.

Entre tanto creciendo en el hombre de Dios el fervor de espíritu y el deseo de ayudar á sus prójimos, habiendo ya abrazado el estado eclesiástico, fue promovido por el obispo de Cracovia al grado de sacerdote y destinado á dispensar al pueblo el pan evangélico de la palabra de Dios. Entonces la virtud de Juan resplandeció con mayor lustre á los ojos de todos; porque cuando se acercaba al altar para ofrecer á Dios el incruento sacrificio, que era todos los dias, era tal su compostura y devocion, que causaba suma edificacion á todos los presentes. Del mismo modo cuando subia al púlpito á predicar la palabra de Dios, era tan grande su celo y la eficacia de sus palabras, que ocasionaba en sus oyentes una extraordinaria conmocion, siendo su costumbre reprender los vicios con libertad evangélica, sin mirar respetos humanos; por lo que era copiosísimo el fruto que sacaba de sus sermones. Ni era menor el celo que descubria en las conversaciones y pláticas familiares, exhortando á todos á huir el pecado y abrazar la virtud. Finalmente continuando el siervo de Dios, aun después que fue sacerdote, en enseñar la sagrada teología en la universidad de Cracovia, no se puede bastantemente declarar cuáles y cuántas fuesen las industrias de que se valia, para imprimir en los ánimos de los estudiantes el horror al vicio y el amor á Dios nuestro Señor, y á las máximas santas de nuestra católica Religion; por lo que de su escuela salian los jóvenes no menos doctos en las verdades y dogmas de nues-

tra santa fe, que instruidos y fundados en las máximas de la cristiana piedad. En suma, el santo y piadoso sacerdote en todas sus acciones y discursos procuraba siempre promover la gloria de Dios y la salud de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, teniendo fijas en su espíritu las palabras de este divino Salvador, con las cuales ha enseñado á todos los Cristianos, y mas en particular á los sacerdotes, que la caridad del prójimo es el carácter propio y distintivo de sus verdaderos discípulos.

Esta caridad de Juan para con sus prójimos le impelia á socorrer de la manera que podia las necesidades temporales de las personas afligidas y menesterosas. Por eso empleaba la mayor parte de los honorarios que recibia como lector y maestro de la universidad de Cracovia, en socorrer las necesidades de las viudas, de los huérfanos y de los pobres. Todos los años al acercarse el invierno, solia proveer de vestido y de calzado, en cuanto lo permitian sus fuerzas, á las personas que se hallaban faltas de él, á fin de defenderlas del frio, que suele ser rigurosísimo en el país septentrional de Polonia; y algunas veces encontrando algun pobre descalzo, le daba su propio calzado, y él se volvia desnudo de piés á su casa, dejando caer la capa hasta la tierra, á fin de que su mortificacion y misericordia no fuese conocida: otras veces hallando algun pobre mal cubierto, tiritando de frio, se desnudaba de sus propios vestidos para cubrir la desnudez de aquel pobre, en el cual con los ojos de la fe reconocia la persona de Jesucristo: sucedió no pocas veces, que hallándose ya sentado á la mesa con los otros doctores del colegio de la universidad, con los cuales vivia como en comunidad, teniendo una mesa y habitacion comun, oyendo pasar por la calle algun pobre que pedia limosna, se privaba de la propia comida para darla á aquel pobre hambriento; y de aquí resultó, que los doctores de la universidad movidos del ejemplo de su santo compañero, establecieron suministrar todos los dias á un pobre el necesario alimento, como si fuera uno de sus comensales, lo que se ha observado siempre desde entonces, y se observa aun en nuestros dias. Cuanto el Santo era propenso á socorrer la necesidad de sus prójimos, hasta privarse á este fin de las cosas necesarias, tanto era amante de mortificarse, haciendo frecuentes y rigurosos ayunos y vistiendo pobremente; de modo que en el invierno, que, como se ha dicho, es rigurosísimo en Polonia, sufria la incomodidad del frio; y para mortificar mas su carne y sujetarla al espíritu, acostumbraba dormir poco, y muchas veces sobre unas tablas desnudas, ó bien sobre el suelo; solia ceñirse los lomos con un áspero cilicio y tomaba frecuentes y

rigurosas disciplinas. Pero sabiendo que el principal estudio de un cristiano debe consistir en la interior mortificacion de las pasiones, no dejó jamás de ejercitarse todo el tiempo de su vida en toda suerte de mortificaciones. De aquí resultó que no solo sufria con alegría de su alma cualquiera palabra injuriosa que se le dijera, y cualquier desprecio que se hiciese de su persona, sino que buscaba de propósito las ocasiones de ser hollado y despreciado, siendo en esto mas diligente de lo que son los hombres del mundo en buscar las ocasiones de ser exaltados, elogiados y estimados; y con el fin de tener siempre delante de sus ojos estas máximas evangélicas tan contrarias al amor propio y á la inclinacion de la naturaleza, tenia escritos algunos versos en las paredes y en la puerta del cuarto de su habitacion, y en los libros de su uso, que le acordasen la resolucion que habia hecho de humillarse y envilecerse en todas las cosas.

El manantial de donde se derivaban á la alma del bienaventurado Juan las luces y las gracias celestiales para practicar la caridad, la humildad y las demás virtudes cristianas, era la oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones, todas dirigidas á la gloria de Dios y á la salud de las almas: en este ejercicio de la oracion y en la lectura de los Libros sagrados pasaba la mayor parte de la noche, pues, como se ha dicho, no daba á su cuerpo sino un breve é incómodo reposo. La materia mas frecuente de su oracion y meditacion eran los misterios de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Salvador; y solia pasar muchas horas de la noche, cuando los demás dormian, postrado delante de una devota imágen de Jesucristo crucificado, colocada cerca la puerta de la habitacion de los doctores del colegio de la universidad donde el Santo habitaba. Aquí quedaba muchas veces absorto y arrebatado en dulcísimos éxtasis, contemplando el infinito amor de un Dios abatido y humillado hasta la muerte de cruz por la salvacion del género humano, y se anegaba en tiernas lágrimas considerando la monstruosa ingratitud de los hombres, los cuales corresponden tan mal á la excesiva caridad de su amable Redentor.

Esta tierna devocion á la pasion de Jesucristo le hizo emprender la peregrinacion á la Tierra Santa, á fin de visitar los lugares santificados con la presencia corporal de nuestro divino Salvador; hizo esta larga peregrinacion siempre á pié, rehusando aceptar la comodidad de la cabalgadura que los que le acompañaban en este viaje frecuentemente le ofrecian. Así que llegó á Palestina visitó aquellos lugares, en los cuales se veneran las memorias de los misterios de nuestra re-

dencion, especialmente el Santo Sepulcro, con tal compuncion de corazon y tantas lágrimas de devocion, que si se le hubiese permitido no se hubiera separado de aquellos santos lugares en todo el resto de su vida. Después que el siervo de Dios hubo satisfecho á su devocion, se volvió á su país del mismo modo que habia salido de él; es á saber, siempre á pié y con mucho recogimiento de espíritu, y todo encendido en nuevas y ardientes llamas de la divina caridad. Tenia tambien el Santo una particular devocion á los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; por cuya causa cuatro veces en distintos tiempos fué á Roma en la misma forma de pobre peregrino, y con el mismo espíritu de recogimiento y de penitencia. Todo el tiempo que se detuvo en Roma lo empleó en visitar el sepulcro de los santos Apóstoles y los demás santuarios de que abunda aquella metrópoli del cristianismo, sin cuidar de ver las cosas curiosas y la magnificencia de aquella gran ciudad; porque en sus peregrinaciones no buscaba sino visitar y venerar las memorias y las reliquias de los Santos, con el fin de animarse siempre mas á seguir sus huellas y á implorar su proteccion para llegar al mismo término de la vida bienaventurada de que ellos gozan en el cielo.

En una de estas peregrinaciones acaeció que algunos ladrones le acometieron en el camino y le hurtaron el dinero que llevaba para el viaje, y preguntándole después si tenia mas dinero, el siervo de Dios respondió que no; pero apenas los ladrones se habian algun tanto alejado, cuando acordándose el siervo de Dios que tenia algunas monedas escondidas en el vestido que llevaba encima, los volvió á llamar, y les dijo: *Yo me habia olvidado de estas monedas que tenia aquí guardadas; yo no quiero decir ninguna mentira, y así tomad tambien estas monedas que me han quedado.* Los ladrones quedaron atónitos á este ofrecimiento, y admirando su virtud y movidos de la santidad que se descubria en su rostro, no solamente no le quitaron aquellas monedas, sino que le restituyeron todas las que le habian ya hurtado, pidiéndole perdon de su atentado y partiéndose de su presencia muy compungidos de su pecado. Y á la verdad, así en el porte del siervo de Dios como en todas sus acciones y discursos resplandecia una singular piedad que le conciliaba una grande estimacion de todos los que tenian ocasion de hablar y tratar con él. De aquí resultó, que habiendo vacado la iglesia parroquial del lugar de Ol-Kusz, cinco millas distante de la ciudad de Cracovia, los rectores de aquella universidad, á quienes pertenecia proveerla de pastor, eligieron la persona de Juan, su bienaventurado compañero, y le confiaron la administracion de ella,

la cual el siervo de Dios aceptó de mala gana y solo por obediencia. Cumplió el Santo con mucha diligencia é igual fruto de las almas que tenia confiadas á su cargo, con todas las funciones de un bueno y vigilante pastor, apacentándolas con el pan de la palabra de Dios y con los ejemplos de su santa vida, socorriendo con mucha caridad todas las necesidades así espirituales como temporales de sus feligreses. Pero después de algun tiempo, haciéndole mucha impresion los peligros que van unidos con la cura de las almas, y temiendo, atendida la delicadeza de su conciencia, hacerse culpable delante de Dios de alguna omision, tan fácil de cometerse en la cura pastoral de las almas, rogó con muchas instancias á los sobredichos rectores de la universidad que le descargasen de aquel peso, que para su profunda humildad era intolerable. Habiendo obtenido la gracia deseada, volvió á continuar las primeras funciones de enseñar las sagradas Letras a los clérigos jóvenes, destilando, como arriba se ha referido, no menos en su mente la doctrina de la Iglesia, que en su corazon la piedad cristiana, á fin de que con el tiempo saliesen buenos y doctos ministros en los oficios de la Iglesia; ocupacion verdaderamente digna de ser imitada de aquellos eclesiásticos que, siendo dotados de talento y de ciencia, se hallan en estado de poder formar buenos alumnos, de que suele haber tanta escasez para el servicio de la Iglesia. Continuó tambien el Santo en predicar la palabra de Dios con igual celo y fruto de numeroso concurso de toda suerte de personas que acudian á oir un predicador, que con los ejemplos de su santa é irreprensible vida confirmaba lo que enseñaba con sus palabras. Finalmente no habia obra de misericordia que, estimulado de su inflamada caridad, no abrazase y practicase con mucho gusto, ya con los presos detenidos en las públicas cárceles, procurándoles todo el alivio y consuelo posible; ya con los enfermos del hospital, visitándoles para consolarles en sus enfermedades y exhortarles á sufrir sus males con paciencia y resignacion; ya empleándose en socorrer las personas que á él recurrian en sus necesidades; de modo, que él era como el comun padre de las personas afligidas y atribuladas.

Habia ya cumplido nuestro Santo los sesenta y siete años de su edad, cuando experimentó que perdia notablemente las fuerzas de su cuerpo, maltratado de sus penitencias y de las muchas fatigas padecidas por la gloria de Dios y por la salud de sus prójimos. Entonces previendo que tenia cercana la muerte, que miraba como el término de su destierro en este valle de miserias, se preparó á ella con actos de mas ardiente caridad, y con distribuir á los pobres de Cris-

to las pocas cosas que le quedaban, y que servian á su necesario uso. En efecto, poco después fue acometido de su última enfermedad, la cual sufrió no solo con paciencia, sino tambien con mucha alegría y gozo de su alma, repitiendo con frecuencia aquellas palabras de David: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est: ¡Ay de mi! que se ha prolongado tanto mi habitacion en este valle de lágrimas:* con las cuales palabras declaraba los ardientes deseos que tenia de ser desatado de las prisiones del cuerpo para llegar presto á la bienaventurada patria del cielo. Recibió con extraordinaria devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y lleno de confianza en la divina misericordia durmió el sueño de los justos á 24 de diciembre de 1473. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia colegiata de Santa Ana de la ciudad de Cracovia; y Dios nuestro Señor se dignó ilustrarle con muchos milagros, los cuales testificaron siempre mas y mas á los hombres su heróica santidad, de la cual la Santa Sede dió un público testimonio en el año 1680, escribiéndole en el número de los Beatos. Pero creciendo siempre mas la devocion de la nacion polaca, y especialmente de la ciudad y universidad de Cracovia hácia este su ciudadano, y obrándose en su sepulcro nuevos y continuos milagros, la santidad de Clemente XIII le canonizó solemnemente en el mes de julio de 1767 junto con los beatos Gerónimo Emiliano, José de Calasanz, José de Cupertino, y Juana Francisca de Chantal, aprobando para este fin diferentes milagros autenticados.

La Misa es en honor de san Juan Cancio, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut sancti Joannis confessoris exemplo in scientia Sanctorum proficientes, atque aliis misericordiam exhibentes, ejus meritis indulgentiam apud te consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que aprovechando en la ciencia de los Santos con el ejemplo de san Juan, confesor, y ejercitando las obras de misericordia con los demás, por sus méritos obtengamos en vuestra presencia el perdon de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *de la de san Jaime, apóstol.*

Fratres mei: Sic loquimini, et sic facite sicut per legem libertatis incipientes judicari. Judicium enim sine misericordia illi, qui non fecit misericordiam: superexaltat autem misericordia judicium. Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Num-

Hermanos mios: Así hablad, y así haced, como que empezais á ser juzgados por la ley de libertad. Porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó de misericordia: y la misericordia triunfa sobre el juicio. ¿Qué aprovechará, hermanos mios, á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras?

quid poterit fides salvare eum? Si autem frater, et soror nudi sunt, et indigeant victu quotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini: non dederitis autem eis, quae necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa.

¿Por ventura podrá la fe salvarlo? Y si un hermano ó una hermana estuvieren desnudos, y les faltare el alimento cotidiano, y les dijere alguno de vosotros: Id en paz, calentaos y hartaos: y no les diéreis lo que han menester para el cuerpo, ¿qué les aprovechará? Así tambien la fe, si no tuviere obras, muerta es en sí misma.

REFLEXIONES.

Ninguna cosa hace los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento, precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó precisos títulos por los cuales nos habia de conferir el reino de los cielos, y como el medio único para desarmar su justa cólera contra nuestros pecados, y hallar misericordia en su justo tribunal, en el que *se hará justicia sin misericordia al que no usó misericordia*. ¿A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obligan estas verdades? La caridad que tendrémos con nuestros hermanos será, digámoslo así, la medida de la que Dios usará con nosotros, de modo que la sentencia de aprobacion, ó reprobacion no será fundada precisamente sino en el ejercicio, ó en el haberse negado á estas obras de misericordia. *Venid, benditos de mi Padre*, dirá á los escogidos, *á poseer el reino que os está preparado desde la constitucion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber:* y á los réprobos: *apartaos de mí al fuego eterno, que está preparado para el diablo y para sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; no tenia dónde recogerme, y no me hospedásteis; estaba desnudo, y no me vestísteis; estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.* Y ¿cuáles son los efectos que producen en nosotros estas terribles verdades? ¡Ah! en vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna; que á él mismo se la damos, cuando socorremos nuestros hermanos infelices: *mihi fecistis;* tiénese por una figura retórica, que se lee, ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que la limosna que se hace se da al mismo Jesucristo? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos donde todo le falta? ¿créese que es él que desfallece en los hospitales, el que muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras

hay quien engorda entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los excesos acortan los dias de la vida de tantos cristianos? ¿Juzgas que fue efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos que Dios puso á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; porque no los olvidó en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la condicion y carga indispensable de cuidar de los infelices: y ¿se cumple en el dia de hoy con una obligacion tan sagrada? ¡Oh Dios! ¡cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres! ¡Cuántos experimentarán á pesar suyo que *se hará juicio sin misericordia al que no usó misericordia!*

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág. 114.*

MEDITACION.

Sobre la importancia de procurar la salud del alma.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ningun bien hay en este mundo, de cualquiera manera que pueda pertenecerte, que te interese tanto como la salud de tu alma; y de consiguiente, este cuidado debe ser el primero entre todos tus cuidados y ocupaciones.

Para pesar el mérito de las cosas no puedes hallar regla mas segura que el juicio de Dios, manifestado en sus santas Escrituras, y confirmado con las operaciones de sus elegidos. Porque ¿qué error podrás temerte de una infinita sabiduría, ni qué daño podrás temer de una infinita bondad? Pues, ahora bien: nada hay para nuestro gran Dios tan amable, tan precioso y tan deseado como la salud de nuestras almas. Para este fin crió los cielos y la tierra: á este objeto dirigió sábiamente todas las cosas, y apenas hay un ser en este mundo que no nos acuerde que todo es vano, todo es inútil, menos la salvacion de nuestras almas. Si consideras después las diligencias practicadas por Dios para proporcionarte la consecucion de tan grande fin, se hace preciso que la persuasion llegue en tí hasta la evidencia. Porque, ¿qué omitió para enseñarte el camino de la salud? ¿que auxilios y qué gracias te escaseó para que pudieses amarle libre de asechanzas y de peligros? Solo con que consideres que para este fin envió á su Hijo unigénito al mundo: para este fin se escribieron los Evan-

gelios, predicaron los Apóstoles, y sufrieron tantos Santos el martirio, basta para que formes un concepto justo del sumo aprecio y estimacion con que mira Dios este negocio.

Esto que se dice respecto de Dios, debe tener una fuerza mucho mayor respecto de tí mismo; porque ¿qué cosa puede haber en los cielos, ni en la tierra que pueda interesar tanto como la salud de tu alma? En esta materia no se trata de un bien particular, cuya pérdida desconcierte por un momento y transitoriamente tus dichas. Se trata de un bien que reune en sí todos los bienes: de un bien que te puede hacer enteramente venturoso, y su pérdida eternamente desventurado: de un bien, en fin, que una vez perdido, llegas á perder hasta la misma esperanza, que es el último de todos los bienes y el único consuelo que queda al infeliz y al pecador en medio de los mayores males. Y debes considerar que cuando trabajas por la salud de tu alma, trabajas para tí exclusivamente; adquieres un bien que únicamente se ha de refundir en sola tu persona, y un bien, finalmente, que él solo basta para asegurar todas tus dichas. Y siendo esto así, ¿serás tan necio que pierdas el sueño y la comodidad por adquirir los bienes del mundo, despreciando este que tanto te interesa? ¿Pondrás todavía todos tus anhelos en que tus herederos queden ricos, en que tu familia viva con opulencia, en que te admiren tus conciudadanos, solicitar el bien del estado, y otros bienes que tampoco te pertenecen, y únicamente has de descuidar de la salud de tu alma?

Punto segundo.—Considera que no basta estar persuadidos de la importancia de la salud de nuestra alma si en todas nuestras obras no nos la proponemos por objeto, dirigiendo á este fin todos nuestros desvelos y todos nuestros cuidados.

Así como nada aprovecha creer todos los misterios de la Religion, y dar un firme asenso á las verdades reveladas, si no confirman las obras la sinceridad de nuestra creencia; de la misma manera se puede decir, que nada importa conocer que la salud del alma es el bien mas apetecido de Dios, y mas importante para nosotros, si no hacemos ver en las obras la eficacia de esta persuasion. Por tanto, precisados en este mundo á formar sociedad con los demás hombres, y á tratar una multitud de negocios, que pueden servir para nuestra salud eterna, ó para nuestra eterna condenacion, debemos estar alerta, y preguntarnos á nosotros mismos en el principio, en el medio y fin de nuestras obras: ¿qué provecho puede traerme esto para la salud de mi alma? Por este medio lograrás dirigir al fin mas interesante de toda

tu vida las cosas mas mínimas, que por despreciables que sean, pueden tener gran conducencia para adquirirte el bien de los bienes. Este es un medio de los mas poderosos para evitar los pecados, y convertir en obras útiles para la vida eterna las acciones mas indiferentes. Pregúntate al tiempo que te preparas para un festin ó para asistir á un espectáculo, ¿qué provecho me resultará de estas diversiones para la salud de mi alma? En los negocios que te ves precisado á tratar por tu oficio, por tu empleo ó por tu estado: en la educacion de tu familia, en las conversaciones familiares y en todas las acciones de la vida, pregúntate: ¿qué beneficio podrá producirte aquello para la salud de tu alma? Yo sé que si tu corazon no es mas insensible que el bronce, y tu obstinacion igual á la de un precito, esta sola pregunta ponga freno á tus pasiones, y te aleje de los precipicios. Porque ¿cómo es posible que se dejasen los hombres correr tan á rienda suelta tras de su perdicion si tuviesen presente el único negocio de su vida que es la salud de su alma? ¿cómo es posible que la mujer profana fijase su atencion en los adornos lascivos, si al tiempo de ataviarse se acordara de que habia nacido para una felicidad eterna y para salvar una alma redimida con la sangre de Jesucristo?

Nada le aprovecha al hombre, se dice en el Evangelio de san Mateo (cap. XVI), *adquirir todos los bienes del mundo, si su alma padece algun detrimento*. Esta verdad tan sólida y tan luminosa, que se hace entender por sí misma, te está ejecutando en todas las acciones de tu vida. Por tanto, todas ellas las debes dirigir á este importante fin, porque, como dice san Juan Crisóstomo (Homil. 2 in Joan.) *es la mayor de todas las locuras el que velando continuamente nuestro comun enemigo para la perdicion de nuestras almas, nosotros por el contrario hayamos de estar dormidos, sin poner igual diligencia por nuestra salud, á la que para nuestra perdicion pone el demonio. Este dragon infernal anda al rededor de nosotros*, dice el apóstol san Pedro, *como un leon embravecido para devorarnos*. En las acciones mas mínimas de nuestra vida nos tiende lazos y asechanzas, de consiguiente se necesita toda nuestra vigilancia y toda la gracia de Dios para eludir sus artificios. De aquí se infiere, que todas tus obras, todas tus acciones, todos tus pensamientos y conatos los debes dirigir á un solo objeto, que es la salud de tu alma.

JACULATORIAS. —Mi Dios desea sencillamente la salvacion de todos los hombres, y para conseguirla les ha dado los medios necesarios. (*I ad Timoth.* II).

Perezca, pues, y huya de mí toda ganancia de los bienes del mundo, con tal que mi alma no padezca detrimento. (*S. Eucher. epistola ad Valer.*).

PROPÓSITOS.

1 El negocio del alma no solamente es el primero y principal entre todos los negocios, sino que es el *único y el necesario*. El mismo Jesucristo pronunció esta verdad en casa de Marta defendiendo la inaccion de María, acusada de su hermana, porque no atendia á los negocios de la casa, y se ocupaba únicamente en oir la celestial doctrina á los piés del Salvador. *Marta, Marta*, la dijo, *andas demasiado solícita en los negocios del mundo, y su muchedumbre te distrae y te fatiga; ten entendido, que una sola cosa es necesaria, y que María eligió esta, que es la salud del alma; la cual le ha de durar para siempre*. Estas palabras te enseñan, que entre todas las cosas del mundo no hay nada que no te sea supérfluo sino la salvacion de tu alma. Esa dignidad que tanto apeteces y que pretendes lograr por medio de bajezas y de injusticias, de ninguna manera te es necesaria. Esas riquezas que apetece tu corazon; ese lujo en que tanta satisfaccion encuentra tu alma; esas delicias en que vives engolfado; esa sabiduría de que vanamente te precias, y que realmente es ignorancia delante de Dios; esa frágil hermosura tan expuesta á la corrupcion, y que ha de ser pasto de gusanos en un sepulcro; esa gloria, ese honor y esa fama que te alucinan hasta el punto de despreciar tu vida y tu salvacion; nada de eso te es necesario, antes bien todo ello te es nocivo. De aquí puedes inferir cuales deberán ser tus propósitos en este dia; deben ser sin duda la salvacion de tu alma. Este solo objeto debes proponer á todas tus acciones, y reflexionar lo que dice Hugo de San Víctor: *Jesucristo murió una vez por tu salud; si llegas á perderla, no hay otro Cristo que vuelva á padecer muerte y pasion para que puedas recuperarla*. Hasta este punto, ó Dios mio, he andado disipado, poniendo mi atencion en los bienes pasajeros del mundo que nada me interesan. Vos, por vuestra divina misericordia, me habeis hecho conocer lo errado de mi conducta. Sin Vos no hay bien que pueda llamarse propiamente tal. El que no os posee, aunque obtenga todos los bienes del mundo, es verdaderamente pobre. El que á Vos os pierde, todo lo perdió, y se perdió á sí mismo. De aquí en adelante Vos seréis el único objeto de mis fatigas, y el norte seguro á donde se dirijan mis esperanzas. Teniéndoos á Vos, tendré segura la salvacion de mi alma, y podré confiar que cooperaré tambien á la de mis pró-

jimos. No se apartará de mi memoria lo que dice vuestro divino espíritu en el Eclesiástico (cap. XIV): *El que para sí es malo, ¿para quién podrá ser bueno?* Si yo desprecio mi salvacion, ¿cómo será posible que procure la de mis hermanos? Echad, Dios mio, vuestra soberana bendicion sobre estos pensamientos que me inspira vuestra misericordia, y dadme gracia para permanecer firme en estos santos propósitos.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de san Hilarion, abad, cuya vida llena de virtudes y milagros escribió san Gerónimo, en Chipre. *(Véase su vida en las de mañana).*

El martirio de las santas Úrsula y sus compañeras, en Colonia; las cuales fueron martirizadas por los hunos por causa de la religion cristiana, y por conservar la virginidad; la mayor parte de sus cuerpos fueron enterrados en Colonia. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Asterio, presbítero y mártir, en Ostia; el cual, segun se lee en el martirio de san Calixto, papa, fue martirizado en tiempo del emperador Alejandro.

El martirio de los santos Dasio, Zotico, Cayo, y otros doce soldados, en Nicomedia; los cuales después de muchos tormentos fueron sumergidos en el mar. *(Pertenecian estos Santos a una legion romana acantonada en Nicomedia á fines del siglo III. Cierto dia que se celebraba gran festividad á los dioses, se encendieron aquellos soldados de celo, y atravesando la multitud, llegaron hasta los ídolos, y los derribaron haciéndolos pedazos. Conducidos ante el juez, azotes, fuego, cruces, caballete, todo se puso en juego para reducir á aquellos esforzados atletas; hasta que visto la inutilidad de la tortura, mandó el juez arrojarlos al mar con una piedra atada al cuello de cada Mártir).*

San Malco, monje, en Maronio de Siria, junto á Antioquía.

San Viator, en Leon de Francia, clérigo de san Justo, obispo de aquella ciudad.

Santa Cilinia, tambien en Leon de Francia, madre de san Remigio, obispo de Reims.

SANTA ÚRSULA Y SUS COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

La memoria de santa Úrsula y sus compañeras fue tan célebre en toda la universal Iglesia desde el fin del cuarto siglo, á cuyo tiempo se señala la época de su glorioso martirio, que habiéndose perdido la verdadera historia de él, los mas de los escritores se tomaron la libertad de sustituir otra segun el genio particular de cada uno, llenas por la mayor parte de hechos fabulosos y de circunstancias poco verisímiles. La mas segura es la que se halla en un manuscrito muy an-

tiguo, que se conserva en el Vaticano, y de él hemos sacado nosotros la que vamos á referir.

Nació santa Úrsula hácia el año 362 en la isla de la Gran Bretaña, donde la religion cristiana reinaba á la sazon en la mayor parte de sus provincias con esplendor y con fervor. Fue hija de Dionot, rey de Cornouaille, y de Daría, princesa en nada inferior á su marido, ni en la nobleza de la sangre, ni en el ejercicio de la virtud, en que colocaba todo el verdadero mérito. Siendo los padres tan virtuosos, desde luego reconocieron por una de sus mas esenciales obligaciones la cristiana educacion de su hija, creciendo el cuidado con que se dedicaron á desempeñarla á vista de las bellas prendas que cási desde la cuna comenzaron á despuntar en la tiernecita Princesa. En ninguna niña se descubrió nunca ni entendimiento mas brillante, ni natural mas feliz; en fin, todo lo que admira, todo lo que enamora y todo lo que embelesa en aquella tierna edad, todo se veia unido en la pequeñita Úrsula. Un corazon noble, benéfico, generoso; un espíritu vivo, desembarazado, dócil; unas inclinaciones propensas todas á la virtud, y una hermosura tan peregrina, que en la edad de doce años era ya celebrada Úrsula por una de las princesas mas hermosas de toda la Europa. A todas estas brillantes cualidades añadia nuevo esplendor y nuevo lustre su sobresaliente virtud. Siendo Úrsula de tan despejado entendimiento, necesariamente habia de descubrir la vanidad de todos los bienes criados y la falsa brillantez de todas las grandezas del mundo. Este fondo de Religion con que el cielo la habia prevenido desde su infancia iba perfeccionando cada dia mas y mas las luces de su razon y los movimientos de su espíritu, desestimando ella misma aquella su rara hermosura que tanto celebraban los demás, por considerarla como una caduca flor que se comienza á marchitar desde que comienza á lucir. Por esto nunca fue de su gusto el fausto, ni la ostentacion, ni la magnificencia, que nacen, digámoslo así, con las princesas. Desde sus primeros años comprendió que en todos los estados debia ser la modestia el mas bello ornamento de una doncella cristiana; y despreciando generosamente las mas lisonjeras esperanzas de su alto nacimiento, los mas halagüeños atractivos de la corte, y los mas delicados inciensos del general aplauso; no bien conoció á Jesucristo cuando deseó con apasionado amor no tener nunca otro esposo. Ni el Salvador la habia prevenido con tantas y tan singulares gracias sino para formar en Úrsula una de sus mas queridas esposas, siendo la tierna devocion que él mismo le habia inspirado á su divina Madre la Vírgen de las Vírgenes, como dichoso presagio de que

nunca perderia la flor de la virginidad, á la que el Señor quiso tambien añadir la gloria de Mártir.

Era general de las tropas del emperador Graciano en la Gran Bretaña el tirano Máximo, por sobrenombre Flavio Magno Clemente, el cual se hizo proclamar emperador el año de 382; pasó el mar, y desembarcó con todo su ejército en las costas de aquella parte de las Galias que se llamaba Armórica, es decir, marítima, y se apoderó de toda ella. Uno de sus oficiales generales, llamado Conan, príncipe breton y cristiano de profesion, se señaló tanto en aquella expedicion por su valor y por su conducta, que Máximo le hizo gobernador de la Armórica, la que poco después se llamó *menor Bretaña*, cuando Conan la comenzó á mandar con el título de duque, que tambien se le confirió. Estableció el Duque su residencia en la ciudad de Nantes, y dejó en el país una gran parte de tropas, compuesta cási toda de bretones ó de ingleses; y como no estaba casado, determinó buscar una mujer; en cuya eleccion tuvo poco en que detenerse, no ignorando las bellas prendas de que Úrsula estaba dotada, su virtud y su rara hermosura. Envió una diputacion al rey de Cornouaille, pidiéndole á su hija la Princesa para esposa; y como cási todos los señores que le seguian, oficiales y soldados, estaban tambien solteros, encargó á los diputados que juntamente con la Princesa trajesen tambien de la isla todas las doncellas que pudiesen para casarlas con ellos. Fueron recibidos del Rey con honor, y como tenia bien conocido el mérito del Duque, oyó con gusto la proposicion que se le hizo de su parte, y prometió darle por esposa á la Princesa su hija; pero no le fue tan fácil lograr su consentimiento para esta alianza, aunque tan ventajosa, y aunque Conan era un príncipe cristiano, dueño ya y soberano de una de las provincias mas dilatadas y mas opulentas de las Galias. Eran diferentes los pensamientos de Úrsula; porque educada en la virtud, y criada en un gran concepto, amor y estimacion de la virginidad, oyó con disgusto la proposicion, y no dió respuesta á ella. Amábala tiernamente el Rey su padre; pero sin embargo pareciéndole que aquel matrimonio era muy ventajoso para ella y para él, determinó valerse de toda su autoridad para obligarla al consentimiento. En vano le representó lo mucho que la repugnaba aquel estado, y su deseo de no conocer otro esposo que al mismo Jesucristo; nada pudieron adelantar sus ruegos, ni sus razones, ni sus lágrimas. En fin, arrancóla su consentimiento la rendida sumision que profesaba á sus padres, pero reservándose la libertad de apelar á las órdenes del mismo Dios; y animada con una viva confianza en la bon-

dad de aquel divino Salvador, que deseaba ardientemente tener por esposo, se fué á postrar á sus piés, y le suplicó se dignase de admitirla por esposa suya. «Bien sabeis Vos, divino dueño mio (decia Úr-«sula en su fervorosa oracion), bien sabeis Vos los mas íntimos afec-«tos de mi pobre corazon: las grandezas del mundo no le han ten-«tado jamás, ni mucho menos le han podido deslumbrar todas sus «aparentes brillanteces. Vos solo sois el dulce objeto de sus amoro-«sas ansias; Vos el único blanco á que se dirigen sus encendidos pro-«yectos. Árbitro sois, dueño sois de todos los sucesos de la vida; fá-«cilmente podréis desbaratar todas las medidas de los hombres, por «concertadas que sean. No desecheis, Señor, mis humildísimos rue-«gos: dignaos tomar debajo de vuestra proteccion á la menor de «todas vuestras esclavas; dirigidlo todo á mi salvacion y á vuestra «gloria, segun vuestra santa y divina voluntad.»

Íbanse acalorando mientras tanto los preparativos para el embarco de la Princesa, y de todas partes se habia juntado gran número de doncellas, las mas señoras de distincion, que debian acompañar á Úrsula, yendo destinadas para esposas de los oficiales bretones. Cuando todo estuvo prevenido para el embarco, Úrsula y sus compañeras pasaron á Londres. Esperaron tiempo favorable para hacerse á la vela, y mientras tanto tenia Úrsula frecuentes conversaciones con ellas, hablándolas por lo comun de la falsa brillantez de los bienes, honras y estimaciones de esta vida, de la insustancialidad y apariencia de las grandezas del mundo, de su caducidad y poca subsistencia; y como todas eran cristianas, dejaba caer muchas veces la conversacion sobre la dicha de aquellas felices almas que no tenian otro esposo que á Jesucristo.

La Santa poseia eminentemente todas aquellas prendas que embelesan, ganando los corazones; era en alto grado discreta y entendida; hablaba con gracia y con hermosura; era en extremo virtuosa, y acompañaba todos estos grandes talentos con una suavidad y con una modestia que verdaderamente encantaban; con lo que se hizo tan dueña de la estimacion y de los corazones de todas aquellas doncellas, que ya todos sus deseos y toda su ambicion se reducia á no querer amar á otro que solo á Jesucristo. Nunca vió el mundo tanto número de doncellas juntas mas cristianas. Era Úrsula su modelo, y sus ejemplos dejaban muy atrás á sus palabras. Púsose en fin el viento favorable para hacer en breve tiempo el tránsito de Inglaterra á la Bretaña menor, y se embarcó toda aquella numerosa comitiva de santas vírgenes; pero Úrsula jamás perdia de vista la estrella que la guia-

ba, y aunque los vientos eran muy favorables para arribar en pocas horas á las costas que buscaban, siempre conservó la esperanza de ver cumplidos sus fervorosos deseos. Con efecto, apenas perdieron de vista las de Inglaterra cuando se levantó una furiosa tormenta, que llenó de terror á toda la escuadra, amenazándola con un funesto naufragio. No dudó entonces santa Úrsula que Dios habia oido sus amorosas ansias; estaban todas y todos en una silenciosa consternacion, y sola Úrsula se mantenia serena, tranquila y distante de todo temor. *Ánimo, hijas mias*, decia á sus compañeras con un aire y en un tono que manifestaba visiblemente su confianza y su alegría; *ánimo, y nada temais. Servimos á un Dios, y tenemos un esposo que manda á los vientos y á los mares; sacrifiquémosle generosamente nuestras vidas, y dejemos los horrores de la muerte á los que tienen la desgracia de no conocerle; pero nosotras tengamos confianza en su gran misericordia.*

Sosegó á todas sus compañeras, y aun á todo el equipaje, la intrépida seguridad de nuestra Santa; pero enfureciéndose los vientos cada instante mas y mas, y cediendo en fin los buques á las tempestades, toda la escuadra fue arrojada hácia los mares del Norte, sobre las costas de la Galia Bélgica. Abrigóse Úrsula con su ilustre tropa en el puerto de Tiel, hácia la embocadura del Rhin, en el país que se llama hoy ducado de Güeldres, y se asegura que desde aquí, siguiendo la corriente del mismo Rhin, navegó hasta Colonia, teatro del glorioso triunfo que el cielo las tenia prevenido.

Noticioso el emperador Graciano del levantamiento del tirano Máximo, é informado de su desembarco en las costas de las Galias, hallándose sin suficiente número de tropas para hacerle resistencia, llamó en su socorro á los hunos, nacion bárbara de la antigua Sarmacia, que habiendo salido de los confines de su país se habia derramado por toda la Germania, ocupando á lo largo las márgenes del Rhin, y extendiéndose hasta la Galia Bélgica. Eran naturalmente crueles y feroces, y añadiéndose á esto las supersticiones paganas, de que todos hacian profesion, llevaban la desolacion por todos los países donde ponian el pié. Mandaba á estos bárbaros su general Gauno, que tenia entonces la campaña por el emperador Graciano contra el tirano Máximo, y luego que descubrieron navíos bretones, enemigos del Emperador, los atacaron, y se apoderaron de ellos fácilmente por el corto número de soldados que los venian escoltando. No cabe en la expresion lo sorprendidos que quedaron al ver que toda aquella flota solo venia cargada de doncellas cristianas, destinadas para ser esposas de los oficiales y de los soldados bretones, sus enemigos, y que era la

principal de todas una princesa, futura esposa del duque Conan, generalísimo del ejército de Máximo.

La misma extraña aventura que tanto sorprendió á los bárbaros, descubrió á nuestra Santa los secretos de una particular providencia, que la llenó de consuelo y de alegría. Entonces conoció Úrsula que habian sido benignamente oidas sus amorosas ansias, y que admitiéndola Jesucristo por esposa suya, se dignaba añadir á la gloriosa palma de vírgen la triunfante corona de mártir. Animada de nuevo valeroso espíritu, y encendida en nuevo fervoroso celo, pasó á bordo de todos los demás navíos, habló á todas sus compañeras como heroína cristiana; exaltó la preciosísima perla de la virginidad, por cuya conservacion debian estar prontas á perder los bienes y la vida; exhortólas con tanta gracia, con tanta viveza y con tanta energía á derramar por la fe hasta la última gota de su sangre, que toda aquella dichosa tropa de vírgenes, convertido en gozo y aliento el primer terror, consideraban ya á los bárbaros como ministros de su dicha, y solo suspiraban por la gloriosa corona del martirio.

Quiso el general del ejército ver á Úrsula, cuya peregrina hermosura le habian alabado mucho, y quedó tan ciegamente prendado de ella, que no perdonó á diligencia ni medio para rendirla, para intimidarla y para vencerla. Pero la Santa le habló con tan cristiana constancia, con tanta resolucion, y con tanta majestad, que cambiada en furor la brutal pasion de aquellos bárbaros, se arrojaron con espada en mano á todas aquellas vírgenes. A unas las atravesaron con el acero, á otras con las flechas, y á todas las degollaron, pasando todas á aumentar la corte del Cordero celestial, llevando en las manos la duplicada palma del martirio y de la virginidad. Sucedió este glorioso triunfo el dia 21 de octubre del año 383, celebrando desde entonces la santa Iglesia con grande solemnidad la ilustre memoria de santa Úrsula y sus compañeras vírgenes y mártires. Sus cuerpos fueron sepultados en el territorio de Colonia, de donde se esparcieron despues sus santas reliquias por toda la cristiandad. Con el tiempo se fundó en la Iglesia una célebre congregacion de religiosas compuesta de doncellas y de viudas, que siguen la regla de san Agustin, bajo el nombre y la proteccion de santa Úrsula, y por eso se llaman Ursulinas; están todas sujetas á los obispos. No es ponderable la utilidad de este Instituto en beneficio del público, no solo por los ejemplos de religiosidad, de modestia, de observancia y de todas las virtudes, que tanto edifican en todas partes á los fieles, sino por la bella educacion que se da á las niñas y doncellas mas adultas, instruyén-

dolas con tanto celo como caridad y feliz suceso, segun el espíritu de su Instituto, que no habiendo degenerado un punto de su primitivo fervor, nunca ha tenido necesidad de reforma. El año de 1537 la bienaventurada Ángela de Brescia introdujo este Instituto en Italia; el de 1544 le aprobó Paulo III, y el de 1572 le sujetó á la clausura y á los votos religiosos el papa Gregorio XIII, á solicitud de san Carlos Borromeo, que siempre le tuvo muy dentro de su corazon. Magdalena de Huilier, señora de Santa Beuva, fundó las Ursulinas en Francia el año 1611, siendo el primer convento el de Paris, de donde se extendieron con inmensa utilidad por todo el reino. Es verdad que ya en el año de 1606 la madre Ana de Xantoña de Dijon, tan ilustre por su eminente virtud como por el celo con que promovió la cristiana educacion de las tiernas doncellas, habia fundado en Dole las Ursulinas del Franco Condado, que sin estar sujetas á la clausura, ha mas de un siglo que son el asombro y la felicidad de los pueblos que logran la dicha de tenerlas, sin que jamás hayan aflojado ni en la perfeccion, ni en el primitivo fervor de su sagrado Instituto, educando á las niñas en el mas puro espíritu del cristianismo con el celo que cada dia las colma de nuevas bendiciones; edificando á tantos con su ejemplar modestia, como con aquella puntual observancia que nunca se desmintió, y ejercitándose con indecible bien en todas las obras de caridad que se proporcionan á su estado. En breve tiempo hizo maravillosos progresos esta ilustre congregacion; pues en menos de treinta años se vió propagada en Dole, en Vesoult, en Besanzon, en San Hipólito, en Arbois, en Porentruy, en Gray, en Pantalier, en Friburg de los Suizos, en Lucerna, en Cleval y Ornans.

SANTA COLUMBINA, VÍRGEN Y MÁRTIR, OTRA DE LAS COMPAÑERAS DE SANTA ÚRSULA.

El real monasterio de Poblet de la Orden Cisterciense en el arzobispado de Tarragona poseia (antes de los últimos deplorables sucesos que ocasionaron el saqueo y la destruccion de dicho magnífico monasterio) el sagrado cuerpo de la bienaventurada vírgen y mártir santa Columbina, vírgen y compañera en el glorioso martirio de santa Úrsula, cuya historia precede. Su fiesta no solo la guardaban los religiosos de aquel monasterio, sino tambien muchos pueblos inmediatos como Montblanch, Espluga de Francolí y Vimbodí, por voto particular que hicieron sus vecinos antiguamente, porque habiendo acudido á esta Santa con devocion en las necesidades de seca, abrió

Dios por intercesion de ella en diferentes ocasiones las nubes, y llovió copiosamente. Hacíase conmemoracion aparte en la misa en el propio dia después de la colecta de santa Úrsula y sus compañeras, y se decia así: *Indulgentiam nobis Domine beata Columbina virgo et martyr imploret, quae tibi grata semper extitit, et merito castitatis, et tuae professione virtutis. Per Dominum nostrum, etc.* Ignoramos si las reliquias de santa Columbina desaparecieron en la general devastacion del referido monasterio, célebre y dignísimo monumento que nos legaron nuestros piadosos abuelos, ó si tal vez fueron recogidas por alguna mano piadosa de las cercanías.

La Misa es en honor de santa Úrsula y sus compañeras, y la Oracion la siguiente:

Da nobis, quaesumus, Domine Deus noster, sanctarum virginum et martyrum tuarum Ursulae et sociarum ejus palmas incessabili devotione venerari, ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor Dios nuestro, nos concedas la gracia de que veneremos con tierna y continua devocion los triunfos de las santas vírgenes y mártires Úrsula y sus compañeras, para que ya que no podemos honrarlas como merecen, las tributemos á lo menos nuestros humildes obsequios. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: De virginibus praeceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hunc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quaerere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres, tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc

Hermanos: En órden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran como aquellos que no lloran: y los que se alegran como aquellos que no se ale-

mundo, tanquam non utantur: praeterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quae Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier innupta, et virgo cogitat quae Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu in Christo Jesu Domino nostro.

gran: y los que compran como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera, y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

En órden á las vírgenes, no tengo sobre esto precepto del Señor. No quiso el Señor imponer precepto á las doncellas de que le consagrasen su virginidad; quiere que sus esposas se entreguen á él voluntariamente por eleccion y por amor; pero siempre quiere esposas fieles, vigilantes y prevenidas. El descuido, la negligencia en materia de Religion y en el negocio de la propia salvacion siempre es locura. No da otro nombre el Salvador al descuido de aquellas vírgenes, por otra parte irreprensibles en punto de la virginidad que profesaban. Aunque eran muy loables por el deseo que todas tenian de recibir al divino Esposo; por la ansiosa solicitud con que querian á la misma media noche salir á buscar aceite para cebar las lámparas que se estaban apagando; con todo eso fueron vírgenes locas ó necias por no estar prevenidas, y por estarse durmiendo cuando debieran velar. Bella leccion; pero terrible para aquellas personas religiosas, que después de haber sacrificado á Dios su virginidad, su misma libertad y todo lo mas precioso que gozaban en el mundo; esto es, después de haber hecho por Dios lo mas penoso, lo mas arduo y lo mayor, se descuidan en lo mas facil, en lo menos trabajoso, y en las cosillas que las pide el mismo Dios, quebrantando sin escrúpulo la mayor parte de sus reglas, muy satisfechas porque están bien resueltas á no faltar en lo esencial, que obliga debajo de culpa grave; pero esas almas negligentes, tibias, inobservantes; esas almas que dormitan y aun se duermen en el servicio de Dios; esas almas que conociendo muy bien que las falta el aceite, que sus lámparas se pueden apagar, se hacen la cuenta de que tendrán tiempo para dar providencia á todo; estas

almas, digo, ¿serán cuerdas, serán discretas, serán prudentes? ¿No arriesgarán en cosa alguna su salvacion? ¿no se pondrán á peligro de clamar en vano á la hora de la muerte: *Aperi nobis;* y de que se las responda: *Nescio vos?* Aquellas vírgenes no estaban muertas, solo estaban dormidas. ¡Ah, Señor, y cuántas personas religiosas tambien lo están! Aquellas almas flojas é imperfectas, que hacen poco caso de las pequeñas obligaciones de su estado, que conservan en la Religion el espíritu del mundo, que se derraman tanto hácia afuera, que tienen tan poco fervor y tan poca devocion: estas almas, estas personas ¿serán vírgenes prudentes?

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág. 151.*

MEDITACION.

De la poca sinceridad que se halla en la voluntad que tienen de salvarse los mas de los cristianos.

Punto primero. — Considera que ninguno hay que no pretenda tener voluntad de salvarse; pero ¡qué pocos hay en quienes sea sincera esa imaginaria voluntad! No hay pecador tan endurecido que no diga alguna vez en la vida que se quiere convertir. No hay religioso tan tibio que no le parezca quiere en algun modo arribar á la perfeccion. No hay cristiano tan imperfecto que alguna vez no haga ánimo de traer una vida mas ajustada; porque no hay hombre tan insensato ni tan enemigo de sí mismo que se quiera perder, y ninguno ignora que es quererse perder el no quererse convertir. Pero el que se contenta con decir que se quiere salvar, sin aplicar los medios para conseguirlo, á lo sumo muestra que tiene pensamiento, pero de ningun modo acredita que tenga voluntad de hacerlo. No es difícil tener horror al infierno. Poca fe, poco entendimiento es menester para que las grandes verdades de la Religion aterren y convenzan, para que efectivamente muevan. Sobre este pié se imagina convertido el que está persuadido que es preciso convertirse; pero ¿está por eso mas adelantado? Consultémoslo con nosotros mismos; muchas veces hemos resuelto trabajar seriamente en el importante negocio de nuestra salvacion, ya á vista de una muerte, ya con la noticia de algun accidente funesto, ya después de una meditacion, ya al salir de un sermon, ya habiendo leido algun libro eficaz, enérgico y convincente. Muchas veces hemos resuelto mudar de vida, hemos concluido que era preciso reformarnos. Pero y bien; después de una voluntad, al

parecer tan descubierta, y por entonces tan determinada, ¿hemos sido mejores? Un poco de buena educacion y un poco de buen juicio bastan para aborrecer el vicio y para hacer estimacion de la virtud; pero es visible que en estos dictámenes o en estos movimientos, digámoslo así, como naturales, tiene mas parte el entendimiento que la voluntad, y es mucho de temer que si alguna vez se forman en la voluntad ciertos impulsos de aversion á lo malo, y ciertos ímpetus de amor á lo bueno, aquella aversion sea un mero disgusto de las malas consecuencias que trae el vicio consigo; y que este amor sea no mas que una simple estimacion, una complacencia natural en la virtud, sin el menor deseo eficaz en órden á la salvacion. Ciertamente es abuso, es ilusion fiarnos de estas medias voluntades. No nos han de juzgar por los buenos dictámenes que tuvimos, sino por las buenas obras que hubiésemos ejecutado. Lleno está el infierno de gente que se quiso salvar; pero lo quiso como lo quieren los mas, y como nosotros lo hemos querido hasta aquí.

Punto segundo.—Considera cuán ilusorias son estas buenas voluntades, en órden á la salvacion. No queremos condenarnos; pero ¿hay acaso en el infierno ni un solo condenado que se hubiese querido condenar? ¿qué diríamos de un enfermo que se contentase solo con querer sanar? Ninguno hay ciertamente que no lo quiera; pero si el tal enfermo con toda su imaginaria voluntad no quisiese aplicar remedio alguno; si no hiciese otra diligencia que pensar en que es buena cosa tener salud, sin moverse á practicar medio alguno para recobrarla; ¿qué juicio se haria de él? Pues tales son esos hombres que se contentan con quererse salvar; pero sin aplicar medio alguno eficaz para salvarse. Qué, ¿bastará para salvarse uno el decir que se quiere salvar, ó por mejor decir, será verdaderamente querer solo el pensar que es menester salvarse? Si el cielo se nos diera á este precio, ¿qué desalmado dejaria de ocupar su silla en él? No parece posible encontrar en el cristianismo hombres tan ciegos que estén en este error; pero ¿no experimentamos que estamos en él nosotros mismos? ¿Nos queremos salvar? Bien; y ¿qué medios aplicamos para salvarnos? Una vida tan tibia, tan imperfecta como la nuestra, ¿es medio eficaz para este fin? Los Santos tuvieron voluntad de ser Santos; trabajaron por serlo, y se salieron con ello; cotejemos lo que nosotros hacemos con lo que ellos hicieron para conseguirlo, y veamos después si tenemos valor para decir que nuestra voluntad es tan sincera como la suya. Comparemos sus devociones, sus penitencias, la pu-

reza de sus costumbres, la regularidad de su conducta con la nuestra, y hallarémos (¡santo Dios!) qué espantosa desproporcion, qué horrible diferencia.

Efectos son, Señor, estas reflexiones de vuestra infinita misericordia; no permitais que sean inútiles para mi provecho. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no medir la sinceridad de mis deseos sino por la eficacia de los medios que aplicaré para ponerlos en práctica.

Jaculatorias. — Conozco, Señor, que no hay paz ni salvacion sino para aquellos que tienen voluntad seria y sincera de salvarse. (*Luc.* 1).

Dadme, Señor, un corazon nuevo y verdaderamente recto en órden á mi salvacion. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 El que quisiere hacer verdadero juicio de la voluntad de salvarse, que todos imaginan tener, no tiene mas que compararla con la voluntad que tiene un enfermo de recobrar la salud, un mercader de hacer fortuna, un oficial de adelantarse; y con la que nosotros mismos tenemos algunas veces de salir con una empresa en que estamos muy empeñados. Tiene horror un pobre enfermo á ciertos medicamentos desabridos, amargos, dolorosos; pero el médico le dice que es necesario, que es eficaz. Esto le basta, no delibera, al punto le toma á pesar de su repugnancia y de su horror. Concibe un comerciante que le es forzoso un viaje para hacer un gran negocio, para doblar el caudal, para aumentar el comercio; nada le detiene, patria, parientes, amigos, todo lo abandona; expónese á todas las incomodidades y á todos los peligros, porque quiere hacer fortuna. Y el oficial que desea adelantarse en la carrera de las armas, ¿qué sacrificios no hace de su salud y de su vida? Coteja la voluntad que tienes de salvarte con todas estas voluntades, y por aquí juzgarás si es verdaderamente sincera.

2 Desde hoy has de procurar poder decir con verdad que deseas sinceramente salvarte, aplicando con eficacia los medios. ¿Tienes alguna mala costumbre que ponga á peligro tu salvacion? quítala desde este mismo dia. ¿Tienes que hacer alguna restitucion? no la dilates un solo punto; comienza desde luego á pagar, si no puedes del todo, á lo menos alguna parte, con firme resolucion de satisfacer cuanto antes toda la deuda. ¿Hay necesidad de alguna reforma en tus costumbres, en tus muebles, en tu conducta? no lo dilates para mañana.

En fin, manos á la obra; de manera, que al fin del dia puedas decir: yo me quiero salvar, y esta ó aquella es buena prueba de esto.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

San Marcos, obispo, en Jerusalen, varon muy ilustre y muy docto, el primero de los gentiles que gobernó la Iglesia de Jerusalen. Poco tiempo después consiguió la palma del martirio en tiempo del emperador Antonino. *(Los trece obispos que sucedieron al apóstol Santiago y su hermano Simon, primeros obispos de aquella ciudad, fueron de nacion judíos. Y como á los judíos les prohibió absolutamente el emperador Adriano aun á aproximarse á la nueva ciudad que él erigió cerca de las ruinas de Jerusalen destruida por Tito, y á la que puso por nombre Elia Capitolina, la cual aun desde el reinado del gran Constantino ha sido conocida con el nombre de Jerusalen, solo la habitaban gentiles cristianos, de los que Marcos fue nombrado su primer obispo).*

El martirio de los santos Felipe, obispo, Severo, presbítero, Eusebio y Hermes, en Andrinópolis de Tracia; los cuales en tiempo de Juliano Apóstata, después de haber sido encarcelados y azotados, fueron quemados.

Los santos mártires Alejandro, obispo, Heraclio, soldado, y sus compañeros, item.

San Felipe, obispo y mártir, en Fermo en la marca de Ancona.

Las santas vírgenes Nunilo y Alodia, ó Elodia, hermanas, en Huesca en España; á las cuales por la confesion de la fe dieron muerte los sarracenos, y así llegaron á la corona del martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Córdula, otra de las compañeras de santa Úrsula, en Colonia; la cual atemorizada con los tormentos y muerte de las demás, se ocultó; pero arrepentida, se presentó voluntariamente al dia siguiente, por lo cual alcanzó la corona del martirio la última de todas. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Abercio, obispo, en Hierápolis en Frigia; el cual floreció en tiempo del emperador Márco Antonino.

San Melanio ó Melon, obispo, en Rouan; el cual fue consagrado por el papa san Esteban, y enviado á aquel país á predicar el Evangelio.

San Donato de Escocia, obispo de Fiésoli, en Toscana.

San Verecundo, obispo y confesor, en Verona.

Santa María Salomé, en Jerusalen; la cual, como se lee en el Evangelio, fué ansiosa al sepulcro del Señor. *(Véase su noticia en las de hoy).*

La vida de san Juan Capistrano, cuya memoria hace hoy el Calendario del principado de Cataluña, se lee en las de mañana, conforme al Martirologio romano.

SAN HILARION, ABAD.

San Hilarion, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en la Palestina, como san Antonio lo habia sido en Egipto, y san Pacomio

en la Tebaida, nació en Tebaste, aldea de la Palestina, por los años de 291. Sus padres eran gentiles, y siendo niño le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Alejandría. Habíale escogido el Señor para ser uno de los mas ilustres directores de la vida monástica; y así dispuso que fuese cristiano el maestro con quien encontró. Reconociendo este en el niño Hilarion un natural feliz, un ingenio excelente y un fondo de inocencia poco ordinario en otros niños de su edad, se aplicó con particular cuidado á cultivar aquella tierna planta; y la primera prueba que le dió de su especial inclinacion fue instruirle en la verdadera Religion, y hacer que recibiese el Bautismo. Siendo ya cristiano Hilarion, en breve tiempo adquirió todas las virtudes de la religion que profesaba; y aunque los progresos que hacia en las ciencias eran verdaderamente admirables, mucho mas asombrosos eran los que hacia cada dia en la ciencia de los Santos. No tenia otra diversion que concurrir á donde se juntaban los Cristianos. Su devocion, su modestia y su compostura en la iglesia, hacíase reparar de todos, no siendo menos admirado en un niño de doce años un juicio muy superior á su edad, y tal pureza de costumbres, que todos le veneraban como á un ángel. No se hablaba á la sazon de otra cosa en todo Egipto que de la admirable vida de san Antonio; con cuya ocasion entró el niño Hilarion en vivos deseos de conocer á un hombre tan célebre por su santidad, para aprender la ciencia de los Santos en la escuela de tan sabio como experimentado maestro. Con este intento salió de Alejandría, y se encaminó á donde estaba el santo Patriarca, que descubriendo luego las grandes prendas de aquel niño, y enamorado de sus generosos pensamientos, tomó con particular cuidado la enseñanza de aquel nuevo discípulo que le habia enviado el Señor; anteviendo desde entonces que con el tiempo habia de ser uno de los mayores ornamentos de su Iglesia.

Detúvose Hilarion una temporada en el monasterio, y desde luego fue la admiracion de toda aquella santa comunidad. Ninguna cosa se escapaba á su vigilancia y á su fervor; no solo estudiaba las piadosas industrias de san Antonio, sino que en cada ejemplo edificativo de los monjes encontraba nueva leccion para su aprovechamiento. Instruido ya perfectamente en todos los secretos de la vida espiritual, manifestó al santo Patriarca sus deseos de retirarse á algun desierto para pasar toda su vida en el silencio de la soledad. Aprobóselos san Antonio, dándole saludables instrucciones para la nueva vida, y le permitió seguir el espíritu del Señor que le llamaba á mayor retiro. Despidióse Hilarion de todos aquellos santos monjes, que sintieron mucho su par-

tida; y vuelto á Alejandría, tuvo allí noticia de la muerte de sus padres, con la cual se halló heredero de una legítima cuantiosa; pero no queriendo para sí otra herencia que á solo Dios, cedió parte de sus bienes á sus hermanos, y todo lo demás lo repartió entre los pobres.

Tenia á la sazon solos quince años; despojado ya de todo por seguir á Jesucristo, se retiró á un desierto distante dos leguas y media de un pequeño pueblo llamado Mayuma, sitio espantoso pero solitario, y mucho mas por lo infamado con los continuos robos y muertes que hacian en él los salteadores. Ni el peligro acobardó á nuestro Santo en su generosa resolucion, ni á su delicada complexion la hizo fuerza el rigor de las estaciones. Allí dió principio Hilarion á aquella perfecta vida, que continuó por espacio de sesenta y dos años con un fervor que nunca se entibió, y con tan rigorosas penitencias que asombraron al mundo. Su vestido se reducia á un saco grosero y á una túnica de pieles con que le habia regalado san Antonio. Su alimento á los principios eran quince higos al dia, que tomaba después de puesto el sol; y cuando se sentia asaltado de alguna tentacion, acortaba la racion hasta pasar tres ó cuatro dias sin alimento. Era enemigo de la ociosidad, y tenia repartido todo el tiempo entre la oracion y el trabajo de manos; pero sin que este, que era el de hacer cestillas, interrumpiese la oracion. Desde los diez y seis años hasta los veinte no tuvo otro alojamiento que una pobre cabaña de juncos que él mismo fabricó, y no le defendia ni del rigoroso frio del invierno ni de los excesivos ardores del estío. Después fabricó una celdita tan estrecha, que en rigor era una sepultura, y hasta en la figura lo parecia. Nunca tuvo otra cama hasta la muerte que una estera de juncos tendida en la dura tierra. Desde los veinte un años hasta los veinte y siete era su comida un puñado de lentejas remojadas en agua fria; el resto de su vida fue un rigidísimo ayuno, reduciéndose su alimento á seis onzas de pan de cebada con algunas raíces insípidas, sin salsa ni condimento, y no probando ni fruta ni legumbres.

Pero lo que mas tuvo que padecer Hilarion no fue esta asombrosa austeridad de vida. Por mas de sesenta años estuvo sufriendo los mas violentos combates de todo el infierno junto. Para vengarse este del dominio que el cielo le habia dado sobre todas sus tenebrosas potestades (las que á solo el nombre de Hilarion salian de los cuerpos que tiranizaban, y solo con dejarse ver el Santo se hallaban precisadas á abandonar los ídolos y los templos), puso en movimiento toda su malignidad para perder, ó á lo menos para inquietar y para atormentar á nuestro Santo. Espectros horribles, fantasmas espantosas, represen-

taciones torpísimas, de todo se valió para atemorizar su espíritu ó para manchar su imaginacion. Hilarion recurria á la oracion y á la penitencia; y para castigar el espíritu, que continuamente le inquietaba con impuras imaginaciones, atormentaba su cuerpo, cercenándole aun aquel escaso alimento que le concedia, pasando los cuatro y los cinco dias sin probar bocado, y añadiendo á estos excesos de abstinencia iguales excesos de trabajo. Oíasele algunas veces decir á su mismo cuerpo: *Yo te haré, asnillo, que no tires coces; yo te mataré de hambre y de sed, te cargaré y te haré trabajar por el calor y por el frio; de manera que solo pienses en comer y en descansar, y no en brincar ni en refocilarte.* Si el enemigo le fatigaba á él, él tambien fatigaba al enemigo con excesivas penitencias; de manera que su cuerpo llegó á ser un esqueleto, armazon de huesos cubiertos con el pellejo.

Como el demonio no pudo lograr que dejase sus ejercicios espirituales, pretendió por lo menos perturbarle en ellos. Unas veces hacia que oyese como á la puerta de su celda clamores de niños, llantos de mujeres, balidos de ovejas, mugidos de bueyes, rugidos de leones, bramidos de fieras que le hacian estremecer. Estando en una ocasion cantando salmos, se le presentó á la vista un combate de gladiadores, en que uno caia como muerto á sus piés, y le pedia que le diese sepultura. Haciendo oracion en otra con el semblante pegado contra el polvo, se distrajo algun tanto, y sintió sobre las espaldas como el peso de un hombre que le tenia debajo de los piés, y le daba de patadas, diciéndole al mismo tiempo en tono mofador y burlesco: *¿Oyes? Pues qué ¿te duermes? ¿te distraes? ¿te diviertes?*

Habia ya veinte y dos años que dia y noche estaba combatiendo Hilarion en su horroroso desierto, cuando quiso en fin el Señor manifestar al mundo la eminente santidad de su gran siervo por medio de los milagros. Elpidio, caballero ilustre (con el tiempo fue prefecto del pretorio), volvia de visitar á san Antonio con su mujer Aristenera y con sus hijos. Habiendo llegado á Gaza cayeron tan gravemente enfermos todos tres hijos, que los médicos los desahuciaron. Afligida la desconsolada madre, los lloraba ya por muertos, cuando la dieron noticia de que habia un gran siervo de Dios en un desierto muy cercano. Pasó inmediatamente allá, y pudo tanto con sus lágrimas y con sus ruegos, que le rindió á venir á Gaza. Luego que se acercó á los enfermos hizo una breve oracion á Jesucristo, y en el mismo punto quedaron perfectamente sanos los tres hijos de Elpidio. Esparcida por todo Egipto la fama de este milagro, de todas partes concurrian en tropas los enfermos de los pueblos á buscar la salud en

nuestro Santo, y todos eran oidos y felizmente despachados. Acompañaba por lo comun la salud del alma á la del cuerpo; y en menos de seis meses ganó para Jesucristo un prodigioso número de idólatras. Hacíale dueño de cuantos corazones le trataban de cerca una santidad dulce, apacible, grata y compasiva, que fue siempre el carácter de nuestro Santo; por lo que en breve tiempo se vió el desierto poblado de solitarios: y á pesar del deseo de Hilarion, ansioso de vivir solo en su retiro, cada dia crecia el número de sus discípulos. No se habia visto hasta entonces monasterio alguno en la Palestina, ni en la Siria algun otro solitario; de manera, que Hilarion fue el primero que introdujo este género de vida en aquel país. Creciendo cada dia su reputacion con las maravillas que obraba, se fundaron muchos monasterios en la Palestina, los cuales todos quisieron estar debajo de su obediencia. Dióles reglas, y los gobernó con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta caridad, que se contaba el número de los Santos por el número de los monjes. Llegaba este al de tres ó cuatro mil solitarios bajo la direccion y disciplina de san Hilarion, quien cada año los visitaba á todos, á todos les hablaba, y encendia en todos el fervor con sus visitas, con sus palabras y con sus ejemplos. Acompañábanle en la visita dos mil hijos suyos que no podian perder de vista á tan buen padre; y como el alimento de todos estos santos anacoretas se reducia á raíces y á yerbas silvestres, no les cargaba mucho la provision de un poco de pan, que cada uno llevaba para sí, y caminaban sin ser gravosos á nadie.

Haciendo una de estas visitas, y pasando al desierto de Cadés, se halló por casualidad en Elusa, pueblo de Idumea, y todo él idólatra, puntualmente en cierto dia en que toda la gente habia concurrido al templo de Vénus para celebrar su fiesta. No es fácil explicar el vivo dolor de nuestro Santo á vista de toda aquella pagana muchedumbre. Conocian todos á san Hilarion por los muchos energúmenos de su nacion que habia librado de la tiranía del demonio, y por los muchos enfermos á quienes habia dado salud; por lo que luego que tuvieron noticia de que habia llegado al lugar, concurrieron todos de tropel á visitarle, juntamente con un sacerdote ó sacrificador que ya estaba coronado y revestido para ofrecer las víctimas al ídolo. Viéndose el Santo en medio de ellos, y conmovido vivísimamente de su lastimosa ceguera, no pudo reprimir las lágrimas; y animado entonces de aquel celo, que es siempre inseparable de la verdadera santidad, les habló con tanta eficacia y con tanta mocion sobre su lastimosa desgracia de vivir sepultados en las tinieblas del gentilismo y de ofrecer sacrificios

al demonio; púsoles á la vista la verdad y la santidad de la religion cristiana con tanta energía y con tanta majestad, que toda aquella muchedumbre quedó suspensa y movida. Acabó entonces la Gracia la obra que habia comenzado por medio de nuestro Santo, y se levantó un grito universal de todos los paganos, que reconociendo su ceguedad clamaban por el Bautismo. Á vista de tan alegre suceso se enjugaron luego las lágrimas de Hilarion, que sin perder tiempo empleó toda su elocuencia y todo su celo en instruirles y en confirmarles en su resolucion. Uno de los que se mostraron mas fervorosos fue el mismo sacrificador; el cual, revestido con todos sus supersticiosos ornamentos, protestó que no se retiraria mientras no fuese admitido en el número de los catecúmenos. Echóse por tierra el templo, y el ídolo fue hecho pedazos por aquellos mismos que se habian juntado para ofrecerle sacrificios; ni dejaron salir del lugar á nuestro Santo hasta que les trazó el plan de una iglesia que se fabricó en muy breve tiempo.

Refiérese que habiendo llegado Hilarion á cierto monasterio, el mayordomo de la casa, que era muy codicioso y avariento, le quiso regalar. Tenia el tal mayordomo un huertecillo particular, y tan pegado el corazon á él, que vivia en una continua inquietud, con el afan de que no le hurtasen algo, mostrando en el congojoso cuidado con que le guardaba, su espíritu avariento, mezquino y propietario. Sabiendo el tal monje que el Santo no le miraba con buenos ojos por su genio interesado y codicioso, le pareció que le podria ganar la voluntad regalándole con un manojo de habas verdes. Sirviólas á la mesa Hesyquio, compañero del Santo, el que apenas las vió, cuando exclamó que las apartasen de allí, porque apestaban á un hedor de avaricia insoportable; añadiendo que ni los brutos las podrian tolerar, y mandó á Hesyquio que hiciese la experiencia. Con efecto, habiéndoselas echado á los bueyes, luego que las vieron comenzaron á espantarse, á bramar extraordinariamente, y se enfurecieron tanto, que rompiendo la cuerda echaron á correr, llenando el aire de temerosos rugidos.

Mientras tanto, llamándole siempre á Hilarion su natural propension á la soledad, gemia sin consuelo, viéndose continamente rodeado y como sufocado de los innumerables que le venian á buscar, unos pidiendo milagros, y otros solicitando instrucciones. Los obispos, los presbíteros, los clérigos, y los monjes; las señoras cristianas, los labradores, los magistrados y las personas de la primera distincion, todos acudian á él en sus necesidades espirituales; pero vencido en fin de su amor al retiro, determinó ponerlo en ejecucion y esconderse en una soledad, donde viviese desconocido al resto de los hombres. Lue-

go que se entendió su resolucion, se conmovió todo el país. Amontonáronse cerca de él mas de diez mil personas, y le conjuraron con sus clamores y con sus lágrimas que no desamparase la Palestina; pero el Santo se mantuvo inmoble en lo que tenia resuelto, protestando que no comeria ni beberia mientras no le dejasen marchar. Guardábanle sin perderle de vista; pero en fin, viendo que efectivamente no habia querido probar bocado en siete dias, se hallaron precisados á condescender. Partió acompañado de una infinidad de gente hasta Bethel: allí los despidió á todos, quedándose solo con algunos solitarios, en cuya compañía se fué al monasterio de San Antonio para celebrar el dia de su aniversario. Desde aquí se encaminó á Afrodita en el alto Egipto, deteniendo consigo solo dos monjes, é hizo alto en un desierto inmediato á aquella ciudad, donde se entregó á la abstinencia, al silencio y á todos los demás rigores, con tanto fervor como si comenzara entonces la carrera. Desolaba á todo el país una sequía de tres años; y noticiosos los moradores de la llegada del Santo, acudieron todos á él suplicándole que les alcanzase del cielo abundante lluvia; logróla, y á esta maravilla se siguieron otras muchas. Con esto le arrojaron luego del país las honras que todos le hacian. Determinó irse á sepultar en el desierto de Oasis. Habiendo llegado á Bruchion, arrabal de Alejandría, partió de allí la misma noche que llegó, diciendo á los que se empeñaban en detenerle, que si hacia noche en aquel sitio, todos lo pasarian mal por su motivo; y con efecto la mañana siguiente llegó un destacamento de soldados, despachados por Juliano Apóstata, para prender al Santo, como el mayor enemigo del paganismo que el impío Emperador intentaba restablecer.

Entró Hilarion en el horroroso desierto de Oasis, donde estuvo oculto por espacio de un año; pero siguiéndole á todas partes su reputacion, sin poderse librar de ella, determinó pasar á las islas desiertas para vivir desconocido. Con este intento se encaminó al puerto de Perotonio, donde se embarcó para Sicilia con un discípulo suyo llamado Zanan. Cuando estaban ya en alta mar entró el demonio en el cuerpo del hijo del patron del navío, y comenzó á gritar: *Hilarion, déjame en paz á lo menos en el mar; y solo te pido que me dés tiempo para llegar á tierra.* Á lo que el Santo respondió: *Si mi Dios te lo permite, estáte; pero si él te arroja, no lo atribuyas á un miserable pecador como yo.* Al instante quedó libre el muchacho; y toda la gracia que pidió Hilarion al patron y á todo el equipaje fue que no descubriesen su nombre á persona viviente. Desembarcó en Pachyn, y se metió tierra adentro. Estaba como enterrado en una espantosa sole-

dad, cuando un energúmeno le descubrió en Roma, y por los indicios que dió el mismo demonio, pasó á Sicilia; postróse delante de la cabaña del Santo, y al punto quedó libre. Á este milagro se siguió el de la curacion de todos los enfermos que acudieron á él de todas partes; tanto, que se extendió su fama hasta Grecia, y allí supo su querido discípulo Hesyquio que su santo maestro estaba en Sicilia. Partió al punto á buscarle, y como le hallase determinado á irse á esconder en algun país de bárbaros, el mismo Hesyquio le llevó á Epidaura en la Dalmacia. El año de 365 el mar salió de sus límites, y amenazaba sorberse toda aquella ciudad. Noticiosos los vecinos de que el extranjero era el célebre obrador de milagros, le buscaron, le cogieron y le llevaron á la ribera. Hizo el Santo tres cruces sobre la arena, y al punto se detuvo el mar. El ruido que metió este milagro fue bastante motivo para que Hilarion escapase á otra parte. Embarcóse, aportó á la isla de Chipre, y sepultóse vivo en el hueco de un horroroso peñasco; pero luego le descubrieron los energúmenos. Parecíale al Santo haber encontrado un desierto donde no seria conocido; pero sus mismos milagros le hacian traicion en todas partes. Mantúvose allí cinco años, haciendo una vida mas parecida á la de los Ángeles que á la de los hombres. Esparcióse en fin la voz de que Hilarion habia pronosticado su muerte, y al punto concurrió innumerable multitud de gente de toda la isla, y el Santo hizo á todos darle palabra de que habian de enterrar su cuerpo en el mismo sitio donde espirase. Llegada la hora en que el Señor queria premiar á su fiel siervo, sintió cierta especie de temor; pero alentando entonces su fervor y su confianza, se volvió á su misma alma, y la dijo: *Sal, alma mia, sal; ¿qué temes, qué te acobarda? cási setenta años há que sirves á Jesucristo, ¡y todavía temes morir!* Al decir estas palabras rindió su espíritu en el año de 371, á los ochenta de su edad. Enterraron su cuerpo en el lugar que el mismo Santo habia deseado; pero diez meses después su querido discípulo Hesyquio le hurtó secretamente, y se le llevó á su antiguo monasterio de Mayuma. Muy en breve se hizo glorioso su sepulcro por los milagros. Halláronse sus hábitos tan enteros como cuando murió, y su cuerpo tan fresco y tan intacto como si estuviera vivo. Sucedió su muerte el dia 22 de octubre en que la Iglesia celebra su fiesta.

SANTA MARÍA SALOMÉ, VIUDA.

Era consiguiente á los grandes beneficios que ha recibido España de su primer apóstol y patron Santiago, que nuestra Iglesia tuviese

en gran precio la memoria de su santa madre tantas veces celebrada en los Evangelios; y que eligiese en el discurso del año un dia en que la dedicase festividad. Por el discurso de muchos siglos estuvo sin celebrarse la memoria de esta Santa, hasta que el arzobispo y cabildo de la santa iglesia de Santiago, reflexionando sobre una falta que pudiera atribuirse á toda la nacion, procuraron remediarla con piadosa industria. Dispusieron un oficio propio de esta Santa, á quien ya anteriormente celebraba la iglesia Compostelana; y habiendo pedido su aprobacion á la sagrada Congregacion de Ritos, vió esta y reconoció la justicia de la súplica, y en su consecuencia expidió su decreto á 28 de agosto de 1762, en el cual, atendiendo á las preces del Rey católico, no solamente aprobó el oficio con el rito de segunda clase para todo el arzobispado de Santiago, sino que le extendió tambien con el de doble mayor para todos los dominios de España. Lo doloroso es, que de esta mujer virtuosa sean tan escasas las noticias que nos han quedado; pero ellas sirven, no solo para comprobar su existencia, sino para hacer tan auténtica su santidad, que de pocos Santos se podrán producir monumentos tan fidedignos. Estos se reducen únicamente á los que se contienen en los cuatro Evangelios, y á lo que de ellos se deduce sin violencia, mayormente cuando está apoyado con el dicho ó sentencia de algun santo Padre. Bajo de este concepto referirémos lo que de esta santa mujer dijeron los Evangelistas, que será lo bastante para formar un juicio cabal de su santidad, y alguna idea de su vida, que es como sigue:

Fue santa Salomé mujer del Zebedeo, y madre de los gloriosos apóstoles Santiago el Mayor y san Juan Evangelista, llamado por otro nombre el Discípulo amado. No se sabe el lugar de su nacimiento, ni quiénes fueron sus padres, pero se sabe que era parienta de la Vírgen santísima; por cuyo motivo se trata á sus hijos en el Evangelio como consanguíneos de Jesucristo. Se puede presumir que seria oriunda de Nazaret, en donde sabemos que tenian su casa los padres de la Madre de Dios. Como á toda esta santa descendencia estaban hechas las magníficas promesas del nacimiento del Mesías, y se acercaba ya el tiempo de ser enteramente cumplidas, Dios mismo cuidaba de derramar copiosamente sus gracias en todos los individuos de este linaje. Santos y virtuosos eran Joaquin y Ana, santos y virtuosos Isabel y Zacarías, varon justo era el santo José, santos y santísimos fueron Santiago y san Juan, virtuosos sus padres, y por la misma razon podemos conjeturar que lo serian tambien sus abuelos. Estos darian una educacion á santa Salomé muy semejante á la que ella daba á sus hi-

jos, cuya bondad se comprueba con la pronta correspondencia que dieron á los divinos llamamientos, y la admirable prontitud con que siguieron á Cristo. Casada con el Zebedeo, que era pescador de oficio, aunque con barca propia, se deja conocer, ó que no era tanta su nobleza, como dice el Padre san Gerónimo (*Epist.* 16 *ad principium Virginem*) suponiendo que era conocido del sumo pontífice por la nobleza de su linaje, ó que la escasez de bienes de fortuna le habian oscurecido, como acontece frecuentemente en el mundo. Lo cierto es que sus haberes no pasaban de una barca y unas redes, las cuales no debian estar muy buenas; pues cuando Jesús pasó por el lago de Genezaret, que los hebreos segun su costumbre llamaban mar, estaban componiéndolas y remendándolas, prueba de que no eran nuevas, ni estaban en aquel estado que las suelen tener las personas ricas y poderosas. Orígenes en el libro I contra Celso pretende colocar á esta santa familia en una medianía de nobleza, haciendo distincion entre el navegante, ó marinero y pescador; atribuyendo á este último un estado humilde de personas que ganan el sustento con mucho trabajo y con el sudor de su rostro, y al primero mayor riqueza y algunas conveniencias. Pero esta distincion parece algo frívola, porque tambien Simon Pedro tenia su nave propia, como se dice en el capítulo v de san Lucas, sin que por eso se le extraiga de la condicion de un pobre pescador. De todo ello resulta, que santa Salomé era de pobre linaje, atendiendo á los bienes de fortuna; pero muy rica, si se atiende á la rectitud de costumbres.

En el tiempo en que Jesucristo llamó á sus dos hijos al apostolado, nada se dice de que hiciese oposicion, ó sentimiento, lo cual es prueba de gran virtud. Tanto Santiago como san Juan eran ya de edad competente para ayudar á su padre en el ejercicio de la pesca; esto sin duda alguna les traeria grande utilidad: por otra parte es bien notorio el amor que tienen las madres á sus hijos, y que siempre quisieran tenerlos á su lado, para tener cerca de sí en qué desahogar el amor maternal. Amor por una parte é interés por otra, son dos agentes muy poderosos respecto del corazon de una mujer. Sin embargo de esto, cuéntala su marido el Zebedeo lo que habia pasado con sus dos hijos, como estando á la orilla del mar habia pasado por allí Jesús, les habia mandado que le siguiesen, y al momento le habian seguido, dejando las redes, dejando su oficio, y lo que es mas que todo, dejando á su mismo padre. Cuando el Zebedeo referia estas cosas, veia santa Salomé que eran verdaderas; pues realmente veia que no habian vuelto sus hijos á tomar el alimento diario en su

propia casa. Cualquiera madre en semejantes circunstancias parece que habia de acusar de ingratos á sus hijos, y de tirano, cruel ó engañador al que los habia arrancado del seno de su casa. Nada de esto se lee de santa Salomé; antes bien se puede creer, que concibió una santa envidia de san Juan y Santiago, y que desde aquel mismo instante propuso imitarlos, si era servido Dios quebrantar los lazos del matrimonio, que por entonces la tenian atada. No debió de tardar en suceder así, segun parece del santo Evangelio, pues vemos que bastante antes de su muerte seguia á Jesucristo, juntamente con otras mujeres piadosas, naturales de Galilea. Esto era una costumbre entre los hebreos, y en el capítulo VIII de san Lucas se señalan muchas mujeres que seguian á Jesús y á los Apóstoles sirviéndoles y dándoles de sus propias haciendas por sola la recompensa de que les enseñasen y dirigiesen por el camino de la vida. San Gerónimo sobre san Mateo advierte esta misma costumbre de los judíos; por lo cual el vulgo no se escandalizaba; y escribiendo san Pablo á los corintios (*Epist. I*, IX) pregunta así: *¿Por ventura no tengo yo facultad de llevar una mujer en calidad de hermana por los pueblos y ciudades en donde predico, como lo hacen los demas Apóstoles?* Luego, pues, que Salomé se vió libre de las ataduras del matrimonio por la muerte de su marido el Zebedeo, vendió lo que tenia, y llevó el precio á los piés de Jesucristo, prometiendo seguirle, como lo hacian los Apóstoles y muchas mujeres piadosas. En esto mismo se manifiesta el desprecio con que miraba esta santa mujer las cosas terrenas, y el esmero con que anhelaba por las celestiales y divinas. En compañía de Jesús y de tantas piadosas mujeres como le seguian, nada podemos suponer en ella que no sea muy conforme á la doctrina del Evangelio, de la cual hacian profesion; pero sin embargo, fuese por amor de madre, ó fuese por la satisfaccion que le inspiraba el parentesco con Jesucristo, hizo con este Señor una pretension que causó por entonces gran disturbio entre los Apóstoles, y ha sido causa de que posteriormente algunos santos Padres la hayan notado á ella y á sus hijos de ambiciosos.

Salomé habia oido decir á Jesús (*Matth.* XIX) que sus doce Apóstoles se habian de sentar con él en doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel, y ya desde entonces habia concebido pensamientos de pedirle á Jesucristo que mirase á sus hijos con alguna distincion. Oyóle decir después aquella admirable parábola de los trabajadores de la viña, á los últimos de los cuales dió igual premio que á los primeros, á lo cual se siguió una noticia cierta de lo que le habia de suceder dentro de poco. Caminaba Jesús á Jerusalen, y llamando aparte

á sus Apóstoles, les dijo: *Hé aquí que subimos á Jerusalen, y el Hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, quienes le condenarán á muerte, y le entregarán á las gentes para que hagan de él escarnio, y le azoten y le crucifiquen, y al tercer dia resucitará.* Los hijos de Salomé no pudieron callar el secreto, y así dieron parte á su madre de lo que les habia dicho Jesucristo. San Agustin (*lib. 2 de Consensu Evangelist. cap. 64*), san Juan Crisóstomo (*Homil. 66*), y otros piensan que santa Salomé fue instada y movida de sus mismos hijos á hacer la peticion que luego referirémos; pero esto no consta del Evangelio. Es cierto que Jesús dirigió su respuesta á los dos Apóstoles: es tambien cierto que san Marcos refiere como vinieron ellos mismos á hacer la pretension; pero cási todos los santos Padres y expositores del Evangelio refieren esta historia de la manera que la cuenta san Mateo, y concuerdan los Evangelistas, diciendo que Jesucristo respondió derechamente á los Apóstoles, porque les atribuyó á ellos la pretension de su madre. Esta, pues, se fué á Jesús, acompañada de sus dos hijos, y habiéndole hecho antes reverencia, se quedó como cortada en ademan de querer pedir alguna cosa, pero sin atreverse á declarar su peticion. Bien conoció el amoroso Jesús todos los secretos de su corazon, y pudiera haberla vuelto la espalda, sin permitir que declarase su debilidad; pero quiso que manifestase la llaga, para como médico celestial aplicar la medicina. Díjola, pues: *¿Qué es lo que quieres? Conozco en tu semblante que tienes conmigo alguna pretension, y que no te atreves á manifestarla: di, pues, á qué se reduce lo que deseas para complacerte si es tu pretension justa.* Viendo Salomé que Jesús la franqueaba la puerta para introducir su pretension, le dijo ya sin recelo: *Señor, pretendo que en vuestro reino se sienten estos dos hijos mios, uno á la derecha y otro á la siniestra, ocupando las dos primeras y principales dignidades.* Luego que Jesucristo oyó la pretension, conoció que procedia de afecto terreno y ambicion, y desde luego se propuso curar de raíz aquel mal, enseñándoles lo que en aquella materia prescribia la ley del Evangelio. Algunos santos Padres, ó por mejor decir la mayor parte de ellos, convienen en que Salomé cometió exceso en esta peticion, y que no debiera haber condescendido con las solicitudes de sus hijos; y á la verdad la severa respuesta de Jesucristo convence esto. Sin embargo, san Gerónimo y san Ambrosio la disculpan: el primero, diciendo que era ignorancia mujeril, y un piadoso afecto hácia sus hijos; y el segundo dice, que si es error, es error de piedad, porque las maternales entrañas no pueden sufrir dilaciones cuando se trata de la co-

modidad de sus hijos; y así dice el santo Padre: *Considerad que es madre, reflexionad que es madre.* Orígenes (*Homil. 25 in Lucam*) dice, que algunos herejes aseguraron que la diestra y siniestra que solicitaron Santiago y san Juan fueron concedidas á san Pablo y á Marcion. Pero dejando aparte las varias exposiciones de los sagrados intérpretes, sigamos la historia de nuestra Santa.

Conceptuó Jesucristo que los apóstoles Santiago y san Juan estaban todavía muy apegados á las cosas terrenas, y así quiso examinarlos perfectamente, echándoles primero en cara lo errado de su pretension, por lo cual les dijo: *No sabeis lo que os pedis: ¿podeis beber el cáliz que he de beber yo?* esto es, ¿podréis padecer los horribles tormentos que anteriormente os he manifestado me aguardan en Jerusalen, y además de esto una muerte afrentosa? Los hebreos significaban los mayores males y trabajos con los nombres de cáliz y de bautismo, como se advierte en los salmos X, LXVIII, LXXIV y CXLIII, templando con estas voces agradables lo áspero y amargo de las persecuciones é infortunios. Sin embargo de esto, como estaba tan reciente la relacion que les habia hecho Jesucristo de lo que habia de padecer en Jerusalen, y como habia de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas para ser escarnecido, azotado y clavado en una cruz, no podian ignorar que bajo el nombre de cáliz y de bautismo se significaban aquellas terribles penas. Pero cuando la ambicion llega á apoderarse del corazon humano, por mínima que sea, ciega y oscurece los dictámenes de la razon y todo prudente discurso. Así sucedió en san Juan y Santiago, pues sin aguardar á que su madre respondiese á la pregunta de Jesús, respondieron ellos confiados mas de lo justo: Sí, Señor, podemos beber el cáliz que habeis de beber, y nos hallamos con fuerzas y resolucion para ser bautizados con vuestro bautismo. La Sabiduría infinita conoció muy bien la necia confianza de donde procedia aquella respuesta, mas no quiso desanimarlos, porque tambien conoció al mismo tiempo la grandeza de alma y prontitud de voluntad que manifestaban en servirle; y que los que deseaban estar á la diestra y siniestra de su persona no dejaban de manifestarle bastante amor. *Beberéis mi cáliz*, les dijo; *pero el sentaros á mi diestra ó á mi siniestra, no está en mi mano el concedéroslo á vosotros, sino que será para aquellos para quienes está preparado por mi Padre.* Quiere decir: las primeras sillas de mi reino no son como las dignidades terrenas, ni se dan por respetos de parentesco, amistad, ó recomendacion; se dan sí á aquellos que, segun los eternos decretos de mi Padre, se harán mas acreedores. Á los que

combatieren mejor sus pasiones, á los que hicieren un justo aprecio de las inspiraciones de la Gracia, á los que no rehusaren los trabajos ni las fatigas, á los que, finalmente, cumplieren la ley evangélica, á estos les serán distribuidas las recompensas á proporcion de su mérito, sin que se les falte en el mas mínimo ápice de la justicia. De esta manera, sin quitarles la esperanza de poder conseguir los primeros honores, los estimuló á merecerlos con las obras, en lo cual se advierte una conducta propia de la divina Sabiduría y de la infinita misericordia.

Es de creer que santa Salomé, después de esta instruccion de Jesucristo se esmeraria mas y mas en desarraigar de su corazon los afectos terrenos, y en seguir su santísima doctrina con mayor pureza. Es creible tambien que se hallase presente á aquellos altísimos discursos y lecciones de caridad que dió el divino Maestro en los últimos trozos de su vida. A lo menos se sabe del Evangelio que en el tiempo borrascoso de la pasion, cuando todos los Apóstoles habian huido, á excepcion de san Juan, esta Santa, juntamente con otras mujeres, le acompañaron hasta el Calvario, sin que el terror de los soldados amedrentase la debilidad de su sexo, ni se disminuyese su fe, porque veian padecer á Jesús como si fuera puro hombre y facineroso. Es verdad que solamente la Vírgen María y San Juan estaban junto á la cruz; pero Salomé y las demás mujeres que le habian seguido de Galilea permanecian no muy léjos de allí. Esta Santa fue tambien de las que acompañaron el santísimo cuerpo de Jesús cuando le llevaron al sepulcro, y estuvo tan léjos de rebajar el concepto que tenia formado del divino Maestro, que antes bien desde entonces comenzó á esperar su resurreccion. En la tarde del sábado se juntó con otras mujeres piadosas, y compraron aromas con ánimo de ir por la mañana á ungir el cadáver de su maestro. Concertaron esto entre sí, sin decir nada á los discípulos, y el sábado muy de mañana fué Salomé con las demás mujeres á poner en ejecucion sus piadosos intentos. Por el camino fué hablando sobre la dificultad de quitar la piedra con que habian cubierto el sepulcro; pero sin embargo, no perdieron la esperanza. Llegaron allá, encontraron el sepulcro abierto, y habiendo entrado en él, no hallaron el cuerpo de Jesús. Consternóse Salomé con las demás; pero su consternacion duró poco, porque inmediatamente se les aparecieron dos Ángeles vestidos de blanco y cercados de resplandores, quienes les aseguraron como habia resucitado segun lo habia prometido; dijéronlas tambien que diesen cuenta de esto á los demás discípulos; y que les precederia en Galilea como lo habia prometido. Quedaron las Santas sorprendidas con la vista de los Án-

geles, y mucho mas con lo que les dijeron de la resurreccion de Jesucristo. El temor y la alegría se apoderó de sus corazones, y saliendo Salomé y las demás del sepulcro, echaron á correr para dar á los discípulos la nueva que habian oido; pero en medio de su carrera fueron todavía mucho mas felices, porque se les apareció Jesús resucitado, y las dijo: *Dios os guarde.* Salomé y las demás, conociendo á Jesús, se fueron á él, se postraron en su presencia, y abrazándose de sus piés sacratísimos, le tributaron las mas humildes adoraciones. Jesús lleno de dignacion y de benignidad, las dijo que no temiesen, que fuesen á anunciar su resurreccion á sus hermanos encargándoles que fuesen á Galilea, en donde le verian. Ejecutáronlo así las santas mujeres, y no se sabe mas del resto de la vida de santa Salomé. El Breviario actual de España asegura que sufrió persecuciones, lo que es muy creible, atendida su constancia en la fe, y las persecuciones sangrientas que movieron los judíos contra los discípulos de Jesucristo. El Martirologio romano dice que murió en Jerusalen, otros testifican que murió en Provenza, y que allí se conserva su cuerpo. Uno y otro es dudoso; pero no lo es que descansa con su hijo en el cielo, y que desde allí empleará su patrocinio, como lo hace tambien Santiago, en beneficio de los españoles y de todos los fieles.

SANTA NUNILO Y SANTA ALODIA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

El piadoso deseo de ennoblecerse con el nacimiento y con el glorioso triunfo de santa Nunilo y de santa Alodia, ha hecho que las ciudades de Huesca, así del reino de Aragon como del de Granada, pretendan ser patria de estas dos ilustres Vírgenes y Mártires de Jesucristo; pero Ambrosio de Morales, célebre cronista del rey Felipe II, es de sentir, que padecieron cerca de Nájera, y que fueron naturales de un pueblo de la provincia de Rioja, llamado antiguamente Bosca, por el que escribieron algunos Osca ó Huesca, dando motivo á semejantes pretensiones. Bajo este supuesto, y el de apoyarlo así la tradicion constante de aquellos naturales con la autoridad de no pocos escritores de particular nota, nos inclinamos á creer que santa Nunilo y santa Alodia nacieron en el lugar de Bañares, llamado antiguamente Bosca, poco distante de la antigua ciudad de Castrovigeto, hoy Castroviejo, pequeña villa á la entrada de la sierra de Cameros. Ambas eran hijas de padre mahometano y de madre cristiana, cuyos matrimonios eran muy comunes en España en aquellas lamentables edades, que se hallaba la nacion bajo el dominio de los africanos. Criólas

su madre en la religion de Jesucristo, y habiendo impreso en sus tiernos corazones las piadosas máximas del Evangelio, arreglaron sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, de suerte, que aunque se criaron en un pueblo ocupado por los bárbaros, cultivaron tanto la piedad, que eran la admiracion de todas las gentes, poniéndolas todas por modelo y por ejemplar.

Ocurrió la muerte de los padres de Nunilo y de Alodia, cuando contaban doce y trece años de edad, y habiendo quedado huérfanas, entraron bajo la tutela de un tio y pariente, fiero partidario de la secta mahometana. Publicó por entonces Mahomad, rey de Córdoba, enemigo capital de los Cristianos, un edicto general por el que ordenaba que todo aquel que fuese hijo de padre ó madre agareno, estuviese obligado so pena de muerte á dejar la religion de Jesucristo, y abrazar la secta de Mahoma. El tio de las dos ilustres Vírgenes habia intentado pervertirlas, y reiterando sus instancias con motivo del nuevo edicto, hizo cuanto pudo para obligarlas á que siguiesen la ley que profesó su padre; pero hallándolas siempre firmes y constantes en la fe, las delató á Zumayl, califa ó gobernador de la region Werbetana, que tenia su residencia en la ciudad de Castroviejo, una legua distante de Bosca ó de Bañares.

Mandó Zumayl á Nunilo y á Alodia que compareciesen ante el tribunal, y teniendo ambas aquella notificacion por señal cierta del combate á que eran llamadas, para dar prueba de su fe y de su fortaleza cristiana, partieron de Bosca á Castroviejo á pié descalzo, alentándose una á otra á padecer con aquellas razones que les inspiraba el Espíritu Santo. Preguntólas el Gobernador, si era cierta la delacion de su tio en órden á ser hijas de padre mahometano, y tomando la voz Nunilo, que era la mayor en edad, le respondió: *Nosotras no conocimos á nuestro padre, porque quedamos muy niñas cuando murió; solo sabemos que nuestra madre fue cristiana, y por lo mismo nos educó en esta Religion, que es la que profesamos: por cuya defensa estamos prontas á perder la vida si fuese necesario.* Hizo Zumayl varias tentativas para separar á las dos ilustres Vírgenes de Jesucristo; pero viendo que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos, las dejó por entonces volver libremente á su patria, diciéndolas que las perdonaba por conocer que eran niñas mal aconsejadas, y previniéndolas que si en adelante no trataban de seguir la ley de su padre, mandaria que las decapitasen.

Nunilo y Alodia salieron de Castroviejo para Bañares, llenas de alegría por haber confesado la fe ante el tribunal de un juez infiel;

y encendidas en vivísimos deseos de lograr la corona y testificar con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa Religion, redujeron toda su ocupacion desde entonces en disponerse para el martirio, por medio de fervorosas oraciones, de rigurosos ayunos y de asombrosas penitencias, no dudando que no tardaria mucho tiempo en presentarse ocasion de ofrecer á Dios el sacrificio de sus vidas. Observaba el tio de las Santas su conducta, y viendo que en lugar de enmendarse, hacian ostentacion de la religion que profesaban, siendo la admiracion de los fieles y de los infieles por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, y que sus continuos combates para seducirlas no producian otro efecto que el de su mayor confusion, volvió á delatarlas al gobernador de Castroviejo, á pretexto de haber faltado á su prevencion, diciéndole, que cada dia estaban mas obstinadas sin cesar en público ni en secreto de ocuparse en los ejercicios que prescribia la religion de los Cristianos, maldiciendo á un mismo tiempo la ley de Mahoma; por lo que era preciso castigarlas severamente, para que con su ejemplo no pervirtiesen á los árabes. Oyó Zumayl con grande enojo la segunda queja contra las dos insignes Vírgenes, y habiendo mandado que se presentasen á su tribunal, insistió con mucho empeño en que negasen á Jesucristo, valiéndose para ello de las reconvenciones mas eficaces, de las promesas mas ventajosas y de las amenazas mas terribles; pero creciendo el valor y la fortaleza de Nunilo y de Alodia á la par de los esfuerzos del tirano, dió órden para que las pusiesen con separacion en casa de ciertos moros de su confianza, á fin de que las persuadiesen la obligacion que tenian de seguir la ley que profesó su padre, en virtud del decreto de Abderraman que acababa de publicarse, so pena de padecer una muerte afrentosa.

Sufrieron las dos insignes Vírgenes por espacio de cuarenta dias los mas fuertes y violentos combates de los africanos; pero siempre mas firmes y mas constantes en la fe, salieron victoriosas de las infernales sugestiones con que fueron tentadas. Hallábase en fervorosa oracion Alodia dos noches antes de su glorioso triunfo, y viéndola rodeada de celestiales resplandores una hija del huesped que la tenia en su casa, maravillada de aquel prodigio, la convido con la libertad si queria salvarse de la muerte. Agradeció Alodia la oferta; pero no la admitió, porque en ella se le privaba de la gloria del martirio: solo le rogó que le proporcionase ver á su hermana, y concediéndola este consuelo, se abrazaron ambas tiernamente, y se animaron con nuevo fervor á padecer por Jesucristo.

Supo el juez árabe el ningun efecto que produjeron las tentativas

de los seductores, hizo que compareciesen á su presencia, y redoblando sus promesas y amenazas, las dijo por último, que mandaria quitarlas la vida si no abrazaban su secta; pero á todo respondieron las dos esforzadas doncellas, que hiciese lo que gustase, pues ellas estaban prontas á morir antes que negar á Jesucristo. Hallábase en Castroviejo un malvado sacerdote, que imponiendo el mas infame borron á su carácter, habia apostatado de la religion cristiana por vivir impune en sus relajadas costumbres: pareció á Zumayl que aquel ministro de Satanás era muy proporcionado para pervertir á las dos ilustres Vírgenes, y entregándoselas para este efecto, le encargó que lo hiciese con toda eficacia. Comenzó la empresa el infeliz presbítero, y entre otras persuasiones reconvino á las Santas con la siguiente: *¿Por qué quereis, nobles vírgenes, morir en lo mas florido de vuestros años? seguid la ley que profesó vuestro padre para que vivais. Yo era sacerdote cristiano, y manifiesto profesar la ley de Mahoma, para acomodarme con los africanos. Haced vosotras lo que los Molites, esto es, los que en el exterior aparentan ser árabes, aunque en el interior sintais lo contrario. Proceded así, que yo enviaré dos testigos, á cuya presencia depongais que creeis la ley de Mahoma, y certificándolo así al Gobernador, os dará libertad, para que podais vivir en vuestra patria como cristianas, ó en otra parte donde habitan los fieles, siguiendo su religion.* Oyeron Nunilo y Alodia el impío consejo del pérfido sacerdote, y revestidas de un santo celo, le contestaron: *Si tú por tu sacrílega vida y por tus lascivos desórdenes has renegado, nosotras deseamos padecer por amor de Jesucristo para reinar con él en el cielo. Dinos, ¿no hemos de morir en algun tiempo? pues ¿qué mas oportuno que este, en el que se nos presenta ocasion de dar la vida por la fe que profesamos, asegurando por este medio una eterna felicidad?*

El impío sacerdote dió parte á Zumayl de la invencible constancia de las dos hermanas, y no pudiendo el bárbaro contener la indignacion dentro del pecho, mandó al verdugo que las degollase inmediatamente. Nunilo fue la primera que se ofreció al sacrificio, y componiéndose el cabello para recibir el golpe, puesta de rodillas, con valeroso ánimo dijo al verdugo: *Ea, infiel, hiere con presteza.* Atónito y turbado el verdugo erró el golpe en la garganta, y le llevó un pedazo de la mejilla, sin cortarla del todo la cabeza, y cayendo el cuerpo en tierra, se le descubrieron un poco los piés con los movimientos naturales que ocasiona la muerte. Corrió Alodia sin la menor turbacion á componer la ropa de su difunta, y elevando los ojos al cielo, como que veia con luz superior subir al cielo la dichosa alma, dijo llena de

alegría: *Espera un poco, hermana.* Dispúsose luego para seguir á Nunilo, y porque no le sucediese lo que á aquella, se ató á los piés las faldas, para que su honestidad no padeciese después de muerta. Hecho esto, descubrió su hermoso rostro, se puso de rodillas sobre el cuerpo de su hermana como en altar bien consagrado, y en aquella postura de inmolacion recibió el golpe del alfanje, pasando ambas á gozar la vision beatífica en el dia 22 de octubre en el año 840 segun el cómputo que señala Morales.

Los moros llevaron arrastrando á los venerables cuerpos de las dos ilustres Mártires desde el sitio en que fueron degolladas, llamado antiguamente las Furcas, y hoy los Horcajos, al campo para que fuesen pasto de los perros y de las aves; pero el Señor las libró de todo insulto con su adorable providencia, en vista de lo cual los Cristianos obtuvieron permiso de Zumayl para darlas sepultura. No tardó Dios en acreditar la gloria de sus amadas siervas con la particular maravilla de dejarse ver por la noche luces resplandecientes sobre el lugar en que las enterraron, por lo que temeroso el Gobernador de que los fieles las extrajesen, mandó enterrarlas en un hoyo profundo, el que allanasen con tierra y piedras crecidas, todo con el fin de borrar la memoria de sus santas reliquias, y que en lo sucesivo no pudiesen ser halladas por los Cristianos; cuyo pozo se conserva hasta hoy, y contigua de él una fuente cristalina llamada de Santa Nunilo y Alodia, cerca de la cual hay una ermita bajo la advocacion de las Santas, donde se dividen los términos de las dos villas, que concurren juntos á celebrar su festividad en el dia de su dichoso tránsito.

La diligencia de los infieles no pudo impedir la repeticion de las luces resplandecientes sobre el pozo ú hoyo donde las ocultaron; y continuando aquel extraordinario prodigio cuando conquistó la provincia de la Rioja del poder de los moros el rey de Navarra, D. Iñigo Jimenez, hizo la traslacion de los cuerpos de las Santas al monasterio de San Salvador de Leyre en el dia 18 de junio del año 842, donde son tenidos en grande veneracion, y se digna Dios obrar muchos prodigios por la poderosa intercesion de sus fidelísimas siervas. Tambien escribe Ambrosio de Morales, que cuando se ganó á los árabes el reino de Granada, se dió la ciudad de Huesca al conde de Lerin, hoy de los duques de Alba, de quien descienden los condestables de Navarra, quien llevó á ella varias reliquias de las Santas que se le dieron del monasterio de Leyre, y habiendo edificado una iglesia bajo su advocacion en donde las colocó, de aquí ha dimanado la pretension de aquella, insinuada en el principio.

SANTA CORDULA, OTRA DE LAS VÍRGENES COMPAÑERAS DE SANTA ÚRSULA.

De dónde sea natural la gloriosa santa Cordula no se sabe, porque no hacen mencion de ello los historiadores. Solamente escriben que era otra de las vírgenes, que en tiempo de los hunos, gente feroz, padecieron martirio con la gloriosísima santa Úrsula; y como era muy niña tuvo miedo y se escondió aquella noche que sus santas compañeras padecieron martirio, y por esto no murió por la fe en el mismo dia. Pero luego el siguiente por la mañana la gloriosa Santa volvió en sí, y doliéndose de haber perdido la palma del martirio, que las de su compañía habian alcanzado, salió del rincon del navío donde estaba escondida, y ofrecióse para que por amor de Jesucristo le quitasen á ella tambien la vida. Viendo los bárbaros hunos que la Vírgen era cristiana, y que constantísimamente confesaba á Jesucristo, la degollaron con gran crueldad, y así murió por la fe, y llegó á la compañía de las demás Vírgenes con la palma de mártir. Y como no se hiciese fiesta de esta Santa como de las otras, porque no recibió martirio el mismo dia, apareció á una reclusa diciendo que hiciese especial fiesta de ella el otro dia después de las Vírgenes, y por esto la iglesia de Tortosa, que posee sus sagradas reliquias, reza de ella y de santa Cándida á 22 de octubre. La iglesia de Nuestra Señora de la Merced de Barcelona tiene tambien reliquias de esta gloriosa Santa. (*Domenech, Historia de los Santos de Cataluña*).

TRASLACION DE LA CABEZA DE SANTA CÁNDIDA, EN VULGAR CATALAN CANDIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Después que la gloriosísima vírgen y mártir santa Úrsula con su compañía padeció martirio en Colonia, propagóse entre los Cristianos la devocion de las santas Vírgenes, de tal suerte que muchas iglesias procuraron tener de sus sagradas reliquias, para que mereciesen alcanzar su favor, y en esto se manifestó muy devota y solícita la iglesia de Tortosa. Por lo cual D. Guillen, arzobispo de Colonia, por ruegos, segun se cree, de los ciudadanos de dicha ciudad, dió á 6 de abril del año 1351 la cabeza de la gloriosa santa Candia para la catedral de ella. La cual reliquia fue allí llevada con mucha devocion, donde la gloriosa Santa ha mostrado su poderosa intercesion con muchos milagros. Entre otras maravillas se tiene larga experiencia, de

que en tocando su sagrada cabeza, muchísimos enfermos quedan libres de mal de cabeza, de garganta y otras enfermedades. (*Domenech, Historia de los Santos de Cataluña*).

La Misa es en honor de santa Salomé, y la Oracion la que sigue:

Domine Jesu, pro cujus amore beata Salome inter primas tibi fideles omnia dimisit, et te sepultum venerari curavit; concede propitius, ut ejus imitatione tecum consepulti, aeternae resurrectionis participes effici mereamur: Qui vivis et regnas...

Ó Señor y Jesús, por cuyo amor la bienaventurada Salomé, entre todas las almas que te fueron primeramente fieles, lo dejó todo por tí, y cuidó de venerar tu sagrado cuerpo cuando estaba sepultado; concédenos, misericordioso Señor, que imitando sus obras, y sepultados contigo, merezcamos ser participantes de la resurreccion eterna: Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *de los Proverbios, pág. 317.*

REFLEXIONES.

Si todas las mujeres cristianas considerasen con frecuencia las sentencias del Espíritu Santo, que se contienen en la presente epístola, y arreglasen á ella su conducta, todos los fieles vivirian en esta vida con una tranquilidad y ventura muy semejante á la que disfrutan los bienaventurados. Todos aquellos que han meditado sobre la conexion que tienen entre sí todos los seres de que se compone esto que llamamos naturaleza, cuando descienden á las operaciones de la criatura racional, convienen por la mayor parte en que las mujeres son el móvil de cási todos los sucesos de la vida social. Ellas logran un grande ascendiente sobre el corazon de los hombres; en sus manos colocó el Altísimo los mas eficaces atractivos para que se verificase aquella santa union del matrimonio, sin la cual ni habria familias, ni poblaciones, ni mundo. Además de esto, como tienen á su cuidado la formacion de todos los corazones en sus principios, y son cási las solas maestras de la educacion, inspiran su amor y su adhesion en las máximas de su enseñanza, y no pueden menos de seguir, ó por ceguedad ó por respeto, las determinaciones de su voluntad aquellos que las son deudoras de su existencia. Si empleasen este poder, estas concesiones de Dios, estos privilegios de la naturaleza, y estos encargos de la sociedad con aquella integridad y pureza que corresponde, todos los individuos de la naturaleza humana saldrian bien educados; serian la paz y la ventura de las familias, y todos los trabajos que se siguieron al pecado del primer hombre hallarian consolacion y remedio en

la prudencia y santidad de sus oficios. ¿Cuál será la causa de que no se verifique esto, y de que diciendo el Espíritu Santo que una mujer buena es la corona del varon, y el premio con que recompensará el cielo sus virtudes, sean tan pocas las madres de familia en quienes se verifiquen estas promesas? Lo que se decia al principio; la falta de reflexion y meditacion sobre los caractéres con que en la presente epístola señala á la mujer fuerte y virtuosa el Espíritu Santo.

Lo primero que la atribuye es la confianza de su marido, diciendo que en ella confia su corazon. Este solo carácter es uno de los mayores elogios que se pueden dar á una mujer buena, porque con esto está dicho que su esposo no solamente está seguro de su castidad, de su amor, de su virtud y de su prudencia, sino que descansa en ella tambien en órden al gobierno de la casa, por cuanto la ve industriosa y solícita; por eso añade, que no tendrá necesidad el marido de procurar muchas presas y despojos en la guerra para mantener su familia. El segundo carácter es de la especie del primero, universal y comprensivo de todas las cualidades necesarias para formar una mujer fuerte ó una buena esposa. Este consiste en decir, que en todos los dias de su vida no dará á su marido el mas ligero motivo de sentimiento, que le producirá siempre bienes y nunca males. Pinta despues específicamente los oficios de una buena mujer que merezca el nombre de matrona virtuosa, y dice, que la que es tal, busca lana y lino, lo hila por sus propias manos, forma paños y telas, las vende, y con el dinero que le produce este comercio socorre las necesidades de su familia; de manera, que con su trabajo es semejante á la nave del que comercia, y produce iguales efectos. Por la noche no se entrega al sueño descuidada, sino que le interrumpe á cierta hora para distribuir las respectivas raciones á los que han de ir á trabajar á la aurora, dando tambien á las criadas con que vayan disponiendo su mantenimiento. Al tiempo que se manifiesta tan industriosa, ahorrando en su casa sin miseria, pero con economía, y trayendo de fuera el fruto de su trabajo, pone los ojos en una tierra, la compra, y con lo que le fructificaron las manufacturas propias, plantó en ella una viña. Léjos de parecer delicada, trabaja con sus propias manos, maneja por sí misma los negocios y operaciones que necesitan mayor robustez, contenta de trabajar dia y noche al ver que el fruto corresponde á su fatiga. Los bienes que consigue, no los quiere para sí sola, sino que abre sus manos benéficas para socorrer á los miserables, que en ella siempre hallan consuelo. No teme que en su casa sea sentido el frio de la nieve, porque todos sus familiares tienen ves-

tido doble; ella misma fabrica los tapices y tapetes de varios colores: ella se viste de viso y de púrpura, y su marido, aun mejor vestido que ella, hace la figura de un noble entre los senadores de la tierra. La sabiduría, la fortaleza, la misericordia y la tranquilidad de conciencia la acompañan hasta los últimos instantes de su vida. Sus hijos hacen eterna su memoria, predicándola bienaventurada y santa, aun mas con sus obras que con sus palabras, y su marido hace de ella continuamente magníficos elogios. He aquí la pintura que hace el Espíritu Santo de una mujer virtuosa, de una honesta matrona; á este ejemplar deberán mirar continuamente las mujeres cristianas, las honestas esposas, las buenas madres de familia, si quieren ser tenidas por tales delante de los hombres, y recibir la recompensa de Dios.

El Evangelio es del capítulo XX *de san Mateo.*

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo: Se acercó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesús, dijo: No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre los daños de la ambicion.

Punto primero.—Considera que la ambicion es un vicio tan feo y abominable, que aun prescindiendo de lo sobrenatural constituye al hombre en esta vida en un estado tan calamitoso, que por esto solo deberia aborrecerse.

Considerando esto san Bernardo, en el libro 3 de sus Meditaciones exclama: *¡Ó ambicion, cruz de los pretendientes, cómo es que atormentando á todos, á todos agradas! Ninguna cosa atormenta mas acerbamente, ni inquieta con mayor molestia.* Tiene razon san Bernardo; porque el ambicioso ni hay trabajo que rehuse, ni servidumbre á que

no se abata, ni cautividad y prision á que no se sujete para lograr sus intenciones. Si echamos una ojeada por los palacios y antesalas de los poderosos, hallarémos tan repetidos ejemplares de esta verdad, que causa horror el ver que la condicion de Cristianos no baste para contener á los hombres de abatirse á tanta humillacion. Porque, ¿á qué torpes bajezas no se expone un ambicioso para llegar á lograr la gracia de aquel por quien espera ser ensalzado? Él predica por virtudes las acciones mas injustas, alaba su genio, engrandece su ascendencia, canoniza de piedades sus tiranías, llama justicia á sus usurpaciones, hace del fiscal contra los pupilos y viudas, excusando y aun justificando la opresion que padecen de parte de su ídolo, y aun llega su vileza á tributar respetos á las mas despreciables personas que habitan en los zaguanes y caballerizas de su casa. Y esto no lo hacen por un breve tiempo, ó algunas veces contadas; su servidumbre y bajeza debe existir á todas horas, debe durar todo el tiempo que dure la ambicion, porque en la hora que falte cualquiera de estas condiciones torpes, su personaje se ofende, y cesan todas las esperanzas ambiciosas; como estas no pueden nacer sino de un corazon lleno de soberbia, se deja conocer lo duras, lo pesarosas, lo terribles que deben ser semejantes acciones para los miserables ambiciosos pretendientes. Porque si no, ¿á qué fin son todas aquellas demostraciones viles con que se humilla, adula, lisonjea, se hace ver alegre cuando está triste; y triste cuando está alegre, siendo el norte de sus afectos el semblante de su protector? ¿Por ventura no se humilla y arrastra por la tierra para lograr ser ensalzado? su esclavitud y servidumbre ¿no van dirigidas á lograr la dominacion? ¿No se hace menor que el mas vil lacayo para levantarse y sobreponerse á todos sus semejantes? ¿no sacrifica la verdad, y cubre con un velo vergonzoso la sabiduría para hacerse dueño despótico de uno y otro, pretendiendo que solo domine su opinion, y que no haya mas verdad ni mas razon que la que intimen sus palabras? Registra la conducta de los ambiciosos, de que tantas imágenes ofrece el mundo, y encontrarás que esto es puntualmente lo que pasa; hallarás que, aun por lo respectivo á lo temporal, la ambicion es lo que dijo san Bernardo, una cruz, un tormento, un verdadero suplicio de los ambiciosos, y que por tanto constituye el estado mas miserable y calamitoso que puede encontrarse en el mundo. ¿Es posible, Dios mio, que siendo esto así han de ser tantos los hombres que corran tras de su propia desventura? ¿es posible que no ha de bastar para retraerles de un vicio tan feo, ni aquel miedo, turbacion y congoja que les agita mientras dura la preten-

sion, ni aquella mortal tristeza, desprecio y abatimiento con que se quedan cuando ven frustradas sus esperanzas, inutilizados sus trabajos, y que el mundo se ha portado con ellos con la perfidia que acostumbra? Gran Dios, yo os doy infinitas gracias porque en este momento habeis ilustrado mi alma acerca de una materia tan peligrosa; yo aborreceré toda dignidad y puesto que no me venga destinado por vuestra mano, y desde este momento me coloco y resigno en las disposiciones de vuestra adorable providencia.

Punto segundo.—Considera que además de los males insinuados que tiene que sufrir el ambicioso en órden á lo temporal y terreno, sujetándose á vilezas que le degradan, es preciso que cuando llegue un momento de luz conozca todos sus yerros, la deformidad é injusticia de su conducta, y que colocado en la cima de una sublime dignidad, se tenga por el hombre mas infeliz, temiendo de un momento á otro su total ruina, y que ejecute Dios en él sus venganzas.

Es cierto que, como dice san Juan Crisóstomo (*Homil. 43 ad pop. Antioq.*), el furor de conseguir mayor gloria, ciega de tal manera, que suele hacer estúpida la mayor perspicacia de entendimiento; pero tambien es cierto que ha de llegar un momento en que se corra el velo á todas las apariencias, y comparezcan libremente la verdad, la razon y la justicia á manifestar al ambicioso su conducta, segun el aspecto de toda su enormidad. ¡Qué congojas entonces las del miserable que se ve ensalzado injustamente sobre el humilde y virtuoso, á quien se debia aquella dignidad de justicia! ¡qué temores los suyos cuando viendo claramente sobre sí una multitud de grandes obligaciones y la debilidad de sus fuerzas, se ve en la precision ó de renunciar la carga que no puede llevar, ó de llevarla á precio de la condenacion de su alma! La desesperacion y el despecho se apoderan entonces de su infeliz corazon, y el término de toda su ambicion es la ruina. Esta consideracion parece algo hiperbólica; pero á la verdad son tan repetidos los ejemplares que nos ofrecen las historias sagradas y profanas, que seria una imprudencia el juzgar de lo sucesivo de diversa manera que hemos visto suceder con lo pasado. Apenas se encuentra ninguno que haya tenido ambicion por los lugares altos, que no haya sido víctima funesta de su misma ambicion. Los Ángeles pretenden subir sobre los astros del cielo, y exaltar allí su solio, y son precipitados á los abismos y convertidos en demonios. Adan y Eva pretenden la ciencia de Dios, y caen en el error, en la ignorancia, en la debilidad, en la enfermedad, en la muerte, y lo que es

mas, en perder el derecho al reino de los cielos. Coré, Datan y Aviron se levantan llenos de soberbia y ambicion contra Aaron y contra Moisés, y permite Dios que para castigo suyo y escarmiento ajeno los trague la tierra vivos. A este tenor han recibido todos los ambiciosos el castigo de sus deseos altivos, verificándose, que aun después de la consecucion de las vanas honras, por que tanto se anhela siempre, queda pesar, tormento, congoja, ruina y el castigo de Dios, que es severo é inexorable con los ambiciosos. Estos ejemplos son verdaderamente terribles, y bastarian para imponer el terror á todos aquellos que aspiran á ensalzar y mejorar su suerte; pero cuando no lo consigan, deberá alcanzarlo una reflexion filosófica, fundada en la naturaleza del corazon humano cuando llega á estar poseido de la ambicion. Este es tan insaciable, que ninguna cosa hay en este mundo que baste á apagar la sed de dominar. La consecucion de una honra no le sirve de otra cosa que de aspirar á otra mayor. La dominacion de un reino la considera como un escalon para sujetar otros muchos. Y primero le faltarán al ambicioso reinos que mandar y dominaciones que pretender, que falten de su pecho aquella hambre que le devora, y aquella sed eterna que nunca se sacia. Alejandro, el hijo de Filipo, es la imágen mas convincente de lo que acabamos de decir: poseia este el reino de Macedonia con algunas mas conquistas que le habia dejado su padre: pudiera ser feliz si no fuera ambicioso; pero abriendo su pecho á este vicio feroz, mueve guerra deseoso de dominar, y conquista toda la Grecia. No podian prometerse tanto unas prudentes esperanzas; pero Alejandro no se contenta con eso, sigue sus conquistas, y usurpa á los persas y medos sus imperios respectivos. Ni con esto se contenta: conquista una gran parte de la India, y cuando le fue dicho que apenas habia mas tierra que conquistar, se queda con mayor tristeza por no haber saciado su ambicion, que cuanta alegría habia tenido en sus innumerables victorias y conquistas. De todo se infiere, ó cristiano, que la naturaleza, la filosofía y el evangelio todo declama y todo se conjura contra los ambiciosos.

Jaculatorias. — El que edifica casa alta, busca su ruina; con esta sentencia, Dios mio, me dais á entender que no puedo procurar mi ensalzamiento y gloria sin dar conmigo en un precipicio. (*Prov.* XVII).

La exaltacion y grandeza delante de Vos consiste en la humillacion; y así dijísteis, Señor, á vuestros discípulos, el que quiera entre vosotros ser mayor, hágase siervo del otro. (*Matth.* XX).

PROPÓSITOS.

«La ambicion, dice san Bernardo explicando el salmo XC, es un «mal sutil, es una ponzoña secreta, una peste oculta; es artífice de «todos los engaños, madre de la hipocresía, padre del rencor, orí- «gen de los vicios y fomento de todos los crímenes; es la polilla de las «virtudes, el orin de la santidad, la que ciega los corazones, la que «trueca los remedios en enfermedades, y la que engendra dolencias «de las mismas medicinas.» Todo esto es la ambicion, segun este santo Padre; todos los demás dicen con corta diferencia lo mismo. En vista de esto se necesita poco para conocer cuáles deben ser tus propósitos en este dia. El huir los males temporales lo dicta la misma naturaleza; el huir los del espíritu lo dicta la Religion y Evangelio que profesas en calidad de cristiano; estos son motivos suficientes para mirar con horror los puestos y dignidades, puesto que de ellas nada te puede venir sino vanidad de vanidades, afliccion de espíritu, trabajo y dolor, servidumbre en tu cuerpo y ruina en el espíritu. Esto no habla precisamente con aquellos que pretenden obispados, grandes dignidades eclesiásticas, puestos altos en la república, señales de distincion y de honor, como son títulos, veneras y nobleza; habla tambien con los Cristianos de clase mas inferior en sus líneas respectivas. No hay situacion en la vida humana en que no esté expuesto el cristiano á los ataques de la ambicion, por lo cual decia san Bernardo que es un mal sutil. En los estados mas infelices, en las clases mas subalternas de la sociedad padecen los hombres sus ambiciones respectivas: quieren dominar á los demás, pretenden que sus opiniones y sus gustos prevalezcan, todo lo quieren sujetar á su arbitrio, y hasta en la casa mas infeliz la mujer pretende sojuzgar al marido, y este intenta ejecutar un poder despótico sobre aquellos pobres y miserables que le rodean. Por tanto, para libertarse de los males que produce este monstruoso vicio, todos deben estar muy alerta sobre sí mismos, y armarse con el escudo de la humildad. Aquel que metiéndose dentro de su corazon, conozca la debilidad de sus fuerzas, y reconozca que nada bueno puede hacer si Dios no le favorece con su gracia huirá los puestos y las dignidades, se anonadará dentro de sí mismo, y pedirá á Dios, como hacian los Santos, que le conserve en un estado de sujecion y de obediencia. He aquí lo que debes tú hacer para portarte como cristiano, y corresponder á las gracias con que está Dios ilustrando tu entendimiento presentemente con las consideraciones de este dia. Pero ¿lo harás así? ¿serán estables y duraderos

los conocimientos que has sacado de la conducta de los dos apóstoles, y de la peticion que hizo á Jesucristo la madre del Zebedeo? ¡Oh, y cómo es temible que por mucho que quieras guardarte contra una pasion tan terrible, por mas que los santos ejemplos de una virtuosa compañía te estén siempre incitando á huir de la ambicion, caigas en un lazo de que no se pudieron libertar los Apóstoles, con ser que tenian una sencilla voluntad de seguir á Jesucristo, y estaban oyendo continuamente su doctrina! Sí: entre los mismos Apóstoles se levantó una disension sobre quién de ellos habia de ser el mayor entre todos, y necesitó Jesucristo usar de toda la autoridad de Maestro para haberlos de sosegar, enseñándoles, que segun su doctrina, aquel era mayor y adquiriria mas gloria delante de su eterno Padre, que se humillase mas profundamente, sirviendo y obedeciendo á sus iguales. Propone, pues, desde hoy mirar toda gloria humana como una despreciable vanidad; todo puesto encumbrado como un peligroso precipicio, en donde es poco menos que inevitable el riesgo; toda dignidad como una sombra ó una apariencia en donde los provechos son aparentes, y los daños ciertos y verdaderos; y últimamente, como una carga de responsabilidad de que te se ha de pedir cuenta, y en que el menor descuido puede costarte la salvacion. Si te persuades á esto, y lo tuvieres presente todos los dias de tu vida, te aseguro en el nombre de Dios que será muy difícil que llegues á ser ambicioso.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Servando y German, en España junto á Cádiz, en el campo Ursoniano; los cuales en la persecucion de Diocleciano por sentencia de Viator, su lugarteniente, después de haber sido azotados, y encarcelados en un oscuro calabozo, y padecido hambre y sed, y las penalidades de un largo viaje que les obligaron á hacer cargados de cadenas; por último siendo degollados alcanzaron la corona del martirio. German fue sepultado en Mérida. Servando en Sevilla. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de san Teodoro, presbítero, en Antioquía la de Siria, el cual fue preso en la persecucion del impío Juliano, y después de sufrir el tormento del caballete y otros muchos y muy crueles, habiéndole quemado tambien los costados con antorchas; por último, como perseverase confesando á Cristo, le cortaron la cabeza, y así alcanzó la palma del martirio.

San Pedro Pascual, obispo de Jaen y mártir, de la Órden de santa María de la Merced, redencion de cautivos, que padeció el dia 6 de diciembre, en Granada en España. *(Véase su vida en las de mañana).*

San Ignacio, obispo, en Constantinopla; el cual habiendo reprendido á

Bardas César, porque repudió á su mujer, por órden suya fue de muchas maneras ultrajado y tambien desterrado; pero habiéndole restituido á su iglesia el papa Nicolao, descansó en paz. *(Fue hijo del emperador de Oriente Miguel Curopalato).*

San Severino, obispo de Colonia y confesor, en Burdeos. *(Este Obispo es honrado como patron de Burdeos, cuya silla gobernó bajo san Amand. Algunos, contradiciendo el Martirologio romano, distinguen este san Severino, llamado tambien Suvino, obispo de Burdeos, del que fue obispo de Colonia, y piensan que el primero vino á Burdeos desde alguna parte del Oriente, y no de Colonia.* Butler).

San Roman, obispo, en Roan.

San Vero, obispo, en Salerno. *(Se sabe que era tan grande su caridad para con los pobres, que en cierta ocasion, no teniendo nada que darles, se puso en oracion, y aparecieron dos Ángeles que le dieron socorros para que los distribuyese á los necesitados).*

San Domicio, presbítero, en la diócesis de Amiens.

San Benito, confesor, en el Poitou.

San Juan de Capistrano, confesor, de la Órden de los Menores, esclarecido por la santidad de su vida y por el celo de propagar la fe católica, en Vilak de Hungría; el cual con sus oraciones y milagros arruinó el formidable ejército de los turcos, y libró del asedio la fortaleza de Belgrado. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN JUAN CAPRISTANO, CONFESOR.

San Juan Capistrano, tan célebre en el siglo XV, y tan benemérito de toda la cristiandad por su eminente virtud y por su gran celo de la Religion, nació en Capistrano, poco distante de la ciudad de Aquila en el Abruzo, provincia del reino de Nápoles. Fue su padre un caballero angevino, que se habia casado en Italia con ocasion de ir en la comitiva del duque de Anjou, coronado por rey de Nápoles en Aviñon. Estudió la gramática y letras humanas en su país, correspondiendo los progresos que hizo en ellas en poco tiempo á los que después habia de hacer en las facultades mayores. Enviáronle á Perusia para que estudiase en aquella ciudad el derecho canónico y civil. Señalóse en ella tanto por sus cristianas costumbres, por su brillante ingenio y por su celebrada elocuencia, que le dieron una judicatura; cuyo empleo desempeñó con tanta integridad y con tan singular prudencia, que enamorado de sus raros talentos uno de los mas principales ciudadanos, le dió por mujer á una hija suya. En todo le mostraba el mundo muy risueño semblante. Brillaba el jóven magistrado no menos por su propio mérito, que por el favor y por el lugar que ocupaba en la mas floreciente fortuna, cuando la divina Providencia, que no le habia dotado de tan bellas prendas para que aumentase el número de los esclavos del mundo, mezcló aquellos pri-

meros gustos con una saludable amargura; paró el curso á aquellas engañosas prosperidades, y en un momento disipó todas las halagüeñas esperanzas de aquella aparente dicha, atajándola en su cuna.

Habiéndose declarado los perusinos contra Ladislao, rey de Nápoles, tuvieron que sufrir una guerra, cuyos sucesos fueron ventajosos á los mismos ciudadanos. Sospecharon que Juan favorecia el partido de Ladislao, y que tenia inteligencias con el ejército de aquel Príncipe. No fue menester mas para que desconfiasen de él. Arrestáronle, y en vano intentó justificarse, probando que solo habia trabajado en acomodar las partes. Metiéronle en una cárcel, donde esperó inútilmente por mucho tiempo que Ladislao le reclamase, empeñándose en solicitarle la libertad que habia perdido por servirle. El olvido del Príncipe abrió los ojos á nuestro Santo para que hiciese serias reflexiones sobre lo poco que se puede fiar en la amistad de los grandes, como tambien sobre la inconstancia y la nada de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, para mayor dicha suya, murió su mujer; y viéndose libre de este lazo, resolvió trabajar en mas sólida fortuna. Apoderáronse entonces de su corazon las máximas y los afectos mas sagrados de la Religion; avergonzóse de que su ambicion hubiese errado el objeto; parecióle el mundo lo que es; y sintiendo en sí cierto oculto pero piadoso despecho de haberle servido por tan largo tiempo en perjuicio de su salvacion, determinó abrazar el estado religioso, consagrarse enteramente á Dios, y no reconocer jamás á otro dueño. Vendió todos sus bienes, compró su libertad pagando su rescate, y pasó de la prision al convento. Habia escogido la Órden de san Francisco, y después de satisfechas sus deudas, y repartido entre los pobres todo el caudal que le sobró, se dirigió al convento del Monte, de la estrecha observancia. Fue recibido en él; pero temiendo el guardian que su resolucion fuese efecto del despique mas que de legítima vocacion, se la quiso probar ejercitándole en los actos mas abatidos y mas penosos que se pueden imaginar. Lo primero que le mandó fue que anduviese por todas las calles de Perusia montado en un vil jumento y con un traje ridículo, cubierta la cabeza con una mitra de carton en que estaban escritos algunos pecados; prueba verdaderamente dura para un mozo de treinta años, que se habia presentado siempre en aquella ciudad con tanto esplendor, y que se habia granjeado en ella el concepto universal de hombre juicioso, prudente y de gran capacidad; pero la superó aquella grandeza de corazon y aquella generosidad con Dios, que fueron su carácter en todas las ocasiones. Como no habia dejado el mundo á me-

dias, gozoso de que se le ofreciese aquella ocasion de sofocar el resto de su espíritu, ahogó hasta los mas mínimos movimientos con tan gloriosa como señalada victoria. Después de ella nada le costaron ya las demás humillaciones del noviciado, devorándolas todas su devocion y su fervor. Habia comenzado tarde, y quiso Dios adelantarle en el camino de la perfeccion, proporcionándole acciones verdaderamente heróicas. Midió la profundidad de los cimientos por la elevacion del edificio, y le ejercitó el Señor en humillaciones correspondientes á los altos designios á que le tenia destinado su divina Providencia. Dos veces fue expelido del convento como inútil y como absolutamente incapaz de servir á la Religion. No le acobardó esta vergonzosa expulsion; quedóse á la portería del convento, contentándose con que le diesen las sobras de los pobres. Á vista de tan heróica perseverancia se le volvió á admitir; pero con tan duras condiciones, que nunca se creeria tuviese valor para aceptarlas. Añadia él mismo muchas penitencias voluntarias á las rigorosas que le imponian, hasta que su paciencia y su humildad cansaron la dureza con que se le trataba, y dejó avergonzada la excesiva severidad de los que pretendian apurar su invencible sufrimiento. Fue, en fin, admitido á la profesion, disponiéndose para ella con extraordinario fervor, en fuerza del cual pasó tres dias enteros en oracion sin tomar otro alimento.

Desde que profesó fue toda su vida un continuado ayuno. Comia una sola vez al dia, y por espacio de treinta y seis años no probó cosa de carne. Su cama era el suelo de su celda, y su sueño no pasaba de tres horas. Estaban salpicadas de sangre las paredes de su celda; testimonio de sus excesivos rigores y de la inocente crueldad de sus sangrientas disciplinas. Los siete primeros años anduvo siempre con los piés descalzos, sin zoclos ni sandalias. El hábito lleno de remiendos acreditaba su extremada pobreza, que amó continuamente, segun el primitivo espíritu de la Órden. Por todas estas virtudes se puede fácilmente conocer cuánta era su devocion. Muerto á sí mismo, solo vivia en Cristo, y en Cristo crucificado. Abrasado su corazon en el amor de Dios, nunca le perdia de vista. Era su vida una oracion continua, sin que le interrumpiesen las ocupaciones de la caridad. Nunca se le veia de rodillas delante de un Crucifijo ó en presencia del santísimo Sacramento, que no pareciese arrebatado en éxtasis, manifestando las lágrimas que derramaban sus ojos el amoroso fuego en que se derretia su corazon. Al abrasado amor que profesaba á Jesucristo correspondia su tierna devocion á la santísima Vírgen. Decia que la divina Providencia le habia dado el nombre de *Juan*,

para darle á entender que debia aspirar á ser el amado del Hijo, y el hijo de la Madre.

Luego que profesó fue ordenado de sacerdote, y el sacerdocio fue para él un abundante manantial de gracias extraordinarias con que Dios le favoreció. Habiendo reconocido los superiores su eminente talento de púlpito, le emplearon en el ministerio de la predicacion. Predicó en las ciudades principales con fruto nunca oido; por lo comun interrumpian sus sermones los suspiros, los sollozos y las lágrimas de todo el auditorio, siguiéndose después grandes y ruidosas conversiones. Por este tiempo ligó nuestro Santo una estrecha amistad con san Bernardino de Sena, unidos con el mismo espíritu aquellos dos grandes corazones, á quienes llamaban los Apóstoles de Italia. San Bernardino habia emprendido la reforma de su Órden; empeño que le produjo muchas persecuciones, y nuestro Santo tomó el de ser su apologista, no contentándose con el de profesarse gran imitador de sus virtudes. Hizo expresamente un viaje á Roma para defenderle en presencia del Papa y de los Cardenales contra las calumnias y contra los errores de los que impugnaban la devocion del santo nombre de Jesús: con cuya ocasion se dió á conocer en aquella corte, donde se levantó con una reputacion y con un concepto que perjudicó mucho á sus intentos de pasar la vida en el retiro y en la oscuridad.

Habíase levantado hácia el fin del siglo XIII en la marca de Ancona una perniciosa secta de monjes vagamundos, cási todos apóstatas, con el nombre de *los Fraticelos*, cuyas estragadas costumbres y perniciosos errores tenian escandalizada á toda la Iglesia; y habiéndolos condenado el papa Bonifacio VIII, mandó á los Inquisidores que procediesen contra ellos como herejes. Juan XXII renovó contra esta secta todas las censuras de sus predecesores; mas ni por él ni por muchos sucesores suyos pudieron ser exterminados aquellos hombres fanáticos, y en tiempo de nuestro Santo se reproducia todavía en Italia aquella generacion de víboras. Fue nombrado san Juan Capistrano inquisidor contra los bizochos y los frailecillos; siendo tan eficaz y tan dichoso su celo, que logró libertar á Italia de aquella peste. Prendado el papa Eugenio IV de las abundantes bendiciones que derramaba el cielo en todo lo que ponia la mano nuestro Santo, le hizo su Nuncio en Sicilia, y le envió al concilio de Florencia para que trabajase en la reunion de los griegos con los latinos. Despachóle á los duques de Bolonia y de Milan para apartarlos de los enemigos de la santa Sede y del partido del antipapa Félix V, cuyos protectores se habian declarado aquellos Príncipes. Deputóle tambien al

rey de Francia Carlos VII, desempeñando nuestro Juan todas estas comisiones muy á satisfaccion del Pontífice, y con aquella felicidad que acompaña ordinariamente las empresas de los Santos.

Pero mientras trabajaba tan gloriosamente en el bien universal de toda la Iglesia, no se empleaba con menos fruto en el particular de toda la Órden de san Francisco. Á su celo se debió en gran parte la renovacion del espíritu primitivo por las prudentes Constituciones que se hicieron en un Capítulo general á que asistió, y por el cuidado con que procuró que floreciese la observancia regular. Sobre todo, ayudó mucho á san Bernardino de Sena para el suceso de la reforma, y fue nombrado para introducirla ó para restablecerla en los conventos que la Religion poseia en Oriente. Extendiéronse mucho mas allá los frutos de su celo y de sus trabajos; habiendo sido asociado tambien á san Laurencio Justiniani para visitar las casas de los Jesuatos, que tenian necesidad de alguna reforma.

Conociendo Nicolao V, sucesor del papa Eugenio, el raro mérito y la poderosa virtud de nuestro Santo, le hizo Comisario apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo celo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos. Acompañaban á sus apostólicas fatigas todo género de bendiciones. Despoblábanse las ciudades para salir á recibirle, y de ninguna salia sin que todo mudase de semblante. Seglares, comunidades religiosas y clerecía, todos participaban de sus benignas influencias. Convirtió un sin número de herejes, particularmente de husitas; confundió á Rochysana, cabeza de esta secta, y reconcilió con la Iglesia un prodigioso número de cismáticos. Anunciaban su arribo á los pueblos los sermones y las visitas de los hospitales, siendo el fruto las milagrosas conversiones que hacia en todas partes. Estuvo para costarle la vida esta larga y peligrosa expedicion, no solo por los inmensos trabajos que padeció, sino tambien por el veneno que en dos ocasiones le dieron los herejes, de que el cielo le libró con proteccion particular. Dilatóse tambien su celo en beneficio de los judíos, cuya terquedad no pudo resistir á la caridad de un Apóstol tan poderoso en obras como en palabras. En fin, si los turcos, aquellos mortales enemigos del nombre cristiano, cerraron obstinadamente los ojos á las luces de la fe, que en todas partes esparcia nuestro Santo, se vieron por lo menos precisados á rendirse á la eficacia de sus oraciones.

Mahomet II, terror de la Europa y azote de Dios para castigar las culpas de los Cristianos, amenazaba á toda la cristiandad por la su-

perior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y habia tomado mas de doscientas ciudades, cuando el año de 1456 vino á poner sitio á Belgrado con un poderoso ejército, que orgulloso y fiero con sus continuadas victorias, nada menos se prometia que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el mismo Capitolio de Roma. Á un poder tan formidable se creyó no podia oponerse resistencia mas vigorosa que la virtud de san Juan Capistrano, y así el Papa le nombró por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fue como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las tropas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vaivoda de Transilvania, y de Jorge, déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temia poco á todos aquellos Príncipes coligados; pero no conocia aun la poderosa virtud de san Juan Capistrano, á quien el cielo habia puesto á la frente del ejército cristiano. Llegaron á las manos los dos ejércitos, y empuñando Juan en las suyas un Crucifijo, fue corriendo con él todas las líneas, y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos. La presencia de nuestro Santo inspiró tanta confianza y tanto ardimiento á los Cristianos, que desde el primer ataque fue derrotado el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas hechas pedazos. Fue completa la victoria, al fin, como milagrosa; y no solo todos los Príncipes, sino toda la cristiandad reconoció haberse debido al cielo, á las oraciones y á la virtud de nuestro Santo, que habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fué muy luego á triunfar en el cielo, y á recibir de él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque habiéndose retirado al convento de Vilak, cerca de Sirmich en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses después de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbaridad de los turcos, no se libertó de la impiedad de los Luteranos. Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los Católicos, los cuales le llevaron á Elloc, cerca de Viena en Austria, donde se conserva religiosamente el dia de hoy, honrado con mucha devocion de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros

de ellos. Beatificóle el papa Leon X el año de 1690, y fue solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII.

Nota del traductor.

«Así dice la cuarta edicion del original que se tiene presente, y «es la que se hizo en Leon el año de 1741; pero es clara la equivo«cacion. Leon X no ascendió al pontificado hasta el año de 1513, y «murió en el de 1521. Equivocóse la data de la beatificacion con la de «la canonizacion; y así se debe decir: *Beatificóle el papa Leon X, y fue «solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII el año de 1690.*»

SAN SERVANDO Y GERMAN, MÁRTIRES.

Una de las naciones del mundo en que la religion cristiana ha sido confesada con mas valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En ella hallaron los tiranos su confusion y su vergüenza, viendo vencida su crueldad, unas veces por los inocentes niños, otras por delicadas doncellas, y cási innumerables por los esforzados varones. Entre estos tienen un lugar muy distinguido san Servando y German, cuyo glorioso martirio celebra la Iglesia de España en este dia. Ignórase cuál fue su patria; bien que, segun los breviarios Eboracence y el Hispalense antiguo, se dicen naturales de Mérida; y por su testimonio, y otras varias circunstancias que constan de sus actas, es esta opinion la que parece mas probable y verosímil. Sus padres son igualmente inciertos; porque aunque el breviario de Ebora, de Resende, el Palentino, y muchos escritores los hacen hijos de san Marcelo centurion, contándolos entre los doce hijos que se le atribuyen á este Santo, no hay documento positivo que lo convenza, y aun lo contradicen algunas circunstancias de sus actas. De estas consta que eran de familia noble y esclarecida, y que á lo ilustre de su sangre juntaron la gravedad é inocencia de costumbres. Esta era tal, que aun en los años de la juventud, en que el fuego de las pasiones está mas vivo, y por lo tanto suelen declarar las obras, mas fácilmente que en otra edad, la corrupcion de la naturaleza, los Santos se portaban de tal modo, que cuantos los miraban advertian en ellos una conducta de ancianos virtuosos. Esto seria todavia mas admirable, si como sienten algunos siguieron la milicia; pues es bien sabido que entre el estrépito y licencia de las armas la virtud suele hallar difícil acogida. Siendo de edad adulta, y teniendo los conocimientos necesarios para percibir la vanidad del paganismo y la sólida firmeza

de los preceptos del Evangelio, determinaron hacerse cristianos, para ser en la milicia de Jesucristo soldados fuertes, que defendiesen su sacrosanto nombre contra los ejércitos de las infernales potestades. Instruidos suficientemente en los misterios de la Religion sacrosanta, recibieron el sagrado Bautismo, haciendo juramento á Dios delante de los altares de serle eternamente fieles. Este juramento le cumplieron de tal modo, que su fe no era aquella estéril y vana que se queda en solas palabras, sino aquella sólida y fructuosa á quien las obras vivifican. Debieron llegar á un grado de perfeccion en la vida cristiana, no de aquellos comunes y vulgares, sino de los mas elevados y heróicos, como lo manifiesta el haber resplandecido en la gracia de hacer milagros. Porque aunque es verdad que esta gracia no supone en el sugeto que la tiene una santidad necesaria, de la cual esencialmente se derive, tambien lo es, que Dios no acostumbra dispensar semejantes gracias sino á los fieles de una virtud muy perfecta; y en esta persuasion está la Iglesia cuando para la canonizacion de los Santos exige que sus virtudes hayan sido confirmadas por Dios por algunas maravillas. Los Santos, pues, hacian diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y ademas dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenian embargados.

Por aquel tiempo, que segun la conjetura mas prudente fue en fin de la persecucion de Aureliano, padecieron varios españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecian, y tenian en sus manos el poder. Como Servando y German resplandecian entre los demás Cristianos por la santidad de sus costumbres y por los frecuentes milagros con que Dios los hacia maravillosos, llamaron fácilmente hácia sí las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y pidiéndoles razon de su profesion y su conducta, confesaron con valor que adoraban un solo y verdadero Dios, y á su Hijo Jesucristo, el cual por redimir al mundo de la servidumbre del pecado, se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz: que abominaban con todo su corazon á los ídolos, que no eran otra cosa que obras de hombres, sin poder, ni actividad para cosa alguna, sino para mantener á sus necios adoradores en una ceguedad desventurada. Esta respuesta irritó la cólera del juez infernal, y creyendo que podria hacerlos mudar de parecer por medio de los tormentos, dió órden de que se les aplicasen los mas crueles y exquisitos. Cooperó á esto tambien el reconocer en

ellos mas adhesion á la Religion que profesaban, y que los demás cristianos los reconocian por superiores. Ejecutóse el decreto, y aunque no se sabe cuál fue determinadamente el modo con que fueron atormentados, se infiere de las expresiones de sus actas, que fueron suspendidos en el ecúleo, en donde les descoyuntaron todos los miembros. Este tormento seria suficiente para privar de la vida al mas robusto; pero Dios, que se complacia en ver pelear á sus esforzados Confesores, se la conservó milagrosamente para que ensalzasen su nombre con mayores victorias. Sin embargo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia; y así los mandó volver á la cárcel, cargarlos de grillos y cadenas, y atormentarlos con hambre y sed. Nada bastó para contrastar el heróico valor de los siervos de Jesucristo. Los tormentos, la hambre, la sed y horror del calabozo no sirvieron de otra cosa que de hacer mayor su victoria y mas vergonzoso el empeño del tirano. Cuando los Santos estaban en la cárcel, cesó la persecucion; fuese esto por mandado del Emperador, ó porque en aquella determinada ciudad sucedió otro pretor de menos crueldad, y de mas indiferencia respecto de los decretos imperiales; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les habia de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religion, salieron libres Servando y German mas atormentados que los demás; pero tambien con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por sí mismos todas las astucias del infierno, sino tambien para confirmar á los demás en la santa Religion que habian profesado. Ningun aprecio les merecia su propia conveniencia, y solo estimaban la vida temporal para poder hacer de ella sacrificio á Dios, por el cual les galardonase con la vida eterna.

Á este efecto practicaban cuantas diligencias podia dictar la caridad mas activa y el celo mas abrasado. Recorrian la ciudad por todos sus barrios, y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuánta necedad era colocar en ellos sus esperanzas, llevaban sus designios á mayores empresas. Persuadian á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares sagrados que tenian en los bosques, en donde ejercitaban su supersticion. El fin de unas obras tan grandes, y al mismo tiempo tan atrevidas, era arruinar por una parte los sitios en que se alimentaba el error, y por otra abrir los ojos á aquellos miserables, trasladándolos del error á la verdad, de la muerte á

la vida, y de unas funestas tinieblas á la clarísima luz de Jesucristo. Los efectos correspondieron á la actividad y eficacia de la causa y al sublime fin que daba valor á los Santos para acciones tan arriesgadas. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron tambien á estas, movidos altamente de que habiendo visto que Servando y German tiraban contra el suelo y destrozaban los simulacros, ellos ni se habian quejado, ni habian hecho venganza alguna contra los siervos de Jesucristo: de esta manera se aumentaba prodigiosamente el número de creyentes, pues de todas partes concurrian inmensas tropas á la Iglesia de Dios, confesaban á Jesucristo, y pedian la expiacion de sus pecados.

Á esta sazon ya el comun enemigo habia movido cruelísima persecucion contra los Cristianos, que, segun se puede conjeturar, fue la de Diocleciano. Habia en Mérida un vicario imperial, llamado Viator, el cual tenia el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo, y de procurar retraerlos, ó exterminarlos con los suplicios mas horrorosos. Llegó este á saber fácilmente como Servando y German habian estado antes presos y atormentados por seguir la Religion prohibida por decretos imperiales; que habiendo sido echados de la cárcel, léjos de corregirse con el castigo, habian seducido á infinitos gentiles, y habia llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses y hacer pedazos sus simulacros. Semejantes acusaciones encendieron en ira al Juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prision para que ofreciesen incienso á los dioses, ó perdiesen las vidas con los mas exquisitos tormentos. Cumplióse el decreto del Presidente; y habiéndolos puesto presos, volvieron á afligir sus sagrados cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente habian experimentado. Los ponen en el ecúleo, excarnifican sus sagrados miembros con uñas de hierro, y corren por todas partes los arroyos de sangre; pero los Santos se mantenian inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesion de la fe, que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Diósele noticia de esto al Juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos Mártires, y falto de consejo no sabia de qué modo satisfacerla. Por una parte quisiera ejecutar en ellos el extremo de su severidad, exterminando una vida que le era tan enojosa; pero por otra parte contemplaba, que estando los Santos muertos no podrian servir de objeto á su furor, ni cebar en ellos su encono. Con tanta delicadeza discurre una

furia infernal cuando el diablo llega á cegarla, y á sugerir artificios para su mayor encarnizamiento.

Prevaleció en el Juez aquel pensamiento que denotaba mayor protervia en su alma y crueldad la mas parecida á la de los espíritus infernales. Persuadido á que una de las circunstancias que hacen mas terrible un tormento es la de su lentitud y duracion, adoptó el partido de reservar á los Santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera, y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que les echasen argollas de hierro al cuello, y que atasen con esposas sus manos, y de este modo los metiesen en un oscuro y fétido calabozo, en donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto tuvo Viator necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecia entonces al gobierno civil de España; y queriendo que el martirio de Servando y German aterrarse á los demás cristianos, mandó que atados con cadenas de hierro los trajesen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás habia sugerido al tirano para quebrantar, si fuese posible, la firme constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los Mártires y en grande provecho de la Iglesia. No eran solos Servando y German los que padecian por la fe de Jesucristo; padecian como ellos los trabajos de aquella prision, el peso de las cadenas, el horror de los calabozos, la aspereza de los caminos, la impiedad de los soldados imperiales, la hambre, sed y cansancio, otros muchos á quienes el inicuo tirano habia mandado llevar atados con cadenas para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte, y estaban poseidos de tristeza viéndose en penas tan amargas; por el contrario, Servando y German tenian henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espíritu Santo en los que con firmeza de fe confiesan á Jesucristo. Entre tanto llegó el Presidente á la jurisdiccion de Cádiz, y habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habian pasado en el camino no habian producido otro efecto que hacer mas notoria su constancia, dió sentencia de que fuesen degollados. Sacáronlos, pues, á un collado cercano de Cádiz, llamado *Ursoniano*, y habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas Servando y German, y con voz sumisa hicieron oracion á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Los verdugos dieron el golpe, con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los Cristianos,

cuidadosos de que no pereciesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlas á las manos, y sepultarlas en lugares honoríficos. Segun el Misal y Breviario de san Isidoro el cuerpo de san Servando fue enterrado en Cádiz, y el de san German llevado á Mérida, en donde con el tiempo fue colocado al lado de santa Eulalia y otros muchos Mártires, cuyos despojos posee aquella dichosa ciudad. No se sabe en qué año fue trasladado el cuerpo de san Servando; pero lo cierto es, que lo fue á Sevilla, y colocado en el cementerio entre santa Justa y santa Rufina. Aunque es creible que inmediatamente, después de su pasion, fuesen venerados por Santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devocion por poseer el cuerpo de san Servando, y una grande reliquia de san German su compañero. Mérida los celebra, y tiene por sus abogados y patronos; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostracion de gratitud, recibiéndolos por patronos, y obligándose á guardar su festividad como dia de precepto en memoria de haber sido regada su tierra con su preciosa sangre.

La Misa es en honor de los santos Servando y German, y la Oracion la que sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui sanctis fratribus Servando et Germano mirabilem fidei constantiam tribuisti; concede propitius, ut qui tantorum Martyrum patrocinio fruimur, eorum perpetua intercessione roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Omnipotente y sempiterno Dios, que diste tan admirable constancia en la fe á los santos hermanos Servando y German; concédenos, misericordioso Señor, que los que gozamos del patrocinio de tan grandes Mártires, seamos confortados con su perpetua intercesion: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et aestimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó,

illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillae in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la divina Sabiduría que usa en este dia nuestra madre la Iglesia para la instruccion de los fieles, á cuyo fin se dedican las epístolas de las misas, dan á entender una cosa bien notable, ó una diferencia maravillosa entre los justos y los pecadores. Los justos, dice el Espíritu Santo, á diferencia de los malvados, vivirán eternamente, y su premio le tendrán delante del Señor. Es bien sabido que el alma racional, sea del pecador ó sea del justo, es inmortal, y de consiguiente ha de vivir una vida eterna. La diferencia está en que el justo con la muerte comienza una eternidad llena de delicias y venturas, y el pecador por el contrario comienza desde la muerte una eternidad de penas y de tormentos, que son mucho mas penosos y amargos que la misma muerte. Los justos, en recompensa de haber despreciado en este mundo unos bienes transitorios que ninguna otra cosa les podria producir que cuidados, desasosiegos, afliccion de espíritu y peligros muy probables de perder para siempre la felicidad, recibirán el cúmulo y perfeccion de todos los bienes, no solo existentes, sino aun imaginables. Sus pensamientos no se emplearán ya mas en las cosas caducas concernientes á su propia conservacion y existencia, como debian hacerlo mientras vivian esta vida mortal, en fuerza de un precepto divino que lo manda. Sus pensamientos no tendrán otro objeto que á Dios, ni mas móvil que á Dios, ni mas fin que engolfarse mas y mas en aquel mar inmenso de perfecciones para gozar mas de su gloria, y estrechársele mas íntimamente por medio de la caridad. Los pecadores recibirán tambien el merecido de sus obras; pero ó Dios eterno, ¡y cuán diferente será este! Un penar sin intermision, un arder para siempre en los fuegos eternos del infierno, una persuasion firme de verse para siempre desdichados por su culpa y sin remedio. Últimamente, una desesperacion la mas horrorosa y aflictiva llenará sus almas de un dolor interior, de un pesar tan acerbo, que todas las imaginaciones y cuanto se puede fingir es como un sueño en comparacion de la verdad.

Después sigue el Espíritu Santo en la epístola de este dia á descifrar mas menudamente los bienes que se siguen á la muerte del justo, notando con voces propias aquellos grandes bienes que suelen en este mundo arrebatar ciegamente la atencion de los hombres. Nada hay en este mundo que deslumbre la vista de estos tanto como el resplandor de un trono. Un monarca es una persona sola en dilatadas provincias, y tal vez en muchos y extendidos reinos. Él disfruta de los bienes y trabajos de todos; á él se le reservan las mas preciosas producciones del arte y de la naturaleza; ni la distancia ni el rigor de las estaciones, ni ninguna otra dificultad pueden retardarle los frutos mas preciosos de la tierra; todos doblan delante de su trono la rodilla, y cualquiera vasallo se tiene por dichoso en que su príncipe acepte su servidumbre. El oro, la plata, todo el brillo de los metales, todo el resplandor de las piedras, y cuantas combinaciones agradables puede disponer el artificio con los colores y la luz, otras tantas se ven en sus palacios, en sus casas de campo, en sus utensilios y en cuanto le rodea. Por tanto, nada hay en la naturaleza que tanto llame la atencion del hombre como este real esplendor; y hé aquí lo que recibe el justo en premio de sus trabajos, y en justa recompensa de las humillaciones y abatimientos que ha debido sufrir para seguir los preceptos del Altísimo. Por eso dice la divina Sabiduría recibirán el reino de hermosura y la diadema de belleza de la mano del Señor, porque su diestra los protegerá, y con su santo brazo los defenderá. Prescindiendo de que la misma gloria, esto es, el disfrutar de la vision beatífica, es obtener un reino y una diadema de tanta grandeza, de tanta belleza y hermosura, que cuantas ideas se pueden formar con el entendimiento humano, todas son limitadas; el vivir seguros, protegidos de la diestra de Dios, es mayor bien que todos los bienes de este mundo, aunque en ellos se cuenten las monarquías mas poderosas y los reinos mas extendidos. Ningun bien hay mientras hay recelo de perderle, mientras hay temor de tener á Dios por enemigo. Los justos que gozan de su perfecta amistad son mas dichosos que todos los monarcas del mundo; y con razon dice el Espíritu Santo que su muerte es mas propiamente principio de una eterna vida.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les

contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non premeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

decia, se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

Sobre la muerte de los justos.

Punto primero. — Considera que la muerte para los justos no es un mal que llena de horror y de espanto solo el considerarle, sino que por el contrario nada tiene de temible, nada tiene de horrorosa, y puede considerarse como un positivo bien, que es el fin de otros bienes temporales, y el principio de bienes eternos é infinitos.

En el cap. III de los Proverbios comprende el Espíritu Santo en pocas palabras todos los bienes insinuados acerca de la muerte del justo, hablando con él, y diciendo: *Cuando mueras no temerás; descansarás, y tu sueño será suave.* En la primera parte se contienen todas las consolaciones que ofrecen á un moribundo las acciones de su vida cuando esta ha sido arreglada, y la tranquilidad de su conciencia. Un justo, aunque interiormente se mira con ojos tan delicados que su humildad le hace reputarse por uno de los mayores pecadores del mundo, no puede sin embargo apagar las luces con que resplandece la verdad, ni sofocar los dictámenes de su conciencia. Esta no le presenta delitos por mas que sus ojos linces se empeñan en buscarlos. En aquellos momentos tranquilos en que la gracia de Dios le hace gustar de

las suaves efusiones de sus dulzuras, cuando la esperanza prevalece contra el temor, y se le representa Dios como un señor, como un padre, cuyas misericordias exceden á sus justicias, entonces ve el justo su vida con una cierta complacencia que le hace no temer la muerte. No ve en su discurso aquellas infracciones de la ley santa de Dios que forman los delitos; ve una serie continuada de mortificaciones respecto de sí mismo, de obras caritativas en órden á sus prójimos, y de sacrificios y oraciones respecto de Dios y de los Santos. No se le presenta el pobre desvalido á quien oprimiese con injusticias, ni el infeliz deshonrado por su murmuracion ó detracciones, ni la honesta doncella privada de su honor por su culpa; no ve la tierra empapada en sangre por cebar su ambicion, ni trastornados los reinos y las provincias por sus astucias y cavilaciones, y todo este conjunto causa tal tranquilidad en su alma, que la exime del temor que tan terribles angustias causa en aquella hora. La misericordia del Señor ve que solamente se puede emplear en unas acciones cási indiferentes, y que sola la debilidad humana puede hacer que sean delitos; pero su levedad, y el saber que la divina Justicia no tiene decretados contra ellos los últimos suplicios, le consuela, le llena de gozo, y hace á su corazon exento del temor. Por otra parte mira todos los bienes criados con el mismo desprecio en que los ha tenido toda la vida, y el ver en la hora de la muerte la inutilidad de todos ellos con luces mas claras, hace que este desprecio tome mayor incremento, y le haga insensible su pérdida. Acostumbrado á mirar las riquezas como lazos escondidos contra las buenas costumbres, á las delicias del mundo como sombras pasajeras, que solo tienen de verdad lo que dejan de contricion y de amargura, á los puestos encumbrados y dignidades altas como precipicios ó escollos, en donde cási es inevitable la ruina, conserva estas mismas ideas á la hora de la muerte, y al ver que esta le va á librar de tan grandes males, léjos de mirarla con horror, la mira con cariño y la abraza como á su libertadora.

Punto segundo. — Considera que después de la tranquilidad y dulzura que siente en su alma el justo á la hora de la muerte, volviendo los ojos á su vida pasada, se refuerza su consolacion dirigiéndolos á cuanto le ha de suceder en lo futuro, desde el instante mismo en que se verifique la separacion de su alma y de su cuerpo.

El Espíritu Santo en las palabras anteriormente alegadas insinúa esto mismo cuando dice al justo: *Descansarás, y tu sueño será tranquilo.* Nada ha tenido á los hombres mas inquietos que el deseo de

saber con certeza cuál ha de ser su suerte cuando hayan pasado de esta vida. Aun en las religiones mas estrafalarias y extravagantes, la idea del premio ó del castigo ha tenido suspensos á los hombres, y siempre temerosos de que sus delitos no podrian ser impunes, ni los justos é inocentes dejar de ser vengados. Por mas que el capricho, la necedad ó la loca manía de parecer sabios hayan precisado á algunos hombres ingeniosos á manifestar en sus escritos su ningun cuidado de la inmortalidad, se ha observado que estos mismos hombres cuando han llegado á la hora de la muerte han abjurado prácticamente su error, presentándose con las convulsiones horrorosas que les causaba su conciencia. Todos han conocido que en aquella hora en que no se puede disfrazar la verdad, ni esconder los verdaderos sentimientos del alma, daban á entender que reconocian un Ser supremo, el cual habia de castigar sus excesos para vengar las opresiones de esta vida. Nosotros los Cristianos, que conocemos y confesamos estas verdades inconcusas, conviene á saber, que el alma del hombre no muere con el cuerpo: que existe un Dios omnipotente y justo, que recompensa á los buenos y castiga á los malvados: que en el mismo momento en que el alma racional se separe del cuerpo, se ha de presentar en el tribunal rectísimo del Juez de vivos y muertos; y que á esto, finalmente, se ha de seguir una vida feliz ó desdichada, pero eterna, tenemos razones de mucho consuelo cuando nos acompaña la justicia en órden á nuestra suerte futura. Porque, ¿cómo ha de temer un justo presentarse en el tribunal de un Dios á quien ama con todas las veras de su alma, y de quien sabe que es amado con los extremos de un amor divino? ¿Qué recelo ha de tener un hijo de presentarse delante de su padre, cuando su misma conciencia le asegura de que siempre ha respetado sus leyes, y jamás le ha faltado á la obediencia? ¿Mirará á Dios como á un Dios justiciero y terrible, que tiene empuñada la espada de la venganza para fulminar contra él una desventura eterna? ¿Se presentará en su tribunal con aquella confusion, con aquel espanto, con aquella contricion y amargura producidas de la conciencia, del delito y del castigo que le amenaza? Nada menos que eso. El justo se presentará delante de Dios como delante de un amigo suyo, que tiene unidos con él todos sus intereses; como delante de un hermano que le espera para partir con él una preciosa herencia; como delante de un padre tierno y amoroso que le está esperando con los brazos abiertos para premiar sus obras, su obediencia filial, su respeto, su amor, y llenarle de eterna ventura; y todas estas consideraciones es preciso que le ha-

gan mirar la muerte exenta de los horrores naturales, y como un bien que le abre la puerta á interminables bienes.

Jaculatorias. — El que tema al Señor lo pasará bien á la hora de la muerte, y el dia de su tránsito será para él principio de sus bendiciones. (*Eccles.* 1).

Señor, guiad mis pasos, y haced que todas mis operaciones sean segun vuestra justicia, para que á la hora de la muerte tenga la consolacion de los justos. (*Psalm.* v).

PROPÓSITOS.

1 El hombre prudente no se deja llevar del destino con su ceguedad acostumbrada, sino que preve con anticipacion sus situaciones futuras, y se prepara para ellas, de manera que perciba de ellas provecho, y de ningun modo daño. El labrador sabio y experimentado prepara sus tierras para recibir al tiempo oportuno los frutos sazonados y provechosos. El general diestro prepara en determinadas situaciones los puestos oportunos que sabe que con el tiempo le han de hacer conseguir victorias. Esto mismo debe hacer el cristiano en la vida espiritual, que por lo comun está sujeta á las mismas leyes y al mismo modo de direccion que todas las cosas humanas. Si quieres ser participante de la suerte de los justos; si quieres tener una muerte feliz, libre de aquellos horrores que tanto atormentan á los malvados, y llena de las dulzuras inefables que concede Dios á los justos, procura imitarlos en su vida, pues de esta imitacion pende la de su muerte. No puede morir mal, dice san Agustin (*Lib.* 1 *de Civit. Dei*), el que viviere bien. En esta suposicion, tus obras han de decidir la suerte de tus deseos: Dios te se representa en este instante como un juez terrible; tus pecados te le hacen temer como rigoroso; pero estás en tiempo: ese mismo Juez, ese mismo Dios te ha dejado misericordiosamente los medios de aplacarle. Con su misma sangre hizo un bálsamo precioso, para que en el sacramento de la Penitencia pudiesen ser curadas todas las heridas de tu alma. Con su misma sangre te preparó un caudal inmenso de gracias, que son el tesoro con que puedes satisfacer todas tus deudas, y enriquecerte además para comprar el reino de los cielos.

2 Solamente se te pide que uses de estos medios, y que después de conseguir la divina misericordia, tengas constancia en el bien. Con estas facilísimas condiciones te se promete la muerte de los justos. ¿Serás tan falto de juicio que rehuses adquirir tan gran bien á

tan poca costa? Si á un miserable que hubiese padecido naufragio le ofreciesen, no ya un débil fragmento de una tabla para salvar su vida, sino una nave bien tripulada y abastecida, ó un puerto seguro y tranquilo, ¿crees tú que llegaria á tanto su temeridad y locura que lo despreciase, perseverando en el riesgo, clamando al mismo tiempo que deseaba salvacion? Es seguro que le tendrias por loco, y que te mereceria el mas alto desprecio. Pues, ahora bien: en estas meditaciones has visto claramente que la muerte del justo es amable, es dulcísima, es apetecible, que está exenta de aquellos horrores y arrepentimientos que congojan á los malvados, y los hacen gustar anticipadamente unos dolores y amarguras propiamente de infierno. Has visto que la separacion del alma y cuerpo, tenida entre los mortales por el trance mas insoportable y doloroso, es para los justos un instante de gusto, un momento de gloria, un fin de sus trabajos, y un principio feliz de una ventura que ha de durar para mientras Dios fuere Dios. La muerte de los santos Mártires que celebra la Iglesia en este dia te confirma estas verdades, cuando la experiencia de tantos siglos no la probara mas que suficientemente. Pues ¿en qué te detienes que no buscas todos los medios de procurarte una muerte de esta naturaleza? ¿Por qué desde este mismo instante no te has de convertir á Dios, y hacerte amigo al que inevitablemente ha de ser tu Juez? Si mañana, ¿por qué no ahora? ¿Estará mañana en tu mano producir en tu alma las santas inspiraciones que ahora sientes? No, seguramente: tal vez querrás, y no podrás, castigando Dios tu temeridad con la dureza que experimentas. Pues, cristiano, no seas temerario: aprovéchate de los momentos presentes para asegurar un momento feliz, que sea el principio de una eternidad de gloria.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos mártires Félix, obispo en África, Audacto y Genaro, presbíteros, Fortunato y Séptimo, lectores, en Venosa en la Pulla; los cuales en tiempo de Diocleciano, por órden de Magdeliano, su procurador, después de haber sido por largo tiempo molestados con cadenas y cárceles en África y en Sicilia, como Félix insistiese en no querer entregar los libros sagrados, segun estaba mandado por un edicto imperial, por último fueron degollados.

El martirio de los santos Aretas, y trescientos cuarenta compañeros, que fueron asesinados en tiempo del emperador Justino por un tirano

judío llamado Dunaan, en territorio de los Homeritas en la ciudad de Nagran; después de estos fue quemada una mujer cristiana; y un hijo suyo, de edad de cinco años, que tartamudeando confesaba á Jesucristo, ni con caricias ni con amenazas le pudieron impedir que se arrojase en la hoguera, donde estaba ardiendo su madre.

San Evergisto, obispo y mártir, en Colonia.

San Proclo, obispo, en Constantinopla. *(Señalóse particularmente este Santo en la defensa de las prerogativas de la santísima Virgen, contra lo que afirmaban los Nestorianos, y recibió sin duda por esta razon favores muy especiales de la Madre de Dios. San Proclo enseñó á su pueblo á cantar el sagrado Trisagio, en esta forma:* Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, *etc., en ocasion que sufria Constantinopla grandes temblores de tierra, y usando el pueblo de esta peticion, al fin cesaron. Dícese que san Proclo tuvo una vision en que se le aparecieron algunos coros de Ángeles que entonaban aquel sagrado cántico. Lo cierto es que desde entonces está en uso en la Iglesia, y sirve para implorar la misericordia de Dios en todas las necesidades. Es de advertir empero que el Trisagio ó* Sanctus *que se canta en la misa es mucho mas antiguo. Isaías oyó á los Serafines cantar tres veces* Sanctus, *y alabar con esta doxología al Fuerte y al Inmortal en los cielos, Dios que subsiste adorable en tres Personas. Y del cielo mismo es de donde la Iglesia ha tomado este himno con que san Juan nos asegura que los Santos alaban á Dios por toda la eternidad).*

La muerte dichosa de san Maglorio, obispo, en la Bretaña, cuyo cuerpo está depositado en Paris.

San Martin, abad, en el monasterio de Vertou.

San Marcos, solitario, cuyos esclarecidos hechos escribió san Gregorio, papa, en la campaña de Italia.

SAN PEDRO PASCUAL, OBISPO Y MÁRTIR.

Después que los moros se apoderaron de todas las provincias meridionales de España, esto es, desde el año de 713, en que el desgraciado rey D. Rodrigo fue muerto en la batalla que perdió contra los infieles, llamados de África por el conde D. Julian, viéndose reducidos los godos á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia, establecieron los sarracenos su tiránica dominacion en el país, y redujeron todos los Cristianos á una lamentable servidumbre. Fue cruel la persecucion; pero no fue bastante para sofocar la fe, conservando Dios por mas de setecientos años multitud de fieles y generosos siervos, que en medio de tan dura esclavitud supieron mantener toda la libertad y todo el celo de verdaderos hijos de Dios, sacrificando sus bienes y su misma vida á la conservacion del culto divino y al consuelo de sus hermanos cautivos, aliviándolos en sus miserias.

Una familia, entre tantas otras, originaria de Valencia, y tan distinguida por su virtud como por sus muchos bienes de fortuna, descollaba

sobre todas las demás desde largo tiempo habia en estos ejercicios de caridad. Contaba ya en sus ascendientes cinco héroes cristianos que habian derramado su sangre por la Religion; y sus descendientes, herederos del celo y de la piedad de sus progenitores, empleaban la mayor parte de sus rentas en mantener el convento del Santo Sepulcro de la ciudad de Valencia. Era su casa el refugio de todos los necesitados, y la hospedería comun de los religiosos que venian á redimir cautivos, particularmente de san Pedro Nolasco, célebre fundador de la Órden de la Merced. Viendo el Santo que sus insignes bienhechores padecian el desconsuelo de no tener hijos, suplicó al Señor con fervorosos ruegos que les diese sucesion, concediéndoles un heredero que lo fuese tambien de su celo y de su piedad. Fueron oidas sus oraciones, y el año de 1227 tuvieron un hijo, á quien pusieron el nombre de Pedro, por devocion al santo Fundador.

Mirándole como hijo de oraciones, le dieron una educacion muy correspondiente á los designios de la Providencia sobre aquel vaso de eleccion, y muy propia del gran fondo de virtud que resplandecia en sus piadosísimos padres. La nobilísima índole y las bellas inclinaciones del niño Pedro acreditaron desde luego que el cielo le habia prevenido con las mas dulces bendiciones desde su mismo nacimiento. Parecia innata en él la inclinacion á la virtud y caridad con los pobres, siendo su mayor diversion repartirles por su misma manecita la limosna que les daban sus padres; y á ella añadia lo que granjeaba su industria, cercenando de todo lo que le daban para jugar, y aun para su propio sustento, sin que en aquella tierna edad fuese jamás posible reducirle á que almorzase en los dias de ayuno. Luego que supo de memoria el catecismo, no tenia mayor gusto que enseñárselo á los otros niños de su edad, que se juntaban con él, pero particularmente á los niños de los moros; y se refiere un caso muy singular. Habiendo oido contar los malos tratamientos que los moros hacian á los cautivos cristianos, y que algunos de estos habian conseguido la corona del martirio, encendido el niño Pedro en deseos de ser mártir, instó á los muchachos moriscos que le tratasen como sus padres trataban á los cristianos esclavos; y habiendo suscitado los moros de Valencia una horrible persecucion contra los Cristianos, costó gran trabajo tener encerrado dentro de casa al santo niño por las ansias con que suspiraba por el martirio.

Rescataron sus padres á un virtuoso sacerdote narbonés, hombre sabio, el cual después fue religioso de Nuestra Señora de la Merced, y obispo de su patria, y le encargaron así la educacion como los es-

tudios de su hijo. Hizo admirables progresos en tan buena escuela: pero al paso que se iba haciendo mas hábil en todo género de ciencias, se hacia tambien mas santo. Distribuia todo el tiempo en la oracion y en el estudio; de manera, que apenas se hablaba de otra cosa entre los Cristianos que de la eminente virtud y del extraordinario mérito del angelical mancebo.

Movièronse por entonces en aquel reino las revoluciones contra su rey Zeit; padecieron mucho en esta calamidad los padres de nuestro Santo, de quien los moros recelaban haber tenido parte en la aficion que mostraba aquel Príncipe á los Cristianos. Sosegada esta alteracion, iba nuestro Santo con otros de su edad pidiendo limosna para los cautivos enfermos. Poco duró la tranquilidad pública. No bien el traidor Zaen habia sentado su monarquía, cuando el rey D. Jaime comenzó á tratar de la conquista de aquel reino: el color era restituir al Rey despojado; los moros recelaban que los Cristianos querian ganar el reino: andaban como fieras por la ciudad haciendo á los fieles todo el mal que podian. El moro mas cruel con ellos, ese era tenido por mejor: despeñábanlos de las torres de sus mezquitas, hacíanlos tajadas por las calles: robaron las casas de los mozárabes; la de nuestro Santo fue de las primeras. Favoreció el Rey á su padre, pretendiendo tener en él, como tan amigo que era del rey de Aragon, escudo en la calamidad que le amenazaba. Los trabajos de aquella familia, y la afliccion de nuestro Santo al ver tan perseguido y blasfemado el nombre del Señor, bien se deja entender. En oraciones, y lágrimas y ayunos pasó con sus padres lo que tardó la guerra hasta la conquista, que se concluyó á 28 de setiembre del año 1238.

San Pedro Nolasco, que conocia á esta santa familia, la presentó al rey D. Jaime. El Rey al restituir á aquella ciudad su antigua iglesia nombró á nuestro Santo por canónigo de ella, y dispuso que sus padres le enviasen á estudiar á Paris con el venerable Dr. Pedro Aimillo. Allí tuvo por maestro en la teología primero á Guillermo de Sancto Amore, luego á los esclarecidos santos Buenaventura y Tomás de Aquino. Muy en breve se hizo admirar su ingenio y su virtud; de suerte, que apenas se hablaba de otra cosa en la universidad que del jóven español. El obispo de Paris, enamorado de su santidad y de sus raros talentos, le confirió los sagrados órdenes, y le mandó que predicase el Evangelio en toda la extension de su obispado. Hízolo con aplauso nunca oido, sin que esto le estorbase enseñar tambien en la universidad, donde recibió el grado y la borla de doctor, sin embargo de tener todavía muy pocos años.

Estando él allá murieron sus padres. Dió poder á san Pedro Nolasco para que hecha tres partes su hacienda se repartiese entre huérfanos, y encarcelados y cautivos: y resuelto á dejar el mundo, después que vuelto á España estuvo algun tiempo residiendo su prebenda, la renunció, y vistió el hábito de la nueva Órden de la Merced en el convento de Valencia. Era esto por los años 1230, y desde el primer dia se admiró en el novicio un perfecto dechado de la religiosa perfeccion. Los superiores nada tuvieron que hacer sino moderar su fervor, y poner límites á sus ansiosos deseos de abatimientos, humillaciones y penalidades.

Luego que profesó vino á Barcelona llamado de san Pedro Nolasco. Acompañóle en el viaje á Toledo, á donde el santo Fundador iba llamado de la reina D.ª Violante. Quedaron los reyes de Castilla muy aficionados á la virtud de este siervo de Dios, como se vió adelante. Vuelto á Barcelona leyó teología, y predicaba con increible fruto, acudia á los ejercicios de la Órden como si no tuviera otra ocupacion; era sobremanera fervoroso, mortificado, dado á la oracion: dormia poquísimo, robaba á su comodidad y al sueño el tiempo que dedicaba al estudio. Encargóle el rey D. Jaime la educacion de su hijo el infante D. Sancho, que habia abrazado el estado eclesiástico. Era su genio muy opuesto al bullicio de la corte; pero le fue forzoso sacrificarse y pasar á ella. Desempeñó su nuevo empleo con tanta satisfaccion del Rey, con tanto fruto y con tan feliz suceso, que el Infante hizo maravillosos progresos en las ciencias humanas y en la ciencia de los Santos; tanto, que tomó el hábito de la Merced, siendo después gloria y ornamento de la misma Órden. Con esta resolucion del Infante quedó libre nuestro Santo, y tuvo tiempo para ir á hacer una redencion de cautivos cristianos en Granada con ayuda de los reyes de Castilla: renováronsele entonces las lágrimas de la niñez, viendo allí un retrato de las miserias en que se crió. Visitó los calabozos del Monte Santo, vió la crueldad con que trataban á los cautivos, la falta de doctrina y la ignorancia en los misterios de nuestra santa fe. Por de contado escribió una explicacion de la doctrina cristiana, para que los cautivos que sabian leer la enseñasen á los demás. Salió de Granada dejándose allí el corazon; recibiéronle con gran gozo en Toledo, donde predicó y fue muy estimado del arzobispo don Domingo Pascual. Con su predicacion juntó gruesas limosnas para Granada. Poco tiempo después san Pedro Nolasco llamó á nuestro Santo, y con él trató muy despacio las cosas de su conciencia, y le encomendó el aumento de su Órden y el cuidado de los cautivos. Fue

esto un año antes que el santo Fundador pasase á mejor vida.

Muerto D. Domingo Pascual, el infante de Aragon D. Sancho fue electo arzobispo de Toledo. Este Prelado pidió al papa Urbano IV hiciese obispo titular de Granada á su maestro, para que en su nombre gobernase el arzobispado y ejerciese el oficio de Pastor. Fuele preciso obedecer al Sumo Pontífice, sacrificando en obsequio de la obediencia su extrema repugnancia á toda dignidad eclesiástica. Consagróse el año 1262, y luego se reconoció en él uno de los mas dignos sucesores de los Apóstoles. Habiéndosele confiado el gobierno del arzobispado de Toledo, dió principio á él por la visita general. En este tiempo fundó en aquella ciudad el convento de Santa Catalina de su Órden, donde vivió después vida pobre y humilde como religioso. No hubo ciudad, villa, pueblo ni aldea que no mudase de semblante por los desvelos de semejante Pastor. La disciplina eclesiástica, que no poco se habia relajado, recobró su antiguo lustre, la Religion su primitivo fervor, y en toda la diocesi se hicieron visibles los efectos de sus apostólicas excursiones. Dió admirables providencias para la reforma de las costumbres; y como reinaba mucha ignorancia en los eclesiásticos, pero sobre todo en los párrocos, compuso un excelente libro para su instruccion, con lo que en muy breve tiempo se desterraron los abusos mas inveterados á esfuerzos de su vigilancia pastoral.

Por octubre del año 1275 los moros en odio de la verdadera Religion mataron al infante arzobispo de Toledo entre Martos y Torrejimena. Entonces quedando nuestro Santo libre del gobierno de aquella diócesis, resolvió ir á Granada á visitar y asistir á sus ovejas. Al paso le hospedó en Jaen el obispo D. Martin Dominguez. Allí predicó, y luego en Baeza, donde recogió abundantes limosnas para los cautivos. Entró por el reino de Granada, visitó los pueblos, especialmente los de la Serranía; trabajó como buen pastor en el provecho espiritual de aquellos fieles que con la vecindad de los moros, y con el estrago y licencia de las guerras, habian llegado á gran corrupcion de costumbres. Para desterrar las supersticiones en que los halló ciegos, escribió un libro que está manuscrito en el Escorial. Confirmó á los que no lo estaban, para que no les faltase aquel soberano socorro en tan manifiesto peligro: rescató á cuantos pudo de los que tenian mas aventurada su salvacion entre aquella gente. Vuelto á Baeza fundó un convento de su Órden, con el fin de que sus frailes hiciesen entradas en aquel reino para socorrer á los Cristianos, y administrarles los santos Sacramentos. Con el mismo designio fundó otro convento en Jerez de la Frontera, y luego el de Jaen para que se recogiesen

allí las limosnas de Castilla y Andalucía, y se hiciesen con mas seguridad las redenciones. No siéndole posible residir en Granada, anduvo á pié con gran pobreza predicando por gran parte de nuestra Península; entró por el Algarve, y corrió el reino de Portugal; en todas partes hacia gran fruto, y recogia limosnas para sus cautivos. Después de esta peregrinacion volvió á Granada. Luego hizo un viaje á Roma en el pontificado de Nicolao IV. Conocióle este Pontífice, y le oyó predicar en Toledo donde estuvo siendo general de la Órden de san Francisco. Quiso que predicase en las iglesias de San Pedro y de Santa María la Mayor, é hizo de él la estimacion que debia, y le honró como á santo Prelado. Hízole legado suyo para con los reyes de Francia y España, encargándole que por el camino fuese predicando la cruzada que habia publicado contra los infieles.

En Paris fue recibido con extraordinarios honores; esmerándose el Rey, el clero y el pueblo en darle las mayores pruebas de su respeto y de su veneracion. Sus sermones hicieron en Paris el mismo fruto que en todas partes. Movieron y convirtieron á muchos; pero ninguna cosa le hizo tanto honor como el celo y la fuerza con que defendió públicamente el misterio de la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Predicóle con tanta energía, probóle con tanta evidencia, persuadióle con tanto fruto y tan universal aplauso, que estando en oracion la noche siguiente, se le apareció (á lo que se asegura) la santísima Vírgen rodeada de una luz resplandeciente, acompañada de inmensa multitud de espíritus celestiales, y habiéndole manifestado cuán grato le habia sido su fervoroso celo, le puso en la cabeza por sus propias soberanas manos una corona de gloria, inundando su alma de aquellos celestiales consuelos que son como anticipados destellos de la eterna bienaventuranza.

Estando todavía en Francia fue promovido al obispado de Jaen con aprobacion del papa Bonifacio VIII. Era á la sazon toda aquella diócesi como un erial inculto, habiendo carecido muchos años de pastor. Halló su celo abundante materia para la labor; pero en poco tiempo correspondió la miés á la fatiga del cultivo. Llegó el año de 1297, en que al santo Obispo le pareció preciso hacer otro viaje á Granada. Por mas que le representaron el peligro á que se exponia, todo lo venció el deseo del martirio, que siempre habia sido su pasion dominante. No solo trabajó en la redencion de los cautivos, sino que tuvo valor para emprender la conversion de los moros. Calificóse esto por delito de Estado. Arrestáronle, encerráronle en un calabozo, y le cargaron de cadenas. La noticia llegó á Jaen, y al instante le enviaron

una gran suma de dinero para su rescate. Recibióla con el mayor agradecimiento; pero en lugar de emplear aquellos caudales en recobrar su libertad, todos los expendió en solicitar la de una gran multitud de pobres cautivos. Compuso en su prision muchos admirables tratados, tan enérgicos como convincentes, para volver al gremio de la Iglesia á los infelices que habian renegado de la fe, y para confirmar en la Religion á los que se mantenian en ella. Por este tiempo escribió la Biblia pequeña, que es una explicacion de los misterios de nuestra santa fe, en lengua lemosina, para uso de los mercaderes de Valencia y Cataluña que vivian en Granada. Durante su prision fue admirablemente consolado con muchas gracias extraordinarias. Aparecióse el mismo Jesucristo mas de una vez, y sobre todas en cierta ocasion en que se le dejó ver bajo la figura y el traje de un niño cautivo. Por mas que le prohibian escribir contra la impía secta de Mahoma, y aunque le encerraron mas y mas estrechamente, nunca se dejaron esclavizar su caridad ni su celo. Compuso una excelente obra contra las extravagancias del Alcoran, y otra segunda contra las impiedades de aquella monstruosa secta. Sin embargo de ser muy oscuro el calabozo donde le tenian encerrado, le iluminaba continuamente dia y noche un resplandor celestial. De esta maravilla fueron testigos no solo los guardas, sino el mismo Príncipe moro, que asombrado de ella le puso en libertad, pero con riguroso precepto de no hablar palabra contra la secta de Mahoma. Mas no pudo enmudecer el celo de nuestro Santo; predicó y confundió á los morabutos, convirtiendo á muchos infieles. Incitado y amotinado el populacho por los doctores del Alcoran, acudió tumultuariamente al palacio del Rey, pidiendo la cabeza del santo misionero. El Príncipe, aunque bárbaro, estimaba al Santo; temiendo no obstante una sedicion, le mandó prender al instante, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. Notificáronle aquella noche la sentencia, y él la pasó toda en disponerse para el sacrificio que habia de colmar el lleno de sus deseos. Sin embargo, se suspendió por algunos breves momentos su alegría: acometióle de repente un vivo sobresalto y cierta especie de terror que le abatió el corazon; pero muy luego volvió á su antiguo espíritu con una celestial vision que le llenó de consuelo. Aparecióse le Jesucristo pendiente de la cruz, en medio de un brillante resplandor y le dijo estas palabras: *Pedro, no te asustes porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasion, y por tu amor padeci aquella amarga agonía.* Con estas palabras cesaron al punto los temores de nuestro Santo, sucediendo á la tristeza el valor y la alegría. Al ama-

necer celebró el santo sacrificio de la misa con tanto fervor, que acreditaba bien lo abrasado que estaba aquel corazon en el fuego divino, que tan en breve habia de consumir la amorosa víctima. Apenas se habia postrado en tierra para dar humildes gracias, cuando entraron los bárbaros llenos de furor, y le cortaron la cabeza á un golpe de cimitarra. Así consumó su sacrificio este gran Santo, consiguiendo la corona del martirio el dia 6 de enero del año 1300, á los setenta y tres de su edad. Estaban muy determinados los moros á reducir á cenizas su cuerpo, sus vestiduras pontificales y todas las alhajas que habian servido á su uso; pero apoderándose de su corazon un repentino terror, dejaron entera libertad á los Cristianos para llevar el santo cadáver, y darle sepultura en una montaña cerca de Macemoro. Tardó poco el cielo en vengar aquella muerte con todo género de calamidades que llovieron sobre la infeliz ciudad de Granada; pero especialmente sobre la familia del Príncipe moro, el cual pereció miserablemente, confesando que el obispo de Jaen le castigaba aun en esta vida.

Apenas llegó á Jaen la noticia de su martirio, hicieron poner su imágen de yeso sobre la puerta de la capilla del alcázar, dedicada desde su conquista á la Vírgen de las Mercedes por el santo rey don Fernando. Los Reyes católicos luego que conquistaron la ciudad de Granada, con consulta del venerable arzobispo Fr. Hernando de Talavera, edificaron un templo en el lugar del martirio de nuestro Santo dedicado á su nombre. El R. P. José Sanchez, que era general de la Merced por los años de 1670 y después fue obispo de Segorbe, obtuvo del papa Clemente X la confirmacion del culto público que se daba á nuestro Santo. En 28 de junio de 1673 á instancias del general Pedro de Salazar, concedió á la Órden de Nuestra Señora de la Merced que celebrase fiesta á nuestro Santo con misa y rezo propio de mártir pontífice. El mismo concedió la extension de su culto á las iglesias de Granada, Valencia y Jaen, y últimamente á la de Toledo.

Con el tiempo el santo cuerpo fue trasladado á la ciudad de Baeza, donde continúa Dios en honrar las sagradas reliquias con gran número de milagros. Porque la muerte del santo Mártir sucedió el dia 6 de enero, en que se celebra la fiesta de la Epifanía, el papa Clemente X fijó la de san Pedro Pascual al dia 24 de octubre, en que se hizo la traslacion de sus reliquias.

Además del libro contra la secta de Mahoma y de la Biblia parva, escribió san Pedro Pascual una glosa del Padre nuestro, una explicacion de los diez Mandamientos, en que satisface á los argumentos que le habian hecho los judíos, é impugna las respuestas que ellos y

los moros habian dado á los suyos. Otro libro escribió contra los que dicen que hay *fados* (*hados*) venturas, horas menguadas, signos, planetas en que nacen los hombres, necesitándoles la libertad. Estos libros están en la Biblioteca de San Lorenzo el Real. Siendo maestro del infante de Aragon, compuso en latin un tratado de la educacion cristiana de los príncipes; siendo gobernador del arzobispado de Toledo otro de las obligaciones de los párrocos en órden á la enseñanza de los fieles y doctrinas para el cumplimiento de ellas. En la Biblia parva prometió escribir la vida de san Silvestre, y en ella referir los milagros que habia obrado Nuestro Señor Jesucristo por la cruz en que padeció. Esta Biblia se imprimió en Barcelona el año 1492.

SAN RAFAEL, ARCÁNGEL.

La gratitud que exigen de los españoles tan repetidos beneficios como han recibido del arcángel san Rafael, ha movido á toda la Iglesia de España á dedicarle una fiesta particular en que se celebre su memoria. No satisfecha con las celebridades que se tributan á todos los Ángeles custodios en comun, y á los arcángeles san Gabriel y san Miguel en particular, quiso celebrar la memoria de san Rafael, separada de los demás, para manifestar la obligacion en que le está por las gracias recibidas, y al mismo tiempo excitar en los fieles una particular devocion hácia este santo Arcángel. Su beneficencia para con los hombres consta de las sagradas letras por testimonios tan auténticos, y al mismo tiempo tan maravillosos, que su noticia llena de satisfaccion el pecho, y recrea el alma con una divertida é instructiva leyenda. De ella consta todo cuanto se sabe de san Rafael, y de la misma resultan documentos morales tan provechosos para arreglar la vida, que merece una particular relacion, y que el cristiano la medite de continuo; con cuyo fin se inserta aquí.

Refiérese en el libro de Tobías que este santo Patriarca de la tribu de Néftali era tan piadoso y temeroso de Dios, que no habia obra virtuosa en que no se emplease. Llevaban con preferencia su atencion las obras de misericordia, y entre ellas la de enterrar á los muertos. Igualmente se ejercitaba en dar limosna; tanto, que entre todas las obras de caridad esta era su predilecta, atribuyéndola con razon un poder maravilloso para preservar del pecado y para alcanzar la misericordia. Dios permitió á este santo varon varias aflicciones y trabajos para dar en él al mundo una prueba de resignacion y de paciencia, y hacer ver los maravillosos efectos que produce su divina gracia en los que corresponden á sus inspiraciones. Hiciéronle cau-

tivo en tiempo de Salmanasar, rey de los asirios; perdió toda su hacienda, y fue mandado matar por el rey Senacherib, por causa de que persiguiendo este impío á los israelitas, y mandándoles quitar la vida, tuvo noticia de que Tobías, en compañía de su mujer y de su hijo, recogia los cadáveres y les daba sepultura. De este peligro se libertó con la fuga, teniendo que estar escondido en un lugar tan estrecho, que no le permitia vestido. Siguiendo con sus obras piadosas sucedió cierto dia que volviendo á su casa fatigado del trabajo de enterrar muertos, se echó á descansar junto á una pared, y cayéndole sobre los ojos la inmundicia de un nido de golondrinas, le dejó perfectamente ciego. Llevó con paciencia este trabajo, que no le era tan sensible como los que le ocasionaba su mujer y sus amigos. Estos le echaban en cara el ningun fruto que habia sacado de sus decantadas obras de piedad; pues cuando esperaba que Dios se las premiase con beneficios, se habia visto en peligro de perder la vida, y á la sazon se hallaba pobre y ciego. Unas reconvenciones tan mezcladas de blasfemia no podian menos de contristar á un hombre tan piadoso. Derramaba lágrimas en presencia del Señor, y con oraciones sumamente encarecidas le pedia se dignase darle consuelo y remedio en tantos males.

En el mismo dia en que Tobías sumamente afligido hacia esta oracion, dirigia á Dios las suyas una doncella por nombre Sara, hija de Ragüel, vecino de Rages, ciudad de los medos. Esta santa doncella habia sido casada sucesivamente con siete maridos, y á todos ellos les habia quitado la vida en la misma noche de las bodas un demonio llamado Asmodeo. Reprendió á una de sus criadas por un descuido que habia tenido, y la criada llena de ira y enojo echó á su ama en cara aquellas desgracias atribuyéndoselas á ella, y llamándola mata maridos. Este baldon la acongojó de tal modo, que retirada á un lugar oculto de su casa, se mantuvo por espacio de tres dias y tres noches sin comer ni beber, pidiendo á Dios con muchas lágrimas y con oracion muy encarecida que la quitase aquel improperio, ó la sacase de esta vida. El Señor oyó las oraciones de Tobías y de Sara, y determinó enviar á su Ángel san Rafael para curar á los dos, por cuanto las oraciones de ambos habian sido presentadas á un mismo tiempo. Pensaba Tobías que en virtud de su oracion se dignaria Dios sacarle de los trabajos de la vida, y así llamó á su hijo para bendecirle y darle las últimas instrucciones como acostumbraban los Patriarcas. Estas fueron tan santas, que merecen copiarse á la letra. Cuando le tuvo en su presencia, le dijo de esta manera: *Oye, hijo mio, las palabras de mi boca, y consérvalas en tu corazon como fundamento de toda*

tu conducta. Cuando Dios haya recibido mi alma, entiérra mi cuerpo, y honra á tu madre mientras viva, porque debes tener presente cuántos y cuán grandes peligros ha padecido por causa tuya: y cuando muera, ten cuidado de sepultarla junto á mí. Todos los dias de tu vida has de tener á Dios presente, y guárdate de consentir alguna vez en pecado, ni de quebrantar algun precepto de nuestro Dios y Señor. Haz limosna de tu hacienda, y no apartes los ojos de ningun pobre, porque de esta manera tampoco Dios apartará los suyos de tí. Sé misericordioso, segun te permitan tus circunstancias; si tuvieres mucho, da mucho; y si poco, haz tambien con gusto limosna de lo poco. De este modo te atesoras un buen premio para el dia de la necesidad, porque la limosna liberta de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que vaya el alma á las tinieblas. La limosna dará una gran confianza á todos los que la hacen delante del sumo Dios. Guárdate, hijo mio, de toda fornicacion, y jamás intentes conocer otra que tu mujer. Nunca permitas que domine la soberbia en tus pensamientos ni palabras, porque ella fue el principio de toda la perdicion. Paga el salario inmediatamente á aquel que trabaje para tí alguna cosa; y por ningun acontecimiento retengas en tí el estipendio del que te sirve. Lo que no quieras que se haga contigo, ten cuidado de no hacerlo tú jamás con otro. Reparte tu pan con los que tienen hambre y los menesterosos, y cubre con tus vestidos á los que veas desnudos. Sobre la sepultura del justo pon vino y pan, pero no comas ni bebas de él en compañía de los pecadores; pide siempre consejo á aquel que sea sabio; bendice siempre á Dios, y pídele que dirija tus caminos, y que no se aparten de él tus consejos. Tambien te advierto, hijo, que siendo tú niño, dí diez talentos de plata prestados á Gabelo, natural de Rages, ciudad de los medos, de lo cual conservo recibo; y así, mira cómo has de ir allá para recibir la dicha cantidad de plata, y restituirle su caucion. No temas, hijo mio: á la verdad pasamos una vida pobre; pero tendrémos muchos bienes si temiéremos á Dios, y nos apartáremos del pecado, é hiciéremos el bien.

Las últimas palabras del anciano, relativas á la deuda de Gabelo, pusieron al jóven en cuidado, y así representó á su padre que seria dificultoso cobrar aquella cantidad, porque ni él conocia á Gabelo, ni Gabelo á él, ni tenia quien le dirigiese á su pueblo. Consolóle su padre, y le mandó salir á buscar á un caminante que le dirigiese á Rages, que fuese bueno y fiel para hacer la dicha cobranza. Obedeció Tobías el mozo, y habiendo salido de su casa, encontró un gallardo jóven, ceñido ya y dispuesto para viajar. Saludóle Tobías, y le preguntó de dónde era, y si sabia los caminos de la provincia de los me-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

dos, ignorando que aquel con quien hablaba era el ángel de Dios san Rafael, que habia sido enviado para curar á Sara y llenar de bendiciones la casa de Tobías. A estas preguntas satisfizo Rafael, certificando que sabia todos los caminos de los medos, y que habia estado con Gabelo, señalando el lugar de su morada. Luego que Tobías oyó noticias tan favorables á su intento, suplicó al Arcángel que esperase un momento mientras daba cuenta de ello á su padre. Este le mandó venir á su presencia, y habiendo precedido las mutuas salutaciones en que Tobías manifestó gran tristeza por la ceguera que padecia, y san Rafael le consoló, asegurándole que dentro de poco el Señor le daria remedio á su ceguera, se trató del viaje proyectado. El anciano Tobías hizo al Arcángel todas las preguntas á que le estimulaba el amor que tenia á su hijo y el deseo de su seguridad; pero habiendo quedado perfectamente satisfecho con las respuestas del Arcángel, se dispuso todo lo necesario, y se pusieron en camino. Luego que el jóven Tobías se hubo ausentado, comenzó á llorar su madre y á hacer sentidas exclamaciones, diciendo á su marido que hubiera sido mejor que jamás hubiese existido semejante dinero, que haber expuesto á su hijo á los trabajos y peligros de un camino tan largo. Tobías, lleno de confianza en Dios, y presintiendo en cierta manera todos los efectos de su misericordia, la consoló, certificándola de que volveria á ver á su hijo salvo y sano; porque, segun creia, el Ángel bueno de Dios iba en compañía de su hijo, y lo dispondria todo de un modo favorable y tan bien, que volviese á su presencia lleno de regocijo y alegría.

Salió, pues, el jóven Tobías en compañía del arcángel san Rafael á la expedicion proyectada, llevando consigo un perro, fiel compañero de los trabajos del hombre. A la primera jornada hicieron mansion á las orillas del rio Tigris, y viendo Tobías la oportunidad, se puso á lavar los piés. Cuando estaba en esta operacion, hé aquí que un pez monstruoso por su magnitud y su figura salió del rio, y acometió á Tobías en ademan de devorarle. Espantóse el jóven, y dió voces; pero el Arcángel le mandó que se abrazase con el pez, y le sacase fuera del agua. Obedeció, é inmediatamente el pez comenzó á palpitar á sus piés conforme iba perdiendo la vida. Mandóle el Arcángel que le abriese y le sacase el corazon, la hiel y el hígado, y lo guardase para hacer uso de ello á su tiempo. Lo demás del pez lo salaron y reservaron para el camino, habiendo comido lo que su necesidad les pedia. Prosiguiendo nuevamente su viaje, entró Tobías en la curiosidad de saber para qué efecto habia reservado aquellas tres

partes de las entrañas del pez. Satisfízole el Ángel, diciendo: *Que quemando una parte del corazon, servia su humo para ahuyentar todo género de demonios de los miserables que estaban obsesos, y que la hiel tenia virtud para curar los ojos de los que tenian cataratas.* Cuando iban en esta conversacion, se habian adelantado ya bastante, y le preguntó Tobías al Arcángel á dónde le parecia que fuesen á tomar posada. El Árcángel que vió estaban ya cerca de la casa de Ragüel, en donde habia de manifestar el objeto principal á que habia sido enviado de Dios, respondió al jóven: *Aquí cerca vive Ragüel, pariente tuyo, el cual tiene una hija única llamada Sara, y quisiera que la pidieras para esposa, y de este modo te harias dueño de todas las haciendas de sus padres, que son inmensas.*— De muy buena gana lo haria, respondió Tobías; pero he oido decir que ha estado casada con siete maridos, y que en la noche de las bodas el demonio les quitó la vida. Sentiria que me sucediese á mí otro tanto, porque seria sumo el dolor que causase á mis padres mi desgracia.— *No temas,* le dijo san Rafael, *porque el demonio no tiene potestad sino en aquellos que contraen el matrimonio, no por agradar á Dios y cumplir sus santas ordenaciones, sino para entregarse á los excesos de su lujuria, como el caballo y el mulo que carecen de racionalidad. No así tú; sino que en recibiéndola por esposa, te contendrás por tres noches, y en ellas te emplearás en su compañía en el ejercicio de la oracion. Y en la primera noche quemarás un pedazo del corazon del pez, y el demonio será ahuyentado. De este modo serás salvo de todos los males, y serás participante en tus hijos de las bendiciones hechas á Abraham.*

No tuvo que replicar Tobías, y así se fueron á casa de Ragüel, el cual apenas supo que era su sobrino, le abrazó, é hizo todas las demostraciones de alegría y agasajo. Pero luego que vió que le pedia á su hija por esposa, se contristó sumamente, temiendo que tendria la misma suerte que habian tenido los otros infelices. Persuadióle lo contrario san Rafael, y sus persuasiones tuvieron tal efecto, que Ragüel quedó enteramente persuadido. Celebróse el matrimonio con grandes banquetes, y venida la noche, introdujeron á Tobías y Sara en el aposento que les estaba preparado. Sosegadas todas las cosas, y persuadido Ragüel á que Tobías estaria ya muerto como los otros siete maridos de Sara, llamó á sus criados á eso de media noche, y les mandó que hiciesen la sepultura para enterrar en ella á Tobías antes del amanecer, caso que hubiese muerto. Pero acordándose el santo jóven de las instrucciones del Arcángel, sacó de su repostero un pedazo del corazon del pez, y le puso sobre unas brasas encendidas en su apo-

sento. Entonces el arcángel san Rafael cogió al demonio, y atándole, le dejó preso en el desierto del alto Egipto. Tobías por su parte persuadió á su esposa á pasar la noche en oracion, en lo que ella convino gustosamente, y de todo resultó el efecto deseado; porque habiendo persuadido Ragüel á su mujer Ana que enviase secretamente una de sus criadas al aposento de Sara para averiguar lo que habia sucedido, esta volvió alegre con la feliz noticia de que los esposos estaban durmiendo sin la menor novedad. Volvieron á tapar la sepultura, y á la mañana se dispuso un gran convite, é hizo Ragüel á Tobías una escritura de la mitad de lo que poseia, que lo daba en dote á su hija por entonces, declarando al mismo tiempo que la otra mitad le habia de pertenecer tambien despues de su muerte.

La satisfaccion y la alegría eran en todos las mayores que se podian apetecer. Ragüel y Ana rebosaban de gozo viendo á su hija libre ya de la tiranía del demonio, y casada con un primo suyo de tan santas costumbres como su padre. Tobías y Sara por su parte tenian todo el gusto que les cabe justamente á los recien desposados, y además de esto, el gozo que veian en sus ancianos padres; y el Arcángel, finalmente, como autor que era de tantas felicidades, entraba á la parte en las comunes alegrías. Para celebrarlas con todo el espacio y solemnidad que el caso merecia, dispuso Ragüel que Tobías permaneciese en su casa por espacio de dos semanas. Contristar á su suegro, negándole una peticion tan justa, no cabia en su corazon; por otra parte preveia que si tardaban mas tiempo del que tenian consentido sus padres, creerian que le habia sucedido alguna desgracia, y podia costarles la vida. Llamó, pues, al Arcángel, y le rogó, que tomando lo necesario para el viaje, fuese á hacer la cobranza de la deuda de Gabelo. Convino el arcángel san Rafael en la propuesta; marchó á Rages, hizo su cobranza, dió parte á Gabelo de lo que pasaba con el jóven Tobías, y se le trajo consigo á la casa de Ragüel para que fuese participante de la alegría de todos. Entre tanto, habiendo pasado el dia fijo en que Tobías debia llegar á su casa, sus padres, y principalmente su madre se deshacian en lágrimas, temiendo no le hubiese sucedido algun infortunio. Lloraba Ana inconsolablemente y en el extremo de su dolor decia: «¡Ay, ay hijo mio! luz de nuestros ojos, «báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida y esperanza de «nuestra posteridad, ¿para qué te enviaríamos á un viaje tan largo? «¡Oh! teniendo en tí solo nuestro bien y todo nuestro consuelo, no «debíamos haber permitido que te separases de nosotros.» Tobías la consolaba con cuantas razones se podian imaginar, y principalmente

proponiéndola la bondad y fidelidad de aquel varon, en cuya compañía le habia enviado. Pero Ana no recibia consuelo alguno; lloraba sin cesar, salia á los caminos, se subia á los lugares mas elevados para ver si desde allí podia descubrir á su hijo. Este, que conocia bien el cuidado en que estarian sus padres, sin embargo de las muchas instancias que le hizo su suegro para que permaneciese mas tiempo en su compañía, determinó ponerse en camino. Ragüel, viendo su resolucion, y que no habia modo ni medio de apartarle de ella, le entregó la mitad de su hacienda en dinero, ganado y alhajas, y asimismo á su hija Sara con grande acompañamiento de criados y criadas, y habiéndose despedido con muchas lágrimas, abrazos y ternura, los dejaron ir.

El ángel san Rafael, que atendia á todo, y que conocia la amargura y afliccion en que estarian Tobías el anciano y su mujer, persuadió al jóven después de haber andado un trozo de camino, que se adelantasen los dos á marchas forzadas para no hacer mayor y mas prolongada la pena de sus padres, sino antes bien anticiparles lo mas que fuese posible la noticia de tantas dichas. Hiciéronlo así, y al tiempo de marchar dijo san Rafael á Tobías: *Lleva contigo algun tanto de la hiel del pez, porque será necesario dentro de poco.* Ana, la madre de Tobías, estaba segun su costumbre en la cumbre de un monte avizorando si venia su hijo, cuando hé aquí que le descubrió á lo léjos, y corriendo exhalada, avisó de ello á su marido. El perro que habia ido con el jóven Tobías se adelantó igualmente, y con sus halagos manifestaba que ya su amo venia cerca. Llegó finalmente el jóven en compañía de san Rafael, y sintiéndole su padre, se levantó con presteza, y tropezando y cayendo, como suele decirse, echó á correr para abrazar á su hijo. Los abrazos, las lágrimas, la alegría y el regocijo fueron recíprocos y extraordinarios. Dieron gracias á Dios y le adoraron; y tomando el jóven Tobías de la hiel del pez, como san Rafael se lo tenia prevenido, untó á su padre en los ojos, é inmediatamente se le cayeron de ellos como unas escamas, y se le quedó la vista clara y perfecta. Bendijo á Dios el anciano y todos cuantos le conocian, y multiplicóse su gozo cuando de allí á siete dias vió entrar por las puertas de su casa á la hermosa Sara con tan grande comitiva de criadas y criados, y al mismo tiempo tanta riqueza. Celebróse esta felicidad por siete dias continuos, en los cuales se celebraron grandes banquetes, y llegó la alegría no solo á los amigos y parientes, sino á los mas apartados.

Sosegados los primeros movimientos del regocijo, y conociendo el

anciano Tobías qué todo aquel cúmulo de bienes les habia venido por san Rafael, llamó aparte á su hijo, y le dijo: *¿Con qué podrémos agradecer, hijo mio, los bienes que te ha hecho este buen jóven que ha ido y ha venido contigo?* A lo cual respondió Tobías: *Padre, yo no sé qué premio se le pueda dar que manifieste bien nuestro agradecimiento, y sea digna recompensa de las mercedes que de él tenemos recibidas. A mí me llevó y me trajo sano; él cobró la deuda de Gabelo; él hizo que Sara fuese mi esposa, y ahuyentó de ella el demonio: él llenó de alegría el corazon y la casa de sus padres; yo le soy deudor de la vida, pues me libertó del pez que iba ya á devorarme; á tí tambien te ha restituido la vista, haciendo que veas la luz del cielo; en una palabra, él nos ha colmado de todos los bienes y felicidades. Suplicadle, pues, padre mio, que se digne recibir siquiera la mitad de todo cuanto hemos traido.* Este consejo y parecer de Tobías el jóven halló toda la aceptacion que merecia en su anciano padre, y llamando aparte al arcángel san Rafael, el padre y el hijo le comenzaron á suplicar con el mayor encarecimiento que en recompensa de los grandes favores que les habia hecho, se dignase aceptar la mitad de cuantos bienes habian traido. Entonces san Rafael, encargándoles el secreto, les dijo de esta manera: *Bendecid á Dios del cielo, y dadle gracias delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de su misericordia.* Añadió á estas otras palabras y sentencias que contienen documentos muy importantes para la vida espiritual, que se contienen en la epístola de este dia. Hasta aquel punto les habia ocultado su verdadero nombre y persona; pues cuando Tobías le preguntó quién era, le respondió el Arcángel *que era Azarías, hijo de Ananías el grande, porque á la verdad el cuerpo aéreo que habia tomado para ejecutar los oficios referidos era parecido al de Azarías.* Pero ya estando para partirse al que le habia enviado, juzgó debido descubrirles todo el secreto, y así concluyó su razonamiento, diciendo: *Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor.* Al oir esto los dos Tobías se turbaron, y llenos de temblor cayeron boca abajo sobre la tierra. Entonces les dijo san Rafael: *La paz sea con vosotros, no temais, porque cuando yo estaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios; bendecidle y cantad sus alabanzas. A la verdad, parecia que yo comiese y bebiese con vosotros; pero yo me sirvo de una comida invisible y de una bebida que no está sujeta á la vista de los hombres. Ya, pues, es tiempo de que me vuelva al que me envió; vosotros bendecid á Dios, y contad todas sus maravillas.* Dicho esto desapareció delante de sus ojos, y no pudieron volverle á ver mas. Entonces, atónitos al ver las misericordias de Dios, se postraron boca

abajo por espacio de tres horas, bendiciendo á Dios que tanto les favorecia. Levantáronse después, y dieron cuenta á la gran comitiva de lo que les habia pasado, y de como aquel jóven, que tantos beneficios les habia hecho, era el ángel san Rafael, uno de los primeros espíritus que hay en el cielo. Dieron todos gracias á Dios, que por medio de su Ángel habia derramado tantas bendiciones en la casa del justo Tobías.

En esta historia se comprende todo cuanto se sabe de san Rafael, y al mismo tiempo se insinúan los motivos que ha tenido la Iglesia de España para celebrar su memoria con una fiesta particular, distinta de la de los demás Ángeles. Cuando se ha tratado de la custodia que hacen estos á los hombres en la festividad del Ángel custodio, que se celebra el dia 2 de octubre en toda la Iglesia, se ha dicho lo suficiente para entender la naturaleza y oficios de los espíritus celestiales. Cuanto se contiene en las sagradas Letras, y lo mas principal en que convienen los Padres, está allí dicho, y seria inútil repetir aquí una doctrina que puede verse en aquel dia; pero san Rafael tiene sobre los demás Ángeles la particularidad de ser destinado por Dios para cuidar de la salud de los hombres. Este oficio se ve claramente en toda su historia, reducida principalmente á dos hechos, que fueron curar á Sara de la opresion del demonio, y á Tobías de la ceguera. Esto mismo reconoce la Iglesia de España, dándole en el oficio eclesiástico el título de médico de nuestra salud; y esto, finalmente, testifica el nombre del mismo Arcángel, pues Rafael quiere decir medicina de Dios. Así lo han reconocido la mayor parte de las iglesias y ciudades de España en los casos mas apurados de pestes y mortandad; y cuando faltase todo otro testimonio, bastaria para persuadir á los españoles su singular proteccion, dos mayores de toda excepcion, y comprobados por una multitud de pueblo inmenso que los asegura. El primero es de la religion de san Juan de Dios, cuyos hospitales están bajo la proteccion y tutela de san Rafael arcángel; y aunque á la exacta observancia de un instituto tan evangélico y tan provechoso á la sociedad puede atribuirse la curiosidad, la limpieza y la exencion de contagio que aparecen en los hospitales de esta religion sagrada; sin embargo, los mismos religiosos, haciendo sacrificio á la verdad de su propio interés, confiesan que el patrocinio de san Rafael arcángel tiene la mayor parte en estos beneficios; y en reconocimiento de esta verdad en todos sus conventos le celebran fiesta y devotos novenarios, protestando su piedad y reconocimiento, y excitando á iguales sentimientos á los fieles. El segundo testimonio es de la ciudad de Córdoba,

cuya iglesia se cree de las primeras de la cristiandad en celebrar la fiesta de san Rafael. El Arcángel es patrono de la ciudad, y esta ha reconocido siempre su proteccion en tantos casos, que de ellos solos pudiera formarse una historia. El magnífico triunfo dedicado al santo Arcángel, en cuya cima está su estatua, obra magnífica y costosa por la materia, y excelente por el artificio, es la prueba mas convincente de la obligacion en que están al santo Arcángel los cordobeses, puesto que tan costosamente explican su gratitud. Es tradicion entre ellos que en el recinto de la ciudad no puede caer rayo ni centella, en virtud del patrocinio de san Rafael, que tiene dada palabra de libertarla de estos males. La experiencia de tantos siglos acredita que no es una tradicion vana; porque se necesita cerrar los ojos de la razon, y hacerse desentendido de las reglas de buena crítica para atribuir este hecho á pura casualidad. Como quiera que sea, lo dicho hasta aquí es suficiente para conocer los poderosos motivos con que la Iglesia de España celebra esta festividad, y asimismo los que tienen todos los fieles para esperar prudentemente que en sus enfermedades les favorezca el santo Arcángel, y en esta confianza implorar con humildad y devocion su patrocinio.

SAN BERNARDO CALVÓ, OBISPO DE VICH.

San Bernardo Calvó, decoroso ornamento de la reforma del Cister, uno de los prelados mas ilustres que han brillado en la Iglesia de España, nació en una casa de campo de la parroquia de Villaseca en el arzobispado de Tarragona, llamada el Mas Calvó, de la cual tomó el sobrenombre del Calvó ó Calvon. Desde muy niño manifestó indicios nada equívocos de la eminente santidad á que llegó con el tiempo, porque se manifestaba muy amigo de servir á Dios y muy aficionado á la virtud. Dedicóse á las letras; y siempre que habia de estudiar se ponia antes en oracion, rogando á Dios que le alumbrase, y enseñase doctrina del cielo: por este medio adquirió altísimo conocimiento de la cristiana teología. Esta facultad la estudió en Lérida, cuya escuela quedó honrada y edificada con tan digno alumno. Acabada la carrera de los estudios, con aplauso universal, solicitáronle varios prelados eclesiásticos, para honrar á sus iglesias con un sugeto de tan eminentes virtudes y de tan grande sabiduría; pero despreciando el devoto jóven todos los honores y todas las dignidades de este mundo, solo deseaba ocuparse en el negocio importante de su eterna salvacion en alguno de los claustros religiosos. Puso los ojos en el monasterio de Santas Cruces de la reforma del Cister, y pidió

al abad con humildes ruegos, que le admitiese entre los individuos de aquella ilustre comunidad. Queriendo el abad probar la vocacion del pretendiente, le respondió que esperase cuarenta dias, y después de ellos le volveria respuesta. Pasó este tiempo el siervo de Dios en fervorosa oracion y en rigurosos ayunos, distribuyendo entre los pobres de Jesucristo todo cuanto tenia, que no debia ser mucho, siendo pobre estudiante; y reiterando sus súplicas al mismo prelado, acabados los cuarenta dias, díjole el abad que tuviese paciencia hasta la Pascua del Espíritu Santo, cuya festividad estaba próxima, y que entre tanto encomendase su negocio á Dios suplicándole que se dignase asistir á la recepcion de aquel santo hábito. El siervo de Dios lo hizo tan de veras, que ayunó siete dias sin tomar otro alimento que un poco de pan y de agua. Vino la festividad de Pentecostes, y el abad le dió el hábito.

Si fue grande el gozo que Bernardo tuvo, habiendo alcanzado lo que tanto deseaba, no fue menor el sentimiento de sus parientes cuando supieron su determinacion. Durante el año de noviciado se valieron de cuantos artificios pudo sugerirles el amor y la industria, á fin de obligarle á dejar el hábito que vestia: emplearon ruegos, razones, reflexiones, lisonjas, y aun amenazas para arrancarle la vocacion. Pero conociendo el devoto jóven que solo el Señor seria el que pudiera librarlo de un combate tan violento, les pidió últimamente que pensasen en ello tres dias, y en este tiempo rogasen á Dios que les diese á conocer su divina voluntad. Despedidos sus parientes, pasó Bernardo este tiempo en fervorosa oracion, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor que iluminase á sus deudos para que no le molestasen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, trastornó el cielo el corazon de sus deudos de suerte que volviendo arrepentidos al monasterio, pidieron perdon á Dios arrodillados ante el abad en presencia del siervo de Dios, por su imprudente solicitud.

Acabado el año de noviciado hizo Fr. Bernardo profesion con gran contento suyo; y queriendo mostrarse agradecido á un favor tan singular, hizo empeño de portarse en adelante con toda la perfeccion que exigia la reforma del Cister, lo que consiguió á expensas de su infatigable anhelo en adquirir todas las virtudes religiosas: su vida era un ejemplar de penitencia, de obediencia, de castidad y de todas las demás virtudes. No por esto dejó el estudio de las letras sagradas con el fin de ser útil á la Iglesia, para lo cual se dedicó con un ardoroso celo al ministerio de la predicacion, y logró para Dios maravillosas

conversiones de pecadores arrepentidos, sin que hubiese alguno tan obstinado, que se pudiese resistir al fuego de amor divino que el ilustre misionero comunicaba á sus oyentes.

Murió el abad del monasterio de Santas Cruces, y como las eminentes virtudes de Bernardo eran tan conocidas en la comunidad, toda ella puso en él los ojos para sucesor del difunto. En vano solicitó excusarse por cuantos medios pudo sugerirle su profunda humildad, porque persuadidos los religiosos de la grande utilidad que resultaria á aquella ilustre casa, teniendo por superior á una persona de tanto mérito, insistieron en la eleccion á pesar de la resistencia de Bernardo. Admitió por fin el cargo compelido de la obediencia, pero la nueva dignidad solo sirvió para que mas brillasen sus eminentes virtudes: tan humilde, tan mortificado y tan exacto cuando superior, que cuando novicio y cuando simple religioso. Su fervor y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monjes, los que notando que su santo Padre era el primero que iba delante en todos los ejercicios de la vida regular, se encendieron en vivísimos deseos de imitar sus acciones, para aspirar á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados.

No podia el ardiente celo que tenia Bernardo por la salvacion de las almas estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndolo dotado el Señor de unos talentos extraordinarios y de una poderosísima elocuencia para la predicacion, salia con mucha frecuencia á ilustrar á los pueblos de todo aquel país con la luz de la doctrina evangélica, logrando para Dios innumerables conversiones de personas extraviadas del camino de la salvacion. Tenia el siervo de Dios un rostro hermosísimo, y mirándole con mucha curiosidad ciertas mujeres, comenzaron á elogiar su belleza, admirándose de que tuviese tan blancos y tan iguales los dientes sin la menor diligencia, cuando ellas apenas los podian conservar así con exquisito cuidado. Supo el siervo de Dios por inspiracion divina la vana curiosidad, y eligiendo por tema en uno de sus sermones aquellas expresiones del Evangelio, en que dice Jesucristo: Si tu ojo ó tu pié te escandaliza, córtalo y arrójalo de tí, se quebró con una piedra los dientes á vista del concurso, y tirándolos con generosidad á donde estaban las mujeres, dijo: *Ved, miserables, que la preciosidad de los dientes, y esta hermosura que tanto habeis elogiado, no son otra cosa que huesos pútridos y carne que se ha de convertir en comida de los gusanos en la sepultura: envidiad las cosas espirituales, que son las que condecoran al alma, para que podais merecer la vida eterna, que no se adquiere con la vana y transitoria hermosura del cuerpo.* Sintieron los monjes aquella heróica accion de su

amado Padre, creyendo que con la falta de los dientes no podria hablar con entereza, ni tomar el alimento necesario; pero fue tan al contrario, que aquella falta no le sirvió del menor detrimento ni para las predicaciones, ni para la comida.

Predicando el Santo en el territorio de Lérida, entró en casa de ciertos señores que le convidaron; y leyendo su compañero la santa Escritura al tiempo de comer como tenia de costumbre, cierta calandria ó canario interrumpia la lectura con su canto. Mandóla Bernardo callar en nombre de Jesucristo, y fueron tan eficaces sus palabras, que quedó como muerta en la jaula. Sintiólo mucho la dueña de la casa; pero luego que se acabó de comer, y se concluyó la lectura, dió el siervo de Dios permiso á la avecilla para que cantase, como lo hizo con mas suave armonía que hasta entonces, con admiracion de todos los circunstantes.

Aconteció algun tiempo después que habiendo juntado las mieses en la era junto al mismo edificio, algunos hijos de perdicion deseando poner fuego al convento, y quemar á los monjes su sustento, pusieron fuego en las mieses, el cual se encendió luego causando grande espanto. Avisado el siervo de Dios, vino luego donde estaba el incendio, y viendo el daño inminente, pues el fuego se iba apoderando ya de la sacristía, echó encima de él su santísima veracruz, confiando en el favor de Jesucristo, que en ella nos redimió y libró del infierno, y luego al instante el fuego se mató milagrosamente, quedando las mieses intactas como si tal cosa no hubiera sucedido.

En otra ocasion fué el santo Abad á predicar la cuaresma en el territorio de Lérida, y habiendo acabado su predicacion volvíase á su convento, y cuando estuvo á una legua de la ciudad se desvió del camino, donde se detuvo grande rato. Maravilláronse, pues, los que iban con él de su tardanza; fueron allá, y hallándole arrodillado le preguntaron el motivo. Respondió que en aquella hora habia muerto un religioso de su monasterio, y que entonces los monjes de su convento estaban tambien arrodillados al espirar de dicho religioso añadiendo que habia visto los Ángeles que se llevaban su ánima al cielo con grande alegría. Llegaron por sus jornadas al monasterio, y hallaron ser verdad, que en aquella hora y punto el dicho religioso acabó la vida, y le fue hecha sepultura, como habia dicho en el camino el siervo de Dios.

Habiendo fallecido el obispo de Vich, como las eminentes virtudes del Santo eran tan notorias en todo el principado de Cataluña, fue promovido á aquella cátedra por universal consentimiento de todo el clero y de todo el pueblo. No fue tan fácil la admision en Bernardo

como lo habia sido la eleccion; pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, hasta que recurrieron al Papa en solicitud de su confirmacion y de sus letras apostólicas para obligar al siervo de Dios á que aceptase, lo que hizo por obediencia al Vicario de Jesucristo. No ignoraba el santo Prelado los formidables cargos de la dignidad episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se lo impuso, esperando de su piedad todas las luces necesarias para cumplir fielmente con tan arduo ministerio, se aplicó á desempeñar todos sus deberes con aquella vigilancia y con aquel celo que exige el Apóstol de los perfectos prelados colocados en el candelero de la Iglesia.

Quiso que el ejemplo fuese la leccion mas eficaz que sus palabras; y no embarazándole la obligacion de vivir como obispo á la de vivir como monje, continuó con los mismos ejercicios religiosos que habia observado en el claustro: pero distinguiéndose sobre todo en la pobreza evangélica y en la frugalidad de su mesa, tuvo medios para socorrer á toda clase de necesitados, teniendo en él los pobres, los huérfanos y las viudas un padre, un tutor y un defensor, con cuyos gloriosos títulos le llamaban á boca llena.

Estaba muy reciente en el obispado de Vich la memoria de los moros que ocuparon muchos años aquel terreno; y queriendo el santo Prelado borrar del todo las reliquias que quedaron de los infieles, y dar á un mismo tiempo á sus ovejas la correspondiente instruccion de la doctrina cristiana, visitaba su diócesi de dos en dos años conforme á lo que disponen los sagrados cánones, y era cada visita no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de las costumbres del pueblo; portándose con todos con tanta dulzura, con tanto amor y con tanta benevolencia, que hecho dueño de las voluntades de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y todos le reverenciaban como á santo, correspondiendo el rendimiento de sus órdenes al celo con que las dispensaba; siendo el ángel de la paz en las reñidas contiendas, puesto que el Señor le concedió el don especial de componer discordias.

Tenian por entonces los moros el reino de Valencia; y encendido Bernardo en el mas ardiente celo de dilatar el reino de Jesucristo, exhortó á sus feudatarios y á otros muchos poderosos caballeros cristianos, para que hiciesen guerra á los infieles. Juntó con efecto un valeroso ejército, y dirigiendo por sí la expedicion, conquistó á los árabes muchas villas, castillos y lugares de aquel reino, haciéndole el Señor tanto favor, que siempre que los suyos entraban en batalla, quedaban vencedores y alcanzaban victoria de los moros. Pero bien

entendian todos, que sus victorias las debian mas á las fervorosas oraciones del Santo, que al poder de las armas. Estos lugares que conquistó el santo D. Fr. Bernardo Calvó dió el rey D. Jaime I de Aragon, que entonces reinaba, á su obispado de Vich. Pero después otros reyes les trocaron con laś baronías de Artés, Sellent, y otras, como se ve largamente en los autos del patrimonio del obispado de Vich. Después de estos triunfos volvió á su iglesia, y queriendo el Señor manifestar lo agradable que le habia sido aquel servicio, al llegar como una media legua á Vich, se tocaron por sí mismas las campanas, y se alegró todo el pueblo con la venida de su amado Pastor; cuya señal continuó después no pocas veces cuando regresaba de algunas importantes ausencias.

Salió Bernardo á tranquilizar ciertas reñidas discordias que ocurrieron entre los caballeros y los habitantes de los castillos y los lugares de Urgel y Segarra; y al llegar á un lugar llamado Coll de Malla, se tañeron por sí las campanas como tenian de costumbre. Levantóse un viento furioso que turbó con el polvo todo el camino, é impacientándose el Santo contra el elemento, dejaron de tocar las campanas. Conoció Bernardo que habia ofendido á Dios con aquella impaciencia, y compungiéndose hasta lo sumo, determinó dar al Señor satisfaccion por medio de la mas severa penitencia. Nombró un vicario general para que gobernase su iglesia, y no contento con las asombrosas mortificaciones y con los rigorosos ayunos con que castigaba su inocente cuerpo, se ciñó con un cinto de hierro áspero y pesado, resuelto á no quitárselo en el resto de su vida. En este estado determinó partir á Valencia á predicar la fe á los moros, ansioso de padecer martirio: y habiéndose embarcado en una nave que estaba para hacerse á la vela, luego que estuvo en alta mar se levantó una borrasca tan deshecha, que no pudiendo los navegantes gobernar la nave por haber roto la furia de los vientos el árbol y las velas, se vieron todos en inminente peligro de naufragar irremisiblemente. Púsose en oracion Bernardo, pidiendo á Dios que salvase á tantos inocentes, puesto que solo él era el pecador; y oidas sus reverentes súplicas, se quedó el mar tranquilo y sereno. Agradecido el Santo á este singular favor, quiso acrecentar su mortificacion, y oprimiéndose mas el cinto de hierro que llevaba, le cerró con la llave, y la arrojó al mar para no tener á la mano el instrumento con que aliviar semejante penalidad.

Viendo Bernardo que no tuvo efecto su viaje á Valencia, rogó á los marineros que le condujesen á las islas de Mallorca y de Menorca,

tambien ocupadas por los moros, para satisfacer sus deseos; pero habiéndole respondido que no podian dirigir la nave donde quisiesen por estar desmantelada, quedándose estos dormidos por la noche cansados de la tormenta pasada, se puso solo el Santo en oracion, pidiendo á Dios que los llevase á puerto seguro. No faltó el Señor á su fidelísimo siervo, y levantándose un viento rápido pero suave, por la mañana se hallaron todos en Barcelona. Fuése Bernardo á uno de los monasterios fuera de la ciudad, el cual, segun parece, era San Cucufate del Vallés, ó tal vez el de la Cartuja, donde dió gracias al Señor, rogándole que encaminase sus intentos á su servicio. El miércoles siguiente á su llegada, el convento hizo provision de pescado, y paseando el santo Obispo por el monasterio, vió al cocinero que aparejaba la comida, y desentrañando un pescado grande, halló dentro de él una llave. El devoto Prelado conoció luego que era la llave de su penoso cinto que él habia echado en el mar; y tomándola fué luego á la iglesia delante del santísimo Sacramento, donde dió gracias á Dios por la merced. Conoció tambien con aquello que Dios por su misericordia le habia perdonado su pecado; y considerando por todos los portentosos sucesos que le ocurrieron, que el Señor queria que volviese á su iglesia, se puso en camino para Vich. Tocáronse las campanas como solian antes de llegar al pueblo, y conociendo los ciudadanos por esta señal que no estaba muy distante el santo Prelado, salieron á recibirle en procesion, ansiosos de ver al que esperaban con entrañables deseos.

Comenzó Bernardo con nuevo fervor y con nuevo aliento á ejercer todas las funciones de su ministerio episcopal, y queriendo Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo, la hizo demostrable con repetidos milagros. En el año siguiente de su llegada á Vich se helaron enteramente las viñas, á fuerza de los crudos hielos que ocurrieron en el país, y habiendo ordenado el Santo á su mayordomo por el mes de setiembre, que dispusiese los vasos de su bodega para recoger la cosecha, le respondió este que era ociosa la prevencion por no haberla. Mandóle el siervo de Dios que trajese las uvas que encontrase en las viñas, en las que solo hubo tres racimos, y echando sobre ellos su bendicion, ordenó al mayordomo que los exprimiese en las vasijas, las cuales se hallaron llenas de vino mas superior que el de los años precedentes. Dispuso el venerable Prelado que se distribuyese diariamente en el pueblo; y continuando el Señor sus prodigios, en lugar de disminuirse crecia el vino milagrosamente con admiracion de todos cuantos llegaron á saber tan extraor-

dinaria maravilla. Igual prodigio obró en otro año de tanta escasez de lluvias, que no se cogió cosa alguna en el territorio de Vich. Dió órden el santo Prelado en vista de la necesidad, que se recogiese en su palacio todo el trigo de diezmos que tenia en las paneras de su diócesi; hízolo moler para repartirlo entre los pobres, y distribuyéndolo diariamente por sí mismo, después de celebrar el santo sacrificio de la misa, siempre sobraba pan con abundancia, aunque fuese inmenso el número de los necesitados, por lo que entendieron claramente todos que era la mano poderosa de Dios la que lo multiplicaba por los méritos de su amado siervo.

Otros muchos y grandes milagros obró el bienaventurado obispo Fr. Bernardo, porque muchos ciegos por sus oraciones cobraban vista, los sordos el oido, los cojos el caminar, los tullidos se valian de sus miembros, y á todos exhortaba que dejasen el pecado y perseverasen en la virtud, que Dios omnipotente en semejantes casos era todo misericordia. Nunca cesaba cuando tenia oportunidad de predicar, y era muy prudente y severo en extirpar los vicios públicos. Dedicábase frecuentemente á la administracion del sacramento de la Penitencia, y rogaba con grande amor y caridad á sus clérigos que se empleasen en esto, y que para ello se preparasen con oracion y doctrina, y que sin la oracion no se pusiesen en el confesonario.

Asi vivió este dichoso Prelado lo que le quedaba de vida con gran santidad. Enfermó, y entendiendo que se despedia de este mundo miserable, hízose traer los salmos penitenciales, y los dijo con grande contemplacion, exhortando á todos los suyos á que hiciesen penitencia: así se preparó para morir en el ósculo del Señor después de haber recibido los últimos Sacramentos. Fue su dichoso tránsito á 26 de octubre del año 1243, reinando en el principado de Cataluña el serenísimo príncipe D. Jaime I de este nombre. Fue grande la pena y tristeza que tuvieron de su muerte no solo el clero de Vich, sino tambien los ciudadanos y todo su obispado por lo mucho que le querian. Estuvieron ocho dias sin enterrarle, y en todo este tiempo nunca dió de sí mal olor; antes bien si milagros obró Dios nuestro Señor en la vida del Santo por su intercesion, muchos mas obró siendo muerto. Pasados los ocho dias, antes de sepultarle vino gran concurso de gente á verle, y todos los que le tocaban y estaban en necesidad, hallaban remedio. Depositáronle en un magnífico sepulcro de mármol cerca de la pila bautismal de su iglesia, donde es tenido en grande veneracion, y se ha dignado el Señor continuar obrando por la intercesion de su siervo repetidísimos milagros, de los cuales constan jusfificados

ciento cuatro con la simplicidad que acostumbraban los antiguos en la sumaria hecha en el año 1244 por los canónigos de Vich Ramon Cabreta y Ramon de Sala, de comision del obispo de aquella iglesia á instancias de su cabildo. Domenech vió la vida de este siervo de Dios escrita en lengua lemosina por un escritor cercano á aquellos tiempos. Por decreto de la sagrada Congregacion de Ritos de 22 de julio del año 1723 fue concedido al clero secular y regular del obispado de Vich que celebrase la fiesta de san Bernardo el dia 24 de octubre, con rito doble de segunda clase.

SAN MARTIRIAN Ó MARTIRIANO, OBISPO Y MÁRTIR, PATRON DE BAÑOLAS [1].

El glorioso san Martiriano fue italiano, natural de la ciudad de Florencia en Toscana, hijo de padres nobles pero gentiles. Llamábase su padre Zelopo, y su madre Eufragia. En su tierna edad dió señales de lo que habia de ser, porque siendo de nueve años de edad se ocupaba ya en ayunos, oraciones, é iba siempre vestido de cilicio.

Á los doce años se le murieron sus padres, y entrando en la iglesia, un dia oyó aquellas palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, «vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y sígueme;» hízolo así el jóven Martiriano, dando todos sus bienes á los pobres. Acontecio que estando una noche en oracion oyó una voz que le decia: «Marti«riano, si no te bautizas no puedes ser participante de mis bienes.»

Turbóse de semejante voz el mancebo, y levantándose de la oracion, no vió persona alguna. Otra noche le apareció el Ángel del Señor, y le dijo: «Levántate y vete al lugar de Magdale, donde halla«rás un hombre anciano vestido con hábito de religioso, este te dirá «lo que has de hacer.» El bienaventurado mozo se levantó, y fué al lugar indicado por el Ángel, y halló al religioso del modo que se le habia dicho. Era el monje san Frusor, abad del monasterio de aquel lugar, quien habia convertido aquel pueblo á la fe de Jesucristo, y edificado un monasterio á honra y gloria de Dios y de Nuestra Señora. Llegándose Martiriano al santo varon, le dijo: «Padre, entended que «el Ángel del Señor me ha enviado á vos diciéndome que me ense«ñaréis lo que tengo de hacer.»

[1] Domenech en su *Historia de los Santos de Cataluña* dice que sacó esta vida de las lecciones de los maitines del monasterio de San Esteban de Bañolas, de la Orden de San Benito, la cual hemos creido conveniente continuarla aquí integra tal cual la escribió el citado autor, y se lee en su referida historia.

Preguntóle san Frusor acerca de su patria, y si habia recibido el Bautismo. Sabido que no, le catequizó y bautizó; y juntamente le dió el hábito de religioso, el cual recibió Martiriano con alegría. Siendo monje fue tan continuo en la oracion, que no cesaba de dia ni de noche de ocuparse en aquel santo ejercicio.

Tenia bajo de sus piés la soberbia, cualquiera malevolencia y lujuria. Siendo ya de veinte y dos años, fue ordenado de sacerdote, y como mucho tiempo después muriese san Frusor (en cuya muerte, segun se entiende del Leccionario de Bañolas, oyeron los religiosos cánticos, voces y melodías de Ángeles), eligiéronle los mismos monjes por su abad. Y aunque sintió mucho de que echasen mano de él para esta dignidad, hubo de aceptarla, y gobernó aquel monasterio por tiempo de tres años.

Habia en aquellos tiempos una isla apartada del dicho monasterio sesenta y siete millas llamada Albengara, en la cual habitaba cincuenta años hacia, un varon noble y religioso llamado Juncio, que era entonces obispo de aquella isla y de su ciudad, sin haber podido convertir á la fe de Jesucristo mas que cinco hombres y dos mujeres. Entendida por este Prelado la fama de Martiriano, y lo mucho que aborrecia y huia del pecado, envióle á Judáico, diácono suyo, con una carta, en la cual le consoló mucho, y se detuvo por espacio de tres dias su diácono, no estándolo los dos de emplearse en contemplar las grandezas del Señor.

Después Martiriano fué á visitar á san Juncio, el cual holgó tanto de verlo, que de contento se puso á llorar, y estuvieron los dos Santos por tiempo de una hora, que el uno no pudo decir cosa alguna al otro, porque habia tiempo que se deseaban ver, y veian entonces cumplido su deseo. Pasado esto, dijo Martiriano al santo Obispo: «¡Ó «padre santo, el gozo de Dios y de su Madre santísima alegre vuestra ánima y cuerpo!» Y Juncio le dijo: «¡Ó siervo de Dios, que os «deseaba ver tanto para que pudiese contemplar con vos las cosas «divinas, que no me cabe el contento en el pecho!»

Fue tanta la consolacion en el Señor de estos dos bienaventurados varones, que estuvieron por espacio de siete dias y siete noches en coloquios divinos sin acordarse de comer ni beber, porque la virtud de Dios les sustentaba. Pasados los siete dias vino el diácono, y vióles que estaban contemplando, y les dijo: « Ya es hora que comais, «porque siete dias há que no habeis tomado refeccion corporal.» Aparejada la comida, vinieron los Santos á la mesa, y fue traida delante de ellos una mujer endemoniada, para que echasen de ella los de-

monios. Y después de una humilde contienda, en que cada uno quería ver la virtud del otro, dijo san Martiriano: «Hagamos los dos «juntos oracion, para que esta mujer no se pierda, y roguemos to-«dos al Señor por ella.» Haciendo los dos Santos oracion, los demonios dieron gritos, y dijeron: «Martiriano, ¿qué te habemos hecho, «para que de esta manera nos quieras quemar?» Respondióles el Santo: «Yo os mando que salgais del cuerpo de esta mujer, y que «no le hagais daño alguno;» y así lo hicieron sin mas replicar. Después de ocho dias el santo obispo Juncio reveló su muerte á Martiriano, y rogóle que quedase allí hasta que él acabase los dias. Estuvo allí este bienaventurado ocho dias, y san Juncio trocó esta vida mortal con la eterna, y los Ángeles recibieron su santa ánima con grande alegría y contento.

El glorioso san Martiriano tomó el cuerpo del santo Prelado, y enterrólo con muchas lágrimas en un sepulcro de mármol como merecia un siervo de Dios tan grande. Siendo enterrado el santo Obispo tuvieron gran cuestion los circunstantes, quien podia ser suficiente para regir aquel pueblo. Y estando estos en contienda, vino el Ángel con una carta escrita con letras de oro, la cual decia: «El que ha de «suceder en el obispado es Martiriano, amado del Señor, y esto es «lo que manda Dios.» Viendo esto el bienaventurado san Martiriano, aceptó la dignidad de obispo de aquella ciudad.

Aconteció por sucesion de tiempo, que el señor de la isla, llamado Eutropio, tenia una hija que estaba endemoniada, de la cual de ninguna suerte podian echar los demonios. El dicho Príncipe entendiendo la fama del Santo, y como habia curado una mujer que tenia siete demonios, determinó llevarle su hija, para que la sacase de aquellos trabajos. Llegó el Príncipe delante del Santo, y díjole: «Ó siervo de «Dios, si en nombre de Jesucristo, el cual tú predicas y dices que «tiene tanta virtud, echas al demonio del cuerpo de mi hija, yo creeré «en él con toda mi casa.» Entonces san Martiriano dijo á Eutropio: «Si tú crees en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, que «son tres personas y un solo Dios, yo le rogaré que tu hija sea libre «del demonio.» Respondió Eutropio: «Yo creo todo lo que dices.» Entonces el Príncipe hizo juntar todo el pueblo, y san Martiriano delante de la multitud rogó por aquella señora, suplicando al Señor la quisiese librar del demonio, y luego fue curada. El pueblo viendo tan grande maravilla volvióse al Santo, y dijo: «Bendito sois vos, que venís en nombre del Señor;» luego el príncipe Eutropio pidio

el Bautismo, y él le bautizó con todo su pueblo, el cual era de ocho mil hombres sin las mujeres y muchachos.

Estuvo san Martiriano allí por espacio de tres años predicando al pueblo que hiciese penitencia, y enseñándoles las cosas de la fe. Después de los tres años viendo que no podia hacer penitencia, como hacia san Frusor, fuése con un solo criado lector suyo llamado Epimora, y pasó el mar con una nao, y llegando á los desiertos de Egipto, estuvo allí por espacio de tres años, en el cual tiempo no comia sino yerbas, excepto que el Ángel del Señor le llevaba un dia en la semana un pan para él y su criado.

En esta era murió el duque Eutropio, y su hija casó con el señor de Florencia, el cual era hombre inquieto, y habia turbado al pueblo. Este como mal príncipe tenia un ídolo llamado Esteriol, y mandó hacer un pregon por toda la isla, que todos le adorasen, le ofreciesen incienso, y dejasen á Cristo. Fue tan poca la constancia de aquel pueblo en la fe, que todos hicieron lo que les mandó.

Aconteció un dia, que diciendo misa san Martiriano cayóle una gota de sangre sobre la mano derecha, el cual viéndola se espantó mucho, y mirando el cielo vió el Ángel del Señor que le decia: «Ó «Martiriano, siervo de Dios, hágote saber, que el pueblo albenga- «rense ha vuelto á sus errores. Vete allá, porque se te apareja co- «rona de mártir.» Fuése luego Martiriano, y llegando á la ciudad de Albengara, así que entró en ella, el ídolo Esteriol dió gritos, y dijo: «Oh miserable de mí, ¿qué haré, á dónde iré? porque ha ve- «nido el que me ha vencido, y no puedo escapar de sus manos.» Estaba el Príncipe cerca de él, y díjole: «Si tú me muestras este hom- «bre, yo haré que te adore.» Pero llegando allí Martiriano quedó el ídolo, ó por mejor decir, el demonio, mudo. Viendo el Duque lo que pasaba, lleno de cólera, dijo á san Martiriano: «¿Tú eres el que con «tu gran imperio has hecho que este pueblo creyese en Jesucristo, al «cual los judíos crucificaron?» Dijo el Santo: «Así es por la miseri- «cordia de Dios.» Dijo el tirano: «Si tanto poder tiene, como tú dices, «Jesús de Nazareth, ¿por qué no mató á los judíos, que le crucificaron?»

Entonces dijo san Martiriano: «Nuestro Señor no es muerto por «temor de los judíos, ni por otra cosa, sino por la redencion de las «almas, y por nuestros pecados. Tus ídolos en nosotros no tienen po- «der, ni saben hablar cuando es menester, ni tú que confias en ellos, «tampoco sabrás hablar cuando será menester. Mira, que no sacri- «ficaré á tus dioses.» Viendo aquel mal Príncipe la constancia del

Mártir, mandó que le pusiesen al tormento llamado ecúleo, y con uñas de hierro despedazar sus carnes. Hízose, y con tanta crueldad, que no dejaron sobre el Santo sino poca carne. Tras esto lo mandó entregar á cuatro leones, que no habian comido tres dias habia, donde Dios mostró su grande poder, porque siendo echado á los leones, luego que ellos le vieron se arrodillaron, y vinieron á adorarle. Viendo el tirano tan gran maravilla, encendido en cólera, mandó sacarle del lago de los leones, y díjole: «Tu padre y tu madre tenian en las «partes de Florencia muy buena fama, pero tú no has seguido sus «pisadas. Yo creo que no has podido engañar la gente de aquella «tierra, y has venido á burlar la de esta isla; y no solamente enga- «ñas la gente, sino las mismas bestias. Yo te hago saber que si no «ofreces sacrificio á los dioses, á los cuales tus padres sacrificaron, «te haré quitar la vida.» Al cual dijo el Santo: «Si los dioses que «adoras hiciesen florecer, como hace mi Señor Jesucristo, yo les ado- «raria. Pero tus dioses tienen orejas, y no pueden oir; ojos, y no «pueden ver; piés, y no pueden caminar, y finalmente no tienen vir- «tud alguna. Nuestro Señor Jesucristo hace florecer, da vida, hace «todo lo que nosotros habemos menester, y por eso aquel has de ado- «rar, que puede salvar tu alma.» Entendiendo aquel mal Juez que el Santo estaba firmísimo en la fe, y que no bastaba todo el mundo apartarle de ella, mandó que le degollasen, y degollado vino gran multitud de Ángeles delante todo el pueblo, que tomaron su santa ánima, y cantando con grande música la llevaron al cielo. Castigó Dios luego á aquel mal Príncipe de su crueldad, cargándole de lepra, el cual viéndose tan castigado y afligido de la mano de Dios, hizo oracion á Nuestro Señor, y á san Martiriano, prometiéndole que si le curaba de aquella enfermedad, adoraria á Jesucristo, así como su suegro acostumbraba adorarle. Y luego hecho el voto, fue curado de la lepra, y él y todo el pueblo se bautizaron, los que no estaban bautizados, y dióles el Bautismo el diácono de la Seo, el cual antes era diácono de san Juncio, llamado Judáico. Después tomaron el cuerpo de san Martiriano, y pusiéronle en un sepulcro de piedra mármol, donde hicieron una iglesia á gloria de Dios y de su santo Mártir, y allí muchos enfermos curaron de diversas enfermedades, y su ánima reposa en el cielo en compañía de los santos Ángeles, y fue llevado después á Florencia, segun se saca claramente de esta historia.

Pasados muchos centenares de años, el sagrado cuerpo fue trasladado á Bañolas, cuya traslacion no se halla por otro escrito antiguo, sino por el que se ha sacado de la pintura de un retablo antiguí-

simo, y de la tradicion de gente antigua de dicha villa, y se colige, y dícese haber acontecido de esta suerte, segun la he yo sacado de un memorial que tienen allí los Capuchinos:

Un dia estando en oracion dos virtuosos mancebos les fue revelado por el glorioso san Martiriano, que le tomasen y llevasen á España á una villa de Cataluña, sobre la cual nace una grande fuente; y eso queria el Santo, y permitia Dios, porque en Florencia no le honraban. Obedeciendo los dichos mancebos al mandamiento del Mártir, tomaron el cuerpo, y por mas disimular pusiéronle en un tonel, como los con que traen atun, y trajéronle hasta la entrada de España, por los montes Pirineos, y por la montaña de Canigon y Perpiñan, andando por todas las villas del obispado de Helna. Y aunque allí se hallan muchas fuentes, conocieron no haber llegado allá donde iban y buscaban. Entraron en el obispado de Gerona, haciendo las mismas diligencias, y lleváronle á un bosquecito que está un cuarto de legua de la villa de Bañolas, del cual salen cinco acequias grandes de una ilustre fuente que allí nace. Entendieron los dichos mancebos ser esa la fuente que les fue revelado, y quedándose uno de ellos en guarda del cuerpo santo, el otro bajó á la villa, y compró algo para comer. Informóse allí qué villa era, y de la causa y orígen de tan grande estanque. Dijéronle que era una grande fuente que nacia allí, y estando hablando tocaron las campanas por sí mismas, desde que entró el mancebo hasta que salió. Viendo esto el pueblo, maravillado de ver una cosa tan miraculosa como aquella, pusieron guarda por los portales para ver quién entraba y salia; y volviendo el mismo mancebo otro dia á la villa, entrando por el portal, todas las campanas comenzaron á tañer. Prendiéronle, pues, y le llevaron al reverendo abad del monasterio que hay en dicha villa de Padres de san Benito.

Y contando al abad algunos del pueblo lo que pasaba, y que las campanas por sí tañian las veces que aquel mancebo entraba en dicha villa, rogóle mucho, que si acaso nuestro Señor les queria revelar ó mostrar algun bien ó castigo por medio suyo que no se les encubriese. El devoto mancebo teniendo sus ojos fuentes de lágrimas de contento, por ver que Dios por honra de su glorioso y bienaventurado Mártir les habia traido á la villa que buscaban, dijo al abad la obligacion que tenia con todo su pueblo de dar gracias á Dios por el beneficio que les hacia en darles un tan grande santo y patron como el glorioso san Martiriano, y que él traia su santo cuerpo desde Florencia, por haber sido revelado á él y á otro compañero, que

quedaba en guarda de dicha santa reliquia, que lo trajesen allí.

En esto ordenaron una muy devota procesion, y el abad con sus religiosos, clero y todo el pueblo fueron cantando himnos y cantos devotos al lugar donde estaba el cuerpo santo; y al quererlo tomar el abad, y sacarlo del tonel en que venia, sucedió que no queriéndose dejar tocar por él, se subió á vista de todos por el aire á un roble que allí habia, por lo cual se postraron todos por el suelo llorando y pidiendo á Dios perdon de sus pecados. Alegróse de esto el mancebo que le traia, y tomándolo con toda facilidad, lo trajeron con mucha alegría, y depositaron en el dicho monasterio en un lugar muy devoto. Llegado el dia, hallaron menos el dicho santo cuerpo en el monasterio, porque se habia vuelto adonde le hallaron el dia antes. Vuelto sobre sí el clero, confesaron y comulgaron en el pueblo, y volvieron, y tomándole con nueva alegría, le trajeron al mismo monasterio, y allí hicieron voto de edificarle una capilla (donde le hallaron) á su invocacion y nombre, en la cual todos los años, á 24 de noviembre celebrarian su fiesta, y el dia antes por la tarde llevarian allá su santo cuerpo con procesion, y hasta la otra parte del dia estaria allí implorándose su auxilio. Ha sido Dios servido, que en el año 1582 fue la dicha capilla dada por monasterio á los Padres Capuchinos, donde el glorioso Santo les hace cada dia muchas gracias y mercedes. Supliquémosle todos nos alcance la gracia de Nuestro Señor, que de tal manera vivamos en esta vida, que merezcamos gozar su compañía en la eterna. El muy ilustre y reverendísimo señor D. Francisco de Arévalo y Suaso vino para confirmar á Bañolas, martes á 9 de febrero 1599, y el jueves á los 11 de dicho mes determinó abrir el arca del glorioso mártir san Martiriano, en la cual fue hallado su santo cuerpo, y mandó que lo mostrasen á todo el pueblo, y así lo hicieron, y le hallaron con un escrito que decia que era el cuerpo de san Martiriano, obispo y mártir, natural de Florencia.

La Misa es en honor del santo Arcángel, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Raphaëlem archangelum Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que diste por compañero para el camino de tu siervo Tobías al bienaventurado arcángel Rafael; concédenos á tus siervos que seamos siempre protegidos con su custodia, y fortalecidos con su auxilio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XII *del libro de Tobías.*

In diebus illis: Dixit angelus Raphaël ad Tobiam: Etenim sacramentum regis abscondere bonum est; opera autem Dei revelare, et confiteri, honorificum est. Bona est oratio cum jejunio, et eleemosyna magis quam thesauros auri recondere; quoniam eleemosyna à morte liberat, et ipsa est quae purgat peccata, et facit invenire misericordiam et vitam aeternam. Qui autem faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animae suae. Manifesto ergo vobis veritatem, et non abscondam à vobis occultum sermonem. Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortuos, et derelinquebas prandium tuum, et mortuos abscondebas per diem in domo tua, et nocte sepeliebas eos, ego obtuli orationem tuam Domino. Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. Et nunc misit me Dominus ut curarem te, et Saram uxorem filii tui à daemonio liberarem. Ego enim sum Raphaël angelus, unus ex septem, qui adstamus ante Dominum.

En aquellos dias: Dijo el ángel Rafael á Tobías: Es bueno tener escondidos los secretos del rey; pero sin embargo, es laudable revelar las obras de Dios y confesarlas. Buena es la oracion con el ayuno, y la limosna mas que el esconder los tesoros de oro; porque la limosna liberta de la muerte, y ella es la que purga los pecados, y hace encontrar la misericordia y la vida eterna. Aquellos, pues, que cometen pecado é iniquidad, son enemigos de su alma; por tanto, yo os manifiesto la verdad, y no os ocultaré el misterio. Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, y dejabas tu comida, y escondias los muertos por el dia en tu casa, y á la noche les dabas sepultura, yo te ofrecí tu oracion al Señor: y porque eras amado de Dios fue necesario que te probase la tentacion; y ahora me envió el Señor para curarte á tí, y para que librase del demonio á Sara, mujer de tu hijo, porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor.

REFLEXIONES.

Cada palabra de la epístola de este dia está llena de instrucciones saludables para la vida cristiana, y cada sentencia merece reflexionarse con la mayor atencion para sacar de ella el provecho debido. Al principio propone el Arcángel la grande diferencia que hay entre las obras de Dios y las de los hombres, entre el Rey del cielo y los reyes de la tierra. En órden á estos avisa que es cosa buena el tener secretos sus designios; porque un rey terreno, como débil y flaco, no puede precaver las consecuencias, ni impedir que queden frustrados sus mayores proyectos por una leve causa. Por tanto, en órden á estas operaciones civiles suele decirse, y con verdad, que su esencia y subsistencia consisten en el secreto. No así las obras de Dios: estas no temen ninguna fuerza humana, todo el poder de la naturaleza es débil para turbarlas é impedir su existencia. Así nada importa que se sepan; antes bien el confesarlas y publicarlas á voz en

grito es una accion útil, laudable y honrosa. Dicho esto, sigue el Arcángel á dar un documento en que, segun los teólogos, consiste y se comprende toda la doctrina de la vida espiritual. Las obras morales buenas que pueden ser provechosas para la vida eterna se reducen á tres géneros; conviene á saber, al ayuno, á la oracion y á la limosna. Del ayuno y de la limosna son tantas las recomendaciones y alabanzas que se contienen en las sagradas Escrituras, que de uno y otro afirman unánimemente los Padres que son como dos alas, con las cuales sube la oracion hasta el cielo. Por lo que toca á la oracion bien sabida es su nobleza, su eficacia y la necesidad que de ella tiene el espíritu. Jesucristo, verdadero Dios y hombre, la practicaba continuamente, y de ella dicen los Padres que es el alimento del alma, y el medio de alcanzar la divina misericordia.

Sigue el Arcángel á manifestar el daño que se hacen á sí mismos los que caen en pecado, declarando que son enemigos de su alma, y pasa después á decir á los dos Tobías el empleo de los espíritus celestiales en beneficio de los hombres, para que estos se llenen de consuelo, sabiendo por una parte que sus oraciones son presentadas delante de Dios; y por otra que son presentadas por mano de unos intercesores tan poderosos y tan benéficos, que no se puede dudar de su feliz despacho. Es grande satisfaccion para los míseros mortales el saber que por mínimas que sean sus acciones de piedad, hay un Ángel que las recoge, que las toma en sus manos, y cuida de presentarlas á Dios, dándolas todo el mérito que han contraido por la gracia de Jesucristo, y la buena voluntad del cristiano. Dichos todos estos documentos que se refieren á las buenas obras y ejercicios piadosos que practicaba Tobías, le habla tambien de sus calamidades para enseñarle una doctrina importantísima, que deben tener presentes los hombres en los trabajos de esta vida. *Porque eras amado de Dios,* le dice, *fue necesario que la tentacion te probase.* Esta misma doctrina dió san Pablo escribiendo á los hebreos, diciendo (cap. II): *Dios usa de la férula y del castigo con todo hijo que reconoce por suyo.* Esto mismo practicó con el santo Job, y esto mismo le advierte á Tobías, que es una prueba del amor con que Dios le ha mirado. Como Padre caritativo le ha corregido sus deslices, ha permitido que le aflijan el destierro, la cautividad y la pobreza; pero en recompensa le ha llenado de tesoros, ha traido la paz y la alegría á sus casas, y le ha enviado uno de sus primeros Arcángeles para que le certifique de su amistad y benevolencia. Así paga Dios las buenas obras, y así manifiesta que es padre de misericordias, aun en las

mismas adversidades, para que el hombre se confunda de su ingratitud, y admire en todo la profunda sabiduría de los divinos consejos.

El Evangelio es del capítulo v *de san Juan.*

In illo tempore: Erat dies festus judaeorum, et ascendit Jesus Jerosolymam. Est autem Jerosolymis Probatica piscina, quae cognominatur hebraice Bethsaida, quinque porticus habens. In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, aridorum, expectantium aquae motum. Angelus autem Domini descendebat secundum tempus in piscinam, et movebatur aqua. Et qui prior descendisset in piscinam post motionem aquae, sanus fiebat à quacumque detinebatur infirmitate.

En aquel tiempo: Era un dia festivo de los judíos, y subió Jesús á Jerusalen. Hay en Jerusalen una piscina Probática, que en lengua hebrea se llama Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En estos yacia una gran multitud de enfermos, de ciegos, de cojos, de paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque el Angel del Señor bajaba á un cierto tiempo á la piscina, y el agua era movida. Y cualquiera que entraba en la piscina el primero después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.

MEDITACION.

Sobre la dignidad del hombre atendida la custodia de los Ángeles.

Punto primero. — Considera cuánto es el precio de tu alma, y la dignidad á que Dios ha querido elevarla, cuando, no contento con los innumerables beneficios y gracias que le ha hecho, se ha dignado destinarla un Ángel para su custodia.

Esta providencia de Dios es tan maravillosa por tantos títulos, que ella sola ocuparia dignamente todas nuestras atenciones, y seria un poderoso motivo de nuestra continua gratitud. Pero de luego á luego nos pone delante de los ojos nuestro propio interés, y nos enseña cuánto debemos estimarnos á nosotros mismos cuando así nos estima Dios. Ya el padre san Gerónimo hizo esta misma reflexion, y de ella dedujo oportunamente la nobleza y dignidad del hombre. Crió Dios á este en el principio, y crió asimismo los espíritus angélicos: á unos y á otros los destinó para la bienaventuranza; á los Ángeles y al hombre los crió en justicia original, y les dió todos los medios y gracias necesarias para perseverar en ella si querian. Pero entre el hombre y el Ángel hubo esta diferencia; que al Ángel no le destinó otro Ángel custodio que le sirviese de guia en todos sus caminos, que le libertase de los peligros y le sugiriese santas ideas. Por el contrario, al hombre le destina un Ángel desde el mismo tiempo en que cria su alma para que la guarde, la dirija, la conserve, y sea su

protector y abogado en todas las circunstancias de la vida. Esta providencia de Dios ensalza la humana naturaleza; de manera, que en su consideracion parece que no tenia el santo Job toda la razon que se presenta á primera vista cuando decia hablando con Dios: *¿Qué es el hombre para que así le engrandezcas, ó por qué causa has de fijar en él los cuidados de tu corazon?* No es el hombre tan vil y despreciable como parece, cuando Dios hace de él tanto caso. Dios es infinita sabiduría: sus operaciones están exentas del error, y ni la lisonja puede corromperlas, porque es infinita verdad, ni el interés darlas movimiento, porque para nada necesita al hombre. Sin embargo, Dios te da su gracia, y no contento con esto te destina un Ángel que cuide de tu alma. ¿Cuánta, pues, deberá ser la dignidad de esta, y cuánto el cuidado que debes tener de su salvacion? Y ¿corresponde á esta grandeza de tu alma y á las ideas naturales que ella misma sugiere para empeñarte en su custodia y cuidado, el esmero que has puesto hasta ahora en librarla de los peligros, apartándola de las ocasiones, y sujetando la rebeldía del cuerpo para que no la ofenda? Tu misma conciencia te está condenando en este punto, ella misma te acusa de descuidado, de omiso y aun de pérfido; pues lo cierto es, que no solamente has despreciado la dignidad de tu alma, descuidando en su beneficio, sino que has hecho diligencias positivas para deshacer y frustrar los esmeros que pone tu Ángel en su custodia: considera bien esto, y duélete íntimamente de lo engañado que has estado hasta ahora.

Punto segundo.—Considera que los espíritus que destina Dios á la custodia del hombre, le acompañan en todo tiempo y en todo lugar. Son unos espíritus bienaventurados que están viendo á Dios continuamente, y algunos de ellos, como el arcángel san Rafael, son de los primeros y mas principales que tiene Dios en su gloria; y de consiguiente, ¡cuánta es la dignidad del hombre, cuánto el precio de su alma, y cuán exquisitas deben ser las diligencias que se pongan para su salvacion, cuando por ella tanto se esfuerzan los espíritus angélicos!

Se sorprende el entendimiento humano cuando considera que unas criaturas tan nobles como los Ángeles hayan de estar destinadas para ayos y tutores del hombre. Los Ángeles son espíritus sin mezcla alguna de materia: son las criaturas mas sabias que hay en toda la naturaleza; su hermosura, su resplandor y todas sus cualidades les da un precio y recomendacion sobre todo lo criado; confirmados en gracia desde el instante siguiente al que salieron de las manos de la om-

nipotencia, se ven en una imposibilidad dichosa de ser ingratos á Dios: por lo mismo gozan continuamente de aquella gloria eterna que dejó absorto á san Pablo, y que tiene Dios dispuesta para sus elegidos. Estos espíritus tan sublimes y dichosos, y tan dignos de veneracion y respeto, que los hombres mas grandes se han postrado en su presencia, luego que se han permitido ver, acompañan al hombre de noche, de dia, velando, durmiendo, en el campo, en el poblado, en todas las edades, en todos los ejercicios, sin que haya alguno tan vil y despreciable que pueda hacer que los Ángeles le desdeñen. Aun hay mas: es constante que el Ángel custodio ejerce su ministerio de varias maneras, unas veces oponiéndose á las astucias de tus enemigos para que no puedan dañarte; otras representando á Dios las acciones mas mínimas de piedad, para que su Majestad las tenga presentes, y te socorra con su gracia; otras conteniendo los efectos de la naturaleza, para que no te ofendan con tanta actividad, ó dirijan á otra parte sus tiros; y otras, finalmente, que son las mas, sugiriéndote ideas de probidad y de rectitud, produciendo de un modo admirable y desconocido, pero verdadero, mil santas inspiraciones que te inclinan y te persuaden al cumplimiento de la ley. Todo esto lo has despreciado muchas veces, ó te has hecho desentendido de lo que tu Ángel te proponia, ó conociendo claramente has abandonado tu dictámen por seguir el de tus pasiones, ó el de tus enemigos. Con todo eso, estos soberanos espíritus no han abandonado la custodia de tu alma, no te han desamparado, sino que han sufrido tus ingratitudes, y han continuado sus beneficios y esmeros. Cualquiera que sea el principio que mueve á unas criaturas tan nobles á semejante conducta, siempre se infiere, que el hombre vale mucho, que es grande su dignidad, y que nunca llegará á ser tanto el cuidado que se ponga en su salud, que no merezca mayor esmero. Saben muy bien los Ángeles, que los hombres están destinados para compañeros suyos, y para ocupar aquella multitud de sillas que perdieron los ángeles malos por su soberbia. Saben que para este efecto se hizo hombre el Hijo del eterno Padre, y padeció muerte de cruz, demostracion de amor que no hizo por los Ángeles, y esto mismo les hace conocer la dignidad del alma racional, y portarse con ella tan obsequiosos.

Jaculatorias. — Conozco, Señor, que mientras vivimos en esta vida, estamos en una minoridad, bajo tutores y curadores, hasta aquel tiempo dichoso en que podamos llegar á ganar la herencia. (*Galat.* IV).

Pero tambien conozco que vuestra dignidad ha llegado hasta el punto de hacer que vuestros mismos espíritus sean mis tutores, y los que tengan el cuidado de que yo alcance la posesion de mi herencia, que es la bienaventuranza. (*Ad Hebr.* 1).

PROPÓSITOS.

1 Sola la historia de san Rafael con Tobías y sus benéficas operaciones bastan para grabar en tu alma una ardiente devocion á los Ángeles, principalmente á tu Ángel custodio, y un firme propósito de acudir á él en todas las necesidades y tentaciones de la vida. Pero cuando este hecho no produjera por sí mismo una resolucion tan provechosa, bastaria para persuadirla la razon natural, apoyada en la doctrina de los santos Padres. Porque, ¿qué puedes apetecer en tus mayores trabajos y aflicciones, que tener un amigo, un protector poderoso que pueda darte auxilio contra tus enemigos, y al mismo tiempo tan sabio é interesado en tu bien como es el Ángel custodio? Todas las demostraciones de sumision, docilidad y agradecimiento serán siempre inferiores á tus deberes y á los beneficios que hayas recibido; porque con dificultad podrás encontrar tampoco quien tanto interés tenga en protegerte y ampararte. Los Ángeles, como que están siempre delante de Dios, están abrasados en una caridad perfecta. Tienen su voluntad íntimamente unida con la voluntad de Dios. Saben que este Señor amó de tal manera al mundo, que dió su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él, no perezca, sino que consiga la vida eterna. Estos conocimientos les ponen en una venturosa necesidad de favorecer al hombre, y de buscar por todos los medios posibles su salvacion. Su caridad les estimula, y la voluntad de Dios les obliga.

2 Resuélvete, pues, ser de aquí adelante sumamente devoto del Ángel de tu guarda. Considérale siempre presente á tu lado, y no te atrevas á hacer en su presencia lo que de ninguna manera te atreverias á ejecutar delante de un hombre, aunque fuese el mas malo del mundo. Implora su proteccion y auxilio, porque este á la verdad es sumamente poderoso, principalmente en dos ocasiones: la primera, cuando te veas en la necesidad de emprender algun negocio de gran momento, y que te vaya mucho en su buen ó mal éxito. El Ángel custodio será entonces tu maestro y consejero, y con su direccion saldrás felizmente de tu empresa. La segunda, cuando te veas en alguna tentacion, principalmente contra la castidad, porque para este género de tentaciones es sumamente eficaz el auxilio de aquellos que

son vírgenes por esencia, y que en esta virtud tienen sus mayores delicias.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Crisanto y Daría, su mujer, en Roma; los cuales después de muchos tormentos que padecieron por Jesucristo, en tiempo del prefecto Celerino, por sentencia del emperador Numeriano fueron echados en un arenal en la via Salaria, y allí con piedras y tierra los sepultaron vivos. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de cuarenta y seis Soldados, que fueron bautizados juntos por el papa Dionisio, é inmediatamente fueron degollados por órden del emperador Claudio, y sepultados en la via Salaria, tambien en Roma: allí mismo fueron tambien depositados otros ciento veinte y un Mártires, entre los cuales estaban los cuatro soldados de Jesucristo siguientes: Teodosio, Lucio, Marcos y Pedro.

Los santos mártires Crispin y Crispiniano, nobles romanos, en Soissons en Francia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, en tiempo del presidente Riccio Varo, después de padecer crueles tormentos, siendo degollados consiguieron la palma del martirio; sus cuerpos fueron después llevados á Roma, y sepultados honoríficamente en la iglesia de San Lorenzo, llamada Panis-perna. *(Véase su vida en las de hoy).*

La pasion de san Miniato, soldado, en Florencia; el cual en tiempo del emperador Decio, peleando generosamente por la fe de Jesucristo, alcanzó la corona del martirio.

Los santos mártires Proto, presbítero, y Genaro, diácono, en Torres de Cerdeña; los cuales habiendo sido enviados á aquella isla por el papa san Cayo, en tiempo de Diocleciano fueron martirizados por órden del presidente Bárbaro. *(Véase su noticia en las de hoy).*

El martirio de los santos Martirio, subdiácono, y Marciano, cantor, en Constantinopla, martirizados por los herejes en tiempo del emperador Constancio.

San Bonifacio, papa y confesor, en Roma. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Fronton, en Perigord en Francia. Fue consagrado obispo por el apóstol san Pedro, después de haberle convertido á Jesucristo en compañía de Jorge, presbítero, con una gran multitud de gentiles: esclarecido en milagros, descansó en paz.

La gloriosa muerte de san Gaudencio, obispo, esclarecido en santidad y doctrina, en Brescia. *(Fue elegido obispo de Brescia para suceder á san Filastro, que habia sido su maestro. Confirmada la eleccion por los obispos de la provincia y por san Ambrosio su metropolitano, fue preciso para decidirle á admitir el cargo amenazarle con la excomunion. En 403 fue otro de los legados que el concilio de Roma envió al emperador Arcadio para defender la causa de san Juan Crisóstomo. Su sabiduría y su virtud están impresas en todas las obras que de él nos han quedado, y de ellas se colige que murió por los años de 420).*

San Hilario, obispo, en Gevandan.

SAN CRISANTO Y DARÍA, MÁRTIRES.

Entre los muchos ilustres Mártires que hácia la mitad del tercer siglo, imperando Numeriano, derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, fue uno de los mas célebres el invicto san Crisanto. Era natural de Alejandría; y habiendo venido á Roma su padre Polemio, caballero distinguido, y muy estimado del Emperador, trajo consigo á su hijo, cuyo noble natural, cuya cultura y cuyo suavísimo genio le dieron luego á conocer, amar y respetar. Viéronse precisados á fijar su residencia en aquella capital del imperio romano por los honores que en ella recibieron, habiéndosele hecho á Polemio senador de Roma, y siendo Crisanto á pocos dias la admiracion y las delicias de toda la ciudad. Era muy inclinado á la lectura, siendo este su noble vicio; y como dotado de un perspicacísimo ingenio, hacia oportuna eleccion de lo mejor que habian escrito los antiguos, sin esconderse cosa alguna á su crítica ni á su penetracion. Hambriento siempre y codicioso de las mejores obras, se quejaba muchas veces de no encontrar en las de los antiguos filósofos, venerados por oráculos, cosa alguna que plenamente le satisfaciese, experimentando en todas no sé qué vacío, que traia siempre inquieto su corazon, y siempre mas y mas ansioso de lectura. Insaciable en los deseos de leer todo género de libros, se le vinieron dichosamente á las manos los libros sagrados de los Cristianos, y sobre todo los del sagrado Evangelio. Leyólos con aplicacion, diéronle golpe, y gustando en cada página cierto fondo de verdad y de solidez que convencia su entendimiento, al mismo tiempo que le cautivaba y suspendia aquella majestuosa simplicidad de estilo, carácter propio de los sagrados Libros, concibió un soberano desprecio de todas las obras profanas, disgustándole ya todo lo que no era sagrada Escritura.

Ansioso de ser instruido á fondo en aquellas divinas verdades, que solo descubria como á medias en la lectura de los Libros sagrados, deseó con ansia encontrarse con algun maestro hábil que le declarase su verdadera inteligencia. Deparósele muy en breve la divina Providencia, y fue un santo presbítero llamado Carpóforo, hombre lleno del espíritu de Dios, y perfectamente instruido en la ciencia de la Religion, y de maravilloso talento para explicar las verdades del Evangelio. Tuvo Crisanto muchas conferencias con él; y obrando la Gracia en aquel corazon dócil, y en aquel entendimiento claro y recto, que únicamente iba buscando la verdad, acabó de convencerle y de convertirle. Disipadas muy en breve las tinieblas del paganismo á los

rayos de la fe, descubrió claramente la locura y la impiedad de las supersticiones gentílicas; y abriéndose camino la verdad de la religion cristiana por entre los errores del nacimiento y de la educacion, declaró Crisanto absolutamente que queria ser cristiano: pidió con instancia el Bautismo; y después de suficientemente instruido, le recibió.

No pudo ocultarse largo tiempo tan ilustre conversion. Era Crisanto como la sal y el alma de todas las conversaciones: notóse que ya no se dejaba ver en las concurrencias profanas, ni en los juegos públicos: hizose reparar su circunspeccion, su reserva, su compostura y su retiro: veíase su frecuente trato con los Cristianos, y se llegó á sospechar que ya no era gentil. Quiso su padre aclarar este punto, y oyó de la misma boca de su hijo, que ya en fin habia encontrado la verdad, después de tanto tiempo como andaba en busca de ella, y estaba convencido de que no habia otra verdadera religion que la cristiana, ni por consiguiente otro verdadero Dios que el que adoraban los Cristianos.

No cabe en la explicacion cuán sorprendido se quedó el padre de Crisanto; pero presto se cambió la suspension en cólera, y la cólera en arrebatado furor. Mandó encerrar á su hijo en un horroroso calabozo, resuelto á dejarle morir en él de hambre, de hediondez y de miseria. Pasados algunos dias, habiéndole hallado no solo incontrastable en la fe, sino encendidamente ansioso de dar su vida por amor de Jesucristo, mudó Polemio de idea, y discurrió valerse de otro artificio. Parecióle que siendo Crisanto jóven, de bella disposicion, y educado en una religion como el paganismo, que autorizaba las licencias de la carne, el medio mas seguro para vencerle seria entregarle á los desahogos de la sensualidad. Con esta infernal idea, mandó que le sacasen del calabozo, y le trasladasen á una magnífica sala, adornada con preciosísimos muebles, y en ella le dejó encerrado con muchas damas cortesanas, de las mas jóvenes, de las mas bellas y de las mas desahogadas, todas bizarramente vestidas, y todas prevenidas á porfía de cuantos adornos provocativos podian ser incentivos á la tentacion. Era el combate violento, y sin la asistencia de un poderosísimo auxilio necesariamente se habia de desesperar de la victoria. Al instante acudió Crisanto por él, pidiéndoselo con instancia al Señor, y fue prontamente oido. En el mismo punto que entraron en la sala todas aquellas doncellas, se apoderó de ellas un sueño, ó una modorra tan profunda, que fue preciso sacarlas á todas de la pieza sin sentido y como muertas. Atribuyóse este maravilloso suceso á hechicería de los Cristianos, segun la cantinela ordinaria y recurso gene-

ral de los gentiles en semejantes lances. Pero á Polemio le pareció haber dado ya con un medio eficaz para burlar la virtud de estos imaginarios encantamientos ó mágicos artificios. Tuvo modo de ganar á una de las vírgenes vestales, ó segun algunos autores, á una doncella consagrada á la diosa Minerva, que se llamaba Daría; y sobre estar dotada de una extraordinaria hermosura, hacian grandes excesos á las gracias de su cuerpo las de su discrecion, entendimiento y despejo. Persuadióla á que admitiese á su hijo por esposo, muy esperanzado de que con sus graciosísimos modales y con sus ingeniosos artificios le reduciria á renunciar la religion de los Cristianos. Dió Daría su consentimiento á la proposicion, y fue presentada á Crisanto como su futura esposa. El Santo mancebo descubrió en aquella hermosa doncella un entendimiento y una penetracion no muy comun en las personas de su sexo; y sintiéndose interiormente movido del Señor á emprender su conversion, la habló con tanta energía, con tanta elocuencia y con tanta mocion sobre la verdad de la religion cristiana, y sobre la quimérica divinidad de los falsos dioses, que Daría pidió el Bautismo. Administrósele en secreto después de haberla instruido, y desde luego se mostró una de las mas generosas y mas fervientes cristianas. Unidos de esta manera los dos en religion, en máximas y en costumbres, convinieron recíprocamente en estrecharse tambien con el vínculo del matrimonio; pero con la condicion de que habian de guardar virginidad hasta la muerte. Polemio ignoraba este misterio, y se quedó tranquilo luego que se efectuó el matrimonio, no dudando que Daría, á quien siempre consideraba gentil, reduciria á Crisanto á que no fuese cristiano.

Aprovecháronse ventajosamente en beneficio de la Religion de la libertad que los dos castos esposos gozaban en la ciudad. Procuraban informarse de las necesidades espirituales y corporales de los cristianos, y todas sus visitas eran excursiones de misericordia y de caridad. Buscábanlos hasta en los sepulcros y en las grutas, donde se ocultaba la mayor parte de ellos durante la persecucion, asistiéndolos, consolándolos y esforzándolos á padecer todo lo que se ofreciese por amor de aquel gran Dios, que premia con eterna gloria hasta los deseos de padecer por su amor. Ni se limitaba su celo y su caridad á solas las necesidades de los fieles: experimentábanla tambien en las suyas hasta los mismos gentiles. Convencidos muchos con la fuerza de sus discursos, y movidos mas con la eficacia de sus ejemplos, detestaron sus errores, abrieron los ojos á la luz de la fe, y recibieron el Bautismo. Como Crisanto y Daría eran tan cristianos, no era po-

sible que lo disimulasen; y por otra parte era demasiado el ruido de sus conversiones para que se pudiese encubrir. Fueron delatados; arrestáronlos; y queriendo convencerse de la verdad el tribuno Claudio, ordenó que Crisanto fuese conducido al templo de Júpiter para ofrecer en él sacrificio; y en caso de resistirse, que fuese despedazado á azotes como un esclavo vil, pues por el mismo hecho se hacia indigno de la gracia del Emperador.

Ejecutóse la sentencia. Burlóse Crisanto del ídolo, haciendo de él un soberano desprecio. Desnudáronle á la misma puerta del templo: azotáronle tan inhumanamente, que se le descubrian las entrañas; y sin un milagro, hubiera espirado en la crueldad de aquel tormento. Condujéronle después á un lóbrego calabozo, que servia de letrina á los presos de la cárcel, tan asqueroso por su inmundicia, como intolerable por su fétida hediondez; pero apenas entró en él el santo Mártir, cuando su lobreguez se convirtió en un resplandor celestial mas brillante que el mismo sol, y su fetor hediondo en una exquisita y suavísima fragancia. Dióse órden á los verdugos para que le azotasen segunda vez con ciertas varas de hierro; pero apenas las tomaron en las manos, cuando se ablandaron de manera que no les fue posible servirse de ellas. Á vista de este segundo prodigio quedó tan asombrado el tribuno que confesó no haber otro verdadero Dios que el Dios de los Cristianos, y en el mismo punto se convirtió. Noticioso de todo el Emperador, se irritó tanto, que mandó fuesen al instante degollados todos los que se habian convertido con aquellas maravillas, y que al tribuno Claudio se le arrojase en el Tiber; lo que al momento se ejecutó.

San Crisanto fue restituido á la cárcel, mientras á Daría se la arrastraba á un lugar infame para ser afrentada en él; mas la misma mano que defendia al santo confesor, defendió tambien milagrosamente á la santa vírgen. Salió un leon de su jaula, forzando las rejas y la puerta, y se fué derecho á postrarse á los piés de la Santa para defenderla contra todo insulto de los libertinos. Ninguno tuvo aliento para arrimarse á ella después que vieron la furia con que la fiera se arrojó sobre un insolente que tuvo este atrevimiento; y hubiera perecido entre sus garras á no haberle libertado las oraciones de la misma Santa, cuyo duplicado milagro le convirtió. Espantado, pero no vencido el tirano, mandó que pusiesen fuego al cuarto donde estaba Daría, para que ella y el leon que la guardaba se redujesen á cenizas; pero el leon marchó sereno y sin lesion por medio de las llamas, recogiéndose derecho á su jaula sin hacer daño á persona al-

guna. El cuarto de la Santa quedó abrasado; pero á Daría no le tocó el fuego al pelo de la ropa. El mismo prodigio se obró en favor de san Crisanto; porque habiendo ordenado el Juez que le abrasasen los costados con hachas encendidas, aplicadas estas no hicieron el mas mínimo efecto. Avergonzado en fin el tirano de verse vencido por aquellos dos jóvenes, héroes de la religion cristiana, mandó que los sacasen á un campo fuera de la ciudad, que se llamaba *el Escelerado,* porque en él eran enterradas vivas las vírgenes vestales convencidas de incontinencia, y en el mismo consumaron su glorioso martirio los dos santos Mártires, siendo enterrados vivos en un arenal el dia 25 de octubre, hácia el año del Señor de 284.

Luego que el Señor dió la paz á su Iglesia, y la ciudad de Roma abandonó públicamente el culto de los ídolos para rendirse á Jesucristo, plugo al mismo Señor, dice san Gregorio, revelar el lugar donde estaban sepultados los cuerpos de estos santos Mártires. Fueron desenterradas sus preciosas reliquias, y los milagros que acompañaron su descubrimiento hicieron glorioso su sepulcro, aumentando el culto y la devocion de los fieles.

SAN GABINO, PROTO Y GENARO, MÁRTIRES.

La isla de Cerdeña, famosa en los anales eclesiásticos por haber sido lugar á donde fueron desterrados tantos santos Obispos y tan ilustres Confesores de la fe de Jesucristo, no es menos famosa por los esclarecidos varones que han tenido en ella su nacimiento. El haberla mirado la naturaleza con ceño, haciéndola de un aire malsano á causa de los pantanos que engruesan su atmósfera, y de las altas montañas que impiden su transpiracion por la parte del Norte, ha sido una venturosa circunstancia para que los enemigos de la religion cristiana pensasen establecer allí el teatro de sus crueldades, y al mismo tiempo el de los triunfos de los valerosos soldados del Crucificado. En la ciudad de las Torres, que presentemente se llama Sasari, y está situada sobre el rio Torres, no léjos del mar, nacieron san Proto y Genaro, varones santísimos, y de tan arregladas costumbres, que merecieron dar su vida por Jesucristo. Los primeros años de su existencia nos son enteramente desconocidos; solamente se sabe que su aplicacion á los estudios sagrados y el fervor de sus costumbres le proporcionó á Proto la dignidad del sacerdocio, y á Genaro la de diácono. Este hecho en unos tiempos en que estas dignidades solo servian de acelerar los instantes de la vida, y de llamar hácia sí la crueldad de los tiranos y los horrores del martirio, prueba bas-

tante que tanto el uno como el otro eran personas virtuosas, criadas en las máximas del Evangelio, y con todo el valor necesario para derramar la sangre en obsequio de las verdades reveladas. Estas circunstancias hacen creer que tanto Proto como Genaro cumplirian exactamente las estrechas obligaciones de sus ministerios respectivos. El primero, repartiendo á los fieles el pan de vida y de doctrina, confirmándolos en la fe que habian profesado al recibir el Bautismo, y preparando sus almas con el escudo y armadura de Dios, para poder defender su ley santa en las ocasiones continuas que se ofrecian. El segundo, cuidando de las iglesias, de la asistencia y servicio de los altares, recogiendo las limosnas de los fieles, y distribuyéndolas de manera que se mantuviesen los eclesiásticos; pero que las viudas y los huérfanos quedasen al mismo tiempo socorridos. Vivian estos siervos de Dios en tiempo que Diocleciano pretendia saciar la sed que le devoraba de sangre de cristianos; y pensando que sus personas podrian ser útiles en unas circunstancias tan críticas, pasaron á Roma, que era el teatro de la persecucion, y se presentaron al santo pontífice san Cayo para que los emplease, segun que, atendidas las circunstancias, hallase ser mas conveniente. El santo Pontífice se consoló mucho viendo que en tiempos tan calamitosos se encontraban cristianos, que sin temor de los tiranos ni de los tormentos presentaban el pecho á los peligros. Dióles los sagrados órdenes que arriba se han referido, y dispuestos de esta manera para predicar mas libremente y con mayor autoridad las grandes verdades del Evangelio, se volvieron á Cerdeña deseosos de aprovechar á su amada patria cuanto les fuese posible.

Apenas llegaron á Torres cuando pusieron en ejecucion su proyecto con un celo y actividad tales, que hacian gran fruto en los que adoraban á los dioses; sus pechos encendidos con el fuego de la caridad exhalaban palabras y discursos tan abrasados, que todo cuanto encontraban lo penetraban del mismo fuego. El culto supersticioso que se tributaba á las mudas obras de las manos de los hombres decaia por instantes, y en su lugar se iba plantificando la Religion verdadera, que muchos abrazaban convencidos de su predicacion. Esta eficacia les ocasionó su martirio; pues habiendo entre los convertidos cabido esta suerte feliz á un tal Gabino, soldado romano, personaje noble de la familia de los Sabelinos, fue llevada tan á mal esta conversion, que de sus resultas los Santos se vieron presos y atormentados. La nobleza del linaje de Gabino hacia mas notorio este hecho, y en Roma se habia de hablar precisamente de la negligencia y des-

cuido del gobernador de la isla, á cuyo cargo estaban todos los puntos crueles que contenia el decreto de la persecucion. Por este motivo la conversion de Gabino hizo en el presidente una sensacion maravillosa, llenando su corazon de ira, de venganza, de desesperacion y de amargura. Mandólos prender y traerlos á su presencia; y habiéndoles preguntado por qué pervertian con doctrinas falsas y supersticiosas á los que adoraban á los ídolos, despreciando los sagrados decretos imperiales que debian obedecer, respondieron con libertad propiamente cristiana: *Que ellos obedecian primero los decretos y mandamientos de Dios eterno, que están llenos de santidad y de justicia, que los de un hombre mortal engañado en sus ideas, seducido de sus pasiones, y tan injusto en todas sus obras como la misma secta de supersticion que profesaba: que ellos no temian á un mortal, cuyo poder se extendia, á lo mas, á atormentar su cuerpo, sino que temian á un Dios omnipotente y justo, que después de castigarles en esta vida, tenia poder para destinarlos á suplicios eternos en la otra. Por tanto, que tuviese entendido que ellos creian en un solo Dios criador de los cielos y de la tierra, en su hijo Jesucristo, que por redimir al género humano murió muerte de cruz, y en el Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo vive y reina por todos los siglos de los siglos: que á este Dios adoraban, no á los simulacros de las inmundas deidades del paganismo, que ningun poder tenian ni representaban otra cosa que hombres malvados y mujeres deshonestas, dignos de la execracion de todo el mundo.*

Una respuesta tan valerosa y tan llena de verdades contrarias á las ideas de que estaba imbuido el inicuo presidente, exaltó su cólera de manera, que mandó echarlos en un calabozo oscuro, en donde los afligiesen el hambre y la hediondez en el ínterin que se desocupaba de ciertos negocios, y tenia la complacencia de ver atormentarlos á su gusto. En efecto, pasados algunos dias en que los Santos sufrieron todas las miserias y penalidades de una cárcel tenebrosa y hedionda, y de una inhumanidad que los afligia con hambre y desamparo, mandó el presidente que pusiesen su tribunal en lugar público, y preparados todos los instrumentos de la crueldad, le trajesen á su presencia á Proto y á Genaro. Hízose así, y preguntándoles, segun las formalidades de la ley, y hallándolos firmes y constantes en su doctrina, mandó que los pusiesen sobre un potro, y que allí fuesen despedazadas sus carnes con garfios de hierro. Los verdugos ejecutaron la inicua sentencia; y desnudando, segun costumbre, el santo presbítero y diácono, los colocaron en los potros, y comenzaron á despedazar sus cuerpos con tanta fiera inhumanidad, que corrian arroyos

de sangre. Estaban los Santos en este tormento tan terrible con los semblantes alegres y risueños, gozándose interiormente de que tenian la dicha de padecer por Cristo, y manifestando en lo exterior aquella heróica fortaleza que puede solamente producir la divina gracia. A proporcion que los Santos sufrian los tormentos con paciencia invencible, se aumentaban la ira y el encono del presidente, que veia despreciados é inútiles todos los medios de su venganza. Obstinóse mas y mas, y creyendo que muchos y repetidos tormentos podrian conseguir lo que el primero no conseguia, mandó que los verdugos apurasen su ingenio y su fiereza para atormentar á los Santos de todas las maneras posibles. No se sabe cuáles fueron estas, ni ha querido Dios que los fieles tengan el consuelo de saber completamente todo el triunfo de estos dos siervos suyos. Pero se sabe que aunque ejecutaron con ellos el bárbaro decreto del presidente, se cansaron mas presto los verdugos de excarnificar y atormentar á aquellos miembros sagrados, que los Mártires de Jesucristo de tolerar con paciencia invicta los extremos de su crueldad impía. Se sabe tambien que Dios nuestro Señor protegió de tal modo con su gracia á estos dos ilustres Confesores de su santo nombre, que de todos aquellos tormentos quedaron tan sin lesion y tan sanos como si nunca jamás los hubieran padecido.

Viendo el presidente lo poco que aprovechaban sus crueldades para que los Santos mudasen de pensamiento, echó mano de los artificios. Pensó que Genaro, como mas jóven, estaba seducido por el presbítero Proto, y que de consiguiente, separándole de su compañía, podria atraerle fácilmente á que adorase los ídolos. En órden á Proto no concibió esperanzas tan lisonjeras, porque su edad y su dignidad eran en cierta manera un obstáculo insuperable para que se determinase á abandonar una religion en la cual tenia el oficio de sacerdote. Por tanto, mandó que le llevasen desterrado á la isla de Hércules, llamada por otro nombre Linaria, situada á corta distancia de la de Cerdeña. Estaba esta isla á la sazon enteramente desierta, y solamente cubrian su suelo enmarañados bosques y malezas, habitacion horrorosa de fieras salvajes y animales ponzoñosos. Era el ánimo del presidente que en esta isla Proto fuese primeramente atormentado de la soledad, del desamparo y de la hambre, y que cuando para evitar tan fieros enemigos quisiese internarse en busca de algun socorro, ó los animales ponzoñosos le envenenasen, ó las fieras le despedazasen sus carnes para servirse de ellas por alimento. Fue llevado el Santo á esta desamparada y peligrosa mansion, en que el ministro gentil tenia por seguro que habia de perecer con la muerte mas horrorosa.

Pero aquel Señor, que mantiene á las avecillas del campo, y que no permite que muera de hambre el mas mínimo y despreciable insecto, preparó al santo presbítero, en aquella isla desierta, comida y bebida abundantes, que no solamente bastaban para mantener su vida, sino que además le servian de regalo. Estas misericordias del Señor le tenian sumamente conforme con su divina voluntad, y le obligaban á emplearse continuamente en darle gracias por tan divinas piedades. La oracion era su ordinario empleo, y con ella consiguió que aquella soledad horrorosa, inundada de fieras é infestada de animales venenosos, fuese limpia de ellos perfectamente, y este mismo beneficio se cree el dia de hoy haber alcanzado igualmente á la isla de Cerdeña.

Entre tanto se ocupó el presidente en ver si podia verificar sus proyectos en órden al jóven Genaro, para lo cual le llamó delante de sí, y le propuso con artificio cuanto pudiera hacer mella en el corazon de un jóven. Hízole presente lo florido de su edad y las grandes proporciones que esta le ofrecia para disfrutar una vida colmada de delicias. Que reflexionase que era el extremo de la necedad sacrificar una vida tan preciosa á un capricho de la opinion, y el obsequio de una religion que todos los sacerdotes y personas sabias del gentilismo convenian en que era supersticiosa y llena de errores: que en obedecer los decretos imperiales iba á ganar reputacion y conveniencias; pues todos le alabarian de juicioso y de prudente, y el Emperador le colmaria de honores y beneficios, con los cuales podria disfrutar tranquilidad y delicias: que abjurase finalmente la religion de Jesucristo, que ofreciese incienso á los ídolos, y él salia fiador de que el Emperador le cumpliria exactamente sus promesas. Ni estas, ni las estudiadas razones del inicuo juez hicieron mas impresion en el alma de Genaro que hacen las olas del mar furioso en la dura y antigua roca que está en medio de sus ondas. Viendo el presidente que todas sus artes eran inútiles para conseguir lo que habia premeditado, mandó que asegurasen á Genaro en la cárcel, y que trajesen á Proto de Linaria con ánimo de volver á juntar á los dos, y hacerlos pasar por tormentos tan terribles, que pudiesen servir de escarmiento á los demás adoradores de Jesucristo. Ejecutóse así, siendo igual, y aun superior, la constancia de los Mártires á la crueldad del tirano en inventar tormentos. No se saciaba este en dilacerar los sagrados miembros de aquellos siervos de Jesucristo; y así, en lugar de mandar que les quitasen la vida, pues no podia dudar que su constancia era absolutamente invencible, determinó que los entregasen á un soldado llamado Gabino, para que este los guardase, mientras la furia in-

fernal del presidente inventaba nuevas maneras de atormentarlos. La dicha fue para el mismo Gabino, pues los santos Mártires le instruyeron en la religion cristiana, y le hablaron de sus soberanos misterios con expresiones tan vivas y penetrantes, que el dichoso soldado percibió toda la fuerza de la verdad, dejó que esta ilustrase su entendimiento con sus divinos resplandores, y se convirtió á la religion de Jesucristo. Instruyéronle los santos Proto y Genaro en los misterios de la Religion, y cuando estuvo catequizado suficientemente le administraron el sagrado Bautismo. En recompensa de un beneficio que, con las luces de la fe, reconocia por inestimable, dió á los dos Santos la libertad, abriéndoles las puertas de la cárcel, y permitiéndoles que huyesen de la crueldad del tirano; y no contento con esto, no se detenia en decir públicamente que si habia dado libertad á aquellos dos cristianos presos, era porque los concebia inocentes, y que no habia razon ni motivo para tenerlos en prisiones.

Llegaron estas noticias al tirano, y disimulando al principio su enojo, llamó á Gabino, y con razones blandas y promesas procuró inducirle á que, arrepentido de su error, despreciase la religion que habia abrazado, y volviese nuevamente al culto de los dioses. Todas sus diligencias fueron inútiles, porque persuadido Gabino de las grandes y luminosas verdades que Proto y Genaro le habian enseñado, ni amenazas ni recompensas tuvieron fuerza suficiente para apartarle de su propósito. Por esta causa, viendo el presidente que perdia el tiempo, pronunció sentencia capital contra Gabino, mandándole degollar en el puerto de Balagai. Mientras esto pasaba, Proto y Genaro, que se habian ocultado en un lugar de las afueras de Torres, tuvieron una vision, en la cual eran convidados por Gabino á la palma del martirio. Animados con esta vision, salieron de su escondrijo, y se presentaron con entereza al tirano, quien mandó que fuesen igualmente degollados. Ejecutóse la sentencia el dia 25 de octubre, en el cual, cortadas sus sagradas cabezas, consiguieron estos tres Santos la ilustre corona del martirio. Para que sus cuerpos no fuesen venerados de los Cristianos mandó el tirano que los echasen en alta mar; pero Dios, que tiene empeñada su palabra, y ha ofrecido que aun cuando se conjuren contra sus siervos todas las fuerzas del abismo, jamás podrán conseguir que perezca un solo cabello de su cabeza, cuidó de que las olas del mar los llevasen blandamente á la orilla, y que recogiéndolos los Cristianos los sepultasen con el honor y decencia que merecian. Con el tiempo se les fabricó una iglesia magnífica, que se consagró á su nombre, en la cual fueron colocados los sagrados cuerpos

con toda la pompa, riqueza y magnificencia que manifestaba la devocion de los sardos. Su fiesta es celebrada por toda la isla, y principalmente por la provincia Turritana con gran devocion é inmenso concurso del pueblo, el cual experimenta diariamente los frutos de su piedad en continuos favores que Dios le dispensa por la intercesion de estos Santos. Aunque todos tres son mártires de Cerdeña, y venerados con extraordinarias festividades y demostraciones de júbilo, es tan singular la devocion que tienen los sardos á san Gabino, que por esta causa el mes de octubre, en que se celebra su fiesta, le suelen llamar san Gabino.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA.

En Dios siempre está la justicia acompañada de la misericordia: cuando la primera preparaba á España el mas terrible castigo que se ha visto en el mundo, pero el mas proporcionado á sus excesos, al mismo tiempo la divina misericordia miraba esta feliz region con ojos de piedad, y la preparaba, si no el remedio á sus males, á lo menos un gran consuelo en sus aflicciones. Pocos años antes de la gran devastacion de los sarracenos nació en España san Frutos, para que en medio de las turbulencias que habian de padecer los fieles de la bárbara morisma, tuviesen á lo menos un profeta que les acordase á los españoles la causa de su desolacion, contuviese con prodigios el ímpetu furioso de sus crueldades, y aplacase á Dios con sus humildes oraciones. La desgracia y turbacion de aquellos tiempos han sido causa de que las memorias de un tan grande varon hayan llegado á los nuestros tan escasas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco que consta de algunos manuscritos de la iglesia de Segovia, segun los cuales la vida de san Frutos se reduce á lo siguiente:

Nació san Frutos en Segovia, ciudad de tan antiguo orígen, que la curiosidad de los mas laboriosos anticuarios no ha podido averiguar sus principios. La época de su dichoso nacimiento, atendiendo al año en que murió, y á tener setenta y tres de edad cuando Dios le llamó á mejor vida, se debe establecer en el de 642, primero del reinado de Chindasvinto, y á la sazon que en la provincia cartaginense presidia Eugenio II, metropolitano de Toledo. No se sabe el nombre de sus venturosos padres; pero de las costumbres de sus hijos se deduce que eran cristianos piadosos, pues dificultosamente pudiera verificarse en tiempos tan corrompidos, que tres hermanos tuviesen á un mismo tiempo el pensamiento santo de abandonar el mundo, si en su crianza no les hubiesen inspirado sus padres un profundo des-

precio de las cosas temporales. Por conjetura sabemos que fueron gente bien abastecida de bienes de fortuna, y que dejando tres hijos en una edad bastante adulta, pagaron el comun tributo de la naturaleza. Los otros dos hermanos de Frutos se llamaban Valentin y Engracia, y todos tres vivian en Segovia, ejercitándose en obras de caridad y en cuanto prescribe el Evangelio para la propia santificacion. Era el tiempo en que concertados mutuamente el pueblo y los soberanos de España, habian echado el sello á la última abominacion. Toda la gente estaba entregada á la corrupcion de sus pasiones: la principal ocupacion de los españoles en aquel tiempo desdichado era el desórden y los delitos: las leyes sin vigor y sin aprecio yacian despreciadas. Frutos lloraba incesantemente en compañía de sus hermanos los públicos delitos. Cuanto era de su parte procuraba recompensar con sus santas obras los innumerables males en que estaba sumergida su ciudad y toda la provincia. Pero como siempre son contrarias las tinieblas y la luz, ni puede sufrir Satanás que se le interrumpa la dominacion, cuando llega á tiranizar un miserable reino, los tres santos hermanos padecian grandes contradicciones. El mundo, siempre enemigo de los siervos de Jesucristo, los perseguia cruelmente; y no podia sufrir unas obras que mudamente le argüia de todas sus iniquidades. Frutos, como el mayor de sus hermanos, les propuso el medio de servir á Dios con la mayor tranquilidad, burlándose al mismo tiempo de cuantos enemigos habian declarado guerra á su virtud. Representóles que los bienes que poseian, aunque despreciables en su estimacion, eran sin embargo unas cadenas que les tenian atados, precisándolos á residir en Segovia, viviendo entre los peligros de tantas abominaciones. Que era preciso romper de una vez estas cadenas, poniendo por obra la máxima del Evangelio, que aconseja que se vendan los bienes temporales, se reparta á los pobres el precio, y libre de ellos se siga á Jesucristo. Esta propuesta logró la aceptacion de Valentin y Engracia, quienes, como Frutos, no tenian otro interés en este mundo que el de su salvacion, y el procurarla por todos los medios posibles. Pero no habian tratado qué sitio deberian escoger para su residencia después de vendidas sus haciendas y abandonada la ciudad. Propuesta esta duda, y reflexionados por nuestro Santo los innumerables escollos que habia en toda poblacion, y la dificultad de evitarlos en la actual constitucion de las cosas, resolvieron irse á un lugar desierto á hacer vida eremítica, y á acabar el resto de sus dias en compañía de las fieras, menos temibles á la sazon que los mismos hombres. Establecida esta resolucion, vendieron todos sus bienes, los

repartieron á los pobres; y desembarazados de su peso, quedaron mas expeditos para emprender el áspero y empinado camino que conduce á la region de la vida.

Saliéronse de Segovia, y caminando á pié hácia la parte del Norte, anduvieron como unas diez leguas, encaminándose siempre á un asperísimo desierto, que está á orillas del rio Duraton. Cerca de este sitio existe hoy un convento de religiosos Franciscos con la advocacion de Nuestra Señora de la Hoz, tomando este nombre de una vuelta que hace el rio, con la cual forma la figura de aquel instrumento. A poca distancia comienza el terreno á cubrirse de tanta aspereza, lleno todo de peñas altísimas y quebradas, que el solo aspecto causa terror al mas alentado. Conforme se iba presentando á los ojos de los tres santos hermanos tanta escabrosidad y horror, iba tambien logrando este desierto una interior aceptacion y aprecio dentro de sus corazones. Marcaron aquel sitio por acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habian determinado emprender. Siendo preciso separarse, porque Engracia, aunque hermana de los dos Santos, era al fin mujer, y de consiguiente poco á propósito para hacer la vida eremítica, eligieron lugares separados en donde fabricar unas pobres ermitas, que les sirviesen de habitacion y de oratorio. Á Engracia la dispusieron la suya en el sitio menos áspero, donde el risco comenzaba á levantarse. No léjos de allí á un lado de la de Engracia construyó la suya Valentin; y Frutos, como mas esforzado que sus hermanos, subió á la cumbre de la montaña, y eligió para sí el sitio de mas elevacion, de mas horror y de mas aspereza. Esta es la distribucion que señala Colmenares, quien afirma, que en aquellas alturas se conserva una fuente, que las gentes comarcanas llaman de san Frutos, persuadidas á que el Santo la hizo brotar por especial virtud del cielo.

Del fervor que les hizo abandonar su casa, vender su patrimonio y distribuirlo á los pobres, y venirse á un desierto tan espantoso, se deja inferir cuál seria el tenor de vida que emprenderian aquellos ermitaños. La sola vista de aquellas fragosidades anuncia la penitencia, aspereza y mortificacion en que vivian. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres que producian aquellas breñas, ni otra bebida que el agua de los arroyos, que frecuentemente se mezclaba con sus lágrimas. Su lecho era el duro suelo, y de almohada servian las piedras. A estas mortificaciones añadian las del cilicio y disciplina; y cuando el sueño debia reparar las debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces los Santos se mantenian

en vigilia, enviando suspiros al cielo, no solamente por sus propios pecados, sino por los de todo el mundo. Fija su vista en los desórdenes que oprimian á España, derramaron abundantes lágrimas, pidiendo al Señor la mirase con ojos de misericordia, y no permitiese que una region predilecta, que habia merecido desde el principio sus paternales cuidados, las distinciones de su Madre santísima y la predicacion de uno de sus Apóstoles, fuese finalmente sumergida en el abismo de sus iniquidades. La justicia de Dios es tan saludable como su misericordia. Su sabiduría, que es infinita, no puede errar los medios de la correccion y del castigo, y cuando permite á los malos que apuren el vaso de su abominacion, no es tanto para vengar los derechos de su Majestad ofendida, como para sacar de allí mayores provechos. Mientras los Santos oraban fervorosamente por los pecados de los demás hombres, y pedian á Dios pusiese término á los delitos en que estaba anegada España, el Señor habia permitido que vencido su rey pagase su deshonestidad y cobardía, y que toda la Península tuviese que recibir el yugo de la nacion mas carnal y mas bárbara. Los sarracenos no solamente habian subyugado las Andalucías, sino que adelantando sus conquistas, habian llegado á apoderarse de la ciudad de Segovia y sus contornos.

Muchos cristianos, huyendo su furor, y no encontrando asilo contra él sino en las montañas ásperas y lugares inaccesibles, se refugiaron á aquel sitio solitario en donde habitaba Frutos. Allí les refirieron las calamidades que padecia España: como toda ella habia caido en manos de una gente feroz que profanaba los templos, se burlaba de los misterios, degollaba los sacerdotes, deshonraba las mujeres, violaba las vírgenes, y hacia un horrible destrozo en cuanto encontraba por delante. Los santos solitarios lloraron en compañía de los demás cristianos tanta miseria y desventura, y uniendo todos sus votos y gemidos, hacian oracion á Dios, diciendo: *No entregueis, Señor, á una gente bestial unas almas que confiesan tu santo nombre; ni te olvides para siempre jamás de la vida miserable que viven los fieles humildes que profesan la pobreza de tu Evangelio.* Poco tiempo les duró á los fugitivos la seguridad y consuelo que les daban aquellas soledades; porque apoderados los bárbaros de aquellos contornos, llegaron á descubrir á los solitarios, y á los que se habian refugiado á aquellas asperezas. Juzgáronse todos perdidos, pues de una gente ensoberbecida con las victorias, no podian prometerse otra cosa que la esclavitud ó la muerte. Llegáronse á Frutos los Cristianos implorando su proteccion, en la firme confianza de que el cielo les ayudaria por

su mediacion con mas poderoso socorro que el que les pudiera prestar un numeroso ejército. Su confianza no fue vana, pues quiso el Señor acreditar con un maravilloso prodigio con cuánta complacencia ostenta su poder en beneficio de sus siervos, y cuántas atenciones le merece una firme y humilde confianza. San Frutos, léjos de intimidarse al ver que por todas partes estaba rodeado de mahometanos, ni abatir su corazon con los clamores y desventura de los Cristianos fugitivos, habia concebido el proyecto mas arriesgado que puede caber en pecho humano. Era este nada menos que el intentar convertir á los sectarios de Mahoma, pretendiendo que abjurasen su secta carnal y abrazasen el cristianismo. Para este efecto les hacia frecuentes y vigorosas exhortaciones, proponiéndoles lo brutal de su supersticion, y las racionales leyes que habia promulgado Jesucristo. Este empeño llegó á irritar de tal manera á los mahometanos, que determinaron quitar la vida á Frutos, y á todos los que con él habitaban aquellas fragosidades, para dar de este modo alguna satisfaccion á su gran profeta, á quien juzgaban altamente ofendido. Señalaron dia para la ejecucion de tan inicuo proyecto; y al tiempo que se acercaban á la celdilla en que habitaba Frutos, les salió este al encuentro, bien persuadido de que venian con intento de quitarle la vida, pero al mismo tiempo con grandes deseos de sacrificarla por Jesucristo. Sin embargo, le dolia sumamente el ver que su muerte seria principio de la desolacion que padecerian todos cuantos se habian refugiado á aquellas breñas. Y haciendo sacrificio de la gloria que le podria resultar de dar su vida en defensa de la fe, al amor que tenia á sus prójimos, quiso antes conservar á estos su seguridad, que alcanzar la lauréola del martirio. Luego que tuvo á los mahometanos delante de sí, armados con picas y lanzas para quitar la vida á una tropa de cristianos, que, como ovejas delante del lobo, habian venido amedrentados á guarecerse de san Frutos, juzgó que debia invocar el santo poder de Dios, y dar á conocer á aquella gente proterva, que hay un Dios en el cielo que sabe vengar sus ultrajes. Mandóles detener en el nombre de Dios, y que no pasasen adelante de una raya que con el báculo hizo sobre una gran peña. Antes que los bárbaros pudiesen manifestarse desobedientes á este precepto, el cielo quiso contenerles con una maravilla inaudita. Por la misma raya que habia señalado san Frutos se abrió el peñasco, formando una profundidad grandísima, que separaba los moros de los cristianos, y dejaba á estos libres y seguros de la furia de los primeros. Con este prodigio los moros volvieron atrás de su intento, y los cristianos quedaron nuevamente per-

suadidos de la gran santidad de Frutos, y de lo mucho que el cielo le favorecia. Este prodigio está comprobado no solamente con los documentos de la santa iglesia de Segovia, sino con la vista ocular del mismo hecho; pues hasta el dia de hoy permanece la misma peña dividida, y perpetuado el milagro, llamándose aquella rotura *la cuchillada de san Frutos.*

Los moros cobraron gran terror al Santo, al paso que los cristianos le tributaban nuevo respeto y veneracion, haciéndose así famoso su nombre á proporcion de sus virtudes. Estas crecian cada dia mas, porque el Santo las aumentaba con la oracion, penitencia y todo género de ejercicios piadosos, y además de esto con infinitos trabajos que empleaba en la salud de sus prójimos. Quiso Dios premiárselos llamándole para sí, y aunque no consta, como sucede de otros santos ermitaños, las particularidades que precedieron á su muerte, se debe creer que se armaria con los santos Sacramentos de la Iglesia para entrar en la última lucha con el enemigo comun. Se sabe, sí, que salió de ella victorioso, y que siendo de edad de setenta y tres años, lleno de trabajos y merecimientos, le llevó Dios á darle el premio de su gloria el dia 25 de octubre del año del Señor de 715. El Señor honró á su siervo con varios prodigios; pues varias personas que tenian enfermedades incurables, solo con tocar sus sagrados despojos fueron repentinamente sanas. Luego que el Santo espiró sus santos hermanos Valentin y Engracia procuraron amortajarle segun les permitia su pobreza; y dándole sepultura en la misma ermita que habia vivido, se retiraron á otra cerca de Caballar, en donde fueron finalmente degollados por los moros, segun testifica Mondéjar. De estos Santos solo quedan las memorias que hay en la vida de san Frutos. Añádese en ella que los moros echaron sus cabezas en una fuente que allí habia, llamada hoy *Fuente Santa.* El papa Sixto IV en una bula dada el año 1476 á favor del priorato de San Frutos, los llama Mártires. Las santas cabezas fueron llevadas al Caballar, donde se veneran. Los cuerpos de estos tres Santos se conservaron en la ermita de san Frutos, venerados de los Cristianos hasta el siglo XI, en que el rey D. Alfonso el VI habiendo ahuyentado la morisma de todos aquellos contornos, y viendo como de dia en dia se aumentaba el culto de san Frutos y sus hermanos, dió la ermita al monasterio de San Sebastian de Silos, que hoy llamamos *Santo Domingo de Silos,* para que la cuidase con el esplendor que á tales Santos convenia, formándose para ello una escritura en el año 1076. Hecha esta donacion al abad de Silos, que lo era entonces D. Fortunio, sucesor de santo Domingo

HARVARD COLLEGE LIBRARY

Silense, procuró reparar la dicha ermita, haciéndola toda como de nuevo, y edificando oficinas y celdas para poderla habitar algunos monjes. Acabóse esta obra el año 1100: consagró la iglesia el primer arzobispo de Toledo D. Bernardo. De todo esto quedó memoria en una inscripcion latina que pusieron sobre la puerta. En el mismo año y dia fueron trasladadas las santas reliquias desde su sitio antiguo á otro hueco que el abad mandó hacer en aquella iglesia sobre la puerta que cae al Mediodia. Restaurada Segovia, y restituida á su dignidad episcopal, solicitaron y alcanzaron por medio del arzobispo de Toledo D. Bernardo, que el monasterio de Silos les concediese la mitad de las reliquias de estos Santos, lo cual se verificó en el año 1125. Recibiéronlas los segovianos con increible júbilo de sus almas, manifestando en la pompa exterior cuánto gozo recibian en la posesion de sus santos compatriotas. Guardaron el tesoro de tal manera, que con el tiempo llegó á perderse la memoria del sitio determinado en donde se custodiaban tan preciosas reliquias: solo se sabia que estaban en la catedral. Este olvido causaba suma afliccion en los ciudadanos, hasta que hecho obispo de aquella iglesia D. Juan Arias de Ávila, natural de la misma ciudad, quiso Dios premiar su piedad y celo con el descubrimiento de tan precioso tesoro. Este venerable obispo publicó ayunos y rogativas; y yendo después en compañía de algunas dignidades y prebendados de la iglesia á hacer la investigacion, uno de los artífices advirtió un hueco en el altar de Santiago. Lleno de alegría, metió la mano, y comenzó á gritar inmediatamente clamando que se le abrasaba. Acudieron todos sobresaltados, pero la turbacion se convirtió bien pronto en alegría. El obrero que tenia un dedo de la mano sin movimiento, le sacó perfectamente sano. Toda la iglesia se llenó inmediatamente de una fragancia celestial, y á este gozo se siguió la invencion de las sagradas reliquias, las cuales trasladaron al altar mayor, mientras se labraba capilla con advocacion de san Frutos, haciendo Dios continuas maravillas por su intercesion, y manifestando de este modo cuán maravilloso es en sus Santos. En el año 1558 fueron colocadas en la nueva catedral. El oficio del hallazgo de las santas reliquias que se comenzó á rezar en aquella iglesia el año 1466, se ingirió en su breviario del año 1527 con el título de *Traslacion de san Frutos.*

SAN CRISPIN Y CRISPINIANO, MÁRTIRES.

Los nombres de estos dos gloriosos Mártires no son menos famosos en Francia que lo fueron y son en Roma los de los anteriores. De

esta capital del mundo pasaron á las Galias á predicar el Evangelio á mediados del siglo III, en compañía de san Quintin y de otros. Fijando su residencia en Soissons, á imitacion de san Pablo instruian á muchos en la fe de Cristo, que predicaban tambien en público en las ocasiones oportunas: y á imitacion de san Pablo tambien trabajaban con sus manos de noche, haciendo zapatos, aunque se dice que eran de noble nacimiento, y hermanos. Los infieles escuchaban sus instrucciones, y estaban admirados de sus vidas ejemplares, especialmente de su caridad, desinterés, piedad celestial, y menosprecio de la gloria y vanidades del mundo: efecto de todo lo cual fueron innumerables conversiones de ellos á la fe cristiana. Varios años habian estos dos hermanos continuado este ejercicio, cuando yendo á la Galia Bélgica el emperador Maximiano Hercúleo, se quejaron amargamente contra ellos algunos idólatras. El Emperador, bien fuese por dar gusto á los infieles, bien por lisonjear su propia supersticion y dar rienda tambien á su natural crueldad, dió órden para que fuesen llevados ante Riccio Varo, enemigo implacable del nombre cristiano, á quien habia antes hecho gobernador de aquella parte de la Galia, y promovido ya en aquella sazon á la dignidad de prefecto del Pretorio. Los Mártires salieron victoriosos de la presencia de este Juez inhumano con la paciencia y constancia con que sufrieron los tormentos mas crueles, y con que acabaron su carrera con el cuchillo por los años de 287. En Soissons se erigió en honor de ellos una iglesia suntuosa, y san Eligio adornó ricamente sus urnas.

Del ejemplo de estos Santos se muestra cuán locos son los pretextos de algunos cristianos, que excusan la pereza en las diligencias que deben hacer para la perfeccion, con el cuidado de una dilatada familia ó con la atencion que deben prestar á su trabajo ó profesion. ¿Cuántos Santos hallaron en un trabajo manual y constante los medios de conseguir su perfeccion? San Pablo hacia tiendas de campaña: san Crispin y Crispiniano eran zapateros: la Vírgen María se ocupaba en el cuidado de su casa: Cristo mismo trabajaba con su padre putativo; y aun aquellos Santos que dejaron enteramente el mundo y su comercio para dedicarse del todo á la contemplacion, hacian esteras, cultivaban la tierra, copiaban y cosian libros. Todo el sistema de su santificacion consistia en sujetar sus pasiones y morir para sí mismos, cumpliendo exactamente las máximas y preceptos de Jesucristo.

Los santos Crispin y Crispiniano son patronos y modelos de la piadosa hermandad de los Zapateros, establecimiento que principió en

Paris por Enrique Miguel Ruch, llamado comunmente Enrique el Bueno.

SAN BONIFACIO I, PAPA Y CONFESOR.

San Bonifacio era un presbítero de carácter irreprensible, muy versado en la disciplina eclesiástica, y de avanzada edad cuando sucedió á Zosimo en el pontificado en 29 de diciembre de 418. Su eleccion fue hecha muy contra su voluntad, por el clero y pueblo de Roma, y por los obispos circunvecinos, como lo testifica la relacion que de ella se envió al emperador Honorio, que estaba entonces en Ravena. Á ella concurrieron setenta presbíteros, algunos obispos, y la mayor parte del pueblo; pero tres obispos y algunos otros dieron su voto por Eulalio, hombre ambicioso y de mucha trama. Simmacho dió cuenta de esta division ó cisma al Emperador, el cual ordenó que se convocase un sínodo para decidir el debate. El concilio que se tuvo hubiera deseado que hubiesen concurrido mas prelados, pero hizo algunos decretos provinciales, á que no se quiso sujetar Eulalio. En vista de esto fue condenado por sentencia del concilio, y ratificada la eleccion de Bonifacio. Este Papa fue muy amante de la paz, y notable por su dulzura y mansedumbre: no obstante no quiso permitir que los obispos de Constantinopla extendiesen su patriarcado hasta Ilírico, ó las provincias occidentales que á la sazon estaban sujetas al imperio del Oriente, sino que perteneciesen siempre al patriarcado del Occidente. Mantuvo acérrimamente los derechos de Rufo, obispo de Tesalónica, que era vicario suyo en Tesalia y Grecia; ni permitió que se hiciese eleccion alguna válida de obispos en aquellos países sin que fuese aprobada por él, conforme a la antigua disciplina. En la Galia restituyó ciertos privilegios á las sillas metropolitanas de Narbona y Viena, eximiéndolas de toda subordinacion al primado de Arles. Este santo Papa ejercitó tambien su celo contra los Pelagianos, y manifestó una estimacion muy grande de san Agustin, quien le dirigió cuatro libros contra los Pelagianos. En su carta tercera á Rufo dice san Bonifacio: «El bendito apóstol san «Pedro recibió de Nuestro Señor sentencia y comision para cuidar de «toda la Iglesia, que fue fundada sobre él.» San Bonifacio murió á fines del año de 422, habiendo ocupado la Cátedra apostólica poco mas de tres años y nueve meses, y fue enterrado en el cementerio de Santa Felicitas, que habia él mismo adornado en la via Salaria. Hizo á las iglesias de Roma grandes donativos de patenas, cálices y otras alhajas de plata. Beda cita un libro de sus milagros.

La Misa es en honor de san Frutos, y la Oracion la que sigue:

Adesto, Domine, populo tuo: ut beati Fructi confessoris tui merita praeclara suscipiens, ad impetrandam misericordiam tuam semper ejus patrociniis adjuvetur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dad, Señor, favor á vuestro pueblo; para que imitando los ejemplos admirables del bienaventurado Frutos, vuestro confesor, sea ayudado con su patrocinio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 51.*

REFLEXIONES.

Cuando un hombre corresponde de tal manera á la gracia que llega á cautivarse en amor de Dios, este Señor le ensalza de manera y le colma de sus dones, que no parece sino que se le saca de la esfera de hombre; y que se verifica literalmente lo que dice el salmo de los justos: *Vosotros sois dioses, é hijos todos del Excelso.* Los elogios que el Espíritu Santo tributa á Moisés en la epístola de este dia, y que la Iglesia aplica á san Frutos, es una prueba convincente de esta verdad. Cuando no se verificara de la soberana virtud de la gracia otra cosa mas que lo que contienen las primeras palabras, era bastante para conocer su ilimitado poder, la profusion de gracias que derrama Dios sobre sus siervos, y la alteza á que suben estos con solo cumplir la ley santa del Señor: *Moisés,* dice, *fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria está en bendicion.* El mismo elogio se aplica á san Frutos, y á uno y á otro se le conciliaron justamente sus obras. Pero ¿quién no ve en esto mismo el dedo poderoso de Dios, porque cuánta dificultad no incluye en sí el ser á un mismo tiempo amado de Dios y de los hombres? ¿Por ventura estuvieron estos jamás de acuerdo con la voluntad de su Dios, agradándose de lo que se agrada, y aborreciendo lo que aborrece? ¿No es cierto que el pensamiento y las inclinaciones del hombre van al mal desde los primeros momentos de su vida, y que Dios es el justo, el santo y el bueno por esencia?

Todo esto es verdad; pero á las reflexiones dichas se satisface con una de dos respuestas, en que se deja ver igualmente la gran bondad de Dios para con sus siervos. Él les concede el privilegio singular de tratar en este mundo con los hombres de buena voluntad, de que conozcan el fondo de su virtud, y de que le amen segun su mérito. En medio de la corrupcion de que está inundada la tierra, se reserva el Señor ciertas almas, á quienes previene con su gracia, y

le son fieles en todas las ocurrencias de la vida. Estas aman á Dios y todo cuanto le pertenece. Por eso el justo que es amado de Dios, es tambien amado de los hombres, quienes llenan de bendiciones su memoria. De otra manera puede desatarse la dificultad igualmente gloriosa á Dios y recomendable para sus siervos. En dos cosas principalmente dice el Espíritu Santo que consiste la santidad del justo que elogia la epístola de este dia; conviene á saber, en la fe y en la mansedumbre. Por lo que toca á la fe, están llenas las escrituras del Viejo y Nuevo Testamento de sus elogios y de sus prodigiosos efectos. Con ella se hizo Abrahan tan humilde y obediente, qui sin desplegar sus labios iba á sacrificar á su hijo unigénito. Por la misma desafiaba Elías todo el poder de los reyes, y se burlaba de las astucias de los sacerdotes gentiles. Al primer aspecto ni uno ni otro podian causar en los hombres sino cierta especie de terror, porque le infunde realmente el haber de degollar á su propio hijo, y el llover fuego del cielo y devorar un buen número de soldados. Pero la mansedumbre, aquella virtud que nace, no de la natural templanza de los humores, sino de un gran fondo de caridad, es amable de todos los hombres. No hay protervia, ni malignidad que resista á la beneficencia de un hombre manso y verdaderamente caritativo. Aquella compasion que manifiesta de las desgracias de su prójimo; aquel disimulo de sus defectos; aquel celo activo con que pretende socorrer todas sus necesidades; aquel deseo sencillo, en fin, de su salvacion, y de que logre todos los bienes, son unos motivos de amor y de gratitud á que no puede resistirse el hombre que por la depravacion no ha llegado á convertirse en fiera. Por tanto, el justo debe ser amado de Dios y de los hombres.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág. 55.*

MEDITACION.

Sobre los beneficios y provechos de la vida solitaria.

PUNTO PRIMERO. — Considera que de apartarse del mundo, y separarse á vivir con solo Dios, resultan, no solamente la propia santificacion, sino la utilidad de tus prójimos, y el hacerte terrible á las mismas potestades infernales.

El Espíritu Santo dice: *Que el que anda entre la pez, necesariamente ha de recibir alguna mancha de ella.* De aquí se arguye, que los negocios y bullicio del siglo contaminan el espíritu, y ponen va-

rios impedimentos para conseguir la salud eterna. La recta razon infiere desde luego, que en la soledad se ha de hallar todo lo contrario. Así es en la realidad, y así lo experimentaron los Santos. Considera un Moisés en el desierto, y verás cuántas cosas le enseña allí el espíritu del Señor. En solos cuarenta dias, dice san Ambrosio, que se retiró del tráfago del mundo, aprendió aquella sublime ciencia de dar leyes á un pueblo numeroso: aquella discrecion para juzgar acertadamente en los casos mas arduos: aquella severidad que temian los poderosos reyes de la tierra, y aquella mansedumbre que le hacia amado de Dios y de los hombres. En el desierto consiguió aquel resplandor que adornaba su rostro, y que era un símbolo de las soberanas luces que habia adquirido su alma. Allí mismo se le apareció el Señor, le comunicó sus designios en órden á libertar el pueblo de la tiranía de Faraon, le eligió á él por caudillo, y puso en sus manos la virtud de su omnipotencia, para que pudiese confundir los encantos de los magos y la contumacia del Rey con prodigios inauditos. De la misma manera vemos á san Juan Bautista que desde niño deja los regalos de su casa, las comodidades de la poblacion, y se retira á un desierto á vivir una vida áspera y penitente. Allí adquirió aquella santidad sublime, tan recomendada por el mismo Jesucristo, que llegó á ensalzarla sobre la de cuantos habian nacido de mujeres. De allí sacó aquel espíritu terrible con que reprendia y amenazaba á los escribas y fariseos, llamándolos simiente de víboras; y á Herodes diciéndole con una fortaleza inaudita: *No te es lícito tener la mujer de tu hermano.*

Solo el ejemplo de estos Santos manifiesta suficientemente los grandes provechos que resultan de la soledad, tanto en órden á la propia santificacion, como para utilidad de los prójimos. Pero la razon misma lo persuade, porque el hombre se entrega á la consideracion de sí mismo, repasa todo el discurso de su vida, y mira con interés el tiempo que está por venir. El solo aspecto horroroso de sus excesos pasados le mueven á compuncion y lágrimas, le acuerdan la misericordia divina, y le disponen á un verdadero arrepentimiento. Por otra parte, considera la brevedad de la vida, y que á ella se sigue otra inmortal y eterna, que ha de ser feliz ó infeliz, segun hubieren sido sus obras. La tranquilidad y el reposo dan cierto vigor y consistencia á sus meditaciones, y de todo resulta la abominacion de los pasados excesos, y el entablar nuevamente una vida arreglada por los preceptos del Evangelio. El Espíritu Santo derrama entonces sus gracias sobre el corazon que halla tan bien dispuesto, y de todo re-

sulta una mutacion, que se puede atribuir á la diestra del Excelso. Tanto bien como tiene la soledad, debe animar los espíritus apocados, y hacer mudar de opinion á los que viven entregados al mundo.

Punto segundo. — Considera que la soledad y el retiro son los medios mas oportunos para libertarse de los continuos peligros, engaños y asechanzas con que nuestros enemigos visibles é invisibles procuran nuestra ruina.

En el cap. xlviii de Isaías intima el espíritu de Dios esta misma doctrina, diciendo á los israelitas verdaderos: *Huid de los caldeos, y salve cada uno su alma.* El mejor consejo que se puede tomar para precaver tanta multitud de lazos como están escondidos por todas partes, es la fuga. Por eso dice san Ambrosio (*lib. 4, in cap.* iv *Luc.*): *Huye el mar del siglo, y no temerás el naufragio: en un mar tempestuoso, agitado de encontrados vientos, caso que todos no padezcan naufragio, no se puede negar que todos están en peligro de padecerlo.* La misma experiencia le puede enseñar á cada uno la verdad que contienen estas sentencias. Porque, ¿cuántas veces tuviste unos deseos sencillos de abandonar tu vida relajada, y emprender otra cristiana y piadosa? La muerte repentina de un amigo, de un hijo, ó de una esposa; la pérdida de los bienes de fortuna; alguna centella que prendió en tu corazon oyendo la palabra divina, ó cualquiera otro de los muchos artificios con que procura la gracia la conversion del pecador, han movido tu corazon, y le han inclinado á un verdadero arrepentimiento. Semejantes efectos los sentiste sin duda alguna en la soledad; esto es, cuando retirado del mundo pensabas en solo Dios, ya fuese esto en una iglesia al tiempo de asistir á los adorables misterios, ó en tu misma casa, en uno de aquellos ratos en que te entregas á tus devociones y á la consideracion de tí mismo. Pero ¿qué se hicieron estos pensamientos luego que te apartaste de tu soledad, y comenzastes á chocar con los objetos del mundo? Un hombre impío te hizo creer que era apocamiento de espíritu el dedicarse á los ejercicios de devocion. Un amigo disipado te llevó al espectáculo ó á la concurrencia en donde todas las ideas de reformacion se convirtieron en humo. Un jugador que te llevó á una de esas infames casas, en donde hace mansion el desórden, te hizo aventurar á una suerte la subsistencia de tu familia: una mujer profana, en fin, irritó la sensibilidad de tu concupiscencia, y te hizo víctima de sus obscenidades. Todos los buenos efectos de aquel rato de separacion se acabaron en el mismo momento en que volviste al mundo.

Persuádete, pues, que semejante traidor y semejante enemigo es necesario huirle: de otra manera no te podrás libertar de sus continuas y crueles hostilidades. Así lo consiguió el pueblo de Dios oprimido en Egipto con las infinitas vejaciones de la supersticion y de la tiranía. Salió al desierto, é inmediatamente recibió los divinos beneficios. Su caudillo veia y hablaba á Dios con la misma familiaridad que un hombre trata á otro. Para que no errase en sus caminos le puso una columna en el aire, que de noche era luminosa para alumbrarle y apartarle de los precipicios, y de dia tan opaca y oscura, que le defendia de los rayos del sol. El mismo Dios era su guia y capitan que los alimentaba con maná llovido del cielo, con agua milagrosa que brotaban las piedras, y que les daba victoria contra todos sus enemigos. Los mismos beneficios recibirás tú, si dejando el bullicio del mundo te determinas á amar la soledad y á escuchar con docilidad lo que en ella hablará Dios á tu corazon.

JACULATORIAS. —¿Quién me dará, Dios mio, alas para volar huyendo del siglo, y hallar el verdadero descanso que solamente se encuentra en Vos? (*Psalm.* LIV).

Mi alma se retirará á un lugar escondido, y allí llorará los extravíos y delitos en que la ha precipitado su soberbia. (*Jerem.* XIII).

PROPÓSITOS.

1 Son innumerables los elogios que dan los santos Padres á la vida solitaria, é inexplicable el esmero y celo con que la recomiendan. San Basilio dice que la soledad es la muerte de los vicios y el purgatorio de las impurezas. *¡Ó soledad,* dice en el mismo libro de las alabanzas de la vida solitaria, *ó soledad! el hombre es ciertamente el que te habita; pero el que habita en él es Dios.* En otra parte la llama paraíso de delicias, deleite de las almas santas; y el Crisóstomo en la homilía tercera sobre el evangelio de san Marcos, llega á decir, que el Espíritu Santo no habita en otra parte sino en la soledad, en donde tiene su asiento. Al oir todas estas cosas, es natural que te se sobresalte el corazon, imaginando que para lograr los bienes de la soledad necesitas abandonar tu casa, tu familia, los negocios anexos al estado en que te ha constituido la Providencia, y encaminarte á un desierto para hacer allí la vida eremítica que profesaron los santos anacoretas. No, cristiano, ese es un concepto errado que formas de la soledad: esta segun los maestros de la vida espiritual, no es otra cosa que un voluntario apartamiento por algunos dias de los negocios

del mundo, de la sociedad de los demás hombres y de aquellas ocupaciones mecánicas, en que se pasa la vida para dedicarse al exámen de la conciencia, al arreglo de sus operaciones, al arrepentimiento de sus pasados delitos y á la institucion de una nueva vida. No es la soledad de que hablamos aquella austera que profesan algunas religiones por su Instituto, ni aquella puramente filosófica que han abrazado algunos sabios para la contemplacion de las verdades naturales. Esta soledad se limita solamente al único y grande negocio de tu salvacion. Para hacerla debidamente, debes elegirte un lugar solitario y apartado del mundo, y un varon sabio y virtuoso, á quien descubras las llagas de tu alma para recibir de su mano las oportunas medicinas. Toda la ocupacion de estos ejercicios espirituales se debe reducir, ante todas cosas, á hacer una confesion general, de donde resulte la restitucion de la hacienda ajena y del honor que has quitado á tu prójimo: la restauracion de la inocencia de tu alma, llorando con lágrimas de compuncion las culpas pasadas, y haciendo un firme propósito de perder antes la vida, que ser á Dios ingrato; á ordenar tus ocupaciones y ejercicios de tal manera, que todos los dias destines algun tiempo á la leccion de algun libro espiritual y á la contemplacion de los divinos misterios; y últimamente, de esta soledad debes sacar la renovacion de tu espíritu y la salud de tu alma. Todos cuantos pretextos quieras oponer contra ella no serán otra cosa que lazos del demonio é invenciones de tu misma depravacion para confirmarte mas en tu ruina. Ni la hacienda, ni la mujer, ni los hijos, ni la evacuacion de tus negocios te importa tanto como tu salvacion. Perdido este negocio, todos los demás están perdidos. Para una cosa de tanta importancia se halla fácilmente oportunidad y tiempo cuando la voluntad es sencilla. Por ocupado que estés, no dejas de curarte un brazo si se te quiebra, ó de perseguir á un ladron si te roba la hacienda de tu casa. Y ¿querrás comparar con estas cosas perecederas el asunto de tu salvacion, un asunto que le costó al Hijo de Dios todo el infinito precio de su sangre? Soledad, cristiano, retiro espiritual, abstraccion del mundo, que este es el medio poderoso de que llegues á ser eternamente feliz.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

San Evaristo, papa y mártir, en Roma; el cual esmaltó con su sangre la Iglesia de Dios en tiempo del emperador Adriano. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Rogaciano, presbítero, y Felicísimo, en África; los cuales en la persecucion de Valeriano y Galieno fueron coronados con ilustre martirio: de estos Santos hace tambien memoria san Cipriano en su carta á los confesores.

Los santos mártires Luciano, Floro y sus compañeros, en Nicomedia.

San Quodvultdeo, obispo de Cartago, en el mismo dia; el cual juntamente con su clero por órden del rey Genserico, arriano, fue puesto en unas naves viejas sin remos ni velas, y fuera de toda esperanza aportó en Nápoles, y allí en destierro murió confesor de Jesucristo.

San Rústico, obispo y confesor, en Narbona, que floreció en tiempo de los emperadores Valentiniano y Leon. *(Siendo monje antes de ser obispo, san Gerónimo le escribió una carta en que le daba excelentes instrucciones acerca de la conducta que debia observar en la vida monástica).*

San Gaudosio, obispo, en Salerno. *(Cierto autor moderno, refiriéndose á Baronio, asegura que este san Gaudosio es el mismo que se lee en el dia* 28 *de este mismo mes, y que, en opinion del citado autor, fue duplicado en distintos dias por los antiguos Martirologios).*

San Fulco, obispo, en Pavía.

San Bernwardo ó Bernando, obispo y confesor, canonizado por Celestino III, en Hildeseim en Sajonia.

San Quadragésimo, subdiácono, item; el cual entre otros milagros resucitó á un muerto. *(San Gregorio, papa, en su libro de los* Diálogos *habla de este Santo con elogio, y refiere algunos de sus portentos).*

SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR.

Fue san Evaristo griego de nacimiento; pero originario de Judea, como hijo de un judío llamado Judas, natural de Belen, que fijó su residencia en la Grecia, y educó á su hijo en la doctrina y principios de su religion. Nació por los años de 60, con tan bellas disposiciones para la virtud y para las letras, que su padre dedicó el mayor cuidado á cultivarlas, dando al niño maestros hábiles que le instruyesen tanto en estas como en aquella. Era Evaristo de excelente ingenio, de costumbres inocentes y puras; por lo que hizo grandes progresos en breve tiempo. No se sabe cuándo ni dónde tuvo la dicha de convertirse á la fe de Jesucristo, como ni tampoco con qué ocasion vino á Roma; solo se sabe que era del clero de aquella Iglesia, madre y maestra de todas las demás, centro de la Fe y de la Religion, á quien tributa tantos elogios san Ignacio, obispo de Antioquía. Alaba el Santo á los fieles de Roma, singularmente por su fidelidad, por su valor y por su constancia en la fe, por la pureza de sus costumbres, y por aquella caridad que los constituia modelos de los fieles esparcidos en todas las demás iglesias. Sobre todo ensalza la grande union que se observaba entre ellos, y el sumo horror que profesaban al cisma y á los errores de tantos herejes como á la sazon

afligian y despedazaban la Iglesia de Jesucristo. Pero todos convienen en que estos elogios eran propiamente el panegírico del santo papa Evaristo, cuyo celo y cuya santidad, generalmente reconocida y celebrada en toda Roma, sostenia la virtud de todos los fieles; pues siendo todavía un mero presbítero, encendia el fervor y la devocion en los corazones de todos con sus instrucciones, con su caridad y con sus ejemplos. Era tan universal la estimacion y la veneracion con que todos le miraban, que habiendo sido coronado del martirio el santo pontífice Anacleto, sucesor de san Clemente (glorioso fin de todos aquellos primeros Papas), solo vacó la Silla apostólica el tiempo preciso para que se juntase el clero romano, que sin deliberar un solo momento, á una voz colocó en ella á san Evaristo. No hubo en toda la Iglesia quien desaprobase esta eleccion sino el mismo Santo. Por su profunda humildad, por el bajo concepto que tenia hecho de sí mismo, por la gran estimacion que hacia de la ciencia, de la virtud y del mérito de todos los demás que componian el clero, dudó mucho que aquella eleccion fuese dirigida por el Espíritu Santo: renunciólo, resistióla, representó su indignidad; pero su misma resistencia acreditó mas visiblemente lo mucho que la merecia. En fin, á pesar de su humildad, le fue forzoso rendirse y ceder á la voluntad de Dios, manifestada por la voz del pueblo y por los unánimes votos de toda la clerecía. Fue consagrado el dia 27 de julio hácia el año de 108 del Señor.

Luego que el nuevo Papa se vió colocado en la silla de san Pedro, aplicó todo su desvelo á remediar las necesidades de la santa Iglesia en aquel calamitoso tiempo, perseguida en todas partes por los gentiles, y cruelmente despedazada por los herejes. Los Simoníacos, ó los Simonianos, los discípulos de Menandro, los Nicolaitas, los Gnósticos, los Cainianos, los discípulos de Saturnino y de Basílides, los de Carpócrates, los Valentinianos, los Helceseitas y algunos otros herejes, animados por el espíritu de las tinieblas, hacian todos sus esfuerzos y se valian de todos sus artificios para derramar por todas partes el veneno de sus errores, singularmente entre los fieles de Roma; persuadidos á que una vez inficionada la cabeza del mundo cristiano, luego se dilataria á todo el cuerpo la ponzoña del error, haciendo el mayor estrago. Pero como Jesucristo tenia empeñada su palabra de que las puertas del infierno jamás prevalecerian contra su Iglesia, para detener esta inundacion de iniquidad, y para disipar esta multitud de enemigos, habia dispuesto su amorosa providencia que ocupase san Evaristo la cátedra de la verdad. Con efecto,

el santo Pontífice se aplicó con tanto desvelo á cuidar del campo que el Señor le habia confiado, que el hombre enemigo nunca pudo lograr sembrar en él la zizaña. Todos los fieles de Roma conservaron siempre la pureza de la fe; y aunque la mayor parte de los heresiarcas concurrió á aquella capital para pervertirla, el celo, las instrucciones y la solicitud pastoral del santo Papa, fueron preservativos tan eficaces, que el veneno del error jamás pudo ganar el corazon de un solo fiel.

Pero esta pastoral solicitud del vigilante Pontífice no se limitó precisamente á preservar los fieles de doctrinas inficionadas; adelantóse tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica por medio de prudentísimas reglas y decretos, que fueron de grande utilidad á toda la Iglesia. Distribuyó los títulos de Roma entre ciertos presbíteros particulares para que cuidasen de ellos. No eran entonces estos títulos iglesias públicas, sino como unos oratorios privados dentro de casas particulares, donde se congregaban los Cristianos para oir la palabra de Dios, para asistir á la celebracion de los divinos misterios, y para ser participantes de ellos. Llamábanse *títulos*, porque sobre sus puertas se grababan unas cruces para distinguirlos de los lugares profanos; así como los sitios públicos se distinguian por las estatuas de los Emperadores, á las cuales se les daba el mismo nombre de *títulos*. Los presbíteros nombrados para la direccion de aquellos oratorios eran propiamente los párrocos de Roma, que en tiempo de Optato eran en número de cuarenta. Ordenó tambien, que cuando predicase el obispo le asistiesen siete diáconos para honrar mas la palabra de Dios, y por respeto á la dignidad episcopal en el principal ministro de ella. Asimismo mandó, que conforme á la tradicion apostólica se celebrasen públicamente los matrimonios, y que los desposados recibiesen en público la bendicion de la Iglesia. Atribúyense á san Evaristo dos epístolas, una á los fieles de África, y otra á los de Egipto. Esta es sobre la reformacion de las costumbres; y en aquella se condena que un obispo pase de un obispado á otro puramente por ambicion ó por interés, declarándose que no son lícitas semejantes traslaciones sin una evidente necesidad, y sin que se haga canónicamente la misma traslacion. Ocupado total y únicamente san Evaristo en dar todo el lleno á las obligaciones de buen pastor, no descargaba enteramente el cuidado de repartir el pan de la divina palabra en los santos presbíteros que habia nombrado para cada parroquia; él mismo le distribuia cotidianamente á su pueblo, y aun muchas veces al dia. Extendíase su infatigable celo hasta los

niños y hasta los esclavos, debiéndose á esta menuda solicitud, á esta caridad universal, eficaz y laboriosa la conservacion de todo su rebaño en la pureza de la fe, á pesar de los artificios y de los lazos que armaban tantos heresiarcas.

Aunque el emperador Trajano fue en realidad uno de los mejores príncipes que conoció el gentilismo, tanto por su dulzura como por su moderacion, no por eso fueron mejor tratados en su tiempo los que profesaban la religion cristiana. Antes bien no cedió ni en tormentos ni en crueldades á las demás persecuciones la que padeció la Iglesia en tiempo de este Emperador. Hacia gloria Trajano de ser mas religioso que los otros príncipes, y de mantener las leyes del imperio romano en todo su vigor. Es verdad que no publicó edicto nuevo contra nuestra Religion, segun se lee en san Meliton y en Tertuliano; pero tenia mortal aversion á los Cristianos, porque no los conocia sino por los horrorosos retratos que le hacian, así sus cortesanos idólatras, como los sacerdotes de los ídolos; y bastaba esta aversion para excitar contra ellos á los pueblos y á los magistrados.

Luego que nuestra santa Religion se dejó ver en la tierra, comenzó á experimentar el odio que ordinariamente sigue á la verdad, contando tantos enemigos como esta tiene contrarios. Uno de los principales motivos de esta pública y general aversion fue la pureza de la doctrina evangélica, tan opuesta á la universal corrupcion de los gentiles; y como las potestades del infierno, que tenian tiranizado al mundo, habian sido vencidas por la cruz de Jesucristo, cabeza y fundador del cristianismo, convirtieron estas todo su furor contra el nombre y contra la religion de los Cristianos. Eran estos la execracion de los grandes y el horror de los plebeyos; porque la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida servia de muda pero cruel censura de sus comunes desórdenes, y de la impiedad del paganismo. Fuera de eso, para hacer todavía mas odioso el Evangelio á todo el mundo, no cesaba el demonio de sembrar por todas partes las mas horribles calumnias contra los Cristianos; pintándolos como hechiceros y como magos, que con sus sortilegios y hechicerías encantaban á las gentes. Sus milagros eran encantamientos; sus juntas nocturnas y secretas, conventículos de infamias y de prostituciones, ocultando bajo una aparente modestia y compostura unas almas negras, corrompidas y disolutas. Preocupados todos de esta manera, lo mismo era ver á un cristiano, que gritarle públicamente: *Al malvado, al facineroso;* y por consiguiente, sin otra formalidad que confesar uno que lo era, condenarle al último suplicio. De este mismo principio

nacian aquellos tumultos populares en el circo, en los anfiteatros, en los juegos públicos, en los cuales sin que precediese por parte de los fieles el mas mínimo motivo, la muchedumbre levantaba el grito, pidiendo alborotadamente su muerte y la extirpacion de su secta. Á estos amotinamientos populares se atribuye la persecucion de la Iglesia en el imperio de Trajano. Esta persecucion se señala en la crónica de Eusebio hácia el año de 108 de Jesucristo, el onceno de dicho Emperador, y duró hasta la muerte de este Príncipe, que sucedió el año de 117, á los diez y nueve de su reinado.

No podia estar á cubierto de esta violenta tempestad el santo pontífice Evaristo, siendo tan sobresaliente la eficacia de su celo, y tan celebrada en toda la Iglesia la santidad de su vida. El desvelo con que atendia á las necesidades del rebaño hicieron odioso á los enemigos del cristianismo al santo Pastor; sin que en su avanzada edad entibiase su apostólico ardor, ni fuese motivo para moderar sus excursiones y sus gloriosas fatigas. Siendo tan visibles y tan notorias las bendiciones que derramaba Dios sobre su celo, de necesidad habian de meter mucho ruido, ó á lo menos era imposible que del todo se ocultasen á los enemigos de la Religion. Crecia palpablemente el número de los fieles, y regada la viña del Señor con la sangre de los Mártires, se ostentaba mas lozana, mas florida y mas fecunda. Conocieron los paganos que esta fecundidad era efecto de los sudores y del celo del santo Pontífice, por lo que resolvieron deshacerse de él, persuadidos á que el medio mas eficaz para que se derramase el rebaño, era acabar con el Pastor. Echáronle mano, y le metieron en la cárcel. Mostró tanto gozo al ver que le juzgaban digno de derramar su sangre y dar su vida por amor de Jesucristo, que quedaron atónitos los magistrados, no acertando á comprender cómo cabia tanto valor y tanta constancia en un pobre viejo, agobiado con el peso de los años. En fin, fue condenado á muerte como cabeza de los Cristianos; y aunque se ignora el género de suplicio con que acabó la vida, es indubitable que recibió la corona del martirio el dia 26 de octubre del año del Señor de 117 ó 118, honrándole hasta el dia de hoy como á mártir la universal Iglesia.

SAN LUCIANO Y MARCIANO, MÁRTIRES.

Uno de aquellos maravillosos Santos en quienes quiso Dios hacer ostentacion de su gracia, para que animasen con su ejemplo á los mayores pecadores á no desconfiar de la divina misericordia, fueron san Luciano y Marciano, naturales de la ciudad de Vich en el prin-

cipado de Cataluña. Tuvieron ambos la desgracia de haber sido educados en las supersticiones del gentilismo, por lo que no tuvieron reparo en aplicarse al estudio de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en los dos jóvenes un ingenio superior para estas facultades, y una inclinacion activa hácia estas artes diabólicas; y como estaban resueltos á no ignorar ningun secreto de cuantos pudiesen adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, fue tanta su aplicacion, que dentro de breve tiempo se hicieron famosos magos y grandes familiares de los demonios. No hubo infamia ni hediondez abominable de que no hubiesen hecho vanidad; y como se valian de todos los medios que les sugeria el enemigo de la salvacion para asegurar los sucesos de sus encantos, todos los buscaban para conseguir sus antojos y sus execrables voluptuosidades.

Tales eran Luciano y Marciano cuando agradó al Padre de las misericordias conmutar en vasos de eleccion los que eran de inmundicia, para manifestar al mundo el poder de su divina gracia, valiéndose para ello de un suceso capaz de desengañar á los preocupados magos. Habia en Vich una doncella cristiana de extraordinaria hermosura, que despreciando las ventajosas conveniencias de los muchos pretendientes de su mano, tenia consagrada su virginidad á Jesucristo, y para conservar una virtud tan delicada, rara vez se dejaba ver en público, haciéndolo cuando era preciso cubierta con su manto ó con su velo; pero todo su cuidado en que ninguno la viese, no bastó para que dejasen de lograrlo los dos famosos magos. Encendióse en sus corazones un fuego tan infernal, tan impuro y tan lascivo, que formando en ellos una violentísima pasion, no perdonaron diligencia alguna para satisfacerla, teniendo por indubitable que con sus mágicos hechizos la pondrian en paraje de lograr sus perniciosas intenciones. Valiéronse de los mas poderosos medios de la magia; pero todo inútilmente. Invocaron á los demonios, y aunque estos pusieron en movimiento cuantos malignos artificios podian inventar para derribar á la ilustre doncella, sostenida de la divina Gracia en los mas terribles ataques y en las mas violentas tentaciones, ponia en vergonzosa fuga á las potestades del infierno con sus continuas oraciones y con sus rigorosas penitencias, pero sobre todo con la proteccion de la santísima Vírgen, de quien era devotísima.

Quejáronse altamente Luciano y Marciano al demonio sobre la ineficacia de su poder, puesto que no le tenia para rendir á una tierna doncella; y compelido el enemigo de una virtud superior á la suya,

confesó la verdad, diciéndoles: *Ya habeis experimentado la facilidad con que habeis pervertido las almas que no conocen á Dios, invocando nuestro auxilio; pero aunque empleemos todas nuestras facultades en esta casta doncella, nunca podrémos conseguir cosa alguna, pues tiene consagrada su virginidad al supremo Señor de todos, que es Jesucristo: este es el que la guarda, y quien nos aflige, y al que no puede resistir todo el infierno, como ni á la señal de la cruz con que se guarece cuando alguno de nosotros se acerca á tentarla, poniéndonos en vergonzosa fuga con una arma tan poderosa.*

Quedaron atónitos Luciano y Marciano al oir la confesion de los demonios, y reflexionando sobre la preocupacion y el engaño en que habian vivido hasta entonces, se dijeron mútuamente: *Si tanto es el poder de Jesucristo, que supera al de los demonios y al de nuestras artes mágicas, sin duda nos conviene convertirnos á él, temerlo y adorarlo; puesto que puede beneficiarnos mas que aquellos á quienes hemos servido hasta ahora.* Movidos de este discurso y de los influjos de la divina Gracia que comenzó á iluminarlos, recogieron los códices de sus malas artes, y llevándolos á la plaza de la ciudad los quemaron públicamente. Quedaron admirados todos los vecinos de Vich al ver una resolucion tan inesperada, y preguntándoles qué causa les impelia para arrojar al fuego los escritos de su profesion, respondieron ambos: *Porque Dios ha ilustrado nuestros entendimientos, librándonos de las tinieblas y de las sombras de la muerte en que hemos vivido hasta ahora, para que nos salvemos. Sabed, que las maravillas aparentes que hemos hecho, han sido invenciones vanas de los demonios por quien nos dirigiamos, los que intentaban sumergir nuestras almas en el infierno con sus falacias: por tanto nosotros reconocemos á Jesucristo por verdadero Dios, poniendo en él toda nuestra esperanza; porque si este aflige y refrena á los que nosotros hemos adorado, sin duda es mayor que ellos.*

Hechos cristianos Luciano y Marciano, quisieron dar á Dios satisfaccion de su mala vida; y dejando sus casas y sus muchas riquezas, se retiraron á un desierto, donde se entregaron á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. Irritados los demonios de que se hubiesen escapado aquellos por cuyos medios habian conquistado tantas almas, pusieron en ejecucion todos los artificios de su malicia, para separarlos de su buen propósito; pero aunque fueron muchos y muy violentos los combates que tuvieron que sufrir contra los enemigos de la salvacion y contra sí mismos, para romper sus inveteradas costumbres, con todo el Dios de justicia, que no cesaban de invocar desde el punto que conocieron su poder infi-

nito, les sacó victoriosos de todos los ataques con su recurso á la oracion y á la penitencia, valiéndose de la proteccion de la santísima Vírgen como madre de pecadores.

Pareció á los dos célebres eremitas, que con los ejercicios de una vida privada no daban á Dios satisfaccion suficiente de sus culpas, habiendo engañado á tantos con su perversa doctrina; y queriendo resarcir los daños que ocasionaron en el público, se presentaron en Vich á predicar las infalibles verdades de nuestra santa Religion, desengañando á los gentiles de los crasos errores en que vivian sumergidos, prestando adoracion á los demonios en las vanas estatuas de los ídolos bajo el velo de mentidas deidades. Admirados los de Vich al ver aquella extraordinaria novedad, decian: *Hé aquí los que nos enseñaban y facilitaban la satisfaccion de nuestros deseos, cómo ahora predican al Crucificado que antes despreciaban;* pero fortificados mas y mas los Santos en la fe, contestaban al pueblo: *Creednos, hermanos, porque si no hubiéramos conocido que esto es lo mejor, nunca nos hubiéramos convertido á Jesucristo, separándonos de una profesion que nos hacia célebres entre los hombres y nos llenaba de riquezas: por tanto os encargamos que os convirtais al mismo Señor, para que os salveis.*

Irritados los paganos de Vich con las conquistas que Luciano y Marciano hacian cada dia para Jesucristo, los delataron al gobernador de la ciudad, diciéndole: *Hé aquí unos hombres magos, que ahora predican lo que antes impugnaban, é impugnan lo que entonces enseñaban.* Era el juez cierto hombre llamado Sabino, uno de los mas fieros enemigos de los Cristianos, contra los que procedia severamente en fuerza de los impíos decretos que publicó contra la Iglesia el emperador Decio; y haciendo comparecer ante su tribunal á los dos predicadores, comenzó el interrogatorio acostumbrado en estos casos, preguntando á Luciano por su nombre y por su religion. *Yo me llamo Luciano*, respondió el Santo, *y mi religion es la de Jesucristo; porque aunque en algun tiempo fuí perseguidor de esta venerable ley, hoy aunque indigno soy de ella predicador.* — *Pues ¿qué oficio tienes*, replicó el tirano, *para ejecutarlo así?* — *El que es propio de toda alma racional*, contestó Luciano, *que debe sacar del error á su hermano, aconsejándole la verdad, para que se libre de los lazos del demonio.* — *¿Quién os persuadió*, continuó Sabino, *á que dejáseis á los dioses inmortales por quien conseguísteis muchos beneficios, y os conciliásteis el amor del pueblo, para convertiros á un muerto crucificado, que no pudo salvarse á sí mismo?* — *El mismo Señor*, respondió Marciano, *es el que nos iluminó, como lo hizo en otro tiempo con Pablo, que siendo primero per-*

seguidor de la Iglesia, fue despues un predicador celoso de su santa ley, ilustrado con la divina Gracia. — *Mirad por vosotros,* siguió el Gobernador, *y volved á vuestra vida antigua, para que tengais propicios á los dioses y á los príncipes del mundo.* — *Tú hablas,* dijo entonces Luciano, *como uno de los necios gentiles, mas nosotros damos gracias á Dios, porque nos sacó de las tinieblas y de las sombras de la muerte, dignándose conducirnos á la gloria de ser Cristianos.* — *¿De qué modo os defiende,* continuó Sabino, *ese Dios que predicais, dejándoos en mis manos, y no evita que incurrais en la muerte que os espera?* — *La gloria de los Cristianos,* contestó á esto Marciano, *no consiste en la vida presente que tú tanto estimas, sino en la eterna que esperamos en los cielos, perseverando en la fe de Jesucristo.* — *Dejad,* continuó Sabino, *semejantes necedades; oidme, y sacrificad á los dioses, cumpliendo en esto con los preceptos imperiales; pues de lo contrario haré que sufrais nuevos y exquisitos tormentos.* — *Haz lo que gustes,* respondió Marciano, *pues estamos dispuestos á padecer todas las penas que discurras, antes que negar al único y verdadero Dios que confesamos, para no caer en el fuego eterno, que el mismo Señor tiene preparado al diablo y á todos los idólatras que siguen sus engaños.*

Conoció Sabino por el interrogatorio que de nada aprovechaban todos sus esfuerzos para pervertir á los dos ilustres Confesores; y no pudiendo tolerar por mas tiempo su invencible resistencia, pronunció contra ellos la sentencia siguiente: *Porque Luciano y Marciano son transgresores de las leyes divinas, convirtiéndose á la vanísima de los Cristianos; y porque no han querido oir nuestras reconvenciones sobre el cumplimiento de los preceptos de los príncipes del mundo dirigidas á que se salven, mando que sean quemados.* Luego que llegaron los Santos al lugar del suplicio, oraron en esta forma: *Señor Jesús, nosotros no podemos daros las correspondientes gracias por habernos sacado del error de la gentilidad, y dignado conducirnos á esta pasion por tu santo nombre, haciéndonos participantes de las dichas de tus Santos: á tí encomendamos nuestras almas, para quien sea la alabanza y la gloria por los siglos de los siglos.* Concluida esta súplica, hicieron su oficio los verdugos, y arrojando á Luciano y á Marciano á una hoguera encendida, quedaron consumidas las dos preciosas víctimas en el dia 26 de octubre del año 251 ó 52, imperando en Roma Decio, y siendo pontífice san Fabian.

Los Cristianos recogieron las venerables reliquias de los dos insignes Mártires, y las ocultaron con el mayor secreto, retirándolas de la vista de los gentiles; pero luego que cesó el furor de la persecu-

cion, las colocaron en la iglesia de San Saturnino de Vich, donde estuvieron en grande veneracion hasta la pérdida de España, en la que temerosos los fieles de que tan precioso tesoro cayese en manos de los bárbaros, las ocultaron en el mismo templo con el sepulcro de mármol que las contenia. Así se mantuvieron muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestarlas en el año 1050, reinando en Cataluña el famoso conde de Barcelona Raimundo Berenguer, primero de este nombre, por medio de las maravillosas revelaciones y visiones angélicas que se dignó hacer á dos venerables presbíteros llamados Raimundo ó Ramon Ferrer, y mosen Raimundo ó Ramon. Halláronse las venerables reliquias con las inscripciones de los nombres, del orígen, del tiempo y del lugar de la pasion de los Santos, y se colocaron después con el honor debido en el mismo templo en el año 1342, reinando en Cataluña el rey D. Pedro IV de Aragon, y tercero de Cataluña. Solicitaron los canónigos Pedro Surigueres, Berenguel de Colomer y Juan de Abendo, que se hiciese la traslacion de las reliquias de los insignes Mártires á lugar mas decente; y ejecutado este acto con anuencia de D. Galcerato, obispo de Vich, por medio de una solemne procesion, en la que asistieron muchas personas condecoradas, se colocaron en el altar mayor de la iglesia de San Saturnino, donde son tenidas en grande veneracion.

La Misa es en honor de san Evaristo, y la Oracion la siguiente:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriae actionis gravat, beati Evaristi martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, dígnate de sostenernos por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice san Evaristo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *del apóstol Santiago.*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum vero

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí, y le aficiona. Después la concupiscencia, ha-

cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae ejus.

biendo concebido, pare el pecado; y el pecado después, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

Ninguno diga cuando es tentado que le tienta Dios. Dios no puede tentar al mal; y así este Señor á ninguno tienta; y por tanto cada uno es tentado por el cebo y por los atractivos de su propia concupiscencia. Pocos disolutos, pocos mundanos, pocos pecadores hay que no echen la culpa de sus desórdenes á la malignidad del tentador, pretendiendo excusarlos con la violencia de la tentacion. El mundo todo es peligros, esto no se niega; pero porque todo es peligros el mundo, ¿nos hemos de arrojar á ellos aturdida ó atolondradamente? ¿Será razon vivir en el mundo sin preservativos, sin atencion y sin temor? Es el mundo un mar borrascoso y cubierto todo de escollos: los navichuelos pequeños y poco cargados los evitan con mas facilidad que los vasos soberbios y corpulentos, los cuales reciben mas viento, y se gobiernan con mayor trabajo. Pero después que se habla tanto de este proceloso mar, tan famoso por los naufragios, ¿se han hecho por ventura mas cuerdos, mas avisados y mas prevenidos los que se engolfan en él? Ya si á lo menos nos hiciera mas vigilantes la multitud de los peligros de la salvacion; pero ¡ah! que sucede todo lo contrario; cuanto mas hay por qué temer, menos se teme. ¿Dónde se vive con menos precauciones contra los malos deseos, que en medio de los objetos que los excitan mas? En las cortes de los príncipes, en el centro de este mundo inficionado y engañoso, ¿qué preservativos se aplican para no contraer el contagio? ¡Y después nos quejamos, y después nos admiramos de que sean tan contados los que se preserven de él! Mas nos debiéramos admirar de que alguno se preservase. Si en un Estado donde todo es tentacion, todo lazos y peligros; si en un país donde estuviesen inficionadas cási todas las fuentes, cási todos los manantiales, y se tomasen pocas ó ningunas precauciones para librarse del veneno, se conservasen muchos por largo tiempo en perfecta y robusta salud, ¿no seria cosa muy extraña? Las almas ino-

centes, las mas puras se sustentan con la penitencia; rodeadas de espinas y de abrojos, aun no consideran segura la delicada flor de la pureza. El mas leve soplo de viento las sobresalta. La menor infidelidad, la mas ligera imperfeccion causa inquietud á su fervor; ni aun con todas estas precauciones se dan por seguras, ó se imaginan exentas del peligro; mientras una alma imperfecta, una persona religiosa poco observante, poco mortificada, poco inocente, se expone sin temor á los mayores riesgos. No nos quejemos ya ni de los muchos peligros de la salvacion, ni del corto número de los predestinados. Con nosotros mismos llevamos los peligros; en nuestro mismo terreno nace la tentacion. No contentos con el enemigo doméstico que nosotros mismos mantenemos, vamos á buscar otros extraños y forasteros; ¿qué maravilla que seamos vencidos, ni qué milagro que nos precipitemos? Hay condiciones, hay estados (es verdad) en que son mayores y mas frecuentes los peligros; pero todo país donde abundan insectos ponzoñosos, abunda tambien en contravenenos, siendo igualmente fecundo en preservativos y en remedios.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens, rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De la necesidad de la penitencia.

Punto primero.—Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo; la inocencia ó la penitencia. No hay medio. Ó nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Buen Dios! ¿quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? Pues ¿quién se podrá excusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino; por lo menos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabriquémonos el sistema que nos pareciere; finjámonos la moral que se nos antojare; pretextos de salud, vanos títulos de la edad, excusas frívolas del amor propio, alegatos aéreos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno ó penitencia.

Es esta vida el tiempo de la misericordia; es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos; estos son los que conserva y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada suya. Sí por cierto; quiere Dios dejar á tu buena fe el castigo de tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen; ¿puedes poner tus intereses en manos mas favorables ni amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¿Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador? Las almas mas puras, los Santos mas inocentes pasaron la vida entre los rigores de espantosas penitencias; ¡con cuánta amargura de su corazon, por cuán largo espacio de tiempo mezclaron su pan con las lágrimas por los pecados mas ligeros! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma Religion; hemos pecado. ¡Ah! que ninguno hay que no pueda decir con verdad como el Profeta: *Mis maldades me cubrieron mas arriba de la cabeza.* (*Psalm.* xxxvii.) Pero ¿cuál es nuestra penitencia? En medio de eso, ninguno hay que no espere lograr la misma dicha que gozan los Santos; ninguno que no aspire á la misma corona. Mas ¿en qué fundará esta confianza? en los méritos de Jesucristo. Sin duda que á estos divinos méritos deberémos nuestra salvacion. Pero ¿será sin hacer penitencia? Escuchemos al oráculo del mismo Jesucristo: *Si no hiciereis*

penitencia, todos pereceréis. (*Luc.* XIII.) No ignoraba él lo que valia su sangre; conocia perfectamente el precio y la virtud de sus merecimientos. En medio de eso, con toda mi redencion sobreabundante, con el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará si no hace penitencia. *Omnes,* todos pereceréis; el rey como el vasallo; el amo como el siervo; *todos.* La mujer noble como la plebeya; la señora como la criada; *todos:* el letrado, el hombre de negocios, el mercader, el seglar, el eclesiástico; vosotros, jóvenes, y vosotros, viejos, agobiados con los años; hombres del mundo y religiosos, si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis. Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios, y cuánto me acusa en este mismo punto mi conciencia! ¡qué remordimientos! ¡qué temores! ¡qué justos sobresaltos! Y ¿será posible que todo esto sea sin provecho?

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué enorme error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no quereis renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debeis estar persuadidos á que el que pecó, si no hace penitencia, vanamente se lisonjea de conseguir su salvacion. (*Marc.* I.) ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina?

Pero ¿no será hacer bastante penitencia confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias, impuestas en la confesion? ¿no bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: y ¿será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la penitencia no se ha de reducir mas que á esto?

Los Santos que no conocieron otra moral que la de Jesucristo ¿entendieron por ventura aquella doctrina segun esta benigna interpretacion? Ni aun nosotros mismos, aunque no tengamos mas que una leve tintura de nuestra Religion, ¿nos persuadirémos fácilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestros pecados, se reducirá á una tan corta, tan ligera y tan superficial satisfaccion? ¿Será esta toda la penitencia cristiana después de tan enormes culpas?

¡Qué! esas almas disolutas, esos insignes pecadores, esas mujeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpió por algunas pocas horas, una ó dos veces al año, el juego, el fausto, las diversiones, los banquetes y acaso tambien los mas vergonzosos pecados; esas personas que se dispusieron para la confesion pascual, disfrutando los gustos y los pasatiempos en el carnaval; que con vanísimos pretextos se dispensaron en el ayuno y en la abstinencia de la Cuaresma; ¿todas esas personas hacen verdadera penitencia?

¡Qué! aquellas otras personas tan inmortificadas, que á la sombra de cierta exterioridad de virtuosas, y aun acaso en un estado de penitencia, quizá buscan en todo sus conveniencias y sus comodidades; que puede ser no tengan á los ojos de Dios otra cosa de verdaderos penitentes que la indispensable obligacion de serlo; aquellas personas que solo obedecen y se gobiernan por su amor propio, ¿harán verdadera penitencia? Y si en adelante no entablan una vida mas penitente, ¿en qué principios, contrarios á la palabra de Jesucristo, fundarán la confianza de conseguir su salvacion?

Pero ¿no estamos nosotros mismos en este caso? Sabemos ciertamente que hemos pecado; ¿estamos igualmente seguros de nuestra penitencia? ¿siguióse á aquella contricion verdadera la fuga de las ocasiones, la reformacion de las costumbres, la modestia en el traje, y otros frutos dignos de verdadera penitencia?

Mi Dios, ¡cuántos cargos tengo que hacerme á mí mismo! y ¿cómo podré sufrir los que algun dia me haréis Vos, si no comienzo á hacer penitencia desde este mismo punto? Palpo la precision; conozco la indispensable necesidad; todo lo arriesgo si lo dilato. Aunque dentro de veinte y cuatro horas tenga que ir á daros cuenta de mi vida, por lo menos tendré el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS. — Examinaré de aquí adelante, mi Dios, todos los años de mi vida en la amargura de mi corazon. (*Isai.* LXXXVIII).

¡Oh, y quién diera á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis pecados! (*Jerem.* IX).

PROPÓSITOS.

1 Pocos hay que no confiesen, y muchos menos que no tengan sobrada razon para confesar que son grandes pecadores. Pero ¿dónde está la penitencia? ¿de qué servirá el estéril conocimiento, y esa infecunda confesion sino de aumentar nuestras deudas? ¿de qué servirá reconocerse uno pecador si no pasa á ser penitente? Y no hay que atrincherarse, no hay que cubrirse ni con la ternura de la edad, ni con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con la clase, con la calidad. Para quien pecó no hay salvacion si no hace penitencia. Fuera de la penitencia interior, que pasa allá dentro del alma en la amargura del corazon, es menester la exterior que mortifique al cuerpo, que le dome y que le humille. Da principio por las penitencias de precepto: las abstinencias de obligacion, los ayunos de la Iglesia son leyes inviolables de que jamás te debes

dispensar con frívolos pretextos. Es mucho desórden el de hoy; parece que estas santas leyes solamente se hicieron para los claustros religiosos, ó para la gente comun. Las personas de distincion, las ricas, las de conveniencias nunca tienen bastante salud para comer de vigilia; es preciso que se las dispense. Pero ¿autorizará Dios estas dispensaciones? Examina lo que has delinquido en este punto. Haz un firme propósito de observar con todo rigor todas estas penitencias de precepto. Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen en ellas sin grave é indubitable motivo; mira que te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con aquellas penitencias comunes en que ningun cristiano debe jamás dispensarse sin causa legítima y verdadera; hay otras particulares, que no te son menos necesarias en atencion á tus necesidades espirituales. La vista, el nombre solo de ciertos instrumentos de penitencia espanta, estremece á algunas personas, á quienes no extremecieron ni espantaron los desórdenes mas vergonzosos y mas enormes. ¡Con cuánta razon se podria preguntar á muchos si la multitud y la enormidad de sus pecados los dispensaban de este género de penitencias! Porque, ¡cuánto lo extrañan, cuánto recalcitran, y aun cuánto escandalizan si tal vez un confesor celoso tiene valor para imponérselas en la confesion! ¡Cosa extraña! un jóven, una tierna doncella vuelven las espaldas al mundo aun antes de haberle conocido; retíranse á conservar la inocencia bautismal entre los rigores de la penitencia; mientras un hermano suyo perdido y estragado, una hermana suya entregada á las vanidades del mundo viven como anegados, como sumergidos en el desórden, y no pueden siquiera sufrir que se les hable de penitencias ni de mortificaciones. Pero ¿será muy semejante la eterna suerte de estos? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes hacer en este particular. No dés oidos á tu delicadeza, sino á tu conciencia, á tu Religion y á tus necesidades; si eres inocente, la penitencia es la sal que preserva de la corrupcion: si eres pecador, la penitencia es el contraveneno del pecado.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de los santos apóstoles Simon y Judas.

El martirio de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, en Ávila en España; los cuales primero fueron estirados en el caballete hasta que se les descoyuntaron todos los miembros; después poniéndoles las cabezas sobre unas

piedras, las machacaron hasta hacerles saltar los sesos, en cuyo tormento consumaron el martirio. Fue esto por sentencia del presidente Daciano. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Florencio, mártir, en Tille le Chasteau en Borgoña. *(Aunque algunos han confundido este san Florencio, mártir, con otro san Florencio, confesor, al cual hace fiesta la Iglesia de Sevilla el dia 23 de febrero,* véase su noticia en dicho dia, *tiénese por cierto que el san Florencio que hoy se señala padeció en Tille, lugar que si bien se ha pretendido por del territorio de Sevilla, no pertenece sino á la Galia, conforme lo colocan los Martirologios; ó no equivocarse tal vez con Sile, pueblo del Egipto inferior, ó con Tele junto á Medina de Rioseco, donde se tuvo el concilio Telense.* Nicol. Anton., Censura de hist. fab., lib. 4, cap. 4, § 18, pág. 131. — Florez, Esp. Sag., t. 9, pág. 304).

Las santas mártires Capitolina, y Erotéida, su criada, en Capadocia; las cuales padecieron en tiempo de Diocleciano.

San Frumencio, obispo, en la India; el cual primeramente fue llevado cautivo á aquel país, y después ordenado obispo por san Atanasio, dilató el Evangelio en aquellas provincias. *(Nació en Tiro, de padres cristianos, y era todavía de tierna edad cuando acompañando á un tio suyo que se dirigia á la India, cuyo nombre daban los antiguos á Etiopia, cayó esclavo de los bárbaros de aquel pais. Siendo presentado al rey en Axuma, mandó este que le educasen, mas adelante le nombró su secretario de Estado, y cuando murió le dió no solamente la libertad, sino que encargó á la Reina, que debia gobernar en calidad de regenta, que se confiase absolutamente al consejo de Frumencio. Entonces aprovechándose el Santo del favor de que gozaba, lo protegió, y muy pronto el cristianismo se hizo respetable á los infieles. En este estado se dirigió san Frumencio á san Atanasio en Alejandria, y le pidió un obispo para completar la obra que él habia comenzado; y san Atanasio creyó que nadie mas á propósito para el caso que el mismo Frumencio, y en su consecuencia fue consagrado en la misma ciudad de Alejandria. De vuelta á Axuma, con sus predicaciones y milagros consiguió que toda la nacion abrazase la religion cristiana. Bautizó á toda la familia real, y después de regularizar la nueva Iglesia, que le reconoce por su apóstol, murió en la paz del Señor en Axuma, durante el siglo IV. Esta ciudad se llama ahora Accum, y pequeña y arruinada como está, se titula única ciudad de Abisinia. Hállase á cuarenta y dos leguas de Adala, dos millas del mar Rojo, y era antiguo puerto de mar, y el mayor de toda Etiopía. Las antiguas inscripciones, los obeliscos y otros monumentos que por sus contornos se descubren, iguales á los de Menfis, son pruebas ciertas de su pasada grandeza).*

San Elesbaan, rey, en Etiopia; el cual después de haber vencido á los enemigos de Jesucristo, dejó la corona real *(abdicándola en favor de su hijo),* y fué á Jerusalen en tiempo del emperador Justino á profesar vida monástica, segun el voto que de esto tenia hecho; y perseverando en este estado voló al Señor.

SAN VICENTE, SABINA Y CRISTETA, MÁRTIRES.

Entre los mas ilustres Mártires de Jesucristo, que en tiempo de las persecuciones gentílicas dieron pruebas de su valor y de su ardiente celo por la defensa de la religion cristiana, son dignos de memoria eter-

na los tres insignes hermanos san Vicente, Sabina y Cristeta, los cuales fueron naturales, segun unos de la villa de Talavera, sita en la provincia de Toledo, y segun otros de Evora en Portugal; bien que la diferencia de estas opiniones se concilia con saber que Talavera se llamó Elbora en la antigüedad, segun escriben varios autores nacionales.

Los emperadores Diocleciano y Maximiano enviaron á España en clase de presidente ó gobernador á Daciano, hombre bárbaro y cruel, con el perverso intento de extinguir si pudiese la religion y el nombre cristiano, á cuyo fin hizo todos cuantos esfuerzos y tentativas le fueron posibles. Después que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas de inocentes cristianos en Barcelona, Zaragoza, Toledo y otros pueblos, dejando en todas partes por donde transitó horrorosas señales de su barbarie, se presentó en Talavera esta fiera revestida de carne humana, haciendo por sí y por medio de sus ministros las mas exquisitas pesquisas en busca de los profesores del cristianismo, para obligarles á sacrificar á los dioses romanos, ó hacerles sufrir de lo contrario los tormentos y penas mas inhumanas.

Brillaba á la sazon en Talavera un jóven llamado Vicente, educado en la religion cristiana, tan ejemplar y tan modesto, que la justificacion de su conducta servia de edificacion hasta á los mismos paganos. Preso por esta causa, lo presentaron á Daciano, quien viendo su compostura y su gallarda disposicion, fingiendo al parecer una falsa compasion, intentó pervertirle con halagos y caricias. Preguntóle qué secta profesaba; y sin turbarse Vicente le respondió con valentía de espíritu, que la religion de Jesucristo, por cuyo nombre se llamaba cristiano. *¿Y qué*, siguió el Presidente, *adoras por Dios á un hombre que por sus delitos crucificaron los judíos?* — *Calla*, replicó entonces el Santo, *no vituperes á quien debias venerar si no estuvieras endemoniado.* Daciano disimuló la injuria por entonces, lisonjeándose que rendiria en juicio al jóven Vicente continuando el interrogatorio con blandura, y siguiendo esta idea le dijo: *Perdono á tu juventud esas libertades, pues conozco que no has llegado á edad de una prudencia cabal, por lo que te debo aconsejar que me oigas como á padre, y como tal te ordeno que sacrifiques á los dioses imperiales.* A lo que satisfizo Vicente: *Careceria de sólido entendimiento, si menospreciando al Dios verdadero que crió el cielo, formó la tierra, penetró los abismos y ciñó los mares, diese culto á los falsos dioses de leño y piedra, representados en las estatuas vanas.* — *Pues ¿quién es el Dios que hizo esas maravillas*, replicó el tirano, *sino Júpiter?* — *Júpiter*, respondió Vicente, *fue un hombre inútil, cuyas maldades y torpezas publican vues-*

tros mismos libros; pero mi Dios es santo é inmaculado, uno en esencia y trino en personas, quien por su infinito poder y suma bondad hizo las obras admirables que en el cielo y en la tierra vemos y sabemos; las cuales por todas partes testifican su divinidad.

Encendido Daciano en un furor extraordinario al oir las concluyentes respuestas de nuestro Santo, mudando de tono le dijo: *Es cosa indigna para mí cuestionar con un jóven bisoño; y puesto que no obedeces á mis mandatos, eres indigno de que oiga tus razones. Lo que de tu Dios puedes hablarme ya lo tengo oido de otros fanáticos tan ciegos, tan perdidos y tan destemplados como tú, que debes consultar á tu edad, y dar á otros ejemplo; y así sacrifica luego al grande dios Júpiter.—Sacrificale tú,* respondió Vicente, *pues has de caer con él en el fuego eterno del infierno, que está preparado para el demonio y sus secuaces.*

No pudiendo ya sufrir Daciano el desprecio que el valeroso jóven hacia de su autoridad y de sus amenazas, levantando la voz en tono descomedido, dijo á sus ministros: *Apartad de mi vista, y retirad de mi presencia á ese mancebo sacrílego, y notificadle el edicto publicado, para que, ó sacrifique á Júpiter, ó sea condenado en el mismo lugar que lo resista á una muerte infame, acompañada de crueles tormentos.* Condujéronle los ministros á una de las plazas de Talavera para que se ejecutase el sacrificio ordenado. Pero apenas puso el santo jóven los piés en la piedra del ara de aquel falso dios, cuando convirtiéndose su dureza en una blandura maravillosa, quedaron en ella impresas sus plantas como en blanda cera; de cuyo prodigio pasmados los ministros gentiles, reconociendo que ninguno de sus dioses obraba maravillas semejantes, no pudieron menos de confesar que era el verdadero el Dios que adoraba Vicente; por lo que suspendiendo la ejecucion con deseo de librarlo de la muerte, pretextaron á Daciano que pedia el jóven el término de tres dias para deliberar en el asunto, los que concedió, guardándole en el interin en una casa particular.

Puesto el Santo en aquella prision, concurrieron á visitarle muchos fieles y paganos, de los que convirtió á no pocos á la fe de Jesucristo á virtud de sus nerviosas persuasiones, desengañándoles de los delirios y necedades que adoptaba la idolatría contra todo lo que dicta la razon en las supersticiones gentílicas. Pasaron tambien á verle sus hermanas Sabina y Cristeta, y le hicieron presente el desamparo en que quedaban, á fin de inclinarle á que huyese de la cárcel. *Ya ves,* le decian bañadas en tiernas lágrimas, *nuestra soledad; huérfanas de padre y madre, sin mas amparo que el tuyo, si éste nos falta, ¿quién defenderá nuestra pureza del furor de los bárbaros? ¿quién for-*

talecerá nuestro ánimo? Oye nuestras súplicas, sal de la prision para que huyamos juntos; si bien para librarte ahora, no para que se nos niegue otra ocasion en que todos los tres consagremos á Dios nuestras vidas, y si llega este caso, vivamos las dos contigo con decoro y aumento de santidad.

Rendido Vicente á las lágrimas y á los ruegos de sus hermanas, valiéndose de la oportunidad que le ofrecieron los guardas de la cárcel, se ausentó una noche con Sabina y Cristeta tan aceleradamente, que aunque Daciano despachó tras ellos sus ministros á marcha precipitada, no pudieron alcanzarlos hasta la ciudad de Ávila donde los prendieron; y sacándoles fuera de las puertas de la ciudad, extendiendo á cada uno en su potro, les azotaron con la mayor crueldad, y descoyuntaron sus miembros á fuerza de exquisitos tormentos. Pero como los tres Santos no cesaban de alabar á Dios en el suplicio, llenos de alegría porque se consideraban dignos de padecer por amor de Jesucristo, irritados los bárbaros á vista de su constancia, poniendo las cabezas de los Santos sobre unas piedras, con otras y con palos les dieron tan recios golpes, que saltaron los sesos por varias partes, logrando por medio de este castigo inhumano la apetecida corona del martirio en el dia 27 de octubre del año 303 ó 304.

Dejaron los verdugos tirados en el suelo los venerables cuerpos de los tres ilustres Mártires con el perverso fin de que fuesen pasto de las fieras; pero manifestando Dios su visible proteccion en favor de aquellos apreciables cadáveres, dispuso que para defenderlos de todo insulto saliese de entre las breñas una serpiente formidable que causaba muchos estragos en las inmediaciones de Ávila. A este prodigio se siguió otro no menos maravilloso, y fue, que queriendo un judío poderoso de la ciudad insultar las sagradas reliquias, apenas llegó donde estaban se enroscó á su cuerpo la sierpe apretándole con tanta fuerza que le puso en términos de espirar, manteniéndose por espacio de una hora con silbidos espantosos en ademan de devorarlo, hasta que conociendo el hebreo ser aquel un visible castigo del cielo por su perfidia, prometiendo á Jesucristo que si le salvaba del peligro abrazaria la fe, y daria sepultura á los cuerpos de los Mártires, dejándole al punto la fiera, que jamás se volvió á ver, cumpliendo sin tardanza su promesa, recibió el Bautismo, y acompañado de otros cristianos practicó el piadoso oficio prometido. Después erigió un templo magnífico en honor de los Santos sobre su sepulcro, al que quiso el Señor hacer célebre por medio de una multitud de prodigios en favor de los que concurrian á tributarles los debidos obsequios, y á implo-

rar su patrocinio. Habido por tan célebre, que siguiendo muchos fieles la práctica de jurar sobre los sepulcros de los insignes Mártires y Santos, lo ejecutaron sobre el de san Vicente. Bien que los reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel en las Cortes de Toro prohibieron semejante costumbre por los perjuros que de ella resultaban; cuya prohibicion se lee en una de las leyes de la Recopilacion en estos términos: *Otro sí mandamos, que ningun juramento, aunque el juez lo mande hacer, ó la parte lo pida, se haga en san Vicente de Ávila, ni en el herrojo de santa Águeda, ni sobre el altar, ni cuerpo santo, ni sobre las reliquias del cuerpo de san Isidro de Leon, ni en otra iglesia jurádera, etc.*

El culto de estos santos Mártires se extendió desde luego por toda la Iglesia, segun consta así del Oficio antiguo muzárabe, como de los Martirologios de Usuardo y Adon, y del Romano y otros.

No obstante algunas piadosas contiendas, se cree que la mayor parte de las reliquias de estos tres Santos existen en los sepulcros de Ávila, como consta del privilegio de D. Fernando IV que publicó Gil Gonzalez, en que aquel Rey confirma todas las franquezas y libertades que D. Alonso su abuelo y D. Sancho su padre hicieron á aquella iglesia.

SANTA ANASTASIA, VÍRGEN, Y SAN CIRILO, MÁRTIRES.

Después de la muerte de Galo, que sucedió el año de 244, ascendió al imperio Valeriano, el cual se mostró muy favorable á los Cristianos á los principios de su reinado, y tanto, que ninguno de sus predecesores los habia tratado con igual benignidad. Así en público como en particular les daba siempre señales de su singular afecto y cariñosa inclinacion; de manera, que habia dentro de su mismo palacio tanta multitud de siervos de Dios, que mas parecia una iglesia que la corte de un emperador pagano; pero si fue tan extraordinaria para ellos esta blandura, no lo fue menos la cruel violencia con que después los persiguió. Engañado el miserable Príncipe por un egipcio que hacia profesion de mago, se dejó arrastrar á todo género de impiedades, no ofreciéndosele el menor reparo en sacrificar al demonio víctimas humanas. Era como consecuencia forzosa de esta sacrílega impiedad la persecucion de la Iglesia, por ser los Cristianos los mayores y mas declarados enemigos de la magia, siendo pocos los que con el nombre solo de Jesucristo y con la señal de la cruz no disipasen, deshiciesen y aniquilasen todos los efectos y encantos del demonio. Irritado y animado el Emperador por su abominable privado

y confidente, que absolutamente le dominaba, excitó contra la Iglesia la persecucion mas cruel que hasta entonces habia experimentado. Comenzó esta persecucion el año de 247, y fue la octava que se levantó contra ella.

Entre la gran multitud de sagradas víctimas que fueron sacrificadas á Jesucristo por este cruel tirano, una de las mas ilustres fue santa Anastasia. Habia nacido en Roma de padres cristianos, y de familia distinguida por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Criáronla sus padres con cuidado en los principios de la Religion verdadera, aunque hubo poco que hacer en su educacion; porque habiendo nacido la niña con inclinaciones naturalmente cristianas, ella misma prevenia muchas veces las piadosas lecciones que se la daban. Pero las virtudes que principalmente hacian su carácter eran la modestia, la devocion y el amor á la virginidad; pues aunque era una de las mas hermosas damas que se celebraban en Roma, y aunque la brillantez de su despejado entendimiento añadia nuevo lustre á su hermosura, se reconocio desde su mas tierna infancia que no tomaba gusto á las vanidades del mundo, y nunca admitiria otro esposo que a Jesucristo. Pasó su primera juventud dentro de la casa de sus padres, continuamente retirada, invisible á los ojos de los hombres, y ocupada únicamente en el cuidado de hacerse agradable á los de Dios. Consiguiólo; y aquel Señor, que la habia escogido para formar en ella una de las mas amadas esposas suyas, enriqueció su alma con sus mas preciosos dones. Aprovechóse bien de ellos Anastasia; pues abrasada toda en el fuego del divino amor, empleaba todo el tiempo en continuos ejercicios de fervorosa virtud. Era la oracion su ocupacion principal; y como tomaba tanto gusto en el trato con Dios, ninguna cosa podia distraerla de él. Estaba reñida con todo género de ociosidad, y toda la labor que hacia la destinaba al servicio de los pobres, ó al adorno de los altares.

Muertos sus padres, solo pensó en buscar para esconderse algun otro retiro mayor. Habia en Roma cierta congregacion ó compañía de doncellas consagradas á Dios, las cuales vivian de comunidad en una especie de monasterio. Gobernábalas una superiora llamada Sofía, doncella de virtud sobresaliente, perfectamente instruida en los caminos del Señor, y dotada de extraordinaria prudencia. Renunció Anastasia todos sus bienes, con todas las grandes esperanzas que la prometian en el mundo sus brillantes prendas y noble nacimiento, y á los veinte años de su edad se fué á encerrar en aquella especie de convento, poniéndose para siempre bajo la direccion de tan santa

superiora. Fue recibida en él como un rico presente con que el cielo la regalaba; pero al mismo tiempo como un depósito pasajero, que no habia de durarle mucho; porque su maestra y superiora sintió no sé qué secreto prenuncio de que tan eminente virtud mereceria algun dia la corona del martirio. No fue necesario activar su fervor, sino moderarle; porque atenta á desempeñar exactamente las mas menudas obligaciones del estado, en breve tiempo fue uno de los mas perfectos modelos de la vida religiosa. El abrasado amor que profesaba á Jesucristo, su celestial esposo, y la extrema ternura con que amaba á la Reina de las Vírgenes, aumentaban cada dia su alto concepto de la virginidad, y su ardiente deseo del martirio. Sin duda que para disponerla mejor á esta duplicada palma, permitió Dios que fuese ejercitada en muchos y vigorosos combates. El demonio llevaba con mucha impaciencia tanta virtud en una tierna doncella en lo mas florido de su edad, dotada de tan singulares prendas, y sobre todo de aquella rara hermosura que con tanto esmero procuraba ella misma esconder, haciéndose invisible; por lo cual aquel formidable enemigo de las castas esposas de Jesucristo puso en movimiento todas sus máquinas para derribarla. Sintióse asaltada de las mas furiosas tentaciones, alborotándose en su corazon unas violentas pasiones que la purísima doncella no conocia, y el tentador hizo cuanto pudo para vencerla, ó á lo menos para desalentarla; pero estos ataques solo sirvieron para hacerla mas aguerrida, disponiéndola Dios por estos combates interiores á mas ruidosas y mas ilustres victorias.

Habiéndose publicado los edictos del emperador Valeriano contra los Cristianos, se desataron contra ellos los ministros idólatras como fieras encarnizadas y sedientas de su sangre, corriendo por todas partes para arrastrarlos al suplicio. Como Anastasia habia hecho en Roma tanto ruido, ya por su pública adhesion á la fe de Jesucristo, ya por su notoria ejemplarísima virtud, no podia menos de ser uno de los primeros objetos de su furor; y noticiosos de que estaba retirada en casa de la matrona Sofía, volaron allá para sacarla de ella. Acude al monasterio una tropa de gente perdida mandada por un oficial; fuerza las puertas, y á nombre del prefecto de Roma, llamado Probo, uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, pide que se le entregue á Anastasia. Informada Sofía de lo que pasaba, corre apresurada al cuarto de su querida discípula, y abrazándola tiernamente: *Ea, hija mia,* la dice, *ya llegó la hora en que te llama tu divino Esposo. Vé, inocente víctima, vé á ser sacrificada por la gloria y por el amor de aquel que quiso primero ser sacrificado por tu amor en el ara*

de la cruz. Combate como generosa cristiana, y muéstrate digna de esposo tan celestial. No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando entraron aquellas furias del infierno; y arrebatando á la castísima doncella, la condujeron al palacio de Probo. Luego que este la vió, prendado de su singular hermosura, no menos que de su virginal modestia, léjos de mostrarse colérico ni airado, la trató con dulzura, con atencion y con respeto. Preguntóla luego por su nombre: *Llámome Anastasia*, respondió la Santa, *y tengo la dicha de ser cristiana.—Peor para tí*, replicó el juez, *esa profesion te perjudica, y ese solo borron desluce todas las prendas que brillan en tu persona. Aconséjote, hija mia, que sin detenerte un punto á deliberar, renuncies una religion que atrae todo género de desdichas sobre aquellos infelices que la profesan. Tu modestia me ha encantado, y mucho mas tu hermosura: de mi cuenta corre tu fortuna; mereces sin duda ocupar uno de los primeros lugares en la ciudad y en la corte; ven conmigo al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio. Por lo demás debo decirte, que si te resistes con terquedad y con imprudencia á obedecerme, bien puedes hacer el ánimo á sufrir los mas crueles tormentos.*

Ya le tengo hecho, respondió la Santa, *y estoy resuelta á padecer cuanto hay que padecer por la gloria de mi Dios. Cristiana quiero ser aun á costa de mi vida: ni creas vanamente que me tienten tus promesas, ni que me espanten tus amenazas. El Dios todopoderoso á quien adoro, mi Señor y Señor tuyo, sabrá darme fuerzas para sufrir los mas horrorosos suplicios.* Aturdió á todos los circunstantes una respuesta tan animosa como poco esperada; pero irritó furiosamente al Prefecto. Mandó que la abofeteasen, lo que se ejecutó con tanta crueldad, que quedó la Santa bañada toda en su sangre, y cargada de cadenas la cerraron en una cárcel. Salíala al rostro la alegría del corazon, al mismo tiempo que la sangre corria de sus narices; los cardenales de sus mejillas y el peso de sus cadenas sacaban lágrimas de compasion aun á los mismos paganos. Como perseverase en confesar á Jesucristo, el Prefecto, que por otra parte era de genio bárbaro y cruel, mandó que la aplicasen á una horrible tortura, y que mientras todos sus miembros fuesen dislocados con ella, la abrasasen los costados con hachas encendidas, suplicio espantoso que la Santa toleró, no solo sin exhalar la mas mínima queja, sino con una serenidad y un gozo que á todos llenó de admiracion. El tirano habia dado órden á los verdugos de que se valiesen de toda su industria y de toda su inventiva para atormentar á la invencible Mártir; y como vieron que ni el fuego ni la tortura hacian impresion en su invariable constancia, les ocurrió

el pensamiento de arrancarla los pechos; y después hicieron lo mismo con las uñas y con los dientes, que todos los hicieron saltar de la boca á golpes de martillo, sin que en medio de tan horrorosa carnicería cesase Anastasia de bendecir y de cantar alabanzas al Señor. Naturalmente habia de espirar á violencia de tan crueles tormentos; pero el mismo que era absoluto dueño de su alma, sostenia milagrosamente su cuerpo, dándola fuerzas superiores á todos ellos; y con efecto, restituida á la cárcel, se halló de repente perfectamente sana de todas sus heridas.

Debiera convertirse el tirano á vista de tan palpable prodigio, si los tiranos se convirtieran. Noticioso del portento, é informado del desprecio con que la Santa trataba á sus mentidas deidades, llamándolas dioses de metal, de piedra, de barro y de madera, mandó que la arrancasen la lengua. Sabiendo Anastasia la órden del Prefecto, aprovechó todo el tiempo que precedió á la cruel ejecucion, empleándole en dar gracias á Dios públicamente por la merced que le hacia, y en cantar con voz mas esforzada sus divinas alabanzas. Fue dolorosa la operacion, y salió de su boca un arroyo de sangre que tiñó toda la ropa. Como la Santa sintió que se iba desmayando, reparó en un cristiano llamado Cirilo que estaba cerca de ella, á quien rogó por señas que la socorriese con algunas gotas de agua. Hízolo así Cirilo, y esta generosa caridad le mereció la palma del martirio. Suplia Anastasia la falta de la lengua, levantando sin cesar las manos al cielo para bendecir mas y mas al Señor, pidiéndole que la asistiese hasta el último momento de su vida; viéndolo el tirano, tuvo todavía la barbaridad de mandarla cortar las manos y los piés, después de lo cual, habiéndola cortado la cabeza, adornada de tantas galas como suplicios, segun se explica el Martirologio romano (*véase el de mañana*), voló á la gloria en busca de su celestial Esposo. Al mismo tiempo Cirilo, aquel caritativo cristiano que la habia dado el agua á ruego suyo, recibió la corona del martirio en premio de su caridad, habiéndole cortado la cabeza en el propio dia, que fue el 27 de octubre, hácia el año 249.

Refiere Surio que la virtuosa Sofía estuvo en oracion todo el tiempo que duró este combate de su querida discípula, y que noticiosa de su glorioso triunfo, halló modo de apoderarse del santo cuerpo, que envolvió con veneracion en una tela; pero como por su avanzada edad no tuviese fuerzas para llevarle, vió venir á dos hombres venerables que cargaron con él y le enterraron fuera de la ciudad.

La Misa es en honor de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui inter caetera potentiae tuae miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui sanctorum Vincentii, Sabinae et Cristellae, virginum et martyrum tuorum natalitia colimus, per eorum ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre las otras maravillas de tu poder diste fuerzas aun al sexo mas frágil para conseguir la corona del martirio; danos gracia para que caminemos á tí imitando los ejemplos de tus vírgenes y mártires san Vicente, Sabina y Cristeta, cuya fiesta celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meae, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fue oida; y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

REFLEXIONES.

Dios y Señor mio, tú exaltaste mi habitacion sobre la tierra. Todos somos forasteros en el mundo, el cielo es propiamente nuestra patria, y es la vida una jornada que se hace por país extraño. No hay mayor necedad, no hay mayor locura que emplearse en tomar únicamente gusto á los bienes de esta vida. Un caminante mira con indiferencia todo lo que le sale al encuentro en el camino. Diversiones, costumbres, campiñas deliciosas, bellas casas de campo, edificios suntuosos, objetos agradables, todo le hace poca fuerza, en nada se detiene. Aprovéchase con la vista de los objetos divertidos que se le presentan; toma de ellos al paso lo que le parece necesario; pero la memoria y el deseo de su amada patria le ocupan enteramente. Alma muy baja, corazon muy corrompido ha de tener el que está gustoso, el que está muy divertido en el lugar de su destierro, aunque sea un país desdichado, aunque se ejercite en los oficios mas penosos

y mas abatidos, llegando á perder el amor y aun la memoria de su patria, no obstante de ser un país delicioso, y de que viviria en él con estimacion, con esplendor y con regalo. Ó buen Dios, ¡y cuántos hay en esta odiosa disposicion! Agrádanos la tierra, aunque sea region y valle de lágrimas; pero el cielo, aquella feliz estancia; el cielo, aquel dichoso centro de todos los bienes, de toda la felicidad, nos es indiferente. ¿Ocupa mucho á esas personas mundanas el pensamiento del paraíso? ¿á esos hombres de negocios, á esos idólatras de los pasatiempos, á esas almas bajas y terrestres, que parece colocan su felicidad en las diversiones de la tierra, y que parece no tienen otro último fin que el de los bienes criados? A la verdad, si no estarian en buen estado los que nunca suspirasen por el cielo, los que se contentasen con poseer perpetuamente los bienes de este mundo, ¿podrémos darnos por seguros en conciencia? ¡Oh, cuántos sinsabores nos ahorraríamos, ó á lo menos, cuántos consuelos hallaríamos en nuestros trabajos y en nuestros contratiempos, si mirándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios, como presuntivos herederos de su gloria, nos acordáramos que solo estamos de paso en esta triste vida para ser algun dia eternos moradores de la celestial Jerusalen! Yo gimo; yo ha muchos años que vivo como enterrado en la pobreza y en la oscuridad; yo no hallo mas que espinas, abrojos, trabajos y cruces en todas partes; yo mojo el pan que como en las lágrimas que derramo. Ea, no mas que un poco de paciencia; dia vendrá en que seré santo. Aborrecido, menospreciado, perseguido; no pasarse dia sin algun trabajo, no encontrar camino que no esté sembrado de tropiezos, vivir siempre con las armas en la mano, no dar paso que no se encuentre con un lazo en que caiga la inocencia, serme sospechoso mi propio espíritu, hacer liga contra mi propio corazon de inteligencia con mis sentidos; ¿qué vida, Señor, mas triste, mas enojosa, mas pesada? Pero ea, un poco de paciencia; el cielo ha de ser el término dichoso de todos estos trabajos; el mismo Dios ha de ser su recompensa; cada dia, cada hora y cada instante nos vamos avanzando hácia aquella estancia feliz. ¡Oh, y cuánto consuela este pensamiento á una alma que está llena de religion, y no está pegada á la tierra!

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág. 151.*

MEDITACION.

No hay tiempo en la vida en que no debamos trabajar en nuestra salvacion.

Punto primero.—Considera que todo el tiempo de la vida se nos dió para que trabajásemos en el negocio de nuestra salvacion, y que todo este tiempo es necesario para salir bien con él. Por aquí comprenderás el error de aquellas falsas máximas del mundo: *Es menester dar á la mocedad lo que la toca: los mozos es preciso que sean mozos, y que se diviertan; ya les vendrá tiempo de tener juicio y darse á la virtud. La edad mas madura es mas á propósito para la perseverancia: cada cosa á su tiempo.* Esto quiere decir en buenos términos, que las primicias de la vida del hombre no deben consagrarse á Dios; que aquellos primeros años, como los mas floridos de la edad, segun el espíritu del mundo, se han de destinar á los gustos, á las diversiones y á los pasatiempos. Todo lo que se reserva para el negocio de la salvacion, para el cual precisamente se nos concedieron todos los momentos de la vida, es un miserable resto de dias inciertos, achacosos, sin vigor, y medio apagados. Cuando ya no estés para servir al mundo, ni seas de provecho para nada, entonces serás bueno para servir á Dios. Es preciso dejar pasar la mocedad: bien; ¿y en qué se funda esta perniciosa máxima? Pues qué, ¿la edad mas propia para la virtud, y la mas expuesta al vicio, no debe estar sujeta á la ley? El torrente es impetuoso; pues rómpanse todos los diques. Son fogosas las pasiones en la juventud; pues quítensela todos los frenos, y perdónensela todos los estragos. Porque un ánimo jóven y tierno se corrompe mas fácilmente, ¿será razon dejar que penetre la corrupcion hasta el corazon y hasta las entrañas? Tienen los jóvenes mayor propension á lo malo: ¿será caridad, será proceder con juicio alargarles el freno, y darles mayor libertad para precipitarse? Un padre, una madre, un amo, un superior ven á sangre fria la vida irregular de sus hijos, de sus súbditos, de sus criados; cierran los ojos, y se tranquilizan diciendo que es preciso dar á la mocedad lo que la corresponde; que es menester perdonar alguna cosa á los pocos años. Esto significa que es menester dejarlos que sean malos, porque están en una edad muy oportuna para ser cada dia peores; que es menester permitirles se dejen llevar del mal ejemplo, por lo mismo que están en paraje de que cada instante los arrastre mas y mas; que es menester disimular sus extravíos en atencion á que se descaminan al prin-

cipio de la carrera. ¡Buen Dios, qué materia copiosa de dolor, y qué sementera de arrepentimientos!

Punto segundo.—Considera que como, hablando en rigor, no tenemos mas que un solo negocio en esta vida, todo el tiempo y todas las edades de la vida se deben emplear en este único é importante negocio, que es el de la salvacion. La primera edad es inocente; pues nada nos importa mas que aplicar todos los medios para conservar esta inocencia, de cuya conservacion pende muchas veces nuestra salvacion eterna. La juventud está mas expuesta, y es mas peligrosa; pues ¿qué no debemos hacer para preservarnos en ella de las ocasiones y de tantos peligros tan resbaladizos? No hay edad mas crítica, y por consiguiente ninguna en que sea mas necesaria la circunspeccion, la fuga de las ocasiones, la devocion y la frecuencia de Sacramentos. Una vez corrompido el tiempo de la juventud, todo el resto de la vida olerá á la misma corrupcion; ni la edad mas madura está mas á cubierto de las tentaciones. Esta es propiamente la edad de los negocios; ¿tenemos alguno de mayor consecuencia que el de nuestra salvacion? Y si no trabajamos en él en esta edad, ¿cuál es la que destinamos para adelantarle? La vejez está mas cerca de la muerte, gran razon por cierto para trabajar únicamente en ella en este importantísimo negocio; pero ¿no es verdad que la vejez es la edad de las costumbres inveteradas? ¿no es verdad que entonces somos regularmente lo que siempre fuimos? Pero al fin, si no empleamos en nuestra salvacion estos últimos dias de la vida, ¿cuál será nuestro destino? Sin embargo, pocos viejos comienzan á ser devotos cuando viejos. Pues, considera cuánto te importa comenzarlo á ser en buena edad: en la vejez solo se obra por costumbre.

Mas qué, Señor, ¡será posible que no se hizo para Vos la edad florida! ¿Llamaránse siervos vuestros los que temen serviros demasiados años, si lo comienzan á hacer desde su juventud, y los que habiendo dedicado esta al servicio del mundo, juzgan que os conceden demasiado si os dan á Vos los últimos carcomidos dias de su estragada vida? Oh Señor, ¡y cuánto dolor tengo de comenzar á serviros tan tarde! Pero al fin comienzo; y en vuestra divina gracia espero no trabajar ya en otra cosa que en el negocio de mi salvacion.

Jaculatorias.—Señor, ni en el cielo ni en la tierra deseo otra cosa que á Vos, único bien mio. (*Psalm.* lxxii).

Esto es hecho, Señor; no quiero se pase un solo dia de mi vida en

que no os sirva, guardando exactamente vuestra santa Ley. (*Psalmus* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Grande error es imaginar que haya en el discurso de nuestra vida cierto tiempo, ó cierta edad, en que impunemente se pueda omitir el aplicarse seriamente al negocio de la salvacion. Como si Dios hubiera exceptuado algunos dias en que no tuviéremos obligacion á trabajar en este único negocio; como si el Señor no nos hubiera de tomar estrecha cuenta de todos los dias de la vida. Ni uno solo se nos concedió para otro fin, ni uno solo se nos dió de sobra. Pues ¿qué será de aquellas personas que malograron toda su juventud, y acaso las tres partes de su vida, sin hacer en ellas nada por su eterna salvacion? Contado y determinado está el número de nuestros dias. ¿En qué parte del Evangelio se encuentra que no nos pedirá Dios cuenta de muchos ó de algunos? ¡Y después nos admirarémos de que sea tan corto el número de los escogidos! Examina bien cuántos dias has perdido, y llora amargamente esta pérdida.

2 Procura emplear tan cristianamente el poco tiempo de vida que te resta, que tengas alguna razon para esperar que Dios tendrá piedad de tí por su infinita misericordia. Trabaja sin cesar en el negocio de tu salvacion; no malogres un instante; no hay que perder tiempo, pues demasiado has perdido. Haz propósito por las mañanas de emplear todo aquel dia en este importante negocio, y renueva el mismo propósito al principio de todas las acciones.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos apóstoles Simon Cananeo y Tadeo, llamado tambien Judas: Simon predicó el Evangelio en Egipto, y Tadeo en la Mesopotamia; después entrando juntos en la Persia, habiendo convertido una innumerable multitud de aquellas gentes á la fe de Jesucristo, alcanzaron la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy*).

Santa Cirila, vírgen, hija de santa Trifonia, en Roma: la cual fue degollada por la fe de Jesucristo en tiempo del emperador Claudio.

Santa Anastasia, vírgen, la Mayor, y Cirilo, mártires, en Roma tambien: Anastasia en la persecucion de Valeriano, por sentencia del prefecto Probo, fue atada con cadenas, abofeteada, atormentada con fuego y azotes; mas como permaneciese constante en confesar á Jesucristo, le cortaron los pechos, le arrancaron las uñas, le rompieron los dientes, le cortaron los piés y las ma-

nos; y por último la degollaron, y adornada con tantas joyas de tormentos, pasó al Esposo: Cirilo habiéndole dado á esta Santa un poco de agua que le habia pedido, recibió el martirio por recompensa. *(Véase su vida en las de ayer).*

San Fidel, mártir, en Como, en tiempo del emperador Maximiano. *(Nació en Milan, y fue discípulo de san Materno, obispo de la misma ciudad).*

San Ferrucio, mártir, en Maguncia. *(Floreció en el cuarto ó quinto siglo, y habiendo abandonado el servicio militar estando en Maguncia para consagrarse á Jesucristo, el gobernador de la ciudad le hizo encerrar en una fortaleza del Rhin, en la cual murió á poco tiempo).*

San Faron, obispo y confesor, en Meaux.

San Gaudioso, obispo africano, en Nápoles; el cual huyendo de la persecucion de los vándalos, pasó á Campaña, y en un monasterio inmediato á aquella ciudad acabó santamente.

San Honorato, obispo, en Vercelis. *(Era discípulo del glorioso mártir san Eusebio, y combatió la herejía de Arrio, por cuya causa tuvo que sufrir muchas persecuciones y hasta el destierro, en el cual murió).*

SAN SIMON Y SAN JUDAS, APÓSTOLES.

De ninguno de los Apóstoles nos refiere quizá menos cosas el sagrado Evangelio que del santo apóstol san Simon. Es verdad que nos dice muy bastante solo con asegurarnos que Jesucristo le escogió para que fuese uno de sus doce Apóstoles; eleccion y ministerio que por sí solos significan mas que todo cuanto nos podian referir los historiadores en una difusa y circunstanciada relacion de sus virtudes y proezas, pues basta la misma eleccion para su elogio. San Mateo siempre llama á Simon *el Cananeo,* para distinguirle de san Pedro, que tambien se llamaba Simon; y el distintivo de *Cananeo* le tomó de la ciudad de Caná en la provincia de Galilea, donde san Simon habia nacido. San Lucas le apellida Simon el Zelador: *Simon Zelotes;* ó por alusion á su ardiente celo, que fue siempre como su especial carácter; ó acaso principalmente porque como la palabra hebrea *Caná* significa en griego *Zelo,* y san Lucas escribió en esta última lengua, le dió el nombre de *Zelador,* que equivale á *Cananeo,* para fijar el significado equívoco del hebreo *Canani,* que puede significar ó zelador, ó fenicio, ó cananeo. Asegura Teodoreto que san Simon fue de la tribu de Zabulon ó de Neftali, adelantando Nicéforo que nuestro Santo fue el esposo de las bodas de Caná, á que asistieron convidados el Salvador y la santísima Vírgen, haciendo en ellas, á ruegos de esta Señora, el primer milagro de convertir el agua en vino; cuyo prodigio obrado en su favor hizo tanta impresion en el novio, que todo lo dejó por seguir á Jesucristo, y de consentimiento de su esposa, á quien no habia tocado, conservó perpetua virginidad en el matrimonio, sir-

viendo de modelo á tantos grandes Santos que imitaron después tan bello ejemplo.

Desde que Simon se determinó á dejarlo todo por seguir á Jesucristo, no reconoció á otro maestro; tan adherido á su divino Salvador, que nunca le perdió de vista. Siempre atento á sus divinas lecciones, y perpetuo testigo de todas sus maravillas, sobresalió muy presto entre todos los discípulos; pero por su amor con especialidad á la persona de Jesucristo, y el ardiente celo que manifestaba por la gloria de su celestial Maestro, le acreditaron muy desde luego por uno de los mas fervorosos apóstoles del Salvador.

San Judas, por sobrenombre *Tadeo,* dos voces que significan una misma cosa, siendo la primera hebrea y la segunda siríaca, y queriendo ambas decir lo mismo que *confesion:* san Judas fue hermano de Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María, tan conocida en el Evangelio por su adhesion á la persona de Jesucristo. Ambos eran llamados hermanos del Señor, segun la costumbre de los judíos, porque eran parientes muy cercanos de la santísima Vírgen. San Gerónimo llama tambien á san Judas *Lebbeo,* que quiere decir *hombre sábio y generoso,* con cuyo distintivo le apellida igualmente el griego de san Mateo. Es muy verisímil que nuestro Santo no seria de los últimos que fueron llamados al apostolado, y que teniendo la honra de ser deudo tan cercano de la santísima Vírgen, lograria igualmente la dicha de ser uno de los primeros discípulos del Salvador. Por lo menos parece cierto que fue uno de los que tuvieron mas parte en la amistad de su divino Maestro, y de los que con mas cariñosa confianza se atrevia á preguntarle las dudas que se le ofrecian. Después de la institucion de la sagrada Eucaristía, habiendo hecho el Hijo de Dios á los Apóstoles aquel admirable sermon que se refiere en el capítulo XIV de san Juan, como san Judas no hubiese comprendido bien lo que el Salvador quiso decir en aquellas palabras: *El mundo no me verá, pero vosotros me veréis; porque yo estaré vivo, y vosotros lo estaréis tambien:* Señor, le preguntó san Judas, ¿por qué os habeis de dar á conocer á nosotros, y no al mundo? ¿Por ventura, vuestro reino no se ha de extender á toda la tierra? ¿No han de lograr todas las naciones la dicha de conoceros? Pues qué, ¿Israel y Judá serán excluidos de vuestro reino? El fruto de vuestra venida al mundo, la grande obra de la redencion ¿se ha de limitar á un corto número de discípulos y de siervos vuestros? Respondióle Jesucristo con aquella dulzura y con aquella condescendencia que le era tan familiar; y tomando ocasion de la pregunta que le habia hecho, dió la razon por qué no se haria

conocer del mundo, como prometia dejarse conocer de sus Apóstoles, y era porque el mundo no le amaba; siendo la prueba de que no le amaba, el que no guardaba sus mandamientos.

Siendo san Judas inseparable de Jesucristo por el tierno amor que le profesaba, se halló presente á todos los grandes misterios de nuestra redencion, y tuvo la fortuna de ver muchas veces á Jesucristo después de resucitado; oyendo de la misma boca del divino Maestro todas las verdades y todos los secretos misterios de la Religion. Después de su gloriosa ascension á los cielos y de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, participó tambien san Judas el consuelo de padecer por el nombre de su celestial Maestro muchos malos tratamientos en la persecucion que los judíos excitaron contra la recien nacida Iglesia.

Habiendo resuelto los Apóstoles salir de Judea para anunciar el Evangelio á toda la tierra, san Simon se dirigió á Egipto, donde sembró el grano divino, que con el tiempo habia de convertir aquella dichosa provincia en un terreno prodigiosamente fecundo de innumerables Santos, siendo ordinaria habitacion de tantos millares de anacoretas. Pero no bastando á la dilatacion de su celo los inmensos espacios de aquel extendidísimo país, corrió las vastas provincias de la Africa, cultivándolas con tanto fruto, que en breve tiempo fueron una de las mas floridas y mas abundantes regiones de la cristiandad. Dícese que tambien penetró hasta la Gran Bretaña; tan insaciable era su celo de conquistas y de trabajos por amor de Jesucristo: pudiendo parecer que no le bastaba todo el universo, y que él solo, por decirlo así, quisiera convertir toda la tierra. Segun la opinion mas antigua, se dilató asimismo hasta la Persia, donde despues de inexplicables trabajos, de indecibles frutos y de innumerables conquistas, habiendo llevado la luz de la fe á las tres partes de mundo, tuvo la dicha de coronar su apostolado con la gloria del martirio.

San Judas, segun el Martirologio romano, fué á predicar el Evangelio á la Mesopotamia, donde hizo innumerables conversiones; y san Paulino afirma que tambien llevó á la Libia la luz de la Religion. Hallándose en una de estas dos provincias, no contento con trabajar tan felizmente en la conversion de los gentiles, quiso extender tambien su celo á todos los fieles, dirigiéndoles aquella admirable Epístola, que es la última de las católicas, por no enderezarse á alguna iglesia particular, sino en general á todas. Entra protestando que ya habia tiempo tenia ánimo de escribir á los judíos convertidos y dispersos por todo el Oriente; pero que al fin se veia ahora como pre-

cisado á ponerlo en ejecucion, por la necesidad de oponerse á ciertos falsos doctores que corrompian la sana doctrina, y llenaban la Iglesia de turbacion. Tiénese por cierto que hablaba principalmente de los Simonianos, de los Nicolaitas y de los demás herejes conocidos en la historia con el nombre general de Gnósticos, cuyos extravagantes errores y cuyas estragadas costumbres describen san Epifanio, san Ireneo y otros Padres antiguos. En el mismo principio de su epístola hace de ellos san Judas una pintura que de ninguna manera los lisonjea; pero como el verdadero celo es sin hiel y sin amargura, no teniendo otro fin que el de la conversion y salvacion de los mayores enemigos de Jesucristo, exhorta el santo Apóstol á los fieles para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversion de aquellos miserables, retirándolos del fuego eterno, á donde los iba precipitando su locura. Alaba Orígenes esta Epístola diciendo que en las pocas líneas que contiene comprendió san Judas unos discursos llenos de fuerza y de gracia celestial; y san Epifanio dice está persuadido á que el Espíritu Santo inspiró á san Judas el pensamiento de escribir contra los Gnósticos la epístola que tenemos de él. Aunque no hay cosa mas cierta en órden al lugar ni al género de martirio que padecieron estos dos grandes Apóstoles, dirémos lo que se lee en algunas actas muy antiguas, y parece estar autorizado por el Martirologio romano, á lo menos en cuanto al lugar de su martirio.

Después de haber corrido los dos santos apóstoles Simon y Judas grandes y vastísimos espacios de países por el discurso de cási treinta años, aumentando en todas partes el rebaño de Jesucristo con crecido número de fieles, se sintieron inspirados del cielo á ir á predicar la fe en el reino de Persia. Al entrar en él se encontraron con un ejército mandado por el general Baradach, que iba contra los indios, á quienes el rey de Persia habia declarado la guerra. Luego que los Santos entraron en el campo, todos los demonios que hablaban antes por el órgano de los adivinos y de los magos enmudecieron de repente, sin dar ya respuesta alguna. Este repentino silencio admiró y aun atemorizó á todo el ejército; y habiéndose consultado sobre él á un famoso ídolo, que distaba algunas leguas del campo, respondió que la presencia de los extranjeros Simon y Judas, apóstoles de Jesucristo, habia cerrado la boca á los dioses del imperio; añadiendo, que era tan formidable su poder que ninguno de estos se atrevia á parecer en su presencia. Con esta noticia todos los sacerdotes y adivinos del ejército concurrieron en tumulto á la tienda del General,

pidiendo la muerte de aquellos dos extranjeros, y amenazándole con una general rebelion si no se la concedia. Baradach, hombre cuerdo y detenido, no quiso precipitar el negocio: mandó llamar á los dos Santos, hízoles varias preguntas, y quedó tan satisfecho y tan pagado de sus respuestas, que los miró con estimacion y con respeto, citándolos para una conversacion particular y reservada. En ella le explicaron la santidad y la verdad de nuestra Religion: le hicieron evidencia de las imposturas y embustes de todos aquellos encantadores, no menos que de la flaqueza y ningun poder de todos sus ídolos; y para acabarle de convencer añadieron que daban licencia á aquellos embusteros para que hablasen y pronosticasen el suceso de aquella guerra. Respondieron todos, después de haber consultado con el demonio, que la guerra seria larga, peligrosa y sangrienta. Tomando entonces los Apóstoles la palabra, y volviéndose al General, le dijeron: *Ahora conoceréis, señor, la falsedad y la impostura de vuestros oráculos. Es tan falso el pronóstico de estos vuestros adivinos, como que mañana á esta misma hora en que os estamos hablando llegarán al campo los embajadores de los indios, y os pedirán la paz con las condiciones que les quisiéreis imponer, sin la menor resistencia.* Todo el ejército estuvo aquel dia en impaciente expectacion hasta ver el efecto de la profecía. Llegaron los embajadores á la misma hora señalada, y se concluyó la paz como se quiso. Á vista de tan maravilloso suceso no solo se convirtieron el General, los oficiales y la mayor parte del ejército, sino que informado el Rey que estaba en Babilonia, quiso ver á los santos Apóstoles, y se convirtió él con toda su real familia. A este primer milagro se siguieron otros que contribuyeron á la conversion de cási todo el reino, mediante las excursiones apostólicas que nuestros Santos hicieron por sus principales pueblos y ciudades. Solamente permanecieron obstinados los magos y los sacerdotes de los ídolos, los cuales con el despecho de verse olvidados y desatendidos, determinaron acabar con los dos santos Apóstoles. Sublevaron contra ellos al pueblo en una ciudad distante de la corte, y al mismo tiempo que los Apóstoles se disponian para anunciarles el Evangelio, se arrojó sobre ellos el populacho, y arrastrando al uno ante una estatua del Sol, y al otro ante un ídolo de la Luna, les mandaron ofrecer incienso á aquellas imaginarias deidades. Mostraron los santos Apóstoles el horror que les causaba aquella execrable impiedad, y al punto fueron sentenciados á muerte. San Simon, segun la tradicion antigua, fue aserrado por el medio; y á san Judas le cortaron la cabeza. En virtud de la misma tradicion se pinta á san Simon con una sierra y á san Ju-

das con una hacha en la mano, como símbolos del género de martirio que padecieron. Tardó poco Dios en vengar su gloriosa muerte, pues se dice que en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, que dió en tierra con los templos de los falsos dioses, hizo pedazos los ídolos, y quedaron sepultados entre las ruinas todos los que tuvieron parte en ella.

Con el tiempo las reliquias de los santos Mártires fueron llevadas á Roma, venerándose alguna parte de ellas en Tolosa, y algunos huesos en la iglesia de San Andrés de Colonia y en la de los Cartujos.

SANTA SABINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

El domingo inmediato antes del dia de san Simon y san Judas apóstoles se solemniza en San Pedro de Ager, en el principado de Cataluña, la fiesta de santa Sabina, vírgen y mártir, cuyo sagrado cuerpo poseen aquellos habitantes, y hacen de ella oficio doble con octavas, nombrándola en la colecta de la misa y oficio divino. La oracion que usan, es: *Indulgentiam nobis Domine beata Sabina virgo, et martyr imploret, quae tibi grata semper extitit, et merito castitatis, tuae professione virtutis. Per Dominum,* etc. De esta santa Sabina no se ha podido averiguar otra cosa; pero es de advertir que es diferente de las otras tres Santas del mismo nombre, conforme lo asegura *Domenech en su historia de Santos de Cataluña.*

La Misa es en honor de los santos apóstoles Simon y Judas, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos per beatos apostolos tuos Simonem et Judam ad agnitionem tui nominis venire tribuisti, da nobis eorum gloriam sempiternam et proficiendo celebrare, et celebrando proficere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos concediste la gracia de que llegásemos á conocer tu santo nombre, mediante la predicacion de tus apóstoles san Simon y Judas; concédenos tambien que adelantemos en la virtud cuando celebramos su gloria, y que celebremos su gloria cuando adelantemos en la virtud. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la del apóstol san Pablo á los Efesinos.*

Fratres: Unicuique nostrum data est gratia secundum mensuram donationis Christi. Propter quod dicit: Ascendens in altum captivam duxit captivitatem: dedit dona hominibus. Quod autem ascendit, quid est, nisi quia et descendit primum in inferio-

Hermanos; Á cada uno de nosotros ha sido dada la gracia segun la medida de la donacion de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad; dió dádivas á los hombres. ¿Qué quiere decir, pues, el que subió, sino que descendió tambien pri-

res partes terrae? Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes coelos, ut impleret omnia. Et ipse dedit quosdam quidem apostolos, quosdam autem prophetas, alios vero evangelistas, alios autem pastores, et doctores ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in aedificationem corporis Christi: donec occurramus omnes in unitatem fidei et agnitionis filii Dei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi.

meramente á las partes mas bajas de la tierra? El que bajó es el mismo que subió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todo; y él constituyó á unos apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros pastores y doctores para la perfeccion de los Santos, para la obra del ministerio, y para la edificacion del cuerpo de Cristo: hasta que nos reunamos todos por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios en un hombre perfecto á la medida de la edad perfecta de Cristo.

REFLEXIONES.

A cada uno se le dió la gracia, segun la medida de la liberalidad de Cristo. No á todos se concede la misma ó igual medida de gracias; distribúyelas el Señor segun la infinita sabiduría de su divina providencia; pero á todos se da la gracia suficiente, la que á ninguno falta jamás. Nosotros sí que faltamos á la docilidad y fidelidad que debemos á la gracia. Las gracias son diferentes: *Divisiones gratiarum;* pero el espíritu y la misericordia que las comunica son las mismas, y uno mismo es el fin. El que Dios tiene en comunicárnoslas, es prestarnos auxilios y medios para conseguir nuestra salvacion. No nos pide Dios que el que solo recibió un talento gane cinco; lo que pretende es, que negociemos con él, y que se doble el caudal que se recibió. Igualmente recompensa al siervo fiel que ganó dos, no habiendo recibido mas que dos, que al que ganó cinco, habiendo recibido cinco. Pero reprueba y condena al siervo haragan y perezoso, que habiendo recibido uno, le enterró, no le benefició, y no supo aprovecharse de él. Leccion misteriosa, pero de suma importancia para todos los fieles. Ninguno deja de recibir las gracias que le bastan para ser Santo; solo resta que se aproveche de ellas, y el modo de aprovecharlas, es corresponderlas. Pero sepultamos esta gracia. Dominando en nosotros los deseos terrenos, el amor del mundo, la concupiscencia, la avaricia, las pasiones, que todas son otros tantos mortales enemigos de la gracia, prevalecen en el corazon, y en él la sufocan, ó á lo menos la inutilizan. Ninguna gracia, por pequeña que sea, deja de ser efecto de los méritos, sangre y muerte de nuestro Redentor. Siempre nos la concede Dios proporcionándola á los peligros en que nos hallamos. Con ella podrás resistir á la tentacion. Podias muy bien no haber hecho ese contrato usurario; pues ella te des-

cubria su injusticia: podias no haber concurrido á aquella casa, escollo de tu inocencia, como lo pensaste alguna vez; pues ella te hacia conocer el peligro: podias haber recurrido al sacramento de la Penitencia, como tu misma conciencia te lo estaba continuamente gritando: podias haber acudido á la oracion: podias haber reformado tus costumbres, aprovechándote de tantas ocasiones, de tantos buenos ejemplos de que se valió la gracia para acusar interiormente tu negligencia y cobardía. No te dió gana de hacerlo: atribuístelo á tu flaqueza; pero tu verdadera flaqueza fue tu mala voluntad. Algun dia sabrás que con la misma gracia, y aun con menor, hicieron muchos por su salvacion lo que tú, siervo ruin y perezoso, no tuviste valor para hacer. No digamos ya que la gracia fue menos fuerte que la pasion: hubiera sido cien veces mas vigorosa que ella, si como tu corazon estaba de inteligencia con la pasion, hubiera querido estar de acuerdo con la gracia. No hay Santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debió su salvacion únicamente á la gracia del Salvador. No hay condenado en el infierno que no esté plenamente convencido, que no experimente por toda la desdichada eternidad, que él solo fue el único artífice de su funesta reprobacion. ¡Oh, y qué grandes efectos produciria en un corazon verdaderamente cristiano esta verdad bien considerada!

El Evangelio es del capítulo XV *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Haec mando vobis ut diligatis invicem. Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret: quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Mementote sermonis mei, quem ego dixi vobis: Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur: si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed haec omnia facient vobis propter nomen meum: quia nesciunt eum, qui misit me. Si non venissem, et locutus fuissem eis, peccatum non haberent: nunc autem excusationem non habent de peccato suo. Qui me odit, et Patrem meum odit. Si opera non fecissem in eis, quae nemo alius fecit, pec-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Esto es lo que os mando, que os ameis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me persiguieron, tambien os perseguirán á vosotros: si guardaron mi palabra, tambien guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me envió. Si no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrian culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí, tambien aborrece á

catum non haberent: nunc autem et viderunt, et oderunt me, et Patrem meum. Sed ut adimpleatur sermo, qui in lege eorum scriptus est: Quia odio habuerunt me gratis.

mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales, que ningun otro las hizo, no tendrian culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley: Me tuvieron odio sin motivo.

MEDITACION.

Del odio que el mundo tiene á los buenos.

Punto primero.—Considera que es cosa bien extraña que los buenos sean tan mal recibidos del mundo, siendo así que ellos son la parte mas sana de él. ¿Dónde se halla la realidad, la buena fe, la hombría de bien, el agrado, la cortesanía, el verdadero mérito, sino en los hombres virtuosos? ¿En el resto de los demás hombres hay otra cosa que embuste, artificio, infidelidad, intencion torcida, mala fe, pasion, envidia, malignidad y superchería? ¿Dónde se encuentra una amistad sincera, una fidelidad constante, una correspondencia firme, segura y á prueba del interés? Solo en el espíritu y en el corazon de los buenos. Sal, por decirlo así, del distrito, del territorio de la verdadera virtud, y solo encontrarás brillanteces falsas, apariencias engañosas, ficciones, artificios y monadas; el parentesco, las conexiones, las alianzas, todo es infiel, todo sospechoso. Pues, ¿en qué consiste que aquella virtud cristiana tan majestuosa, tan respetable, tan útil, tan amable, no acierte á parecer delante de los hombres del mundo sin revolverles la cólera, sin avinagrar mas su mal humor? Consiste en que la virtud es una censura incómoda, una muda pero punzante acusacion de la malignidad que reina en el mundo. Un hombre virtuoso, una persona verdaderamente cristiana no se puede dejar ver, sin que su misma vida reprenda á los libertinos los mas secretos desórdenes de una conciencia ulcerada. Quisieran los viciosos que todos fuesen tan corrompidos como ellos. Desearian los malos que fuese imposible la práctica de la virtud. La vida arreglada de los otros es su proceso y es su condenacion. Por eso se mira siempre en el mundo con malos ojos á la virtud cristiana; por eso se siente cierta secreta, pero maligna complacencia, siempre que se descubre el mas mínimo defecto en los hombres virtuosos. Esta es la razon porque nunca se quiere creer que haya verdadera virtud en las personas devotas; y de aquí nace aquella chacota impía, aquellas insulsas chufletas con que se pretende hacer ridícula y despreciable la virtud y la devocion; de

aquí aquel desenfrenarse tan furiosamente contra los devotos, á quienes se quisiera exterminar de la sociedad de los hombres. No es ya la virtud á quien se persigue; los secretos, pero intolerables remordimientos de la propia conciencia, que no se pueden sufocar, esos, esos son los que ponen de tan mal humor á los mundanos, á los libertinos y á los disolutos. Tiempo vendrá en que se restituirá á la virtud aquel honor que ahora se la procura denigrar con tan infames calumnias; pero en la hora de la muerte, pero en el dia del juicio, pero en el infierno, ¿será tiempo oportuno, te servirá mucho el conocer, el confesar que te alucinaste, que te aturdiste, que te engañaste?

Punto segundo. — Considera que el odio que los mundanos tienen á los buenos, es consecuencia forzosa del odio que el mundo profesó al mismo Jesucristo. ¿Qué mayor honra, qué mayor gloria para los verdaderos virtuosos, para los verdaderos cristianos? *Si el mundo os aborrece* (dice el Hijo de Dios), *sabed que primero me aborreció á mí. Si vosotros fuérais del mundo* (continúa el Salvador), *el mundo amaria lo que es suyo. Pero porque no sois del mundo, y porque yo os escogí, sacándoos de en medio del mundo, por eso el mundo os aborrece.* La aversion que el mundo tiene á los buenos, es continuacion de la que todavía profesa al Salvador del mundo. En virtud de ella se mueven los mundanos á condenar sus leyes y su Evangelio. Oprímeles mucho aquella religion que condena el desórden de sus costumbres. No pueden tolerar tanta multitud de preceptos. Alborótalos la doctrina de Jesucristo; no puede ser de su gusto una doctrina que tiene tan á raya á los sentidos, al amor propio, y pone freno á las pasiones. Desagradándoles tanto el amo, por precision han de desagradarle sus siervos. Siendo la doctrina del Hijo de Dios tan enfadosa á su perverso corazon, de necesidad le han de ser insoportables todos aquellos que la siguen. Son los mundanos enemigos declarados del Salvador, con que no pueden ser amigos de los que sirven á tan buen amo. Y como por otra parte son osados, son atrevidos, á todo hacen frente, sin que nada les contenga, ni el temor de Dios, ni el respeto de la Religion; se desencadenan con toda libertad contra las personas devotas. Pero ¿se ha de temer su desenfreno? Y ¿seria mucho honor de los siervos de Dios que los amasen y los estimasen unos hombres que aborrecen á su divino Maestro? Por el contrario, ¿cuánto los honra el odio de este género de gentes? Muy mala señal seria si tuvieran á su favor el voto de los que desaprueban tan descubiertamente las máximas del Evangelio. *Si deseara agradar á los hombres* (decia el apóstol san Pablo),

no seria siervo de Cristo. Pues, ¡qué vergüenza será si todavía se teme la maligna crítica de esos miserables censores! ¡qué dolor es ver á algunas almas virtuosas tener miedo á los juicios de unos hombres que condenan la moral del Evangelio! ¡pues qué, se ha de recelar cumplir con nuestra obligacion, obrar bien á vista de los que viven mal! ¿Quién ignora que su persecucion es el mayor elogio de los mismos que aborrecen? Después de esto, ¿quién hará ya caso de los respetos humanos? ¿quién no despreciará sus insulsas, sus irreligiosas zumbas? ¿serémos ya eternamente esclavos del capricho, de la fantasía y del mal humor de aquellos que abominan de la virtud, solo porque ellos hacen profesion de ser viciosos?

Avergüénzome, Señor, de haber tenido miedo por tanto tiempo á una fantasma. Conozco todo el rubor de tan indecente cobardía. No, mi Dios, no temeré ya el maligno odio de vuestros enemigos; sean tambien enemigos mios los que lo son vuestros. De esto me glorio yo; y resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á no hacer ya el menor aprecio de su persecucion.

Jaculatorias. — Cuanto mas me aborrezca el mundo, mas y mas quiero amarte á tí, Dios mio, que eres toda mi fortaleza. (*Psalm.* xvii).

¿Quién será capaz de apartarme nunca del amor de mi Salvador Jesucristo? (*Ad Rom.* viii.)

PROPÓSITOS.

1 Que una virtud fingida alborote los ánimos y excite la indignacion de todo el mundo, no hay cosa mas justa. Los hipócritas son objeto de la abominacion de Dios y del horror de todos los buenos. Pero que se levanten los ánimos contra la verdadera virtud, y que la virtud cristiana sufra una especie de persecucion en medio del cristianismo, son unos hechos que solo por la experiencia se pudieran hacer creibles, y parecen tan opuestos á la Religion como á la razon. No te admiren, pues, ni mucho menos te acobarden los modales duros, groseros, desdeñosos con que los mundanos tratan á las personas que hacen profesion de virtud; ni mucho menos extrañes la poca justicia que á esta se la hace. Antes bien debes hacer el ánimo á que tu conducta no será muy aprobada de este género de gentes desde el mismo punto que te retires de sus concurrencias, y comiences á reformar tus costumbres; pero guárdate bien de rendirte jamás á sus falsos juicios. Para lograr mejor esto, nunca te declares á medias por el partido de Dios. Haz pública profesion de servirle; declárate abier-

tamente por la perfeccion cristiana. Á ninguno desprecia mas el mundo que á aquellos devotos que se avergüenzan de que los tengan por tales.

2 Es un acto de virtud de suma utilidad cumplir todas las obligaciones de cristiano públicamente y con un modo ejemplar. Asiste los domingos al sacrificio de la misa y á los divinos oficios en tu parroquia con modestia y con ejemplar devocion. Frecuenta los Sacramentos en público, y nunca te avergüences de parecer cristiano.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Jacinto, Quinto, Feliciano y Luciano, en la Basilicata *(provincia de Lucania)*.

San Zenobio, presbítero, en Said en la Fenicia, quien en el furor de la última persecucion, exhortando á los demás á padecer el martirio, se hizo tambien digno de la corona de mártir.

Los santos obispos Maximiliano, mártir, y Valentin, confesor, en el mismo dia.

Santa Eusebia, vírgen y mártir, en Bérgamo.

La muerte dichosa de san Narciso, obispo, esclarecido por su santidad, por su paciencia y su fe, en Jerusalen; el cual de ciento diez y seis años de edad durmió en el Señor. *(Véase su historia hoy)*.

San Juan, obispo y confesor, en Autun.

San Donato, en Casiopa de la isla de Corfú, de quien escribe san Gregorio papa *(en su libro de Epistolas; y cuenta, hablando de sus reliquias, algunos milagros obrados por su intercesion)*.

La dichosa muerte de san Teodoro, abad, en Viena de Francia. *(Después de haberse ejercitado por muchos años en la observancia de la vida religiosa, mandó edificar un monasterio, y en él estableció la práctica ya bastante admitida de que el religioso que desempeñase las funciones de hebdomadario, permaneciese durante su oficio encerrado en una pequeña celda, orando de continuo para presentarse con mas pureza y fervor á celebrar los sagrados misterios. Y él tuvo este encargo muchos años. El don de milagros lo hizo célebre en su patria, donde murió el año 575)*.

Nota. Hoy la santa Iglesia de Gerona celebra la fiesta principal de su glorioso patron san Narciso, obispo y mártir, la cual se guarda en este dia conforme lo determinó el Concilio Tarraconense. Segun el Martirologio romano, léase la historia de este san Narciso en las del dia 18 de marzo.

SAN NARCISO, OBISPO.

Fue san Narciso uno de los prelados mas santos del siglo II, y vino al mundo hácia los fines del I. En aquellos dichosos tiempos, tan cer-

canos al nacimiento de la Iglesia, los sucesores de los primeros fieles cási todos heredaron la inocencia, el celo y el fervor de los que el mismo Salvador del mundo habia formado ó habian sido instruidos y enseñados por sus sagrados Apóstoles. Es probable que san Narciso fue natural de Jerusalen, que fue educado en el primitivo espíritu de la religion cristiana, que reinaba en aquella capital de la Judea, teatro de nuestra dichosa redencion. Ignóranse los sucesos de los primeros años de su vida; solo se sabe que se aplicó con desvelo al estudio de las ciencias, particularmente al de la Religion en que salió muy excelente. Correspondian á la excelencia de su ingenio la rectitud y la pureza de su corazon; por lo que hizo mayores progresos en la santidad que en la inteligencia de la sagrada Escritura. Siendo aun mas santo que sabio, todavía esta misma sabiduría contribuyó mucho á purificar sus costumbres. Entró en el clero en tiempo del patriarca Valente, ó á lo menos en el del obispo Dulciano, y en breve tiempo fue modelo de santos eclesiásticos. Elevado al sacerdocio, á pesar de su humilde resistencia, la nueva dignidad añadió nuevo lustre á su inocencia y á su virtud. Llamábanle el sacerdote santo, y pocos fieles dejaron de experimentar los efectos de su virtud y de su celo; pero sobre todo ningun pobre dejó de publicar los de su ardiente caridad.

Lograba Narciso esta general estimacion de los fieles y del clero cuando vacó la silla patriarcal de Jerusalen por muerte del patriarca Dulciano. Hubo poco que deliberar en la eleccion de su sucesor: fue Narciso elegido patriarca de Jerusalen por todos los votos. No hubo mas oposicion que la suya; pero no se podia deferir á ella siendo el sugeto tan digno, y la voluntad de Dios tan declarada. Fuele preciso rendirse á los sufragios y clamores de todos los buenos; y habiendo sido consagrado hácia el año de 180, fue el trigésimo obispo de aquella santa ciudad después de los Apóstoles.

Con la nueva dignidad se sintió animado de nuevo fervor y de nuevo celo; tanto, que contando ya á la sazon ochenta años, gobernó el rebaño con el mismo vigor y con la misma actividad que lo pudiera hacer en la mas robusta y mas florida juventud. Por su solicitud pastoral devoró fácilmente todos los trabajos de la mitra; y su penitente vida solo era austera para él mismo. Estaba en continua accion, predicando, instruyendo ó visitando su obispado, atento siempre á desviar los lobos, que con piel de ovejas se arrimaban al redil, cubiertos con todos los artificios de los herejes, para encarnizarse en el rebaño. Infatigable en las funciones de su ministerio, consolaba á unos,

alentaba á otros, y se hacia todo á todos por ganarlos para Cristo.

Hácia el año de 195 asistió y presidió el concilio que se convocó en Palestina para decidir el punto sobre el dia en que se debia celebrar la Pascua; controversia que á la sazon tenia tan encontrados los ánimos, como divididos los pareceres. Los Padres del concilio compusieron una epístola sinodal importantísima y oportunísima (á juicio de san Gerónimo) para confundir á los que no se querian rendir á la decision del papa Víctor, obstinándose en que la Pascua se debia celebrar, como lo hacian los judíos, el dia 14 de la luna de marzo, contra lo que habia definido la Santa Sede. Tiénese por cierto que este concilio se celebró en Cesarea, metrópoli á la sazon de toda la Palestina. Tambien se asegura que nuestro Santo convocó otro concilio de catorce obispos en su iglesia de Jerusalen sobre el mismo asunto; y que en todos fue igualmente escuchado y venerado como oráculo.

En el siglo IV se conservaba todavía entre los fieles de Jerusalen la memoria de muchas maravillas que habia obrado Dios por los méritos del santo Obispo, uno de los mas célebres patriarcas de aquella santa ciudad. Entre otras es muy particular la que refiere Eusebio. Una víspera de Pascua faltó el aceite de las lámparas al mismo tiempo que los ministros de la iglesia iban á celebrar la solemnidad de la vigilia. Movido san Narciso de la turbacion y de la confusion que causaba en el pueblo aquel descuido, mandó á los que cuidaban de las lámparas que sacasen agua de un pozo que estaba á mano, y se la trajesen. Animado de aquella viva fe y de aquella entera confianza, que en parte caracteriza á todos los Santos, hizo oracion, y mandó á todos los ministros que llenasen con ella las lámparas. Obedecieron, y en el mismo punto, por un milagroso efecto del poder divino, aquella agua se halló convertida en aceite. Todos á porfía acudieron á proveerse del aceite milagroso, el cual se conservó mucho tiempo en memoria de tan nuevo y tan particular prodigio, asegurando Eusebio que aun se conservaba alguna porcion de él en sus dias; es decir, mas de ciento y cuarenta años después de san Narciso.

Aunque era tan notoria y tan brillante la virtud de nuestro Santo, queriendo el Señor purificarla con el fuego de la persecucion, permitió que no estuviese á cubierto de la mas fea calumnia. Tres hombres malvados, no pudiendo sufrir el resplandor de tan eminente santidad, ni mucho menos las saludables reprensiones de su celoso Pastor por su escandalosa vida; considerando por otra parte como un yugo insoportable su vigor episcopal y el arreglado tenor de aquella conducta irreprensible, le acusaron de un crímen verdaderamente atroz.

Para hacer mas creible su acusacion, la confirmaron con un solemne juramento en forma de imprecacion, siendo diferente la de cada uno. El primero dijo: *Quemado muera yo, si no es verdad lo que digo*. El segundo: *Permita Dios que me cubra de lepra, si es falsa mi acusacion*. El tercero: *Quiero perder los ojos, si no fuese cierto lo que afirmo*: pero con todos estos juramentos, á ninguno pudieron persuadir que el santo Obispo fuese capaz del delito que le imputaban. Sin embargo horrorizado el Santo de tan injusta acusacion, y perdonando de corazon á sus calumniadores, le pareció que Dios le ofrecia esta ocasion para retirarse á la quietud y á la soledad, por la que largo tiempo habia estaba suspirando. Partió, pues, secretamente; huyóse de su iglesia, y se fué á enterrar vivo en un espantoso desierto, donde se supo ocultar tan bien, que por espacio de ocho años no se pudo descubrir el lugar de su retiro.

Mientras tanto no tardó Dios en vengar la inocencia de su siervo, castigando con precipitada pena la maldad de sus calumniadores. En breves dias se vieron cumplidas en los tres perjuros las maldiciones que cada uno habia pronunciado contra sí. Prendióse fuego una noche en la casa del primero con tanta violencia y con tanta rapidez, que él y toda su familia perecieron vivos en las llamas, sin que fuese posible socorrerlos. El segundo se cubrió de tan horrible y asquerosa lepra, que no se dejó ver en público hasta la muerte. El tercero, á vista de la desgracia de los otros dos, quedó tan espantado, que confesó delante de todo el mundo la conspiracion formada contra el santo Prelado, siendo tan vivo su dolor y arrepentimiento, tan continuas y tan copiosas sus lágrimas, que al cabo perdió la vista. Así vengó la divina justicia al inocente calumniado, y así castigó el sacrilegio y el perjurio.

Habiendo desaparecido san Narciso sin que por espacio de un año se hubiese podido saber el lugar donde se habia retirado, los obispos de la provincia fueron de parecer que se debia proceder á la eleccion de nuevo pastor. Recayó esta en Dio; pero habiendo fallecido pocos meses después, fue puesto Germanion en su lugar, y á Germanion sucedió Gordio en muy breve tiempo. En estas circunstancias dió el Señor á entender á nuestro Santo, que corriendo de su cuenta el cuidado pastoral de un numeroso rebaño, debia preferir los trabajos del ministerio episcopal á la tranquilidad de su propia quietud; y que estando tan visiblemente probada, como universalmente reconocida su inocencia, era obligacion precisa restituirse á su iglesia. Costóle mucho este sacrificio; pero al fin fue necesario hacerle, y se dejó ver

en Jerusalen como un hombre venido del otro mundo. Recibiéronle todos los fieles con tanto alborozo y con tanto tropel de gente, que por mas instancias que les hizo para que le permitiesen acabar sus dias en el retiro y en la oscuridad de una vida privada, no lo pudo conseguir, ni le fue posible excusarse de volver á tomar el gobierno de su iglesia. Así parece que lo queria tambien Dios; porque apenas llegó Narciso á Jerusalen, cuando murió el obispo Gordio; suceso que confirmó á nuestro Santo en el concepto de que esta era la voluntad del Señor. Aplicóse, pues, segunda vez al pastoral gobierno de sus ovejas con una vigilancia, con un celo y con un vigor, que nada olian á envejecidos, trabajando todavía algunos años con copioso fruto. Pero al fin, su extrema ancianidad, sus fatigas apostólicas y sus excesivas penitencias llegaron á debilitar, y aun á consumir todas sus fuerzas; de manera, que se halló imposibilitado de cumplir con las precisas obligaciones del ministerio episcopal; y suplicó intensamente al Señor, que si no era su voluntad sacarle todavía de este mundo, se dignase por lo menos proveerle de un auxiliar, que pudiese suplir la debilidad de un viejo de ciento y doce años. Oyóle Dios benignamente, inspirando á san Alejandro, obispo de Flaviada en la Capadocia, que fuese en peregrinacion á visitar los Santos Lugares de Jerusalen, y una vision que tuvo le confirmó en este pensamiento. La misma víspera de su entrada en la santa ciudad reveló Dios á san Narciso y á muchos de sus clérigos, que el dia siguiente al mismo romper del dia entraria en la iglesia un obispo extranjero, el cual habia de ser coadjutor y sucesor del patriarca Narciso. Pasaron toda aquella noche en oracion, y al amanecer se oyó una milagrosa voz, que clara y distintamente les decia saliesen á recibir al que estaba destinado para obispo suyo. Salieron todos, y el primero con quien se encontraron fue con san Alejandro, que se quedó extrañamente admirado y sorprendido cuando vió delante de sí á todo el clero con el santo Patriarca á la frente. Introdujéronle en la iglesia con solemnidad; y habiéndole declarado san Narciso lo que Dios les habia revelado, le rogó que quisiese encargarse juntamente con él del cuidado de aquella iglesia. Informado el pueblo de lo que pasaba, acudió de tropel á juntar sus ruegos con los del clero; y como el santo obispo Alejandro vió tan descubierta la voluntad del Señor, se rindió á tomar el gobierno de todo el rebaño bajo las órdenes de su santo pastor. San Alejandro, ilustre ya por haber confesado muchas veces á Jesucristo, y con el tiempo mucho mas por el glorioso martirio que padeció en el imperio de Decio, promovió maravillosamente el

celo de nuestro Santo. Escribiendo algun tiempo después á los antinoitas de Egipto, les dice así: *Salúdoos de parte de Narciso, que gobernó esta iglesia antes de mí y ahora la gobierna juntamente conmigo, siendo al presente de mas de ciento diez y seis años.*

Con efecto, ya no se hallaba nuestro Santo en estado de hacer otra cosa que orar, por su extremada ancianidad. Su continua union con Dios, la ternura de su devocion, el ardor de su caridad, y lo dilatado é infatigable de su celo en una edad tan avanzada, acreditaban bien que Dios le habia dejado tan largo tiempo en este mundo, solo porque la Iglesia gozase mas años aquel perfecto modelo de virtudes episcopales, y todos los fieles un cabal dechado de la mas elevada santidad. Quiso en fin el Señor premiar á su siervo tan larga cosecha de trabajos, y tan rico tesoro de merecimientos como habia adquirido en su dilatada carrera, y murió con la muerte de los justos, siendo de mas de ciento diez y seis años, que vivió en un continuo ejercicio de todas las virtudes cristianas.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Narcissi, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Narciso, para que así como él te sirvió dignamente, nos libres de nuestros pecados por sus merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *de la de san Pablo á los Hebreos, pág. 275.*

REFLEXIONES.

Para ofrecer sacrificios por los pecadores. El sacrificio de la nueva ley hace infinitos excesos en mérito y en virtud á todos los sacrificios de la ley antigua. Institucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de infinito precio, inmolacion del cuerpo y sangre adorable del Hombre-Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo; ¿puede imaginarse sacrificio mas divino, ni mas digno de nuestro culto? Todo esto se halla junto en el santo sacrificio de la misa. No solo es este sacrificio el acto mas perfecto de religion; es, por excelencia, la maravilla de la misma Religion: es, por decirlo así, el compendio de toda ella. Todos los sacrificios de la ley antigua, aunque tan augustos, eran no mas que oscura sombra, débil, imperfecta figura de la majestad, de la dignidad, de la excelencia del sacrificio de la nueva

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ley. Es la Misa propiamente el tesoro de la Iglesia: es el esmero de la sabiduría y de la misericordia de Dios: ¡con qué respeto se debe asistir á ella! pero ¡con qué pureza de vida! ¡con qué fe! ¡con qué fervor! ¡con qué devocion! ¡con qué modestia! ¡con qué gravedad y majestad debe el sacerdote celebrar este adorable sacrificio! ¡con qué profunda religion se ha de presentar en el altar! La Escritura dice que Salomon sacrificó al Señor veinte y dos mil bueyes, ciento y veinte mil ovejas y carneros en la solemnidad de la dedicacion del templo. La Iglesia cuenta mas de veinte millones de Mártires, que habiendo derramado su sangre por la fe, fueron otras tantas víctimas sacrificadas al Dios vivo. Pues ¿qué honra no le tributará tambien el sacrificio voluntario de todas las criaturas? Con todo eso, todos los actos de religion, y muchos otros mas perfectos que pudieran hacer las criaturas mas nobles, son muy inferiores, no tienen la menor proporcion con la excelencia del incruento sacrificio de Jesucristo en el ara del altar. Mas se le honra á Dios con una sola misa, que le pudieran honrar todas las obras de los Ángeles y de los hombres, por fervorosas, por perfectas, por heróicas que fuesen. La inmaculada hostia que se ofrece en el divino sacrificio es de un mérito proporcionado á la majestad del mismo Dios á quien el sacrificio se ofrece. ¿Está Dios irritado con nosotros? ¿ tenemos necesidad de nuevos auxilios? ¿gemimos bajo el violento yugo de las pasiones? ¿desfallecemos al rigor de obstinadas y graves enfermedades? ¿ tenemos que rendir gracias á Dios por nuevos beneficios? ¿hallámonos alcanzados, y todavía con obligacion de sacrificar á la divina justicia? Pues en solo el sacrificio de la misa encontrarémos remedio á todas estas necesidades, y sobradísimo caudal para salir de todas nuestras deudas. Es la Misa el remedio universal, el árbol de la vida y de la inmortalidad; porque en ella recibe Dios el homenaje de su querido Hijo, en quien tiene sus complacencias. Es una víctima que desarma su cólera: es un sacrificio de propiciacion que no puede dejar de aceptar, á lo menos, por parte de la misma víctima. ¡Buen Dios, con qué ansia debieran los fieles asistir á ella! ¡y cuánta es la dignidad de los sacerdotes, respetable aun á los Ángeles mismos! pero ¡cuál debe ser su pureza, su fe, su devocion!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la

mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre la confianza que debe tener el hombre en su Dios.

Punto primero. — Considera que la misma razon natural y la justicia están dictando que el hombre debe poner toda su confianza en Dios para lograr con seguridad todas aquellas ventajas que se propone en sus miserias y necesidades.

El mismo Dios te convida á esto mismo en tantos lugares de la Escritura, que no solamente se manifiesta su pronta voluntad para favorecerte, sino que al mismo tiempo convence lo razonable y justo que es colocar en él toda tu confianza. En suposicion de vivir en este mundo miserable cercados por todas partes de desgracias y peligros, no puede menos el hombre de elegirse un protector, con cuyos auspicios pueda serenar las congojas de su alma, y libertarse de las asechanzas de los enemigos que le rodean. Siendo flaco y débil por sí mismo, dicta la razon natural que debe buscar un asilo, un protector y un patrono. Y bien, cristiano, ¿podrian tus deseos aspirar á mayor dicha que tener en tus necesidades y miserias un padre tierno, benigno y amoroso, que tuviese la voluntad de sacarte de ellas, y el poder necesario para verificar sus deseos? Pues Dios posee todos estos títulos y estas cualidades con ventajas infinitamente superiores al mismo padre que te engendró. Dios se precia de ser padre tuyo; ama este título con preferencia á todos los demás. Te ama con un amor eterno, ha empleado todos los tesoros de sus inmensas riquezas para tu creacion y conservacion. Te ha hecho heredero juntamente con su hijo Jesucristo de todos sus bienes, vela continuamente para que nadie ofenda á un cabello de tu cabeza, y llega su amor hasta reputar por ofensas suyas las injurias que se te hacen. Pero si el título de padre te infunde respeto, sabe que Dios es tambien tu amigo, que tiene sus delicias en tratar con los hijos de los hombres, y que su amistad está exenta de todas las peligrosas contin-

gencias que causan la perfidia y el interés. Todos tus bienes son bienes suyos, todos tus provechos los mira como propios, y ahuyentará de tí cuanto pueda dañarte mejor que tú mismo.

Siendo esto así, teniendo un padre y un amigo tan fiel y tan amoroso, ¿qué necedad es la tuya cuando rehusas poner en él toda tu confianza? ¿Esperas acaso, como decia Rabsaz (IV *Reg.* XVI), en el frágil báculo de caña sacado del Egipto de este mundo, báculo que si te apoyas sobre él se hará pedazos, traspasará tu mano, y hará cierta tu caida? ¿No te es mejor decir con el profeta David (II *Reg.* XXIII): *Dios es toda mi fortaleza, y esperaré en él; es mi escudo, y el ala derecha del ejército que me custodia; es mi libertador y mi refugio; es mi Salvador, y no tengo duda que me librará por su infinito poder de todos los artificios que arme contra mí la iniquidad?* No puedes negar que en esto consiste tu salud, y una salud verdadera, como lo comprueba la historia de todos los justos. Elige, pues, á este padre y á este amigo, y desafia á todas las potestades del infierno, que bien puedes estar seguro que con la proteccion de Dios alcanzarás de todas ellas una gloriosa victoria.

Punto segundo.—Considera que confiando en Dios nunca pueden salirte fallidas tus esperanzas, sino que necesariamente han de verse cumplidos todos tus deseos.

El Señor recibe mucha gloria de que el hombre le tenga por su protector, y que le busque y confie en él cuando se ve oprimido de los trabajos. Esta accion la reputa por una señal del amor que le tenemos, y del gran concepto que tenemos formado de su bondad y de su poder. Es un género de culto con el cual testificamos su supremo dominio, le confesamos por nuestro Dios, y le atribuimos todas las cualidades y títulos de que mas se gloría. En recompensa de nuestra confianza manifiesta mayor interés por nosotros, y nos ama con todo aquel amor á que nos hace acreedores la confianza y respeto con que le miramos. Siendo esto así, ¿qué necedad es la tuya cuando desechando un patrocinio tan seguro pones tu confianza en las cosas terrenas y perecederas? ¿No te tiene acreditada la experiencia de que los hombres son infelices en sus promesas, y débiles y flacos aun cuando quieran cumplirlas? ¿No ves continuamente como el interés desnaturaliza á los padres para abandonar á sus hijos, y arma á estos de rencor y de ira contra sus mismos padres? ¿Encontraste alguna vez en aquel que mas se precia de tu amigo otro alivio en tus necesidades que unas palabras estériles, que desvanece el viento? ¿No adver-

tiste con cuánta indiferencia miraron el desamparo de la viuda, las lágrimas del huérfano y los suspiros del desvalido? El corazon del hombre es igualmente duro é insaciable. La avaricia cierra la puerta á todos los sentimientos de humanidad, y en tratándose de desprenderse de las riquezas, ni los clamores del miserable tienen fuerza en sus oidos, ni las lágrimas del atribulado consiguen otra cosa que desprecio y abandono. La avaricia desnaturaliza al hombre, y en cierta manera le priva de su ser.

Y en vista de estas consideraciones ¿andarás todavía vago y errante, poniendo tu confianza en los hombres, creyendo que ellos son capaces de alargarte una mano piadosa para sacarte de tus trabajos? Abre los ojos, cristiano, conoce la ceguedad en que hasta ahora has vivido, y da entrada en tu corazon á unas ideas que te presenten las cosas del mundo con toda la falsedad y miseria que en sí contienen. Aprende á formar un verdadero concepto de las cosas, y á no dar erradamente el nombre de bien á lo que es un verdadero mal. Los trabajos, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza tienen un aspecto muy horroroso para los ojos de los mundanos: tienen además un aire contagioso, que se les figura les ha de pegar toda su desdicha. Por tanto huyen del miserable, y no se contentan con negarle sus auxilios, sino que para alejarse de sí suelen tal vez valerse de desprecios y baldones. Mil veces te ha acreditado la experiencia todas estas verdades. Seas quien quisieses, no puedes jactarte de haber sido siempre tan venturoso que no hayas padecido alguna desgracia en este mundo. Trae á la memoria la conducta que tuvieron entonces contigo los que se preciaban de amigos en la prosperidad. Acuérdate de la indiferencia y severidad que manifestaron en sus rostros, de las miradas desdeñosas con que apenas se dieron por entendidos de tu desgracia, y de aquella fiera crueldad con que cerraron sus entrañas á la demostracion mas ligera de compasion y de beneficencia. Los hombres siempre serán los mismos, y de consiguiente la confianza que coloques en ellos falsa y de ningun provecho. Vuelve, pues, los ojos á tu Dios, y conoce que así como es inmutable en su esencia y en todos sus atributos, así tambien lo es en ser tu padre, tu amigo, tu protector, y el objeto único en que puedes colocar toda tu confianza, de modo que no esté expuesta á los vaivenes de la inconstante fortuna.

Jaculatorias. — Señor Dios mio, en tí he puesto siempre mi confianza; libradme de todos aquellos que me persiguen. (*Psalm.* VII).

Cuanto intente contra mí la malicia de los hombres no será capaz

de hacerme temer, porque toda mi esperanza la tengo puesta en mi Dios. (*Psalm.* LV).

PROPÓSITOS.

1 El fruto que debes sacar de las consideraciones de este dia es una entera confianza en la providencia de Dios, conociendo que este no puede faltar en sus promesas, y que por el contrario todos los males y todas las desgracias han de tener un fin cierto; y si se llevan con paciencia, una consolacion superabundante. Por mas trabajos que te cerquen, por mas persecuciones que padezcas, por atribulado que llegues á estar, con dificultad llegarán tus males al punto que llegaban los de san Pablo cuando escribia á los corintios (*Epist. II, cap.* I) estas notables palabras: *No quiero, hermanos mios ocultaros la tribulacion que padecí en el Asia, en la cual fuí oprimido hasta lo sumo sobre todas mis fuerzas, en tanto grado, que me causaba pesar y tedio mi misma vida. Pero llegué á padecer estas angustias de muerte, para conocer que no debemos fiarnos de nosotros mismos, sino de Dios, que resucita los muertos, el cual me sacó de tantos peligros, y en quien espero que me sacará de otros en lo sucesivo.* Estas palabras de san Pablo sirven á un mismo tiempo para nuestro consuelo y para nuestra instruccion. Sirven para nuestro consuelo, porque viendo á un Apóstol tan santo y tan amado de Dios padecer tan amargas tribulaciones, que en medio de su conformidad y de su paciencia llegó á decir que le era odiosa la vida, ¿quién será aquel que pretenda vivir exento de tribulaciones, y que deje de reconocer que Dios las permite en sus amigos, para tener la complacencia de verlos pelear, y el gusto de socorrerlos cuando se hallan en el último apuro? No ha habido bienaventurado que no haya padecido tales congojas y miserias en esta vida, que necesitase de todos los confortativos de la Gracia para ser sufridas. Los Apóstoles padecieron trabajos de tal variedad y gravedad, que seria prolijo el haber de referirlos. La misma Madre de Dios se vió pobre, abandonada de su esposo, sin la comodidad necesaria para albergar al Hijo de Dios, y precisada á un destierro entre gentes idólatras; seria demasiada presuncion el que tú pretendieses para tí mejor suerte que la que Dios destinó para sus Apóstoles y para su Madre. Nos sirven tambien las palabras de san Pablo de instruccion, porque por ellas conocemos que solamente en Dios se puede encontrar una confianza segura cuando instan los males y los peligros. Por ellas somos enseñados cuánto yerran los que confian en los bienes falibles de este mundo, porque ni la riqueza puede librar de una en-

fermedad al poderoso, ni la edad robusta al jóven, ni la autoridad al magistrado, ni al sabio su sabiduría, ni aun á los príncipes soberanos todo el esplendor y grandeza de su cetro y su corona. Todo esto prueba que el Señor es bueno para los que esperan en él, como dice Jeremías, y que va errado, y echa sobre sí la maldicion, como dice el mismo (*cap.* XVII), *el hombre que confia en otro hombre, haciendo que la carne sea su escudo, y apartando del Señor su corazon.*

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

El martirio de doscientos y veinte santos Mártires, en África.

El martirio de san Marcelo, centurion, en Tánger en la Mauritania; el cual siendo degollado alcanzó la corona del martirio en tiempo de Agricolao, teniente del prefecto del Pretorio. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los trece santos mártires, que con los santos Juliano, Euno y Macario, padecieron en tiempo del emperador Decio, en Alejandría.

Santa Eutropia, mártir, en la misma ciudad, la cual visitando los Mártires, siendo con ellos cruelmente atormentada, entregó su alma al Criador.

San Saturnino, mártir, en Caller en Cerdeña; el cual en la persecucion de Diocleciano, por órden del presidente Bárbaro fue degollado.

San Máximo, mártir, en Apamea de Frigia, en tiempo del mismo Diocleciano.

Los santos mártires Claudio, Lupercio y Victorio, hijos de san Marcelo, centurion, en Leon en España; los cuales en la persecucion de Diocleciano y Maximiano fueron degollados por órden del presidente Diogeniano. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos Cenobio, obispo, y Cenobia, su hermana, en Egea en Cilicia, en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Lysias.

San Teonesto, obispo, martirizado por los Arrianos, en Altino.

San Lucano, mártir, en Paris. *(Segun una antigua tradicion, este Santo fue martirizado en Logny, lugar del pais de Orleans, al principio del siglo V. Sus reliquias fueron después trasladadas á la catedral de Paris, cuyos habitantes tenian á este Santo en extraordinaria devocion, y en las calamidades públicas acostumbraban sacar en procesion sus sagradas reliquias, junto con las de santa Genoveva).*

San Serapion, obispo, en Antioquía, muy insigne en doctrina. *(Eusebio y san Gerónimo alaban mucho su sabiduría y su celo por la defensa de la verdad. Escribió y publicó un libro contra Montano, y otro para refutar el supuesto Evangelio del apóstol san Pedro. Murió en paz imperando Caracalla, el año 211).*

San German, obispo y confesor, en Capua; varon de gran santidad, cuya alma, cuando él espiró, fue vista por san Benito volar al cielo entre coros de Ángeles.

San Gerardo, obispo, en Potenza en la Lucania.

SANTA PELAGIA, PENITENTE.

Hácia la mitad del siglo V, es decir, por los años de 453, reinando el grande y religioso emperador Marciano, dió el Señor á su Iglesia uno de los mas ilustres ejemplos de su infinita misericordia con los pecadores en la persona de Pelagia, una de las mas insignes pecadoras que se vieron en el mundo.

Habiendo convocado en Antioquía su patriarca Máximo un concilio provincial de todos los obispos sufragáneos suyos, concurrió á él Nono, uno de los prelados mas santos de su siglo. Fue monje del célebre monasterio de Tabenas en la Tebaida, de donde le sacaron por la fama de su eminente virtud para hacerle obispo de Edesa en Mesopotamia, y de aquí fue trasladado á la silla de Heliópolis en Siria, cerca del monte Líbano, donde convirtió á la fe innumerables sarracenos y otras naciones idólatras. Sus sermones hacian portentoso fruto en todas partes; porque en él todo predicaba, su compostura, su modestia, su semblante extenuado por sus continuas penitencias, su humildad, y hasta sus mismos modales llanos y sencillos; pero siempre respetables.

Un dia en que estaban sentados á la puerta de la iglesia del mártir san Julian el patriarca, el obispo Nono y otros ocho prelados de los que habian concurrido al concilio, rogó el Patriarca á san Nono que les hiciese una especie de plática espiritual. Ejecutólo al punto; y habló con tanta elocuencia y con tanta mocion, que á todos les tenia como embelesados; pero al mismo tiempo que le estaban oyendo con la mayor suspension, pasó por delante de ellos una célebre cortesana llamada Pelagia. Era la primera comedianta de la ciudad de Antioquía, famosa por su extraordinaria hermosura; pero mucho mas por los desórdenes de su licenciosa vida. Llamábanla *la Margarita,* que en el idioma del país significaba *la Perla,* ó por su rara belleza, o porque siempre se presentaba cubierta de pedrería. Aquel dia se habia adornado con todo el primor y con todo el arte que la pudo dictar el deseo de parecer bien. Estaba soberbiamente vestida; pero con tanta inmodestia como ostentacion: el cabello artificiosamente rizado, elevada la cofia con cuidadoso desden, sin velo en la cabeza, y el costado por una y otra parte con todo el desahogo que le sugeria la indecencia. Iba montada en una orgullosa mula para estar mas descubierta á los ojos y á la provocacion; y acompañada de un gran tren de doncellas y de pajes, caminaba como en triunfo por aquella gran ciudad. Escandalizáronse los Obispos, y apartaron los ojos de un ob-

jeto tan peligroso como profano. Solo el santo obispo Nono, contra su costumbre la estuvo mirando fijamente todo el tiempo que la pudo alcanzar la vista, y luego que se le ocultó, exclamó deshecho en lágrimas: *¡Ah, hermanos mios, y cuánto temo que esta mujer que pone tanto cuidado en agradar á los hombres, algun dia ha de ser nuestra condenacion, por el poco cuidado que nosotros ponemos en agradar á Dios!* Retiróse después á la posada con su diácono, que escribió toda esta historia; postróse en tierra, y llorando, gimiendo y dándose fuertes golpes de pecho, decia: *Señor, tened misericordia de este pobre pecador. Veis allí una miserable criatura que gasta los dias en componerse; que emplea lo mas engañoso del arte, lo mas brillante, lo mas precioso de la tierra para hacerse agradable á los ojos de los hombres, para dejarse amar de ellos; y yo sacerdote, yo obispo, ¿qué cuidado pongo en adornar mi alma con la gala de las virtudes? ¿qué tiempo gasto en purificar mi corazon para presentarle á Vos, y para que merezca vuestro agrado? ¡Será posible que aquella infeliz mujer tenga mas industria para hacerse amar de los hombres, que yo para merecer ser amado de mi Dios!* Pasó el santo Obispo lo restante de la noche lleno de dolor y de compuncion, mostrándose inconsolable por su imaginaria indolencia, descuido y frialdad.

La noche siguiente tuvo san Nono una misteriosa vision, que refirió á su diácono, el cual cuidó de transmitirla á la posteridad. «Pa-«recióme, le dijo, que estando celebrando en el altar, revoloteaba al «rededor de mí una paloma cubierta de un asqueroso lodo, que des-«pedia de sí un hedor intolerable; y por mas que yo la espantaba, «ella siempre me volvia á inquietar, hasta que el diácono dijo que «saliesen los catecúmenos, y entonces tambien desapareció la palo-«ma. Después de la misa, y dadas gracias, queriendo volver á casa, «encontré la misma paloma en el lintel de la puerta; parecióme que «la tomé en la mano, y que habiéndola metido en una gran taza llena «de agua, se quedó blanca como la misma nieve sin rastro de man-«cha alguna; y tomando de repente el vuelo hácia el cielo, desapa-«reció de mis ojos. Quiera el Señor, añadió el Santo, declararnos lo «que esto significa.»

El dia siguiente era domingo, y habiéndose juntado en la iglesia todos los Obispos para celebrar los divinos misterios, concluido el Evangelio se presentó el Patriarca á san Nono, y le rogó repartiese al pueblo el pan de la palabra de Dios, explicándole el sagrado texto que se acababa de leer. El concurso era prodigioso; porque á la solemnidad del dia, la celebridad del concilio, y con la noticia de que

predicaba san Nono, habian concurrido todos los fieles y todos los catecúmenos de la ciudad. Subió al púlpito el santo Obispo, y predicó con tanta energía acerca de las grandes verdades de la Religion, sobre el sumo mal del pecado y el infinito tesoro de la misericordia de Dios, que todo aquel inmenso auditorio se deshacia en lágrimas. Hallábase dichosamente en él la famosa cortesana Pelagia, que en otro tiempo se habia alistado entre los catecúmenos; pero sufocados ya en ella por su licenciosa vida todos los piadosos movimientos de religion, solo habia concurrido á la iglesia por mera curiosidad. Mas quiso la Gracia hacer aquella ilustre conquista, y tocó eficazmente su corazon. Movióla tanto todo lo que acababa de oir, que no pudo reprimir las lágrimas; y luego que el predicador se retiró á su posada, le escribió un billete en estos precisos términos:

AL SANTO DISCÍPULO DE JESUCRISTO, LA PECADORA Y ESCLAVA DEL DEMONIO.

He oido decir que tu Dios bajó del cielo á la tierra para la salvacion de los hombres, y que aquel á quien los Querubines no se atreven á mirar por respeto, se dignó conversar con los pecadores y con los publicanos, sin desdeñarse de hablar con una samaritana y con una insigne pecadora. Si eres discípulo de tal Maestro, no desprecies á una infame cortesana como yo soy, y no me niegues el bien y el consuelo de tener contigo una conferencia para poder hallar gracia por tu medio con Jesucristo nuestro Salvador.

Mostróse pasmado Nono cuando leyó esta carta, y temiendo algun lazo del demonio por el artificio de una mujer tan peligrosa, la respondió que Jesucristo, su divino maestro, no ignoraba lo que ella era, y conocia perfectamente todo el interior de su corazon: que por lo demás no pretendiese tentarle, pues aunque era siervo de Dios, era pecador, y tenia muy conocida su miseria; y en fin, que si su intencion era santa, le podria hablar cuando gustase; pero no á solas, sino en presencia de todos los Obispos. Luego que Pelagia recibió esta respuesta, voló á la iglesia de San Julian, y encontrándole entre los demás Prelados del concilio, se arrojó á sus piés en presencia de todos, regóselos con sus lágrimas, que derramaba á torrentes, y con voz angustiada, interrumpida de sollozos y suspiros, le pidió el Bautismo. Representóla el santo Obispo que los sagrados cánones prohibian administrar este Sacramento á los pecadores públicos, y especialmente á una pública cortesana como era ella, mientras no renunciasen su vida licenciosa, y no diesen pruebas suficientes de no volver á ato-

llarse en sus antiguos desórdenes. Pelagia, que se mantenia siempre postrada á los piés del santo Obispo, le respondió: *Padre, mis lágrimas son las mejores fiadoras de la sinceridad de mi conversion; y pues Dios me ha conducido á tus piés, queriendo servirse de tí para lavarme de mis pecados, mira no te pida cuenta de que dilates mas tiempo admitirme en el número de sus esposas.* Conoció el Santo por sus instancias la sinceridad de su mudanza; y siendo de parecer todos los Obispos que no debia negarla lo que pedia con tales muestras de contricion, y con tan ejemplar perseverancia, no pudo resistirse mas á concedérselo. Mientras tanto se dió parte al Patriarca de todo lo que pasaba, y se le pidió su permiso para administrarla los Sacramentos, rogándole al mismo tiempo que eligiese alguna virtuosa matrona para cuidar de tan ilustre neófita. Admirado el Patriarca de tan no esperada conversion, dió mil gracias al Señor, y rogó á una virtuosa señora por nombre Romana, muy conocida en toda la ciudad por su eminente virtud y por su continuo ejercicio en todo género de buenas obras, que tomase á su cargo aquella nueva ovejita que iba á entrar en el rebaño, queriendo ser su madrina. La virtuosa señora, fuera de sí de gozo por la ocasion que se la venia á las manos de ejercitarse en tan buena obra, corrió á la iglesia de San Julian, y abrazó tiernamente á la dichosa Pelagia. Después que san Nono la explicó los principales misterios de nuestra Religion, de que ya se hallaba bastantemente instruida, la preguntó cómo se llamaba: *Mis padres,* respondió, *me dieron el nombre de Pelagia; después, ó por mi vanidad, ó por la riqueza de mis galas, dieron en llamarme Margarita; tú, padre mio, podrás ponerme el nombre que mejor te pareciere.* Hízola san Nono los exorcismos acostumbrados; y habiéndola bautizado con el nombre de Pelagia, la confirmó, y la dió la sagrada Comunion. Dice el historiador de su vida, que cuando el santo Obispo volvió á casa, después de una funcion tan llena de consuelo, no cabiendo en el pecho la alegría, le dijo á su diácono: *Hermano carísimo, este dia es muy solemne para nosotros; no le he tenido de mas gusto en toda mi vida, y así es menester que todo huela á fiesta; hoy, contra nuestra costumbre, has de guisar las legumbres con aceite, y hemos de beber un poco de vino.* Luego que se sentaron á la mesa hizo el demonio un espantoso ruido en la posada, oyéronse ahullidos, gritos formidables, y entre ellos una triste y pavorosa voz que decia: *¡Oh, y lo que me hace padecer este maldito viejo! ¿No le bastaba haber convertido y bautizado á treinta mil sarracenos, y después á toda la ciudad de Heliópolis? No contento con tadas estas conquistas que has hecho á tu Dios á costa mia,*

me vienes ahora á quitar una cortesana, que ella sola me desquitaba de todas mis pérdidas: ¡no reventarás tú, viejo maldito! Conociendo el Santo el artificio del demonio, no hizo mas que reirse y hacer la señal de la cruz, con lo que le hizo callar, y le echó de allí.

Mientras tanto restituida santa Pelagia á su casa como una nueva criatura, repartió entre los pobres todas sus joyas y todos sus bienes sin reservar nada para sí, y dió libertad á todos sus esclavos. Aquellas primeras noches tuvo mucho que padecer del espíritu de las tinieblas; pero instruida de su santo director, con la señal de la cruz y con los dulcísimos nombres de Jesús y de María, puso en fuga á todo aquel ejército infernal.

Ocho dias después dejó la túnica blanca, trocándola por un cilicio, y cubierta con un manto que la dió el santo Prelado se salió secretamente de la ciudad de Antioquía; tomó el camino de Jerusalen, y se fué á encerrar á una gruta del monte Olivete, donde todos la tuvieron por un solitario jóven llamado Pelagio, y con este nombre hizo una vida muy penitente, entregada á las mayores austeridades, y pasándola en continua oracion. Concluido el concilio de Antioquía, se retiró san Nono á Heliópolis sin descubrir á nadie el paradero de su ilustre penitenta, aunque ya lo sabia por divina revelacion. Su diácono Jacobo, que le acompañó al concilio, y nos dejo escrita toda esta historia, deseó ir en peregrinacion á Jerusalen, y pidió licencia al santo Obispo. Diósela san Nono; pero le encargó que en llegando á la santa ciudad se informase de un solitario llamado Pelagio, que habitaba en el monte de las Olivas; y que no se volviese sin traerle noticias de él. Jacobo no se olvidó del encargo, y luego que llegó á Jerusalen, preguntó por el solitario Pelagio. Dijéronle que era un ángel en carne mortal; asombro de todo aquel país por su eminente santidad, y tenido por prodigio de penitencia; que después de cuatro años que se habia encerrado en una especie de sepultura, solo se alimentaba de algunas raíces insípidas que brotaban en el desierto, sin otra conversacion que con Dios y con los Ángeles. Partió Jacobo á ver al santo solitario, y le halló en una celdilla abierta en el mismo peñasco, sin otra abertura que la de una ventanilla, la cual estaba cási siempre cerrada. Como iba en el concepto de encontrarse con un hombre, no le pasó por la imaginacion que pudiese ser Pelagia. Por otra parte estaba la Santa tan desfigurada, los ojos tan hundidos y tan apagados con sus lágrimas, el semblante tan seco y tan descarnado al rigor de sus penitencias, la tez y el aire tan alterado y tan mudado, que le seria imposible conocerla, aun cuando

hubiese ido con aquella duda. Díjola Jacobo que venia de parte del obispo Nono, cuyo diácono era él: *Nono es un santo,* respondió la Santa, *y dile que me encomiende á Dios:* con lo cual cerró prontamente la ventana; y Jacobo oyó que comenzó á rezar tercia. Volvióse este á Jerusalen lleno de admiracion y de consuelo por haber visto aquel prodigio, y después de haber visitado los Santos Lugares, como tambien muchos monasterios, donde no se hablaba de otra cosa que de la santidad del solitario Pelagio, no quiso restituirse á Siria sin haberle hecho segunda visita; llegó á la celda, hizo ruido para que le oyesen, y viendo que nadie parecia, exclamó: *Siervo de Dios, hazme la caridad de dejarte ver.* Como nadie respondiese, volvió al dia siguiente, y sucediéndole lo mismo, repitió lo propio el tercer dia, en el cual, viendo que tampoco le respondian, tuvo la curiosidad de asomarse por la ventanilla, que estaba entreabierta, y vió que estaba muerto el imaginado solitario. Acudió prontamente á dar parte de lo que pasaba á los solitarios del contorno, y todos concurrieron á hacer con el cadáver los últimos oficios. Forzóse la puerta, y se sacó el santo cuerpo para embalsamarle; pero todos se quedaron admirablemente sorprendidos cuando se reconoció que era mujer la que se creia hombre, y luego se oyó exclamar de todas partes: *Seais eternamente alabado, mi Dios, que teneis tantos tesoros escondidos en la tierra; no solo entre los hombres, sino tambien en el sexo mas débil y mas delicado.* Esparcida la voz de aquella maravilla por toda la comarca concurrió en tropel, así la gente de Jerusalen, como innumerables religiosas que estaban en los monasterios de los llanos de Jericó, y á las orillas del Jordan, todas con velas encendidas, cantando himnos, y asistiendo á sus exequias, celebrándose estas con la mayor solemnidad; y desde aquel tiempo fue muy célebre en toda la Iglesia el nombre de santa Pelagia. Sucedió esta muerte tan preciosa á los ojos del Señor en el mes de octubre por los años de Cristo 468, y su santo cuerpo, muchos siglos después de su muerte, fue trasladado á Francia, y depositado en el monasterio de Jonarré en el Brié, diócesis de Meaux, donde se celebra su traslacion el dia 12 de junio. *(El Martirologio romano hace mencion de santa Pelagia á los 8 de octubre: véase).*

SAN MARCELO CENTURION, MÁRTIR.

San Marcelo, centurion, cuya memoria ha sido siempre célebre en España así por la heróica fortaleza con que sostuvo la defensa de la fe, como por haber sido padre de no pocos valerosos hijos, que dieron mucho honor á nuestra Iglesia con los gloriosos triunfos que con-

siguieron de los paganos, tiénese por tradicion de los siglos pasados que nació en la ciudad de Leon, que después fue cabeza y corte del reino de su nombre, y que en ella floreció en la profesion militar en tiempo del presidente Anastasio Fortunato que la gobernaba, y fue el que le envió á Aurelio Agricolano, vicario del prefecto Pretorio en la ciudad de Tingi ó Tánger en África donde fue martirizado.

Era san Marcelo centurion, esto es, cabeza de ciento ó de ciento y diez soldados de una de las legiones romanas, bien fuese de la segunda *Trajana*, como se lee en las actas que publicaron Baronio y Ruinart, ó de la séptima Gemina, de que hablarémos después, como conjetura Risco, por haber residido ordinariamente en Leon. Era casado con santa Nonia ó Nona. D. Lucas de Tuy dice que tuvieron doce hijos todos mártires, Claudio, Lupercio, Victórico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germano, Fausto, Januario y Marcial. En el Antifonario gótico de Leon que se escribió antes de aquel Obispo se cuentan solamente los nueve primeros. Los breviarios antiguos de Compostela y de Ebora nombran los doce como D. Lucas de Tuy; y generalmente se cree en España que estos Santos tuvieron doce hijos mártires, si bien en los nombres de ellos no concuerdan todos.

En el año, pues, 298 del Señor siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, y cónsules Anicio Fausto II y severo Galo á 21 de julio se celebró la exaltacion de Maximiano Hercúleo al imperio. En esta solemnidad los soldados ofrecian sacrificios á los dioses. Y para que fuese mas solemne la funcion, el presidente Anastasio Fortunato hizo publicar un edicto por el que mandaba, que todos los pueblos de la provincia concurriesen á Leon el dia que señaló para la festividad. Marcelo estando delante de las banderas de su legion, lastimado de ver tanta gente entregada á la idolatría, á vista de todos se quitó el cíngulo ó banda militar, y dijo: *Yo solo sirvo á Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los señores; por lo que desisto de servir á los Emperadores, y desprecio á vuestros dioses, que son unos ídolos mudos y sordos. Si es tal la condicion de los soldados que han de ser compelidos á sacrificar á los dioses falsos, ved cómo arrojo el cíngulo é insignias militares.* Diciendo esto arrojó tambien el sarmiento que llevaba en la mano como divisa de su empleo ó grado, y las armas.

Dejó atónitos á los soldados la resolucion de Marcelo; pero como sus voces y sus hechos abominaban la solemnidad de un acto, que creian ser el mas acepto á los príncipes del mundo, prendieron á Marcelo, y lo presentaron á Fortunato, haciéndole relacion de todo lo

ocurrido. Dió por entonces órden el Gobernador que lo pusiesen en la cárcel, hasta que se concluyesen los regocijos de la funcion, y finalizados estos hizo que compareciese al consistorio donde tenia su tribunal. Preguntóle Fortunato lleno de ira: *¿Qué causa has tenido para arrojar el cíngulo militar, procediendo en esto contra las ordenanzas á que estás obligado?* Y revestido Marcelo de aquel valor y de aquella fortaleza que forman el carácter de los héroes del cristianismo, le respondió á presencia de todo el pueblo: *La causa es, que siendo como soy cristiano, no puedo servir sino á Jesucristo Hijo de Dios omnipotente: por esto me he despojado de las insignias militares, que parece obligan á prestar sacrificio á unas deidades quiméricas, como son las que vosotros adorais.* —*Yo no puedo disimular tu temeridad*, siguió Fortunato, *de la que daré parte al César, enviándote por ahora á mi principal Agricolano.* —*Haz lo que te parezca*, contestó Marcelo; *con el bien entendido, que adonde quiera que vaya, haré la misma confesion de mi Señor Jesucristo.*

Envió con efecto Fortunato á Marcelo cargado de prisiones á la metrópoli de la Mauritania, donde á la sazon se hallaba Agricolano, y habiendo llegado á aquella ciudad, después de los innumerables trabajos é incomodidades que padeció en la dilatada distancia que hay desde Leon á Tánger, se dió parte al Prefecto de que el gobernador de Leon le enviaba un hombre llamado Marcelo. Celio, soldado del mismo ejército, llevó el proceso. Agricolano mandó á uno de sus oficiales leer en alta voz el proceso, que estaba concebido en estos términos: *Anastasio Fortunato, presidente de la legion Trajánica, al D. S. Aureliano Agricolano, prefecto de la Mauritania, de España y de Francia: Este soldado llamado Marcelo del órden del centurion habiendo arrojado el cíngulo militar, ha protestado delante del pueblo que es cristiano: ha hablado muchas blasfemias contra nuestros dioses y los Césares; por lo que te lo dirigimos, para que mandes observar lo que determine V. Celsitud. VALE.*

Leido que fue el proceso, preguntó Agricolano á Marcelo: *¿Qué furor te ha preocupado para arrojar las insignias militares, y para proferir semejantes expresiones?* —*No hay furor alguno en los que temen al Señor*, respondió el Santo; y queriendo el Prefecto certificarse de la verdad, continuó el interrogatorio, preguntándole: *¿Has hablado con efecto las palabras que constan en las actas proconsulares? ¿y has arrojado las armas?* Y contestándole así el famoso Centurion, Agricolano pronunció contra él la sentencia siguiente: *Porque Marcelo centurion ha depuesto el cíngulo militar, quebrantando el sacramento ó juramento de su profesion públicamente; porque ha blasfemado de los*

dioses y de los Césares; y porque se ha ratificado en las palabras llenas de furor que contienen las actas del tribuno, conviene que sea decapitado. Oyó Marcelo sin la menor alteracion la injusta providencia del Prefecto, y mostrándose agradecido dijo: *Agricolano, Dios te haga bien y tenga misericordia de tí.* Y conducido al lugar del suplicio y puesto en oracion, fue degollado en el mismo dia que entró en Tánger, y fue presentado en el tribunal. Las actas de nuestras iglesias dicen que fue presentado en el tribunal el dia 29 de octubre, y principios del siglo IV; mas las que publicaron Baronio y Ruinart dicen que el 30. El escribano que asistió á este juicio tenia por nombre Casiano; admirado de la constancia de Marcelo, y enojado contra la crueldad de Agricolano, tiró contra el suelo el libro y la pluma con que escribia, y respondió al Presidente que le hizo cargo de aquel atentado, que no tenia mas causa para esta accion que la execrable sentencia que acababa de oir contra Marcelo. Mandóle encarcelar, y habiendo él confesado la fe, en el mismo sitio donde fue ejecutada la sentencia de Marcelo, fue degollado contra él y por la misma causa el dia 3 de diciembre.

Los Cristianos recogieron el venerable cuerpo del ilustre Mártir en el silencio de la noche, y habiéndole embalsamado, le dieron sepultura con la cautela que permitian aquellas edades calamitosas.

Muy presto se extendió por todo el mundo la gloria de este martirio. Hacen de él memoria Adon y Usuardo y Wandelberto que floreció hácia la mitad del siglo IX. Este último escritor añade sin apoyo ninguno que junto con Marcelo padecieron otros doscientos veinte mártires africanos. Nuestra Iglesia muy de antiguo celebra su fiesta. El himno de vísperas que en su oficio conserva el Breviario gótico, es justamente alabado por su elegancia. En Leon se celebra su fiesta el dia 29 de octubre, en otras partes hoy. Esta variedad pende de la que hay en las actas acerca del dia de su martirio.

Después que D. Alonso el Católico echó los moros de Leon, se edificó en aquella ciudad una iglesia con la advocacion de san Marcelo. Edificóla D. Ramiro I fuera de los muros junto á la puerta que se llamó *Cauriense*, y después *Cureses*, entre el antiguo monasterio de San Miguel y el de los mártires San Adrian y Santa Natalia. Reedificóla á fines del siglo XI el obispo D. Pedro, y junto á ella se erigió un hospital que aun existe. Esta iglesia estuvo en poder de los reyes hasta D. Sancho el Gordo, que hizo donacion de ella á la catedral de Santa María de Regla. Hállase tambien con título de monasterio en el Necrologio antiguo Legionense. Ahora es parroquia, y tiene la buena dicha de poseer el cuerpo del santo Mártir, traido de Tánger

á Leon en tiempo de los Reyes católicos en el año de 1493 por la diligencia de cierto presbítero llamado Isla. No léjos de esta iglesia hay un oratorio reverenciado por tradicion como sitio donde estuvo la casa del santo Mártir.

SANTA NONA Ó NONIA.

Nuestros historiadores tienen comunmente recibido que el santo mártir y centurion Marcelo, cuya historia precede, fue casado y tuvo por mujer á santa Nona ó Nonia, como otros escriben. No hay noticias particulares de esta Santa en escrituras antiguas, y solo se sabe de ella lo que ha conservado la tradicion, que el Ilmo. Trujillo, obispo de Leon, refiere de este modo: «La noble y bienaventurada Nonia fue «mujer del valeroso centurion san Marcelo, mártir. Tuvieron los dos «del matrimonio doce hijos que todos murieron con insignes marti«rios en poder de crueles tiranos por la fe de Jesucristo. Y hase de «creer, que quien tan buen marido tuvo y tan santos hijos crió, que «ella fuese santísima mujer, y que quien tan bien los habia criado y «doctrinado para la muerte por Cristo, los imitaria y animaria como «la Macabea, y las santas Sinforosa y Felícitas á los suyos. Traspa«sóle las entrañas el cuchillo de dolor, porque vió la muerte de su «marido y de algunos hijos. Y viéndose ya sola (como en Leon es tra«dicion muy recibida), pidió á nuestro Señor se sirviese de que aca«base con esta vida, y la llevase á gozar de sus infinitos bienes con «su marido é hijos. Concedióselo Nuestro Señor, y fue servido su«mirla en la tierra, á donde quedaron por su memoria y acuerdo en «esta ciudad un pozo, y una pequeñuela ermita y altar, que han sus«tentado esta tradicion juntamente con una hermandad antigua de «cofrades honrados de ella, que tiene su advocacion, y fundacion de «aquella ermita.» Vaseo hace tambien memoria de esta tradicion citando á L. Marineo Sículo, el cual en el lib. 5 de *Rep. Hisp.* pone un capítulo en que trata de san Marcelo y santa Nona, atribuyéndoles once hijos mártires. Dice luego de la madre lo que se sigue: *Quos cum S. Nona vidisset extinctos, unicum filium parvulum brachio complexa, flexis genibus, et multis perfusa lachrymis Deum oravit, ut eam cum filio à vitae periculis eriperet. Et cum hoc dixisset, repente lacus exortus est, qui statim matrem cum filio divinitus absorbuit. Cujus aquam bibentes infirmi sanantur, ubi Legionensis civitas circa lacum templum aedificavit, quod S. Nonae dicitur.* (*Risco, t. 34, pág. 350*).

LOS SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTÓRICO, MÁRTIRES [1].

Todos los hijos del esclarecido mártir san Marcelo se derramaron por España, á excepcion de los tres cuya fiesta celebramos en este dia, Claudio, Lupercio y Victórico, á quien llaman otros Victorio; de los cuales consta con mayor certeza haber pertenecido á esta santa familia. Quedáronse, pues, en Leon, patria suya, donde padecieron por la fe con invencible constancia. El caso pasó de esta manera: Cuando Diocleciano y Maximiano publicaron la persecucion contra la santa Iglesia, se hallaba en Leon el Prefecto de la provincia y presidente de la legion séptima Gemina, una de las instituidas por César Augusto [2]. Desde luego mandó este Ministro que todos los vecinos de aquella ciudad se juntasen á ofrecer sacrificios á los ídolos en un dia y sitio determinado. No pudo ocultarse en esta ocasion la virtud y doctrina que resplandecia en estos tres santos hermanos, educados en ella desde su tierna edad por san Marcelo y santa Nona sus padres. Habiendo entrado el Prefecto en el pretorio que estaba á la parte meridional de la ciudad, dijo que en ella sabia haber algunos enemigos del culto de los dioses, y que mandaba que se los presentasen. Como no citaba persona alguna, nadie le respondia. Estrechando él mas su mandato, fueron á la casa de los tres mancebos, que estaba cerca de la puerta Cauriense, donde hay ahora un oratorio. Hallàronlos orando y preparándose para la persecucion que les amenazaba. Llegados al pretorio, y preguntados por la religion que seguian, á una dijeron al Prefecto: «¿Qué motivo tienes tú para mandar que «seamos presentados á tu audiencia? Los tres que ves delante de tu «tribunal estamos aparejados á perder la vida en honra de la bea«tísima Trinidad. Pregunta lo que quisieres, que prevenidos nos tie«nes á cumplir aquel oráculo divino que dice: el que tiene edad ha«ble por sí; y el mismo Dios, en quien confiamos, nos dará palabras «y sentencias para responderte.» Díjoles el Prefecto: «Siendo los Em«peradores obedecidos de tanta gente, ¿solo de vosotros han de ser «despreciados?» Respondieron ellos: «Tú crees que los tres solos «resistimos á vuestra infidelidad é idolatría, porque no teniendo sino «los ojos de la carne, no puedes ver como nosotros la innumerable

[1] Véanse las actas de estos santos Mártires, publicadas por el M. Risco, *t. 34, página 407*, y las observaciones de este historiador, *ibid., pág. 355.*

[2] Era conocida esta legion con los nombres de *Gemina, Pia, Félix.* Vino á España á fines del siglo I.

«multitud de Ángeles, que léjos de adorar vuestros falsos dioses, los «miran con abominacion y menosprecio.» — «Y ¿en quién confiais «vosotros?» dijo el Presidente. — «Si deseas saber eso que pregun- «tas, respondieron los Santos, podemos y queremos enseñarte una «verdad la mas digna de entenderse. Nuestra confianza está colocada «en Dios Padre omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, con todo «lo que contienen, y en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu «Santo, que son un solo Dios en Trinidad de personas. Esta fe y con- «fianza nos da fuerza para que puestos en esta pelea podamos ven- «cer los tormentos, el poderío de los Emperadores romanos, y á tí á «quien ellos han constituido en ese empleo de presidente.» Y como el Prefecto en su réplica injuriase la ley de Jesucristo, dándole el nombre feo de perversidad, dijeron los Santos: «La perversidad no está «en nuestra ley, sino en tí, que niegas á tu Criador, y te glorías de «poner tu amor en las criaturas. Nosotros no sabemos, ni podemos «temer la muerte de estos cuerpos miserables, sino solo la del alma, «cuya vida no cae bajo la potestad y jurisdiccion de vuestros Empe- «radores. Así que no tardes en hacer de nosotros lo que piensas, y lo «que te inspira tu padre el diablo: que dispuestos estamos á padecer «por Cristo, que á tí y á tus Emperadores condenará al fuego eterno.»

Grandemente se enojó el Juez con esta respuesta; pero no queriendo ponerles en ocasion de que campease su constancia, y fuesen otros por este medio convertidos á la fe, mandó que los degollasen. Los santos mancebos oida la sentencia se llenaron de júbilo, y dieron gloria á Dios que los escogia para padecer por su nombre. Llegados al lugar del suplicio, se desnudaron, y ofrecieron sus ropas á los ministros de justicia, y puestos de rodillas y alabando á nuestro Señor les cortaron las cabezas el dia 30 de octubre del año 303. Sus cuerpos fueron enterrados en el mismo sitio por algunos cristianos deudos suyos que vivian en el arrabal de Leon.

Es creible que venida la paz á la Iglesia en el imperio de Constantino, procurarian los fieles de aquella ciudad dar á estos siervos de Dios el culto que se tributaba á otros Mártires, erigiendo algun templo sobre su sepulcro. Mas adelante se fundó en aquel sitio un célebre monasterio, de cuyo principio nada se sabe. Solo consta que existia ya cuando los Arrianos tenian apestada nuestra Península. En él vivieron monjes de esclarecida santidad todo el tiempo que duró el reinado de los godos. En la entrada de los moros en Leon fue cási de todo punto destruido, si bien las sagradas reliquias se conservaron en el mismo lugar sin ser trasladadas como lo fueron otras á Asturias.

Conquistada aquella ciudad por D. Alonso el Católico, parece que se reedificó esta iglesia de San Claudio; pero como estaba fuera de los muros, no se sabe si por negligencia ó por alguna ruina imprevista vino al suelo toda la iglesia, á excepcion de la capilla y altar principal, donde estaban colocados los cuerpos de los santos Mártires. Así permaneció hasta el reinado de D. Ramiro II, quien á sus expensas hizo otra nueva iglesia, adornándola con las alhajas correspondientes. Desde la conquista perteneció aquella iglesia al señorío de los reyes. Duró esto hasta D. Ordoño III, el cual donó la iglesia y sus posesiones al obispo D. Gonzalo y su catedral. Fue esto por los años 954. Acaso desde este tiempo se introdujo en San Claudio la vida monástica. Milagrosamente preservó Dios este lugar de la profanacion con que Almanzor trató algunas iglesias de aquel reino desde la primavera del año 996. Iba él á entrar á caballo en aquel templo con ánimo de sacar violentamente algunas gentes que en él habia, y en el atrio ó cementerio de él reventó su caballo; con lo cual aterrado, aunque era infiel, ofreció su misma tienda, y doce capas de tela muy preciosa, y otros dones á los Santos que allí se veneraban (cuyo suceso se ve pintado al lado del sitio donde se conservan las reliquias de los mismos Santos, y en la sacristía del mismo monasterio se muestra un pedazo del caparazon del caballo, que es de brocado azul y de labor árabe). Este suceso infundió tal espanto en el ánimo de Abdemelic, hijo de Almanzor, que sin embargo que vino sobre la ciudad de Leon con ánimo de asolarla, no osó tocar esta santa casa, mirándola como defendida por una virtud oculta.

El monasterio permaneció en pié como lo estaba el año 1007, segun consta de una escritura que en él se otorgó en abril del mismo. Pero los sagrados cuerpos permanecian ocultos debajo de tierra hasta fines del año 1173 en que habiendo ido á Leon el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, aprovechándose de tan buena ocasion el rey D. Fernando II y el obispo Legionense D. Juan, y el abad de San Claudio D. Pelayo, y toda la ciudad, le pidieron elevase y colocase en mas decente lugar las santas reliquias. Hízose esta traslacion con asistencia de los arzobispos de Santiago y Braga, y de otros muchos obispos y abades, quedando colocados los cuerpos de los Mártires sobre el altar de la misma iglesia. De los milagros que en este dia obró Nuestro Señor por intercesion de sus siervos, hablan las actas de los mismos Mártires.

Desde muy antiguo se hacia hoy fiesta en España á nuestros Santos. La iglesia de Palencia la anticipó al dia 24, por celebrar en el dia

30 el triunfo de la Cruz en la famosa victoria que los Cristianos alcanzaron de Albohacen á las riberas del rio Salado, de donde se dió nombre á aquella batalla. (*Risco, tomo 34*).

SAN ASTERIO, OBISPO Y PADRE DE LA IGLESIA.

De los escritos de este santo Prelado sabemos que en su juventud se aplicó al estudio de la elocuencia y de las leyes, y que asistió por algun tiempo al foro. Pero el amor de Dios no cesaba de levantar en su interior una voz que continuamente le incitaba á dedicarse de un todo al servicio espiritual del prójimo. En obediencia á este llamamiento renunció á su profesion y á los honores del mundo, y se hizo clérigo. Por muerte de Eulalio, obispo de Amasea, fue unánimemente colocado en la silla metropolitana. Celoso siempre de la pureza de la fe católica, enseñaba sus santas máximas, y trabajaba continuamente en inspirar á su grey el perfecto espíritu de religion. El se presentaba en medio de su pueblo como un vaso escogido lleno del espíritu aquel, de cuyos derrames participaba todo su pueblo, como lo pinta san Gregorio. San Asterio recomienda en sus Sermones la limosna con una energía que no deja duda de que la caridad con los pobres era su virtud favorita. La avaricia, la lujuria, y todos los demás vicios los pinta con unos coloridos, que poniendo á clara luz su deformidad, inspira á los hombres un total aborrecimiento. Vivió este Santo hasta una edad muy avanzada: habla de la persecucion de Juliano como testigo de vista, y sobrevivió al año de 400; porque en un sermon *Contra las kalendas*, que predicó en el dia de año nuevo, dice, que Eutropio era cónsul en el año anterior, que fue el de 399. Esfuerza altamente su celo contra los juegos de aquel dia, derivados del paganismo, y declama contra los excesos que con el pretexto de año nuevo se cometian. Los antiguos llaman beato á san Asterio, y doctor divino, que como astro brillante habia esparcido luz en todos los corazones.

Varios sermones de san Asterio existen todavía, que aunque pocos, son un monumento inmortal de su grande elocuencia y genio, no menos que de su piedad. Sus reflexiones son justas y sólidas; y la expresion natural, elegante y animosa: abunda de vivas imágenes y descripciones tanto de personas como de cosas, que hermosea con agudas comparaciones. Descubre en estas una fuerza grande de imaginacion, un genio maestro y dominante, y que mueve los resortes mas íntimos del alma. Su homilía sobre Daniel y Susana es una pie-

za maestra de oratoria. En la que escribió sobre san Pedro y san Pablo enseña y repite muchas veces la prerogativa de jurisdiccion que recibió san Pedro sobre todos los cristianos de Oriente y de Occidente; y dice que Cristo mismo le hizo su vicario, y le dejó por padre, pastor y maestro de todos los que abrazasen su fe. En su panegírico de san Phocas, mártir en Sínope, estableció manifiestamente la invocacion de los Santos, en honor debido á sus reliquias, las peregrinaciones para orar en sus sepulcros, y los milagros obrados por aquellas. En el sermon *Sobre los santos Mártires*, dice: «Nosotros «conservamos por siglos sus cuerpos decentemente custodiados como «prendas las mas preciosas: vasos de bendicion; órganos de sus almas «bienaventuradas; tabernáculos de sus santos espíritus. Nos ponemos «bajo su proteccion. Los Mártires defienden la Iglesia como los sol«dados una ciudadela. El pueblo acude en tropel de todas partes, y «honran sus tumbas guardando sus festividades. Todos los que pade«cen aflicciones acuden á ellos por refugio. Los empleamos como in«tercesores en nuestras súplicas y oraciones. En estos refugios se cu«ran las enfermedades, se apaciguan las amenazas de los príncipes, «todo se remedia.» Describe el Santo la gran magnificencia y concurso del pueblo con que se celebraban las fiestas de los Mártires en todo el mundo. Dice que los gentiles y los eunomeos, á los cuales llama nuevos judíos, condenaban el honor debido á los Mártires y á sus reliquias: y responde á sus argumentos, que los Cristianos de ningun modo adoran á los Mártires, sino los honran como adoradores que son y fueron del verdadero Dios. Que tienen sus cuerpos en ricas urnas ó sepulcros, para estimularnos á la imitacion de sus virtudes. Ni esta devocion nuestra deja de tener su recompensa, porque gozamos de su poderosa intercesion con Dios, etc. Añade que los eunomianos no honran á los Mártires, porque blasfeman del Rey de los Mártires mismos, haciendo á Cristo desigual al Padre. Dícenles que debian ellos á lo menos respetar la voz de los demonios mismos, que se ven obligados á confesar el poder de los Mártires. «Aque«llos, dice, á quienes hemos oido ladrar como perros, y que han «estado poseidos de un frenesí, y vuelven al uso de sus sentidos, prue«ban con sus caras cuán poderosísima es la intercesion de los Márti«res.» Concluye, pues, este sermon con un apóstrofe devoto, y lleno de confianza á los Mártires mismos. *Véase á Phocio*, *Bibl. Cod. 271.* (*Butler*).

La Misa es en honor de santa Pelagia, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatae Pelagiae festivitate gaudemus, ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Óyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que así como la solemnidad de tu bienaventurada Pelagia nos da una verdadera alegría, así experimentemos tambien el fervor de una santa devocion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *de la de san Pablo á los Efesinos.*

Videte, fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quae sit voluntas Dei.

Hermanos: cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entended cuál sea la voluntad de Dios.

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Cómprase el tiempo cuando se sacrifican la quietud, las conveniencias, los bienes y los gustos de esta vida para lograr tiempo de vacar al negocio de la propia salvacion, que es el único necesario de este mundo. Todo se conjura para robarnos un tiempo tan precioso, ó por lo menos para hacérnosle perder; nuestros amigos, nuestros enemigos, el cuidado del cuerpo, de los bienes, de los empleos y de los negocios. Estamos expuestos á mil peligros, á mil tentaciones, á mil escándalos. Nuestra aplicacion, nuestra ansia y nuestro gran negocio debe ser rescatar, conservar, ganar este tiempo tan precioso, que se nos huye con tanta rapidez. No es nuestro el tiempo de esta vida: estamos en ella como forasteros y como caminantes; aprovechémonos de él con prudencia; gobernémoslo con economía; rescatémosle á costa de todo lo demás. El tiempo perdido nunca vuelve; pero aprovechando bien el que nos resta, nos podemos recompensar de lo que se perdió en el pasado. Son pocos los que conocen cuánto vale el tiempo de esta vida. Pero ¿qué se hace de este precioso tiempo? Los mas no saben qué hacer de él, y solo discurren el modo de perderle. Por eso hay tantos ociosos, tantos empalagados con su misma ociosidad. No hay cosa mas larga que el tiempo para los que lo pierden: no la hay mas pasajera ni mas veloz para los que lo aprovechan. Contados están nuestros dias; en este puñado de ellos podemos hacer nuestra fortuna para el cielo y para la eternidad. ¡Cosa verdaderamente extraña! Esas mu-

jeres profanas, cuya vida se reduce á una perpetua cadena de pasatiempos, de juegos, de diversiones y de ociosidad, no tienen otro tiempo para trabajar en su salvacion, que ese mismo que pierden. Cae alguna peligrosamente enferma, al punto se llama á toda prisa al confesor; se recurre á los santos Sacramentos; se procuran atropelladamente aprovechar aquellos momentos fugitivos, con una razon y con una religion, digámoslo así, medio apagadas, y todo para solicitar la salvacion en aquel residuo de tiempo, habiéndose perdido miserablemente el de la vida muy á sangre fria y con entera reflexion de querer perderle. El tiempo futuro no está en nuestra mano; está únicamente en las de Dios, que nos concedió el tiempo presente como un talento de que nos ha de pedir estrecha cuenta. No esperemos á conocer lo que vale el tiempo cuando ya sea inútil este conocimiento. Nuestra ansia por aprovecharle, bien debiera igualar á la velocidad con que corre. No hay mayor desconsuelo ni mayor desesperacion que el dolor de haber perdido el tiempo cuando ya el tiempo se huyó, y ya no hay mas tiempo para nosotros.

El Evangelio es del capítulo VII *de san Lucas.*

In illo tempore: Ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubuisset in domo pharisaei, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat.

En aquel tiempo: Hé aquí que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesús comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento; y estando detrás á sus piés, comenzó á regar con lágrimas los piés de Jesús, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba y los ungia con ungüento.

MEDITACION.

De la necesidad de la conversion.

Punto primero. — Considera que es artículo de fe que Dios quiere sinceramente la conversion del pecador. No quiero la muerte eterna del pecador, dice el Señor por su Profeta; lo que quiero es, que convirtiéndose de todo corazon, y haciendo penitencia, viva eternamente en el cielo: *Sed ut magis convertatur et vivat.* Gran consuelo es saber que verdaderamente quiere Dios mi conversion, y que por grande pecador que sea, quiere absolutamente que me convierta. Por mas pecados que haya cometido, quiere Dios volverme á su amistad, restituirme á su gracia, perdonarme, y aun olvidar todos mis pecados, solo con que me convierta de veras. Para esto tengo necesidad de su

gracia, y una gran gracia; pero él me la quiere dar, él me la ofrece, puesto que quiere mi conversion sinceramente. ¿Será posible que estando en mi mano convertirme, solo yo no quiera mi conversion? Y es preciso que no la quiera, puesto que no me convierto. Dícese comunmente que bien quisiera uno convertirse; pero efectivamente no quiere el que dice quisiera. Quisiera hacerlo, si estuviera ya disgustado de aquella mala costumbre; quisiéralo, con tal que nada costase á la inclinacion y al amor propio; quisiéralo, como no fuera menester hacerse violencia; como se rompieran por sí mismas las cadenas que nos tienen aprisionados, como todo estuviera fácil y allanado: pero mientras hay algo que vencer solo se tiene una voluntad condicionada, una media voluntad. Quiérese uno convertir; pero imperfectamente, sin tener nada que sacrificar, y sin que nada le cueste: esto en buenos términos es no querer convertirse. De aquí nace el que se vean el dia de hoy tan pocas conversiones, aunque hay tantas gentes con tan gran necesidad de convertirse, y que dicen que lo quieren. Esas medias voluntades entretienen y amodorra al pecador, pero no le convierten.

Punto segundo.—Considera que es muy corto el número de los que quieren sinceramente convertirse. En tratándose de convertirse perfectamente, se quiere, y no se quiere; ni aun se sabe bien lo que se quiere; porque muchas veces nada menos se quiere que aquello mismo que mas se afecta querer. Eternamente andamos regateando con Dios; siempre se le retiene algo de lo que se le prometió; siempre se consulta sobre lo que nos pide, y siempre se le disputan sus derechos, buscándose interpretaciones benignas para explicar en nuestro favor su voluntad. Mídense escrupulosamente todos los pasos, como si temiéramos empeñarnos demasiado. Ah Señor, ¿y se procede con el mismo tiento cuando un hombre se pierde, entregándose libremente al mundo, á los pasatiempos, á la licencia de las costumbres, á los desórdenes y á la disolucion? ¿Se teme entonces empeñarse demasiadamente en el mundo, y en aquella infeliz carrera que conduce á la perdicion eterna? Y ¡será posible que por Dios y por la salvacion siempre se ha de creer que se hace demasiado, ó por lo menos que se hace bastante! Y bien, mi Dios, ¿qué es lo que tememos? ¿tememos entregarnos todos á Vos demasiadamente? Y no cierto porque no estemos bien persuadidos á que esta dichosa entrega seria utilísima para nosotros; pero se recela dar este paso, porque la tibieza de una desmayada fe debilita la confianza; desconfiamos mucho, por-

que os amamos poco. Se sentiria romper con todos los lazos que nos tienen aprisionados en el mundo, y por eso nos contentamos con hacer pedazos algunos. Pero la verdadera conversion no entiende de cobardes contemporizaciones, no da cuartel á esas irreligiosas partijas. Como Dios es su móvil, su único fin y su principio, todo se lo sacrifica, pasiones, amor propio, honra, intereses y vida. Hace pedazos las cadenas, reduce á cenizas todos los lazos que le aprisionaban á incendios del divino amor que anima, por decirlo así, toda conversion verdadera. No se da oidos á los gritos de las pasiones, ni á las costumbres mas inveteradas, solo se presta atencion á la voz de Dios.

Dignaos, Señor, hacérmela percibir, pues estoy bien resuelto, mediante vuestra divina gracia, á oirla con docilidad. Ya no diré jamás: *Yo me convertiré:* la mudanza de mi vida, la reforma de mis costumbres y mi humilde penitencia os dirán de aquí adelante que por vuestra infinita misericordia estoy ya convertido.

Jaculatorias. — Conviérteme, Señor, y me convertiré; porque tú eres mi Dios y mi Señor. (*Jerem.* XXXI).

Conviértenos, ó Dios Salvador nuestro, y aparta tu ira de nosotros. (*Psalm.* LXXXIV).

PROPÓSITOS.

1 No basta hacer bellos planes de conversion, si no se aplican medios seguros y eficaces para ponerlos por obra. Propósitos sin efecto son resoluciones vanas, que solo servirán para nuestra condenacion. La conversion sincera y eficaz es inseparable de la penitencia real y efectiva; los frutos de esta prueban la verdad de aquella. Conviértete desde este mismo dia, y desde luego haz frutos dignos de penitencia. Si tienes necesidad de una confesion general, comienza á disponerte para ella desde hoy, y no lo dilates para mañana. Si es menester romper algun lazo, huir de alguna ocasion, por aquí has de comenzar; desde hoy mismo has de dejar esa visita, esa conversacion, esa concurrencia; así obra el que verdaderamente quiere convertirse.

2 Pero la conversion no solo pide cortar el mal; tambien requiere que se haga el bien. Da principio por aquellos ejercicios de cristiano en que tanto te has descuidado hasta ahora: oir misa, rezar el rosario, visitar los altares, un poco de oracion y otras ciertas devociones y buenas obras que te convienen mucho, sin olvidarte de visitar todas las tardes el santísimo Sacramento. Esta es una de las mas provechosas devociones. Da tambien algunas muestras de tu particular

devocion á la santísima Vírgen; fuera del rosario que la debes rezar todos los dias, visita cada semana aquella iglesia ó aquella capilla en que es particularmente reverenciada.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de todos los Santos.

El martirio de san Nemesio, diácono, y de santa Lucila, vírgen, su hija, en Roma; los cuales no queriendo dejar la fe de Cristo, fueron degollados el dia 25 de agosto *(del año 254 ó 255)* por órden del emperador Valeriano: sus cuerpos, que habian sido sepultados por el papa san Esteban, y después colocados mas honoríficamente en la via Apia por el papa san Sixto en el dia de hoy, fueron posteriormente trasladados por Gregorio V á la diaconía de Santa María la Nueva junto con los cuerpos de los santos Sinfronio, Olimpio, Tribuno, Exuperia, su mujer, y Teódulo, su hijo, los cuales todos convertidos á la fe por medio de Sinfronio, y bautizados por el mismo san Esteban, recibieron la corona del martirio. Los cuerpos de todos estos Santos, hallados en el mismo paraje en tiempo del pontificado de Gregorio XIII, fueron mas honoríficamente colocados debajo del altar de la misma iglesia *(donde se conservan)* el dia 8 de diciembre.

Los santos Ampliado, Urbano y Narciso, en el mismo dia; de los cuales hace memoria san Pablo en su epístola á los romanos: fueron muertos por los judíos y los gentiles por confesar el Evangelio de Cristo. *(Dice así san Pablo,* cap. XVI, *v.* 8 y 9: *«Saludad á Ampliado, á quien amo entrañablemente «en el Señor. Saludad á Urbano, que ha trabajado conmigo en Jesucristo.» Galesinio dice, que san Ampliado fue obispo de Usilópolis, ciudad de Macedonia, donde murió mártir por la fe, y que san Urbano derramó su sangre juntamente con Narciso y muchos otros en una ciudad de Grecia á fines del siglo I. De san Narciso dice tambien san Pablo en la epístola citada estas palabras: «Saludad á los de la casa de Narciso que son en el Señor».*

San Quintin, ciudadano romano, del órden de senadores, en Vermandois en Francia; el cual fue martirizado en tiempo del emperador Maximiano: su cuerpo por revelacion de un Ángel fue hallado incorrupto al cabo de cincuenta y cinco años. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Eustaquio ó Stachis, en Constantinopla, consagrado primer obispo de aquella ciudad *(entonces Bizancio)* por san Andrés apóstol. *(San Pablo en su epístola á los romanos habla igualmente de este Santo con las palabras siguientes: «Saludad á mi amado Eustaquio.»)*

San Antonino, obispo y confesor, en Milan.

San Wolfango, obispo, en Ratisbona. *(Nació en la Suavia, y era de muy tierna edad cuando entró en el monasterio de Richenaw, célebre escuela entonces de ciencias y virtudes, á donde acudian muchas iglesias á escoger sus pastores. En el año 972 partió para Hungría á predicar el Evangelio. Algun tiempo después por recomendacion especial del emperador Oton II fue elegido canónicamente y consagrado obispo de Ratisbona: pero continuó viviendo como un monje, y los pobres tuvieron siempre la mayor parte en su mesa y ren-*

tas. Fue preceptor de los hijos del duque de Baviera, los cuales llegaron á ser príncipes utilísimos á la Iglesia y al Estado. Murió en Pupping, en Austria en el año 994, y en 1052 el papa Leon X lo colocó en el número de los Santos).

SAN QUINTIN, MÁRTIR.

Fue san Quintin hijo de un senador romano llamado Zenon, muy conocido en Roma por sus grandes riquezas y por su valimiento con los Emperadores. Aunque desde el nacimiento de la Iglesia en todas partes fueron los Cristianos perseguidos bajo la dominacion de mas de treinta Emperadores paganos, no dejó de florecer el Cristianismo en todas ellas, particularmente en aquella capital del Imperio, donde crecia cada dia el número de los Cristianos, acreditando que la sangre de los Mártires era fecunda semilla de los verdaderos fieles. No se sabe á punto fijo el tiempo en que san Quintin se convirtió á la fe; pero es probable que fue hácia el fin del pontificado de san Eutiquiano, á quien sucedió san Cayo; conquista ilustre, que añadió mucho esplendor á la Iglesia. Era Quintin hombre de bello entendimiento, y queriendo el Señor formar en él uno de sus mas esclarecidos Mártires, desde el mismo Bautismo le inspiró tan ardiente celo por la Religion, que desde entonces caminó siguiendo las huellas de los sagrados Apóstoles. Su abrasado amor á Jesucristo inflamó su corazon en una caridad tan encendida, que quisiera pegar el mismo divino fuego á todos los corazones, y reducir á cenizas todos los ídolos.

Luego que san Cayo se sentó en la silla de san Pedro el año de 283, le descubrió san Quintin todo su pecho, manifestándole el fervoroso deseo que tenia de llevar la fe á los países donde Jesucristo era menos conocido, pero particularmente á las Gaulas. Muy consolado el santo Pontífice por hallarse con un operario tan excelente, en tiempo en que la miés era tan copiosa, alabó mucho su celo, y concediéndole la mision que deseaba, le señaló por compañero á san Luciano, á quien san Oven llama su colega en el ministerio del Evangelio. Luego que se publicó en Roma la generosa resolucion de san Quintin, se ofrecieron á acompañarle en aquella apostólica expedicion gran número de los mas celosos fieles, entre los cuales se cree que fueron san Crispin y Crispiniano, Victórico y Tusciano, Platon, Eugenio, Rufino, Dalero y Marcelo. Dejó san Quintin su patria, su casa, sus bienes, y renunciándolo todo por amor de Jesucristo, partió de Roma con san Luciano, y se adelantó predicando la fe hasta la ciudad de Amiens, á las riberas del Soma. Allí se separaron los dos,

pasando san Luciano á plantar la fe en Beauvais, y quedándose en Amiens nuestro san Quintin. Era el campo verdaderamente vasto y fecundo; pero inculto, silvestre y montuoso, necesitando el santo misionero de tanto celo como valor para desmontarle. Mas ¡qué no podrá un hombre verdaderamente apostólico!

Apenas san Quintin comenzó á predicar cuando mudó de semblante todo el terreno. La luz del Evangelio que alumbraba los entendimientos, encendia al mismo tiempo los corazones; y creciendo cada dia el número de los fieles, en breve tiempo se vió en Amiens una de las mas florecientes iglesias que habia en las Galias. Á la verdad no parecia fácil que produjesen menos frutos los laboriosos afanes del apostólico varon. Siendo tan poderoso en obras como en palabras, cada dia iba añadiendo nuevas conquistas á Jesucristo, tanto con sus sermones como con sus milagros. Á solo el nombre de Jesús, pronunciado por la boca de Quintin, se ponian en fuga legiones enteras de demonios, y cobraban la salud todos los enfermos. De todas partes acudian estos á san Quintin para que los sanase; y á la salud del cuerpo, que al instante conseguian, acompañaba siempre la del alma. Venian los ciegos conducidos por sus guias á nuestro Santo, y se volvian sin ellos á sus casas; y los que llegaban impedidos de todos sus miembros, se restituian á ellas sin apoyo y sin arrimo. No se hablaba de otra cosa en todo el país que de las maravillas que obraba el Señor por medio de su siervo; y las bendiciones que todos daban á Dios publicaban en todas partes la eminente santidad del nuevo Apóstol.

Como metian tanto ruido las insignes conversiones que hacia cada dia, no solo en Amiens, sino en todo el país circunvecino, necesariamente habian de disgustar mucho á los sacerdotes de los ídolos, y los habia de poner de mal humor contra nuestro Santo. Veian desiertos los templos, cubiertos de polvo los altares, y que se iba secando el manantial de las ofrendas; y vestida de celo la codicia, tomaron la maligna resolucion de perder al siervo de Dios. Con este fin acudieron á Riccio Varo, que acababa de ser nombrado prefecto ó gobernador de las Galias, y era uno de los mas crueles perseguidores del nombre cristiano. Celebrando este la ocasion de satisfacer su odio mortal al Cristianismo, pasó á Amiens personalmente, y vió por sus ojos los asombrosos progresos que habia hecho el Evangelio por el celo y por la buena conducta de san Quintin. Mandóle prender, y llevado á su tribunal, dió principio afeándole el borron infame que echaba á su ilustre sangre, pues siendo hijo de un senador ro-

mano, se habia dejado infatuar de las supersticiones de los Cristianos. Respondióle el Santo que en la religion cristiana no se conocia qué cosa era supersticion; puesto que en ella solo se rendia culto al único Dios verdadero, y se miraban con horror las gentílicas supersticiones.

Irritó tanto al Gobernador esta generosa respuesta, que sin respetar su calidad, ni los privilegios de ciudadano romano, le mandó azotar con varas; suplicio afrentoso, que solo permitian las leyes se ejecutase con los esclavos. Levantando el Santo los ojos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacia en padecer por su gloria, y no cesaba de invocar el dulcísimo nombre de Jesús. Al tiempo que padecia este suplicio, se oyó una voz del cielo que decia: *Buen ánimo, Quintin, buen ánimo; yo soy el que padezco en tus miembros; yo te fortalezco y te asisto;* y en el mismo punto cayeron los verdugos en tierra medio muertos, no de otra manera que si hubieran sido heridos de algun rayo. El Prefecto fue testigo de este suceso, que en vez de escarmentarle le enfureció mucho mas, atribuyéndolo á arte mágica, segun la costumbre dominante de los gentiles, que echaban siempre mano de este recurso para deslumbrar al pueblo idiota, y deslucir las maravillas que obraba Dios en favor de los Cristianos. Mandó que le encerrasen en un horroroso calabozo hasta el dia siguiente, con resolucion de pasar á mas crueles suplicios. Luego que el Santo entró en él se convirtió su lobreguez en una brillante claridad; y hácia la media noche se dejó ver un Ángel del cielo que hizo pedazos las cadenas, y le trasladó milagrosamente á la mas hermosa plaza de la ciudad, en medio de la cual desde el mismo romper el dia comenzó á predicar con mayor celo que nunca. Noticioso de esta maravilla el carcelero, acudió prontamente con sus guardas para echar mano de él; pero quedaron tan asombrados al verle y tan movidos al oirle, que todos se convirtieron.

Espantado Riccio Varo, pero no convertido, á vista de tan portentoso prodigio, pareciéndole que si se ablandaba, la victoria del santo Mártir le desacreditaria en el concepto del pueblo, y en el ánimo del Emperador, ordenó que le aplicasen á la tortura, y que mientras la máquina le dislocaba todos los huesos, le despedazasen á golpes de ramales armados con pelotillas plomadas. Y porque el santo Mártir se mostraba insensible á este espantoso tormento, hizo que le rociasen las llagas con aceite hirviendo, mezclado de pez y grasa derretidas; y pareciéndole que todavía no era bastante vivo este penetrante fuego, mandó que al mismo tiempo le abrasasen todo el cuerpo con

hachas encendidas. Pero ¿qué fuerza tiene toda la crueldad de los tiranos contra el poder de Dios? El mismo Santo confesó al tirano que todos sus tormentos eran para él delicias verdaderas. Llenáronle la boca de cal viva, desleida en un fortísimo vinagre, y el Santo se la echó á pechos, como si fuese la bebida mas regalada y exquisita.

Conmovióse toda la ciudad de Amiens á vista de este espectáculo, y toda ella comenzaba ya á alborotarse contra el tirano; el cual, temiendo un motin popular, hizo sacar en secreto al santo Mártir, y conducirle á la ciudad de Augusta, capital entonces del Vermandois, á donde el mismo dia le fué siguiendo Riccio Varo. Mandó comparecer á nuestro Santo, y despues de haber empleado lo mas halagüeño de las promesas, y lo mas terrible de las amenazas, encontrando siempre inflexible al héroe cristiano, mandó que le pasasen dos asadores á lo largo del cuerpo desde el cuello hasta las piernas; y para colmo de crueldad, que le metiesen agudos clavos entre las uñas y la carne. En medio de tan horrorosa carnicería mostraba nuestro Santo una paciencia, que pasaba de sufrimiento y se arrimaba á ser gozo; lo que no pudiendo ya sufrir el tirano, mandó que le cortasen la cabeza, como se ejecutó el último dia de octubre del año 287. Añaden las actas de su martirio, que cuando el Santo llegó al lugar del suplicio rogó al verdugo le concediese algunos momentos para ofrecer al Señor el sacrificio de su vida. Púsose de rodillas, suplicando á Dios que se dignase recibir su alma en paz, y en el mismo punto que le cortaron la cabeza se oyó una milagrosa voz que decia: *Quintin, siervo mio, ven á recibir en el cielo la corona que mereciste con tantos tormentos.* Pusiéronse centinelas de vista al santo cuerpo para que los Cristianos no le tributasen el honor de la sepultura; y llegada la noche, mandó el Gobernador que le arrojasen en el rio Soma con una gran maza de plomo al cuello, para que hundiéndose en lo mas profundo, sirviese de pasto á los peces.

Habiendo cesado la persecucion con la muerte de Diocleciano y Maximiano, una matrona romana, llamada Eusebia, que habia perdido la vista corporal, estando en oracion oyó una voz que la decia, que si la queria recobrar, hiciese un viaje á Vermandois, y dispusiese que se sacase del rio Soma el cuerpo de san Quintin. Ejecutolo la buena señora, y habiéndose informado dónde podia estar el cuerpo de san Quintin, un hombre anciano le señaló el sitio donde se decia que habia sido arrojado en el rio. Dió órden para que á su costa se hiciesen diligencias de encontrarle; y apenas se descubrió el santo cuerpo, cuando se vió venir nadando de muy léjos la cabeza que es-

taba separada, y con nuevo prodigio la matrona romana recobró la vista luego que adoró al santo cuerpo. Contentáronse por entonces con poner las santas reliquias en un sepulcro, el que cubrieron tanto de tierra, por ocultarle mejor, que en breve tiempo se perdió la memoria de donde estaba, bien que persuadidos siempre á que estaba dentro de la iglesia que se habia fabricado en aquel mismo lugar.

Creciendo cada dia el culto de nuestro Santo, se deseaba con ansia sacar de la oscuridad aquel sagrado tesoro para exponerle á la veneracion de los fieles. Por los años de 640, un clérigo, llamado Maurin, tan desarreglado en sus costumbres, como lleno de ambiciosa hipocresía, publicó que se le habia manifestado por revelacion dónde estaba el cuerpo del Santo, y con el mayor descaro él mismo se puso á cavar para desenterrarle; pero apenas habia comenzado á mover la tierra, cuando se le pegó á las manos el mango del azadon con que cavaba, segun dice san Oven, de manera que al instante se llenaron todas de gusanos, y el desdichado clérigo murió al dia siguiente. A vista de tan extraño suceso se enfrió mucho el deseo de buscarle, hasta que habiendo sido san Eloy nombrado obispo de Noyon y del Vermandois, determinó buscar aquella preciosa reliquia. Después de tres dias de ayuno y de oraciones encontró en fin el sagrado tesoro, que colocó en una caja; y aumentándose cada dia el concurso de los pueblos, dentro de poco pasó el corto lugar á ser una ciudad, que tomó el nombre de San Quintin, donde reposan hasta hoy las reliquias de nuestro Santo.

SAN NICOLÁS Y COMPAÑEROS MÁRTIRES, LLAMADOS COMUNMENTE LOS SANTOS MÁRTIRES DE LEDESMA.

Muy á los principios de la dominacion de los moros en España los vecinos de Ledesma, llamada antiguamente Bletisa, obtuvieron licencia para hacer una iglesia á las orillas del Tormes, que dedicaron á san Juan, y en ella ejercian libremente los oficios divinos, é instruian á la juventud en letras latinas (al modo que los sacerdotes de Córdoba practicaban en sus iglesias). Estando así frecuentada de jóvenes cristianos aquella escuela, dispuso Dios que un hijo del señor ó régulo de Ledesma, llamado Mafoma [1], pasando varias veces

[1] Así lo nombra el manuscrito antiguo conservado en la urna de las reliquias de los santos Mártires. Fr. Juan Gil de Zamora en los manuscritos que se guardaban suyos en el convento de San Francisco de aquella ciudad, *lib. 15*, en la palabra *Nicolaus*, dice que este santo Niño era hijo de Alcama, rey de Marruecos, y padre de Galafre que fue rey de Toledo.

por la iglesia de San Juan, con motivo de divertirse en el campo, se aficionase á los jóvenes cristianos, con el deseo de divertirse en su compañía, y aprender las mismas letras. Manifestó á su padre la intencion, y no queriendo este disgustarle, condescendió con su deseo, a cuyo fin llamó á dos clérigos cristianos, llamado uno Nicolás, y otro Leonardo, á los cuales entregó á su hijo, para que le enseñasen látin y las demás letras. Con el trato y aficion con que el jóven miraba á los Cristianos, se fué inflamando de dia en dia en el amor de Cristo nuestro bien, con tanta fuerza que llegó á pedir con instancia le bautizasen. Los clérigos considerando el furor de su padre, no se atrevieron á hacerlo; mas el jóven reiteraba de continuo sus instancias con tanto fuego, que persuadiéndose los dos sacerdotes que en la negativa se resistian á la voluntad de Dios, le concedieron por fin el Bautismo, poniéndole el nombre de Nicolás en lugar del de Alí que tenia.

No obstante la cautela que observaron los dos ilustres sacerdotes, llegó á entender el padre la novedad de que su hijo era cristiano. No se puede explicar la turbacion en que se hallaria el pecho de un príncipe mahometano, y cuántas artes prevendria para deshacer lo efectuado; pero como no hay fuerza contra Dios, no pudiendo hacer por bien ni por mal que volviese atrás en su propósito, le mandó encarcelar con los dos clérigos; y no bastando tampoco ningun rigor para apartarlos de la confesion de la fe, los sentenció á que fuesen apedreados, y mandó quemar después de muerto al niño. Ejecutóse este sacrificio en el atrio de la misma iglesia de San Juan donde el santo jóven habia recibido la gracia del Bautismo. El desdichado padre reventó al tercer dia después del glorioso triunfo de estos Confesores de la fe.

El manuscrito antiguo que se conserva en la urna de las reliquias de los santos Mártires añade algunas cosas; otras cuenta con alguna variedad. Dice que llevaron á los santos Mártires desde la cárcel al campo de la iglesia desnudos y con las manos atadas á la espalda: que la chusma que les acompañó al suplicio iba presidida del padre mismo del bendito niño: que el niño se hincó de rodillas en el lugar del suplicio, y que el padre asiéndole de los cabellos con la mano izquierda, levantó la derecha con el alfanje, y le preguntó su última determinacion; y como él respondiese que deseaba morir por Cristo, le cortó el padre la cabeza, y mandó que apedreasen el cadáver, y luego que lo arrojasen en la hoguera que estaba prevenida. Dice tambien que los dos sacerdotes fueron allí atados á unos palos, y desollados, y luego apedreados, dejándolos sin sepultura.

Los Cristianos recogieron las cenizas del santo niño, con algunos huesecitos que no se acabaron de quemar, y tambien los de los santos sacerdotes, que se conservan hoy (ó se conservaban á lo menos antes de la última destruccion de los conventos) en dos bolsas de seda, guardándose tambien el vestido del santo niño, que es á modo de una bata de algodon, matizada con algunas gotas de sangre, como recientemente derramada. Todo esto se conserva en una caja de madera en la iglesia del convento de San Francisco que se fundó en el mismo lugar, obrando Dios muchas maravillas por intercesion de sus siervos.

En el siglo XII viviendo el obispo de Salamanca Navarron, esto es, antes de 26 de enero del año 1177 en que murió este Obispo, dos prebendados de aquella santa iglesia robaron estas reliquias con ánimo de colocarlas en ella. A los cuales castigó Dios con mano pesada; porque el uno se hinchó y reventó á los tres dias: cuando este hubo muerto, enfermó el otro gravemente, y llamó al Obispo y le contó el caso. Murió tambien, y el Obispo recogió las reliquias, y las volvió á la iglesia de Ledesma. Consta esto por una escritura de aquella santa iglesia que leyó Gil Gonzalez, y publicaron él y el M. Florez. De este suceso se colige tambien cuán antiguo es el culto que tienen los santos Mártires en aquel obispado. Una devota señora llamada D.ª Controya, vecina de Ledesma, renovó esta iglesia que sirve (ó servia) para el convento de San Francisco, y habiendo dejado por su heredera á la religion de san Juan, quiso esta Órden después que tomó posesion de aquellos bienes, trasladar á Rodas las reliquias de los santos Mártires. Opusiéronse á esto los vecinos de Ledesma, y el gran maestre á instancia de ellos les cedió esta iglesia para fundar en ella un convento de la Órden de san Francisco.

Este martirio debió acontecer muy á los principios de la irrupcion de los moros, porque de Gil de Zamora se colige que el padre del jóven san Nicolás alcanzó al rey D. Rodrigo.

La memoria de estos santos Mártires suele ponerse tal dia como hoy. En el siglo pasado y principios del presente se les celebraba en Ledesma fiesta muy solemne con procesion. (*Risco, t. 14, pág. 295 y siguientes*).

CONMEMORACION DE LA BATALLA DEL SALADO.

La santa iglesia de Toledo y otras de España celebran en este dia la memoria de la famosa batalla cuya victoria consiguieron los españoles contra los moros, lunes 30 de octubre, por los años de 1340 junto al rio Salado, del cual tomó el nombre. Todas las historias es-

tán de acuerdo en considerar como milagrosa dicha gloriosa victoria, y no es de extrañar que en este dia la católica España celebre tan fausto suceso, dando gracias á Dios por el singular beneficio que le fue dispensado. Fue de esta manera:

«Cumplíase el término de las treguas entre los moros y cristianos, «y preveníanse unos y otros á la guerra. El rey Albohacen envió des- «de África á su hijo Abomeliche con cinco mil caballos; y sentando «sus reales junto á Jerez, destacó mil y quinientos caballos contra «Nebrija, villa puesta á la boca del Guadalquivir. Los nuestros, que «con la presteza en sorprenderlos quisieron suplir la desigualdad del «número de los dos ejércitos, se echaron sobre los mil y quinientos «de á caballo: y lograron tan buen éxito, que apenas escapó ningu- «no de ellos: y alentados con este buen principio los Cristianos, re- «solvieron echarse sobre Abomeliche, que venia sin órden sobre Ar- «cos, confiado en algunas ventajas precedentes; pero aventajándose «los nuestros en el combate, fueron destrozados y puestos en huida «los moros. Abomeliche huyó á pié por la gran turbacion, pero la «aceleracion de los que seguian el alcance hizo que quedase entre «los moros. Apoderáronse de todo el bagaje los Cristianos, y cuanto «gozo y honra les ocasionó á estos la victoria, tanto dolor y confu- «sion ocasionó á los africanos la muerte de Abomeliche, y pérdida «de unos diez mil moros.

«Albohacen para vengar este quebranto, vino de África á España «con setenta mil caballos y cuatrocientos mil infantes, con no menor «armada por el mar. Parecia que amenazaba el fin á nuestra Espa- «ña, pues jamás se vió en ella tan numerosa tropa de enemigos. Los «nuestros se avistaron con el moro sobre Tarifa, pero con solos ca- «torce mil caballos y veinte y cinco mil infantes: el rey de Portugal «concurrió personalmente con mil caballos de los mas escogidos; y no «obstante la desigualdad del ejército, se resolvieron á que en nom- «bre de Dios se diese la batalla al tiempo de amanecer. Publicóse la «Cruzada: aliéntanse unos y otros, y el efecto dice el aliento de los «nuestros: pues lograron una total victoria, con muerte de doscien- «tos mil moros, y no pocos prisioneros. Este triunfo y los despojos «del campo dejaron tan engrandecida y rica á España, que se bajó «el valor de la moneda, y se subió el de las mercaderías. Albohacen «se volvió á África aquella misma noche, porque la noticia de la pér- «dida no alborotase el reino, ó le tomase para sí Abderraman su hijo «que le gobernaba. (*Florez, Clav. Hist.*).»

La Misa es en honor de san Quintin, y la Oracion la que sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui beati Quintini natalitia colimus, intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre por la intercesion de san Quintin, cuyo dichoso nacimiento al cielo celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pedro, capítulo IV.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriae, et virtutis Dei, et qui est ejus spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus, non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primum à nobis, quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos; porque el honor, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, ó maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

REFLEXIONES.

Si fuéreis afrentados por el nombre de Jesucristo, seréis bienaventurados. Así pensaba san Pedro, y así pensaron y pensarán como el mismo santo Apóstol hasta el fin de todos los siglos todos los que tuvieren el verdadero espíritu de Dios. ¿Qué mayor honra, qué gloria mayor, qué mayor ventaja, ni qué bien mas sólido y mas verdadero que padecer y ser maltratados por el nombre de Jesucristo? No hay mayor prueba del amor que tenemos á Dios, no hay demostracion mas clara de un gran fondo de religion que esta ilustre paciencia; en la tierra no hay cosa mas honorífica ni mas gloriosa para el hombre que padecer por la gloria de Dios. Triunfaban de alegría los Apóstoles

al salir del concilio ó de la sinagoga, por haberlos juzgado dignos de ser maltratados por el nombre de Jesús. Traigamos á la memoria aquellos tantos millones de Mártires, que nunca se consideraron mas dichosos que cuando se veian hartos de oprobios por amor de aquel á cuya gloria sacrificaban su vida. Pongamos á los ojos de la consideracion el indigno modo con que el mundo trató á tantos grandes siervos de Dios, de que no era digno el mismo mundo; y sin retroceder con la reflexion á los siglos pasados, notemos con cuánta indignidad es tratada el dia de hoy la virtud cristiana por los impíos, por los disolutos, y por todos aquellos que están embebidos en el espíritu del mundo. ¿Con qué insulsas chocarrerías no se burlan de la devocion y de los devotos? ¿qué sátiras tan picantes no desprenden contra el arreglo de las costumbres, contra la modestia, la gravedad, la circunspeccion y el retiro de los buenos? Trátanlos de espíritus apocados, de gente insociable, de hombres de corto entendimiento. El mundo es el que les hace causa, como á enemigos de sus desórdenes; y el mundo es el que no puede llevar con paciencia su juicioso proceder y su cordura. La pureza de sus costumbres es una importuna y penetrante censura de la disolucion de los mundanos; esto es lo que los pone y los pondrá siempre de mal humor contra los siervos de Dios. Hónrase á los Santos después de su muerte; pero en cambio se les maltrata bien en vida. No hay que extrañarlo. *Mundus vos odit, quia me priorem vobis odio habuit:* Si el mundo os aborrece á vosotros, dice el Salvador, tened entendido que primero me aborreció á mí.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan, pág. 555.*

MEDITACION.

De no dilatar la conversion.

Punto primero.—Considera que ninguno hay que en el espacio de su vida no hubiese tenido algunas veces el pensamiento, y aun los deseos de convertirse á Dios perfectamente. Hay ciertos momentos felices en que á favor de no sé qué luz interior, se descubren tantas nulidades en todas las criaturas; se encuentra tan poca solidez en todas las cosas de acá abajo; y se mira con tanto tedio aquello mismo en que antes se hallaba mayor atractivo, que no es posible dejar de confesar que es una insensatez el no servir á Dios. Sobra entendimiento para rendirse á las razones que convencen la necesidad de mu-

dar de vida; pero falta generosidad y valor para resistir á las pasiones, que nos tienen hechos viles esclavos suyos. Entre estos dos partidos halla el amor propio un temperamento: satisface á la razon conviniendo en que la conversion es indispensable; pero se acomoda con la cobardía, induciéndola á que la dilate, y continuando mientras tanto en el ejercicio de nuestras viciosas costumbres. Mas es visible que enteramente nos engaña, porque esta misma dilacion nos pone en evidente peligro de no convertirnos jamás. Para convertirse son necesarias tres cosas: tiempo, voluntad y gracia. Aunque se dilatara la conversion no mas que un solo dia, ¿quién nos ha dicho que tendrémos ese dia para convertirnos? ¿quién nos ha dicho, que, aun logrando este dia, tendrémos entonces mejor voluntad que al presente? Y ¿qué revelacion nos ha asegurado que se nos dará entonces una gracia mas eficaz que tantas otras á que hemos resistido hasta ahora? ¿hay cosa mas incierta que el tiempo? A infinitos sorprendió la muerte en la víspera de su conversion. No hay mayor desconsuelo que morirse uno con solo el proyecto de una conversion futura. Todavía no es tiempo, se suele decir, de romper estas prisiones, de dejar aquella ocasion, de corregir este vicio, de emprender una vida mas cristiana y mas santa. Bien; pero ¿cuándo ha de llegar este tiempo? ¿Cuándo se enfrie el ardor de la mocedad, cuando los años y las experiencias nos hayan desengañado de las bagatelas que ahora nos ocupan, y cuando todas las cosas concurran á llevarnos y á volvernos á Dios? Así discurren, así raciocinan los hombres sobre el proyecto de su salvacion; cási todos piensan en este particular de una misma manera; pero ¿raciocinan y discurren con solidez? ¿Hay seguridad de llegar á esa edad, en que sosegada la razon y calmadas las pasiones, se conozca, se experimente y se palpe la vanidad de todo lo que ahora nos encanta? ¿De cuándo acá podemos nosotros disponer del tiempo y de los momentos, de que solo es dueño el Padre celestial? Y sin embargo, en esto se funda la mayor parte de los hombres. Fuera de eso, ¿quién nos ha dicho que las pasiones se debilitan con la vejez? Antes bien sucede todo lo contrario: al paso que van decayendo las fuerzas corporales, se van fortificando mas y mas los hábitos viciosos, aprovechándose, digámoslo así, de la misma debilidad del espíritu. ¡Oh, y qué raras veces se ve á un viejo disoluto perfectamente convertido!

Punto segundo.—Considera que se engaña mucho el que imagina que la última enfermedad es al fin un seguro recurso para re-

mediar el daño de estas peligrosas dilaciones. ¿Qué hombre de razon, por poco entendimiento que tenga, se podrá persuadir á esto? Una conversion verdadera no es negocio de un dia. Es preciso que sea larga la enfermedad; mas por lo mismo que es larga no se cree que esté la muerte muy cerca. Se familiariza uno, por decirlo así, con la misma dolencia, y su misma duracion hace al enfermo mas flaco y mas cobarde; pero ¿le hace por ventura mas devoto? Para convertirse verdaderamente es necesario un gran despejo y una gran libertad de espíritu; pero un enfermo ¿tiene esta libertad y este despejo? ¿gozará el alma de mucha tranquilidad, cercada de agudísimos dolores, y combatida de pavorosos sobresaltos? ¿Quién nos ha dicho que nuestra última enfermedad será exenta, por un nuevo milagro, de todos estos inconvenientes? ¿Qué hombre de juicio reservaria para la última enfermedad un negocio temporal de alguna consecuencia? Y ¿será prudencia, será cordura reservar para ella el negocio de nuestra eterna salvacion? Por otra parte, ¿qué enfermo ha creido hasta ahora que su enfermedad era la última? Y entre todos los que dilatan la conversion para la hora de la muerte ¿se han visto muchos que verdaderamente se hayan convertido en aquella hora? Es verdad, dice san Agustin, que se acepta la penitencia de aquellos que dan entonces señales de convertirse; pero no creo que se deba hacer gran caudal de aquellas señales. Hasta ahora no hemos querido verdaderamente convertirnos, al presente tampoco lo queremos; pues ¿qué motivo tenemos para creer que lo querrémos eficazmente en adelante? Es que hasta ahora hemos tenido estorbos: bien; pero los estorbos crecen con las pasiones, las pasiones con los hábitos viciosos, y los hábitos viciosos con la edad. Hasta aquí te lo estorbaron los pasatiempos de la mocedad, y después te embarazarán los negocios serios de la edad madura. En todo tiempo (me dirás) se puede uno convertir: no te lo niego; pero ¿quién te ha dicho que en todo tiempo estarás dispuesto á convertirte? Si no lo quisiste hacer cuando Dios te solicitaba; cuando eran menores los estorbos; cuando los lazos no eran ni tan fuertes ni tan multiplicados; cuando los hábitos estaban menos arraigados, y no eran tan vehementes las pasiones; ¿puedes racionalmente esperar que lo harás cuando serán cási infinitos estos estorbos, cuando estén mas apretados los lazos, y las pasiones sean mas inveteradas? Cansado Dios de tu resistencia á su gracia, solo te dejara con los auxilios suficientes, que bastarán para que te puedas convertir, mas no para que efectivamente te conviertas. No solo es probable, es certísimo que todo se arriesga en dilatar la conversion;

pues ¿qué hombre será tan insensato que no tema exponerse á tanto riesgo?

Esto es hecho, Señor, esto es hecho; ya no quiero dilatarlo mas. Pero por buena que sea mi voluntad, nada se hará si vuestra gracia no acude á socorrerme. No permitais que estas saludables reflexiones que Vos mismo me inspirais, y son verdadera prueba del deseo que teneis de mi conversion, sean inútiles para mí. Vos quereis que me convierta, yo me quiero convertir, pues haced que esto se efectúe sin la menor dilacion.

Jaculatorias. — Esto es hecho, Señor; ya llegó, en fin, aquel dichoso momento en que quiero ser todo vuestro. Reconozco la poderosa mano del Altísimo en la mudanza que experimento. (*Psalm.* LXXVI).

Resuelto estoy, Señor, desde este mismo punto á vivir enteramente arreglado á vuestra santísima ley; no permitais que jamás me desvie un punto de ella. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 ¿Vióse jamás en el mundo un solo delincuente, un reo condenado á muerte, que estando pronto el príncipe para concederle el perdon, le suplicase que difiriese la gracia para otro tiempo? Ofrécenos Dios su amistad; brindanos con su gracia; pero no nos da gana de admitirla por ahora. Decímosle, si no con las palabras, á lo menos con las obras, que espere un poco, que tenga un poco de paciencia, hasta que estemos de humor, y nos venga el antojo de corresponderle. Solicítanos, y mas nos solicita, pero no importa; queremos que se reserve su amistad para mejor ocasion. Y ¿tendríamos aliento para portarnos así con el hombre mas despreciable del mundo? Pero, ¿y cómo nos portaríamos con el que tuviese valor para hacer esto mismo con nosotros? Cualquiera entendimiento un poco racional se alborotaria con esta conducta, cuanto mas un entendimiento cristiano. No te contentes con abominarla especulativamente; mira con mayor horror la práctica. Mas de una vez en el discurso de este año has hecho muchas reflexiones y meditaciones sobre este importantísimo punto; pues examina hoy si fueron eficaces tus resoluciones, y guárdate bien de que te suceda lo mismo con esta meditacion.

2 Postrado á los piés de un Crucifijo, ó en presencia del santísimo Sacramento, reflexiona bien los capítulos de tu conversion. ¿Sobre qué ha de recaer esta? ¿qué tienes que reformar en tus costumbres y en tu vida? ¿qué pasion debes domar? ¿qué victoria conse-

guir de tus inclinaciones, de tus malas costumbres? ¿Qué tienes que arreglar en tu familia, en tu tren, en tu persona y en el público? ¿qué hay que reformar en tus palabras, en tus acciones, en tus modales, en tus diversiones y en tu profanidad? No lo dilates para mañana; y haz que hoy mismo se conozca tu conversion en tu reforma. Si se pasa este dia sin convertirte, hay gran peligro de que nunca te conviertas: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare; quia nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quo tu properas.* Haz prontamente todo aquello que está en tu mano hacerlo; porque en la sepultura, á donde vas caminando á toda priesa, no hay obras, ni razon, ni prudencia, ni sabiduría.

FIN DEL MES DE OCTUBRE.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE OCTUBRE.

	Pag.
Dia I.—San Remigio, arzobispo de Reims.	6
San Verísimo, santa Máxima y santa Julia, mártires.	14
El Evangelio y Meditacion: De la dicha que tenemos en ser cristianos.	17
Dia II.—La fiesta de los santos Ángeles de Guarda.	21
San Saturio, patron de Soria.	28
El beato Berenguer, confesor.	30
San Leodegario, obispo y mártir, y san Gerino, mártir, hermanos.	32
El Evangelio y Meditacion: De la devocion del santo Ángel de la Guarda.	38
Dia III.—San Gerardo, abad de Broña.	42
San Cándido, mártir.	51
El Evangelio y Meditacion: Sobre el mal humor.	53
Dia. IV.—San Francisco de Asís, confesor.	57
San Hieroteo, el Divino.	70
El Evangelio y Meditacion: De la pobreza evangélica.	73
Dia V.—San Froylan, obispo y patron de Leon.	76
San Plácido y sus compañeros, mártires.	86
San Atilano, obispo y confesor.	91
El Evangelio y Meditacion: De la ciencia de los Santos.	96
Dia VI.—San Bruno, confesor.	99
Santa Fe, vírgen y mártir.	108
San Primo y san Feliciano de Agen, mártires.	111
El Evangelio y Meditacion: Para salvarse es necesario por lo menos el espíritu de retiro.	113
Dia VII.—La fiesta de Nuestra Señora de la Victoria: por otro nombre la fiesta del Rosario.	119
San Martin, abad de Valparaíso.	128
San Marcos, papa y confesor.	131
Santa Osita, vírgen y mártir.	131

El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta del dia. 134
Dia VIII.—Santa Brígida, viuda. 138
San Pedro, mártir. 145
San Simeon el Justo. 146
Santa Thais, la Penitente. 146
El Evangelio y Meditacion: Del buen ejemplo. 152
Dia IX.—San Dionisio y sus compañeros, mártires. 155
El santo patriarca Abraham, padre de todos los creyentes. 163
El Evangelio y Meditacion: Del mal ejemplo. 179
Dia X.—San Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús. 183
San Luis Beltran, confesor. 195
El Evangelio y Meditacion: De la verdadera mortificacion. 207
Dia XI.—San Táraco, Probo y Andrónico, mártires. 211
El Evangelio y Meditacion: De las muchas cosas falsas que hay en el mundo. 222
Dia XII.—La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. 226
San Wilfrido, obispo de Yorck, confesor. 231
San Serafin de Monte Granaro, llamado de Ascoli, capuchino. 237
El Evangelio y Meditacion: Sobre los particulares favores con que María santísima ha protegido siempre á España. 246
Dia XIII.—San Eduardo, rey de Inglaterra, confesor. 251
San Fausto y compañeros, mártires. 256
San Daniel y compañeros, mártires, llamados comunmente los santos Mártires de Ceuta. 259
El Evangelio y Meditacion: Que no se debe dilatar ni un solo dia la conversion. 264
Dia XIV.—San Calixto, papa y mártir. 268
Santo Domingo, por sobrenombre el Loricato, confesor. 273
El Evangelio y Meditacion: De la vocacion al estado de vida. 277
Dia XV.—Santa Teresa de Jesús, vírgen y fundadora. 280
El Evangelio y Meditacion: Sobre las principales virtudes de santa Teresa. 295
Dia XVI.—San Galo, abad. 299
El Evangelio y Meditacion: Sobre los varios sucesos de la vida. 306
Dia XVII.—Santa Eduwigis, ó Avoiza, duquesa de Polonia, viuda. 309
Los santos Víctor, Alejandro y Mariano, mártires. 315
El Evangelio y Meditacion: Cuánto se debe temer el estado de tibieza. 319
Dia XVIII.—San Lucas, evangelista. 323
El Evangelio y Meditacion: De los falsos atractivos que usa el diablo para engañarnos. 331
Dia XIX.—San Pedro de Alcántara, confesor. 335
El Evangelio y Meditacion: De la suavidad del yugo de Jesucristo. 344
Dia XX.—Santa Irene, vírgen y mártir. 348
San Juan Cancio, sacerdote secular. 351
El Evangelio y Meditacion: Sobre la importancia de procurar la salud del alma. 359

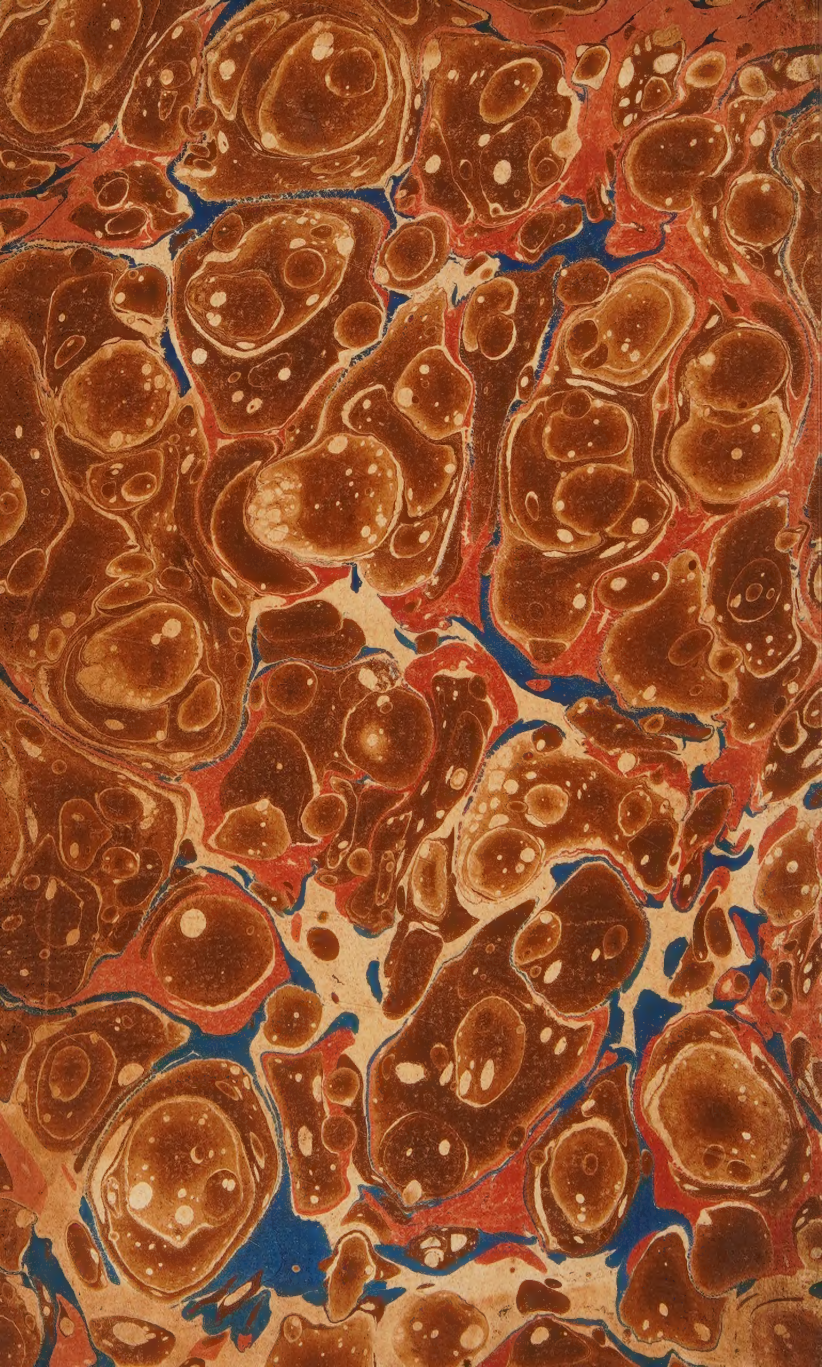
Dia XXI.—Santa Úrsula y sus compañeras, vírgenes y mártires. 363
Santa Columbina, vírgen y mártir, otra de las compañeras de santa Úrsula. 369
El Evangelio y Meditacion: De la poca sinceridad que se halla en la voluntad que tienen de salvarse los mas de los cristianos. 372
Dia XXII.—San Hilarion, abad. 375
Santa María Salomé, viuda. 382
Santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires. 389
Santa Cordula, otra de las vírgenes compañeras de santa Úrsula. 394
Traslacion de la cabeza de santa Cándida, en vulgar catalan Candia, vírgen y mártir. 397
El Evangelio y Meditacion: Sobre los daños de la ambicion. 397
Dia XXIII.—San Juan Capistrano, confesor. 403
San Servando y German, mártires. 409
El Evangelio y Meditacion: Sobre la muerte de los justos. 417
Dia XXIV.—San Pedro Pascual, obispo y mártir. 422
San Rafael, arcángel. 430
San Bernardo Calvó, obispo de Vich. 439
San Martirian ó Martiriano, obispo y mártir, patron de Bañolas. 447
El Evangelio y Meditacion: Sobre la dignidad del hombre atendida la custodia de los Ángeles. 456
Dia XXV.—San Crisanto y Daría, mártires. 461
San Gabino, Proto y Genaro, mártires. 465
San Frutos, confesor, patron de Segovia. 471
San Crispin y Crispiniano, mártires. 477
San Bonifacio I, papa y confesor. 479
El Evangelio y Meditacion: Sobre los beneficios y provechos de la vida solitaria. 481
Dia XXVI.—San Evaristo, papa y mártir. 486
San Luciano y Marciano, mártires. 490
El Evangelio y Meditacion: De la necesidad de la penitencia. 498
Dia XXVII.—San Vicente, Sabina y Cristeta, mártires. 502
Santa Anastasia, vírgen, y san Cirilo, mártires. 506
El Evangelio y Meditacion: No hay tiempo en la vida en que no debamos trabajar en nuestra salvacion. 513
Dia XXVIII.—San Simon y san Judas, apóstoles. 516
Santa Sabina, vírgen y mártir. 521
El Evangelio y Meditacion: Del odio que el mundo tiene á los buenos. 524
Dia XXIX.—San Narciso, obispo. 527
El Evangelio y Meditacion: Sobre la confianza que debe tener el hombre en su Dios. 534
Dia XXX.—Santa Pelagia, penitente. 539
San Marcelo centurion, mártir. 544
Santa Nona ó Nonia. 548
Los santos Claudio, Lupercio y Victórico, mártires. 549
San Asterio, obispo y padre de la Iglesia. 552

El Evangelio y Meditacion: De la necesidad de la conversion. 553
DIA XXXI.—San Quintin, mártir. 559
San Nicolás y compañeros mártires, llamados comunmente los santos Mártires de Ledesma. 563
Conmemoracion de la batalla del Salado. 565
El Evangelio y Meditacion: De no dilatar la conversion. 568

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY



Acc. 5415 248.3
C65
AUTHOR Croisset, P. S. J.
TITLE Ano Cristiano (Vol. X)